

Un asesinato
musical
BATYA GUR

Siruela/ Policiaca

Batya Gur

Un asesinato musical

Un caso barroco

Traducción del inglés
de María Corniero

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Índice

Cubierta

Portadilla

Un asesinato musical

1. La Primera de Brahms

2. Rossini, Vivaldi y la enfermera Nehama

3. Vanitas

4. La lógica con que funciona el mundo

5. Morendo cantabile/Morir cantando

6. Su Majestad me ha hecho llamar

7. Las tres caras del mal

8. Quienes desean vivir al margen de la vida

9. Mejor, diría yo

10. Uno no se va encontrando niños por la calle

11. Nunca nos había sucedido nada semejante

12. La distancia correcta

13. Et homo factus est

14. Un viejo manuscrito enmohecido

15. Cuestión de dinámica

Notas

Créditos

Un asesinato musical

Un caso barroco

A la memoria de mi padre, Zvi Mann

Los comentarios atribuidos a Theo van Gelden en el capítulo 13 se han tomado de una conferencia que Ariel Hirshfeld dio en julio de 1995 en el Centro de Música de Mishkenot Sha'ananim, Jerusalén.

La Primera de Brahms

Mientras colocaba el disco compacto en el reproductor y se disponía a pulsar el botón, Michael Ohayon creyó oír un llanto apagado. Revoloteó en el aire y se extinguió. Sin apenas prestarle atención, Michael permaneció en pie junto a la estantería y hojeó las notas que acompañaban a la grabación sin llegar a leerlas. Se preguntaba, distraído, si era adecuado romper la tranquilidad de la víspera de fiesta con el ominoso acorde inicial, tocado por la orquesta al completo sobre un retumbante fondo de timbales. Era la hora del crepúsculo, momento en que, ya a finales del verano, el aire comenzaba a tornarse más fresco y nítido. Se le ocurrió pensar que era muy discutible que las personas recurran a la música para evocar mundos dormidos en su interior. O que busquen en ella un noble eco de sus sentimientos o un medio de crear un estado de ánimo particular. Él estaba sumido en la niebla y el vacío, la calma de aquella víspera de fiesta era lo único que parecía abrazarlo. De ser cierto lo que se decía, reflexionó, no habría escogido aquella obra, que estaba a años luz de la placidez que precedía a las fiestas en Jerusalén.

La ciudad se había transformado enormemente desde que llegara a ella de niño para ingresar en un internado de estudiantes especialmente dotados. Michael había sido testigo de cómo dejaba de ser un lugar cerrado, replegado en sí mismo, austero y provinciano, para convertirse en una ciudad con pretensiones de metrópoli. Sus estrechas callejuelas estaban atestadas de hileras de coches y tras los volantes los impacientes conductores vociferaban y agitaban el puño con impotencia. A pesar de todo, nunca dejaba de conmoverlo lo que aún hoy seguía sucediendo en las vísperas de fiesta, especialmente de Ros Hasaná, Pascua y Savuot, pero también las tardes de los viernes, aunque tan sólo fuera durante unas horas, hasta que descendía la oscuridad; eran momentos en que reinaban la paz y el sosiego, la tranquilidad absoluta tras la agitación y el bullicio.

Antes de que la música se derramara por la sala hubo un instante de una serenidad tan perfecta, de una quietud tan plena, que se podría haber pensado que alguien había respirado hondo antes de la primera nota y, alzando la batuta, había impuesto silencio en el mundo. Las miradas nerviosas, movedizas, inquietas, de quienes formaban largas colas ante las campanilleantes cajas registradoras del supermercado se desvanecieron súbitamente de sus pensamientos. Michael olvidó los gestos nerviosos de las personas angustiadas que cruzaban a la carrera la calle

Jaffa cargados con bolsas de plástico y llevando con cuidado cestas de regalo. Tenían que abrirse paso entre filas de coches con los motores en marcha, cuyos conductores asomaban la cabeza por la ventanilla para ver qué había provocado el atasco en aquella ocasión. Todo esto se evaporó en el silencio.

Sobre las cuatro de la tarde, las bocinas de los coches y el rugido de los motores cesaban. El mundo se tornaba plácido y tranquilo, y Michael recordaba su infancia, la casa de su madre y las tardes de los viernes, cuando regresaba del internado.

En la quietud de las vísperas de fiesta, Michael volvía a ver el rostro radiante de su madre. La veía junto a la ventana, mordisqueándose el labio inferior para disimular los nervios, en espera de su hijo menor. Pese a que su marido había muerto y Michael era el único de los hijos que seguía en casa, su madre le había permitido marcharse. Sólo regresaba en fines de semana alternos y durante las vacaciones. Los viernes por la tarde y las vísperas de fiesta, Michael recorría a pie el sendero que, bordeando la colina, le conducía desde la última parada del autobús hasta su calle, a las afueras del pueblo. La gente, aseada y vestida con ropa limpia, reposaba en sus casas, con la tranquilidad que les daba tener un día festivo por delante. La serenidad del momento le tendía sus dulces brazos mientras trepaba por la callejuela hacia la casa gris en las lindes del pequeño barrio.

Todo era calma y sosiego en las inmediaciones del semisótano donde Michael llevaba instalado algunos años. Para acceder había que bajar un tramo de escalera y, ya en la sala de estar, al mirar por las grandes cristaleras que daban al estrecho balcón, se descubrían las colinas de enfrente y la escuela femenina judía de Magisterio, curvada cual blanca serpiente, y sólo entonces se comprendía que aunque era un piso bajo, estaba encaramado en la empinada ladera de una colina.

Las voces de los niños del edificio, ya recogidos en casa, se habían acallado. Incluso el chelo del piso de arriba guardaba silencio, aunque Michael no había dejado de oírlo durante los últimos días: escalas y más escalas y una suite de Bach. Sólo algún que otro coche pasaba por la serpenteante calle por donde Michael dejaba vagar la mirada mientras pulsaba distraídamente el botón del reproductor de compactos. Su mano tomó la delantera a su razón y a sus dudas. Y, con aquel movimiento, hizo que el estrepitoso inicio de la Primera sinfonía de Brahms retumbara en la sala. La armoniosa paz que Michael imaginaba haber alcanzado tras largos días de inquieta desorientación le pareció ahora una ilusión, al desvanecerse de golpe.

Porque con el primer sonido tenso emitido por la orquesta, una nueva y poderosa inquietud se despertó en él y lo abrumó. Las pequeñas angustias y los problemas olvidados fluyeron desde su estómago hasta su garganta. Levantó la vista hacia las manchas del techo de la cocina. Iban creciendo de día en día y cambiando de un blanco sucio al gris negruzco de la humedad. Sólo había un breve

trecho entre aquella visión, que pesaba sobre él como si fuera de plomo, y los pensamientos y las palabras. Porque esas manchas requerían una urgente negociación con los vecinos de arriba, una charla con aquella mujer alta, de ojos nublados y descuidada vestimenta.

Michael había llamado a su puerta un par de semanas atrás. La vecina salió a recibirlo llevando en brazos a un niño de pecho que se retorció y berreaba y a quien ella trataba de aquietar acunándolo y dándole palmaditas en la espalda. Su rizado cabello castaño claro le ocultó el rostro cuando inclinó la cabeza sobre el niño. A su espalda, sobre una gran alfombra mugrienta de vivos colores, se desparramaban partituras y discos compactos sin caja, y en una gran funda abierta forrada de fieltro verde reposaba el chelo, de un centelleante color caoba, con un atril a su lado. Al mirarla a los claros ojos, hundidos y de desvaídas pestañas, con oscuras ojeras que acentuaban su aire desvalido, Michael se sintió culpable por haber ido a molestarla. Echó una mirada inquisitiva por encima de su hombro, esperando descubrir al hombre barbado con quien había coincidido una vez en el portal del edificio. Michael había oído cómo abría la puerta del piso de arriba, y ahora, dando por hecho que era el marido de aquella mujer, supuso que vendría a hablar con él para liberarla de esa carga adicional. Pero, como en respuesta a su mirada, ella dijo, los labios fruncidos y la vista baja, que no iba a poder ocuparse del problema hasta dentro de unos días, cuando el niño se hubiera recuperado de la otitis. Además, las goteras no las había provocado ella sino los inquilinos anteriores.

Tenía una voz grave, agradable y familiar, y Michael se sintió de pronto demasiado alto y amenazador. Ella parecía acobardada y en tensión, como si le costara mirarlo desde abajo. Su mano se movía nerviosa entre la manta clara en la que llevaba envuelto al niño y los rizos que caían sobre sus hombros, y Michael encogió los hombros, tratando de parecer más bajo, y se apresuró a decir que esperaría con mucho gusto.

Fue la primera vez que habló con ella. Siempre había eludido deliberadamente el trato con los vecinos en todos los lugares donde había vivido, sobre todo a partir de su divorcio. Y en aquel edificio alto también se limitaba a leer los avisos pegados en el panel de corcho del portal. El pago de la calefacción, la jardinería, el servicio de limpieza de la escalera y las reparaciones de urgencia lo resolvía echando sigilosamente un cheque en el buzón de la familia Zamir, que vivía en el tercer piso y de la que no conocía ni de vista a ninguno de sus miembros. Sospechaba, no obstante, por las miradas inquisitivas y preocupadas que le lanzaba un hombre de cierta edad, menudo y calvo, con el que se topaba de vez en cuando en la escalera, que él era el tesorero de la comunidad y el autor de los requerimientos de pago y de las listas de inquilinos morosos.

Su titubeante llamada a la puerta de los vecinos de arriba, que lucía una tarjeta

con el nombre VAN GELDEN, señaló para él el comienzo de algo que había evitado conscientemente durante muchos años. En el edificio donde vivía antes, Yuval, a la sazón adolescente, descubrió cierto día en que estaba hambriento que se les había acabado el azúcar y sugirió que fueran a pedirle un poco a los vecinos, sugerencia ante la que Michael reaccionó con horror.

–Nada de vecinos –afirmó tajante–. Se empieza por pedir un poco de azúcar y se termina en la junta directiva de la comunidad.

–De todos modos, algún día te tocará participar –vaticinó Yuval–. Te llegará el turno. A mamá le pasa lo mismo, pero el abuelo la libera de esa obligación.

–Si no existo, no tengo por qué participar –insistió Michael.

–¿Qué quieres decir con que no existes? ¡Claro que existes! –le recriminó Yuval en el tono didáctico que adoptaba siempre que su padre parecía perder el contacto con la realidad. Incluyó la cabeza poniendo un gesto crítico, como si exigiera que se dejara de tonterías.

–Si doy la impresión de que no existo –dijo Michael–. Y para eso es importante no presentarse a la puerta de los vecinos pidiendo tazas de azúcar o de harina. Yo creo que es la única cosa, o una de las pocas cosas, en que tu madre y yo estuvimos de acuerdo desde el principio.

Yuval, sin la menor gana de enterarse de nada más sobre los acuerdos y desacuerdos de sus padres, se apresuró a dar por concluida la conversación:

–Bueno, no te preocupes, me tomaré una taza de cacao, que lleva el azúcar incluido.

Michael temía la molesta conversación con la vecina, que ahora sería inevitable dado que las manchas en expansión evocaban tristemente el abandono y la pobreza. Al pensar en fontaneros, azulejos levantados, martillazos, ruidos y molestias en general, a la vez que se daba cuenta de que había olvidado comprar café para los días de fiesta, su inquietud se acrecentó mientras el tema inicial de la sinfonía desarrollaba una tensión creciente. En un intento de calmarse, empezó a leer el folleto que acompañaba al disco. Lo sacó de la caja plana de plástico transparente, contempló el apuesto semblante de Carlo Maria Giulini y su lustrosa cabellera, que no alcanzaba a ocultar el ceño reflexivo del director de orquesta, y se preguntó qué tal se llevaría un italiano con los músicos de la Filarmónica de Berlín.

Se concentró en la música, tratando de cerrar a ella su corazón y, por una vez, escuchar la obra sólo con la razón. Entonces, al fin comenzó a leer lentamente el folleto, deteniéndose en la nota biográfica en francés –la lengua que Michael, marroquí de nacimiento, conocía mejor de las tres en que estaba redactado el folleto–, y leyó, no por primera vez, cómo se había gestado la sinfonía, que, pese a ser la Primera de Brahms, había sido concluida en una etapa bastante avanzada de su vida, y que poco después de su estreno fue apodada «la Décima de Beethoven». Brahms trabajó en ella intermitentemente durante unos quince años, una vez que

hubo compuesto aquel primer movimiento tan rico en suspense y negros augurios. En septiembre de 1868, años antes de concluirlo y en tiempos de una dolorosa ruptura con Clara Schumann, Brahms le envía a ésta una felicitación de cumpleaños desde Suiza: «Así ha sonado hoy la cuerna alpina», y debajo las notas del tema para corno que años después incorporaría al último movimiento de la sinfonía. El lenguaje prosaico del folleto, que describía el cromatismo y lo que denominaba «el sello de fatalismo» de las flautas, y que luego analizaba la tensión entre las líneas melódicas ascendentes y las descendentes, no lograba inhibir el efecto abrumador de la música. En un principio, a Michael le pareció que llenaba el espacio físico que lo rodeaba y trató de desprender de su piel el aire saturado de música concentrándose tenazmente en identificar los diversos instrumentos de viento y las batallas que libraban entre sí y con otros instrumentos.

Durante largo rato fue presa de un temblor muy real, no sin dejar de sorprenderse y burlarse de sí mismo por aquella rendición al hechizo de unos sonidos que tan bien conocía, y se decía a sí mismo que lo mejor sería apagar la música o escuchar otra cosa.

Pero en su interior había algo más poderoso que se dejaba llevar por una emoción que le cortaba el aliento. La música estaba cargada de presagios amenazadores, oscuros, tenebrosos, pero también hermosísimos, que lo incitaban a dejarse arrastrar, a rendirse a aquella melancolía ominosa.

Michael tomó asiento y dejó el folleto sobre el brazo del sillón.

Estaba convencido de que uno de los mecanismos para disipar los sentimientos opresivos, para adormecerlos y recobrar una suerte de paz, consistía sencillamente en distraerse. Aunque había quien pensaba que al obrar así los sentimientos volverían para atacarte por la espalda, como ladrones en la noche. («Precisamente cuando estás descuidado, todo aquello de lo que has huido te asesta una puñalada», solía decir Maya. El recuerdo del fino dedo admonitorio que Maya posaba luego en su mejilla, una media sonrisa en los labios y los ojos mirándolo con severidad, le hizo sentir de nuevo la vieja punzada de dolor.) A pesar de todo, Michael creía que valía la pena transferir la fuente de la emoción de la boca del estómago a la cabeza.

Bastaba con estudiar el asunto, enfrentarse a él desde la distancia correcta y, sobre todo, no dejarse absorber por él. Llenar el vacío interior, sí, pero consciente de cómo se lograba.

Se podía silenciar la música, y también cabía la posibilidad de perseverar y volver a escuchar el disco desde el principio, prestando atención a los matices, a la suavidad del forte en esta interpretación, a la entrada del segundo tema, e incluso aislar los pasajes de transición entre los diversos temas.

Entró en la cocina y echó una ojeada al techo con la esperanza de descubrir que las manchas habían encogido o al menos seguían igual. Pero era evidente que se

habían extendido desde la última vez que las examinó de cerca, hacía un par de días.

¿Por qué le preocupaban las manchas?, se preguntó con irritación en el umbral de la cocina, mientras la música llenaba todos los rincones. Era un problema de los vecinos de arriba, a ellos les correspondía resolverlo, y una manita de pintura bastaría para tapar aquel retazo negro verduzco del techo.

Volvió a mirar el folleto que reposaba en el sillón, se acercó a la estantería y pulsó el botón del reproductor de compactos. Se hizo un silencio absoluto. El cable del teléfono, desconectado y cuidadosamente doblado, parecía ofrecer un refugio.

Quizá el teléfono sonara si lo conectaba. Y, entonces, ¿qué sucedería? «Supongamos que suena», se decía, «¿qué ocurriría?». Si abría sus puertas al mundo, éste podría ofrecerle una cena en casa de Shorer, o una visita a Tzilla y Eli, o incluso una velada con la familia de Balilty, pese a que Michael ya le había dicho, mintiendo, que iba a cenar en casa de su hermana.

Le había contado esa mentira con objeto de evitar que se repitiera la noche de Pascua del año anterior. Danny Balilty se había presentado a la puerta de Michael vestido con una elegante camisa blanca y tan sudoroso como siempre, como si hubiera venido corriendo del oeste al norte de Jerusalén. Su enorme barriga se bamboleaba ante él mientras hacía repiquetear las llaves del coche, y, con una sonrisa congradadora e infantil, no exenta de cierto aire de triunfo, le dijo: «Supusimos que no iba a servir de nada telefonearte. No podíamos empezar el séder sin ti». Entrecerró los ojillos para escudriñar la butaca color café con leche del rincón y el círculo amarillo de luz derramado por la lámpara de lectura sobre la cubierta verde de un libro, y luego exclamó en tono de desconfiada estupefacción: «¡Así que es cierto que ibas a pasar solo la noche de séder, y para colmo leyendo literatura rusa!». La mitad superior de su cuerpo se inclinó hacia el dormitorio y su mirada se precipitó en la misma dirección, como si esperase que la puerta se abriera y por ella apareciese una rubia despampanante envuelta en una toalla rosa.

—Si por lo menos estuvieras acompañado —dijo, rascándose la cabeza—, lo entendería. Pero, aun así, estoy seguro de que la chica se encontraría mejor pasando el séder con una familia numerosa y disfrutando de la maravillosa comida que hemos preparado.

En los últimos años Balilty se había convertido en un cocinero entusiasta. A continuación describió con todo lujo de detalles cómo había adquirido medio cordero y todo lo que había preparado con él, y cómo su mujer había hecho una sopa de carne especial, verduras, ensaladas y berenjenas a la griega. Sin moverse, miraba a Michael con ojos implorantes y se quejaba como un niño:

—Si Yuval no estuviera en Suramérica estoy seguro de que vendrías. Matty me matará si regreso sin ti.

Y en un momento de debilidad Michael se había dejado arrastrar lejos de la

tranquila velada que llevaba planeando todo el mes.

–¿Qué hace diferente a esta noche de todas las demás? –le había dicho a Balilty, quien seguía junto al sillón.

Y Balilty blandió el libro de Chéjov en su dirección, un dedo introducido entre las páginas por donde iba la lectura, y le comunicó:

–Olvídate de la filosofía. Está prohibido pasar solo las fiestas.

Es algo que lleva a la desesperación. Es de dominio público que las fiestas son un desastre para quienes no tienen familia.

Michael fijó la mirada en el rostro abotargado del agente de

Inteligencia Balilty. Quiso comentar que quienes se avenían a las convenciones se sentían amenazados en presencia de quienes se desviaban de ellas, y que aquella invitación, que no sabía cómo rechazar, nada tenía que ver con su propio bienestar. Puede que incluso pudiera enterarse como la despiadada venganza de una familia contra un hombre que vivía solo y disfrutaba de su soledad. A punto estuvo de pronunciar la palabra «chantaje», pero en lugar de eso se encontró diciendo con una sonrisita:

–Bajo coacción, Balilty.

–Llámalo como quieras –repuso Balilty con firmeza–, yo lo considero un mitzvá¹ –después dejó cuidadosamente el libro en el sillón y añadió en tono pañidero–: ¿Por qué sacas las cosas de quicio? No es más que una noche de tu vida. Hazlo por Matty.

Michael se contuvo para no soltar lo que tenía en la punta de la lengua: «¿Por qué tengo que hacer nada por tu mujer? Tú eres el que se supone que debe hacerla feliz. Y si dejaras de perseguir a todo par de tetas con que te cruzas, tu mujer sería feliz desde hace mucho tiempo». Entró en el dormitorio a buscar su camisa blanca de manga larga, odiándose a sí mismo por su debilidad. Al palparse la mejilla áspera y plantearse si procedía afeitarse, le dijo a su rostro en el espejo que no se lo tomara tan a pecho. ¿Qué había de terrible, a fin de cuentas, en pasar una noche absurda más? De joven no era tan pomposo ni pedante con respecto a su manera de ocupar el tiempo.

Tal vez debería haberse rendido a las presiones de su hermana Yvette y haber ido a pasar el séder en su casa. Tantas vacilaciones, se dijo entonces, eran resultado de la rigidez, la cual a su vez derivaba de la edad y quizá, como decía Shorer, era asimismo una de las consecuencias inevitables de vivir solo. Como el desengaño recurrente de las esperanzas depositadas en las grandes reuniones en torno a una mesa y en las vacuas conversaciones emprendidas para matar el tiempo.

Estaba colmándose de esa autocompasión que pronto lo llevaría a enfadarse consigo mismo y con su aislamiento, cuando en el fondo todo era cuestión de engreimiento y arrogancia. «No eres mejor que nadie», le dijo a su reflejo a la vez que se mesaba un nuevo mechón de pelo gris. «Tómatelo con calma. Lo que sucede

en el exterior muchas veces es lo de menos. El espíritu es libre para vagar a su antojo», se recordó mientras se vestía a toda prisa. Incluso buscó una botella de vino francés que luego le ofreció a Matty al llegar. Con el rostro resplandeciente, radiante, Matty le dijo que no debería haberse tomado la molestia, y, a continuación, Michael se sentó sumiso entre los festejantes reunidos en torno a la mesa para una celebración tradicional y ortodoxa del séder.

Entre plato y plato, Michael se esforzaba en darle conversación a la sobrina de Balilty. Recordó que con ocasión de su primera visita a aquella casa, Danny Balilty había tratado de organizarle un plan con su cuñada. Trató de activar el sentido del humor que le quedaba para enfrentarse a las miradas de ánimo que Balilty le lanzaba mientras se apresuraba entre la cocina y la mesa festiva.

Por su parte, Matty Balilty intentaba no mirar en absoluto en su dirección. Sólo cuando Michael le elogió la comida, se atrevió ella a dirigirle una mirada penetrante con sus ojos castaños y nerviosos y a preguntar:

–¿De verdad? ¿De verdad te gusta?

Y por la manera en que la hija de su hermano se ruborizaba y jugueteaba con el borde de su servilleta, Michael comprendió sin asomo de duda que Matty no sólo se refería a la comida.

Michael se había presentado en el trabajo una semana antes tras dos años de ausencia, durante los que Balilty tuvo buen cuidado de «mantenerse en contacto», como le repetía siempre que lo llamaba para invitarlo a su casa. Dado que lo había llamado por teléfono apenas unos días antes, el agente de Inteligencia pasó corriendo a su lado sin siquiera detenerse a darle la bienvenida y se limitó a palmotearle el brazo y decir a voces:

–Anímate, Ohayon, anímate. La vida es corta. La semana que viene vendrás a celebrar con nosotros las fiestas. Matty va a preparar un cuscús.

Y por eso, porque Balilty había hecho caso omiso de la excusa de Michael, «pero si te he dicho que iba a irme fuera», éste no podía oponer al entusiasmo de su compañero una reserva cortés, que se interpretaría como una actitud ofensiva de arrogante frialdad en contraste con el sincero deseo de Balilty de mantener una cierta intimidad; todo ello lo llevó a desconectar el teléfono aquella mañana.

Ahora Michael contemplaba el cable telefónico y se preguntaba si tenía sentido haber plantado una resistencia tan enconada.

¿Qué tenía de bueno su irrevocable decisión de pasar la noche a solas, cuando en realidad no estaba haciendo otra cosa que angustiarse por las manchas del techo y por la nota hallada en el buzón?

Ésta era un requerimiento perentorio de que subiera al tercer piso para que el señor Zamir le hiciese entrega de los estatutos de la comunidad de vecinos. En la reunión de la antevíspera, a la que

Michael, como era su costumbre, no había asistido (las palabras «como era su

costumbre» eran un añadido manuscrito a la nota mecanografiada), se había tomado la decisión de que le había llegado el turno de representar a los inquilinos de su ala.

Por un instante Michael pensó en telefonar a alguien, a cualquiera, antes de perecer ahogado en un charco de desolación. Asió el cable, pero se abstuvo de conectarlo.

Balilty podría presentarse intempestivamente aunque el teléfono estuviera desconectado, pero nadie más osaría hacerlo. Si lo conectaba y llamaba a Emanuel Shorer, todo terminaría en otra invitación a una cena festiva en familia. Y, en todo caso, no podrían mantener una conversación interesante por teléfono. La llamada sólo serviría para dar más fundamento a la argumentación de Shorer de que Michael no debía continuar viviendo solo.

—¿Entonces qué sugieres que haga? —había preguntado Michael con agresividad durante su último encuentro, justo antes de reincorporarse tras su permiso de estudios—. ¿Quieres mandarme a hacer una terapia? —preguntó sarcásticamente una vez que Shorer hubo concluido de enumerar los síntomas de lo que él denominaba «deformación generada por la continua soledad».

—No sería mala idea —repuso Shorer con gesto de no-me-achantas—. Yo no creo en los psicólogos, pero aparte de que es tirar el dinero, no pueden hacer ningún daño. ¿Por qué no? —sin esperar a que le respondiera, prosiguió—: Por mí, hasta te diría que fueras a una pitonisa. Lo importante es verte asentado. ¡Un hombre de tu edad! Casi has llegado a los cincuenta.

—Tengo cuarenta y siete —puntualizó Michael.

—Da lo mismo. El caso es que todavía estás tratando de encontrarte a ti mismo. Relacionándote con todo tipo de... Vamos a dejarlo, eso no tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia? —protestó Michael—. Es muy importante. ¿Con todo tipo de qué, exactamente?

—Todo tipo de casos perdidos, mujeres casadas, solteras... en fin, esa clase de mujeres con las que no se puede lograr nada, incluso Avigail... ¡Un hombre necesita una familia! —dictaminó.

—¿Por qué, si se puede saber? —replicó Michael, simplemente por decir algo.

—¿Cómo que por qué? —dijo Shorer escandalizado—. Un hombre necesita... ¿qué te voy a explicar? De momento nadie ha encontrado una solución mejor... un hombre necesita hijos, un hombre necesita un marco en el que encajar. Es propio de la naturaleza humana.

—Yo tengo un chaval.

—Ya no es un chaval. Es un chicarrón que vagabundea por el mundo y ha ido a buscarse a sí mismo a Suramérica. No es ningún niño.

—Ya ha llegado a Ciudad de México.

—¿De verdad? ¡Gracias a Dios! —exclamó Shorer con evidente alivio—. Un sitio

civilizado, al fin –de pronto se le vio enfadado–:

Ya sabes a qué me refiero. No me obligues a darte un sermón sobre las virtudes de la vida familiar. Un hombre necesita alguien con quien hablar cuando vuelve a casa. Algo más que cuatro paredes. Algo más que líos de faldas. Por lo que más quieras, si han pasado más de veinte años desde que te divorciaste. Y diez años desde que estuviste embarcado en una relación seria, si no contamos a Avigail. ¿Hasta cuándo piensas esperar? Yo pensaba que mientras estuvieras estudiando, esos dos años en la universidad te servirían para conocer gente...

Michael guardaba silencio. Nunca le había hablado a Shorer de Maya y hasta el día de hoy desconocía lo que Shorer sabía de ella.

–No pretendo decir que tengas mal aspecto –agregó Shorer, cauteloso–. No es que te hayas quedado calvo ni hayas engordado. Y nadie puede negarte tus grandes éxitos con las mujeres.

Todas las mujeres de la casa me comentan que en cuanto te ven quieren... –esbozó un gesto vago.

–Sí, ¿qué es lo que quieren? –se burló Michael. Una vez más >tuvo la impresión de que no era la simple preocupación por su bienestar la que mantenía a sus amigos en vela por las noches, sino también la envidia pura y dura.

–¿Cómo voy a saberlo yo? ¡Quieren algo! Es un hecho. Incluso la nueva mecanógrafa. Puede tener unos veinticinco, pero parece una adolescente, es guapa, ¿eh?

Y giró los ojos en las órbitas. En aquel momento, Shorer le recordó a Balilty. Michael se preguntó qué tendría aquel tema para hacerles hablar en el mismo tono. ¿Por qué la voz de Shorer adquiriría de pronto un tonillo de alcahuete? ¿Tendría algo que ver con la sensación de que sus vidas tocaban a su fin, en tanto que Michael aún tenía incalculables posibilidades a su alcance? O, al menos, eso se figurarían ellos. Si pudiera hablar con franqueza, les contaría un par de cosas sobre sus inquietudes, sobre su desesperación.

–Ya me habías preguntado si me gustaba.

–Porque ella se interesó por ti –se disculpó Shorer–. Es por ese aspecto que tienes, alto, cortés, tranquilo, con esa tristeza y esos ojos tuyos. Y cuando se enteran de que encima eres un intelectual... preguntan... les entra inmediatamente el deseo de... de lograr que no estés triste.

–¿Y dónde está el problema? ¿Qué es lo que te preocupa?

–¡Estoy hablando de ti, no de ellas! ¡Así, de pronto, el señorito no entiende lo que se le dice!

–¿Qué preguntó la mecanógrafa?

–¡Qué preguntó! Todas preguntan lo mismo, que si estás casado, que si estás con alguien, ¿por qué no? Ese tipo de cosas.

–Y tú, ¿qué les contestas?

—¿Yo? ¡No vienen a mí a preguntármelo! ¿Crees tú que se atreverían? Se lo preguntan a Tzilla. Y ella siempre procura echarte una mano. Pero como si nada. Has tomado de modelo a tu tío. Un mal modelo. Jacques era una mariposa. Rebosante de alegría de vivir. Pero tú te tomas las cosas a pecho. Y como era una mariposa, tuvo que morir joven. Las estadísticas demuestran que los hombres que viven solos mueren antes.

—¡Ah, las estadísticas! —Michael abrió los brazos—. Si las estadísticas están en contra de mí, ¿qué puedo decir? ¿Quién soy yo para rebatir las estadísticas?

Shorer soltó un bufido.

—No me vengas ahora con tus teorías sobre los estudios estadísticos.

Michael bajó la vista y trató de no sonreír, pues el hecho de que Shorer abordara ese tema una y otra vez le llegaba al corazón. Por otro lado, quizá satisfacía su necesidad de una figura paterna, papel que Shorer venía desempeñando desde que lo reclutó para la policía y agilizó sus ascensos. Así lo demostraba el que lo hubiera ayudado a conseguir un año más de permiso no remunerado para proseguir sus estudios, o que de vez en cuando le echara regañinas por lo que él llamaba sus procedimientos irregulares.

—Si al menos me dieras la impresión de estar contento y feliz —refunfuñó Shorer—. Pero es evidente que no lo estás.

—¿Y el matrimonio me haría feliz? ¿Es la panacea?

—Por lo que a mí respecta, no hace falta que te cases. Vive con alguien. Llega a algún acuerdo, siempre que sea algo estable. Algo más que una de esas chicas con las que se ve desde el principio que no se va a llegar a ninguna parte.

—¿Cómo se puede saber algo así por anticipado? —protestó Michael—. La casualidad también juega su papel.

—¿En serio? ¿La casualidad? ¿Ahora crees en la casualidad? ¡Dentro de poco te vas a poner a hablar del destino! Discúlpame, pero esto no es serio. Te estás contradiciendo. Tengo un millar de testigos que te han oído decir mil veces que la casualidad no existe.

—Tú ganas, quizá debería pedir asesoramiento a un especialista —dijo Michael con una sonrisa desmayada.

—Yo no creo que la gente vaya a cambiar por ir al psicólogo —afirmó Shorer, a quien le había pasado inadvertido el sarcasmo de

Michael—, sólo, quizá, si se apoyan en una decisión interna. De no ser así, es como tratar de dejar de fumar por medios externos, sin el verdadero deseo de conseguirlo. No comprendo cómo un matrimonio fracasado hace veinte años puede traumatizar a alguien para el resto de su vida. El pasado, pasado está. Nira, su madre, su padre y todo lo demás eran polacos, sí, pero estoy convencido de que no eran monstruos.

—Dime una cosa —replicó Michael, con la irritación que lo embargaba siempre

que Shorer comenzaba a hablar de su ex mujer, como si con ello estuviera revelando a sabiendas un borrón en su pasado, como si pretendiera restregarle una y otra vez el error fatal que había cometido alocadamente en su juventud—. ¿Tú crees que yo no quiero encontrar a alguien, amar a una mujer que me inspire el deseo de vivir con ella?

Shorer le dirigió una mirada irónica:

—No lo sé. ¿A juzgar por tu comportamiento hasta ahora? ¿Quieres que te diga la verdad?

Michael suspiró.

—Al principio —rezongó Shorer— ha pasado demasiado poco tiempo desde el divorcio, y después ha pasado demasiado tiempo y ya se han adquirido manías, una visión calculadora. Es un hecho. ¿Cuántos años han pasado?

—¿Desde cuándo?

—¿Cuántos años llevas solo? Sin contar tu relación con la mujer del Peugeot, la mujer del médico —Shorer desvió la mirada.

—Casi dieciocho, pero...

—No hay peros que valgan —lo interrumpió Shorer, y una vez más empezó a entonar lamentaciones sobre Avigail.

Era esta clase de conversaciones lo que había llevado a Michael a desconectar el teléfono. Solían desarrollarse junto a la puerta de su coche los viernes y vísperas de fiesta, cuando se disponía a regresar a casa. Y en lugar de guardarse para sí sus pensamientos, como antes lo hiciera, Michael había comenzado a involucrarse en las charlas. Una nota de conmisericordia e inquietud teñía ahora los comentarios de sus compañeros cuando se avecinaban las vacaciones. Había llegado a percibirla incluso en las voces de Tzilla y Eli, quienes en un principio no eran más que sus subordinados y con el tiempo se habían ido convirtiendo en amigos de confianza, aunque no por ello dejaban de guardar un cierto respeto a su intimidad.

A causa de esa temida nota, y también porque sabía que responder a las llamadas lo introduciría en un ambiente familiar íntimo, Michael evitaba coger el teléfono. Se dijo que no tenía sentido tratar de esquivar la situación inventándose distracciones. Lo mejor era, por el contrario, rendirse a sus sentimientos hasta que se apaciguaran por sí solos. Y, ciertamente, debía escuchar la sinfonía de Brahms hasta el final, porque el consuelo de la música no era un sustituto desdeñable. Estaba a punto de oprimir el botón para reiniciar el sonido y saltar al segundo movimiento cuando volvió a oír un débil gimoteo que sonaba como el llanto apagado de un bebé.

Le hizo gracia su certidumbre de que no era el bebé del piso de arriba, porque siempre se desgañitaba al llorar. ¡Pensar que conocía tan bien el llanto del niño de los vecinos! El sonido de ahora era una especie de plañido, desalentado pero claramente audible, que parecía proceder de debajo de su piso. A pesar de todo,

intentó desentenderse de él porque en las últimas noches su sueño se había visto turbado con más frecuencia de la habitual por lo que interpretó como maullidos de gatos en celo, y también le había despertado en más de una ocasión el llanto de un bebé, que lo mantenía a la escucha en la oscuridad hasta que se cercioraba de que era el niño de arriba.

Pero los plañidos, que ya no se parecían en absoluto a los maullidos de un gato en celo y sonaban muy humanos, lo llevaron a pensar que tal vez la gata negra había parido en el refugio antiaéreo que había en el sótano. Abrió la puerta y se asomó, como si pensara encontrar una camada de gatitos sobre el felpudo. No descubrió gato alguno, pero sí un sobre marrón. Echó un vistazo a su contenido. Entre los informes financieros más recientes de la comunidad de vecinos encontró un talonario de recibos con una nota doblada en medio, donde le deseaban buena suerte y todas las bendiciones de Ros Hasaná para el Año Nuevo. Michael se apresuró a devolver el talonario de recibos al sobre, como si bastara dejar de pensar en él para que desapareciera. Luego tiró el sobre dentro del apartamento porque los sollozos se habían vuelto más fuertes y claros y se imponían sobre los demás ruidos que llegaban a la escalera a través de las puertas cerradas. La caja de la escalera amplificaba las increpaciones de una mujer, los chillidos de una niña, las voces televisivas, los graves y persistentes acordes de un instrumento de cuerda, el repiqueteo de los cacharros de cocina.

Tal mezcolanza de sonidos no alcanzaba a silenciar los gemidos que provenían del sótano. Michael supo que había de actuar a toda prisa. Si había gatitos en el sótano, lo mejor sería llevárselos antes de que se acostumbraran a vivir allí.

Cuanto más se acercaba al refugio antiaéreo más extraños sonaban los gemidos, en absoluto gatunos. La puerta del sótano estaba abierta de par en par y, en el umbral, dentro de una cajita de cartón, sobre una capa de periódicos cubierta con plástico transparente y bajo una manta de lana amarilla y astrosa, encontró tumbadito a un bebé de carne y hueso que berreaba a pleno pulmón.

Cogió al bebé en brazos, lo llevó a su dormitorio, retiró los periódicos de la cama, cambió las sábanas y después depositó encima al bebé, y entonces cayó en la cuenta de que no había salido de casa desde el mediodía y no podía calcular cuándo habían dejado la caja en el sótano. Trató de precisar el momento en que había oído los gemidos por primera vez. Pero no había manera de saber con seguridad si los sonidos intermitentes oídos durante las últimas horas habían sido maullidos o, como ahora más bien creía, el lloriqueo del bebé.

El bebé reposaba sobre la cama. Aparentaba un mes de edad.

Tenía los ojos abiertos, de ese azul propio de los niños pequeños, y una espesa pelusilla clara y húmeda le cubría la cabeza. Apretó los minúsculos puños y los agitó en el aire, llevándoselos de tanto en tanto a la cara sin alcanzar a tocarse la boca. Michael volvió a cogerlo en brazos. El llanto amainó durante unos segundos,

convirtiéndose en un resuello que luego dio paso a un potente alarido de irritación. Michael deslizó la punta del pulgar en la boquita y la dejó reposar entre las rosadas encías que se cerraron con fuerza sobre ella. Comprendió que tenía en los brazos a un niño casi recién nacido y hambriento y que no disponía de medios para darle de comer.

Se inclinó sobre la cama para recoger la manta, que desprendía un olor mohoso y manojos de lana amarilla. Aspiró el dulce aroma infantil del rostro terso del bebé, bañado en sudor, y de su cuello. Aun antes de tenderlo boca arriba para quitarle la ropa en la que iba embutido, Michael siguió el impulso irresistible de empezar a retirar las pelusas amarillas prendidas entre sus dedos y en los pliegues del cuello. El bebé se retorció en medio de la cama. Agitaba los brazos y pataleaba con furia. Michael volvió a tomarlo en brazos. Lo recostó sobre su antebrazo izquierdo, tan largo como el cuerpo del niño, y lo estrechó contra sí. Actuaba compulsivamente, como en un sueño, como si hubiera retrocedido veintitrés años en el tiempo. Al tomar conciencia de la inquietud que le inspiraba el rostro del bebé hambriento se sintió presa de una profunda emoción, no desprovista de alegría. Se oyó hablando instintivamente como solía hablarle a Yuval durante las largas noches de su niñez. Apretando al bebé contra su pecho, se encaminó al cuarto de baño y empezó a llenar el lavabo de agua tibia. Con los labios pegados a la encarnada orejita, iba comunicándole al bebé todo lo que iba a hacer: sumergir el codo en el agua, extender una gran toalla de un rosa desteñido sobre la lavadora. Luego revolvió el armario de las medicinas en busca de los polvos de talco, y una voz nerviosa le comunicó al bebé que no los encontraba.

Susurraba incesantemente junto a la orejita, en la creencia de que el flujo continuo de palabras acallaría el hambre del bebé, cuyos ojos azules lo miraban de hito en hito, hipnotizados. Pero Michael sabía que aquella fascinación no sería duradera ya que, una vez que hubiera bañado y mudado de ropa al bebé, no tendría medios de proporcionarle lo que realmente necesitaba: no tenía biberón ni leche maternizada.

Cuando el agua estuvo a la temperatura correcta, Michael colocó al bebé sobre la toalla extendida. Dejó un dedo de cada mano dentro de las manitas del bebé. Más adelante le sorprendería la fuerza del instinto que dictaba sus actos en esos momentos. El bebé enroscó fuertemente los dedos en torno a los suyos. Abrió mucho la boca, asustado, y su cuerpo, desprovisto de protección, empezó a sacudirse mientras sus labios se torcían. Michael se inclinó, posó suavemente los labios en su mejilla y, sin cesar de susurrar, extrajo un dedo del puñito que se aferraba a él con desesperación. Despegó con una mano las tiras de plástico del pañal, dándose ánimos para resistir el previsible llanto con la idea de que mojaría un paño en agua con azúcar y lo introduciría en esa boquita que temblaba espasmódicamente, lista para una nueva ofensiva.

Buscó en su bolsillo un pañuelo limpio y trató de decidir si había llegado el momento de ir a la cocina a preparar el agua con azúcar. Pero su mano derecha ya estaba retirando el pañal desechable, que se desintegraba tras muchas horas de uso. Mientras lo doblaba, Michael recordó que en tiempos de Yuval todavía utilizaban pañales de tela. Luego se quedó paralizado y se oyó lanzar un grito de asombro antes de estallar en carcajadas. Estaba tan seguro del sexo del bebé que ni siquiera la visión de la pequeña vulva, enrojecida y agrietada por la orina, bastó en un principio para convencerlo.

–¡Pero si eres una niña! –exclamó inclinándose sobre ella–.

Claro que eso no cambia en absoluto las cosas para nosotros – murmuró junto a la orejita–, un bebé es un bebé sea cual sea su sexo. Pero es curioso que nos dejemos engañar así por nuestras antiguas percepciones –prosiguió en voz alta–. A quien alguna vez ha bañado, cambiado y alimentado a un nene no se le ocurre que un bebé vestido pueda ser una niña. De haberlo sabido, habría comprendido por qué no has ofrecido resistencia mientras te desvestía, porque, según dicen, las niñas son más dulces que los niños desde pequeñas.

El cuerpecito había quedado completamente desnudo. Un entramado de venas azules destacaba en el pecho blanquecino, manchas rojizas de una erupción provocada por el pañal cubrían el vientre. Antes de que las minúsculas piernas comenzaran de nuevo a patallar, Michael levantó a la niña, la estrechó contra su pecho y la fue sumergiendo poco a poco en el agua tibia: piernas, nalgas, y al fin también la espalda y el cuello, sostenidos por su brazo. La nena se estremeció convulsa y emitió un chillido. Michael reanudó su cháchara en murmullos y sus explicaciones a la vez que le pasaba la mano por la cara y el cuello. La enjabonó y la aclaró deprisa, la depositó cuidadosamente sobre la toalla, en la que la envolvió, y revolvió el armarito queriendo dar con alguna crema; encontró el envase azul de la pomada blanca que Yuval solía utilizar años atrás, cuando estaba en el ejército.

Al ver a la nenita envuelta en la gran toalla, sostenida por uno de sus brazos, agitando las piernas, Michael se acordó de Nira.

Cuando él bañaba a Yuval antes de darle el biberón, Nira solía quedarse en el umbral del cuarto de baño, recostada contra el quicio de la puerta, protegiéndose de los gritos con las manos sobre los oídos. Él debía recordarle a menudo que le tendiera un dedo al bebé para que éste lo agarrara con el puño y superase el espantoso miedo a perderse en el espacio. Cada vez que se lo recordaba, Nira se apresuraba a obedecer, y aquel desamparo y obediencia le hacían sentirse prepotente. No se gustaba a sí mismo cuando le decía cómo había de comportarse con su hijo, pero tampoco podía evitarlo.

Secar y ponerle crema a la nena le produjo una extraña sensación. Mientras le restregaba la espesa crema en el vientre, examinó su ombligo colorado y protuberante. Tuvo de pronto miedo de que fuera síntoma de una hernia, resultado

de las muchas horas de llanto continuo. Sólo un pediatra podría hacer el diagnóstico, idea ante la que se sintió remiso y atemorizado. Ir al pediatra supondría que alguien más se enteraría de la existencia de la niña, que se la llevarían inmediatamente para someterla a un examen médico. Así pues, decidió ahuyentar la idea de sus pensamientos. La consulta médica podía posponerse. Excepción hecha del ombligo y de la pequeña erupción, la piel de la nena estaba suave y lisa. De pronto rompió a llorar de nuevo y su carita se puso roja y azul.

Al dirigirse a la cocina con la niña para preparar el agua con azúcar, Michael aún no sabía qué le iba a decir a la vecina de arriba. Pero sí sabía que ella era la única solución rápida que se le ocurría para el problema de los biberones, los pañales y las mudas. Se sentía incapaz de volver a vestir a la niña con el trajecito que antes llevaba o de meterla de nuevo en la caja de cartón. La dejó envuelta en la toalla, tumbada en medio de la cama, un pañuelo limpio enroscado y empapado de agua con azúcar en la rosada boca, los labios succionando con avidez. Michael erigió un muro de almohadas a su alrededor y corrió escaleras arriba hasta el segundo piso.

Ya con la vecina ante él, seguía sin saber qué decir. La mujer había abierto la puerta apenas una rendija. Una de sus manos sujetaba el picaporte y con la otra se peinaba los rizos, tratando de recogerlos, y después comenzó a jugar con el cuello de la masculina camisa púrpura. Michael percibió en su rostro aprensión, casi miedo a que el motivo de su presencia fuera de nuevo la mancha de humedad del techo.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Con desvalida sumisión y evidentes reservas, como si hubiese querido negarle la entrada con cualquier excusa pero no supiera decir que no, la vecina abrió la puerta, se apartó y quedó inmóvil hasta que Michael entró en la sala y se detuvo junto un corralito contra el que reposaba la funda del chelo.

El gordezuelo bebé estaba tumbado en el corralito, los brazos estirados, las piernas separadas. Respiraba profundamente.

El chelo descansaba sobre un pequeño sofá, junto a una pila de ropa lavada y bajo un gran óleo, un lienzo sin enmarcar que, tras una ojeada rápida, dejaba la impresión de un paisaje brumoso en blanco, negro y gris. La mujer tosió y dijo, sin alejarse de la puerta, que debido a las fiestas aún no había encontrado un fontanero. Él trató de decir que el fontanero no era el motivo de su visita, pero ella continuó hablando muy deprisa y excusándose de nuevo por el hecho de que debido al niño, a la necesidad de ponerse otra vez a trabajar y a las vacaciones...

Michael hizo un ademán impaciente.

—Sólo venía a preguntarle... —arrancó—, ahora mismo hay un bebé, una niñita, en mi casa, y no tengo nada para ella...

Durante los segundos en que ella lo miró perpleja, los ojos, profundos y muy

claros, entrecerrados y con arruguitas junto a las comisuras, a Michael se le ocurrió una explicación:

–Mi hermana ha dejado a su nieta a mi cargo y se ha olvidado de todas sus cosas.

–¿Qué cosas? –preguntó la mujer. La suave luz que aún entraba por la amplia ventana osciló sobre los mechones grises de su cabello rizado antes de iluminar una diminuta manchita sobre su pecho izquierdo.

–Todo. Biberones, leche, pañales... todo eso –masculló avergonzado, consciente de que era una excusa increíble. Volvió a asustarse al asaltarle la idea, que se apresuró a borrar de su mente, de que estaba haciendo algo ilícito–. Las tiendas van a estar cerradas dos días, durante las fiestas. No puedo llamar por teléfono a mi hermana porque es religiosa... Y, además, vive muy lejos.

A los ojos de la mujer asomó una mezcla de inquietud y desconfianza cuando preguntó:

–¿Cómo? ¿Le han dejado a la niña durante todas las fiestas? ¿A una niña de pecho? ¿Vive usted solo?

Michael asintió de mala gana con un gesto.

–Disculpe que se lo pregunte –dijo ella precipitadamente–, pero es que... ¿Sabe cómo ocuparse de ella?

–Creo que sí... Ha pasado mucho tiempo desde que... Mi hijo ya es mayor, pero un bebé es un bebé. Y creo que esas cosas no se olvidan... –quedó en silencio al oírse tartamudear–. En fin –añadió con resolución–, la suerte está echada. La niña está aquí y no tengo biberón ni pañales, y pensé que usted me podría ayudar... –señaló al bebé.

–¿Qué edad tiene? Tengo biberones y leche en polvo –dijo ella, encaminándose a la habitación contigua.

Michael aguardó a que regresara y luego la observó mientras ponía un biberón y una lata de leche en polvo sobre la mesa redonda del rincón del comedor y quedaba a la espera de una respuesta.

–Cinco semanas –dijo Michael, dejándose llevar por una intuición que le decía que sonaría mejor un número impar.

–Una niña realmente pequeña –dijo la mujer alarmada–. Cómo han podido dejarla así, sin...

–Ha ocurrido una desgracia en la familia –se apresuró a replicar Michael, parpadeando. Esa mentira, pensó, podría acarrear una auténtica desgracia. Como aquella vez en que había mentido diciendo que Yuval estaba enfermo y al niño se le había declarado la varicela esa misma noche–. No tengo a nadie a quien recurrir, todos están de viaje... fuera de la ciudad... y la nena está ahí abajo llorando de hambre.

La mujer hizo una nueva incursión en la habitación contigua y regresó con una gran bolsa de pañales desechables y un chupete envuelto en plástico. Se detuvo a

reflexionar un instante. Luego se marchó una vez más y volvió enseguida con un montón de ropita de niño, un pañal de tela y una caja redonda de plástico de donde asomaba una toallita de papel perfumado. Juntó todas estas cosas y se quedó observándolas, la mejilla apoyada en un dedo. Miró dubitativa a Michael.

–Mi hijo acaba de quedarse dormido, ¿por qué no lo acompaño? Puedo echarle una mano con el primer biberón.

–No, no, no –replicó Michael con alarma. Imaginaba la cara que pondría al ver la caja de cartón. Entonces lo comprendería todo. Sabía que no podía confesar que había encontrado a la nena. Se la arrebatarían inmediatamente–. No quiero causarle más molestias. No quiero que deje solo a su niño por mi culpa.

–No es ninguna molestia –dijo ella con dulzura, y comenzó a meter en un bolsón de plástico los objetos que había reunido–. Ido acaba de dormirse. No se despertará hasta dentro de un buen rato. Para mí no sería ninguna molestia bajar un momento.

Michael echó una ojeada al corralito, posó la mano en el brazo de la mujer y dijo:

–Volveré a buscarla si tengo algún problema.

Ella lo miró titubeante, pero lo ayudó a agarrar el asa de la bolsa de pañales.

–¿Dónde están sus padres? ¡Mira que dejar así a un bebé de cinco semanas!

–Su madre está... en el hospital. Ha sufrido complicaciones posparto, y su padre... –contempló desesperadamente la pared y dijo–: Él... No tiene padre. Es madre soltera.

Una expresión comprensiva y afligida se pintó en el rostro de la mujer.

–No se preocupe –dijo. Sus gruesos labios, normalmente fruncidos en un gesto mohino, se abrieron en una sonrisa generosa–.

Nos las arreglaremos para cuidarla durante las fiestas. Le sugiero que me deje echarle una mano. Ido está a punto de cumplir los cinco meses. Lo tengo todo muy reciente –de pronto, con gesto alarmado, añadió–: La ha dejado sola, debe de estar desgañitándose.

¿Por qué no la recoge y la trae aquí?

–No, no –exclamó Michael.

El semblante de la mujer estaba radiante, la sonrisa cambiaba por completo su expresión. Toda traza de inquietud había desaparecido y sus ojos claros, muy abiertos, eran como cristalinos estanques sin fondo. Sin saber por qué, Michael sabía que poner a aquella mujer en contacto con la niña significaría perderla. No comprendía de dónde emanaba tal certeza. Sencillamente, se dejaba arrastrar por una sensación de desaliento como nunca antes la había sentido. Renunció a todo intento de pensar racionalmente.

–Necesitamos agua hervida templada –la oyó decirle mientras se alejaba escaleras abajo. Michael llevaba las bolsas de ropa y pañales en las manos y el biberón y el

resto de las cosas bajo el brazo—. Para preparar la leche en polvo hay que... —no oyó lo demás, sólo los alaridos que procedían del otro lado de su puerta.

Una vez en casa, dejó los bultos a la puerta del dormitorio, cogió a la niña y la oprimió contra su pecho. Tanto la manta amarilla como la toalla rosa en que iba envuelta estaban mojadas. Una cálida humedad le empapó la camisa. Apretó la mejilla contra la carita de la niña. Tenía los carrillos en llamas. Su primera reacción fue echar la cabeza atrás convulsivamente. Su cuerpecito forcejeó, pero luego el llanto se aplacó y los músculos de su cara se relajaron.

Durante unos segundos el mundo fue algo pleno y sereno, donde no faltaba nada. Michael oyó el apagado sonido de una música que parecía llegar de muy lejos. La nena se revolvió, estiró los brazos y lanzó un potente alarido de frustración. Michael tardó un instante en comprender que era una vez más el chelo, que la vecina de arriba se había sentado junto a su bebé dormido a tocar una melodía melancólica. No sabía qué era aquella música dulce y sentida. Se inclinó para coger la bolsa del biberón y la leche en polvo. ¿Cuánto tiempo llevaría viviendo allí la mujer?, se preguntaba, ¿y por qué nunca se habría fijado en ella en la escalera? Recordó la belleza de sus ojos y de su sonrisa. Si no fuera tan desaliñada podría ser muy atractiva.

Echó una ojeada a las instrucciones para preparar la leche maternizada y se sentó para acomodar en su regazo a la niña. Continuó murmurando al oído de la nena mientras abría la lata con su navaja multiusos y olfateaba el polvo amarillento. ¿Cuánta agua habría que añadir para una nenita? El hecho de que fuera una niña parecía complicar la situación, como si fuera a necesitar más protección y atenciones de las que él era capaz de darle. Michael midió la cantidad de leche indicada, echó un poquito más en el biberón para quedarse tranquilo e hizo una mueca al volver a olerla. Era incomprensible que aquello pudiera gustarle a la niña. Palpó el hervidor eléctrico y vertió un poco de agua en un vaso. Como no podía dejar a la nena, que sólo cesaba de llorar cuando él le susurraba al oído lo que iba haciendo, no logró echarse una gotita de agua en la muñeca. Era un gesto que había quedado grabado en su cuerpo desde los tiempos en que Yuval tomaba biberón. Se limitó a meter un dedo en el vaso.

—El dedo no es tan sensible —susurró junto a la orejita rosada. Esta vez la niña berreó a pesar de que le hablara, y sus gritos aceleraron los movimientos de Michael—. Son cosas que no se olvidan —la tranquilizó a la vez que la estrechaba contra su cuerpo—. Es como nadar o montar en bicicleta —explicó.

Vertió el agua del hervidor en el biberón, le enroscó la tetilla con una sola mano y lo agitó bien sujetándolo contra la muñeca izquierda. Para ello, hubo de relajar la presión con que aferraba a la niña, quien chilló con todas sus fuerzas y se retorció sobre su brazo. Unas gotas del líquido blanquecino cayeron sobre la piel de

Michael. La temperatura era correcta. Tomó asiento, dejó a la niña en su regazo y le introdujo la tetilla en la boca.

En el profundo silencio que se impuso volvió a oírse la música de chelo del piso de arriba, cargada de sentimiento, vibrante de dulce nostalgia. A Michael le encantaba el sonido del violonchelo.

Qué afortunada era la vecina de arriba por ser capaz de tocar así el más hermoso de los instrumentos musicales.

La nena succionó con avidez, se detuvo, sus ojos se cerraron.

Por lo visto, estaba exhausta y había desistido. Tal vez el exceso de hambre le impedía comer. Pero Michael no desistió. Humedeció los labios de la niña con el líquido, que salía del biberón con dificultad; lo agitó. De pronto comprendió que el orificio debía de ser demasiado pequeño. Como si quisiera ratificar su sospecha, la rosada boca, redonda y perfecta, se abrió de par en par a la vez que la niña agitaba frenéticamente la cabeza buscando el biberón, y un nuevo alarido rasgó el aire, tapando cualquier otro sonido.

Michael no tardó en sobreponerse al sobresalto. Recordó enseguida que en tiempos calentaba un alfiler en el fogón y lo usaba para agrandar el orificio de la tetilla del biberón cuando era demasiado pequeño. Incluso recordaba el olor de la goma chamuscada, y cómo a veces se derretía y el orificio se volvía demasiado grande. Entonces la leche fluía a chorretones y desbordaba la boca de Yuval.

—¡El niño se está ahogando! —gritaba Nira, y Michael se apresuraba a ponerlo boca abajo.

Yuval era un bebé glotón. Esta niña, que aún no tenía nombre, o que tal vez tenía un nombre que él desconocía, parecía haber renunciado a toda posibilidad de comer, se había rendido.

Cuando Yuval tenía demasiada hambre era imposible darle el biberón. «Demasiado hambriento para comer», anunciaba Michael, y aplicaba su «método» especial: verter unas gotas de leche en su dedo y frotar con ellas las encías de Yuval. La paciencia y la perseverancia acababan por lograr que comiera. Entonces resonaba en la habitación ese rítmico succionar que ahora Michael anhelaba oír.

Agitó el biberón con fuerza, se humedeció un dedo y lo introdujo delicadamente entre los labios abiertos. La boquita estaba caliente por dentro, las encías se cerraron sobre el dedo de Michael y los labios lo aferraron. Entonces Michael retiró el dedo a toda prisa y lo sustituyó por la tetilla, a la que previamente había pegado un mordisco para agrandar el orificio.

Cuando la niña comenzó a succionar con fuerza, con un ritmo regular y sostenido, Michael se permitió recostarse contra el agrietado respaldo de madera de la silla de la cocina. Un temblor de pura fatiga recorrió los músculos de sus piernas y sólo entonces se dio cuenta de lo tenso que había estado su cuerpo.

Al fin se sentía libre para examinar con calma el semblante de la nena. Con los

dedos de la mano izquierda, con la que la sujetaba, tocó el botoncito de la nariz, las cejas apenas perfiladas, la fina y suave pelusilla junto a las orejas. Los ojos de la niña, cerrados desde hacía unos minutos, se abrieron ahora, revelando su color azul lechoso. Su boquita estaba fruncida en torno a la tetilla y succionaba rítmicamente. Entre una succión y otra suspiraba, una capa de sudor se había acumulado sobre su labio superior. Sin mover el biberón, Michael se levantó con la nena en brazos y fue a sentarse en la butaca, frente a las cristaleras del balcón.

La sirena de una ambulancia emitía un persistente aullido a lo lejos. El sol se ponía lentamente sobre las colinas, el mundo estaba en calma. En ese momento sólo existían él y la niña, sentados en la amplia butaca de raída tapicería que era el único mueble superviviente de su época de casado. Ésa era la butaca donde solía darle el biberón a Yuval en las noches invernales. Michael escuchaba entonces con oído atento la respiración y las succiones de Yuval, sus suspiros de satisfacción, y, una y otra vez, el ciclo de lieder de Schubert Winterreise. Ahora había recobrado la atmósfera de aquellas noches heladas (Yuval nació en otoño): el silencio, tan sólo interrumpido por los sonidos que la niña hacía al comer, y aquella soledad que no era aislamiento sino una muda y perfecta compenetración. La música cesó en el piso de arriba, Michael no había logrado reconocerla. ¿Cuántas veces debía escucharse una pieza antes de poder identificarla por su nombre?

—Somos una economía autárquica —susurró con la cara sepultada en la pajiza y aterciopelada pelusilla.

La oscuridad se espesaba, el biberón estaba vacío y los ojos de la nena se cerraron. Sus suspiros de satisfacción dieron paso a una respiración acompasada. Sus labios se abrieron y soltaron la tetilla. Michael retiró con cuidado el biberón, comprobó que no quedaba leche y lo dejó a sus pies. Luego apretó el interruptor de la lámpara de lectura. Una tenue luz amarilla iluminó la cara de la niña. El extremo opuesto de la habitación quedaba en sombras. Michael se levantó con la niña en brazos, dispuesto a dar vueltas por la habitación. Preparado como estaba para una larga caminata, le sorprendió oír que la nena echaba el aire en cuanto la recostaba sobre su hombro. Sonrió satisfecho. ¡Qué poco hace falta a veces para sentirse bien! A veces bastaba con prepararse para un esfuerzo que luego no era necesario. Sin caer en la exageración, lo que se sentía en esos momentos podría incluso llamarse felicidad.

Sentía el peso del cuerpecito, flácido y relajado, sobre su hombro.

Bajó a la nena a su brazo y volvió a instalarse con ella en la butaca, desde donde contempló la oscuridad exterior y el reflejo de la lámpara en el cristal del ventanal.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. «¿Qué deseas realmente?» Pero en vez de aferrarse a sus pensamientos, los dejó vagar. Y en ese momento comenzaron a aflorar fantasmas que se materializaron en la pregunta de cuánto tiempo sería capaz de conservar a la nena consigo. Estaba transgrediendo la ley. Conocía bien los

procedimientos. No cabía duda de que debería haber avisado a la policía municipal, que compartía las oficinas del cuartel general de la policía de Jerusalén en el barrio ruso, donde trabajaba Michael. Podría alegarse en su favor que, siendo un día festivo, cualquiera habría optado por quedarse en casa con la niña o por llevarla al hospital.

Pero la verdad, el quid de la cuestión, era su deseo, su imperiosa necesidad de quedarse con la niña. Qué fugaces y frágiles eran los momentos de absoluta paz de cuerpo y espíritu. Una simple llamada de teléfono podía romperlos en pedazos. O una llamada a la puerta, por muy titubeante que fuese. Le dio un vuelco el corazón.

¿Y si alguien se dirigía ya a su casa para arrebatarse a la niña?

Eso no se le había ocurrido hasta ahora. Hasta el preciso instante en que oyó que llamaban a la puerta, y volvían a llamar con menos titubeos, y de nuevo otra vez, insistentemente. Lo único que sabía era que debía mantener oculta a la niña. Tal vez lo mejor sería hacer oídos sordos a aquella llamada. Pero la ansiedad que le generaba lo obligó a levantarse y a echar un vistazo por la mirilla. Oscuridad absoluta. Dijo sin pensarlo:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Nita, la vecina de arriba —dijo una voz grave. Ahora ya sabía su nombre.

—Un momento —farfulló Michael, e inspeccionó la habitación con la mirada.

Se precipitó a cerrar la puerta del dormitorio para que la vecina no viera la caja de cartón donde le habían traído a la niña, como si fuera un cachorrito recién nacido. Ahora aquella mujer alta vestida con mallas oscuras y una camisa masculina de color púrpura, que traía en brazos a un bebé rellenito y moreno cuyos ojos castaños observaban a Michael con mucha seriedad, ya tenía nombre. Se quedaron de pie en la sala, cada uno con un niño en brazos. El abultado labio inferior de Nita temblaba. Acarició el suave cabello castaño de su hijo, enderezó con cuidado el cuello de su trajecito de una pieza y alzó la mirada hacia Michael, sonriendo tímidamente.

—He venido a traerle algunas cosas que puede necesitar —dijo, tendiéndole una bolsa—. Jabón para niños, crema hidratante y crema protectora para el culito, y una manta pequeña. Sólo quería saber qué tal se las arreglaba. Espero no haberle molestado...

—En absoluto, muchas gracias —dijo Michael. Y se quedaron en silencio.

—Hay que ver cómo estamos —dijo Nita con una sonrisa irónica y reflexiva—, cada uno cargado con un bebé. ¡Menuda pinta debemos de tener! —luego se acercó mucho a Michael y se inclinó sobre la nena—. Es preciosa —comentó maravillada al levantar la vista. Aunque no era tan alta como Michael, lo miraba directamente a los ojos—. Veo que ha terminado el biberón. Parece muy satisfecha —prosiguió sorprendida—. Se las arregla usted muy bien. ¿Tiene cinco semanas?

Michael asintió.

–Todavía no la ha vestido. ¿Cómo se llama? –Nita pasó delicadamente un dedo sobre el pie desnudo que asomaba de la toalla rosa. Michael quedó paralizado un instante.

–Noa –se oyó decir de pronto, e inclinó la cabeza sobre la pajiza pelusilla como si quisiera disculparse por aquella decisión precipitada y arbitraria. Respiró hondo y levantó el rostro hacia la mujer, sintiéndose ruborizar.

–Ido –le comunicó Nita al bebé, cuyos párpados aleteaban como a punto de cerrarse–, aquí tienes una amiguita. Te presento a Noa. Noa nació en los campos – Michael reculó sobresaltado, pero Nita comenzó enseguida a canturrear y él recordó la canción popular de la que procedía esa cita.

Ido recostó la cabeza entre el hombro y el cuello de su madre.

–Todavía no la he vestido –se excusó Michael–. Antes quería darle de comer. Me pareció más urgente.

–Pero no hace falta que la tenga en brazos todo el rato. Puede incluso hacer un descanso para tomar una taza de café, sobre todo considerando que no le está dando el pecho –dijo Nita con una sonrisa tímida.

Michael tomó asiento. Le temblaban los brazos. ¿Dónde podría tumbarla a dormir? En eso no había pensado todavía. No estaba dispuesto a meterla de nuevo en la caja de cartón. Contempló el rostro fino y atormentado de la mujer, sus ojos, que en aquel momento le parecieron hundidos en una seriedad verde azulada, y el hoyito que descubrió de pronto en lo alto de su mejilla en lugar de en el centro. Carraspeó sonoramente. En todo caso, iba a necesitar un cómplice. No podía hacerlo solo, se dijo a sí mismo.

Aunque sólo fuera durante los dos días siguientes. En el futuro no quería pensar. Mas no pudo evitar preguntarse qué futuro podía esperar. ¿Acaso había perdido la cabeza? ¿Qué pretendía? Acallando estas preguntas, se concentró de nuevo en dilucidar si debía pedir ayuda a la mujer. Pero ¿y su marido?

–Su marido... –dijo titubeante. La sonrisa de la mujer se esfumó al instante.

–No tengo marido –sus labios se proyectaron hacia delante en un gesto que casi era de desafío.

–¿Ah, no? –dijo Michael, turbado. Hasta entonces tenía la convicción de que el hombre barbado era su marido.

–No estoy casada –añadió ella, ya con calma–. No es tan raro.

Usted mismo ha dicho que su sobrina es madre soltera. Parece ser una moda, o más bien una epidemia –concluyó, y el hoyito, que había desaparecido, reapareció fugazmente.

–Sí –se excusó Michael–, es que creía... vi... me dio la impresión... vi a un hombre con barba...

–¿Con barba corta o simplemente sin afeitar? Si llevaba barbita era mi hermano

menor, y si iba sin afeitar era el mayor. Supongo que a éste lo habría reconocido si lo hubiera visto, pero sólo ha venido por aquí un par de veces –lanzó esta parrafada a toda prisa, como si pretendiera disipar la opresión que había comenzado a cernerse sobre la sala.

–Barba corta o sin afeitar. No lo recuerdo bien. ¿Por qué habría reconocido a su hermano mayor?

–No es que lleve barba, simplemente va sin afeitar. Es lo que está de moda. Como usted mismo...

–Yo estoy de vacaciones, ése es el motivo –la corrigió Michael, y se acarició la barba de tres días–. No lo reconocí. ¿Es que lo conozco?

–Mi hermano mayor, Theo, es famoso. ¿No ha oído hablar de Theo van Gelden?

–¿El director de orquesta?

–Sí.

–¿Es su hermano?

–Mi hermano mayor.

–Van Gelden es un apellido holandés.

–Nuestros padres son holandeses.

–¿Y tiene otro hermano? ¿Que también es músico? ¿El violinista? –preguntó, rebuscando en su memoria.

–Sí. Gabriel también es músico. Gabi es el que lleva barba –Nita suspiró–. En fin, la cuestión es que ningún hombre de los que ha visto era mi marido –dijo con una sonrisa, y añadió azorada–: He venido a invitarlo a mi casa. Pensaba que mientras los niños dormían, nosotros podríamos tomar un café en honor del nuevo año. Discúlpeme –concluyó con una risita–, ¿cómo se llama?

–Michael. ¿Cómo es que no va a asistir a una cena familiar de celebración?

–Ninguno de mis hermanos está en Israel en este momento. Mi padre se quedó solo hace años. Es muy mayor, está delicado, y han dejado de interesarle este tipo de cosas. Lo he visto esta tarde. Fuimos a hacerle una visita –explicó a la defensiva–. Y salir sólo por salir... no me apetecía. Pero se me había ocurrido... quería... –quedó en silencio y rodeó al niño con ambos brazos.

Michael contempló a la nena. De momento, le resultaba imposible llamarla Noa.

–Es cierto que debemos de tener una pinta curiosa, con los dos bebés a cuestas –dijo pensativo.

–No quiero que se sienta obligado. Sólo quería decirle que comprendo que debe de ser difícil estar a cargo de una niñita de cinco semanas y...

De pronto Michael pensó que sería muy agradable pasar la velada con ella. Nita ofrecía la promesa de un contacto que no era amenazador ni frívolo. Sintió el repentino impulso de contárselo todo y, para contenerse, dijo:

–Antes tengo que vestir a la niña. Puede esperarme aquí mismo.

–Estaré más cómoda en casa. No quiero tener la sensación de estar imponiéndole

mi presencia –Nita se obligó a sonreír mientras tironeaba del borde de su camisa púrpura–. Además, a su nena todavía es fácil llevarla de un lado a otro. Ido necesita su cama por las noches, y ya son las siete y media –echó una ojeada en torno suyo–. Le dejo estas cosas y lo espero arriba –dejó la bolsa de plástico a sus pies y echó otra ojeada, rápida y furtiva, a la habitación–. ¿Subirá cuando esté listo?

Michael asintió enérgicamente con la cabeza. Pero de pronto le asaltaron las dudas. ¿Y si la vecina resultaba ser una metomentodo mojigata? ¿Y si sentía la compulsión histérica de notificárselo de inmediato a las autoridades? ¿Cómo iba a explicarle, además, su propia compulsión, incomprensible, importuna y tal vez vergonzosa, de quedarse con la niña? Cabía incluso la posibilidad de que ella pretendiera explicarle su comportamiento, razonar por qué había sentido aquel impulso, y lo cierto es que Michael prefería no pensar en eso. ¿Qué había de malo en actuar siguiendo un impulso por una vez en la vida?, se dijo. Pero una especie de vergüenza por desear a la niña para sí emergió hasta la superficie de su conciencia y sintió una gran opresión.

La nena no se despertó mientras le ponía un trajecito azul que sacó de la bolsa que había traído la vecina. Se estremeció una vez, y en otro momento, cuando Michael le tocó la barbilla, torció los labios en un gesto que parecía una sonrisa, sin abrir los ojos. Michael recordó que los bebés de esa edad no sonreían, no era más que un acto reflejo.

Cuando tocó a su puerta, Nita ya había conseguido ordenar un poco su piso. El montón de ropa recién lavada había desaparecido. El chelo, metido en su estuche, descansaba en un rincón junto al corralito plegado. Sobre una mesita redonda de cobre, en una gran fuente de cerámica armenia, Nita había colocado un círculo de rodajas de manzana en torno a un platito de miel.

–Venga, déjela aquí –dijo, ofreciéndole un cochecito de niño–.

La parte de arriba se desmonta –explicó–, luego se la puede llevar a casa tumbada ahí.

Consciente de que ella lo observaba mientras dejaba a la niña en el cochecito, Michael se movía con torpeza. La timidez le impedía incluso inhalar el aroma de la nena, o apoyar sin disimulo la mejilla sobre los pliegues del blando cuello. La arropó desmañadamente bajo lo que él sentía como un escrutinio atento y suspicaz de Nita. Pero al levantar la vista, descubrió que su mirada era afectuosa y directa. Ahora sus ojos le parecieron grises, colmados de una tristeza sin amargura.

Tomó asiento en el pequeño sofá, bajo el óleo, y fijó la mirada en la pared de enfrente. Allí colgaba una lámina de grandes dimensiones, una reproducción de un dibujo a pastel de un hombre corpulento y barbado que tocaba el piano con un grueso puro entre los labios. Le sonaba mucho.

–Brahms –dijo Nita, que había seguido su mirada.

–Murió en 1897 –reflexionó Michael en voz alta–. Acabo de enterarme hoy.

Siempre pensé que había vivido en una época muy anterior, a comienzos del XIX. Apenas había pasado de los sesenta cuando murió.

–Tenía un cáncer de hígado, aunque él lo llamaba «ictericia». ¿Sabe lo que dijo de él Dvořák cuando estaba a punto de morir?

–¿Qué?

–Dvořák era su protegido; Brahms lo había presentado a su editor, y Dvořák siempre estuvo muy influenciado por él. Le profesaba gran estima y admiración aún antes de que lo ayudara. Fue a visitarlo cuando Brahms estaba en su lecho de muerte –Nita contempló el dibujo y sonrió–. Dvořák era un hombre piadoso, y al salir de la habitación de Brahms comentó asombrado: «Un espíritu tan noble, y no cree en nada». Pensaba que no creía en Dios. Lo que no es del todo cierto.

–¿Qué no es del todo cierto?

–Que Brahms no creyera en Dios. Sí creía, pero no en el Dios de Dvořák –dijo Nita con voz queda, e inclinó la cabeza como si quisiera examinar las cortas patas del piano de la lámina–. ¿Así que era usted quien tenía puesta la Primera de Brahms? Esa música no es saludable para los niños pequeños. Es una música de la inquietud.

Michael estaba perplejo.

–¿Es habitual esa idea? ¿Responde a la opinión general?

Nita se encogió de hombros.

–No lo sé. Sencillamente es como yo lo veo.

–Me pregunto –dijo él titubeante– si la música puede generar inquietud. Lo cierto es que, al escucharla, de repente me acordé de la mancha del techo y de otras cosas por el estilo, que normalmente no me preocupan. ¿Pudo ser la música?

–Por supuesto. Engendra sentimientos, ¿no es así?

–¿Por qué la sinfonía de Brahms produce inquietud?

–Bueno, por muchos motivos, yo creo que se nota desde el principio –se recogió los rizos–. Otro factor es la orquestación y el modo menor, ¿sabe? –sin aguardar a que le respondiera, continuó–: Do menor, en particular, tiene toda una tradición en este sentido. Es la tonalidad de la Quinta de Beethoven y de su Tercer concierto para piano, y también de un concierto especialmente sombrío de Mozart.

–¿Es el modo el que genera la inquietud? –reflexionó Michael sorprendido–. Se diría que es imposible.

–En fin, no sólo el modo. Todo depende de cómo se utilice. En el arranque de la obra de Brahms todo depende de cómo ascienden los instrumentos de cuerda a la vez que los de viento descenden, y de la tensión entre ambos, y de los resonantes redobles de la percusión.

–El Concierto para piano en do menor de Mozart no me provoca una inquietud particular.

–Claro, es que se ha convertido en música de fondo de montones de cosas. Pero

en una buena interpretación puede seguir generando una gran tristeza.

–Pero no inquietud. La sinfonía de Brahms... me gustaría comprender si estas sensaciones tienen... algo así como un correlato objetivo –dijo Michael como excusándose.

–No es tanto una cuestión de modos o de armonía como de espacio sonoro –reflexionó Nita para sí–. Y del volumen del sonido en Brahms. La obertura es fuerte, no fortissimo. Y el fuerte está amortiguado y tiene un no sé qué de crispante. Por su parte, los redobles de timbal crean una tensión que no se resuelve de inmediato, y luego, cuando la música se acelera, se vuelve aún más dramática. La sinfonía está llena de hechos pavorosos.

–¿Qué son los «hechos pavorosos» de una composición? ¿Cómo puede hablar en esos términos? ¿Hechos pavorosos en una composición musical sin palabras?

–Por supuesto que los hay –exclamó Nita–. Usted mismo acaba de escucharlos. Los distintos temas y la transición entre ellos, el momento y la manera en que concluyen, el diálogo entre los instrumentos... todo eso son hechos, y pueden inspirar miedo.

Michael alzó la vista hacia el techo.

–¿Toca usted profesionalmente? –aventuró.

Nita asintió con un gesto, se mordió el abultado labio inferior y se dirigió a la cocina.

–Escoja un disco –le dijo desde allí–. Están en la cómoda.

En la habitación no había cómoda alguna como no fuera el sólido mueble marrón, alto y estrecho, colocado en un rincón, entre el sofá y la pared donde las cristaleras comunicaban con el balcón. Michael se levantó, se detuvo ante el balcón y contempló durante unos instantes la ancha calle y las colinas, sorprendido de que la vista fuera la misma que la que tenía desde su casa. En las pesadas puertas de madera de la cómoda había una talla en relieve de dos ángeles que revoloteaban sobre un arpa dorada. Dos manos de bronce entrelazadas cerraban las puertas. Michael las abrió y observó los atestados compartimentos.

–Como un niño en una pastelería –dijo Nita.

Michael dio media vuelta y la vio sonriéndole desde el umbral de la cocina.

–¿Están ordenados de alguna manera? –se oyó preguntar.

No se iba a atrever a contárselo. No sabía nada de ella. Sacó de su bolsillo un paquete de Noblesse y una caja de cerillas y le pidió permiso a Nita con una mirada. Ella señaló el cenicero de cristal azul que había junto al teléfono y dijo:

–Podría trasladar a la niña a la habitación de Ido. Y puede abrir la puerta del balcón, ¿o quizá esperará a que traiga el café?

Michael dejó el paquete de tabaco sobre la mesita de cobre y regresó a la cómoda. En los compartimentos superiores se agolpaban muchísimos discos de vinilo. En los demás había discos compactos colocados en dos filas. Michael sacó

un par de ellos. Uno era el Andante y variaciones para piano de Haydn, una obra que desconocía. Lo dejó sobre la mesa de cobre, para examinarlo más adelante, y echó un vistazo al otro. En él había una fotografía de Nita, muy atractiva con un traje de noche negro escotado, el chelo en la mano izquierda y el arco en la derecha. Junto a ella, un pianista calvo y entrado en años. La leyenda era: «Nita van Gelden y Benjamin Thorpe interpretan la Sonata para arpeggione de Franz Schubert». Michael sacó el disco que había en el reproductor, leyó la etiqueta y lo devolvió cuidadosamente a su funda, donde estaban los otros dos discos de la ópera de Rossini Guillermo Tell, una obra que tampoco conocía a excepción de su famosa obertura. La sustituyó en el reproductor por la sonata de Schubert. Los sonidos que inundaron la habitación despertaron en él la esperanza de que sería capaz de contárselo todo a su anfitriona. Pero al cabo de un instante, Nita se presentó con gesto tenso. Mordiéndose el labio inferior, señaló el reproductor de compactos y dijo quedamente:

–Hágame el favor de quitar eso.

Michael se apresuró a detener el manantial de sonido a la vez que asentía con la cabeza.

–¿Dónde lo ha encontrado? –preguntó Nita, y guardó el disco.

–Estaba ahí –tartamudeó Michael, mirándola de frente–, en la cómoda. Lo escogí por casualidad.

Los labios de Nita se relajaron. Estaba avergonzada.

–Hacía muchísimo que no lo oía, casi dos años. Hoy día la interpretaría de una manera totalmente distinta –se excusó, pero no parecía suficiente justificación para su conducta–. Voy a traer el café –dijo, y se fue a la cocina para luego volver a toda prisa, trayendo una cafetera de cristal, un par de tazas, leche y azúcar en una gran bandeja de madera. La posó sobre la mesita de cobre y se quedó escudriñándola con toda su atención, pero Michael tenía la clara sensación de que Nita estaba ausente, de que no veía nada.

–Cucharillas, faltan las cucharillas –dijo él.

Nita sonrió como si acabara de despertarse.

–Sabía que me había olvidado de algo –dijo, y regresó a la cocina.

La niña se movió en el cochecito. Emitió un débil sollozo y se quedó en silencio. Nita ya estaba a su lado, con dos cucharillas en una mano y la otra suspendida sobre el asa del cochecito, dispuesta a mecerlo. ¿Cómo podría confiarse a ella?, pensaba Michael.

Era una perfecta desconocida, no sabía nada de ella. Ni siquiera el chelo resultaba revelador. La Sonata para arpeggione no indicaba nada.

–Hay que pescarlo justo cuando empieza. No permitir que se vuelva más fuerte –le comunicó.

–¿A qué se refiere?

–Al llanto. A veces, si te apresuras a acunarlos, se vuelven adormir enseguida. Otras veces no sirve de nada –suspiró.

Y, sin embargo, sí sabía algo de ella. Tal vez sería más fácil por el hecho de que no la conocía. Observó los pausados movimientos de sus manos, que servían el café. Le fascinaba que aquellas manos, que habían cortado las manzanas en finas rodajas, fueran las mismas que interpretaban las primeras notas de la Sonata para arpeggione en el disco. Aquellas manos, grandes y blancas, que ahora servían la leche y sacaban un cigarrillo del paquete de tabaco de Michael, eran capaces de interpretar una sonata de Schubert.

Nita empujó suavemente el cochecito, maniobró por el estrecho pasillo hasta la habitación contigua, donde dormía su hijito, se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

–¡Y yo preguntándole si era músico profesional! –Michael meneó la cabeza. Nita aspiró el humo y quitó importancia al asunto con un ademán.

–Una grabación la puede hacer cualquiera –dijo con voz ronca.

Michael le preguntó titubeante si era su única grabación.

–Hay unas cuantas más –repuso ella con dulzura, los ojos bajos–. No se deje impresionar. Lo pasado, pasado está –dictaminó a la vez que levantaba la vista hacia él. Una línea vertical muy marcada separaba sus oscuras cejas–. No significa nada con respecto al futuro. Hace un año que no toco ni actúo.

–¿Por el niño?

Nita no respondió. Michael no se atrevía a indagar en su vida con su habitual soltura. Mientras la miraba, se preguntó qué podía decir. Ella dejó el cigarrillo en la ranura del cenicero y envolvió la taza con ambas manos. Las yemas de sus largos dedos se tocaban.

–Tengo un concierto después de Yom Kipur, el primero en más de un año –dijo Nita con brusquedad. Tenía la vista fija en las cristaleras. Daba la impresión de que el sillón se le quedaba pequeño. Cruzó las piernas y apoyó los codos en los estrechos brazos. A Michael le dio la sensación de que Nita contraía el cuerpo y tensaba los músculos para controlar el temblor que la había acometido. De pronto, Nita levantó la mirada hacia él, abrió mucho los ojos con esfuerzo y susurró: Estoy aterrorizada. Tal vez lo he perdido.

Michael podría haber preguntado qué temía haber perdido, pero la comprendía y se limitó a decir:

–¿Qué va a interpretar?

–Un programa muy variado. En realidad, son dos conciertos. En el primero tengo un breve solo, en la obertura de Guillermo Tell. Mi hermano Theo dirigirá y mi hermano menor también estará en la orquesta, en calidad de primer violín, es el concierto que inaugura la temporada –dejó la taza sobre la mesa–. Y unas dos semanas después, en el segundo concierto, interpretaré el chelo en el Doble

concierto –prosiguió, girando la cabeza en dirección al retrato de Brahms–. El otro solista iba a ser un magnífico violinista joven que ha descubierto mi hermano Theo. A Theo se le da bien descubrir a jóvenes genios. Pianistas de Italia y violinistas de Corea del Sur, a veces también músicos del país. Pero el genio se ha puesto enfermo y no podrá venir. Así que será Gabi quien interprete el solo de violín. Va a ser un concierto largo, de mucha enjundia... la Cuarta de Mahler también está en el programa.

–Cuando la oí tocar antes, no era Brahms, pero me pareció conocer la música. ¿Qué era? –preguntó Michael, titubeando, temeroso de quedar como un ignorante.

–Rossini, el solo de la obertura de Guillermo Tell. ¿Conoce la obra?

–La verdad es que mis conocimientos musicales son muy escasos –se apresuró a responder Michael–. Sencillamente, soy un amante de la música.

–Amar la música ya es mucho. Te pone en disposición de aprender llegado el momento adecuado –dijo Nita, y levantó de nuevo la taza.

–La música que estaba tocando me resultaba conocida, pero no logré identificarla.

–¿Hay obras que reconoce de inmediato?

–Sí, cómo no. Por ejemplo, ayer tocó el Doble concierto y la Suite de Bach.

Nita asintió con la cabeza.

–Qué maravilla que toque el chelo. Es un instrumento tan triste... –se sorprendió diciendo–. Me encanta. Yo creo que quien no ha mamado la música, quien no se ha educado en ella desde pequeño, nunca puede comprenderla plenamente a no ser que esté dotado de un talento especial.

–No es necesario comprenderla –afirmó Nita–. Basta con amarla y necesitarla. Sobre todo, necesitarla.

–En su caso es distinto, usted se crió rodeada de música. ¿La tienda de música Van Gelden también es de su familia?

Nita hizo un gesto afirmativo.

–Pasé por delante hace unos días y estaba cerrada. ¿Es un cierre definitivo?

–Lleva seis meses cerrada. No hay nadie que pueda encargarse de ella. Mi padre es demasiado mayor y mis hermanos están muy ocupados, claro. Y yo también. Ninguno de nosotros puede dejarlo todo empantanado para emprender viajes en busca de instrumentos antiguos, partituras y grabaciones valiosas. No hubo más remedio. Entretanto... en fin, mi padre no ha querido venderla, pese a que le hicieron varias ofertas. No se presentó ningún comprador adecuado... Mi padre pone peros a todos –comentó riéndose.

–Pero usted ha abandonado el chelo –señaló Michael.

Aún tenía que descubrir muchas cosas sobre ella. Si hubiera sabido qué consecuencias podía tener esa frase, se lo habría pensado dos veces antes de pronunciarla. O tal vez no.

Nita tardó un momento en responder.

–No lo he abandonado –dijo al fin, y añadió enseguida–: ¿Cómo se atreve a decir que lo he abandonado? –se levantó y se dirigió a la cocina.

Transcurrieron varios minutos sin que sucediera nada. Michael echó una ojeada a su alrededor, se puso en pie y observó el lienzo de encima del sofá y la puerta de la cocina. Abrió las puertas del balcón, se estiró, respiró el aire otoñal. Y al fin logró hacer acopio de fuerzas para seguirla a la cocina. Nita estaba junto a la pila. En ella había una montaña de platos, cacharros y tazas de café puestas del revés. La cocina de gas estaba salpicada de círculos renegridos, como si se hubiera quemado leche derramada una docena de veces y nunca se hubiese limpiado. El suelo estaba pegajoso y el grifo goteaba.

Nita tenía el rostro sepultado en las manos. Los hombros le temblaban. Al oír pisadas, se retiró las manos de la cara. Estaba muy pálida, sin lágrimas. Entrecerró los ojos.

–Discúlpeme, por favor –susurró–. Estoy espantosamente cansada.

–Nos vamos ahora mismo –se precipitó a decir Michael. ¿Cómo se había atrevido a imponerle así su presencia?

–No, no, no quería decir que se fueran. Al contrario, quédese, por favor, si quiere, claro. Me siento como si llevara muchísimo tiempo sin hablar con nadie. Perdón que se lo diga, pero me gusta hablar con usted. Pero no quiero cargarle con mis problemas. Tendrá que disculparme por ser así, es que...

Quedó en silencio, replegada sobre sí misma. De pie junto a la pila, conteniendo las lágrimas, transmitía tal sensación de soledad que Michael sintió el fugaz deseo de tomarla en sus brazos y acariciar sus rizos castaños. Pero no osó acercarse a ella.

–Discúlpeme –volvió a repetir Nita–. No quería que viera este desastre –le dirigió una media sonrisa y se enjugó los ojos–. Ahora que los niños están tranquilos, soy yo la que me pongo a berrear.

Michael echó una ojeada a la cocina. No la habían limpiado desde hacía días, semanas, tal vez.

–¿No le ayuda nadie con las faenas de casa?

Nita negó con la cabeza.

–¿Ha comido algo hoy?

Nita adoptó un gesto pensativo, se pasó los dedos por el pelo y resolló.

–Sólo un bocado –confesó–. Pero he bebido muchos líquidos.

–¡Y está dándole el pecho al bebé! –la regañó Michael.

Ella bajó la cabeza.

–Tal vez deberíamos prepararnos algo de cena. Podríamos bajar a mi casa... –sugirió Michael tras echar otra ojeada a su alrededor.

–Ahora no puedo sacar a Ido de la cama. Podemos cenar aquí, tengo muchas cosas...

–Si quiere... –dijo Michael, titubeante– ...también podríamos intentar darle un repaso a la cocina. La puedo ayudar, si quiere – añadió, con el oído atento a los sonidos de la habitación contigua.

–Están dormidos –dijo Nita.

–¿Ponemos manos a la obra? –sugirió Michael.

A lo mejor se lo contaba, a lo mejor no. Lo más difícil sería explicar los porqués, tanto a sí mismo como a ella.

–No sé si podré comer –dijo ella más tarde, mientras observaba cómo Michael batía unos huevos.

–No tiene que forzarse –la tranquilizó él–. Sencillamente haga una ensalada con las verduras que hemos rescatado de la nevera –añadió con una sonrisa–. Luego ya veremos. Mientras las va pelando y cortando, puede contarme cosas.

–¿Contarle cosas?

–¿Por qué no?

–¿Qué quiere que le cuente?

–Lo que le parezca. Tal vez incluso por qué lleva un año sin tocar.

Nita extrajo un cuchillo especial del fondo de un cajón del armario de cocina y comenzó a pelar un pepino.

–No hay mucho que contar. Es una historia muy banal. Estuve enamorada de una persona, creía que también él me quería. Resultó que no. Me quedé embarazada. Él estaba casado. Todo se desarrollaba en secreto. Después de quedarme embarazada –en este punto se atragantó, tragó saliva, tosió–, él me abandonó. Y no consigo superarlo. No logro rehacerme. Ya le había dicho que no es nada especial, una banalidad. Un melodrama cursi. Como una película egipcia. Una telenovela.

–Lo mismo podría decirse de casi todo. Debería usted perdonarse a sí misma por estar tan afligida. Muchas personas no se permiten dar rienda suelta a sus sentimientos –Michael comenzó a fregar la sartén que había sacado del fondo de la pila.

–No quise interrumpir el embarazo. No sé por qué le estoy contando todo esto. Lo siento. Michael levantó la cabeza y dijo:

–Me alegra mucho que me hable con tanta franqueza.

–Viví un par de años metida en una burbuja, ni siquiera le saqué todo el partido posible a la música. Y luego di a luz. Cuando aquel hombre me obligó a escoger entre él o el bebé, no pude obligarme a perderlo. Me fue imposible... Quizá aspiraba incluso a criarlo yo sola. Siempre me he plegado a las expectativas de los demás. Fui una niña mimada de padres ya mayores, con dos hermanos varones. Ya sabe lo que dice la psicología popular –empezó a partir un pepino en trocitos.

–Por lo visto tuvo una infancia feliz –comentó Michael al lado de los fogones–. Ya encontrará a alguien.

–O no –replicó ella, lanzándole una mirada expectante.

Él le devolvió la mirada y sonrió. Había una cierta dulzura en los labios fruncidos de Nita y en la grave resolución de su voz, que quedaba desmentida por aquella mirada con la que reclamaba su asentimiento.

–O no –convino Michael.

–Es posible vivir sin amor... sin un amor romántico, quiero decir –sentenció ella.

–Es posible –Michael suspiró–. Difícil pero posible.

–Muchas personas viven así –insistió Nita, y se puso a partir un tomate en rodajas.

–Muchas.

–Y sacan su vida adelante, trabajan...

–No cabe duda. Y usted ya ha empezado a tocar otra vez.

Nita colocó las rodajas de tomate en una fuente de cristal.

–Lo más duro de todo –comentó pensativa– es encontrar un motivo para seguir viviendo, un sentido a la vida –titubeó y volvió a sonreír–. A veces creo que quise tener al niño para que me obligase a vivir de una manera responsable, y entonces tengo la impresión de haber actuado con muchísimo egoísmo. Educarlo sin un padre sólo porque yo quería tener un motivo... –el hoyito apareció fugazmente.

–Creo que no debería ser tan racional y crítica. Quizá le sentaría mejor aceptar sus limitaciones sin más. ¿Por qué cree que tienen hijos los casados?

–¿Por qué? –repitió ella fríamente–. Para ellos es natural, lo que debe hacerse. Pero yo conservé al bebé aun después de que se derrumbara la confianza absoluta que había depositado en mi compañero.

–¿Confianza absoluta? Nunca se debe confiar plenamente en nadie –dijo Michael a la vez que daba la vuelta a la tortilla y bajaba el fuego–. Confiar por completo en alguien es en cierto sentido convertirse en un niño. No hay en el mundo una sola persona sin debilidades. Hay que tomar esas debilidades en cuenta, y eso no se hace cuando se decide confiar plenamente en alguien –apagó el fuego–. ¿Qué tal va la ensalada?

Nita levantó la vista del cuenco.

–Está lista, sólo queda aliñarla. Entonces, ¿qué sentido tienen las cosas, de qué vale nada si no se puede confiar en nadie? ¿Cómo puede haber un amor sin confianza?

–No he dicho «confianza», he dicho «confianza absoluta». Es muy distinto. ¿Tiene aceite de oliva?

Nita asintió con un gesto.

–Cenaremos en el cuarto de estar. Esto está demasiado sucio –dijo en tono enérgico y pragmático.

Se dirigió a la sala llevando los platos, los cubiertos y la ensalada. Michael la siguió, esperó a que tomara asiento y depositó cuidadosamente media tortilla en su

plato. Retiró las rodajas de manzana, ya marrones, e hizo sitio para el challah que había cortado. Antes de sentarse, fue al cuarto de los niños y se asomó al cochecito. La nena reposaba inmóvil boca arriba. Se inclinó, alarmado, y acercó la mejilla a su pequeña nariz. No se enderezó hasta haber sentido sobre su piel el aliento que la nena exhalaba rítmica y sosegadamente.

—Es imposible librarse de él —dijo Nita—. Del miedo a que el niño muera. Yo sigo comprobando si mi hijo respira cuando se queda muy quieto, aunque ya tiene cinco meses.

—¿Es normal que duerma tanto rato seguido? Recuerdo que, a esa edad, mi hijo no dormía más de una hora sin despertarse.

—Por lo visto está muy a gusto. Ha comido suficiente y ya no siente ninguna molestia. Es una niña muy buena —Nita observó su plato y pinchó un trozo de tortilla con un movimiento lento, desganado.

—Los niños son los únicos que pueden confiar plenamente en alguien. Y ni siquiera ellos —observó Michael, pensando en la caja de cartón—. Sólo si tienen suerte.

—No puedo —dijo Nita con voz ahogada, y apartó el plato—. No puedo tragarlo.

—Eso también depende de la propia decisión y elección —replicó Michael.

—Todo me pone nerviosa o me ofende o me hiere —dijo Nita disgustada. Una lágrima escapó de la comisura de su ojo y rodó hasta la nariz—. Lo siento. Por lo visto, no estoy preparada para tener compañía. Las personas en mi estado deberían retirarse a un convento.

—No cuando tienen un niño de cinco meses que les ha otorgado su plena confianza.

Nita sonrió, se enjugó los ojos y volvió a colocarse el plato en las rodillas. Michael la miró, esta vez con la certeza de que se lo iba a contar. Pero no esa misma noche.

—¿Hace cuánto sucedió?

—¿Nuestra separación? Desde el principio del embarazo. ¡Cálculélo usted mismo! —dijo Nita con la voz destemplada—. Me repugna hablar así. Estoy cargada de autocompasión, soy incapaz de aceptar mi error y mi estupidez —quedó en silencio. Michael cogió un trozo de queso—. He vivido en una ilusión. Me he engañado a mí misma. Creía en él. Me equivoqué por completo. Me dijo que no podía vivir sin mí y yo le creí. Quizá me educaron mal —concluyó pensativamente.

—¿Qué es, político? ¿Quién dice seriamente cosas de ese estilo salvo los vendedores y los agentes de seguros? Y los políticos. ¿Se dedica a la política?

—Trabaja en una compañía de seguros —dijo Nita, y rompió a reír.

—Y no voy a hablar de quienes creen ese tipo de declaraciones, de quienes se las toman en serio —Michael dirigió a Nita una mirada cautelosa y le sirvió un poco de ensalada.

Nita pinchó un trocito de pepino con el tenedor.

–Yo le creí. Seguramente mis padres me mimaron demasiado –sus ojos volvieron a anegarse en lágrimas.

–Eso suele tener el efecto contrario –masculló Michael. Si le dejaran quedarse a la niña, pensó de pronto, él demostraría que era capaz de darle...–. Me parece que está distorsionando las cosas –reflexionó en voz alta–. Cualquiera persona capaz de tocar como usted no debería detestarse tanto, o, perdone que se lo diga, sentir tanta lástima de sí misma. ¿No se considera afortunada por poseer ese talento?

Nita despegó los labios, los juntó de nuevo, asintió con la cabeza y dijo:

–Es algo a lo que te acostumbras y deja de parecerse especial.

Se convierte en parte de ti, te olvidas de que es...

–Y tiene programado un concierto. ¿Cuándo es?

–El primero después de Yom Kipur, el segundo durante la semana de Sukot.

–¿Dentro de un par de semanas? Tiene un trabajo hecho a su medida y a la del niño. El mundo está lleno de alegrías, sólo hay que saber apreciarlas.

Nita asintió con vehemencia y una sonrisa se insinuó en sus labios.

–¿Cuánto tiempo lleva llorando por él? ¿Más de un año? ¿No le parece bastante? Ya puede quitarse el luto y empezar a vivir de nuevo. Cuando haya empezado a vivir será capaz de ver las cosas con mayor objetividad y dejará de juzgarse con tanta dureza –hizo una pausa–. Además quería decirle... –Nita lo miró expectante–.

Bueno, no tiene importancia.

–¡Vamos! ¡Dígamelo!

–No conozco su situación a fondo, pero puedo decirle que he conocido casos similares.

Nita se puso rígida.

–¿A qué se refiere?

–Hay muchas personas, es decir, mujeres, porque los hombres no hablan con tanta franqueza de estos temas, muchas mujeres que han venido a llorar en mi hombro por sus desengaños amorosos. Todas creían que su vida había tocado a su fin, que nunca más les sucedería nada. Y, tras un periodo relativamente breve, ya no le daban la menor importancia al asunto. Por lo visto se olvidaban de sus propias penas antes que yo. Por eso me he vuelto escéptico con respecto a los problemas amorosos. Además, siempre se necesita una chispa de fatalismo, lo que ha sucedido demuestra que no era el hombre adecuado para usted. Por lo que me ha dicho, me parece que no era merecedor de su amor, disculpe que se lo diga.

–¿En serio? ¿Siempre pasa lo mismo? –dijo Nita con amargura–. ¿Y qué me dice de la Callas?

–¿Qué Callas? ¿Maria Callas? ¿Qué tiene que ver con esto?

–¿No sabe lo de Maria Callas? –parecía decepcionada–. ¿No sabe que estaba locamente enamorada del inútil de Onassis? Multimillonario, sí, pero un inútil

total. Se quedaba dormido en la ópera mientras ella cantaba. ¿Se lo puede creer? –y añadió con escepticismo–: ¿La ha oído cantar alguna vez? Michael asintió.

–Entonces, dígame, ¿le parece posible dormirse mientras canta?

Michael negó enérgicamente con la cabeza. Ella persistió en mirarlo inquisitiva.

–Es imposible –dijo Michael al fin, sobreponiéndose a la reticencia derivada de que ella forzara su respuesta. Aun cuando había hablado con sinceridad, sus palabras quedaban privadas de sentido–. Al menos, a mí me es imposible.

–¿Qué le ha oído cantar?

Ahora Michael tuvo que sobreponerse a la resistencia inspirada porque le pusiera a prueba.

–Unas cuantas cosas. Norma, La Traviata. ¿Pero por qué se ha acordado de ella ahora?

–Porque Onassis la dejó embarazada cuando ella ya no era joven. Y aunque Callas deseaba ardientemente tener el niño, él se empeñó en que se librara de él. Y ella le obedeció para no perderlo. Pero, a pesar de todo, él la dejó por Jacqueline Kennedy. Callas se quedó sola, totalmente hundida, y después murió por tener el corazón destrozado. Eso puede llevar a la muerte, ¿sabe?

–Nunca he dicho que no –replicó Michael a la defensiva.

–No sólo pasa en los libros y en las películas.

–Pero Callas no tuvo el hijo. Abortó. Por elección propia. Y no es una decisión insignificante, es un paso trágico. Usted ha tomado otra opción. A fin de cuentas, parece que usted no es la Callas, y permíteme que se lo diga.

–Pero ¿cuántas veces puede suceder algo así en la vida de una persona?

–¿Algo así? ¿Enamorarse? ¿Confiar plenamente en alguien? ¿Conocer a alguien que te mira a los ojos y te dice que no puede vivir sin ti? Depende.

–No me refería a eso.

–No la conozco –dijo Michael con cautela–. Sólo la he oído tocar, y la he visto con el niño. Toca usted maravillosamente, lo digo de corazón. ¿Cómo puede dudar entonces de que volverá a enamorarse? ¿Y si vuelve a enamorarse de la persona equivocada?

¿Es eso lo que me preguntaba? Es posible –estiró las piernas y apoyó la barbilla en la mano.

–Pero ¿qué dice? –estaba ofendida–. Nunca... de ninguna manera.

Michael sonrió.

–Así que era eso –dijo a la vez que mojaba un trocito de pan en la salsa de la ensalada–. Tal vez lo que le molesta es la idea de que puede superarlo demasiado deprisa, el hecho de que puede vivir sin él. E incluso quizá vivir mejor sin él. Al fin y al cabo, es un hombre casado, era una relación clandestina... eso no es muy agradable, más bien es una larga humillación. Quizá le trae más cuenta estar sin él.

Es un alivio, eso sin duda. Pero tal vez le asusta pensar que en realidad es una solución mejor y más razonable.

Nita tragó el último trozo de su tortilla.

—¿Qué sabrá usted? —replicó al fin—. Ríase de mí, si le apetece.

—Dios no lo quiera. No me estoy riendo de usted. Sé muy bien de qué estoy hablando. En primer lugar, yo también estoy divorciado, y, además, también he estado enamorado, y me he enterado de algunas cosas a lo largo de mi vida.

—¡No lo ve! —dijo ella triunfante—. Usted vive solo. Es un hecho.

¿Sabe cuántos años tengo?

Michael negó con un gesto.

—¡Treinta y ocho! —exclamó Nita—. ¿Cuántas veces más seré capaz de confiar en alguien?

Michael echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Nita tenía una dulzura especial, como la de una niña pequeña. En aquel momento la habría abrazado si se hubiera permitido tocarla. El semblante de Nita se entristeció, estaba dolida. Michael dejó de sonreír.

—Una edad estupenda, los treinta y ocho, fantástica. Y ahora, mientras los niños duermen, ¿por qué no la ayudo a ordenar la cocina? Y, entretanto, podría poner un poco de música.

Así lo hicieron. En el cuarto de estar, Alfred Brendel interpretaba Andante y variaciones para piano de Haydn. De tanto en tanto, Nita hacía una pausa para escuchar.

—¡Es tan hermoso! —dijo una vez. Tarareaba al son de la música. Luego dijo—: ¡Qué genial era Haydn! ¡No tenía ni un pelo de tonto!

Michael guardaba silencio. Aquella música que oía por primera vez, delicada, con una melodía sorprendente, le inspiraba añoranza y melancolía. Escuchó el sonido lento y majestuoso del piano, y supo que siempre reconocería esa pieza en cuanto oyera la primera nota. Volvió a sentirse avergonzado de su impulso de quedarse con la niña, y tomó agudamente conciencia de que aquel impulso reflejaba una cara oculta de su personalidad que estaba en flagrante contradicción con su imagen. Quizá estaba sirviéndose de la niña, como había dicho Nita, para dar sentido a su vida. Inopinadamente, aquella música sorprendente, delicada y triste, tan distinta de todo lo que conocía de Haydn, le inspiró un fuerte deseo de llorar. La pila ya estaba vacía. Nita llenó con agua hervida los dos biberones y disolvió los polvos amarillentos. Sus miradas se cruzaron y ella sonrió. La música terminó.

—Otra vez, por favor —dijo Michael.

—Sí, es verdaderamente hermosa —dijo ella mientras regresaba a la cocina, y la música comenzó de nuevo—. Ojalá llegue a tocar con Brendel algún día. He tocado con pianistas buenos —dijo tímidamente—. Pero Brendel es magnífico.

Las sillas descansaban apiladas sobre la mesa de la cocina. El suelo estaba casi seco. Todo resplandecía de puro limpio. Ni un ruido procedente de la habitación de Ido. Michael tenía la impresión de que habían pasado siglos desde que experimentara un sentimiento de amistad, una relación normal. Lo inundó una sensación placentera tan poderosa que se asustó.

—¿La despierto para darle el biberón? —preguntó.

—Ni se le ocurra —dijo Nita tajante—. ¿Cuántos años tiene su hijo?

—Casi veintitrés.

—Y, cuando era pequeño, ¿se pensaba todavía que había que dejarlos llorar y darles el biberón sólo cada cuatro horas?

—No lo creo. No lo recuerdo —sonrió—. Yo diría que se pasaba el día tomando el biberón. No tenía otra cosa que hacer, aparte de llorar. Sus abuelos pensaban que yo lo malcriaba al cogerlo en brazos cada dos por tres en lugar de dejarle llorar. Se me encogía el corazón.

—¿Cuándo se divorció?

—Hace mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Ni siquiera tendríamos que habernos casado. No estábamos hechos el uno para el otro. No nos queríamos.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a casarse?

—No.

—¿Por qué?

—Nunca ha surgido la ocasión —replicó Michael encogiéndose de hombros.

—¿Nunca ha surgido la ocasión?

Sin decir nada, Michael se dirigió al cuarto de estar; luego regresó a la cocina, desplegó las sillas, puso dos de ellas lado a lado y tomó asiento. Después se colocó delante el cenicero azul, encendió un cigarrillo y señaló la silla vacía. En ese preciso instante, cuando estaba a punto de contárselo, un potente gemido salió de la habitación de Ido. La nena se había despertado y sus sollozos ahogaron la música y despertaron también a Ido.

—¿A qué se dedica? —preguntó Nita mientras se sentaban uno junto al otro, con los bebés en los brazos.

—Trabajo en la policía —repuso Michael sin retirar la vista de la boquita rosa pegada a la tetilla. Imaginó sentir un cosquilleo en sus pezones. Esa sensación lo dejó muy turbado, haciéndole centrar la atención en su cuerpo, como si pretendiera descubrir una pavorosa transformación sexual en pleno curso, la alarmante intensificación de los rasgos femeninos que, según había oído decir, tenía lugar en los hombres de cierta edad. ¿O no serían más que cuentos de viejas?

Como era de esperar, la lacónica respuesta dejó atónita a Nita.

Era la primera vez que conocía a un policía. Pensaba que todos eran... Al no dar

con el adjetivo adecuado, se quedó callada.

–Prejuicios –masculló Michael.

Nita dejó a Ido en la cuna y él colocó a la nena en el capazo del cochecito. Se lo podría contar al día siguiente, pensó al ver que casi era medianoche.

–¿Y qué trabajo desempeña en la policía? –le preguntó Nita mientras él titubeaba junto al cochecito.

–Acabo de reincorporarme tras un permiso de estudios de dos años.

–¿Qué ha estudiado?

–Derecho.

–¿Y se ha licenciado? ¿En dos años?

–No. Acabaré la carrera dentro de un par de años, a la vez que trabajo.

–¿Y a qué trabajo se ha reincorporado? ¿Algo relacionado con sus estudios?

–Me dedico a la investigación de grandes delitos. Por lo general, estoy al frente de equipos que investigan asesinatos –dijo Michael, previendo la siguiente pregunta.

–Un trabajo muy importante. Y que da miedo –comentó ella con infantil admiración, los ojos muy abiertos.

–Muy importante –repitió Michael. Nita lo miraba con tanta seriedad que a él se le escapó una sonrisa-. ¿Es que ustedes, los holandeses, no tienen sentido del humor?

Nita meditó un instante.

–No. No sé cómo serán los holandeses en general, pero en mi familia no existía el sentido del humor. Aunque sí una gran ironía, no sé si puede considerarse un tipo de humor.

–Para ser irónico hay que saber apreciar el ridículo, o al menos poseer una inteligencia creativa –comentó Michael tras una breve reflexión-. Pero, de hecho...

–¿Sí?

–La ironía y el humor son dos cosas opuestas. La ironía siempre es agresiva. Y lo es por necesidad, porque en realidad es una defensa.

–En tal caso, mi padre es un hombre muy agresivo.

Michael guardó silencio. El momento no le parecía adecuado. Empujó el cochecito. La nena, con los azules ojos abiertos, emitió un gorgorito. Michael tenía la sensación de que lo miraba a los ojos.

–Mire qué buena es –se maravilló Nita-, y guapísima.

–No diga eso –le advirtió Michael, y estiró la mano para tocar el armazón de madera del sofá.

–¿Es supersticioso? Me alecciona con tanta lógica, ¿y resulta que es supersticioso?

–Lo soy –confesó Michael y, en el tono con el cual recordaba que hablaban las

mujeres en su Marruecos natal, añadió: ¿Qué le voy a hacer? –se puso en pie para irse.

–No se vaya todavía –dijo Nita–. Quédese un ratito más. Podemos tomar una copa de coñac o de lo que sea –Michael no volvió a sentarse pero tampoco se movió–. Su presencia ahuyenta los pensamientos negativos que me atormentan –le explicó con la vista baja–. Pero quédese sólo si le apetece, si está cansado o... –murmuró.

La niña parecía estar a sus anchas. El piso desprendía ahora un aroma limpio. No había motivos para apresurarse. Se lo contaría todo mientras tomaba un coñac. Contárselo le haría sentirse mejor. Tal vez. Sería un alivio. De pronto tuvo esa certidumbre, al menos hasta el momento en que tomó de nuevo asiento y encendió un cigarrillo. Con la vista fija en la copa de coñac, volvió a sopesar los pros y los contras. Imaginó que ella empalidecería, o se sonrojaría, en todo caso quedaría horrorizada, exigiría que hicieran algo de inmediato, informar a las autoridades, buscar a la madre de la niña. Le preguntaría por qué quería lo que quería.

Volvió a inundarle una mezcla de vergüenza y ansiedad emanadas del deseo de conservar para sí a la niña y del hecho de que ni él mismo era capaz de explicárselo. Nita reposaba en silencio, con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Una vez terminada la limpieza, se había cambiado de ropa. Se había puesto una blusa azul arrugada pero limpia. Su delgadez saltaba a la vista. Nita balanceó la copa entre las palmas de sus grandes manos y lo miró con dulzura.

–¿Por qué se llama Nita? ¿Es un diminutivo? –preguntó Michael para ganar tiempo.

–No. Es un nombre. Me lo pusieron en honor de Nita Bentwich, la hermana de Thelma Yellin. Querían llamarme Thelma, pero mi madre conocía a una Thelma que le caía fatal, una antigua compañera de colegio, por eso prefirieron darme el nombre de su hermana, que murió antes que ella.

–¿Thelma Yellin? ¿La mujer que ha dado nombre a un colegio?

Nita asintió con la cabeza.

–Era chelista también, ¿verdad?

–Una chelista excepcional. Tocaba con Schnabel, Feuermann le regaló su chelo, y tuvo a Casals de maestro.

–La familia Bentwich es de Zichron Yaakov. ¿Me equivoco al pensar que Nita Bentwich se suicidó?

–No lo sé con certeza. Sólo sé que era enfermiza –repuso Nita evasivamente.

–¿Así que sus padres decidieron por adelantado que usted fuera chelista?

–Siempre decían que no –replicó Nita riéndose–. Decían que era un pequeño tributo a la memoria de Thelma Yellin. Fue una gran figura. Cuando se refería a ella, mi madre siempre usaba el adjetivo «genial». La conocía bien. Le gustaba hablarme de que Thelma había fundado una orquesta, de la música de cámara que

interpretaba, de su influencia en la vida musical, de la vitalidad que tenía, ese tipo de cosas. Mis padres creían que yo iba a ser pianista, como mi madre. Pero escogí el chelo. Según la leyenda familiar, a los cuatro años oí música de chelo y exigí que me regalaran uno. Mi conexión con Thelma Yellin no fue de nacimiento.

¿Era prudente confiarle su secreto a una mujer que se había criado entre algodones? Ésa era la pregunta que ahora preocupaba a Michael. Nita no era presuntuosa, se recordó, pero aun así prefirió darse más tiempo.

—¿Y su madre?

—¿Qué?

—¿Qué instrumento tocaba?

—Ya se lo he dicho... el piano. Pero su carrera se truncó. Primero por la guerra y la necesidad de emigrar aquí, y después porque tenía que ocuparse de la tienda con mi padre. Lo hacían todo juntos —las comisuras de su boca se torcieron en un gesto burlón—. Dejó de tocar por culpa de la tienda. Es el típico ejemplo de mujer que tiene que sacrificar su carrera profesional. Claro que la guerra también tuvo su influencia. Si le preguntabas si era feliz, siempre decía que sí. Sólo tocaba en casa.

—¿Ella también era irónica?

—No —Nita emitió una risita y tomó un sorbo de coñac—. Era una mujer inquieta. Siempre estaba preocupada por mí. No podía contarle mis problemas. Cuando estuve estudiando en Estados Unidos, se angustiaba más que yo por mis exámenes. Y cuando yo iba a dar un concierto, ella entraba en crisis nerviosa. Vivía con el perpetuo temor de que en Nueva York me asaltaran por la calle. Crecer en ese ambiente —dijo pensativa— es muy duro, ¿sabe? No te puedes permitir ser infeliz porque destrozaría a tu madre. Cuando eres la niña de los ojos de unos padres mayores, y todo el mundo te adora, ¿qué motivos puedes tener para sentirte desgraciada?

—Eso digo yo...

—Es que... siempre me ha costado mucho tomarme las cosas a la ligera. Supongo que hay personas que nacen así, con esa hipersensibilidad. Y no estoy fanfarroneando, es un hecho.

—Seguramente está relacionado con que sea artista.

Michael podría haber pospuesto el momento de la verdad, pero el suspense de no saber cómo iba a reaccionar Nita se le hacía ya excesivo. Y precisamente en el instante en que un agradable silencio envolvía la habitación, se oyó decir:

—Quería decirle de la niña...

—¿Se refiere a Noa? —preguntó ella, mirando su vaso.

—Llamémosla Noa si queremos.

—¿Cómo que si queremos? Es así como se llama, ¿o no?

—No está claro —repuso Michael con prudencia. Se le había desbocado el corazón y le faltaba el aliento.

Nita estiró las piernas, se enderezó en el sillón azul, dejó la copa en la mesita de cobre, frunció el ceño y, al cabo, dijo:

–No le comprendo.

Michael se lo explicó.

–¡No me lo puedo creer!

Michael hizo un gesto de asentimiento.

–¿En una caja de cartón? ¿En el refugio antiaéreo? ¿Quién dejaría a una niña, a una niña de pecho, en un refugio antiaéreo?

¿Está diciéndome la verdad? ¿Es ésta la verdadera historia?

Michael asintió.

–Pero si es preciosa... con su piel blanquita... y tan buena, y...

–¿Y eso qué más da?

–¿Quién querría abandonar a una niña así? ¿Sabe cuantísimas personas estarían dispuestas... estarían encantadas... se pelearían por ella?... ¿Quién puede haber querido abandonarla?

–Una persona desesperada.

–Podría haberla entregado en adopción –objetó Nita–, si no tenía otra posibilidad.

–Si quería ocultar la existencia de la niña, no tenía esa opción –replicó Michael.

Nita se quedó en silencio. Él encendió otro cigarrillo.

–¿Qué piensa hacer ahora?

Transcurrió un buen rato sin que Michael respondiera. Nita quedó a la espera. Tenía la vista posada en él, con tensa y cautelosa expectación. Michael sabía lo que quería decir, pero no se atrevía a pronunciar tales palabras: Quiero que se quede conmigo.

Le sonaban absurdas e irracionales aun cuando las decía para sí.

Se daba asco a sí mismo. Tosió. Y, al fin, se limitó a decir:

–Hablares de eso mañana. Tengo que consultarlo con la almohada. Entretanto, la niña está aquí y tiene que permanecer en secreto.

–Yo no hablo con nadie –lo tranquilizó Nita.

–E incluso aunque hablara con alguien... –le previno él.

–Incluso si hablara con alguien, no diré ni una palabra –le prometió Nita.

2 Rossini, Vivaldi y la enfermera Nehama

Hermoso, solemne, sonaba el solo de chelo de la obertura de Guillermo Tell de Rossini, la primera pieza del programa de la noche, y la respuesta de los cinco chelos de la orquesta rezumaba melancolía. La primera nota era grave y tenebrosa. Y, a continuación, se derramaba como una cascada el lamento de los demás chelos. Michael ya conocía cada pausa, cada respiro, cada nota. Y cada deslizamiento del arco sobre las cuerdas, cada movimiento del brazo enfundado en negro, le traían como en un eco las palabras pronunciadas por Nita aquella tarde, mientras contemplaba las colinas a través de las cristaleras del balcón. Con el chelo en una mano y el arco en la otra, había señalado el paisaje con un ademán.

–A veces... –comenzó, y su voz se quebró. Tragó saliva–. Me asaltan de pronto, sin previo aviso, anhelos, anhelos indefinidos... –se tocó el pecho con la punta del arco–. Y, luego –sus ojos relucían húmedos–, me pregunto por qué las cosas han salido así, en qué me habré equivocado. Y qué podría haber hecho de otra manera, si acaso; por qué la vida es así, y... Mi madre está muerta –sollozó.

Michael se sentó en un extremo del pequeño sofá, con la nena en brazos, mientras Ido golpeaba las barras del corralito con un bloque rojo de un juego de construcciones. Al escapársele éste de las manos, refunfuñó y, acto seguido, se agarró el pie y trató de meterse el pulgar en la boca. Nita le lanzó una mirada, reprimió un sollozo y dijo con voz ahogada:

–En realidad, lo que me gustaría sería volver a confiar –dijo y sonrió, o, más bien, estiró los labios. El hoyuelo no apareció en su cara–. Y luego me detesto. Sé que no me puedo permitir estar tan llena de anhelos y deseos, que debo canalizar todo mi ser hacia la música y que, como tú dices, soy afortunada. La mayoría de las personas no tienen mi talento. Pero no lo puedo evitar, soy adicta a esos banales deseos románticos que me consumen –la repulsión asomó a sus ojos. Los bajó–. Seguro que me desprecias –dijo abruptamente.

–Qué va –se apresuró a decir Michael, con voz queda para no despertar a la nena–. ¿Cómo iba a despreciarte? Me da mucha pena verte sufrir y batallar contra el dolor como si pudieras eludirlo.

No puedes. Hagas lo que hagas, te hace daño. Es lo que les sucede a quienes se sumergen de cabeza en el amor. En la idea del amor.

En la fantasía del amor, que nada tiene que ver con su objeto... hasta podría ser un espantapájaros, como dijiste tú ayer.

Nita lloraba en silencio. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano que sujetaba el arco, resolló y se secó la nariz. La punta, levantada hacia arriba, estaba roja, las pecas del caballete se habían difuminado.

–Nunca dejaré de sorprenderme que haya personas, mujeres sobre todo, capaces de amar y añorar a alguien a quien no respetan –volvió a enjugarse los ojos–. Tenías razón –dijo ya serena– en lo que dijiste ayer. Echo de menos ser una niña pequeña, sentirme próxima a alguien, dependiente –de pronto se estremeció mirando a Michael–. ¿Por qué tienes la mirada tan triste?

Ahora, en el auditorio, Michael sonrió al recordar el tono asustado y culpable de la pregunta.

–¿Te pongo triste? ¿Vas a darme por imposible?

–No, no te voy a dar por imposible. ¿Cómo podría dar por imposible a quien interpreta así el Doble concierto? Estaba pensando en mi hijo.–¿Por qué pensabas ahora en él? ¿Lo echas en falta?

Michael respondió con un débil «sí». Pero no era la añoranza la que lo inquietaba en ese momento, sino un vívido recuerdo que súbitamente le reconcomía por dentro. El recuerdo de Maya relampagueó en su memoria y se apagó. ¡Qué poco había pensado en ella durante el último año! Luego recordó esta escena con toda claridad: Yuval a los catorce años, sentado al borde de su estrecha cama, el rostro sepultado en las manos, y él asomándose por la puerta entornada. Asustado, le había preguntado a su hijo:

«¿Qué te pasa?», y se había apresurado a sentarse a su lado; repitió la pregunta, lo rodeó con los brazos, escuchó horrorizado los sollozos de su hijo adolescente y la voz desentonada con que de pronto le habló. Atento a sus frases entrecortadas, dedujo que el meollo del asunto era que la novia de Yuval, Ronit, ya no quería seguir con él, e incluso se negaba a hablarle. No supo qué decirle. Se limitó a estrecharlo entre sus brazos en silencio. Nunca más lo había visto llorar.

Nita tenía razón. La música de Rossini era o bien alegre, o bien profundamente triste. La primera de las cuatro partes de la obertura pretendía evocar el idílico paisaje de los Alpes suizos, según le había explicado. Pero también contenía una ineluctable tensión entre el ambiente idílico y la amenaza trágica que se cernía sobre él. El redoble de los timbales interrumpía ahora la dulce melancolía de los chelos. Debería haber sonado como un eco apagado, mas, bajo la dirección de Theo van Gelden, el eco de los timbales se tornaba excesivamente sonoro y conspicuo. Theo agitaba la pequeña batuta de plata que, según Nita había explicado orgullosa a Michael, era una muestra de aprecio del mismísimo Leonard Bernstein, quien se la había regalado después de que Theo dirigiera la Filarmónica de Nueva York por primera vez, hacía más de veinte años. Aquel eco hacía resaltar aún más la contenida elegía del chelo. La respiración de Michael se aquietó y él comprendió entonces hasta qué punto había estado en tensión. Al sentir el habitual dolor de

mandíbula provocado por apretar mucho los dientes, Michael hubo de reconocer que se había identificado muchísimo con el miedo escénico de Nita.

Nita argüía que el chelo debía sonar elegíaco y pastoral a un tiempo. Ensayaba una y otra vez. En esos momentos, Michael la admiraba por su concentración. Todo su cuerpo parecía transformarse en una gran oreja severa y crítica. Un par de líneas verticales se pintaban entre sus cejas y un gesto de dolor le torcía la boca. Meneaba la cabeza enfadada y exclamaba descontenta de sí misma:

—¡Qué cursilada!

A Michael le parecía una interpretación maravillosa. La música le traspasaba el corazón, le llegaba a las entrañas. A veces le avergonzaba conmoverse tanto. Sobre todo cuando veía el cuerpo de Nita doblado sobre el chelo, la serena fuerza con que movía diestramente el brazo, los fugaces gestos de placer o de obstinación que cruzaban su rostro, siempre con los ojos cerrados.

Michael había disfrutado acompañándola durante los ensayos los últimos días. En aquellos momentos, la veía poderosa y ensimismada, inaccesible y hermosa. Sentía un fuerte deseo de estar a su lado, de experimentar aquella dulzura infantil que tan palpable se hacía cuando Nita miraba a su hijo o a la nena. Las flaquezas que le había revelado aquella primera noche, la vulnerabilidad de la que a veces daba muestras mientras realizaba los quehaceres cotidianos, desaparecían cuando tocaba. Michael tenía la sensación de que una fortaleza enorme manaba de ella cuando tocaba, como un torrente de aguas subterráneas. Y de que aquella fortaleza arrasaba con todo; lo demás eran obstáculos que la ponían a prueba.

Entre ellos se había desarrollado una gran intimidad con pasmosa rapidez. Intimidad que permitía a Nita hablar sola en presencia de Michael mientras practicaba, y que a él le impedía saber si lo que ahora lo derretía, le traspasaba hasta la médula, era la interpretación de Nita o todo un mundo de expectativas y deseos que había descubierto en sí. En sus oídos resonó una frase de Nita: «La verdad es lo que uno siente». Pero ¿cómo saber qué sentía en realidad? ¿Cómo aislar el efecto de la música de los demás sentimientos? ¿Y si lo que él oía en la interpretación de su amiga eran más bien las intenciones que él conocía en lugar de la mera expresión de la música? ¿Existía como tal la mera expresión de la música? ¿En qué podía basarse cuando no había un oyente?

Y, en general, ¿qué sentido tenía hablar de la música y los sentimientos si se tenía en cuenta el proceso físico mediante el que una nota llegaba al cerebro? No había que olvidar que la recepción del sonido es resultado de una transmisión física y que sólo después el cerebro interpreta como música las ondas sonoras. Michael miró de reojo al hombre barbado de su derecha. En calidad de invitado de Nita, Michael estaba sentado entre la elite. Era la primera vez que se hallaba tan próximo al escenario. Alcanzaba a distinguir el taco rectangular de madera en cuyo pequeño orificio encajaba el contrabajista la pica de metal de su instrumento para afianzarlo,

así como la raya reluciente de sus pantalones negros. E incluso los tacones arañosos de la violista, que cruzó las piernas bajo la silla a la vez que apoyaba el instrumento en el hombro, inclinaba hacia él la oreja izquierda y se echaba hacia delante. El hombre sentado a la derecha de Michael tomó unas notas rápidas en el margen del programa. ¿En qué estaría pensando, por ejemplo, aquel hombre importante, a todas luces crítico musical, que tenía las piernas estiradas y la boca fruncida en un gesto que decía: «Veamos si todavía son capaces de sorprenderme»? ¿Oía él la melancolía que arrancaba el arco a las cuerdas del chelo? ¿Conservaba la capacidad de conmoverse?

El asiento de la izquierda de Michael estaba vacío. Debería haber estado ocupado por el padre de Nita. Antes del concierto, Nita le había presentado a Michael a su hermano mayor. Theo van Gelden le dirigió una rápida mirada de curiosidad, se abotonó la chaqueta del esmoquin y le estrechó la mano con fuerza. Resultaba extraño ver en su semblante un oscuro eco masculino de las facciones de Nita. Theo también tenía el rostro largo y estrecho, y sus ojos claros estaban muy hundidos tras unas gafas de fina montura. Trece años mayor que Nita, tenía profundas y breves arrugas enmarcándole la boca, de labios llenos y fruncidos como los de su hermana, y una barbilla puntiaguda y protuberante. Gabriel, que le llevaba diez años a Nita, tenía una cara redonda y regordeta y lucía una breve barba que le rozaba el cuello grueso y corto. Su tez, de un rosa pálido, estaba salpicada de pecas que le trepaban desde las mejillas hasta la ancha frente, y en el cuello se le veía una señal oscura, una especie de mordisco. El cabello castaño, entreverado de gris, se le alborotaba en las sienes, y él no cesaba de alisárselo. Tenía los ojos pequeños y castaños, muy hundidos, como los de sus hermanos.

Parpadeó repetidas veces a la vez que entrelazaba las manos y esbozaba una sonrisa con un solo lado de la boca, mientras Nita decía:

—Y éste es mi hermano menor, que se ha prestado a actuar esta noche para que pudiéramos tocar todos juntos, a pesar de que no comparte en absoluto los criterios de Theo y pese a que pronto tendrá su propio grupo.

Nita se echó a reír y le pellizcó el brazo a Gabriel, y él le palmoteó cariñosamente la mano, dejando ver por un instante un deslumbrante anillo de oro con una piedra verde engastada. Gabriel, que apenas era más alto que Nita, echó una ojeada por encima del hombro y preguntó:

—Pero ¿dónde está padre? ¿No iba a venir contigo? ¿No habíamos quedado en que lo recogerías al venir?

—No —repuso Nita, limpiándole el hombro con la mano—. Me llamó esta mañana. Se había olvidado de que tenía cita con el dentista, me dijo que vendría directamente en taxi desde allí. Estás todo pringado de yeso otra vez. Te he dicho mil veces que no te apoyes contra ese pilar —lo separó del estrecho pilar de cemento

con un suave estirón, se puso a su espalda y le sacudió vigorosamente—. No tardará en llegar. Relájate. Basta con que esté nerviosa yo, después de casi un año...

—Todo te saldrá de maravilla —dijo Gabriel distraídamente.

Dirigió la vista hacia su hermano, quien hablaba muy animado con una mujer vestida de negro que soplabá por la embocadura de su oboe, sujetando el instrumento con la mano libre. Gabriel se volvió de nuevo hacia la entrada de artistas.

—Deja de preocuparte —le reconvino Nita—. Ya sabes que papá detesta estar entre bastidores. Irá directamente al patio de butacas.

Todavía faltan quince minutos para que empiece el concierto.

Ahora, Gabriel van Gelden se mesaba la barbita redonda y lanzaba ojeadas desde el escenario a la butaca vacía, el único retazo rojo de una sala a rebosar. En un par de ocasiones volvió la cabeza hacia la entrada lateral, y también escudriñó con los ojos entornados las escaleras, donde se arracimaban personas sentadas y de pie. Cuando los violonchelos concluyeron el primer tema,

Gabriel le hizo un gesto a Nita con la cabeza, y Michael creyó ver que las cejas oscuras de su amiga se enarcaban y su rostro palidecía mientras se inclinaba hacia delante en su puesto, en el centro del escenario, muy cerca del podio del director, entre los violines y las violas, y forzaba la vista en dirección al asiento vacío. Luego los violines comenzaron a sonar de nuevo, y poco a poco se incorporaron la flauta, el oboe, el clarinete y el fagot para responderles. Entonces estalló una tormenta, era la espectacular segunda parte de la obertura. Reinaba el caos, y también una oscuridad cargada de suspense, como una premonición de la tragedia que se avecinaba. El rápido crescendo fue en aumento mientras se iban incorporando todos los instrumentos de la orquesta y Theo van Gelden agitaba los brazos y trataba de abrazar los ecos de la pavorosa tormenta, que continuó inflamándose hasta un punto en que casi remitió; luego cobró nueva fuerza al imponerse el sonido de la flauta.

Cuando se inició la tercera parte de la obertura con la conocida y hermosa melodía que entonaba la flauta, relevada luego por el corno inglés, los instrumentos de cuerda graves se fueron sumando al diálogo y Michael lo escuchaba todo como quien escucha un cuento. En un momento dado advirtió que tenía la boca abierta y, avergonzado, se apresuró a cerrarla. El triángulo y el oboe debatían con los instrumentos de cuerda sobre la misteriosa naturaleza del mundo, pero al propio tiempo describían el sol y los prados, los bosques y las arboledas. Luego la fanfarria de las trompetas anunció la llegada de los rebeldes. Los carillones y los instrumentos de cuerda retrataron la galopada de los caballos, y en la sala de conciertos surgió un mundo de revueltas, heroísmo y catástrofes. Pero incluso ahí se oían ecos del otro Rossini, ese Rossini mucho más alegre que hacía reír a Michael.

Mas, de pronto, la fanfarria de las trompetas se impuso al cuerno de caza y al canto de los pájaros. Era un tema muy trillado, siempre presente en el repertorio de la banda de la policía en ocasiones festivas y actos oficiales. Michael perdió la concentración, echó una ojeada a la sala. Vio una amplia sonrisa en el rostro del anciano sentado ante él, que tamborileaba con los dedos en el brazo de la butaca. La joven sentada junto al anciano reclinó la cabeza sobre su hombro. Su larguísima melena negra se derramó por detrás del asiento hasta rozar las rodillas del crítico de música. A Michael ya no le cabía duda de que ése era su oficio: no cesaba de cabecear ni de tomar notas. A espaldas de Michael, muy cerca de sus oídos, alguien desenvolvía caramelos lenta y persistentemente. El crujido de los envoltorios le estaba poniendo nervioso y al volver la cabeza para fulminar con la mirada a las dos señoras que tenía detrás, se encontró mirando un par de ojillos conocidos. Allí donde la barbilla de la mujer se juntaba con su generoso seno relumbraban unas cuentas verdes. Eran las mismas cuentas que adornaban el pecho de la enfermera que la Agencia de Bienestar Infantil había enviado a su casa hacía un par de días. La enfermera le dirigió una sonrisa de complicidad, se metió un caramelo amarillo en la boca, se inclinó y susurró algo al oído de su vecina de asiento.

Michael se volvió hacia delante y fijó la vista en el escenario. Pero no lograba desprenderse de la imagen de los lóbulos de la mujer que se alargaban hacia su inexistente cuello, arrastrados por el peso de los pendientes de cobre con piedras azules engastadas. La enfermera Nehama, enviada a evaluar su idoneidad como familia de adopción temporal para la niña, estaba ahora sentada justo detrás de él, viendo con sus propios ojos que no era la persona adecuada. Si él estaba allí, ¿con quién había dejado a la nena? A punto estuvo de volverse para decirle que había buscado a una canguro, para explicarle que se había visto obligado a asistir al concierto por Nita. En lugar de volverse, fijó la mirada en la espalda de Theo van Gelden, quien en ese momento golpeaba el podio con el pie. Luego Michael apoyó los codos en los brazos de la butaca y sepultó el rostro, que le ardía, entre las frías manos.

Se llamó al orden, tenía que ser razonable, se forzó a aquietar la respiración. Se recordó que aquella enfermera, al igual que la directora y demás asistentes sociales de la Agencia de Bienestar Infantil, estaba convencida de que Nita y él vivían juntos y criaban a la niña entre ambos. Que no pondría ninguna objeción a que la hubiera acompañado al concierto siempre que no hubiesen dejado solos a los niños. Pero no logró serenarse. Se instó a concentrarse en la música. Justo en ese instante la obertura concluyó y el público aplaudió con entusiasmo. Michael oyó varios «¡Bravos!». El hombre de su derecha no se movió.

Michael se estremeció al pensar en los ojillos que sabía clavados en su espalda y también porque vio a Nita poniéndose en pie para observar la butaca de su izquierda, que seguía vacía. Advirtió que Gabriel van Gelden, que se había

levantado a estrechar la mano al director, giraba la cabeza en dirección a la puerta lateral de la sala. Y que también Theo van Gelden, que hacía una aparatosa reverencia y señalaba a la solista del chelo –momento en que Nita se inclinó a su vez torpemente–, se quedaba pasmado un instante al mirar fugazmente la fila donde estaba sentado Michael. Luego Theo giró la cabeza a derecha e izquierda para echar un vistazo a las puertas laterales a la vez que se enjugaba la frente con un pañuelo, típico gesto de director de orquesta. A continuación volvió a señalar la orquesta. El público aplaudía rítmicamente. Michael se estiró los puños blancos para que sobresalieran de las mangas grises de su chaqueta, luego se sonrió del esmero que aún ponía en vestirse y afeitarse para ir a un concierto. Eso no había cambiado desde los primeros conciertos a que asistiera treinta años atrás.

(¿Treinta?, recapacitó impresionado. ¿Ya habían pasado treinta años? ¿Qué había sucedido en el transcurso de esos años? ¿Adónde habían ido a parar?) Fue en la época en que Becky Pomeranz, la madre de su íntimo amigo del colegio Uzi Rimon, lo llevó a una temporada de conciertos y tejió hábilmente la educación musical de Michael con la pasión sexual que ambos vivían. Resultaba curioso que la relación de Michael con la música, las emociones que le inspiraba, las composiciones que conmovían su espíritu estuvieran asociadas con mujeres por las que se sentía atraído. Becky Pomeranz le había transmitido su entusiasmo y era la responsable de que el corazón le palpitara violentamente ya desde por la mañana los días en que le aguardaba un concierto vespertino. Por Becky Pomeranz se había embarcado en el ritual de afeitarse y vestirse... en aquellos tiempos se ponía una camisa blanca de manga larga y un jersey azul marino con cuadros azul pálido tejido por su madre. La aventura con Becky Pomeranz sólo duró un invierno y una primavera, hasta el día en que Uzi abrió la puerta y los descubrió. A Becky Pomeranz se debía que aún se le entrecortara el aliento antes de entrar en una sala de conciertos. Todavía hoy la oía susurrarle al oído: «No te olvides de este momento, recuerda que has estado aquí esta noche, que has oído al mismísimo Oistrakh interpretando en directo a Sibelius». Su aliento era tan dulce... pero ya no estaba viva.

Theo van Gelden era un hombre de aspecto imponente, y desde luego no era el hombre a quien Michael había visto en las escaleras de su casa. Desde el patio de butacas parecía más alto de lo que era. Su piel sorprendentemente oscura y su cabello plateado, su esmoquin, que le confería un porte muy digno, el paso rápido con que abandonaba el escenario tras saludar por segunda vez, el vigor y la autoridad que irradiaba... todo ello contribuía a explicar su éxito con las mujeres. O su fracaso, según y cómo se viera el hecho de que se había divorciado tres veces y tenía hijos repartidos por doquier. «Mille e tre», había dicho Nita de él con una sonrisa comprensiva. A Michael le llevó algún tiempo caer en la cuenta de que era una cita del aria de Leporello de Don Giovanni.

El escenario comenzaba a vaciarse. Los timbales y los címbalos fueron retirados hacia el fondo. Los músicos de las secciones de viento y de metal desaparecieron y tan sólo quedaron en escena unos cuantos instrumentistas de la sección de cuerda. Entonces se reanudó la música. Una flautista coreana con un traje azul cubierto de lentejuelas acometió el concierto *La notte de Vivaldi*. La butaca de la izquierda de Michael continuaba vacía. Michael observó de nuevo a Nita. Estaba muy atractiva con su traje de noche negro, la cabellera castaño rojiza lustrosa y los desnudos hombros muy blancos. Michael se sentía orgulloso de ella, como si fuera su hermana o su hija. Las oscuras ojeras que ensombrecían su pálida tez aceitunada no se distinguían desde lejos. Michael la había convencido de que se las disimulara con maquillaje mientras iban camino del auditorio, después de que ella repitiera con insistencia que todos iban a estar presentes... todos quería decir sus hermanos y su padre. Michael comprendió claramente que él anhelaba estar incluido en ese «todos». Lo que había comenzado como una medida práctica, una puesta en escena para convencer a la Agencia de Bienestar Infantil, se había convertido en el punto de partida para ver a Nita como la persona con la que podía compartir su vida cotidiana. El motivo era, se decía ahora a sí mismo, una combinación de la desesperada necesidad infantil que Nita sentía de ser amada y amar, y de la inquebrantable convicción con que lo hacía todo, de las diferentes voces que hablaban desde su interior y también, aunque esto fuera inexplicable, de su manera de tocar el chelo, aquella rigidez con que a veces mantenía erguido el cuerpo y que tanto contrastaba con la delicadeza con que se inclinaba sobre su instrumento o con que recogía a Ido de la alfombra para acunarlo a la vez que hablaba de música. En cierta ocasión, Michael la vio desde la cocina tarareando para sí a la vez que mecía a la niña en sus brazos, y la escena le pareció tan perfecta, tan como debía ser, que hubo de reprimirse para no abrazarlas a las dos. A veces dudaba de sí mismo y pensaba que su único deseo era criar a la niña como es debido. Quería darle todo lo necesario, y en eso iba incluida una esposa y madre. Pero a la vez quería a la niña sólo para sí. Era el mismo sentimiento que Nita había expresado con respecto a su hijo.

Cuánto podría haber disfrutado de los nítidos gorjeos de la flauta que aquella muchacha esbelta sostenía relajadamente. Su cuerpo se arqueaba hacia delante al comienzo de cada frase y se enderezaba como el tallo de una flor al final. Cuánto podría haber disfrutado Michael escuchando algo que sabía hermoso, si no hubiera sido por la inquietud que todo lo agostaba y levantaba una barrera entre la conciencia de la belleza y su capacidad para sentirla en el corazón. Veía ante sus ojos el dulce semblante de la nena. Todavía la llamaba «la nena» para sí, aun cuando se había acostumbrado al nombre que tan precipitadamente le había dado.

Pensó en las largas noches en que la nena se despertaba cada dos horas, como si aún no hubiese superado su inmensa hambre, y en la serenidad con que él se

levantaba de inmediato, le daba el biberón y luego se paseaba de un lado a otro con la niña recostada en el hombro, solo pero sin sentir en absoluto la soledad. Cuánta dulzura, qué promesa de satisfacción de sus anhelos había en la carita de aquel ser humano cuyos deseos y necesidades él podía colmar plenamente, haciéndola feliz.

Pero tras esas imágenes surgía el gesto desconfiado de la enfermera enviada por el Departamento de Asuntos Sociales. Se había presentado en casa de Nita dos días antes de Yom Kipur, a última hora de su jornada laboral. Michael la esperaba desde la mañana. En un principio había pensado ir al trabajo. Nita incluso había guardado el chelo en el dormitorio para que la enfermera viera que estaba consagrada en exclusiva a los niños. Michael había ensayado con Nita lo que ésta debía decir, preparándola para la eventualidad de que él no estuviera en casa cuando llegase la enfermera. Claro que sería mejor estar presente y que ambos representaran la farsa de que vivían juntos como pareja.

–Eres astuto –le había dicho Nita sin el menor deje condenatorio después de oírlo hablar por teléfono con la directora de Bienestar Infantil–. Yo soy ingenua, una imbécil.

Y al decir «imbécil», su rostro se ensombreció y Michael supo inmediatamente en qué estaba pensando. Pero hubo de convenir en que él era mucho más astuto que ella y que lo mejor sería que se quedara en casa.

–Me siento como si cualquiera pudiera traspasarme con la mirada. Por lo visto, todo el mundo sabe todo lo que hay que saber sobre mí, así que me rindo de antemano. ¡Hasta tal punto me domina la necesidad de ser sincera! –se lamentó ella.

Se suponía que la visita de la enfermera había de cogerlos por sorpresa. Ni siquiera estaban seguros del día. Y eso contribuía a que pareciera una emboscada, una trampa. Y también era el motivo de que ahora Michael se sintiera rabioso al notar la presencia de la enfermera a su espalda. Tzilla, que tenía contactos en la Agencia de Bienestar Infantil y también entre las enfermeras del Departamento de Asuntos Sociales, le había dicho que no debía tomárselo a pecho, que Nita y él darían el pego como familia adoptiva. Sobre todo considerando que ya tenían otro hijo y que la nena era tan robusta. Tzilla estaba presente cuando el pediatra examinó a la niña. El médico había dicho con satisfacción, inclinado sobre la nena: «¡Menuda lagartona!». Michael se lo tomó como una ofensa, pero el pediatra se echó a reír y explicó que era el apelativo cariñoso que empleaba para las niñas sanas al cien por cien. Michael se asomó por encima del hombro del médico mientras éste tiraba de las piernas de la niña y luego las soltaba para poner a prueba la resistencia de sus músculos. La nena gritaba, desnudita sobre el cambiador de Ido. El médico redactó un informe para la Agencia de Bienestar Infantil. Tzilla se las había arreglado para que fuera una amiga íntima suya, la sargento Malka, quien se hiciera

cargo de la búsqueda de la madre desaparecida. Y la sargento había prometido no comentarlo con nadie y había mantenido su promesa.

La sargento habló principalmente con Nita. Como apenas llevaba un año en Jerusalén, adonde la habían trasladado desde Kiriat Gat, no conocía a Michael. Tal era la situación de momento (de tanto en tanto, la expresión «de momento» hería a Michael como un cuchillo). Ninguno de sus colegas de la policía, ni el mismo Shorer, sabía cuál era el motivo de sus frecuentes desapariciones para irse corriendo a casa. Sus ausencias se aceptaban sin comentarios, pues todos estaban al tanto de que, desde su reincorporación, aún no le habían asignado ningún trabajo serio. Shorer repetía:

«Después de las fiestas», y sonreía por usar esa expresión tan trillada, lo que no le impedía seguir repitiéndola.

Muchos miedos de Michael se habían resuelto sin problemas.

Tzilla, que había trabajado a las órdenes de Michael en su Equipo Especial de Investigación durante muchos años, se había entendido bien con Nita desde el principio, con esa comprensión que surge entre las mujeres cuando saben que lo que está en juego es muy importante y no hay que perder el tiempo en nimiedades. En ningún momento había insinuado Tzilla la menor sospecha de que la relación entre Michael y Nita no fuera como él le había dicho que era. «Es una amistad íntima», le había explicado Michael.

«Reciente pero íntima. Eso es lo único que hay entre nosotros. No vayas a imaginar nada más.» Y Tzilla pareció molestarse y despegó los labios para objetar algo, pero él no se lo permitió. «Sólo pretendo dejarlo claro desde el principio», le dijo, «para que no vayas a equivocarte, lo nuestro es un acuerdo comercial temporal basado en nuestros intereses comunes». Tampoco había manifestado Tzilla la menor sorpresa ante su deseo de quedarse con la niña, ni le había regañado por sus ausencias en el trabajo. Muy al contrario, había procurado encubrirlas en los días que siguieron a las fiestas, cuando Michael se escabullía antes de la hora para ir a casa de Nita. Y también había encontrado una niñera para que Nita pudiera practicar y acudir a los ensayos.

Eran los niños los que conferían a su relación un tono pragmático, desprovisto de insinuaciones románticas. «Somos una guardería infantil», había dicho Nita. Michael nunca la tocaba como no fuera para darle palmaditas en el brazo o un beso en la mejilla. Inocentes gestos de afecto. Y a veces, cuando estaban muy cerca el uno del otro, como cuando bañaban a los niños, Michael extremaba el cuidado para no rozarla, pensando que, en aquel momento, cualquier contacto podía ser casi peligroso para Nita. Aparte de todo esto, Michael tenía la inequívoca sensación de que la estaba explotando. Se había topado con ella por casualidad en el momento preciso en que podía venirle bien. Y aunque ella no cesaba de asegurarle que la reconfortaba mucho estar con él, pese a que Michael estaba seguro de que lo decía

de corazón, y aunque le había cobrado mucho afecto a Nita y nunca se aburría en su compañía, nada lograba disipar la sensación de que estaba explotándola. Además, un no sé qué de aquella delgadez suya, de la fragilidad de su figura alta y austera, ahuyentaba todo deseo sexual. Cuando Michael sentía el impulso de tocarla, lo único que quería era pasarle el brazo por los hombros, acariciarle la cara, protegerla de los momentos de miedo y de odio a sí misma, de la compulsiva tendencia a revivir escenas del pasado, de lo que la gente le había dicho y ella había creído implícitamente, y que ahora resucitaba para verificar si era cierto a la luz del presente. De pronto la acometían temblores de ira y de dolor. Michael había aprendido a identificar lo que había tras esos arrebatos, incluso cuando se manifestaban en afirmaciones ambiguas y generales, que habrían despistado a un interlocutor menos avezado, como por ejemplo: «Lo único que importa es lo que se hace. Las palabras son una sarta de mentiras». O: «Las promesas de eterno compromiso no valen un pimiento. Nada es duradero». O: «El amor no existe. Todo se reduce al sexo y a la lascivia, y enseguida se acaba. La amistad desapasionada es mucho mejor; al menos no está condenada desde el principio a ser algo hueco».

En aquellos momentos, Michael trataba de distraerla y desviar su atención hacia los quehaceres cotidianos. Como las fechas exactas en que había que vacunar a los niños o cómo iba de adelantada la dentición de Ido y cuántas horas de sueño podía confiar en dormir aquella noche. Al propio tiempo, Michael reflexionaba para sí sobre qué fuerzas serían las que la impulsaban a regresar constantemente al recuerdo de las humillaciones y dolores pasados. En una ocasión incluso llegó a decírselo. Su intención era expresarlo con tacto, pero le salió con mucha crudeza:

—No sé, pienso que si a mí me hubieran humillado, si me hubiese sentido tan traicionado, trataría de olvidarlo en lugar de revivirlo todo el rato. Además, ya no estás enamorada, ¿a qué viene entonces tanto insistir en eso? Es puro masoquismo.

—Yo soy la primera en creer cualquier cosa mala que se diga sobre mí, la diga quien la diga —replicó Nita, frunciendo la boca.

Pero en cuanto Ido se quedó dormido, Nita reanudó el ensayo del Doble concierto y lo interpretó mejor que nunca. Y hubo otra noche en que, parado en el vano de la puerta, entre la cocina y el cuarto de estar, pensando en marcharse ya a casa, Michael la oyó tocar el primer movimiento de principio a fin. Le pareció que nunca lo había oído interpretar con tanta hondura y perfección.

Bajó a su casa, con la nena en brazos, profundamente conmovido. En definitiva, se decía ya junto al balcón de su casa, mientras escuchaba los sonidos procedentes de arriba, aquella oportunidad de estar tan cerca de una artista era un gran regalo, pese a que sus mejores momentos fueran los que pasaba a solas con la nena, contemplándola e imaginando la vida que podría ofrecerle.

La enfermera del Departamento de Asuntos Sociales tenía papada. En cuanto la

miró a la cara, Michael supo cómo debía dirigirse a ella. Aun antes de verla ya se había formado una idea, pero tan pronto como vio aquel rostro grandote y exhausto estuvo seguro. Era un rostro carente de toda gracia y encanto. Era el rostro de una mujer de mediana edad a la que la vida no había tratado demasiado mal, pero tampoco particularmente bien. Una mujer con el cabello peinado en bucles de un rubio cobrizo y con una prominente barriga. Sus piernas parecían demasiado finas para sostener la mitad superior de su cuerpo. Calzaba sandalias ortopédicas y bajo la larga falda se le veían las uñas de los pies, pintadas de un rosa cursilón. Daba la impresión de guardar mal el equilibrio, tal vez debido a la delgadez de sus piernas. Al ver sus ojillos cansados y desconfiados, Michael se alegró de haberse quedado en casa. La enfermera se habría merendado a Nita, pensó.

Puede que incluso hubiera logrado arrancarle una confesión.

—¿Sabe que no se ve bien el nombre en su buzón? —le advirtió la enfermera aun antes de entrar, mientras jadeaba en el umbral como si hubiera subido a pie cuatro pisos.

Michael se disculpó y prometió remediarlo inmediatamente.

Pero ella no se dio por satisfecha.

—Puede provocar malentendidos. Si no hubiera estado tan decidida, no habría llegado aquí —dijo con una voz ronca, de fumadora crónica.

Sin embargo, tenía el aire de quien no ha fumado un cigarrillo en su vida. Michael repitió que se ocuparía de remediarlo sobre la marcha. Ella quedó en silencio y echó una mirada en derredor con gesto fatigado y agrio, como si estuviera buscando algo más que le sirviera para ventilar su malhumor. Pero entonces su mirada fue a posarse en la cara de Michael. Y, de pronto, sonrió. Una sonrisita tímida, pretendidamente coqueta. La musculatura facial de Michael se activó de inmediato para devolverle la sonrisa. Lleno de buena voluntad y tratando de aparentar calma, le preguntó si quería ver a la niña. La enfermera Nehama achicó los ojos hasta casi cerrarlos, luego tomó asiento, estiró las piernas, se palmeó los muslos como para darse ánimo, se alisó la falda, sacó de su bolso un haz de formularios y unas hojas de papel carbón, y dijo:

—¿Podría darme un vaso de agua antes de que empecemos y antes de ver a la niña? Hace un calor horrible en la calle. Es una niña, ¿verdad?

Michael fue a la cocina y se apresuró a regresar con una jarra de agua y un vaso impecable. La enfermera escudriñó el vaso con atención antes de servirse agua. Michael sabía de antemano que la limpieza era lo único por lo que se iba a preocupar, aun cuando fingiera interesarse por otras cosas. La enfermera bebió el agua a la vez que miraba a Michael con interés.

—Pues bien —dijo al cabo, y acercó su silla a la mesa redonda del comedor—, vamos a ver cuál es la situación —se chupó el dedo y hojeó los formularios, luego

revolvió su bolsón negro de asas desgastadas y alzó la cabeza—. ¿Tiene un bolígrafo? No encuentro el mío.

—Aquí tiene —dijo Michael a la vez que se apresuraba a ofrecerle el que llevaba en el bolsillo de la camisa.

La enfermera Nehama lo examinó cuidadosamente, no era más que un bolígrafo normal y corriente. A continuación se caló las gafitas que llevaba colgadas de una gruesa cadena de oro, por encima del largo collar de cuentas verdes que se bamboleaba entre su papada y su amplio seno con cada movimiento que hacía.

—Vamos a ver cuál es la situación —repitió, y emitió un suspiro.

Y entonces, con la cabeza ladeada y los ojos abiertos de par en par, como si pretendiera dotar de vivacidad su mirada apagada y ausente, le pidió a Michael que le contara los hechos de nuevo, pese a que ya había sido informada del asunto por la Agencia de Bienestar Infantil. Michael recitó la versión previamente acordada con Nita: habían encontrado a la niña metida en una caja de cartón la segunda mañana de Ros Hasaná, y, como estaban en fiestas, hubieron de esperar hasta la tarde para que viniera un médico a examinarla; Michael había informado del incidente a la policía al día siguiente, ya que sabía que estarían escasos de personal para poner en marcha la búsqueda de la madre de la niña.

Incluso ahora, mientras la flautista —de Corea del Norte y educada en Francia, según ponía en el programa— mecía su cuerpo y creaba delicados sonidos cargados de sentimiento, y el clavecinista hacía sonar las insistentes notas del cuarto movimiento de La notte, Michael oía el tono hosco y desconfiado con que la enfermera había dicho:

—Pero no la llevaron al hospital para cerciorarse de que estaba bien.

Con suma paciencia, Michael le explicó que el pediatra había dicho que no era necesario llevarla al hospital, que sólo serviría para que le contagiaran alguna enfermedad infecciosa, y que, de momento, podían dejar las cosas como estaban.

—¡Pero hay que cumplir los procedimientos establecidos! —objetó la enfermera, y anotó enérgicamente algo al margen de la primera página del formulario. Se humedeció los labios a la vez que se inclinaba sobre el papel. Aunque la visita se había desarrollado bien y la enfermera había sonreído y comentado al ver a los niños:

«Se les ve felices», y pese a que miraba a Michael con buenos ojos y dijo al marcharse: «Todo irá bien, se supone que no debo decírselo, pero puedo asegurarle que todo irá bien», Michael supo con certeza, como lo sabía ahora, que no todo iba a ir bien.

Una racha de toses se desató en la sala entre dos movimientos.

Ya habían concluido cuatro de los seis movimientos del concierto, dos largos y dos prestos, sin que Michael se diera cuenta. Tras la primera entrada de la flauta,

tocada con virtuosismo por la intérprete coreana, Michael había cesado de escuchar, como si no estuviera allí.

Michael tenía muy claro que nada iba a salir bien porque, al final, o bien encontrarían a la madre, o bien entregarían a la nena a una pareja sin hijos que llevara años en la lista de espera. La enfermera Nehama había mencionado varias veces a esas parejas en el curso de su visita. Y si no encontraban a la madre, y el tribunal declaraba a la nena apta para la adopción, Michael la perdería también. Habría sido mejor no encariñarse tanto con ella. Todo aquello era una locura. Si al menos pudiera entender qué lo había llevado a obrar así en el momento en que decidió quedarse con la niña. Si hubiese sido una decisión consciente... Pero tenía la impresión de que una fuerza extraña había elegido por él. Si al menos pudiera comprender la situación, sería capaz de ejercer algún control sobre ella. Pero no la comprendía. Por una vez, se había dejado llevar por el instinto, y a la vista estaba lo peligroso que eso resultaba. Cuánta razón tenía al no obrar nunca de manera totalmente espontánea. Pero luego se decía: «Imaginemos que la hubieras llevado al hospital y ahora mismo estuviera allí. En la sala de los recién nacidos nadie la habría tomado en brazos ni acunado, y, sobre todo, no lo habrías hecho tú. Entonces ¿por qué no disfrutas de lo que tienes sin preocuparte por el futuro? Nada dura eternamente. Fíjate en Yuval, que en otros tiempos fue como la nena y ahora ya no te pertenece como antes ni mucho menos». Suspiró. La mirada airada que le dirigió el hombre barbado de su derecha le hizo comprender que había sido un suspiro demasiado fuerte.

La flautista salió a saludar tres veces reclamada por el público, luego tocó un bis. Por lo visto, su interpretación había sido muy bella, pero esa belleza se le había escapado a Michael, incapaz de centrarse en el momento presente. Las luces se encendieron, el hombre barbado salió a toda prisa antes de que se levantara nadie, y el escenario quedó vacío. Michael caviló si debía ir a ver a Nita en el intermedio, se preguntó hasta qué punto estaría preocupada por la ausencia de su padre. Pero, en lugar de ir a verla, se encontró de pronto en la cabina telefónica, con la respiración acelerada. Una vez que hubo hablado con la canguro y que ésta lo tranquilizó, encendió un cigarrillo y examinó la cola formada ante la barra de la cafetería. Sin pensarlo, se sumó a la gente que allí se arracimaba. Sintió como en un trance que lo tocaban y lo empujaban. Mujeres con tacones altos y ropas elegantes se abrían paso a codazos junto a él. Al fin le preguntaron qué quería. Después terminó de fumarse el cigarrillo bebiendo a sorbos el café servido en un vaso de plástico.

Debería haberse sentido emocionado ante la perspectiva de escuchar la Sinfonía fantástica de Berlioz, que tanto le gustaba a Becky Pomeranz. Hacía años que no la escuchaba. En los tiempos de Becky, la oyó una y otra vez, hasta aprenderse de

memoria cada una de sus notas. Sabía que la interpretación que de ella hacía Theo van Gelden era célebre. Se decía que había adoptado lo mejor del enfoque de Bernstein y, cuando la orquesta estaba a su altura, según afirmaba un artículo que le había leído Nita, se le atribuía el don especial de generar el torbellino de sentimientos turbulentos y contradictorios de la sinfonía y de subrayar los elementos dramáticos de aquella historia autobiográfica de Berlioz, doliente de amor cuando compuso la pieza.

Nita había hecho alusión a esta opinión establecida y había señalado con sequedad que en realidad Theo era la persona menos adecuada para interpretar la pieza, dado que nunca en su vida había sufrido desengaños amorosos y, en cambio, sí había sido el causante de muchos.

—Tal vez está mejor dotado precisamente por eso —replicó Michael durante aquella conversación.

Y ella lo miró pensativa y dijo:

—A veces puedes ser realmente banal.

Luego se apresuró a disculparse. Pero nada de eso interesaba ahora a Michael. Lo dominaba la inquietud, en parte resultado de estar sentado delante de la enfermera de Asuntos Sociales, en parte derivada de la falta de sueño acumulada —la nena seguía despertándose cada dos horas todas las noches—, y también de la constante ansiedad que sentía, con distintos grados de intensidad, como si su cuerpo se aprestara a encajar una catástrofe inminente y cierta. Aquella inquietud lo llevaba a pensar casi con repugnancia en los sonidos que tan bien conocía y que tanto amara en su día.

De regreso a la sala, una vez rechazada la posibilidad de volver directamente a casa, Michael imaginó que resonaban en sus oídos los carillones de la «Marcha hacia el cadalso» y las estridentes disonancias de la «Noche de aquelarre». Reprimió un enorme suspiro al sentarse junto al hombre barbado, quien mecía una pierna, cruzada sobre la otra, tensa y rítmicamente, pero también con infinito aburrimiento. Michael abrió el programa para mirar de nuevo los epígrafes de «Episodios de la vida del artista». La grandilocuencia de las palabras le hastiaba: *Rêveries*, *Scène aux champs*, *Marche au supplice*, *Songe d'une nuit de Sabbat*. Y al pensar en el amante desesperado y en la despiadada amada, en las riñas por celos, en el deseo de morir del protagonista, en la escena de la ejecución, en las brujas y los repiqueteantes esqueletos, todo aquello se le antojaba ridículo e infantil. Una especie de extraño y exótico desecho de algo que hubiera oído en su tiempo pero nunca catado personalmente.

«Prefiero a Rossini», se dijo mientras el oboísta se levantaba a dar el la que serviría a los músicos para afinar sus instrumentos. El escenario volvía a estar lleno; lo ocupaban de nuevo muchos músicos. Michael trató de contarlos. Había unos treinta violines, veinte violas y ocho celos. En los asientos elevados de la derecha

del escenario, tras los seis contrabajos, contó seis trombones, y a la izquierda, cerca de los segundos violines, los timbales, los platillos y el bombo, aleteaban las manos de un par de arpistas. Detrás de los chelos se apiñaban en varias filas los diversos instrumentos de madera de la sección de viento y, tras ellos, las trompetas. Sobre el podio del director colgaban los micrófonos de la radio, que estaba retransmitiendo en directo el concierto, y en ese momento entraban en escena los deslumbrantes focos de la televisión y dos cámaras que correteaban de aquí para allá colocando cables, probando ángulos de enfoque, pidiendo a un oboísta que se acercase al clarinetista. La segunda parte del concierto se iba a televisar. Una oleada de agitación recorrió el patio de butacas cuando los focos alumbraron las primeras filas, deslumbrando a sus ocupantes. Michael bajó la cabeza cuando la luz le dio en la cara y desechó la idea de que, de no haber querido acompañar a Nita, podría haberse quedado en casa a ver el concierto desde su sillón. Se recordó entonces que era un placer singular percibir con sus ojos y oídos lo que era imposible de retransmitir, la música hecha aquí y ahora.

Gabriel van Gelden, en su calidad de concertino, volvió a ponerse en pie, dando la espalda al público, y deslizó el arco sobre las cuerdas de su instrumento. Comprobó la afinación de las violas, de los chelos y, por último, la de los violines. En su asiento elevado, el primer clarinetista repetía una y otra vez el tema principal y recurrente –la idea fija– de la sinfonía. En el escenario estalló una cacofonía de sonidos que inundó toda la sala. Gabriel van Gelden tenía la cabeza vuelta hacia la entrada lateral.

Theo van Gelden hizo un sucinto saludo y el anciano de delante de Michael quedó en silencio y volvió a coger en la suya la mano de largas uñas de la joven que lo acompañaba. Michael advirtió que, una vez más, las oscuras cejas de Nita se arqueaban mientras su mirada se dirigía a la butaca vacía que él tenía al lado.

Su padre seguía sin llegar; por lo visto, se iba a perder el concierto, pensó Michael a la vez que la música volvía a sonar. ¿Cómo podía haber olvidado la dulce entrada de los instrumentos de madera de la sección de viento y la incorporación gradual de los de cuerda? Las toses del público casi llegaban a sofocar las parejas de flautas, oboes y clarinetes. Y las toses persistieron en tanto que la música continuó en pianissimo. Michael recordó los brazos suaves, morenos y bien torneados de Becky Pomeranz, y el día en que le puso el disco de la Fantástica, y el tono seductor con que le explicó que el protagonista se imagina asesinando a su amada y su subsiguiente subida al patíbulo, mientras las campanas tañen a lo lejos. Se acordaba perfectamente de que Becky le había explicado que las notas graves sostenidas de los trombones sugieren el espanto de la ejecución, y que la idea fija, el tema de la amada, sólo vuelve a oírse, a lo lejos, cuando la cabeza rueda por el suelo. Y entonces aparecen las brujas, y entre ellas la amada, tan horrenda como

ellas, tan peligrosa como ellas. Su tema, que antes fuera tan dulce y angelical, suena ahora en una versión grotesca, tocado en tonos agudos por el flautín y el clarinete.

De pronto, el tema de la amada resonó en la sala por primera vez. Y despertó en Michael una poderosa sensación de júbilo por el reencuentro con lo conocido y de hondo pesar por el paso del tiempo. Por lo que fue y había dejado de ser. Los ojos castaños de Becky Pomeranz, en los que chispeaban la inteligencia y la seducción; la franca inocencia con que él la deseaba y el miedo que su propia pasión le inspiraba.

La música cautivó de nuevo al público. Michael echó una disimulada mirada de reojo al crítico musical y lo vio pluma en ristre sobre el programa, como en espera de evaluar la entrada de los instrumentos de cuerda. Pero cuando las cuerdas sonaron, en lugar de anotar algo, el crítico dejó el brazo en reposo. Durante el primer movimiento todo fue quietud en torno a Michael. El aire estaba como en suspenso en la sala. Las toses se acallaron. La joven morena de la fila delantera se enderezó y, en los pasajes más suaves, a Michael le parecía oír la pesada respiración del anciano.

Theo van Gelden alzaba y bajaba las manos y la orquesta tocaba como hechizada. Los sonidos se perseguían entre sí, y al oír las frases dilatándose en largos crescendos, Michael se dejó arrastrar y las siguió con la fútil esperanza de que lo llevaran a alguna parte.

Al final estalló una clamorosa y rítmica ovación, que reclamó una y otra vez la salida a escena de Theo van Gelden. El director indicó a los músicos que se pusieran en pie y recibió un ramo de flores de una niña a la que besó en las mejillas. Cuando al fin el público se convenció de que no habría bises, y en el momento en que la joven de delante le comentaba sorprendida al anciano: «¡Pues me ha gustado mucho!», las luces se encendieron y los espectadores comenzaron a salir lentamente, muchos de ellos sonrientes. Nita se acercó al borde del escenario y llamó por gestos a Michael. Él se dirigió hacia ella. Nita lo miraba desde arriba, la cabeza inclinada, las rodillas ligeramente dobladas. Michael empezó a decirle que su interpretación del solo de Rossini había sido maravillosa, pero ella lo interrumpió:

—Mi padre no ha venido. No lo entiendo, no contesta al teléfono. Le he llamado en el descanso. Y Theo también ha tratado de hablar con él.

Tras repetir varias veces que su padre no había venido, Nita añadió a toda prisa que tenían que ir a casa de su padre para ver si le había pasado algo.

—Pero antes —dijo con desánimo— hay una recepción, y debemos asistir los tres. Después, por fin...

Nita le preguntó titubeando si quería acompañarla a la recepción, y Michael se apresuró a responder que consideraba más oportuno regresar directamente a casa

para ver a los niños, respuesta que hizo que se relajara un poco el gesto de Nita. Pero enseguida volvió a crispase mientras repetía:

–No lo entiendo. Siempre es muy puntual. No sé qué pensar. Hasta hemos llamado al dentista. Pero no hay nadie en la consulta ni en su casa. Salta el contestador. Él también debería haber venido; le encanta la música, está abonado a la temporada.

Con ánimo de decir algo tranquilizador, Michael especuló sobre la posibilidad de que el padre no se encontrara bien tras la visita al dentista. Pero Nita insistió una vez más en que no contestaba al teléfono. Luego añadió:

–Gabriel está histérico. Vamos a tener que obligarlo a quedarse, porque si se marcha empezarán las murmuraciones. Todo el mundo tendría algo que opinar sobre los motivos de su ausencia en la recepción. Lo mejor será que te vayas; en fin, si te parece bien, lo que tú quieras...

Michael asintió, le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro y salió a paso rápido al aire fresco y en dirección a su coche, prácticamente el último que quedaba en el aparcamiento.

Hablar con la niñera y pagarle, arropar a Ido, que había tirado al suelo su manta, dar el biberón a la nena, que se despertó en cuanto la niñera hubo cerrado la puerta tras de sí, todos estos actos simples y rutinarios no tardaron en disipar las emociones despertadas por el concierto. Sin ganas de devolver a la niña a su cuna, Michael la dejó recostada contra su pecho largo rato.

Aspiraba su delicado aroma y le acariciaba suavemente la mejilla con un dedo. En momentos como aquél se sentía inmerso en un mar de afecto y compasión, sentimientos que creía perdidos desde hacía largo tiempo. No había lucha ninguna, tan sólo la necesidad que la nena sentía de él, y contra eso no era necesario defenderse.

Al mirarla, no le costaba creer que en la vida de la nena todo era aún posible. Al cabo la tendió en la cunita y él mismo, agotado como estaba, se quedó dormido en el pequeño sofá del cuarto de estar de Nita, que le quedaba muy corto. Pero, con la tranquilidad de saber a los niños dormidos en la habitación contigua, tuvo un sueño profundo y reparador. Un sueño del que le sacó el timbre del teléfono.

Era Theo van Gelden quien llamaba. Y fue él quien le contó que habían encontrado la casa allanada y a su anciano padre maniatado, amordazado y muerto. En un susurro monótono, le explicó que en aquellos momentos Nita estaba hablando con la policía y se encontraba «en un estado terrible».

–El médico le ha dado una pastilla. Y no hay nada que hacer –emitió un repentino gemido–. Nuestro padre ha muerto. Se acabó.

Sorbiendo las lágrimas, dijo que Nita le rogaba a Michael que no se fuera de su casa hasta que ella llegara. Ambos habían acordado tácitamente pasar las noches separados y, a la hora de dormir, tras la última toma de biberón del día, Michael

siempre envolvía a la nena en una mantita rosa regalada por Tzilla y se la llevaba a su piso, donde la metía en una cuna de mimbre que iba trasladando de habitación en habitación.

Al comprender que se había desencadenado una catástrofe que lo pondría todo patas arriba, y también debido al tono trastornado de Theo, Michael preguntó si podía hablar un momento con Nita. Hubo una breve pausa. Luego Theo van Gelden dijo:

–No es el mejor momento. Está aquí la policía, la ambulancia, todo el follón...

«Precisamente por eso», estuvo a punto de decir Michael, pero recapacitó y no dijo nada. Su intención era preguntarle a Nita si quería que fuera a verla, si necesitaba su presencia, pero comprendió que no podía dejar solos a los niños y también cayó en la cuenta de algo más grave: si el responsable de la investigación era alguien conocido, el asunto de la nena no tardaría en salir a la luz. Conteniendo el pánico, se limitó a preguntar a qué hora habían tenido lugar el allanamiento y la muerte.

–Todavía no lo saben con seguridad –respondió Theo van Gelden–. Están barajando las posibilidades de que haya sido a última hora de la tarde o ya de noche. No han establecido... –barboteó, carraspeó y suspiró–. No han establecido la relación entre la temperatura de la habitación y... el rigor mortis.

–¿Puede hablar con libertad? –preguntó Michael.

–Estoy en la cocina –repuso Theo, sin demostrar sorpresa por la pregunta.

–¿Sabe cómo se llaman los policías que han acudido?

–Han venido dos... no, tres. Y también una mujer del... del laboratorio forense. Y un médico, y otras personas. No sabría decirle sus nombres.

–Pero habrá alguien al mando. Alguien que dé las órdenes.

–Sí –dijo Theo van Gelden con impaciencia–. Un tipo que no para de hablar. Con una barriga enorme. Pero no recuerdo cómo se llama.

Michael ponderó la posibilidad de pedirle a Theo que fuera a enterarse de su nombre, pero comprendió que resultaría sospechoso. Si el hijo que acababa de ver a su padre muerto regresaba a la escena del crimen para informarse del nombre del policía a cargo de la investigación, le preguntarían inmediatamente por qué quería saberlo. Y Michael no podía decirle que no mencionara su nombre. Pero, en su fuero interno, algo se rebelaba contra la idea de quedarse de brazos cruzados. Sopesó por un momento la posibilidad de llamar a una canguro, e incluso la de llevarse consigo a los niños. ¿No era inaudito que lo dejaran al margen?

–¿Para qué quiere saberlo? ¿Conoce a alguna de las personas que están aquí? –preguntó Theo van Gelden con cierta irritación.

Michael recordó que el director de orquesta no sabía nada sobre su persona. Y, ciertamente, no sabía que era policía. Lo mejor sería no comentárselo en ese

momento, decidió. Repentinamente, se oyó por el teléfono una lejana tos de fumador y luego una voz potente y bien conocida por él dijo:

–Señor Van Gelden, lo necesitamos un momento.

–Enseguida termino –oyó responder a Theo van Gelden–, estoy resolviendo lo del hijo de mi hermana.

–Muy bien, sin problemas, venga en cuanto termine –gruñó la voz familiar.

No cabía la menor duda, y, sin embargo, Michael susurró por el auricular:

–¿Danny Balilty? ¿Se llama así?

–Eso creo –dijo Theo–, y ahora tengo que... Usted mismo lo ha oído. ¿Puedo decirle a Nita que todo va bien? ¿Que se va a quedar con el niño?

–Dígale que no me moveré de aquí hasta que llegue –aseguró Michael–. Y dígame que me llame cuando pueda y que no mencione mi nombre –añadió incómodo–. Pero esto último dígaselo en voz baja –se quedó pasmado por haberlo dicho. «Mira que tener que vérmelas con Balilty», reflexionó. «Una persona de mi mundo.»

Theo van Gelden masculló una frase poco tranquilizadora con la que no se comprometía a nada.

Michael se quedó sentado, escuchando los latidos de su corazón. Había sido una estupidez por su parte creer que podría mantener oculta a la nena. Haberlo conseguido hasta ese momento ya era un milagro. Pero ahora que Danny Balilty había entrado en juego y sería una presencia constante en la vida de Nita en el futuro inmediato, la posibilidad de guardar cualquier secreto se había ido al infierno. Y, en tal caso, ¿qué demonios lo obligaba a quedarse allí, entre niños y platos sucios? Una parte de sí se negaba a creer que estaba allí, junto a la pila de la cocina, y no apresurándose a acudir a donde lo necesitaban.

Fregó y secó los platos. Luego preparó sendos biberones para Ido y para la nena. Cuando el teléfono volvió a sonar ya se habían acumulado cinco colillas en el cenicero. Nita le dijo con voz apagada:

–Mi padre ha muerto. Ha muerto hoy. Ya no tengo padre ni madre.

Michael se quedó sin saber qué decir.

–Tus padres también han muerto.

–Hace mucho tiempo.

–Estamos huérfanos –dijo Nita llorando–. Todos estamos huérfanos.

Michael seguía sin encontrar qué decir.

–Ahora están concentrándose otra vez en el cuadro. Ya se han cerciorado de que han robado las joyas, pero no logramos dar con la foto del cuadro. Le quitaron el marco. No sé si padre murió antes... –quedó en silencio, aquietando su respiración–. Tenía un pañuelo dentro de la boca, y esparadrappo sellándosela. Se ha ahogado. No sé cuánto tiempo...

Michael no dijo nada. No sabía cómo decirle que su padre no había sufrido, que

debía de haber muerto instantáneamente. «No es un asesinato», se dijo a sí mismo, «es un robo a mano armada. Mi presencia no es necesaria».

Como si hubiera oído sus pensamientos, Nita dijo en el mismo tono apagado:

—No me dejan verlo. Ha sido Gabriel quien lo ha encontrado. Estaba en el dormitorio. Lo llevaron allí a rastras. Theo también lo ha visto. Pero a mí no me dejan. Así que no sé si ha pasado un miedo terrible, ni durante cuánto tiempo ha estado así. Es espantoso. ¡Espantoso!

Michael masculó unas palabras. Y, cobrando ánimo al fin, preguntó:

—¿No basta con la presencia de tus dos hermanos? ¿No pueden dejarte volver a casa? —era increíble que estuviera diciendo eso. Hablaba como un perfecto ignorante. Como quien desconoce por completo los procedimientos policiales. Su personalidad parecía haberse escindido en dos.

—Acabo de terminar de describir las joyas. Ninguno de nosotros recuerda exactamente cuáles eran. Y es necesario que los tres hablemos del cuadro.

—¿Qué cuadro?

—Ya te lo he dicho —replicó Nita con voz mortecina, pero sin su habitual impaciencia—. La culpa de todo ha sido del cuadro. Debían de saber que lo tenía. Y el cuadro vale, yo qué sé, tal vez medio millón de dólares.

—¿De qué cuadro me hablas exactamente?

Una nota de emoción se coló en la voz de Nita cuando respondió:

—¿No te lo había contado? Sí, sí te lo he contado. Te conté que mi padre tenía un cuadro llamado Vanitas. De un pintor holandés del XVII llamado Hendrik van Steenwijk. Pues se han llevado el lienzo. Aquí no está. Han revuelto toda la casa. ¡Y nosotros enfadados porque no había venido al concierto! —prosiguió con voz ahogada—. Cuando pienso en las horas que ha pasado aquí mientras nosotros...

—Horas no han sido, eso tenlo por seguro. Es cuestión de minutos, cuando no de segundos —dijo Michael con aplomo.

—¿Es verdad eso? ¿O lo dices por decir?

—Es verdad. Lo sé.

—Sea como fuere, es espantoso. No sé cómo... cómo voy a...

Bueno, ¿qué tal está Ido?

—Muy bien. Profundamente dormido. De momento no hace falta que te preocupes por él.

—Se lo han llevado. Se lo han llevado de aquí. Sólo quedamos nosotros y un policía que está esperando a que nos vayamos para precintar el piso, según dice.

—Siento mucho no poder estar contigo.

Nita hizo caso omiso del puente que le tendía. Su voz apagada tembló al decir:

—Porque no han terminado el registro. Hasta que acaben, no podemos tocar nada salvo lo que hay en la cocina.

—¿Cómo que no han terminado? —estaba asombrado—. ¿Se han ido sin haber

acabado el registro?

–Uno sigue aquí, el que no para de hablar.

–¿Balilty?

–Sí –susurró Nita–. Oye –prosiguió con voz trémula–, ya sé que no quieres que diga que te conozco. Y no he dicho nada, pero ¿no sería mejor...?

–No –respondió Michael con firmeza–. Ya te lo explicaré, confía en mí. Es un profesional de primera, créeme, hará todo como es debido sin necesidad de que menciones mi nombre.

Nita quedó en silencio.

–Pregúntale cuándo puedes irte a casa.

–Ya se lo he preguntado. No me ha respondido. Habla mucho, pero nunca te contesta si le preguntas algo.

–No tendréis que esperar mucho más –prometió Michael.

–Como si eso importara ahora –barboteó Nita–. Ahora todo, absolutamente todo... –su voz volvió a adquirir un tono apagado.

Al fondo se oían voces masculinas–. Quieren que vaya a repasar la lista de joyas. Como si ahora importase algo.

Michael no volvió a conciliar el sueño. Ido sólo se despertó una vez, la niña dos. Pero, entretanto, Michael fue incapaz de dormir. Se tendió con la niña sobre el pecho. Ella tenía la cara sepultada en el cuello de Michael y los piecitos le llegaban a su cintura. De tanto en tanto la nena respiraba hondo, se estremecía y cambiaba de postura la cabeza. Al cabo, Michael la dejó en la cuna. Tampoco lograba concentrarse en la lectura. Tumbado en la oscuridad, se dedicó a fumar, mirando la punta incandescente del cigarrillo, el oído atento a los sonidos procedentes de la calle, pese a que sabía perfectamente que no iba a oír el motor del coche que trajera a Nita a casa. Se detendrían al otro lado del edificio, a donde daba el balcón de la cocina y no las cristaleras de la sala. Acabó por levantarse para ir al balcón de la cocina, donde siguió fumando junto a la barandilla, tirando la ceniza en un tiesto vacío. Y así, bajo la primera luz pálida y lechosa del amanecer, vio a Gabriel van Gelden sujetando a Nita del brazo para ayudarla a apearse del coche y conducirla a casa.

3

Vanitas

—¡Quién podría haberlo imaginado! —exclamó Theo van Gelden a la vez que se detenía junto a la puerta del dormitorio de Nita. Se quedó mirando la puerta cerrada y luego reanudó su lento deambular por el estrecho pasillo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos. De tanto en tanto, a intervalos regulares, pegaba una patada en el suelo, como obedeciendo a un ritmo que le dictaran desde fuera—. Después de todo por lo que ha tenido que pasar en la vida —dijo mientras se aproximaba a la sala, donde estaban sentados Nita y Gabriel—. Un hombre llega a los ochenta y dos, después de sobrevivir a la ocupación nazi de Holanda, después de que le salven la vida una y otra vez, ¡y termina sus días asesinado por un ladrón en su propia casa, en el Estado de Israel! Ya eran las seis de la mañana y el aguacate de los sándwiches preparados por Gabriel comenzaba a negrear. Gabriel había sido el único que había comido un bocado y había bebido un par de tazas de café. Theo se había limitado a mordisquear distraídamente la miga de un trozo de pan blanco, mientras Nita ni siquiera había mirado la mesita de cobre donde reposaba el plato de comida. Michael supo, desde el instante en que colgó el teléfono tras su primera conversación con Theo, que la opresión que sentía no se iba a disipar. Y en cuanto se hubo enterado de que Danny Balilty era el jefe del Equipo Especial de Investigación, expulsó de su mente todo pensamiento explícito sobre el futuro de la niña. En ese momento lo invadió el convencimiento, súbito y claro como un relámpago, de que la existencia de la nena ya no se podría mantener en secreto. Cuando Danny Balilty estaba implicado en un caso, había que dar por descontado que, a su singular y despreocupada manera, con esa especie de despiste indiferente, desvelaría hasta el último retazo de información al que lo guiara su buen olfato. Al ver a Nita en el umbral, las piernas enfundadas en las medias, los zapatos de tacón en la mano, todavía con su negro traje de noche, un gesto ausente y petrificado en la cara, el remordimiento acongojó a Michael por estar preocupándose de cómo mantener la confidencialidad, de sus propias inquietudes, de cómo conservar a la nena. La estructura que supuestamente iba a protegerlos a ambos se había venido abajo en un instante. Lo que parecía un lugar seguro se había derrumbado como un castillo de naipes. Y como siempre le sucedía últimamente, o más bien desde el momento en que encontró a la nena, sintió miedo de perderla. Estaba abrumado por la amenaza de lo irreversible, de una pérdida para la que no habría consuelo.

Desecharía esos pensamientos y dejaría que la ansiedad se deslizara como una rama a la deriva en la corriente general de inquietud, trataría de pensar en Nita.

Nita le dio el biberón a Ido, despertado por la llegada de los Van Gelden, y luego sepultó el rostro en el cuello de su hijo. Le cambió el pañal, sonriéndole. Michael se había ofrecido a hacerlo él, pero Nita rechazó, obstinada, su ofrecimiento. Apoyó la mejilla en el mullido pecho de Ido y se puso a hablarle en susurros. Al cabo, lo metió en la cuna y tomó asiento en el sofá, y allí se quedó en silencio, abrazándose las rodillas contra el cuerpo. A Michael le resultaba lo más natural del mundo hacerles compañía a ella y a sus hermanos en esos momentos. Había pasado muchas horas de su vida con personas dolientes como consecuencia de un asesinato, había escuchado sus conversaciones, les había hecho preguntas. Pero esta vez era diferente. Esta vez no tenía nada que preguntar, y además sentía a Nita muy próxima y, al mismo tiempo, muy distante.

—No es seguro que haya sido un robo normal y corriente —corrigió Gabriel a su hermano—. Puede haber sido alguien que venía directamente a por el cuadro. Ya has oído lo que ha dicho el policía.

Michael quiso preguntar qué había dicho el policía, pero no hubo necesidad, porque Theo, que no podía dejar de hablar, tal como no podía dejar de pasearse de un extremo a otro de la sala, se detuvo junto a las cristalerías, contempló las colinas envueltas en niebla y murmuró: —He oído lo que ha dicho. Pero no es más que una especulación. Han robado todo el dinero, los dólares y los florines han desaparecido de donde los tenía guardados. Y han puesto toda la casa patas arriba, se han llevado los papeles y las joyas. ¿En qué se basa el policía ese, el tipo ese que nos ha preguntado a nosotros, a nosotros, que dónde estábamos antes del concierto? —Hazme un favor, Theo —dijo Gabriel—, deja quietas las llaves. No soporto más ese ruido. Theo se sacó la mano del bolsillo y arrojó sobre la mesa el manojo de llaves que no había cesado de agitar. El director de orquesta seguía llevando los pantalones del esmoquin, pero se había quitado la chaqueta. Sus gemelos de madreperla ribeteados en oro destellaron cuando se detuvo bajo la lámpara e hizo un ademán. Después reanudó su deambular por el pasillo, echó una ojeada a la habitación de Ido y comentó que los niños tenían la gran suerte de quedarse dormidos en cualquier circunstancia. Luego continuó paseándose por la sala. —No es una mera especulación. La perito del laboratorio dijo que ha sido un experto quien ha desmontado el lienzo —apuntó Gabriel. Se llevó la mano al ojo izquierdo, que parpadeaba incontrolablemente. La piedra verde engastada en la última vuelta de su anillo de oro relumbró. Fue entonces cuando Michael reconoció en el anillo la forma de una serpiente. —Todo ha sido por culpa de ese cuadro. Siempre lo detesté —declaró Theo, y volvió a mirar a través de los ventanales—. ¡Al menos tienes buenas vistas en este estúpido lugar! —le dijo a Nita, quien, acurrucada en una esquina del sofá, seguía sin despegar los labios—. Siempre

lo detesté porque, en primer lugar, no me gusta el género Vanitas, con todas esas calaveras. No entiendo a qué viene dar tanta importancia al memento mori, como si uno se fuera a olvidar de que tiene que morir. Detesto ese simbolismo, aunque este cuadro en concreto sea magnífico –se quitó las gafas y las dejó sobre la mesita de cobre. Nita reclinó el rostro en las rodillas dobladas–. ¿Recordáis que fuimos a Amsterdam a celebrar el bar mitzvá² de Gabi? –dijo Theo–. ¿Y que vimos la versión grande en el Rijksmuseum? Gabriel se frotó los ojos, se mesó la barba, sepultó el rostro en las manos, y permaneció callado. Nita levantó la cabeza, impasible, como si nadie hubiera preguntado nada.

–Tú no lo recuerdas, sólo tenías tres años –le dijo Gabi con dulzura.

En pie junto a la puerta de la cocina, Michael se preguntó de nuevo qué hacía allí. ¿No estaría de más su presencia en la reunión de los tres hermanos? Después de ver a Nita ocupándose de Ido, sabía que podía marcharse tranquilo. La niñera llegaría dentro de unas horas y entonces él dejaría a la nena en casa de Nita y se iría a la comisaría del barrio ruso como todos los días. Allí Tzilla le podría informar de hasta qué punto estaba Balilty enterado de la situación. Pero se apresuró a detener el curso de esos pensamientos, recordándose que en esos momentos debía preocuparse por Nita, aunque sólo fuera por el agradecimiento que le debía. En lo que a la niña se refería, tendría que esperar para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Hacía un rato, en la habitación de Ido, mientras su amiga acariciaba al niño y sus dedos revoloteaban sobre el rostro del pequeño, Michael le había preguntado un par de veces, quedamente, si quería que se quedase o prefería que se fuera. Con voz sorda y mortecina, ella le repitió ambas veces que le gustaría que se quedara. «Si te viene bien», añadió asustada por la posibilidad de haber exigido demasiado. Michael comprendió, una vez más, que la preocupación de Nita por el bienestar ajeno, su necesidad de tomarlo en consideración, que era tanto su principal manifestación de vitalidad como el único impulso que la llevaba a salir de sí misma, resultaba agotadora. El tiempo transcurrido desde entonces no justificaba insistir de nuevo en la pregunta.

Michael sabía que la muerte del padre de Nita, y sobre todo la manera en que había ocurrido, darían al traste con lo que parecía el inicio de un proceso de recuperación. Inicio del que, hasta ese momento, él había tenido la inmensa satisfacción de sentirse responsable. Un hondo temor amenazó con apoderarse una vez más de él cuando pensó en que Nita se vendría abajo en los siguientes días. La sombra de la sonrisa de sabelotodo de la enfermera Nehama se cernió sobre ellos en el cuarto de Ido. Pero Michael repelió con rudeza las sombras amenazadoras. Se dijo firmemente que debía tomarse las cosas tal como vinieran. No le cabía otra posibilidad. Los niños percibían las emociones de su madre desde que estaban en su vientre, pensó. ¿Comprendería ya la nena que ahora Michael era la persona principal de su vida? ¿Notaría la fragilidad del mundo en que él se movía? Abrazó

a la nena con fuerza. Ella se revolvió. Michael contempló su semblante terso, rosado por el sueño. Con una breve mirada, la nena le transmitió el sosiego perfecto que sentía al estar en sus brazos. Pero al cabo de un instante, todavía con ella en los brazos, volvieron a asaltarlo las dudas. –Aquel viaje con motivo de tu bar mitzvá fue un horror –dijo Theo con expresión lánguida–. Nos arrastraron de un museo a otro en Viena, Amsterdam y París. Padre nos llevaba a los museos por su propio gusto y por ti. En aquel entonces, a mí no me interesaban esas cosas... y Nita era una mocosa –dirigió una mirada a su hermana, que volvió a sepultar el rostro en las rodillas. Al entrar en el piso, hacía una hora larga, Nita se había precipitado a la habitación de los niños, donde se detuvo junto a la cama de Ido mientras Michael la observaba desde la puerta; luego fue a toda prisa a su dormitorio y cerró la puerta; salió vestida con una holgada falda de flores y una sudadera negra. Ahora la falda se derramaba a su alrededor, ocultando los contornos de su cuerpo. Su delgadez sólo se apreciaba cuando se abrazaba las rodillas contra el pecho y reposaba sobre ellas la cabeza. Michael sintió de pronto el impulso de sentarse a su lado y rodearla con los brazos. La víspera, en las mejillas de Nita se veían unos hoyuelos y en sus ojos un brillo travieso, y Michael había conseguido sin dificultad que riera a mandíbula batiente. Le daba la impresión de que la hacía plenamente feliz, y eso lo había tenido muy contento durante los últimos días. Hacía pocas horas, mientras se dirigían al concierto, Michael le había dicho: «He decidido que quiero que seas feliz. Lo deseo con todas mis fuerzas, y sé que vas a ser feliz». Y ella lo había mirado con toda inocencia, seria y confiada. El viento fresco de las madrugadas de Jerusalén entró por las cristalerías, creando la ilusión de que ya había comenzado el otoño, pero Michael sentía en los huesos que aún tendrían que soportar el calor. –¡Qué desgraciado me sentía en aquella época! –exclamó Theo con un suspiro–. Y todo por culpa de Dora Zackheim, que no estaba nada satisfecha conmigo, aunque sí contigo, ¿te acuerdas, Gabriel? Aquel viaje lo emprendimos por ella. Dora opinaba que, además de la música, necesitábamos otros conocimientos generales, y llevar una vida lo más normal posible. Era parte de su filosofía, como si tuviéramos la menor posibilidad de hacer una vida normal... –se detuvo e inspiró profunda y sonoramente–. Y cuando regresamos del viaje, ya no volví a dar clases de violín con ella. Tuvo que pasar mucho tiempo, años, para que sospechase que había sido una manera elegante de librarse de mí. Pero ya en aquel entonces tenía la sospecha intuitiva de que Dora me había dado por perdido. Ni yo mismo sé por qué abandoné sus clases. Pero tú, Gabi, no te dabas cuenta. Ella te quería mucho –Gabriel se revolvió en el sillón de mimbre, como si no encontrara la postura adecuada, y Theo se frotó los ojos–. En fin, la cuestión es que vi esa pintura en el Rijksmuseum –prosiguió Theo–, y que aún la recuerdo bien, presumiblemente por el cuadro que teníamos en casa.

Michael carraspeó, preparándose para hablar tras su prolongado mutismo, y

preguntó tímidamente:

—¿El cuadro de ustedes era una copia? No lo comprendo, si estaba en Amsterdam, ¿cómo llegó a manos de su padre?

—El cuadro de casa de mi padre —repuso Gabriel retirándose las manos de la cara— formaba parte de una serie de tres estudios realizados por Van Steenwijk antes de pintar el gran cuadro del Rijksmuseum. Los tres son óleos.

Theo, que hasta ese momento apenas si se había fijado en Michael, se recostó contra la estantería y dirigió la vista hacia los ventanales mientras decía:

—No sé si estará usted familiarizado con los bodegones del género Vanitas. Fue un tema popular en la pintura flamenca y holandesa del XVII. Van Steenwijk fue coetáneo de Vermeer. Y sin alcanzar la talla de Vermeer, fue un gran pintor. Los especialistas en arte los sitúan dos o tres escalones por debajo de Vermeer. Sus obras poseen en cierto modo la misma luz que las de Vermeer, esa luz amarilla, tamizada. Claro que Vermeer nunca pintó una Vanitas.

—No has respondido a su pregunta —señaló Gabriel—. Te ha preguntado sobre el cuadro que teníamos en casa.

—El cuadro grande, el del Rijksmuseum, es un bodegón, como todas las obras de este género. Según puedo recordar, hay una flauta, libros, frutas, un medallón y...

—Una calavera. Una calavera sobre el rimero de libros —terció Gabriel—. Una calavera en lugar de una mosca o un gusano. —¿Qué mosca? —exclamó Theo sorprendido.

—Ya sabes que en las obras del género Vanitas suele haber, pongamos por caso, un cuenco de fruta deliciosa, o un jarrón de flores de todos los colores del arcoiris, pero siempre hay también una o dos moscas revoloteando por allí, o un gusano asomando de una fruta perfecta, para que no olvidemos que todo está a punto de pudrirse, de morir. —Lo detesto —dijo Theo, y se estremeció—. ¡Lo detesto! —sufrió otro escalofrío y se cubrió con los brazos—. Sea como fuere —dijo a la vez que se volvía hacia Michael, el brazo izquierdo todavía reposando sobre su hombro derecho—, se conservan tres cuadros de Van Steenwijk previos a la realización del grande. Son estudios de detalle para la obra de grandes dimensiones. Son de menor tamaño, pero óleos también. Se sabe que sólo existen estos tres y que constituyen una serie. El nuestro ha pertenecido a la familia desde hace muchas generaciones, desde la época del abuelo de nuestro padre, creo. A papá le gustaba decirnos que sabemos tanto de la situación económica de Rembrandt y de otros pintores gracias a los libros de ventas que se llevaban en aquellos tiempos. Y también conocemos gracias a ellos la existencia de estos tres estudios. Cada uno es un estudio de diversos detalles del cuadro grande, vistos desde distintos ángulos —explicó a la vez que hacía un amplio ademán—. Un aristócrata escocés compró dos de ellos a comienzos del XIX, durante un viaje que hizo por Europa para adquirir obras de arte. En aquella época, se viajaba por Italia y Holanda para comprar cuadros a las

familias nobles venidas a menos, condes y duques que no tenían ni para comer. En nuestro cuadro se ve una flauta a un lado y una pila de libros con la calavera encima al otro. Es una obra bastante pequeña –Theo separó las manos unos veinte centímetros–. Los otros dos están en manos de un coleccionista escocés –añadió–. A Gabi le encantaba el cuadro, ¿verdad, Gabi? Tú eres el que estaba más encariñado con él –un destello de complicidad asomó a los ojos de Theo mientras miraba a su hermano. –Han retirado el lienzo del marco –dijo Gabriel en tono opaco, la vista puesta en la alfombra. Michael tuvo la sensación de que hablaba para sí–. Ha sido alguien que entiende de pintura, que conoce su valor, que lo sabía todo de antemano. Lo que no comprendo es por qué no fue a robar mientras papá estaba fuera. ¿Por qué fue precisamente cuando estaba en casa? Podría haberlo hecho mientras estaba en el dentista. –El tipo ese, el policía, ¿cómo se llama?, ¿Bality? –dijo Theo, esbozando una mueca. –Bality –lo corrigió Michael, y, antes de pensárselo mejor, estuvo a punto de explicar que había un abismo entre el aspecto de Danny Bality y su comportamiento y talento. ¿Qué más le daba a él lo que Theo pensara de Danny?

–No quiero que celebremos una shivá –dijo Theo de pronto–. No soportaría todas las visitas de condolencia, y, además, no estimo conveniente que dejemos de trabajar ahora. No quiero verme obligado a cancelar mis compromisos. ¿Vosotros qué opináis?

Nita no dijo nada. Ni siquiera miró a Theo. Gabriel alzó la cabeza y, dirigiendo la vista hacia Theo, se encogió de hombros.

–A mí me da igual –dijo al fin–. ¿Qué más da?

–Papá odiaba la religión y todo lo religioso. Él no quería saber nada de todo eso. Era ateo y no aguantaba los ritos –arguyó Theo.

–Pero para mamá sí hicimos una shivá –dijo Gabriel con voz ahogada, las manos cubriéndole el rostro. Sollozó.

–Hicimos una shivá porque ella no estaba tan en contra de la religión –replicó Theo, mirando a su hermano–. Y para hacer compañía a papá y que no se encontrara solo.

Se produjo un silencio. Theo, incapaz de soportarlo, posó la vista en Nita, que continuaba absolutamente inmóvil en un rincón del sofá.

–Deberías acostarte un rato, estás agotada –dijo. Nita se estremeció e hizo un gesto negativo–. Díselo tú, Gabi –insistió Theo–, tienes más influencia sobre ella.

Gabriel miró a Nita y Michael siguió su mirada. Nita tenía el semblante muy pálido y un temblor continuo le sacudía las piernas dobladas y los brazos, que ceñían sus rodillas. Las ojeras se le veían más oscuras que de costumbre. Tenía la mirada nublada, igual que cuando Michael la conoció; el cabello revuelto, como si se lo hubiera estirado hacia los lados con los dedos. Qué extraña era aquella premura que espoleaba continuamente a Michael a sentarse junto a Nita y a

abrazarla. Y seguramente lo habría hecho de no haber estado allí sus hermanos. No habían pasado ni dos semanas desde que se conocieron y ya estaba metido en su vida hasta el cuello. Era extraño sentirse tan cerca de una mujer y, al mismo tiempo, tan lejos.

—Se va a venir abajo, y todavía nos queda mucho camino por andar —le advirtió Theo a Gabi—. Aparte de los conciertos, que no vamos a cancelar, tendremos que hablar con el policía ese, que no deja de idear nuevas preguntas... Un potente chillido salió de la habitación de Ido. La nena se había despertado; Michael se levantó para darle el biberón. Ido se removió en su cuna. Michael calculó cuánto rato de sueño le quedaba al niño. Se preguntó si Nita sería capaz de ocuparse de él. La niñera no tardaría en llegar y él le pediría que se llevara a Ido de paseo. Pero el aturdimiento que tenía paralizada a Nita no le permitiría ensayar aquel día. Michael regresó a la sala. —Nada de esto habría sucedido si papá le hubiera vendido el cuadro a ese escocés hace cinco años. Nadie le habría ofrecido un precio mejor —decía Theo van Gelden. —No le hacía falta el dinero. El cuadro era un bien mueble, una inversión —replicó Gabriel. A Michael le habría gustado saber algo más sobre el escocés y la oferta que había realizado, pero no osaba hacer preguntas. Procuraba mantenerse en un segundo plano, quería que los demás olvidaran en la medida de lo posible que él también era policía. Tenía la vana esperanza de que ese olvido se hiciera extensible a la cuestión de la nena. Pero de pronto Theo clavó en él la vista y, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo: —Nita dice que es usted un pez gordo en la policía. Tal vez podría hacer algo por nosotros. —¿El qué? —preguntó Michael con cautela—. ¿Qué le gustaría que hiciera? —¿Cómo quiere que lo sepa? Acelerar la investigación, quitarnoslos de encima, decirle al tipo ese que nos deje en paz. Pretende que no salga del país en el futuro inmediato. Tengo programados tres conciertos con la Filarmónica de Tokio para dentro de un par de semanas. ¿Cree que me permitirá irme? ¿Cómo voy a cancelar algo así? ¿Piensa usted que los japoneses lo comprenderían? Me comprometí a dar esos conciertos hace dos años. Será mi segunda aparición en Japón. —Danny Balilty es una buena persona —dijo Michael—. Se ha formado una falsa impresión de él. Es un hombre serio. Aunque peque de hablar demasiado —se apresuró a añadir. —¿Quién podría haberlo imaginado? —se lamentó Theo—. No sé ni cuántas veces le repetí que se lo vendiera al escocés. Y él se empeñó en negarse en rotundo. El pobre escocés no paraba de llamar por teléfono, y vino dos veces a ver a papá —Theo se volvió hacia Michael, como si fuera su único público posible—. El escocés es un hombre agradable. Su tatarabuelo compró los otros dos estudios de Van Steenwijk en 1820, y por lo visto también fue entonces cuando nuestro tatarabuelo adquirió el cuadro que tenía papá. Llevaba muchas generaciones en la familia. El escocés quiere completar la serie, ya que tiene dos de las tres obras. Le ofreció a nuestro padre

medio millón de dólares, lo que superaba la oferta que le hizo el Museo Stedelijk de Leiden. Pero nuestro padre se negó a vender.

–¿Por qué nos limitamos a hablar del cuadro? –preguntó Gabriel–. También han desaparecido las joyas y el dinero. ¿Por qué estás tan seguro de que el objetivo era el cuadro?

–Pero si tú mismo acabas de decir que...

–¿Y qué? –replicó Gabriel enfadado–. Lo he pensado mejor. Aunque, en el fondo, da igual.

–El tipo ese, ¿Balilty? –le dijo Theo a Michael–, opina que el resto de los objetos tenían menos importancia. Pero no sabe cuánto dinero había en la casa, ni tampoco nosotros lo sabemos con exactitud. Lo único que sabemos es dónde estaba –volvió a fijar la vista en Michael y prosiguió–: Nuestro padre no confiaba en los bancos. A raíz de la bancarrota del Feuchtwanger. La recuerda, ¿verdad? –Michael asintió desganadamente y echó una ojeada a Nita por el rabillo del ojo. Se la veía ajena a todo. Ya no podría contar con ella. Eso lo tenía cada vez más claro, pero no debía dejarse arrastrar por el pánico. Lo mejor sería ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Y, entretanto, prestar atención a Theo, que decía–: Como perdió todo el dinero que tenía en el Feuchtwanger, comenzó a guardar moneda extranjera en casa. Tenía un escondite, más de uno. Era mucho dinero, y yo sabía dónde estaba, me lo enseñó. Y a Nita también –se volvió hacia Gabriel–. ¿Y a ti? ¿También te lo enseñó a ti?

Gabriel asintió con la cabeza.

Theo se levantó del sillón de mimbre y empezó a pasearse una vez más arriba y abajo.

–Yo creía que a ti no te lo había enseñado. Tú no estabas en Israel en aquella época, creía que...

–Me lo enseñó a mi regreso. Por si le ocurría algo estando tú en el extranjero. Le preocupaba mucho Nita –Nita se estrechó las rodillas con los brazos.

–Quería tomar precauciones por si le ocurría algo de repente –continuó Theo–. Tenía mucho dinero. La última vez que me lo mostró, había decenas de miles de dólares en florines. Le pregunté por qué se le había ocurrido comprar precisamente florines. No me respondió. Así era él: cuando no le apetecía responder, se quedaba callado –Theo resopló y se enjugó la cara–. ¿Te lo explicó a ti, Gabi? –No, no tengo ni idea –repuso Gabriel lánguidamente. Y volvió a clavar la vista en la alfombra. –Lo que no comprendo –dijo Theo– es qué piensa hacer con el cuadro quien se lo haya llevado. No lo podrá vender. ¿Para qué robarlo, entonces? –miró a Michael, como si esperase que él se lo aclarara. En contra de su voluntad, Michael, que trataba de pasar desapercibido, se sintió obligado a expresar su opinión. Señaló para empezar que aquél no era su campo y que no estaba muy al tanto de esas cuestiones. Pero sí sabía que cuando se presentaba un caso de las mismas

características, la policía nacional solía requerir la colaboración de la Interpol. Tenía entendido que detrás de este tipo de robos había por lo general un coleccionista. – Por lo visto, así fue cuando robaron la colección de relojes del Museo Islámico de Jerusalén –por eso resulta tan difícil localizar los objetos robados, tuvo la tentación de añadir, pero se contuvo. –¡El escocés! –exclamó Theo–. Quizá fue él quien envió a los ladrones ya que padre no le quería vender el cuadro. –No digas tonterías –replicó Gabriel a la vez que se enderezaba–. Yo también lo conozco. Lo conocimos a la vez, ¿te acuerdas? Es un hombre agradable, tú mismo lo has dicho. Su deseo de comprar el cuadro que le falta es muy comprensible. Ya tiene los otros dos. El escocés no haría daño ni a una mosca. –¿Qué sabemos nosotros de lo que es capaz de hacer la gente? –preguntó Theo. –¡No ha sido el escocés! –insistió Gabriel. –En primer lugar –dijo Theo–, la muerte de papá ha sido un accidente. No pretendían matarlo, ha muerto porque... –echó una ojeada a Nita, que apenas daba señales de vida–. Se asfixió. Por culpa de la mordaza y de su enfisema –Theo dirigió una mirada fugaz a Michael–. Nuestro padre tenía un enfisema en fase avanzada. Algunos días necesitaba conectarse a una botella de oxígeno –volvió a mirar a Nita y luego a Gabriel–. Por eso ha muerto. Hay una expresión médica específica. El doctor la dijo –concluyó, mirando a su hermano. –Oclusión de las vías respiratorias –dijo Gabriel sin levantar la cabeza.

Theo se volvió hacia Michael.

–Su compañero, el policía –dijo–, no entendía por qué eligieron ese momento para entrar en la casa. Podrían haber entrado cuando padre estaba en el dentista, como muy bien dijo él, o en el concierto, o en la reunión semanal de su logia masónica.

–Si es que llegó a ir al dentista –apuntó Gabriel. Theo quedó paralizado. Nita levantó la cabeza de las rodillas y miró a Gabriel–. Puede que cancelara la cita. Tal vez, ni siquiera tenía una cita –susurró Gabriel. Su voz cobró fuerza cuando añadió–: Papá detestaba ir al dentista. Y quería asistir al concierto. Ir al dentista justo antes de un concierto en el que íbamos a actuar los tres sería lo último que le apetecería.

–Eso es muy fácil de comprobar –terció Michael.

–Mira que terminar así después de todo lo que tuvo que soportar en la vida –declamó Theo, como si sus palabras ya no le pertenecieran y sólo las pronunciara por la compulsiva necesidad de escuchar su propia voz–. Después de todo lo que tuvo que soportar –repitió, y una vez más se puso en pie para deambular de un lado a otro, las manos en los bolsillos–. Y yo que pensaba que no se había encontrado con fuerzas para ir al concierto –dijo de pronto, parado junto a Gabriel–. Debemos llamar al dentista –aseveró.

–Eso déjaselo a la policía –replicó Gabriel abruptamente–. ¿Para qué perseguir ahora al dentista? Papá ha muerto. Todo lo demás da igual. No quiero seguir

hablando de esto –las mejillas se le iban hundiendo más y más, las ojeras resaltaban bajo sus inflamados ojos, su respiración estentórea resonaba en la sala.

Theo se inclinó a coger el paquete de tabaco que Michael había dejado sobre la mesita de cobre.

–¿Me permite? –preguntó. Y, sin esperar a que le respondiera, encendió un cigarrillo. Una nube blanquecina envolvió a Gabriel, que agitó los brazos para disiparla.

–Gabi –dijo Theo de pronto–, hay algo que no comprendo. Quizá... deberíamos esperar a estar a solas. Quería preguntarte... en fin, no tiene importancia –echó una ojeada a Michael y quedó en silencio.

Nita los miró a ambos. Abrió de par en par los ojos, que parecían más claros en contraste con las ojeras. En torno al verde grisáceo de los iris se veían finos anillos oscuros, que parecían líneas trazadas para delimitarlos. Era la primera vez que Michael se fijaba en ese detalle. –¿Qué ibas a decir, Theo? –preguntó Nita con impaciencia–. Deja de tratarme como si fuera una niña. Ya no es necesario que me ocultéis nada. He demostrado que soy capaz de soportar... –No es por ti, Nita –dijo Theo, y le dirigió una mirada implorante–. De verdad que no. Aunque para mí siempre hayas sido mi hermanita pequeña. ¿Qué le voy a hacer? Pero me ha parecido... –giró la cabeza hacia Michael y luego volvió a mirar a Gabriel–. No es por nada especial, pero... –Puedes hablar con toda libertad delante de él –dijo Nita–. Para mí, es uno más de la familia. Confío en él plenam... confío en él –quedó en silencio y bajó la mirada. –Pero yo apenas lo conozco –explicó Theo–. No sé por qué debería fiarme de él –hizo un ademán y masculló–: Usted me disculpará, no es nada personal. –¿Ni siquiera después de lo que te he dicho? –preguntó Nita y se le humedecieron los ojos. –¿Qué ibas a decir, Theo? Vamos, dilo. A mí no me importa –lo animó Gabriel con una voz ahogada que parecía proceder de la alfombra. Michael se fue a la cocina a preparar café. Hasta allí llegaba el sonido de los susurros de Theo. Pero no alcanzó a distinguir las palabras hasta que le oyó decir casi a voces: «No comprendo por qué. ¡Al menos me lo podrías explicar!». De nuevo se oyeron murmullos, sin que Michael lograra identificar a quien hablaba. Regresó a la sala y dejó el café sobre la mesita de cobre. Era consciente de que la conversación se había interrumpido al llegar él. Le puso delante a Nita una taza de té, pero ella hizo un gesto negativo a la vez que se señalaba la garganta para indicar que la tenía atascada. –¡No te vayas! –le dijo a Michael cuando éste inició una retirada hacia el dormitorio. Theo cogió sus gafas de la mesita y se las puso. Rodeó el sillón de mimbre donde descansaba su hermano, se detuvo junto a las cristaleras y luego se sentó. Como Gabriel persistía en su silencio, Theo volvió a tomar la palabra: –Nita no tiene ningún problema. No tiene nada que ocultar. Todos sus movimientos se conocen gracias al niño. Pero yo, por ejemplo, sí prefiero guardarme algunos asuntos para mí. No me gusta que

metan las narices en mi vida, y, a pesar de todo, se lo conté al policía, aunque ya viste que me resultó violento. ¿Por qué te quedaste callado? Para él es una mera cuestión de procedimiento. Nadie sospecha que ninguno de nosotros... –se interrumpió y lanzó un bufido sardónico.

Gabriel permaneció impasible.

–Pero ¿qué estás buscando en la alfombra? –estalló Theo–. ¿Por qué no me respondes?

–Theo –suplicó Nita–. Dejadlo estar. No comprendo cómo podéis enzarzaros en una discusión en estos momentos.

–Me he limitado a preguntarle algo –se defendió Theo–. No es una discusión, no nos hemos enzarzado... sólo quiero saber por qué no ha querido decírselo. ¿Por qué no le explicaste dónde habías estado?

Gabriel levantó la vista de la alfombra. Su rostro, a contraluz y orlado por una barba castaño rojiza, parecía una máscara que representara la rabia. Torció la boca en una falsa sonrisa.

–¿Y a ti qué te importa? –le espetó a Theo–. Lo único que te preocupa son tus conciertos en Japón y que ninguno de nosotros deje de trabajar y que nada interfiera en tus planes, Dios nos asista. Y, hablando de planes, ahora tienes el campo libre para seguir adelante con el concierto de Bayreuth sin que nadie te lo impida. Quiero que sepas que nunca te perdonaré el último ataque que le provocaste a papá, cuando le hablaste del festival de Wagner. Sufrió un ataque, pero tú te largaste pegando un portazo. Y yo me tuve que ocupar de la botella de oxígeno y de todo lo demás. ¿No podrías haber esperado a que... muriera en paz? No, tenías que imponer tu voluntad, contarle lo de Wagner, y luego largarte. Así que ¿a cuento de qué voy yo a darte explicaciones? –Gabriel sepultó el rostro en las manos, sus hombros temblaban. Por entre sus dedos escapó un sonido a caballo entre el sollozo y el gruñido.

Theo apagó el cigarrillo en un cenicero azul. Su tez se había demudado hasta el verde pálido. Se cruzó de brazos. Michael miró a Nita. Ella retiró los brazos de sus rodillas y miró a Theo asustada.

–¿Qué pasa? ¿Theo? ¿A qué se refiere Gabriel?

–A nada, no tiene importancia. Olvídalo –dijo Theo–. Es irrelevante, de verdad.

–¡Quiero enterarme! –exigió Nita, y en sus ojos apareció un brillo enérgico cuando añadió–: Estoy harta de que me ocultéis las cosas. Tengo treinta y ocho años, soy madre de un niño. ¡Ya va siendo hora de que dejéis de considerarme una niña! –No fue culpa mía –dijo Theo, dirigiéndose a la cabeza inclinada de su hermano–. A papá le llegó la noticia por otro lado, y luego, cuando me preguntó si era así, ¿qué quieres que hiciera? ¿Mentir? ¿Decir que no sabía nada de eso? Theo encendió otro de los cigarrillos de Michael. A Michael también le apetecía fumar, pero prefirió no moverse para no llamar la atención. Estaba muy quieto, y hasta

respiraba con cautela para que siguieran olvidados de su presencia. –¿Qué noticia le llegó? ¿Cómo se enteró? ¿De qué estáis hablando? ¿Por qué nunca me contáis nada? –Nita concluyó la última frase casi en un alarido. Había una nota de histeria en su voz, que se había ido adelgazando y subiendo de tono. Los ojos se le anegaron de nuevo en lágrimas y una vez más se los enjugó con el dorso de la mano. Estiró las piernas y se las tapó cuidadosamente con la falda. –No es nada –dijo Gabriel con aire culpable–. De verdad, Nita, no tiene importancia. –¡Si está relacionado con papá, con Wagner y con el enfisema, es imposible que no tenga importancia! –gritó Nita. Era la primera vez que Michael la oía alzar la voz. Sus gritos eran agudos, sin rastro alguno de ronquera–. Estoy harta de desempeñar este papel. ¡Quiero enterarme! Theo, ¿a qué se refiere Gabriel? ¿De qué estáis hablando? ¡Contéstame! ¡Ahora mismo! –Se refiere a una entrevista que me hizo The New York Times –repuso Theo en tono formal–. Allí me citaban diciendo que mi sueño era celebrar un festival de Wagner en Jerusalén, y que Israel al fin rescatase del olvido a este gran compositor, y que mi sueño se iba a cumplir el año que viene. Era un detalle de una larga entrevista realizada por un periódico extranjero. Nunca pensé que padre llegaría a verla. –Y después –intervino Gabriel–, padre la vio; naturalmente, se enteró de todo, y le preguntó a Theo si era cierto. ¿Te lo imaginas? Nuestro padre se entera de que va a celebrarse un festival de Wagner en Jerusalén, ¡después de tantísimos años sin que sonara una sola nota de Wagner en el hogar más musical de todo Jerusalén! Padre odiaba la violencia a tal punto que incluso defendió al tipo que le rompió la mano a Jascha Heifetz en los años cincuenta, durante una pelea a propósito de Wagner. –No fue la mano –musitó Theo–, y no se la rompió, y ni siquiera estoy seguro de que fuera una pelea motivada por Wagner. Creo que más bien fue por Richard Strauss, y además era Menuhin, no Heifetz.

–Theo no quería mentir, le contó a padre la verdad; así, de pronto, le resultaba imposible decir una mentira –dijo Gabriel con amargura.

–Alguien se lo contó a papá, no sé quién –explicó Theo–. Ya puedes imaginarte cómo reaccionó. Pero no fue eso lo que le acortó la vida. No puedo llegar a viejo sin llevar a la práctica mis ideas sólo porque no se ajusten a las de mi padre. Si hubiera sido por él, ahora mismo sería el encargado de la tienda de música. Nunca aceptaba mis opiniones.

–Theo necesitaba que el festival se celebrase en Jerusalén –dijo Gabriel, la vista clavada en el mismo punto de la alfombra–. No se contentaba con dirigir a Wagner en Bayreuth y en Glyndebourne. Tenía que ser en Jerusalén.

–En el extranjero no estuve a cargo de todo –se defendió Theo–. Sólo me puse al frente de la orquesta para interpretar Parsifal en Bayreuth. No pretendo que comprendas por qué necesitaba lograrlo. Te falta imaginación. No tienes ni idea de lo que supone dirigir un ciclo de El anillo o incluso una simple interpretación de El

holandés errante. Esa música no te interesa porque es más compleja de lo que puedan serlo un par de violines barrocos de época. No soportas...

—¡Es una música depravada! —lo interrumpió Gabriel a grito pelado—. Música depravada, ¡eso es Tristán para mí!

—¡Dejadlo ya! —chilló Nita, y se tapó los oídos con las manos—. ¡Dejadlo! Ni siquiera ha pasado un día, fue ayer por la tarde cuando... —dejó la frase a medias.

Theo bajó la cabeza.

—Es una hipocresía —masculló—. ¿Sabes cuántas personas hay en Israel hoy día a quienes les importa lo más mínimo? ¡Han muerto todos! ¡Han pasado cincuenta años! ¿A quién puede importarle?

—A papá le importaba.

—¿Sabéis que estos últimos meses se ha estado retransmitiendo a Wagner en la radio nacional de Israel? En la voz de la música. Dos o tres veces por semana, sin que nadie se rasgara las vestiduras.

—¿Conque sí, eh? —replicó Gabriel—. ¿Así que nadie se ha rasgado las vestiduras? La primera vez que pusieron un fragmento de Tannhäuser, el presentador tuvo que pedir disculpas por un fallo técnico. Se produjo más de un minuto de silencio en las ondas, como si alguien hubiera saboteado la retransmisión. Además, tuvieron que pedir a los oyentes que dejaran de llamar a la emisora. Eso demuestra lo poco que le interesaba a la gente —un rubor oscuro tiñó su cara mientras hablaba; aunque se dirigía a Theo, evitaba mirarlo a los ojos. Theo dio una chupada al cigarrillo. —Yo no he tenido la culpa de que muriera —dijo débilmente. —No deberías habérselo contado —insistió Gabriel, que parecía haberse calmado un poco; volvió a sepultar el rostro en las manos. —No podía mentirle —alegó Theo—. Ya no soy un niño, tengo derecho a formarme mis propias opiniones. No hay ningún motivo... Wagner es un gigante, no se puede hacer como si no existiera. —De eso a celebrar un Bayreuth en Jerusalén hay un gran paso —dijo Gabriel enfadado. —No era más que una manera de expresarlo —explicó Theo—. Llevará su tiempo... —Entonces deberías tener más cuidado con lo que dices —exigió Gabriel, y alzó la cabeza, todavía congestionado—. Ahora debemos tomar una decisión sobre la shivá. En cualquier caso, no habrá entierro. Michael sintió que se le tensaban los músculos. —Claro que lo habrá —intervino Nita—. No estoy dispuesta a donar el cuerpo de nuestro padre para la investigación médica. Lo han asesinado. Así las cosas, la policía realizará una autopsia. Me niego a donar el cuerpo. —Si padre dio a conocer su intención, lo vas a tener difícil. Si lo especificó en el testamento, tiene derecho legal a que se cumpla su voluntad —dijo Gabriel. —No lo especificó en el testamento —dijo Theo. —¿Cómo lo sabes? —preguntó Gabriel, mirándolo a los ojos. —¿Lo sabes tú? —le replicó Theo. —Sí, lo sé —dijo Gabriel—. Padre me habló de su testamento. —Y a mí también —replicó Theo—. Por eso sé que quería reformarlo para incluir ese punto. La cuestión es si Spiegel también lo sabe. Si padre le consultó su opinión. Es un

asunto legal. No tiene nada que ver con la familia. –¡Quiero que tenga un entierro como es debido! –insistió Nita–. Y que no sea dentro de un año. Estoy harta de la mentalidad científica y liberal holandesa, quiero... enterrar a mi padre –dijo en son de desafío–. Vamos a hacerlo como está mandado, por favor –murmuró a la vez que agachaba la cabeza–. Padre no sabía que iba a morir maniatado. No ha tenido una muerte decente, démosle al menos un entierro decente. Por cierto, ¿dónde está Herzl? ¡Tenemos que comunicárselo!

Ambos hermanos miraron a Nita y luego cruzaron una mirada entre ellos. A Michael le palpitaba el corazón. Si no había entierro, si no se publicaba una esquela, tal vez la enfermera Nehama no llegaría a enterarse de nada. Pero eso era esperar demasiado. ¿Quién sería Herzl?, se preguntaba sin atreverse a dar voz a su curiosidad.

–Y otra cosa –dijo Nita con una voz decidida y en absoluto apagada–, ¡quiero decir otra cosa y que os quede bien claro de una vez por todas! Se ha acabado eso de no tenerme en cuenta. ¡Quiero saber lo que pasa! ¡En todo momento! Quiero saber todo lo que sabéis vosotros. Ya tengo treinta y ocho años, por si no os habíais enterado.

–Durante este último año –dijo Theo con cautela–, ha sido imposible hablar contigo de nada.

–¡Nunca lo has intentado! –replicó Nita–. Nunca has venido a contarme que soñabas con celebrar un festival de Wagner en Jerusalén. ¿Estás loco? –preguntó repentinamente, como si acabara de captar el significado de aquellas palabras–. ¿Le contaste a papá una cosa así? ¿Después de lo de Yehudi Menuhin y todo lo demás?

–¡Y dale con Menuhin! –se quejó Theo–. Nadie le rompió la mano –insistió con cansancio–. Es una de esas leyendas promovidas por los ideólogos.

–Y ahora os pregunto: ¿por qué nadie informa a Herzl?

–Ya oíste lo que le hemos explicado al policía esta noche –dijo Gabriel–. Herzl ha desaparecido. Llevo un par de meses tratando de dar con él para...

–¿Qué significa que ha desaparecido? –lo interrumpió Nita–. ¿Se lo ha tragado la tierra? No puede estar en el extranjero. Detesta salir del país. Y no ha muerto, porque nos habríamos enterado. ¿Cómo es posible que, después de tantos años, no se entere de la muerte de padre ni asista al entierro?

–Si queréis, llamaré a Spiegel –dijo Gabriel– para enterarme de cuál es la situación legal con respecto... –el timbre de la puerta lo interrumpió.

–¿Es la prensa? –preguntó Theo alarmado–. ¿Se nos van a echar encima los periodistas? –¿Cómo va a ser la prensa? –lo tranquilizó Gabriel–. Nadie sabe que estamos aquí. Precisamente, por eso hemos venido. Nita no es una figura pública como tú, o incluso como yo. Se oyó el timbre de nuevo. –¿Crees que ya se habrán enterado? –insistió Theo, todavía nervioso. –¿Qué más me da? Aquí no van a venir. Y si vinieran, no hablaríamos con ellos. No nos pueden obligar. Tienen que

comprender que ni siquiera tú vas a colaborar ni a ser amable con ellos en un momento como éste –añadió Gabriel con amargura. Michael dirigió una mirada a Nita. Ella se la devolvió con aire implorante. Michael fue a abrir la puerta a la niñera y se quedó contemplando su ancho rostro, coronado por una babushka, mientras la mujer escudriñaba perpleja la escena con la que se había encontrado: Nita sentada en el pequeño sofá, Gabriel en el sillón de mimbre y Theo de pie en medio de la habitación, donde había detenido su deambular y donde un rayo de sol relumbraba sobre la negra raya de raso de sus pantalones. Michael acompañó a la niñera a la habitación de los niños y le explicó la situación. Observó el aturdido desconcierto que se pintaba en el semblante de la mujer y sus dedos encallecidos tironeando de la babushka. Quedó a la espera de que la mujer reaccionara, y al fin ésta suspiró y dijo: –Pobrecillos. Pobrecillos. Pobrecillos. Con absoluto desapego, Michael la contempló mientras se enjugaba los ojos, inflamados como muchas otras veces. Era una mujer sencilla, cuyo rostro se encendía de dicha cuando sujetaba al nene en los brazos. También ahora un apagado rubor se extendió por sus mejillas cuando se inclinó sobre la cuna y le echó una ojeada a la nena, a la vez que emitía sonidos ininteligibles, que a Michael le recordaron las bendiciones y juramentos lanzados por su abuela. La mujer apoyó los brazos en la barandilla de la cuna de Ido y sus pulseras de oro tintinearón. Ido abrió los ojos. La niñera estiró los brazos y enseguida tenía al niño bien apretado contra el pecho, sus mejillas rozándose, el rostro de ella radiante. Michael le preguntó si podía hacer unas horas extras y dar a Ido un paseo más largo de lo habitual. Ella asintió de buena gana y masculló: «Pobrecillos. Pobrecillos», y puso a Ido sobre la mesa para cambiarle el pañal. –No vamos a dejarlos solos, claro que no. ¿Y la pequeñita? –preguntó inclinada sobre Ido, que pataleaba y trataba de darse la vuelta; lo sujetó por el vientre con la enrojecida mano–. ¿Qué debo hacer con la pequeñita?

Entonces sonó el teléfono. Nita llamó a Michael.

–¿Es verdad? –le preguntó Tzilla, que era quien llamaba–. Lo he oído en las noticias. Nita me ha dicho que sí. ¿Es verdad? –Michael se lo confirmó–. ¿Qué tal sobrelleváis la situación? ¿Y ahora qué? –preguntó con reserva.

–La sobrellevamos –dijo Michael quedamente, notando tres pares de ojos clavados en su espalda–. Tengo que hablar contigo –añadió en tono admonitorio, y consultó su reloj–. Saldré para allá dentro de diez minutos.

–Di algo –le decía Theo a Nita cuando Michael colgó el teléfono.

Ella se encogió de hombros.

–Es demasiado pronto, Theo –dijo Gabriel.

–Me siento responsable. Hasta ahora, padre la venía manteniendo. Lleva todo un año sin dar clases. Y ese cerdo no va a empezar a pasarle dinero de pronto, cuando el niño ya tiene... ¿Qué edad tiene, Nita?

–Casi seis meses –dijo Gabriel–. Tienes tantos hijos que del de tu hermana no

sabes nada.

–No es cierto –se indignó Theo–. No tienes derecho a criticar mi relación con Nita y el niño.

–Gabi –suplicó Nita–, déjalo estar. Theo ha pasado poco tiempo en Israel este último año, pero me llamaba a menudo. Yo sabía que si en algún momento necesitaba algo, Theo me habría dado inmediatamente lo que le pidiera. Hay personas peores que él, créeme –frunció la boca.

La mirada de Theo se dulcificó.

–Y también lo digo por ti –le dijo Nita a Gabriel–. Si no hubiera sido por vosotros dos... y por él –añadió mirando a Michael–, no sé que habría...

–No tiene muchos amigos –la disculpó Gabriel, mirando a Michael a los ojos–. Nita no tuvo una infancia normal en Israel. Estudió en Nueva York y su mejor amiga vive en París. Es lo que les sucede a los músicos de talento y éxito. Muchos conocidos pero pocos amigos íntimos. Mi hermano y yo nos encontramos en la misma situación. En realidad, no hemos echado raíces aquí. Pero damos la imagen de ídolos israelíes –comentó con una sonrisita–. Somos auténticos ciudadanos del mundo. Pregúntele a Nita. Ha tenido un chelo desde pequeña, desde los cinco años más o menos. Ella anhelaba ser como los demás niños, pero nunca se sintió igual. ¡Y por lo menos ella nació aquí! –Nita nos ha contado lo de su niña –dijo Theo–. Es una historia extraña –dirigió una mirada de curiosidad a Michael–. Se diría que es un cuento... Qué raro, una niña de pecho. Mis hijos ya son mayores. Gabriel lo miró con aire escéptico. –No puedo negar que han sido sus madres quienes los han criado –reconoció–. Pero no merece la pena hablar de cosas desagradables. Nita nos ha contado cómo han resuelto las cosas entre ustedes dos –dijo, y tosió incómodo–. Gabi no tiene hijos –anunció de pronto, como si eso explicara algo–. Está más unido al niño de Nita que yo –confesó con esfuerzo–. Nita es nuestro denominador común –añadió, y esbozó una sonrisa–. Nuestro padre también quería más a Nita que a los demás, excepción hecha de nuestra madre, tal vez. Y Gabi también –Theo continuaba paseándose mientras hablaba. Al llegar junto a Nita, la miró afectuosamente y le revolvió el pelo–. ¿Se va ya a trabajar? –le preguntó a Michael. Michael asintió con la cabeza y agarró el picaporte. –¿Quieres que la nena se quede aquí, con Aliza? –le preguntó Michael a Nita–. Podría llevar a Aliza y a los niños a su casa, si te viene mejor. –Lo que tú digas. Decide tú. –Quizá podría usted hablar con... ¿cómo se llama? ¿Balilty? –dijo Theo. –Déjalo estar, Theo. Es mejor que no se enteren de mi relación con él –le advirtió Nita. –Como tú quieras –dijo Theo, alzando los brazos en cruz–. Lo que tenga que ser, será.

La lógica con que funciona el mundo

—¿Cómo? ¿Nunca has trabajado en un caso así? —preguntó Balilty sorprendido—. Estaba convencido de que habías trabajado en el caso de los relojes robados del Museo Islámico. Es igual, échales un vistazo —sacó unas cuantas fotografías de un sobre amarillo acolchado, las fue pasando rápidamente como si fueran las cartas de una baraja y colocó dos de ellas ante Michael Ohayon, quien examinó la fachada de un edificio de apartamentos grande y de aspecto imponente, con picaportes de bronce en las enormes puertas y una amplia entrada de coches delante.

—Está en el extranjero, en algún país de Europa —conjeturó Michael—. ¿En Suiza?

—Zurich —confirmó Balilty.

La otra fotografía era de un espacio interior donde se veían buzones y una fila de timbres junto a los que alcanzaban a leerse los nombres de los inquilinos. Uno de ellos estaba rodeado por un círculo rojo.

Balilty jadeó a la vez que se inclinaba sobre la fotografía desde el otro lado de la mesa, empotrando en ella la barriga. Estaban en el pequeño despacho que hasta hacía poco usaba la secretaria de Emanuel Shorer, jefe del Departamento de Investigación y Lucha contra el Crimen, un despacho que en tiempos había pertenecido a Michael. Un tabique estucado separaba el despacho, que ahora era de Balilty, del que le habían asignado a Michael tras su reincorporación. Michael se preguntaba cómo podría arreglárselas para sustraer cualquier secreto a los aguzados sentidos de Balilty estando tan cerca de él. Aunque el tabique proporcionaba un buen aislamiento contra el ruido y Michael ni siquiera oía el timbre del teléfono de Balilty, la proximidad física exacerbaba su sensación de estar asediado, de que su vida iba a convertirse en un libro abierto, con lo que Balilty, y el resto del mundo a través de él, podría hojearla a su antojo.

—Un lugar como éste, por ejemplo, ¿qué crees que es? —preguntó Balilty, recostándose en la silla—. A primera vista, ¿qué tenemos aquí? Una galería de arte. Bien establecida, respetable, legal, una empresa que representa a diversos artistas y a sus agentes. ¿Quiere usted echar un vistazo a los cuadros que puede comprar? Basta con llamar para concertar una cita. Nadie entra aquí sin una cita previa. Te hacen pasar a una gran sala. Quizá haya una silla, un sillón y un gran caballete para mostrar los cuadros. Te sientas cómodamente, puede que te ofrezcan un café o un té, o una copa, y así, sin más, ya eres un cliente —sacó un palillo del bolsillo de la camisa, lo introdujo entre sus dientes y lo retiró para seguir hablando—: Pero hay

clientes y clientes, y cuadros y cuadros. Negocios declarados y negocios reservados.

Michael cogió las demás fotografías extraídas del sobre y las fue dejando sobre la mesa una a una. Las colocó en semicírculo ante él, de derecha a izquierda. La primera era una ampliación de la puerta de una casa, con la cerradura rota marcada con un círculo rojo, y en la siguiente se veía una habitación muy desordenada. A continuación puso la fotografía de un sillón vacío. Observó el círculo de tiza trazado por los peritos en torno al sillón, donde habían hallado el cadáver de Felix van Gelden. Un trozo de cuerda, con el que aparentemente le habían maniatado, colgaba aún del estilizado brazo de madera del sillón. Luego Michael observó las fotografías de una cama de matrimonio con la ropa revuelta y de un armario con las puertas abiertas junto al que había un montón de ropa, zapatos, una vieja cámara fotográfica y álbumes de fotos. A continuación venían la fotografía de unos cajones volcados y la de un ancho y ornamentado marco dorado. Lo habían arrojado en un rincón después de retirar el lienzo.

—Un lugar así es ideal para cualquier cuadro que no sea un Rembrandt —comentó Balilty en tono de experto a la vez que agitaba la foto del edificio de Zurich—. Aquí acuden personas con peticiones especiales. Digamos, alguien que quiere determinado cuadro holandés del siglo XVII, propiedad de un tal Van Gelden de Jerusalén que se niega a venderlo. Y ellos saben cómo ayudarlo. No es necesario que entre en grandes detalles, basta con que pague, y pague bien, y conseguirá lo que quiere. Ellos se encargan de hacerse con el cuadro y entregárselo, y después el nuevo propietario puede guardarlo en algún escondite, en algún sótano... yo qué sé. Hasta que amaine el temporal.

—Pero ningún museo lo comprará ni aun después de que amaine el temporal. La noticia del robo sin duda circulará por todo el mundillo del arte —dijo Michael.

—¡No estés tan seguro! El conservador del Museo de Tel Aviv me explicó ayer que ni siquiera los museos son muy escrupulosos. Pueden realizar una compra con inocencia real o fingida, y luego guardar el cuadro en los sótanos. Los conservadores de museos también son humanos —Balilty soltó una risita—. No dejarán pasar la oportunidad de dar un buen golpe. No te olvides de que son coleccionistas compulsivos. Y, para colmo, se pueden justificar aludiendo al bien público. ¡Y no digamos ya los coleccionistas privados! Eso es todo un mundo. Son una raza aparte. Esas personas necesitan poseer las cosas. Tienen castillos en Suiza o en sitios por el estilo, y casas de veraneo en el campo, yo qué sé... No es una cuestión de dinero, ni de imagen... No acabo de entenderlo —reconoció.

—Es un asunto extraño, desde luego —masculló Michael—. Hay que reflexionar mucho para comprenderlo.

—¿Qué hay que comprender? —replicó Balilty—. No es tan complicado. La codicia, la avaricia, el ansia de poder... todo lo relacionado con el dinero y las

propiedades en general es aplicable también en este caso –dijo con desdén–. El hecho de que se trate de cuadros, de obras de arte, te hace pensar que detrás del asunto hay impulsos más nobles, pero no es así. Creer en motivaciones más elevadas es un error. No es más que simple codicia, avaricia, en un terreno que nos inspira respeto. Basta sustituir la palabra «cuadro», y encima cuadro del siglo XVII, por, digamos, «diamantes», para poner las cosas en su sitio.

–Yo no lo veo así –dijo Michael–. Tú mismo has dicho que no obtienen ningún beneficio. Es algo más complejo. Está relacionado con el amor a la belleza, con la comunión íntima con la belleza, con el deseo de estar cerca de la belleza, en contacto directo con ella, de incorporarla casi, se podría decir. Y es precisamente el secreto lo que da sentido a poseerla. Es muy complicado, ciertamente. Supongo que los psicólogos tienen mucho que decir al respecto –concluyó con una voz cada vez más tenue.

Balilty había adoptado un gesto de escepticismo. Michael encendió un cigarrillo, sabedor de que la conversación iba girando cautelosamente en torno al asunto del que no hablaban, del que evitaban hablar. Tzilla y él llevaban un par de días cavilando sobre cómo abordar a Balilty. Ella lo había esperado esa mañana a la entrada de las dependencias policiales.

–No vamos a poder mantenerlo en secreto –le dijo–. Ya estoy recibiendo llamadas. Quieren saber cómo se lo está tomando Nita. «En la Agencia de Bienestar Infantil concedemos extrema importancia a la salud mental de la madre adoptiva» –repitió sarcásticamente, e hizo una mueca–. Ve preparándote para recibir más visitas tuyas –le advirtió–. Están «desconcertados», es un asunto «sin precedentes». Eso han dicho.

–¿Y qué hay de la madre? ¿Se ha descubierto algo? –preguntó Michael inquieto.

–Nada en absoluto –respondió Tzilla–. Carecen de pistas porque la niña no es una recién nacida y no saben cuándo ni dónde nació. Tratar de localizarla en los registros de nacimientos del país de los últimos dos meses es como querer encontrar una aguja en un pajar. Y eso es precisamente lo que están haciendo. No infravalores a Malka, no es tan torpe como parece. Y es muy concienzuda.

–Puede que diera a luz en casa. No tiene por qué haber sido en un hospital –señaló Michael.

–Tal vez –dijo Tzilla dubitativa–. Y quizá la madre se ha ido de Israel –añadió–. Tal vez es una beduina o una árabe que dio a luz en su aldea. A veces tienen hijos de piel muy clara. Puede que el padre sea un judío. En cualquier caso, yo no trataría de ocultárselo a Balilty.

–¿Qué opina Eli? ¿Se lo has contado? –Michael suponía que Tzilla se lo habría contado a su marido. Los tres habían trabajado juntos durante muchos años, y Michael había sido testigo de las vicisitudes de su relación, desde los tiempos en que Eli cortejaba a Tzilla discreta y persistentemente, hasta su boda y el nacimiento

de sus dos hijos. Confiaba en la lealtad de Eli. Pero una cierta vergüenza inspirada por el deseo de quedarse a la niña le impedía abordar el asunto sin rodeos.

–Él opina lo mismo –dijo Tzilla, bajando la vista.

–¿Qué opina?

–Que debes confiar en Balilty.

–Con esa lengua que tiene –reflexionó Michael en voz alta.

–Yo lo he visto comportarse con discreción. Además, no tienes alternativa –dijo Tzilla–. Sería complicarte la vida. Y, al final, lo descubrirá. Siempre lo descubre todo.

Michael volvió a sentir un nudo en el estómago, un nudo vibrante para el que no había justificación objetiva. Aun cuando Balilty se enterase de la existencia de la niña y del acuerdo con Nita, jamás se le ocurriría ir a denunciar a la Agencia de Bienestar Infantil que no eran una verdadera pareja. Entonces, ¿de qué tenía miedo? Del mero hecho de que lo supiera, se dijo Michael mientras miraba por la ventana y pegaba una calada. De una implacable intromisión en sus flaquezas. Balilty se burlaría de su sentimentalismo. «Que te pongan en ridículo y te hagan pasar por tonto... eso es lo que te da miedo», se dijo.

De pronto lo atenazó el pánico al pensar que el mundo exterior iba a inmiscuirse en su intimidad: el rostro de la nena, sus mejillas cada vez más redondeadas, sus grandes ojos que lo contemplaban mientras le daba el biberón o la sujetaba en alto. Desde hacía un par de días, Michael había creído percibir incluso un atisbo de gesto, una especie de espasmo de los labios, que él habría identificado sin lugar a dudas con una sonrisa, si no fuera por el empeño de Nita en que aún era demasiado pronto para que la nena sonriera. De no ser por su relación con Nita, no se vería ahora en este atolladero. Pero sin su relación con Nita, no habría superado la prueba de la familia adoptiva. Hablaría con Balilty, sí, tomó esa decisión mientras Tzilla le daba una palmadita en el brazo y, volviendo la cabeza, le decía:

–Me voy corriendo. Como llegue tarde, me matan.

Y se alejó a largas zancadas, sus zapatillas deportivas rechinando con cada paso. Tenía que asistir a una reunión del Equipo Especial de Investigación dedicado a un caso que venía ocupando los titulares desde hacía seis semanas. Una pareja que había sido hallada estrangulada dentro de su coche.

Y ahora, a la vez que echaba la ceniza sobre los posos del café, Michael se ratificó en la decisión de hablar con Balilty, e incluso tal vez de recabar su ayuda. Al final la madre sería descubierta. Era imposible ocultar la desaparición de una niña. Salvo, quizá, en caso de abandono del país, muerte o cambio de identidad.

–Sí, no es una cuestión de dinero –dijo Balilty meditabundo–, y los cuadros ni siquiera se coleccionan como inversión –salió de su ensimismamiento y añadió–: Pero ¿de qué estamos hablando? ¿De la psicología de los coleccionistas? ¿De eso querías hablar conmigo?

Balilty había adoptado un gesto impasible, como si pretendiera defenderse de antemano de posibles manipulaciones. No tenía sentido continuar eludiendo el asunto. De pronto, se hizo patente que Balilty lo sabía. Como los jefes de un par de clanes de beduinos dispuestos a posponer una discusión decisiva con ayuda de sus ritos tradicionales, Michael y Balilty se demoraban sentados a ambos lados de la mesa, con sendos cafés delante.

–Estás trabajando con la Interpol –dijo Michael, en un intento de conseguir una prórroga.

Balilty se encogió de hombros.

–Por estos pagos no hay mucho que hacer. Necesito información de Europa, es evidente.

–Hacía mucho que no te veía tan pesimista sobre un caso –señaló Michael. Hablaban en tono relajado, como si no tuvieran ningún asunto urgente en el orden del día.

–¿Qué voy a hacer desde aquí? –dijo Balilty, desdeñoso, a la vez que daba vueltas a la taza de café con su manaza y examinaba el contenido cual adivino concentrado en leer los posos–. Algunos extremos no están claros en absoluto. Principalmente que no aprovecharan un momento en que Van Gelden no estuviera en casa. Eso es lo que más llama la atención. Era un hombre de costumbres, podrían haberlo hecho sin matarlo. Es muy raro que unos profesionales de este estilo se impliquen en un asesinato. Y ni siquiera ha sido por un Picasso.

–Pero no tenían intención de asesinarlo. Ha sido un accidente. Un accidente de trabajo.

–No estoy tan seguro. Habrían podido evitar el accidente entrando en otro momento. Los peritos aseguran que quien desmontó el lienzo fue un profesional, alguien que sabía muy bien lo que se traía entre manos. No ha quedado ni un hilo en el marco. No era el marco original, si no también se lo habrían llevado. Van Gelden conservó el cuadro durante toda la guerra. Era su fortuna. El matrimonio y el hijo mayor, que nació durante la guerra, se escondieron en un pueblecito holandés. Y el cuadro con ellos. Era propiedad de la familia desde hacía tres o cuatro generaciones. Para él era como... como la cortina de la Torá que un viejo judío rescataría de la sinagoga de su pueblo polaco antes de huir. Los ladrones lo desmontaron con sumo cuidado. Y quitaron la cerradura de la puerta una vez que ya estaban dentro. Y aunque se llevaron el dinero y las alhajas, y pusieron todo patas arriba, papeles tirados, cajones volcados, libros barridos de las estanterías, está bien claro que eso lo hicieron para despistar. Las únicas huellas dactilares corresponden a personas con razones legítimas para haber estado allí. Los hijos, la hija, la mujer de la limpieza. Ya he puesto sobre aviso a todos los marchantes y expertos en arte del país, y ni un asomo de pista. Nada de nada. Todos tienen coartada, todos la misma, se celebraba el bar mitzvá del nieto de Gozlan –explicó

con una risita siniestra-, y asistieron todos, hasta el último. Ninguno ha oído nada. Les he encargado que hagan pesquisas, pero un marchante que está en deuda conmigo ya me ha asegurado que ha sido un trabajo extranjero. Y, así las cosas, no me queda más que hablar con nuestro contacto en Europa que trabaja con los suizos y la Interpol.

Michael guardó silencio.

-¿Por qué me miras así con esos ojos tuyos, como si fuera un sospechoso? - exclamó Balilty con indignación-. ¿Qué pasa? ¿Es que he dicho algo malo?

Michael continuaba callado.

-¿Me quieres preguntar algo? -lo apremió Balilty.

Michael quería hablar, pero apoyó la barbilla en la mano y quedó a la espera. Tenía la boca seca. Quería hablar pero no podía. Quería hablar con sencillez, contarle a Balilty lo de la niña, pero de repente no le parecía el lugar adecuado para esa conversación. La atmósfera estaba cargada en el despacho. Sobre la mesa que los separaba descansaban dos tazas de café. Una mosca revoloteaba de una a otra zumbando, y, por la ventana, abierta al fresco aire otoñal, se oía el trinar de los pájaros. Todo parecía preparado para que hablara, pero no encontraba las palabras.

Balilty se cruzó de brazos y clavó en él la vista. Se diría que ambos estaban representando una escena escrita por el propio Michael. Años atrás, Michael le había enseñado a Balilty lo valioso que era el silencio. Y él mismo había pulido y perfeccionado la teoría de Shorer sobre el ritmo de los silencios y los frutos de la paciencia. Quien fuera capaz de soportar mejor el silencio, se alzaría con la victoria. Era como si estuviera viendo girar los engranajes del cerebro de Balilty y oyera la vocecita interior que le susurraba: «Mantén la boca cerrada». Michael solía repetirle cuando trabajaban juntos: «La gente no aguanta los silencios prolongados. En general, todos queremos caer bien. Hasta los psicópatas, o la mayoría de ellos. Si te quedas callado un buen rato, terminarán por hablar, sólo para que vuelvas a dirigirles la palabra». Balilty lo miraba a los ojos sin decir nada. Si el miedo no lo hubiera tenido paralizado, Michael habría sonreído.

Fue Balilty quien se rindió.

-Creía que éramos amigos -dijo ofendido-. Pero ya veo que no confías en mí.

-No es cuestión de confianza -replicó Michael, recuperada la voz-, y ya sabes que he venido para contarte algo. Pero es que tu velocidad me deja sin habla... - añadió admirativamente-. Sólo llevas un par de días en el caso y ya lo sabes.

-Bueno, bueno -dijo Balilty, quitándole importancia-. Llevo mucho tiempo enterado del asunto -se le veía incómodo, y en absoluto burlón.

-¿Desde antes del asesinato de Van Gelden? -exclamó Michael atónito.

-Naturalmente.

-¿Cómo? ¿Has estado siguiéndome?

-¡Por favor! Lo descubrí por pura casualidad.

–¿Cómo que por casualidad? –Michael estaba alarmado–. ¿Se comenta el asunto por aquí? ¿Lo sabe todo el mundo? Si llega a oídos de Bienestar Infantil, si descubren que nosotros, que Nita y yo no somos en realidad...

–¿No somos en realidad? –repitió Balilty sorprendido–. ¿Qué quieres decir?

–Nita y yo... Nosotros... no hay nada entre nosotros –Michael se revolvió y sintió que se sonrojaba–. Es decir, no lo que quizá puedas creer –cada palabra acrecentaba su incomodidad. Se censuró en silencio: «¿Dónde has dejado tu astucia? ¿Quién te ha preguntado si había algo entre vosotros? ¿Desde cuándo te dedicas a facilitar información sobre tu vida amorosa? ¿Qué más te da lo que piensen los demás? Sea como fuere, no puedes explicarle lo de la nena. ¿Qué le vas a decir? ¿Vas a hablarle de la segunda oportunidad? ¿De la fantasía de hacerlo todo de otra forma esta vez?».

En las comisuras de los labios de Balilty se dibujó una sonrisa traviesa mientras decía:

–No recuerdo haber insinuado nada. No sé qué hay entre vosotros, sólo sé que estás viviendo con ella...

–Eso no es del todo exacto –dijo Michael, y sintió que se hundía más y más en la trampa que él mismo se había tendido.

–Y que vivís con su hijo, y que nadie sabe quién es el padre –añadió Balilty con naturalidad–. Y con la niña que encontraste, a la que vas a adoptar, según tengo entendido.

–¿Lo comenta la gente? ¿Lo sabe todo el mundo? –Michael se odió por haberlo preguntado.

–Sólo lo sé yo –le aseguró Balilty–. Y no se lo he dicho a nadie.

–¿Y cómo lo sabes?

–Ha sido una casualidad. Ya te lo he dicho, esta vez ha sido por pura casualidad. Michael enarcó las cejas.

–¿Qué más da? –dijo Balilty, disfrutando descaradamente de la perplejidad de Michael.

–Balilty –lo conminó Michael.

–¿Recuerdas al pediatra? ¿El que fue a visitaros después de las fiestas?

Michael asintió con un gesto.

–Su mujer.

–¿Y bien?

–Es prima de mi cuñada.

–¿Y?

–Pues el pediatra coincidió contigo en nuestra casa una vez. O ella, uno de los dos, no recuerdo quién. En fin, que sabe que trabajamos juntos. Me hizo prometerle que no te lo contaría, ni se lo contaría a nadie, pero el hombre sentía curiosidad por lo que le había ocurrido a la niña. Creía que yo lo sabría porque

pensaba que tú y yo éramos amigos. Y cuando descubrió que no era así, que no lo sabía, ¡se arrepintió de habérmelo dicho!

–Lo mataría –masculló Michael.

–Tienes la suerte de que haya sido yo. De que sea yo el único que lo sabe –dijo Balilty con mirada inocente–. Por mí, nadie lo va a descubrir.

–Su hijo –dijo Michael– no es mío. Yo no soy el padre –esas palabras lo hicieron sentirse un traidor.

Balilty callaba.

–Te digo que no soy el padre –insistió Michael contra su voluntad–. ¿Por qué iba a mentir?

–Bueno, bueno. Cuéntamelo todo y ya está.

Michael le habló de cómo había encontrado la caja de cartón, de la Agencia de Bienestar Infantil, del Departamento de Asuntos Sociales, de Nita.

Balilty escuchaba con atención.

–¿Ya está? ¿Eso es todo? –preguntó al final, y Michael sacó otro cigarrillo del paquete y asintió con la cabeza.

–Ahora ya lo sabes todo –dijo, y se escudriñó para ver si se sentía aliviado. Pero la opresión continuaba allí, quizá más poderosa que antes.

–¿Por qué siempre tienes que complicarlo todo tanto? –se quejó Balilty–. Se trata de una mujer. Es muy sencillo. Yo la he visto. Es joven, una profesional de éxito, guapa, agradable, saludable... todo lo que se podría desear. Si quieres un hijo, pues ten un hijo. ¿Por qué tiene el hijo con otro y tú te buscas a una niña en la calle? ¿Cómo te las arreglas para complicar tanto la situación? Podrías haber tenido... a la mujer que quisieras. Las vuelves locas a todas. ¿Por qué tiene que ser así?

Michael bajó los ojos.

–Buena pregunta –dijo al cabo.

–No se lo contaré a nadie –prometió Balilty, y se llevó la mano al corazón–. Nadie oirá nada de mis labios –declaró solemnemente–, pero es imposible mantener en secreto algo así durante mucho tiempo. Y además sabes tan bien como yo que no puedes criar tú solo a una niña. Perdona que te lo diga.

–¿Por qué no? –le retó Michael, y se apretó con la mano el nudo del estómago.

Los claros ojillos de Balilty se abrieron de par en par, reflejaban una mezcla de sorpresa y de lástima.

–Porque desde el instante en que te asignen un caso –dijo sin rodeos–, sea cual sea, no te quedará ni un minuto libre, estarás a disposición de la policía veinticuatro horas al día. Y criar a una niña, como muy bien sabes, es un trabajo de jornada completa. ¿No lo sabemos los dos? ¿No has criado a Yuval? ¿No recordamos cuánto tenía que esperarte y esperarte?

–Puede que ahora sea diferente –masculló Michael.

Balilty suspiró.

–Está todo al revés. Al revés de como debería estar.

Michael sintió un escalofrío. La conversación lo asustaba porque no había esperado algo así. No veía en Balilty el menor rastro de burla, habría preferido que se burlase de él.

–A nuestra edad –reflexionó Balilty en voz alta a la vez que partía un palillo con los dedos– hemos aprendido que la manera de actuar de la mayoría de la gente no es absurda. O sea, que a veces el camino sencillo y convencional es el más lógico. Y es justo al revés; es decir, primero te enamoras de una mujer, encuentras a una mujer adecuada, y luego tienes un hijo y lo crías. Ése es el orden correcto. Es lógico. Así es como funciona el mundo, y no le falta lógica, y tú lo sabes.

Michael se mordió los labios y asintió.

–Bueno, ya veremos, ya veremos qué sucede –le dijo al aire, y miró por la ventana abierta, escuchó el canto de los pájaros y el bordoneo de las moscas, aspiró el aroma del otoño.

–¿Cómo lo lleva la chica? El asunto de su padre –preguntó Balilty en tono impersonal.

Michael abrió los brazos.

–No muy bien, pero nunca se sabe.

–Están muy unidos, los hermanos y ella –dijo Balilty, y sacó una gran fotografía en color del cajón de su mesa–. Éste es el cuadro. ¿Lo habías visto? Mira. Es una fotografía que Van Gelden recibió de un museo holandés que había enviado a un experto a fotografiarlo. Nos costó horas dar con ella, estaba entre un montón de fotografías en medio del revoltijo que quedó hecha la casa.

La calavera relumbraba bajo una luz dorada, sobre un rimer de libros. En el extremo inferior derecho había una pequeña flauta de madera rojiza. Los libros estaban apilados sin orden ni concierto y en el lomo del de abajo se veían unos caracteres góticos. Los desgastados lomos dorados de los dos libros que reposaban sobre él estaban meticulosamente pintados. El libro de arriba, abierto, parecía en equilibrio inestable. Entre la flauta y la calavera rosada y grisácea flotaba el fino rostro de una mujer con el cabello cobrizo cayéndole por los hombros. Tenía un hombro descubierto y de él emanaba una radiante luz blanca. Aquel rostro, pensó Michael, hacía resaltar el carácter inanimado y reseco de la calavera.

–Vanitas –dijo en voz alta–. Un bodegón.

–Medio millón de dólares, y está sin asegurar –señaló Balilty.

–¿Sin asegurar?

–Sí. El viejo Van Gelden se negaba a tomar las precauciones necesarias: puerta blindada, rejas en las ventanas. Por eso nadie quiso asegurar el cuadro. En la vieja casa de Rehavia donde vivía Van Gelden la puerta era de madera y tenía un par de cerrojos normales, uno sobre otro, que se abrían con un par de vueltas. Y no había alarma antirrobo. No confiaba en los bancos, según nos ha dicho su hijo,

guardaba el dinero en casa, en divisas, y tampoco confiaba en las puertas blindadas. Era todo un carácter, el viejo. ¿No lo conocías?

Michael hizo un gesto negativo.

Balilty consultó su reloj.

–Estoy esperando una llamada de Suiza –explicó–. Pero aún es demasiado pronto, sólo han pasado dos días. Si los ladrones se han ido de Israel, es probable que aún estén de viaje. No debe de haberles costado mucho sacar el cuadro del país en una maleta o una bolsa de mano.

–Puede que lo viera una vez, hace años, en la tienda de música. Yuval necesitaba partituras para la guitarra. Luego dejó de tocar, y también de poner el tocadiscos. Casi no me acuerdo del aspecto de Van Gelden. Sólo sé que era alto.

–Yo lo conocía bien –anunció Balilty, y empezó a pestañear como resultado del esfuerzo de poner una voz natural y disimular su orgullo–. Lo conocí años atrás, en la logia.

–¿Qué logia?

–La logia, ya sabes –repuso Balilty entre toses–. La logia masónica. Era maestro de la masonería. Yo ingresé hace veinte años a través de mi padre. Al principio iba por darle gusto a él, pero después de su muerte continué asistiendo. Y veía a Van Gelden con regularidad.

–No tenía ni idea de que aquí existiera la masonería, ni de que tú fueras masón –Michael estaba perplejo.

–No, no lo sabías –ratificó Balilty–. No es que sea un gran secreto. No voy contándolo por ahí. Pero tampoco lo guardo en secreto.

–¿Veinte años?

–Diecinueve, casi veinte.

–Yo... para mí, los masones, aunque sé que siguen en activo en Europa y en Norteamérica, son algo legendario. Algo que dejó de existir después de Alejandro Dumas, o de Mozart.

–¿Qué tiene que ver Mozart en esto? –preguntó Balilty.

–Era masón, en Viena, hace doscientos años. ¿Conoces La flauta mágica?

–Algo he oído –dijo Balilty un tanto avergonzado–, pero la organización se ha transformado mucho en estos doscientos años.

–¿Desde cuándo existe en Israel?

–Desde el Mandato Británico. Fueron los británicos quienes la trajeron aquí. En Jerusalén hay varias logias.

–¿Y todavía existe? ¿Activamente? ¿Todavía ingresan jóvenes?

–Pues claro que está en activo –dijo Balilty–. Y hay bastantes miembros de mi edad. Nos reunimos una vez al mes, con la regularidad de un reloj.

–¿Y todavía hay un guardián y todas esas cosas? ¿Máscaras? ¿Y túnicas, delantales, medallas?

—Hay un guardián —respondió Balilty muy serio, con cierta reserva—, y no deja que entre cualquiera. Echa un vistazo por la mirilla y, si no puede identificar a quien llama, le pide que diga la contraseña. Ya no se utilizan máscaras, desde luego, ni túnicas, pero sí hay una vestimenta especial, una especie de delantal para los dirigentes, para el presidente de la logia. Van Gelden fue presidente hace un par de años. Y también tenemos una calavera —dijo de pronto, riéndose—. Sobre un pedestal. Para que nos recuerde en todo momento quiénes somos y adónde vamos. Mira, si te interesa, si te apetece venir a verlo, unirte a nosotros, puedo llevarte de invitado a una reunión. El último comisario jefe de la policía era masón. Y hay muchos profesores de universidad, personas muy cultas, cargos públicos importantes; en nuestra logia tenemos a un juez, a científicos. En fin, fue así como conocí a Van Gelden. Y, a veces, también iba a su tienda para consultarle sobre Sigi. Ya sabes que tiene una voz preciosa. Yo quería que le sacara provecho. Ha heredado la voz de mi madre. Van Gelden me sirvió de guía. Le buscamos unas clases de canto, y de solfeo, pero todo quedó en nada. La tienda de Van Gelden era algo especial.

—Sólo recuerdo montones de papeles y de extraños instrumentos musicales.

—Él sabía muy bien dónde lo tenía todo —dijo Balilty—. Nunca se olvidaba de nada. Parecía un chiflado, pero tenía los pies bien puestos en la tierra. Y cuando no sabía algo, ahí estaba su ayudante, Herzl Cohen, el espantapájaros.

—¿Qué ayudante?

—Tenía un ayudante en la tienda. Su mano derecha. Lo sabía todo. Que te cuente tu amiga.

Michael recordó el empeño de Nita en encontrar a Herzl, pero algo le dijo que no lo comentase.

—¿Y por qué el ayudante en cuestión no está en escena?

—¿Ahora? ¿Quieres decir que dónde está? Pues bien, estamos buscándolo.

—¿También lo veías en plan de amigos? ¿Fuera de la logia? ¿A Van Gelden? ¿Fuiste alguna vez a su casa?

Balilty soltó una risotada.

—Ése no es el estilo de los masones. En este caso hay un par de cosas que no encajan —dijo pensativo—. Por ejemplo, el hecho de que en realidad no tuviera cita con el dentista —Balilty tenía la vista fija en los posos pegados a los costados de la taza—. Van Gelden no tenía cita con el dentista, pero les dijo a sus hijos que la tenía. Así que, ¿dónde estaba? ¿A quién fue a ver en lugar de ir al dentista? He consultado a los hijos dónde pudo haber ido. No saben gran cosa de él. Ni siquiera Gabriel, el más joven, que era con el que tenía más confianza.

—¿Dónde opinas tú que podría haber estado? —preguntó Michael. Le hormigueaban los dedos, como si se le hubieran dormido.

Balilty se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —dijo con una sonrisa—. Ni idea de qué va este asunto. Sería lógico pensar que los hijos de un hombre de su edad, un hombre como él, estuvieran más al tanto de la vida de su padre, y más siendo figuras públicas como ellos. Pero era el viejo quien no perdía ripio. En la tienda pasaba lo mismo. Él era el único que sabía dónde estaba todo. Siempre había que esperarlo, consultarle a él; era lo que le gustaba, mantenerlo todo bajo control. Sería holandés, pero tenía el espíritu de un judío alemán. Ya los conoces, siempre tan racionales y sin prejuicios. Pero se negaban a hacer negocios con los alemanes, el viejo y su Herzl, que parece un espantapájaros, con el pelo de punta, así —Balilty enroscó un papel y se lo colocó en la cabeza—. Herzl desapareció hace algún tiempo. No sé de qué discutirían después de cuarenta años juntos. Tampoco lo sabe ninguno de los hijos. Ya te he dicho que ahora mismo estamos tratando de localizarlo. Puede que él sepa algo.

—¿Qué puede saber? La tienda lleva seis meses cerrada.

—Pregúntale a la hija. Herzl estaba muy unido a la familia. Incluso tenía una llave de la casa.

—O sea que es un posible sospechoso. Podría estar implicado en el asunto del cuadro —dijo Michael sorprendido.

—¡Ya te he dicho que nadie sabe dónde está! —se quejó Balilty—. Y los Van Gelden opinan que no hay ni que pensar en eso. Es un hombre de fiar al cien por cien. Y, además, está medio pirado. El dinero y los cuadros no significan nada para él. Los hijos lo descartan de entrada. Y no me vengas ahora con que nunca se sabe de dónde van a venir las sorpresas. Ya te he dicho que, en todo caso, estoy buscándolo.

—¿A qué hora exacta murió Van Gelden? ¿Qué dice el laboratorio?

—El forense sitúa la muerte por la tarde... a partir de las cuatro, las cuatro y media, las cinco, las seis, no más tarde de las siete.

Michael titubeó. La pregunta que iba a formular era en cierto modo una traición.

—¿Dónde estaban en esos momentos los hijos?

—Tú ya sabes dónde estaba ella —dijo Balilty, proyectando los labios hacia delante—. En la peluquería.

—¿Y los otros?

Balilty entornó los ojos, encendió el mechero y examinó la llama.

—¿Para qué meternos en eso? —preguntó reticente a la vez que alzaba la vista y la posaba en Michael—. No hace falta que te metas en eso. ¿De verdad quieres saberlo?

Michael se encogió de hombros.

—Theo van Gelden es el número uno de los folladores de la ciudad, y perdóname la expresión. Esa tarde estaba citado con una mujer de cincuenta años y con una chica de diecinueve. Se lo hace con las dos... —el gesto que hizo con la mano y el

codo no dejó duda posible sobre la naturaleza de las actividades que Theo van Gelden desarrollaba con las mujeres en cuestión-. Y su hermano, su hermano también tiene lo suyo –el semblante de Balilty se ensombreció.

–Se negó a decir dónde había estado –comentó Michael indiscretamente.

–Se negó porque no quería que sus hermanos se enterasen de que estaba citado con el abogado de su padre. Y ninguno de los dos, ni él ni el abogado, está dispuesto a decir de qué asunto trataron. De momento no tengo medios para obligarlos.

–Hay un escocés por ahí... –dijo Michael.

Balilty tamborileó sobre la mesa.

–Tengo noticias de él. Se llama McBrady –dijo-. Supe de su existencia la primera noche, pero resulta que está ingresado en un hospital de Edimburgo. Es diabético y le han amputado una pierna. En estos momentos no le interesan los cuadros. ¿Qué quieres que te diga? Es mejor ser joven y tener salud que ser viejo y estar enfermo. Aunque tengas dinero.

–¿Qué posibilidades ves de resolver el caso?

–No muchas –reconoció Balilty-. Y no es que no me interese, teniendo en cuenta lo de la logia y todo lo demás. Pero si es un trabajo extranjero, no hay mucho que hacer. A no ser que ocurra algo imprevisto. Como tú solías decir: «La realidad nunca dejará de sorprendernos». Puede que ocurra algo.

Michael consultó su reloj.

–Tengo que marcharme –dijo incómodo-. He prometido llevar...

–Hay que ver cómo estás –dijo Balilty riéndose-. Te has convertido en padre de familia de la noche a la mañana.

–Hoy me toca sustituir a la niñera temprano –Michael se sintió enrojecer mientras se encaminaba a la puerta.

Balilty se puso en pie y se apresuró a abrirla. Echó un vistazo hacia ambos lados del pasillo, cogió a Michael del brazo y le preguntó en tono conspiratorio:

–¿No le has contado nada a Shorer?

–Ni una palabra –repuso Michael consternado-. ¡Y no vayas a decirle nada!

–¿Yo? –exclamó Balilty ofendido-. Sólo quería saber si le habías dicho algo. Creía que lo sabía todo sobre tu persona –concluyó con inconfundible sonrisa de satisfacción.

La niñera cerró tras de sí la puerta de la casa mientras Michael le cambiaba el pañal a Ido. El niño pataleaba y gorjeaba alegremente. Se oyó el timbre de la puerta. Michael se apresuró a pegar las tiras adhesivas del pañal y, con Ido en brazos, le abrió la puerta a la enfermera Nehama, que lo miró sorprendida, jadeante.

–Acabo de hablar con la niñera hace media hora. ¿No se lo ha dicho?

Michael estuvo a punto de atragantarse del susto. Hubo de contenerse para no preguntarle si había venido a llevarse a Noa. Abrió más la puerta y le sonrió con esfuerzo.

–Está pálido –dijo ella, preocupada, y se hundió en el mismo sillón que había ocupado durante la primera visita–. Debe de resultarle duro –añadió con evidente simpatía–. Lo que les ha sucedido es terrible.

Michael se sentó junto a la enfermera en una silla, con Ido en sus rodillas. El niño, fascinado por el largo collar de la enfermera, estiró hacia él sus manitas. Nehama le tendió los brazos.

–¿Quieres venir con Nehama? –le dijo en un arrullo–. Ven con Nehama –y se quitó el collar y la cadena de la que colgaban sus gafas.

Ido siguió con la mirada el collar, que Nehama dejó sobre la mesa. Ya en brazos de la enfermera, el niño se revolvió para tratar de echar mano a las verdes cuentas. Nehama se lo devolvió a Michael.

–Noa acaba de quedarse dormida –dijo Michael cuando al fin recuperó la voz.

–¿Qué tal está la nena? –preguntó la enfermera al tiempo que giraba los hombros y se frotaba la nuca para aliviar la tensión. Luego se puso el collar y la cadena.

–Creo que está bien –dijo Michael, y se reprendió por la parálisis que lo había acometido–. Tengo la impresión de que lo sucedido no le ha afectado en absoluto –aventuró.

–No hay medio de que sepamos lo que sienten –sentenció la enfermera Nehama–. No nos pueden decir nada –continuó, parpadeando y chascando la lengua–. La cuestión es si ha cambiado de comportamiento. ¿Come bien? ¿Duerme? ¿Está tranquila?

Michael asintió, pero inmediatamente se dio cuenta de que eso no bastaría.

–Venga a verla –dijo, y se puso en pie con Ido en brazos–. Yo la veo fenomenal –dijo persuasivamente desde el umbral. Trató de ver con los ojos de la enfermera Nehama la minúscula habitación, sin espacio suficiente para encajar dos cunas.

–¡Conque durmiendo, eh! –Nehama lanzó una risa retumbante–. ¡Está despabiladísima! Mírela.

La nena estaba tumbada boca arriba, hablando en gorgoritos con el conejo que colgaba de la capota del cochecito. La enfermera tiró de la cuerda que accionaba el juguete. Al oírse las primeras notas de la Nana de Brahms, la nena agitó los brazos. La enfermera Nehama exclamó admirada:

–¡Cómo se ha desarrollado en las dos semanas que llevo sin verla! Ha crecido muchísimo, y está tranquila y atenta. Es cierto que parece que nada le hubiera ocurrido. Lástima que no pueda ver a la madre. ¿No están celebrando aquí la shivá? –inquirió bruscamente.

Michael masculló algo ininteligible. Luego consiguió decir:

–Hemos procurado hacerlo lo mejor posible. No queríamos que se montara aquí

tanto jaleo. Ya sabe que los hermanos son muy...

–Sí, me lo imagino –dijo la enfermera con respeto.

«Ya ves que la deslumbran las personas importantes», se tranquilizó Michael. Pero su cuerpo se negaba a aquietarse, las rodillas le temblaban.

–Le voy a decir la verdad –dijo ella, e hizo un alto para tomar aliento–. Ésta no es una visita oficial. Pero en la oficina hemos pensado que podían necesitar ayuda –echó una mirada en torno suyo–. Asesoramiento, algo por el estilo. Dentro de un par de días vendrá una inspectora de la Agencia de Bienestar Infantil, ella es la que tomará la decisión. ¿Y qué tal se encuentra la señora Van Gelden? Podemos enviarle un psicólogo si la policía no...

–Está muy bien –aseguró Michael–. Incluso ha vuelto a tocar el chelo. Todo sigue como siempre –dijo, y sintió que se había propasado–. Hablando en términos relativos, claro está –se apresuró a añadir–. Es muy duro para ella, desde luego. Probablemente la policía pondrá a su disposición un psicólogo. Ya se lo han comentado –se quedó mirando la lámpara de hito en hito. ¿Hasta qué punto debía estar Nita afectada por el asesinato de su padre para parecer normal y a la vez no dar motivos de que les quitaran a la nena? Dejó a Ido sobre la alfombra y cogió a Noa en brazos.

–Habíamos pensado que si les resulta difícil la situación, tal vez prefieran entregar a la niña...

–¡En absoluto! –gritó Michael, y se asustó de la potencia de su grito–. Mire –dijo, y agarró por el brazo a la enfermera Nehama–, para nosotros la niña es un consuelo, una alegría inmensa, una ayuda magnífica. Si nos la quitaran ahora, nos dejarían destrozados –la miró directamente a los ojos, tan entrecerrados que parecían un par de ranuras–. Nos destrozarían, en serio. Sobre todo a Nita. Sé que usted me comprende, me he dado cuenta de que nos ha cobrado afecto –dijo. Confirió a su voz la mayor desesperación de que fue capaz y, una vez más, miró intensamente los inexpresivos ojos pálidos de la enfermera. Ella los abrió de par en par.

–Me alegro de que se haya dado cuenta –dijo, y dio media vuelta para salir, irguiéndose cuan alta era con porte digno–. Es cierto, ustedes y su caso me inspiran gran simpatía. Le prometí que todo iría bien, ¿no es así? Y sigo prometiéndoselo, claro que no depende sólo de mí. La inspectora se pasará por aquí dentro de uno o dos días. La niña es verdaderamente adorable. No tiene por qué haber problemas.

–Estamos muy unidos a ella, queremos ocuparnos de ella –imploró Michael, sintiendo que la cara le ardía.

–Como suele decirse, sólo nos queda confiar en la providencia –dijo la enfermera Nehama–. Estoy convencida de que por lo general las situaciones se resuelven a satisfacción de todos los implicados –concluyó, y se encaminó a la puerta–.

Seguiremos en contacto –prometió tranquilizadora. Se colgó el bolso del hombro con mucha decisión y estiró los labios en una sonrisa radiante, profesional.

«Te lo tienes merecido», se dijo Michael mientras vestía a Ido y lo colocaba en su silla. «Te lo tienes merecido», repitió mientras preparaba a Noa para salir. Cuando se deseaba algo, lo que fuera, tan desesperadamente, uno se convertía en presa fácil. Ahora cualquiera podía inmiscuirse en su intimidad. Balilty y la enfermera Nehama no eran más que el comienzo. ¿Qué quería en realidad? «¿Qué quiero en realidad?», le dijo en voz alta a Noa mientras pegaba las tiras de su peto de pana azul. Ella lo miró gravemente, con unos ojos que parecían haberse vuelto mayores y más oscuros en los últimos días. Habían adquirido un tono azul castaño. Y, de pronto, la nena sonrió. No fue el mismo espasmo que la hacía separar los labios la semana anterior, sino una auténtica sonrisa con la que mostraba las encías y en la que también participaban los ojos, fijos en él.

Transcurrió un segundo antes de que Michael dijera:

–Me estás sonriendo, ya me conoces –le devolvió la sonrisa con los ojos húmedos–. Tengo que anotarlo –anunció mientras la metía en el capazo, ya desmontado del cochecito–. Tengo que tomar nota de que hoy, el ¿veinte?, ¿veintiuno?, de septiembre de 1994, a la edad de, digamos, seis semanas, me has sonreído de verdad por primera vez –trasladó a ambos niños hasta la puerta–. Vamos –dijo solemnemente–, vamos a contarle a Nita que me has sonreído. A lo mejor también le sonríes a ella.

Accedió a la sala de conciertos por la entrada de artistas, empujando con el hombro la pesada puerta de madera, las manos ocupadas con la silla de Ido y el capazo de Noa, debajo del cual había metido una bolsa de pañales, biberones y el resto del equipo de los niños. Tomó asiento en la segunda fila, en el extremo más próximo a las puertas de la sala en penumbra, y colocó a uno y otro lado la sillita y el capazo. Luego observó el escenario. El ensayo debería haber terminado hacía unos minutos, pero parecía en pleno fragor. En torno a él, los asientos estaban ocupados por fundas de diversos instrumentos, y en el de enfrente una funda de violín abierta dejaba ver fotografías pegadas en la tapa y un sobre semitransparente con cuerdas de repuesto en un rincón del espacio destinado al instrumento. Una chaqueta de color claro se desparramaba sobre otra funda en la butaca de atrás. La orquesta tocaba a pleno volumen. Algunos músicos habían dejado sus estuches bajo las sillas y otros al pie del escenario.

De cara a la orquesta, sentado en un taburete alto y estrecho, Theo van Gelden pegó una patada en el suelo y dio unas palmadas.

–Señoras, caballeros –dijo a pleno pulmón–. No nos marcharemos hasta haber logrado que salgan bien las síncopas.

Del fondo del escenario se alzó un murmullo de protesta. El concertino, un

hombre canoso con las gafas encaramadas sobre la despejada frente, golpeó varias veces la caja de su violín con el arco.

–Señoras, caballeros –dijo en un eco–, no podemos dar por concluida la sesión hasta que los técnicos de la radio no hayan terminado las pruebas de sonido. Pero mañana empezaremos tarde.

El sordo clamor de protesta no se acalló, y un hombre muy joven se acercó a Theo, clarinete en mano, y, volviéndose hacia la orquesta, gritó:

–¿Por qué os comportáis como tímidos burócratas?

Un violinista de la fila de atrás dijo algo que levantó risas a su alrededor.

–¡Vaya con el novato! –exclamó un trompetista desde el fondo–. Nosotros también éramos así, hace mucho tiempo.

Volvieron a oírse risas.

Poniéndose una mano sobre los ojos, Nita dirigió la vista hacia la sala y saludó a Michael con la otra. Gabriel y ella estaban en la parte delantera de la escena, muy cerca de Theo. Desde lejos, la mitad inferior del cuerpo de Nita, envuelta en la holgada falda en la que se hundía el chelo, parecía una colina azul. Viéndola allí, a Michael le pareció muy hermosa, radiante. Por un instante sintió una fugaz vaharada del aroma de su nuca. Dos días antes, al toparse con ella en la puerta de la cocina, le había dado impulsivamente un beso en la boca. Sus labios eran suaves, y la absoluta entrega con que ella se los ofreció lo tomó por sorpresa. Nita tenía por costumbre tocar a quienes la rodeaban. A partir de ese momento había empezado a hacerle breves caricias a todas horas, rozándolo apenas. Cuando se vieron a la mañana siguiente, ella lo miró con el rostro iluminado por una luz delicada, complaciente, y las señales placenteras que transmitía su cuerpo, tan distintas de la reserva de Avigail, encerraban grandes promesas. Nita podría proporcionarle un hogar, pensó ahora Michael con gozosa sorpresa, y saberse tan próximo a ella lo llenó de orgullo.

Gabriel frotaba con resina el violín, sujeto entre el hombro y la mejilla. Uno de los músicos tropezó con la funda del chelo, colocada en el suelo entre Gabriel y Nita.

–¿La puedo quitar de aquí? –preguntó en voz muy alta.

Nita asintió con un gesto y él retiró la funda del escenario. Theo miraba con impaciencia a su hermano. Gabriel guardó la resina en la funda del violín y dejó ésta bajo su silla. El concertino, en pie junto a Theo, lo miraba expectante.

–Espera un minuto, Avigdor –dijo Theo.

–¿Desde el principio? –preguntó el concertino. Y aunque Michael aguzó al máximo el oído, apenas distinguió el murmullo de respuesta de Theo, que se quitó la chaqueta de los hombros y la dejó a sus pies–. Primer compás –anunció el concertino.

–¿Cómo? ¿Desde el principio? –protestó la mujer que estaba en pie tras el

timbal.

–Número uno –dijo Theo, levantando las manos–. Cuatro compases tutti y luego el solo de chelo. Repasaremos el primer movimiento completo y luego ya veremos.

Dos técnicos tendieron unos cables por la sala y se detuvieron al pie del escenario. Michael volvió la cabeza. Al fondo de la sala, por encima de la última fila de butacas de la galería, brillaba una luz tras una gran cristalera. Como criaturas en un acuario, tres figuras se movían silenciosas en la cabina de grabación, haciendo señas a un técnico que las miraba desde abajo. El técnico se puso de rodillas y metió unos cables bajo el escenario. Theo van Gelden bajó las manos y la orquesta al completo tocó las primeras notas de la pieza. Mientras resonaba la última de las notas fuertes, Ido sacudió la cabeza, abrió los ojos y la boca. Michael se apresuró a acariciarle la mejilla a la vez que con la otra mano buscaba el chupete y, una vez encontrado, se lo introducía en la boca. El cuerpo de Ido se relajó, pero mantuvo los ojos bien abiertos. Parecía escuchar con suma atención la entrada del chelo, que comenzaba a tocar su primer solo.

Theo interrumpió a Nita tras algunos compases.

–¿Qué ha pretendido hacer aquí Brahms? –preguntó retóricamente–. Tiene el estilo de un recitativo, pero siempre en tempo. Sin tantas libertades, Nita, por favor. ¡Desde el principio!

Dio una palmada y la orquesta interpretó de nuevo los primeros compases. Nita, los labios apretados, repitió las notas que llevaba tocando día y noche durante las últimas dos semanas, veintidós compases en total, al final de los cuales, como bien sabía Michael, ya que Nita no cesaba de comentarlo, había un fa sostenido que descendía a mi. A continuación se incorporaron las cuatro trompas y el clarinete, y Theo los detuvo tras un par de compases. Noa se revolvió en el capazo. Michael le posó la mano en el vientre.

–Una vez más –dijo Theo–, el solo de chelo desde el fa, del fa al mi, que entre de nuevo.

Esta vez los dejó completar la frase sin interrupciones. Gabriel colocó el arco sobre el violín, lo deslizó sobre las cuerdas y acometió el tema en un tono claro, cálido. Nita le había contado que Gabi podría haber hecho una gran carrera como solista si no le hubiera asaltado lo que ella llamaba «la manía por las interpretaciones históricas con instrumentos de época». Michael recordaba asimismo que le había dicho: «Ya no soporta a Brahms. Para él sólo existe la música barroca. El siglo XIX le pone enfermo, pero va a retomarlo por nosotros. Se ha prestado a interpretar el Doble concierto con nosotros».

A Michael le pareció muy hermoso el sonido del violín de Gabriel, pero no le calaba hondo en el corazón como la interpretación de Oistrakh en la grabación que conocía desde hacía años. Se reprochó su intolerancia. En ese momento toda la

orquesta se incorporó a la presentación del tema. Al cabo de unos segundos, Theo se dio una palmada en el muslo y gritó:

–¡No! ¡No! ¡No!

La orquesta cesó de tocar. Un técnico subió al escenario, ajustó los micrófonos e hizo una seña a los hombres de la cabina.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó Theo, y bajó del alto taburete–. Tresillos en los violines y las flautas. ¡En el tiempo de dos negras hay que meter tres notas! ¡Por favor! Tendrán que disculparme –dijo inclinándose hacia las violas– que les trate como a párvulos. Olvídense de las emociones y de Brahms por un instante. ¡Tan sólo les pido que aprendan a contar! ¡Oboes, clarinetes, trompetas y violas! –hizo una pausa y señaló los instrumentos de viento–. ¡Están arrastrándolos a tocar las dos negras a la vez que los tresillos en lugar de tocarlas en contrapunto! ¡Son dos contra tres! Permítanme que se lo recuerde una vez más: no presten atención a los tresillos de las flautas y los violines. ¡No los escuchen! Abraham –prosiguió, inclinándose hacia el primer violín–, ¿ha oído lo que he dicho? ¡No preste atención a los tresillos! –el primer violín asintió con la cabeza y se volvió hacia la sección de músicos que tenía detrás para repetir las instrucciones. Theo continuó–: ¡Basta con que cuenten! ¡Háganme el favor de contar! Una vez más desde el cincuenta y siete, desde el final de los solos de violín y de chelo. Gabriel, quiero un violín poderoso, no un violín histórico.

Gabriel replicó algo. Theo se bajó del taburete y se aproximó a su hermano.

–Gabriel –dijo Theo con voz tonante y amenazadora–. ¿Qué pretendes que haga? ¿Lo mismo que hizo Leonard Bernstein antes de la interpretación con Glenn Gould? ¿Dirigirme al público para explicar que estoy dirigiendo con tu tempo en contra de mi propio criterio y de mi manera de entender la música? ¿Es eso lo que pretendes? –en el proceder de Theo había algo artificial, se diría que tenía prevista la escena para darse la oportunidad de contar la anécdota sobre Bernstein y Gould.

Gabriel volvió a replicar algo.

–En el próximo ensayo –dictaminó Theo.

Gabriel infló los carrillos, se mesó la barba y expulsó el aire ruidosamente.

–¡Una vez más! –gritó Theo.

Habían interpretado unos cuantos compases cuando las grandes puertas de madera se abrieron de golpe, las luces se encendieron y todos quedaron paralizados. Con gesto de perplejidad, Theo volvió la cabeza hacia la entrada y se quedó mirando de hito en hito al nutrido grupo de personas que irrumpían, junto con las cámaras y los focos de la televisión, en pos de una mujer que iba del brazo del alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek. El alcalde entró en la sala con paso lento y pesado, arrastrando los pies y con la cabeza inclinada, como si quisiera asegurarse de no errar el paso sobre el suelo de mármol. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con su arrugada chaqueta azul de algodón tremolando, ascendió cuidadosamente

los escalones que conducían a una fila de asientos en el centro de la sala. La joven lo llevaba asido del brazo y hablaba a voces. Kollek se desplomó en una butaca. Lo seguían un par de cámaras y dos hombres vestidos de mono gris que arrastraban unos focos inmensos.

—Con su permiso, ¿qué pasa aquí? —preguntó Theo con firmeza a la vez que se quitaba las gafas y bajaba del escenario de un salto.

La nena se revolvió en el capazo, Ido succionó el chupete sonoramente y se frotó los ojos con los puños.

—¿Qué pasa aquí? —repitió Theo. Se había detenido junto a la fila de butacas donde estaba acomodado el alcalde.

Teddy Kollek lo saludó con jovialidad y agitó la mano en dirección al escenario. «¡Hola a todos!», dijo con distraída condescendencia. Dejó caer el brazo sobre el de la butaca.

—¡Pero si estamos ensayando! —gritó Theo enfurecido.

—¿No se lo ha advertido nadie? —preguntó la joven a la vez que se alisaba el borde de la chaqueta color crema—. La televisión alemana va a entrevistar aquí al señor Kollek. La entrevista se programó hace un par de semanas —añadió con indignación.

—¡Nadie me lo ha dicho! —declaró Theo en un tono mitad de ira, mitad de incredulidad.

—No tardaremos mucho —dijo la mujer—, como mucho media hora —prometió.

Theo extendió los brazos. Teddy Kollek cruzó los suyos y se quedó mirando al frente con palpable indiferencia.

—¿Dónde está el representante? ¿Dónde está Zissowitz? ¿Por qué nadie se ha preocupado de ponerse de acuerdo conmigo? —dijo Theo. Tenía el semblante demudado. Se acercó hasta el escenario, dirigió una mirada a la orquesta y luego se volvió para mirar a Kollek, quien plantó el codo en el brazo de la butaca y apoyó la pesada cabeza en su manaza. Tenía los ojos entrecerrados. En la sala resonaron frases en alemán pronunciadas por la joven mientras la cámara le tomaba un primer plano. Theo alzó los brazos y los dejó caer junto a sus costados con gesto de impotencia—. ¡Descanso! —anunció, y se puso las gafas.

El concertino se apresuró a levantarse, se inclinó hacia Theo y le susurró algo.

—¡Señoras y señores! —dijo Theo—, ya sé que se nos ha hecho tarde, pero quiero ensayar una hora más hoy, así que nos retrasaremos una hora más. Hoy debemos rematar el primer movimiento.

En los rostros de algunos músicos se pintaron inequívocos gestos de malhumor. La timbalista se estiró la holgada camiseta y revolvió con intencionado estrépito en una bolsa de plástico que tenía oculta entre los timbales. Poco a poco, los músicos se fueron levantando. Michael agarró las asas del capazo con una mano y la sillita con la otra, y salió a buen paso de la sala.

Nita lo siguió. Soltó la hebilla que afianzaba una correa en torno a la tripa de Ido y lo cogió en brazos. El niño reclinó la cabeza en el hombro de Nita y quedó en reposo un segundo, luego echó la cabeza atrás y empezó a revolverse. Tras una breve deliberación, decidieron que Michael esperaría hasta que terminase el ensayo. Nita volvió a entrar en la sala para darle el biberón a Ido entre bastidores, con la esperanza de que luego se durmiese. Michael se quedó sentado en un sillón de terciopelo rojo del vestíbulo. Noa dormía. Unos cuantos músicos salieron al vestíbulo y se acomodaron cerca de él.

–Es un terrorista –masculló la timbalista mientras extraía un voluminoso sándwich de la bolsa de plástico.

–Va en contra del reglamento –rezongó el clarinetista que antes había hablado a voces desde el escenario. Se sirvió un café de un termo azul.

–No os quejéis –intervino un hombre alto y fondón con marcado acento ruso–. Trabajar con su hermano va a ser más duro todavía.

–¿Vas a trabajar con él? –preguntó la timbalista con la boca llena–. ¿Vas a pasarte a su grupo?

–Nu –dijo el ruso–, las condiciones serán mejores. Paga mejor. Pero habrá que trabajar más. Nos pagará por ensayo –soltó un eructo–. ¡El capitalismo! –explicó con una sonrisa–. No es una plaza en propiedad –añadió.

–Yo no me arriesgaría –dijo la timbalista a la vez que doblaba pulcramente la bolsa de plástico–. Te puede despedir de un día para otro, y te quedarás en la calle.

–Nu, ya despidió a Sonia hace un par de semanas. Y también a Itzik.

–¿Qué Itzik? –preguntó el clarinetista mientras enroscaba la taza, todavía chorreante, en el termo.

–¡Nu, Itzik!

–Hay dos Itziks –insistió la mujer–. ¿El trompetista o el violinista?

–El violinista, el violinista –dijo el ruso.

–¿Ha despedido a Itzik? –exclamó ella, horrorizada–. ¿Cómo ha podido despedir a Itzik?

–Lo que yo no entiendo es cómo alguien que está montando una orquesta barroca puede haber contratado a Itzik –comentó el clarinetista entre risas.

–Nu, va a ser un grupo muy bueno –dijo el ruso, mirando a Michael–. Aquí nunca se ha visto un conjunto barroco de tendencia histórica igual.

–¿Hasta qué punto puede ser bueno si no es más que un trabajo complementario para los músicos de primera fila? –preguntó el clarinetista.

–Nu, no seguirá siendo un trabajo complementario durante mucho tiempo –aseguró el ruso–. No para de realizar audiciones.

Un hombre salió al vestíbulo y dio unas palmadas.

–Ya han terminado. Empezamos –dijo a voces desde la entrada.

Los músicos empezaron a afluir a la sala. El ruso sujetó las grandes puertas de

madera mientras Teddy Kollek, acompañado de la joven alemana que lo llevaba del brazo, salió arrastrando los pies, seguido por los cámaras y los técnicos de iluminación. Los músicos iban saliendo de entre bastidores y Theo van Gelden ya ocupaba su puesto en el alto taburete. Nita le hizo una seña a Michael desde la entrada. Le dejó a Ido en los brazos.

–Ahora se quedará dormido –prometió a la vez que le hacía una caricia a Michael en el brazo–. Pero si no se duerme, si te da problemas, llévatelos a casa y yo volveré por mis propios medios cuando termine el ensayo.

Michael regresó a su asiento junto al pasillo del fondo y colocó a Ido a su derecha y a Noa a su izquierda. Todos ocuparon sus puestos y Theo dijo:

–Desde el veintiséis en adelante –lo cual significaba desde la entrada del violín hasta la presentación completa del tema principal del primer movimiento. Al cabo de unos cuantos compases, Theo interrumpió a los músicos–. ¿Son ustedes de la banda de la policía o qué? –les dijo a los instrumentistas de viento y percusión–. ¿Es que no ven lo que está escrito? ¿No ven que todo el mundo toca en fortissimo... salvo quién? Las trompas, las trompetas y los timbales. ¡Para ellos sólo forte! ¡Forte, no fortissimo! –suavizando la voz, añadió–: Brahms pretendía que la orquestación estuviera equilibrada, que se oyeran los violines y los clarinetes. Si las trompetas y los timbales suenan demasiado, parece la banda de la policía.

En aquel momento, sin previo aviso, Noa rompió a llorar a pleno pulmón. Se levantaron risas de la orquesta y Theo se volvió con expresión adusta, pero no dijo nada. Michael se precipitó hacia la salida con los niños. Consultó el reloj y decidió esperar en el vestíbulo a que terminase el ensayo. A través de las puertas cerradas alcanzó a escuchar el primer movimiento completo, interrumpido de tanto en tanto por los gruñidos de Theo. Los músicos repitieron los pasajes una y otra vez mientras Michael daba el biberón a Noa. Él escuchaba la música al mismo tiempo que los sonidos que hacía la nena al succionar y los suspiros que emitía entre chupada y chupada. Ido se durmió, y Michael pudo levantarse con Noa en brazos para aproximarse a las puertas, junto a las que se paseó escuchando la música hasta que oyó que Noa echaba el aire. Nunca había imaginado que presenciara el trabajo preparatorio de una representación musical, con sus momentos prosaicos, llenos de crujidos de bolsas de plástico, gruñidos y quejas. Más tarde, por la noche, bajo la luz de los resplandecientes focos, aquel trabajo haría aflorar lágrimas a los ojos de personas como Becky Pomeranz.

«¡Está bien! ¡Basta por hoy!», oyó decir a Theo, y se retiró de la puerta. Tomó asiento en un rincón y quedó a la espera hasta que Nita salió al vestíbulo cargada con el chelo.

–No me esperes más –le dijo–. Probablemente ha sido un error obligarte a venir con los niños. Tenemos que quedarnos a resolver algunas cosas más, y cuando Theo dice «algunas cosas más» nunca se sabe cuánto se va a tardar. Si no me

pueden llevar a casa Gabriel ni Theo, cogeré un taxi –agregó al ver los titubeos de Michael–. No te preocupes, estoy bien. Mientras trabajo me encuentro bien.

Unas horas más tarde, arrodillado junto al cadáver de Gabriel, Michael pensó en algo que no dejaría de atormentarlo durante muchos días. Menos de tres horas mediaron entre el momento en que Michael silbaba el tema principal del primer movimiento del Doble concierto y aquel en que se formulaba la torturante pregunta: ¿podrían haberse desarrollado los acontecimientos de otra forma si no hubiese hecho caso a Nita? ¿Podría haber evitado algo de lo sucedido si se hubiera quedado esperándola en el lugar donde sería asesinado Gabriel van Gelden?

Morendo cantabile/Morir cantando

El cadáver estaba tendido en el pasillo de detrás del escenario, al pie de un estrecho pilar de hormigón. La mitad superior del cuerpo nadaba en un charco de sangre que había manado de la garganta cercenada. Michael, testigo de muchas escenas espantosas, apenas si posó la vista en la cabeza decapitada. Sólo una estrecha tira de piel de la nuca la conectaba con los hombros. Michael tuvo la impresión de que pendía literalmente de un hilo, a punto de desprenderse y rodar por el pasillo hasta el escenario y, escalón por escalón, hasta la sala.

Mientras giraba la cabeza en otra dirección y reprimía la oleada de náuseas que amenazaba con dominarlo, se le ocurrió que hasta entonces nunca había visto a la víctima de un asesinato poco tiempo antes de su muerte, vivita y coleando, por no decir ya tocando el violín. Era la primera vez que se encontraba junto al cadáver de un hombre con quien había pasado varias horas. Ese pensamiento generó en él una honda inquietud, a la vez que le hacía concebir en el fondo de su mente la idea de que en aquella ocasión todo iba a ser diferente, de que su implicación en el caso era errónea y que tal vez debería solicitar en ese mismo momento la asistencia de alguien... de alguien más que Tzilla, alguna persona que pudiera hacerse cargo del caso si él se venía abajo. Pero ¿por qué iba a venirse abajo?, pensó enfadado. ¿Es que se había venido abajo alguna vez? ¿Qué significaba «venirse abajo» o «derrumbarse»? ¿Significaban esos términos que iba a perder la capacidad para pensar con lógica? ¿Que se iba a desmayar? Cualquiera pensaría que el doliente era él en lugar de Theo o Nita.

Al pensar en Nita –más que un auténtico pensamiento, fue un fugaz aguijonazo que traspasó su revuelto cerebro–, y en la relación de Nita con el hombre al que habían degollado y que ahora nadaba en un charco de sangre, Michael empezó a reponerse. Se obligó a mirar el cadáver. Por segunda vez. Después de la primera ojeada, en un principio imprecisa y desenfocada por el horror, y luego excesivamente personal, aquel segundo vistazo fue distinto. Como sabía de antemano lo que iba a ver, miró a Gabriel como si fuera un cadáver común y corriente, un caso más. En cuanto posó en él la vista, supo que sería capaz de afrontarlo, que el asesinato de Gabriel no era más que un caso que debía resolver. Pero aún no osaba pensar en Nita. Por un instante, vio el rostro de su amiga titilando ante sus ojos, y los cerró queriendo ahuyentarla, como si le dijera: «Ahora

no». Como si estuviera rechazando a la fuerza el recuerdo de su existencia, y de hecho necesitaba hacer un esfuerzo para olvidarla.

La doctora de la ambulancia Magen David Adom, llamada al lugar de los hechos incluso antes que la policía, se comportaba como si hubiera estado aguardando la llegada de Michael con el único propósito de repetir los gestos de siempre: alzó los brazos con impotencia y los dejó caer sobre sus gruesos muslos.

—Estaba así cuando llegamos. No he podido hacer nada, y no lo he movido, apenas si lo he tocado —dijo, y enseguida pasó a hablar de la reacción de Nita, que describió como un «caso clínico de histeria»—. Se puso a chillar y a chillar. No había manera de hacerla callar —a su descripción afloraron una nota de alarma y un deje condenatorio; repitió varias veces «nunca había visto nada semejante» y concluyó—: Al final le puse una inyección. Estos dos tuvieron que ayudarme a sujetarla —la joven médica señaló a dos chicos adolescentes que esperaban en el angosto pasillo, junto a los armarios metálicos que bloqueaban el acceso a la zona más espaciosa del edificio, donde estaban los despachos de los músicos y del director—. Son voluntarios. Nunca habían visto algo así —dijo en tono de reproche—. A los dieciséis años no se está preparado para esto —uno de los chicos tenía una sonrisa petrificada en el pálido semblante y el otro estaba de espaldas, recostado contra un armario.

El concertino dobló la esquina del pasillo, pasó como mejor pudo junto a los armarios metálicos y se les acercó bamboleándose. También él volvió la cabeza al pasar junto al cadáver. Había sido él quien había llamado a la ambulancia y a la policía.

—No sabía... no sabía si estaba realmente muerto, y pensé que lo primero era tratar de salvarle la vida —se excusó.

Al otro lado del fino tabique de atrás del escenario se oyeron unas fuertes pisadas. Resollante, jadeando, llegó el forense del laboratorio. «Si hasta su respiración suena como un canturreo», pensó Michael desganadamente al ver que el forense de guardia era Eliyahu Solomon. Dos peritos del laboratorio lo seguían a buen paso. Michael se preguntó si dos serían suficientes. Se maravilló de la rapidez con que habían llegado.

A él, los embotellamientos del tráfico le habían obstaculizado el camino en la calle del Rey David y lo habían obligado a poner en marcha la sirena en el semáforo de Mamilla. Mientras avanzaba a trancas y barrancas hacia el auditorio, contempló con la perplejidad habitual las estructuras de los edificios de lujo que estaban sustituyendo a las casas demolidas de aquel barrio. Cuando se detenía en el cruce de Mamilla, nunca dejaba de asaltarle el asombro, acompañado a veces de una cierta repugnancia, ante los cambios de la perspectiva que se ofrecía a la vista más allá del semáforo. Echó una ojeada al cementerio musulmán, a su izquierda, y al «Palacio» —el imponente edificio redondo que albergaba el Ministerio de

Comercio e Industria—, a su derecha, y, reconfortado por su supervivencia, fijó la vista al frente. Llevaba meses observando la destrucción sistemática de las viejas casas. De la quema se había salvado un edificio visitado en su día por Theodor Herzl, que ahora se diría el único diente original de la boca de un anciano en medio de una falsa dentadura reluciente: todos aquellos edificios nuevos que surgían tras un gran cartel anunciador del «Pueblo de David».

Le habían avisado por radio cuando ya iba de camino al barrio ruso, después de dejar a los niños con la canguro de las tardes. Recibió la llamada en el cruce de Mamilla, cuando observaba las pegatinas que proclamaban EL PUEBLO ESTÁ CON EL GOLÁN y SAMARIA ESTÁ AQUÍ desde la ventanilla trasera del coche de delante. El conductor se apresuraba en ese momento a subir la ventanilla para protegerse de la cascada de improperios vertida por una mujer andrajosa, la mendiga a quien se conocía como la Loca de Mamilla y que ejercía su oficio entre los coches detenidos en los semáforos, alargando la mugrienta mano hacia los conductores mientras hacía muecas con su boca desdentada y rezongaba. Michael sintió verdadero pánico al oír la dirección que, siguiendo órdenes de Shorer, le transmitía la telefonista.

—Primero te ha llamado a casa —le dijo la mujer, y su voz, aquel graznido tan familiar, hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, como si hubiera oído rechinar una piedra sobre un cristal.

—Iba hacia la oficina —respondió Michael, sólo por decir algo, y giró hacia el carril de la derecha.

El frío que lo había inundado, rebalsándose en la boca de su estómago, ni siquiera se disipó cuando la telefonista añadió: «el cadáver de un hombre», como si la premura justificase esa falta de cautela ante los periodistas que estarían sintonizando la frecuencia de radio de la policía. El frío aumentaba a medida que se acercaba al auditorio, dejando atrás a toda velocidad la larga hilera de coches detenidos en el semáforo, que nunca parecía cambiar al verde.

Michael estaba aterido, sentía debilidad en las rodillas y los dientes le castañeteaban. ¿Cómo le iba a encontrar Shorer si tenía que pasarse la vida esperando a las canguros?, se fustigó. Pisó a fondo el acelerador. La canguro de la tarde, contratada para que Nita pudiera ir a ensayar, había llegado con media hora de retraso.

—Por culpa del tráfico —comentó enfadada. Habían modificado el itinerario del autobús a causa de la visita del secretario de Estado de Estados Unidos—. Y anteayer lo cambiaron por el entierro de no sé qué rabino —jadeó la chica—. ¡Trescientos mil hasidim por un rabino del que nadie ha oído hablar! Ya no hay quien viva en esta ciudad... cuando no son los atentados terroristas, o los entierros hasídicos, son las visitas de los políticos, con sus limusinas y sus escoltas de motoristas. Aunque sólo vayan a trasladarse del hotel Rey David a la residencia del

primer ministro en la calle Balfour, acordonan toda la maldita ciudad por su culpa. ¿A ellos qué más les da? No tienen prisa por llegar a ningún lado.

Sacudido por oleadas de escalofríos, Michael se oyó preguntar a la telefonista si ya habían avisado y enviado al lugar del crimen a los peritos del laboratorio de Criminalística. Oyó su propia voz calmosa y cargada de eficacia, era la voz a la que recurría automáticamente en todas las ocasiones de ese tipo. Y, sin embargo, le sonó extraña al formular aquella pregunta. Al aparcar junto a la entrada trasera del auditorio, volvió a conectar la radio para solicitar que le enviaran a Tzilla.

La joven médica de Magen David Adom se había quedado en pie junto al esquelético forense, cuya camisa de cuadros hacía resaltar la concavidad de su pecho y la delgadez de sus brazos pálidos y peludos. Mientras limpiaba sus gafas redondas con gran meticulosidad, el forense interrogó brevemente a la médica en su salmodiante tono, sin dejar de tararear en las pausas. Al oírlo hablar, se tenía la impresión de que el forense siempre estaba practicando un interminable recitativo. La médica respondió a sus preguntas con brusquedad y manifiesta irritación. Cuando la llamaron, ya era «demasiado tarde», dijo, y Michael percibió en aquellas palabras el rastro de un leve acento ruso.

–El cadáver estaba en esta misma postura, tirado como un trapo, rodeado de sangre y con las piernas dobladas, al pie del pilar de hormigón –explicó la médica. Había impedido que alguien lo tocara, aseguró, y sólo ella se le había acercado. Describió de nuevo, esta vez sin deje crítico ni protestón, el ataque de nervios de Nita, y dijo que la había mandado a tumbarse al «despacho del señor Van Gelden».

–¿Qué Van Gelden? –preguntó Michael.

–El otro, el que está vivo –respondió la médica sin pensarlo. Luego puso un gesto de vergüenza y espanto.

–¿Dónde está el despacho? –preguntó Michael al concertino, y éste señaló el recodo del pasillo.

El concertino echó a andar en esa dirección, volviendo la cabeza para comprobar que Michael lo seguía. Se detuvo a la puerta del despacho y dijo con una voz que pasó en un instante de la confusión al miedo declarado:

–¿No ha estado usted presente durante el ensayo de hoy?

Michael hizo un vago gesto de asentimiento, llamó a la puerta y la abrió sin esperar a que le respondieran. Nita estaba acurrucada de costado en un sofá pálido de un rincón. Bajo la manta de lana se perfilaban sus rodillas, dobladas sobre el vientre. Tenía los ojos cerrados y la cara demudada, cual máscara de cera. Michael corrió a su lado, se inclinó y le agarró la muñeca. Su pulso era débil, apagado. Todo estaba perdido, pensó en cuanto vio su rostro. Nunca se repondría de aquel golpe. Nunca más se le acercaría con la cara radiante para apoyar la rizosa cabeza sobre su hombro y frotar la mejilla contra su brazo. Sintió el fugaz deseo de cogerla en

brazos y salir huyendo. Se llamó al orden, molesto. Al menos estaba viva, se recordó.

Theo ocupaba una pequeña silla muy cerca del sofá. Cuando Michael abrió la puerta, se retiró las manos de la cara y volvió la cabeza.

—Ah, es usted —dijo, al parecer sobresaltado—. ¿Le han encargado que viniera? —preguntó en tono de alarma. Se repuso enseguida y se enjugó la cara con unos cuantos ademanes rápidos—. Tal vez es mejor así —masculló—. Precisamente porque usted sabe... no sé qué va a ser de ella, está... Está destrozada —dijo con voz trémula—. No sé qué vamos a hacer cuando se despierte. Me horroriza pensarlo.

—Tardará unas cuantas horas en despertarse.

—¿Quién podría haberlo imaginado? —susurró Theo—. En una sola semana, en menos de una semana, los dos de golpe. No sé ni qué decir.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Michael.

—Nita —repuso Theo con la voz conmovida, como si acabara de tomar conciencia de la escena a la que se había enfrentado su hermana—. Nita fue a buscarlo, lo estaban esperando. Yo seguía trabajando con la timpanista. Nita se marchó a buscarlo —aspiró hondo y expelió el aire—. Y lo encontró.

Michael guardaba silencio. Soltó la mano de Nita y tomó asiento al borde del sofá.

—Hará una hora... aproximadamente una hora desde que lo encontró. ¿Lo ha visto usted?

Michael asintió con la cabeza, gesto que pasó inadvertido a Theo, que había vuelto a cubrirse el rostro con las manos. Repitió la pregunta. Alzó la cabeza y se destapó el rostro, que había adquirido el tono amarillo grisáceo de la cera vieja, salvo en la zona de las ojeras, verde negruzcas, como las que tenía Nita cuando Michael la conoció.

—Lo he visto —dijo Michael—. Pero apenas sé nada todavía.

—¿Quién puede haber deseado hacer algo así? —dijo Theo en un murmullo cargado de pasión—. Y de esa manera... sangre por todos lados y todo lo demás.

Michael no dijo nada.

—No lo logro entender. ¿Es que pretendían decapitarlo o qué? ¿Quién puede haber querido cortarle la cabeza a Gabi?

—De momento, quédese aquí reflexionando sobre esa pregunta. Es crucial.

—Es increíble —masculló Theo entre las manos, en las que había sepultado el rostro de nuevo.

Michael se levantó y volvió junto a Nita. Ella no se movió. Su respiración era tan reposada que hubo de inclinarse sobre su cara para sentirla en la piel. Se incorporó.

—Volveré pronto —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

Los peritos del laboratorio se movían con cuidado por la escena del crimen, el forense caminaba pasillo arriba y pasillo abajo, y el concertino descansaba con la

espalda recostada en un armario metálico. Inquirió si se necesitaba su presencia, y, como nadie le respondió, permaneció donde estaba. Michael se dirigió a él.

–¿Dónde se ha metido todo el mundo? ¿Dónde están los músicos? –preguntó.

–Algunos ya se han ido a casa, se marcharon antes de que descubriéramos... antes de que supiéramos...

–¿Y los demás?

–Están en el vestíbulo –dijo el concertino a la vez que se masajeaba el cuello–. Les he dicho que no se fueran, y en cualquier caso habrían sido incapaces de irse. Quienes no han visto... a Gabriel –continuó, atragantándose–, han oído los chillidos de Nita. Ha sido espantoso, están conmocionados, nadie se habría atrevido a irse –concluyó.

Michael le pidió que volviera a decirles que permanecieran donde estaban. El concertino se balanceó y masculló que preferiría no tener que asumir esa responsabilidad.

–No sé cómo van a reaccionar, sería mejor que se lo dijera usted.

Michael le hizo una seña a Yaffa, una mujer del equipo del laboratorio. Ella se quedó contemplando la escena, luego a Michael, y al fin le dijo al concertino:

–Acompáñeme, yo se lo diré –y ambos salieron por el escenario.

Volvieron a oírse pasos pesados en dirección a la salida, que ahogaron el sonido de las leves pisadas de Tzilla, quien llegaba sin aliento y agitando las tintineantes llaves de su coche.

–Le he pedido a Eli que viniera conmigo –le susurró a Michael al llegar a su lado–. Al menos, estaremos todos juntos –Michael asintió y ella le confesó–: Me he llevado un susto tremendo. Al principio pensé que era ella –dijo, bajando aún más la voz–. Me tranquilicé al saber que era un hombre –como si hubiera reparado en lo absurdo de su afirmación, añadió avergonzada–: Quiero decir que si hubiera sido una mujer... Es igual, olvídale. ¿Qué está pasando por aquí?

Tzilla meneó la cabeza y, por primera vez, dirigió la vista hacia el cadáver de Gabriel, yacente junto al pilar de hormigón. El tintineo de las llaves del coche cesó. Tzilla las tenía apretadas en el puño. Luego abrió la mano y las llaves cayeron al suelo. Michael se agachó a recogerlas. Tzilla volvió la cabeza.

–¿Quién es? –preguntó a la vez que se llevaba la mano a la garganta y fijaba la vista en Michael.

–Gabriel van Gelden –repuso él. Un perito se arrodilló cerca del cadáver, recogió algo del suelo con unas pinzas y lo metió en una de las bolsas de plástico que llevaba en su maletín–. El menor de los hermanos de Nita –añadió Michael.

–Y yo soy el doctor Solomon –dijo el forense. Emitió un canturreo, enderezó los hombros y abombó el cóncavo pecho inhalando sonoramente. Siguió canturreando mientras revolvía su maletín y extraía un termómetro, una cámara de fotos, una lupa y un par de guantes, objetos que fue depositando en fila a sus pies–. No vaya a

desmayársenos –le dijo a Tzilla a la vez que se arrodillaba junto a unas gotas de sangre derramadas fuera del gran charco, no muy lejos del cuello prácticamente desgajado de Gabriel. Se calzó los guantes y, armado con la lupa, se acercó mucho a una de las gotas de sangre, la alumbró con una linterna, tarareó para sí y luego dijo con voz apagada:

–¿Pueden darme un poco más de luz?

Uno de los peritos del laboratorio encendió un foco portátil, lo colocó junto a la pared y lo dirigió hacia el cadáver.

Yaffa regresó al pasillo por la entrada lateral, seguida del concertino, que caminaba con la cabeza gacha.

–Avigdor –le dijo Yaffa al concertino–, haga el favor de quedarse aquí un momento –y señaló un rincón junto al armario metálico–. Ya se lo hemos dicho –informó luego a Michael–. Te esperarán en el vestíbulo.

El otro perito se colocó junto al forense, cámara fotográfica en mano. Sacó un par de primeros planos del cadáver y de las gotas de sangre. Luego fotografió los alrededores del cadáver, enfocando a veces una sola baldosa; al fin, dejó la cámara, empuñó el grueso rotulador que llevaba en el bolsillo de la camisa y quedó a la espera, junto al cadáver.

–¿Qué tenemos aquí? –salmodió el forense. Examinó con la lupa las gotitas distanciadas del charco de sangre–. Aquí tenemos una gota de forma irregular, venga a verla –dijo haciéndole una seña a Michael, quien se puso de rodillas y observó la gota a través de la lupa–. ¿Ve estas gotas? –preguntó Solomon–. ¿Ve que no son redondas, que tienen los contornos desdibujados, dentados? –Michael asintió con un gesto y Yaffa fotografió las gotas en silencio–. De manera que ya podemos afirmar –resumió el doctor Solomon– que cayeron al suelo desde cierta altura. O, lo que es lo mismo, que inicialmente la víctima estaba de pie. Esta sangre se derramó mientras estaba de pie.

El semblante de Tzilla, que se arrodilló junto a Michael para observar el cuello de Gabriel, estaba muy pálido, y su labio inferior había desaparecido entre sus dientes.

–¿Ve que la herida da casi por completo la vuelta al cuello? –preguntó el forense, y la examinó a través de la lupa–. Bueno, de eso hablaremos enseguida –dijo, y siguió canturreando–. Ahora vamos a la temperatura, pero antes de moverlo tendremos que sacarle unas fotos –anunció mientras lo enfocaba con su cámara. Durante un instante tan sólo se oyó el clic-clic de las cámaras. Luego el forense dejó sitio al perito, quien trazó una línea blanca alrededor del cadáver, contorneándolo a gatas. Yaffa empezó de nuevo a sacar fotos. Daba la impresión de que las sacaba con los ojos cerrados para evitar la visión de la garganta cortada.

El forense tocó ambos lados del cuerpo, sujetando el termómetro con la otra mano.

–Primero la temperatura superficial –salmodió–. Y ahora aquí –dijo al cabo de un rato, poniendo al hombre muerto de costado. Con movimientos rápidos y precisos, le desabotonó parte de la ropa–. ¡Eso es! ¡Aquí lo vemos! –exclamó tras examinar el termómetro y levantar la vista hacia el pilar de hormigón junto al que yacía Gabriel. Frotó el pilar con la mano y observó su guante atentamente–. ¿Lo ve? –le dijo a Michael–. Mire, el enlucido se desprende del pilar. Eso es lo que tiene en la camisa, ¿ve estas manchas? –Michael siguió con la vista el dedo del forense–. Si hubiera llevado una camisa clara, sólo podríamos haberlas visto en el laboratorio, pero dado que es oscura, ya las podemos ver ahora. El blanco adherido a la camisa procede del pilar. Disculpenme por entrar en detalles técnicos, pero estas manchas blancas me interesan por lo que revelan de la postura.

–¿Qué revelan? –preguntó Tzilla.

–Revelan –canturreó el forense–, que además de estar de pie, estaba recostado contra el pilar, así –dobló la cabeza hacia atrás, como apoyándola en el pilar–. Tal vez, no lo puedo afirmar con seguridad, pero tal vez alguien se le acercó por detrás y ¡zas! –el doctor Solomon hizo sobre su propio cuello un ademán de cortar y volvió a arrodillarse junto al cadáver, termómetro en mano. Tras un rato de absoluto silencio, durante el que los peritos recorrieron el pasillo palpando, fotografiando, señalando y arrodillándose, el doctor Solomon anunció–: Entre una y dos horas.

–¿Dónde está Nita? –preguntó Tzilla, y el concertino salió de su rincón para decírselo.

Tzilla se quedó horrorizada.

–O sea, que lo descubrió ella. ¿Así?

–Sí –repuso el concertino, y se acercó a ellos agachando humildemente la cabeza, la calva reluciendo entre las franjas de pelo rizado de ambos lados del cráneo.

–¿Cuándo?

–Sobre las tres, digamos a las tres y cuarto. No lo sé con certeza, pero fue después de que termináramos, y los únicos que se quedaron fueron quienes tenían que hablar con Gabriel sobre su grupo barroco. Gabriel estaba llevando a cabo una revolución, grandes cambios –trató de explicar, y quedó en silencio–. No dábamos con él –luego añadió, casi con sorpresa–: Desapareció de pronto, se evaporó de golpe, y ahora... –se le ahogó la voz y sepultó el rostro en las manos, luego las retiró y meneó la cabeza–. Es inverosímil –masculó entrecortadamente–. Es tan... tan... absurdo –enderezó los hombros, se quitó las gafas, y en un arranque de pragmatismo expansivo comenzó a exponer la cuestión horaria–: Terminamos el ensayo sobre las dos y media, dos y cuarto. Gabriel seguía con nosotros, es decir, que estaba allí un minuto antes de que..., y ahora... –titubeó y consultó el reloj.

–Ahora son las cuatro y cuarenta y siete –salmodió el forense–, así que tenemos las coordenadas temporales y una bajada de un grado en la temperatura, y

calculando que la temperatura descende un grado por hora... en fin, no se puede afirmar nada con certeza –advirtió al perito a la vez que se arrodillaba junto al cadáver–, me limito a recordarle que la temperatura baja a razón de un grado por hora. Así que podríamos hablar de unas dos horas o de hora y media. Lo que significa que la muerte se produjo entre las dos y media y las tres –le explicó a Michael–. Pero voy a examinar el rigor para combinar todos los datos posibles.

Examinó la cara de Gabriel, le palpó las mandíbulas e introdujo en su boca los dedos enfundados en unos guantes amarillos de plástico.

–Tal como pensaba, la lengua no está inflamada –señaló con satisfacción–. Recuérdenme que tome nota de esto y que la fotografíe. Podría ser importante. La mandíbula todavía se abre, con dificultad, pero se abre. Ya sabe lo que eso significa –dijo posando sus ojos pálidos en Tzilla con una mirada expectante.

Tzilla asintió cual alumna diligente y declamó:

–Si los músculos de la mandíbula están rígidos, han pasado tres horas desde la muerte. Si no se pueden mover las manos, seis horas. La rigidez en las piernas indica que lleva ocho horas muerto.

–Si hace un tiempo como el de hoy –la corrigió el forense–. Sólo cuando hace un tiempo otoñal como hoy.

–Así que aún no se ha asentado el rigor mortis –dijo Michael.

–Está a punto de empezar –aseguró el forense–. Enseguida. Ahora examinemos el livor mortis –volvió a poner el cadáver de costado y levantó la camisa–. Ven, tenía livideces en la espalda y, al darle la vuelta, se han deslizado hacia aquí. Si se oprime una lividez –dijo apretando una mancha azul violácea–, la presión empuja la sangre hacia los lados.

–¿Ya? ¿Aunque sólo haya transcurrido una hora? –exclamó Michael.

–Hay que tener en cuenta la edad. ¿Cuántos años tenía?

–Cuarenta y siete, más o menos, si no lo recuerdo mal.

–Pues bien, a esa edad ya se padece de insuficiencia venosa –murmuró el forense–. El cambio de color se produce al cabo de una hora, como lo demuestran estas livideces.

–¡Menudo color! –murmuró Tzilla. Bajo la deslumbrante luz blanca, el azul violáceo de las manchas relucía.

–Es lo que sucede cuando disminuye el oxígeno en la sangre –canturreó el forense–. Sin duda habrá visto cosas así antes.

–Pero nunca te acostumbras –dijo Tzilla suspirando, y se pasó los dedos por el corto cabello.

–Qué va –comentó el forense despectivo–, cuando no hay más remedio, uno se acostumbra a todo. Los seres humanos tienen una capacidad de adaptación increíble –tarareó y apretó una lividez de gran tamaño, que se desplazó hacia un lado–. Miren, al apretar se vuelve blanca, ¿lo ven?, lo que corrobora –cantó– que la

muerte ha tenido lugar hace menos de ocho horas, porque... –señaló con un dedo enguantado a Tzilla, quien obedientemente dijo:

–Al cabo de ocho horas los vasos sanguíneos se ocluyen y las livideces no se desplazan.

–Eso es –ratificó el forense, y reanudó la inspección del cuello con la lupa–. No quiero tocar esto con el metro –salmodió–. No se debe estropear un tajo circular tan limpio –dejó la lupa y, empuñando la cámara de fotos, la acercó hasta unos centímetros del tajo y disparó varias veces, sin que cesara su canturreo–. Vamos a sacar unos cuantos primeros planos que se vean bien –y volvió a coger la lupa. Michael se arrodilló a su lado a la vez que Tzilla daba un paso atrás y volvía la cabeza hacia otro lado–. Hay que observarlo desde un punto de vista científico –advirtió el forense–, ya no es una persona, es un caso. Repítaselo hasta quedar convencida –Tzilla no se movió y siguió eludiendo la visión del cadáver.

–¡Mire esta señal! –exclamó Solomon poniendo el dedo sobre el cuello del cadáver–. ¿La ve? ¿Esto que parece un mordisco? No tiene relación alguna con el caso, pero puede revelarnos alguna información.

–¿Qué es? –preguntó Michael, y retiró la mirada del dedo posado sobre la señal marrón.

–Llame a ese hombre. ¿Cómo se llama? ¿Avigdor?

Avigdor se plantó ante Solomon con gesto asustado.

–Él tiene la misma señal –dijo el forense satisfecho–. ¿Toca usted el violín? –Avigdor asintió con la cabeza.

–Es el concertino –dijo Michael.

–¡Ya lo ven! –exclamó Solomon encantado–. Es una inflamación que presentan muchos violinistas y violistas. La pieza de plástico, creo que es de plástico, tengo que comprobarlo, esa pieza de los violines les deja esta marca bajo la barbilla, tal como vemos en el caballero. ¿Era violinista? –preguntó señalando el cadáver. Michael hizo un gesto afirmativo–. Estoy seguro de que encontraremos otra señal aquí debajo –dijo el forense a la vez que levantaba la barba del muerto. Luego se inclinó sobre la señal, lupa en mano, y la examinó. Fue moviendo la mano lentamente de la barbilla al cuello–. ¿Lo ve? –dijo, pasándole la lupa a Michael–, el corte recorre casi toda la circunferencia del cuello. ¿Ve que apenas hay diferencias entre el lado derecho y el izquierdo?

Durante un instante en que Michael desvió la vista de la lupa, sus ojos, desprotegidos, fueron a posarse fugazmente en los ojos de Gabriel van Gelden, que seguían abiertos. La expresión de horror que vio en ellos y el recuerdo de la sonrisa tímida del muerto dejaron a Michael paralizado. Siguió mirando por la lupa, pero no veía nada ni lograba pensar, así que emitió un gruñido ambiguo y le devolvió la lupa al forense, quien dijo con satisfacción:

–De esto podemos deducir varias cosas. La primera es que no le pegaron el tajo

con un cuchillo.

–¿No fue con un cuchillo? –repitió Michael. Cuando miraba el cadáver omitiendo la cara, del cuello para abajo, le resultaba más fácil.

–Con toda certeza, no. Un cuchillo no produce un corte regular. Y tampoco habría causado un corte en circunferencia, como éste. Además hay otro factor, el número dos: no se observan señales de indecisión. Al menos, yo no las veo.

–¿Qué son señales de indecisión? –preguntó Tzilla débilmente.

–Las que indicarían que había sido un suicidio –repuso Michael.

–Mire esto –le dijo el forense a Tzilla, sin fijarse en que ella se cuidaba mucho de mirar hacia otro lado mientras él proseguía–: ¿Lo ve?, la piel no presenta heridas pequeñas, indicativas de un intento de comprobar la profundidad a la que se podía llegar. Quien se va a suicidar, primero prueba el arma, el cuchillo, la cuerda o lo que sea. Y por eso se ven pequeñas heridas además de la grande. Ésa no es la situación que tenemos aquí. No hay señales de indecisión, sólo un tajo limpio –dictaminó mientras alumbraba el cuello con una linterna. Luego se puso a tararear.

–¿Qué ha sido entonces? –inquirió Michael.

–Un alambre fino. O, tal vez, una cuerda de plástico. Un sedal de pesca, digamos. Si es muy fino, puede cortar la cabeza de cuajo, pasando entre dos vértebras.

–¿Un alambre?

–Siempre que sea lo bastante afilado. Y que se ejerza la fuerza suficiente. Si se tira desde atrás, pongamos por caso, enganchado a las manos del asesino, o algo por el estilo. Si se ejerce presión contraria desde atrás, el alambre puede pasar exactamente entre dos vértebras y seccionar el cuello como en este caso. En teoría, la muerte podría haberse producido por anoxia, es decir, por falta de oxigenación del cerebro. Cuando se ejerce una fuerte presión súbita sobre el cuello, el proceso no dura más de un minuto. Las arterias se cierran antes que la tráquea, que es menos compresible y tiene mayor diámetro. Un objeto más grueso, como un cable, puede provocar una estrangulación y también falta de riego cerebral. Pero no estoy seguro de que en este caso haya habido suficiente tiempo para que ocurriera eso. La garganta es una zona muy sensible –explicó, y dejó la linterna junto al cadáver–. Estoy convencido de que no dio tiempo a que muriera estrangulado, pero, en todo caso, habrá que examinar todas las posibilidades.

El haz de luz de la linterna alumbró directamente la abertura de la garganta. Michael desvió la vista.

–Si hubiera muerto estrangulado, tendría los ojos desorbitados, capilares rotos en los ojos, edema, la cara azulada, la lengua inflamada, etcétera –argumentó Solomon ante un oponente invisible–. Pero este corte profundo demuestra que no hubo compresión. La causa de la muerte por estrangulación es el bloqueo de los grandes vasos sanguíneos que van al cerebro, y no es eso lo que ha sucedido aquí –añadió

en tono combativo, como si alguien le hubiera exigido una prueba—. Esto es un corte en circunferencia. El corte se inició por delante y penetró profundamente a través del cartílago. Las resistencias, es decir, la parte delantera del cuello y la parte trasera de la cabeza sujeta por el pilar, explican la velocidad y la profundidad del tajo.

—Quizá el yeso de la camisa no está relacionado con la muerte. Quizá se le pegó ahí antes. Por la mañana, digamos —dijo Michael. Percibió un temblor en su voz. Cada segundo que se demoraba allí podía ser el segundo en que Nita se despertase. ¿Cómo podía haberla dejado sola? Pero si Theo estaba con ella, se dijo para tranquilizarse. No estaba sola. No se despertaría tan pronto, pensó. Las piernas le pesaban. Pero debía escuchar cuanto tuviera que decir el forense.

—Quizá —dijo Solomon con escepticismo—. El laboratorio nos lo podrá confirmar. Pero no tiene tanta importancia. Es evidente que estaba de pie, por la cuestión de las gotas de sangre que ya les he explicado.

—Recuerdo —dijo Michael, todavía sin dominar el temblor de su voz— que una vez me hablaron de la muerte motivada por un reflejo vagal, la compresión del cuello produce una caída repentina de la tensión arterial y la muerte instantánea, previa a la pérdida de sangre.

El doctor Solomon soltó una risotada.

—Tanto especular no vale de nada —dijo con aire de superioridad—. Si te cortan la tráquea y las arterias, te mueres... con o sin caída de la tensión arterial.

—Entonces, ¿qué dice usted? Que estaba recostado en el pilar y alguien se le acercó por detrás, con un alambre fino...

—O una cuerda de plástico, siempre que fuera muy fina y resistente —interpuso Solomon.

—¿Y le pasó la cuerda por el cuello desde atrás y tiró? ¿Así? —Michael se colocó tras el pilar, lo rodeó con los brazos y tiró de los extremos de una cuerda imaginaria.

—Sí, más o menos —convino Solomon—. Recuerde que aún no lo he examinado todo y que esto no es un laboratorio. Pero así lo veo yo. La víctima estaba de pie, apoyada en el pilar, con la garganta expuesta, y después... ¡Un momento! —exclamó con súbita animación, la vista clavada en la palma de la mano derecha de Gabriel—. ¡Mire esto! —gritó triunfante, y se precipitó a examinarla con la lupa—. ¿Lo ve, ve este rasguño?

Michael se arrodilló junto al cadáver. Observó a través de la lupa los rasguños que había entre el pulgar y el índice derechos del muerto. Le conmovió pensar que aquella mano sujetaba hacía poco el arco de un violín. El forense examinó la mano izquierda.

—Aquí son menos pronunciados —murmuró.

—¿Se resistió? —preguntó Tzilla.

–Apenas tuvo ocasión. Pero ya ven qué fina era la cuerda. La agarró con ambas manos, instintivamente, para soltarse, pero no le valió de nada, claro. Es un dato importante porque viene a confirmar nuestra hipótesis sobre el método.

–¿Un alambre? ¿Una cuerda de nailon? –especuló Michael, rechazando la imagen mental del rostro distorsionado, las manos debatiéndose–. Imagino que no ha dejado huellas en la garganta.

–¿Cómo iba a dejarlas? –dijo desdeñosamente a su espalda el perito del laboratorio–. Un corte regular, con una cuerda lisa. Pero si encontramos la cuerda, sí que descubriremos huellas del cuello. El problema es que no la hemos encontrado –dirigió la vista hacia Yaffa, que, hincada de rodillas, recorría las baldosas una a una.

–¡Necesitamos más gente! –ordenó Michael–. Al menos dos personas.

Yaffa miró al perito y éste asintió con la cabeza y se marchó en dirección al escenario.

–Aunque la encontremos, estará limpia, ¿no? –señaló Tzilla–. Quien lo haya asesinado la habrá limpiado.

–¡Pueden pasarse el día limpiándola! –dijo el perito–. Hay cosas que nunca desaparecen. Y tal vez tengamos la suerte de encontrar los guantes, porque tuvo que ponerse guantes para no cortarse. Habrá que mirarles bien las manos a todos para ver si tienen cortes. ¿Dónde puede haber escondido los guantes, si sigue aquí?

El perito no era mucho mayor que Yuval, reflexionó Michael mientras repetía «si sigue aquí». Pero ya se había licenciado en Química y poseía sólidos conocimientos en su área.

–Conoce a nuestro forense Kestenbaum, ¿verdad? –intervino Solomon. Michael sonrió y asintió con la cabeza–. ¿Sabe qué le gusta decir? «Todo contacto deja huella.» Y siempre lo dice en inglés –dijo Solomon burlón–. En inglés húngaro. Así que guardaremos muestras de la piel del cuello y más adelante examinaremos el arma al microscopio para ver si coinciden. Si ustedes encuentran el arma, ya me encargaré yo de descubrir algo. O ellos –añadió mirando al perito del laboratorio. Volvió a coger el termómetro y agregó con tristeza–: No creo que descubramos partículas de metal en el cuello. Parece que el alambre era muy liso.

Michael dejó al forense y a los peritos del laboratorio en la escena del crimen, atravesó el escenario y echó a andar pasillo adelante hacia las grandes puertas de madera que conducían al vestíbulo. Abrió las pesadas puertas de un empujón y vio al nutrido grupo de personas que lo esperaba. Tzilla lo siguió e hizo una señal al concertino, que echó a andar tras ellos muy despacio. Ya fuera de la sala, mientras dejaba que las puertas se cerrasen lentamente tras de sí y observaba al grupo que lo aguardaba, Michael comprendió de pronto el significado de lo que había visto. Tuvo la fugaz visión de Nita agachándose sobre la funda abierta del chelo,

arrodillándose y sacando de un compartimento un sobre fino y semitransparente, un sobre igual que el que acababa de ver en la funda abierta de un violín.

Abrió las puertas de nuevo, entró corriendo en la sala y se detuvo junto a la funda de violín abierta sobre una butaca de la primera fila. Tzilla se quedó sujetando la puerta, sin saber a qué lado de ella situarse. Avigdor, el concertino, continuaba en la sala, parado junto a la primera fila, como si la distancia que lo separaba de las puertas fuese excesiva para él. Al ver que Michael regresaba a la carrera y se detenía junto a la funda de su violín, retrocedió asustado, y luego se aproximó a él, vacilante.

–Es mi violín –dijo con manifiesta aprensión–. No debería haberlo dejado así. Es un instrumento muy valioso, pero al... –su voz se apagó, pero el ademán que hizo en dirección al fondo del escenario fue suficientemente expresivo.

Michael tomó asiento junto a la funda, la cogió y se la puso en las rodillas. Contempló las fotografías pegadas en el fieltro rojo que forraba el interior de la tapa, una pareja joven y un bebé. Luego pasó delicadamente un dedo sobre cada una de las cuerdas, tocó el paño que reposaba doblado bajo el instrumento rojizo y reluciente, y palpó el trozo de resina envuelto en un papel y guardado en un compartimento. A continuación sacó el sobre fino y semitransparente y extrajo con cuidado las cuerdas enrolladas. «Cuatro», murmuró a la vez que las iba tocando con las yemas de los dedos. Avigdor se retorció las manos a su lado.

–Siempre tengo cuatro –dijo con voz trémula–, por si se rompen. Nunca se sabe... siempre estoy preparado...

–Y ésta es la más fina –dijo Michael, y desenrolló una de las cuerdas.

–Es la cuerda mi –dijo Avigdor, como disculpándose porque se llamara así–. Es la más aguda, por eso es la más fina.

–¡Doctor Solomon! –gritó Michael a pleno pulmón, y Solomon salió apresuradamente de detrás del escenario y corrió hasta el borde del mismo, donde se detuvo bajo la mortecina iluminación–. ¿Podría haber...? –empezó a preguntar Michael, pero se interrumpió. Miró a Avigdor, miró la cuerda y subió al escenario–. ¿Podría haber sido una cuerda de violín? –susurró acercándose mucho a Solomon a la vez que estiraba la cuerda mi.

Solomon palpó la cuerda con las manos enguantadas, luego se quitó el guante derecho y volvió a tocarla. Asintió con la cabeza y canturreó:

–Podría ser, ¿por qué no? –tras una pausa, añadió–: Si es suficientemente larga. Habrá que medirla... para que se pueda enroscar en ambas manos, se necesitan unos setenta u ochenta centímetros de longitud –agregó en voz alta.

–Shhh, baje la voz –le advirtió Michael.

Solomon lo miró desconcertado.

–Quiero mantenerlo en secreto. Como el caso de las tiras del sujetador. ¿Lo recuerda? ¿Recuerda que no dijimos cómo habían estrangulado a la mujer?

Solomon asintió con un gesto.

–Dijo usted que era mejor para pasarlos por el detector de mentiras.

–Cuanto menos sepan ellos, más sabremos nosotros –sentenció Michael, y añadió con menor seguridad–: Tal vez.

Echó una ojeada a la sala en penumbra, donde Avigdor se había desplomado en la butaca de al lado del violín. Tzilla seguía de pie al final del pasillo.

–¡Shimshon! –llamó Michael–. ¡Venga ahora mismo!

El joven perito se precipitó hacia ellos como si hubiera estado esperando aquella llamada.

–Podría ser –salmodió el doctor Solomon mientras manoseaba la cuerda–. Desde luego que sí, aunque tal vez se queda un poco corta.

–¿Tiene que ser precisamente de un violín? –preguntó Michael.

El doctor Solomon frunció el ceño, pensativo.

–No, también tendré que echar un vistazo a las cuerdas de viola –dijo sin canturrear en absoluto–. Antes hacían las cuerdas de tripas de gato –comentó riéndose–. ¿Hay por aquí una viola? También necesitamos un chelo, y quizá un contrabajo. Tenemos que verificar la longitud y el grosor de las cuerdas.

–Los músicos están ahí fuera con sus instrumentos –le recordó Shimshon.

–Traeré a alguno que tenga una viola –se ofreció Tzilla, que entretanto también había subido al escenario.

–No quiero que se enteren de lo que andamos buscando –dijo Michael–. A partir de ahora, máximo sigilo.

–Entonces, ¿cómo vamos a verificarlo? –preguntó Shimshon–. ¿Cómo lo descubriremos?

–Tenemos que idear algo. Preguntarlo indirectamente. Y habrá que fijarse en sus manos.

–Nada nos impide empezar por los violistas –dijo Tzilla–. La mayoría de los instrumentistas de cuerda siguen aquí. Algunos iban a trabajar con él –señaló el fondo del escenario y se estremeció–. Voy a traer a alguno mientras vosotros pensáis cómo preguntárselo.

–Traiga también a un chelista –le dijo el doctor Solomon cuando Tzilla empujaba las pesadas puertas.

–Voy a desmayarme –dijo débilmente Avigdor desde la sala en penumbra–. Estoy mareado.

–Enseguida le traemos un poco de agua –prometió Michael, y bajó del escenario–. Quédese quieto y respire profundamente –le indicó a la vez que se sentaba a su lado–. Estire las piernas e inspire hondo –luego preguntó con desenfado–: ¿Dónde se encontraba usted mientras Gabriel van Gelden estaba entre bastidores?

Avigdor se atragantó y pasó un buen rato tosiendo hasta que al fin consiguió

decir:

–Yo... yo... –Michael aguardaba–. Después del ensayo, cuando él se retiró del escenario, supuse que nos íbamos a tomar un descanso. Hasta que volviera para hablarnos. Así que salí a la calle, a tomar el aire. Y a comer algo. Hay un quiosco que vende sándwiches. Esta mañana ni tuve tiempo de desayunar.

Michael manoseaba la funda del violín.

–¿Están aquí todas sus cuerdas de repuesto? –preguntó.

Avigdor asintió con la cabeza. Su respiración era un jadeo superficial, las manos le temblaban.

–Siempre llevo cuatro cuerdas de repuesto –explicó–. Más vale prevenir.

El doctor Solomon se acercó desde el escenario.

–Permítame –dijo; cogió las cuatro cuerdas y las palpó cuidadosamente, una a una. Luego le hizo una seña a Michael y echó a andar hacia las escaleras laterales de la sala–. Podría ser –le dijo a Michael cuando éste se le aproximó–, y las cuerdas más gruesas del violín también servirían –echó una ojeada a Avigdor y éste alzó la vista, la cabeza le temblaba–. Voy a hacerle un par de preguntas –dijo Solomon, y se alejó.

Michael no alcanzó a oír las preguntas, pero sí la respuesta de Avigdor:

–Ésta es la cuerda la, y ésta la re –masculló.

–¿Y ésta? –inquirió el doctor Solomon a la vez que le mostraba la cuerda de mayor grosor.

–Ésa es la sol –explicó Avigdor con un hilo de voz trémula–. Pero... pero ¿no pensará que...? –preguntó inquieto–. ¡Es imposible! –exclamó, y Michael vio la imagen del cuello cercenado de Gabriel van Gelden en los ojos de Avigdor, que parpadeaba frenéticamente.

–De momento no le comente nada a nadie, por favor –le advirtió.

Avigdor se atragantó, tragó saliva, meneó la cabeza y se retorció las manos.

–¿La viola tiene también cuatro cuerdas? –preguntó Solomon.

Avigdor asintió con la cabeza y dijo:

–Sí, pero son una quinta, o sea, cinco notas, más graves.

–Así que son más gruesas que las cuerdas de violín –aclaró Solomon.

Las puertas de madera se abrieron lentamente una vez más dando paso a Tzilla. La seguían Yaffa, del laboratorio, y otras dos mujeres. Una de ellas, delgada y con el pelo muy corto, cargaba con la funda de una viola, y la otra, más joven, casi una niña, con una larga trenza bamboleante sobre el pecho, traía consigo un chelo.

Tzilla cogió a Michael del brazo y se lo llevó aparte:

–Estas dos no han salido a la calle durante el descanso ni después del ensayo –le dijo–. La del pelo corto dice que estuvo esperando con la chelista para tratar de convencer a Gabriel van Gelden de que al menos la contratara como suplente. Es alumna de su madre o algo por el estilo. En fin, creo que están libres de sospecha...

Les he dicho que estábamos haciendo un registro. Ninguna de las dos ha llegado a ver el cadáver. Piensan que andamos buscando un cuchillo.

La violista abrió la funda y sacó su instrumento a petición de Michael, quien lo colocó junto al violín de Avigdor; el tono de la viola se apagaba hasta el ocre en contraste con el reluciente marrón rojizo del violín. Como si buscara algo, Michael sacó de la funda el paño y lo extendió, desenvolvió la resina y manoseó el sobre semitransparente.

–Y esto ¿qué es? –preguntó.

La violista extrajo una cuerda enroscada e inspeccionó el sobre para cerciorarse de que no guardaba ninguna más.

–Sólo un cuerda –dijo en tono de disculpa–. La sol.

–¿Es la más gruesa? –preguntó Solomon mientras manoseaba la cuerda.

–No, es la sol –dijo la instrumentista, sorprendida por la pregunta–. La más gruesa es la do.

–¿Cuántas tenía esta mañana? –quiso saber Michael.

–Una –confesó–. Mi intención era... me olvidé... en casa tengo más –aseguró.

–¿Tenía la cuerda do o sol en su funda esta mañana? –preguntó Michael.

–Es la cuerda sol –replicó ella sin comprender nada–. De hecho, debería haber tenido una la de repuesto, porque en el último ensayo fue ésa la que se me rompió, pero...

Michael tocó la cuerda sol de repuesto y luego se volvió hacia el instrumento y palpó la cuerda la firmemente tensada. Le tendió la viola a Solomon, quien susurró tras examinarla:

–Sí, sin lugar a dudas –luego desenroscó la cuerda sol al máximo, frunció los labios titubeante y añadió–: Pero la longitud... no sabría decirlo, se necesita al menos un metro de longitud para rodear el pilar y enroscarse los extremos en las manos.

A continuación hablaron con la chelista, quien abrió el estuche de su instrumento, se arrodilló junto a él y extrajo el chelo cuidadosamente. Retiró el paño y las partituras de la funda y sacó las cuerdas de repuesto de un sobre sin que mediara petición alguna. Michael se arrodilló a su lado. Solomon tomó asiento en una butaca vecina y se frotó las rodillas.

La chelista tenía tres cuerdas de repuesto. A la vez que mascaba la punta de su trenza, asintió con la cabeza confirmando que eran las tres únicas cuerdas que tenía desde por la mañana.

Pidieron a las dos mujeres que aguardaran fuera.

–Pueden dejar aquí sus instrumentos. Los llamaremos dentro de un momento –dijo Tzilla, y se llevó a Avigdor hacia las puertas–. Usted espere aquí también. Vamos, siéntese en esta butaca –la oyeron decirle con dulzura.

–No tiene ni medio milímetro de diámetro –dijo Shimshon, con la cuerda re del

chelo en las manos.

–Con plena certeza, menos de medio milímetro –ratificó Solomon–. Es finísima... una cuerda así habría sido perfecta, y además... Un momento, voy a medirla –se sacó una cinta métrica del bolsillo, estiró la cuerda a sus pies, y anunció tras medirla–: Un metro exacto.

–En definitiva –reflexionó Michael en voz alta–, ¿habría valido una cuerda de cualquiera de estos instrumentos?

–Las finas sí, sin duda –dijo Solomon, y se puso a canturrear–. Quedan incluidas, por tanto, las cuerdas la de violines, violas y chelos. Pero no estoy seguro de que la longitud de las de violín sea correcta. Nunca se sabe de qué te puede valer lo que has aprendido. Ahora, de pronto, estoy sacando partido de las clases de violín que tanto me amargaban de pequeño.

Michael asintió con un gesto, y estaba a punto de decir algo cuando se abrieron las puertas de madera y entraron dos hombres y dos mujeres. Yaffa los saludó con la mano y los llamó por señas. Michael sólo conocía al hombre bajito y calvo, pero identificó a todos como peritos del laboratorio.

–Nos han llamado –le dijo el calvo a Shimshon–, y aquí estamos.

–Comenzad con los instrumentistas de cuerda –le dijo Michael a Tzilla, y luego explicó a los peritos, arracimados a espaldas de Shimshon–: ¿Por qué habríamos de buscar un sedal de pesca en un auditorio? ¿Acaso se viene aquí a pescar? Podemos partir del supuesto de que lo que pretendemos encontrar es una cuerda de violín de determinado tamaño.

–¿De verdad cree que las cosas son tan sencillas? –preguntó Shimshon con acritud–. ¿Que a orillas de un río hay que buscar un sedal y en un auditorio, una cuerda de violín?

Michael se encogió de hombros.

–A veces es así de fácil. Solomon dice que ha sido un alambre o una cuerda de plástico finos, y aquí tenemos una cuerda muy fina.

–Las cuerdas se desgarran –objetó Shimshon.

–No sé yo –interrumpió el calvo–. Antes las cuerdas de violín se hacían con intestinos de cordero, pero ahora son de metal revestido de plástico.

–No se desgarran, se rompen, debido a la fatiga de los materiales –interpuso Michael, pensando de nuevo en la cuerda que se le había roto a Nita en casa y recordando la sorpresa que le produjo el imprevisto chasquido de la cuerda, que quedó colgando sobre el puente del chelo. Le maravillaron los movimientos precisos y eficaces con que Nita sustituyó la cuerda tranquila y rápidamente. Él se le acercó, con la nena en brazos, y observó cómo desenroscaba la clavija de madera con la mano derecha y extraía el extremo de la cuerda rota, y no le pasó inadvertido el cuidado con que enhebraba la cuerda de repuesto en el cordal y luego la tendía sobre el puente y el mango hasta el clavijero. A continuación,

enroscó la cuerda en la clavija y la tensó, después la pulsó con el oído atento, pulsó otras cuerdas y, de pronto, al sorprenderlo mirándola fijamente a las manos, alzó la vista y sonrió divertida, como si Michael fuera un niño hechizado por las manos de un mago.

—¿Qué pasa? —le preguntó riéndose.

Él se encogió de hombros y dijo:

—Nada, es que nunca había visto hacer esto. Lo que me gustaría saber es... ¿por qué se rompen?

—Se rompen sin más —repuso Nita alegremente—. Igual que el estante de la cocina que se cayó el otro día. Te pregunté por qué se había caído sin que nadie lo tocara, y sin que hubiese nadie en la cocina o hubiéramos puesto en él algo más de lo habitual o algo más pesado, y tú me dijiste: «¡Es la fatiga de los materiales!». Pues, por lo visto, eso también se aplica a las cuerdas de un chelo.

—¿No tiene nada que ver con la manera en que estabas tocando? —inquirió Michael cauteloso—. La habías pulsado con mucha fuerza.

El rostro de Nita se nubló.

—Es un pasaje difícil —se defendió—. Me gustaría verte a ti tratando de tocar un pizzicato fuerte. Mira, aquí dice fortissimo —dijo señalando el atril con la cabeza—. Compruébalo tú mismo.

—Nita —dijo entonces Michael—. Déjalo ya, sé que estás trabajando, sólo pretendía comprenderlo. ¿Por qué reaccionas como si yo fuera un crítico musical? Ya sabes que soy un perfecto ignorante en este terreno.

—He pasado tantísimo tiempo sin tocar... Y ni siquiera antes me sentía especialmente buena... La falta de seguridad es algo natural en mí —dijo Nita avergonzada. Luego respiró hondo y prosiguió en un tono claro y razonable—: No tiene nada que ver con la manera de tocar. Si quieres saber por qué pienso que se rompen las cuerdas, sólo puedo darte una razón. Aunque dicen que las diferencias de temperatura pueden romperlas, en mi opinión sólo se debe a la fatiga de los materiales.

—¿Todo el mundo sabe sustituirlas así? —preguntó Michael.

Nita se echó a reír.

—Pues claro, a toda prisa, como se cambia la rueda de un coche de carreras. ¿Crees acaso que no pasa a veces en medio de un concierto?

—Paganini... —dijo Michael a la vez que le acudía un recuerdo a la mente, y a punto estuvo de mencionar a Becky Pomeranz, pero al final se limitó a decir—: Una vez me contaron, cuando era un chaval, que a Paganini se le rompieron todas las cuerdas durante un concierto...

—Todas no —lo corrigió Nita—, sólo tres. Según la leyenda, se quedó con una sola cuerda e interpretó con ella el resto del concierto, y también cuenta la leyenda que hizo que se rompieran a propósito para demostrar su virtuosismo... —inclinó la

cabeza, pegándola al chelo, pulsó las cuerdas una tras otra y preguntó: Y bien, ¿es una quinta? ¿Tú qué opinas? No del todo, ¿verdad? – aflojó la clavija y volvió a tensar la nueva cuerda, la pulsó, quedó a la escucha, cabeceó, y, al fin satisfecha, dijo: Ahora sí.

–Comenzad en el vestíbulo, revisad los estuches de todos los instrumentistas de cuerda –instruyó Michael a los peritos del laboratorio–. No hace falta que digáis lo que estáis buscando, haced preguntas generales, enteraos de si se les ha perdido alguna cuerda de repuesto. Dentro de poco llegará más personal del laboratorio a reforzaros, pero de momento sois los únicos que sabéis lo que andamos buscando. Si no sacáis nada en claro, regresad aquí y revolvedlo todo hasta dar con una cuerda suelta que esté tirada por ahí. Shimshon, usted puede quedarse entre bastidores e iniciar allí el registro. El asesino no se la habrá guardado en el bolsillo toda bañada en sangre –masculló Michael. Y añadió con firmeza: Tiene que estar en algún lado.

–Claro, claro –dijo Shimshon–, junto con los guantes.

–Es muy posible –dijo Michael secamente, como si no hubiera captado el sarcasmo.

–Eso quisiera usted –susurró Shimshon, y Michael deliberó si lo mejor sería hacer oído sordos.

Pero luego se oyó decir en tono de perplejidad:

–¿Qué problema tiene? ¿Qué le preocupa?

–No me convencen las soluciones tan obvias, tan simétricas –repuso Shimshon entre dientes–. Por aquí hay una tonelada de cables eléctricos, ¿por qué no ha podido ser un cable?

–Un cable lo habría estrangulado, y un único filamento se habría roto –dijo Solomon a la vez que se introducía un fino puro en la comisura de los labios–. No voy a encenderlo –los tranquilizó–. Sólo quiero tenerlo en la boca. Nada mejor para hacer lo que han hecho que una cuerda fina de un instrumento, es indiscutible.

–¿Qué más da buscar una cosa u otra? –dijo Michael–. Llámenlo alambre o cuerda de plástico si lo prefieren, la cuestión es que lo encuentren, y deprisa. Si me enseña un sedal cubierto de sangre estaré encantado, créame. Pero, entretanto, empecemos a revisar las fundas de los instrumentos. No habrá otra oportunidad de registrar a los músicos sin que hayan tenido ocasión de...

–Suponiendo que haya sido uno de ellos –intercaló Shimshon–, ¿cree que nos va a decir que le falta una cuerda de repuesto? Y, además, ¿es posible distinguir a qué instrumento pertenece cada cuerda? ¿Hay diferencias entre la cuerda la de un chelo y la de otro chelo? –posó la mirada en Solomon, quien se encogió de hombros y arqueó los labios para expresar su incapacidad de responder a la pregunta.

–No tenemos nada que perder –concluyó Michael, y se volvió hacia los recién llegados–. Shimshon les explicará qué deben buscar y por qué, y a continuación

irán a hablar con las personas que aguardan en el vestíbulo –dijo a la vez que se abrían las puertas de madera dando paso a Tzilla, que se detuvo, sujetándolas con las manos.

–¿Quieres que pasen? –preguntó a voz en cuello, sobre un fondo de murmullos–. Ha llegado Eli, acompañado del sargento Zippo –añadió haciendo una mueca.

–¿Zippo? –repitió Michael atónito–. No sabía que seguía con nosotros. Lo creía jubilado.

–¿Adónde quieres que los lleve?

–Aquí en primer lugar, todos los instrumentistas de cuerda, uno a uno, tráelos al rincón de la sala –replicó Michael impaciente–. Y tú ven aquí. Divídelos en grupos, y en el rincón de allá te haces cargo de uno de los grupos y averiguas cuántas cuerdas de repuesto tenía cada uno. Y verificas que no ha desaparecido ninguna.

–Tenemos a dieciocho instrumentistas de cuerda.

–Pues ve a buscar a los demás –dijo Michael nervioso–. Tráelos a todos, ahora mismo.

Tzilla clavó en él la vista y dijo:

–¿Cómo quieres que haga todo eso a la vez?

–Que te ayude Zippo –replicó Michael–. Y además quiero... ¿Tiene un representante esta orquesta?

–Sí, y ya está ahí fuera, en el vestíbulo. Le he dicho que esperase un rato, y Eli ha traído consigo... –Tzilla titubeó y miró a Michael indecisa.

–¿Y bien? –la instó Michael.

–A la chica esa, Dalit, ya sabes; la semana pasada, cuando la viste, me preguntaste si han empezado a enviarnos reclutas directamente desde la guardería... Esa rubia delgada de pelo corto, Dalit, ya sabes.

–Quiero hablar con él, con el representante, ahora, después de hablar con Eli –dijo Michael, tratando de desprenderse de la sensación de que había abierto demasiados frentes a la vez, de que se estaba dejando llevar por los nervios y actuaba de una manera caótica, asistemática, y de que debería regresar al despacho del pasillo en lugar de obedecer a impulsos que ni siquiera lo tranquilizaban. La agitación que lo embargaba era distinta de la de otras veces; «pero cada vez es distinta», trató de convencerse. Prefería pensar en cualquier cosa antes que en los motivos de la súbita seriedad de Tzilla.

Y Tzilla se volvió hacia él con un gesto grave en el semblante.

–Eli quiere hablar contigo ahí fuera –dijo–, antes de que empecemos. Ya le he puesto al tanto de lo más importante –a Michael le dio un vuelco el corazón aun antes de que Tzilla añadiera–: Y yo también tengo algo que decirte –frunció el ceño a la vez que le dirigía una severa mirada de reproche; luego lo siguió hacia el vestíbulo.

Eli no perdió el tiempo andándose con rodeos.

–Oye –dijo después de cerciorarse de que nadie los oía–, ya sabes que Shorer te ha asignado el caso debido a tus conocimientos musicales, y porque es... en fin, el tipo de caso que encaja en tu estilo. Ya me entiendes –dijo rebullendo de vergüenza–. ¿A quién sino le iba a asignar el caso? Pero si estuviera al tanto de la situación, ¡ya sabes que tú no estarías aquí ni siquiera de asesor!

Michael no replicó. Su apariencia era reposada, pero la idea de que Nita podría despertarse en cualquier momento sin encontrarlo a su lado le hacía apretar las mandíbulas y tensar los músculos.

Eli Bahar se chascó los nudillos.

–He trabajado contigo en muchísimos casos –dijo en tono dulce, plañidero–, y esto es el abecedario que tú mismo me has enseñado, siempre hablando de nuestros puntos ciegos –se iba acalorando y el tono se le agriaba– y ahora, sin previo aviso, así, de pronto, vas y cierras los ojos. Eres tú el que me preocupa, créeme –arguyó–. Los dos me preocupáis –añadió, y quedó a la espera. Al ver que Michael no reaccionaba, prosiguió–: Tú nunca habrías dado el visto bueno a algo así. Estás demasiado implicado personalmente, se puede echar todo a perder. ¡Eres tú el que me lo ha enseñado! ¡Nunca se lo habrías permitido a otra persona!

–Me considero capaz de mantener unas cosas separadas de otras –dijo Michael. Titubeó a la vez que silenciaba el coro de ideas contradictorias que clamaban en su cabeza–. Y puesto que las cosas están así, tal vez es mejor que sea yo y no...

–Doy gracias a Dios por no ser yo quien debe tomar las decisiones –dijo Eli–. Pero sabes muy bien que no es lo correcto, y Tzilla también... Tzilla, ¿por qué no dices algo? Podemos darle nuestra opinión, somos amigos, ¿o no? Llevamos suficiente tiempo juntos...

Michael se enjugó la frente con un pañuelo doblado que extrajo del bolsillo de sus vaqueros. Tenía las manos frías, se las frotó contra las mejillas al rojo vivo. Debería haberse quedado junto a Nita hasta que se despertara. Puede que ya estuviera despierta. No debía despertarse y no encontrarlo junto a ella. Si estuviera manteniendo esa conversación con la nena en brazos, o calentándole el biberón, seguro que no tendría ese estúpido temblor de manos que le había obligado a apoyarlas en la barandilla de madera que había a su lado.

–Ya es mayorcito y sabe lo que hace –dijo Tzilla. La nota crítica de su voz era inconfundible–. Si él dice que puede mantener separadas unas cosas de otras, quizá sea cierto. Yo en su lugar no podría –agregó con énfasis–, pero quizá él sí. ¿Durante cuánto tiempo se puede ocultar algo así?

–¿Ocultar el qué? –preguntó Michael aterrado, y aferró con más fuerza la barandilla, que ya estaba pegajosa del contacto con sus manos.

–Tu relación con ellos, ocultársela a Shorer, ocultársela a todos. ¡No se puede trabajar así! Shorer se habría enterado hace mucho si su hija no estuviera a punto de dar a luz.

—No tengo ninguna relación con «ellos». ¿A quién te refieres? Aquí no hay «ellos» que valgan, sólo Nita.

Tzilla se encogió de hombros.

—No quiero decirte lo que tú me habrías replicado si te hubiera dado una respuesta así —dijo desviando sus ojos verdes del rostro de Michael. Sus largos pendientes de plata se mecieron suavemente—. ¿Y qué hay de la niña? ¿Qué va a pasar con la nena? ¿Vas a seguir adelante como si no hubiera sucedido nada?

—Aún no he pensado en eso —reconoció Michael, aplacando una punzada de arrepentimiento por haberle hablado a Tzilla de la nena.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Tzilla con desesperación—. ¿Cómo no vas a haber pensado en eso? Es lo primero en lo que tienes que pensar. Ahora Nita necesita que le echés una mano con su niño, ¡y no como detective! ¿Es que piensas dejarla sola en un momento así? ¿Te sientes capaz de interrogarla? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué vas a hacer con la niña?

Michael se quedó en silencio. No debería haber implicado a Tzilla en el asunto de la niña; había sido un gran error. Enfrentado a la censura y la condena de la pareja, de pronto cruzó por su mente la idea de que casi se habían convertido en enemigos, en una de las fuerzas que pugnaban por despojarle de algo, ya fuera la niña o el caso. Y, cual enorme mancha, comenzó a extenderse por su conciencia el convencimiento de que, de cualquier manera, le quitarían a la niña, aun cuando decidiera prescindir del caso.

—No hace falta decidirlo todo ahora mismo —dijo Eli con un suspiro—. Dejémoslo estar. Esto queda entre Shorer y tú —añadió—. ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? A fin de cuentas, es asunto suyo —le dijo a Tzilla, y posó la mirada en Michael, a la espera.

—Aún no sé qué voy a hacer —reconoció Michael—, es demasiado pronto. Si las cosas no funcionan, me retiraré del caso... Hablaré con Shorer —una repentina y sosegada indiferencia se abatió sobre él, y mientras una parte de sí aseguraba que todo iba a ir bien, otra parte de su ser decía: «Sucederá lo que tenga que suceder». Volvía a fluirle la sangre por las manos.

—Pero ¿qué piensas hacer ahora mismo? ¿Si todavía estáis compartiendo niñeras! ¡Y tú te pasas el día metido en su casa! —exclamó Tzilla—. ¿Cómo vas a ocuparte al mismo tiempo de un caso así y de la niña? ¿Cuándo la verás?

—Eso me pregunto yo —murmuró Michael. Echó una ojeada al reloj y repudió el recuerdo de una mejilla cálida y suave, de una sonrisa desdentada—. Pero antes de nada tengo que ver cómo está Nita, y luego hablaré con Shorer, y tal vez llamaré a mi hermana y...

—¿Vas a llamar a tu hermana? ¿Para qué? ¿Para pedirle que venga?

Michael hizo un gesto de asentimiento.

—¿A tu hermana Yvette?

—A mi hermana Yvette. ¿Por qué no? Nunca se lo he pedido, ni cuando Yuval era pequeño... ¿Por qué no?

—En realidad, es una buena idea —dijo Tzilla, y en su rostro empezó a difuminarse el gesto de tensión e inquietud—. Ella te hará entrar en razón. Hay momentos en la vida... no puedo creer que tenga que decirte esto cuando siempre has sido tú quien lo ha repetido. Hay momentos en la vida en que es necesario elegir. O bien optas por la niña o...

—¿Sí? ¿O qué? ¿Es que no se puede trabajar teniendo una niña? —la fulminó con la mirada y ella se ruborizó.

—¡No es lo mismo! —objetó Tzilla indignada—. Para empezar, tuve un permiso de seis meses cuando nació Eyal, y otro de tres cuando nació Yosefa. ¡Y además no sólo se trata de la niña! El problema es una mujer con la que tú... —se ruborizó— ...con la que tú estás más o menos viviendo.

—¡Eso no es cierto! —protestó Michael—. Es un acuerdo práctico, una amistad, no hay... No hay motivo que me impida... ¡Yo mismo lo decidiré! —atajó en un tono claramente indicativo de que la discusión quedaba zanjada—. Y ahora, por favor, haced que vengan Balilty y un par de personas más del laboratorio. ¿Y qué me contabas de Zippo? ¿Cómo se os ha ocurrido traer precisamente a Zippo? ¿Y qué hace aquí la chica esa, la delgaducha de ojos ávidos, con los vaqueros ceñidos?, ¿cómo se llama...? ¿Dalit?

Eli se dispuso a decir algo, pero se quedó en silencio al ver que se aproximaba Solomon.

—Estaba buscándolo —se quejó Solomon—. Ya he registrado hasta el último milímetro.

—Aquí me tiene —dijo Michael calmadamente, asombrado del alivio que lo embargaba gracias a aquella interrupción justificada y legítima de su conversación con Eli y Tzilla—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me voy a marchar enseguida —salmodió Solomon—. Van a levantar el cadáver, ya está listo y empaquetado. Y mañana le daremos la respuesta definitiva. Empezaremos a trabajar en él esta noche, pero de momento ya puede irse olvidando de los violinistas. Shimshon está de acuerdo conmigo —dijo agitando una mano en la que llevaba tres cuerdas—. Demasiado cortas para este propósito, apenas medio metro, y las cuerdas de viola tampoco tienen la longitud necesaria.

—¿Qué nos queda entonces? —preguntó Michael, y al fin encendió el cigarrillo que tenía entre los dedos desde hacía varios minutos.

—El chelo y el contrabajo, pero las cuerdas de éste son demasiado gruesas para servir de instrumento cortante. Las únicas adecuadas por la longitud y el grosor serían, supuestamente, las de chelo.

—¿Supuestamente?

—Si ha sido realmente la cuerda de un instrumento musical. No lo sabremos hasta

que no demos con ella.

–¿Una cuerda de chelo? –preguntó Tzilla con complicidad.

–Si se trata de la cuerda de un instrumento, tiene que ser la de un chelo –dijo Solomon. Y se puso a canturrear.

–Ya lo ves –dijo Tzilla sombría–. ¿No ves lo que he tratado de hacerte comprender? ¿Lo has oído? –preguntó encarándose a Michael con los brazos abiertos–. ¡Un chelo! ¿Qué piensas hacer al respecto?

Michael la miró con dureza.

–¿Estás trabajando conmigo o no? –le espetó.

A Tzilla se le subió el rubor a las mejillas. Tras un instante de silencio, dijo:

–Pero ¿qué pregunta es ésta? Pues claro que...

–Entonces, por favor, ponte a trabajar –a Tzilla se le entristeció el gesto–. Vamos a ponernos todos a trabajar, dejemos de perder el tiempo –dijo Michael en un tono más conciliador–. Deja que yo me preocupe de todo lo demás. Después de tantos años, creo que me merezco un voto de confianza. Os prometo que hablaré con Shorer. No pretendo engañar a nadie. Pero, de momento, traedme a Balilty... y deshaceos de ella –dijo, indicando con un gesto a la chica delgaducha de ojos ávidos, vaqueros ceñidos y camiseta holgada–. Me voy al despacho de Theo van Gelden.

Su Majestad me ha hecho llamar

Theo van Gelden estaba en pie junto a Nita, quien seguía tendida y acurrucada en la misma postura. Michael entró inmediatamente después de llamar una sola vez a la puerta y Theo se echó atrás sobresaltado, con expresión de susto.

–Todo sigue igual –dijo tocando el brazo de Nita–. Es una especie de coma, no se ha movido nada, no sé...

–No tiene sentido tratar de despertarla –dijo Michael tras tomarle el pulso a Nita, todavía débil y lento–. El médico dijo que el efecto duraría varias horas, ¿para qué quiere despertarla?

–Pensé que podríamos irnos a casa –dijo Theo, y se mordió el labio inferior. Su cabello gris hacía resaltar el tono amarillento de su semblante. Se quitó las gafas y separó los bonitos labios–. Se me hace insoportable pasarme las horas aquí encerrado, me duele muchísimo la cabeza y la idea de... quería... No puedo dejarla aquí sola –dirigió a Michael una mirada con la que parecía pedirle permiso para marcharse, y Michael se lo denegó con un gesto.

–Enseguida la llevaremos a casa, pero, hasta entonces, quédese con ella –dijo.

Theo asintió con la cabeza. Adoptó una exagerada expresión de resignación. Miró a Michael y asintió de nuevo, la vista fija en él, como si aguardara un elogio por su obediencia. Finalmente, se puso de nuevo las gafas, embutió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear entre la puerta y la ventana, con aquel andar rítmico que Michael recordaba de la ocasión en que se reunieron en el cuarto de estar de Nita tras la muerte de Felix van Gelden. Theo dio unas cuantas vueltas, se detuvo junto al sofá, se frotó la mejilla, rascándose la barba de varios días, se tocó la frente. Con los dedos pegados al hoyuelo de su barbilla, dijo:

–Tengo que notificar... cancelar... no sé cómo... Japón... el concierto de pasado mañana en el que supuestamente Gabi iba a tocar el Doble concierto de Brahms... –volvió a mirar a Michael, expectante–. Debo parecerle una persona horrible –dijo–, pero no puedo evitar pensar en estas cosas. No sé cómo puedo preocuparme de esto ahora –se disculpó–, pero no soy responsable de mis pensamientos –declaró a la vez que levantaba los brazos en ademán defensivo–. No estoy acostumbrado a esto, tantas muertes de repente, alguien debería explicarme cómo... ¿Qué puedo hacer? Me da la sensación de estar viendo una película de terror... es como si no estuviera presente.

Mientras Michael sacaba un paquete de tabaco del bolsillo de su camisa, extraía

un cigarrillo y se dirigía hacia el ventanal, Theo se sentó a la mesa, cruzó las manos y posó la mirada en el retrato de Leonard Bernstein, cuyo rostro estaba contorsionado en un rictus de dolor y placer, la cabeza echada atrás, las manos en cruz sobre el pecho, sujetando la batuta. Aquella fotografía colgaba junto a la ventana, frente a otra de una gran orquesta durante un concierto; el director estaba de espaldas, en una silla de ruedas sobre el podio, agitando los delgados brazos. Daba la impresión de que la cámara había captado el temblor de los brazos.

La ventana junto a la que se había situado Michael tenía vistas a las murallas de la Ciudad Vieja y a una esquina del hotel Rey David. Michael contempló la panorámica y el humo que escapaba de su boca, y, por un instante, se sintió totalmente perdido. Sabía que su puesto estaba en el vestíbulo, que también él debería estar realizando interrogatorios y examinando los nudillos de los músicos en busca de cortes.

Ya había dos coches patrulla aparcados al fondo de la calle, y en el más próximo al edificio, Michael distinguió las siluetas borrosas de dos policías de uniforme, a la espera en posturas de aburrida expectación. Pensó en el cadáver, envuelto en una reluciente bolsa de plástico negro, atado a la camilla, transportado a la ambulancia donde, sin duda, Solomon se sentaría delante y se dedicaría a canturrear al oído del conductor sus ideas sobre la vida y el mundo. Seguía demorándose junto a la ventana, junto a Theo, esperando, en realidad, que apareciera Danny Balilty, como si su llegada hubiese de señalar el verdadero comienzo de la acción. ¿Por qué aguardaba con tanta expectación a Balilty, como si su presencia fuera a resolverle los problemas? No tenía ni idea.

Se volvió de espaldas a la ventana y observó la gran fotografía de la orquesta con el director en silla de ruedas, la espalda encorvada, gibosa.

—¿Quién es el director? —preguntó.

—Stravinski —repuso Theo alzando la vista distraído—, aquí en Jerusalén, hace más de treinta años, en el sesenta y uno —y miró la fotografía como si fuera un viejo conocido al que no veía desde hacía años.

—No sabía que hubiera estado en Israel —comentó Michael sorprendido.

—Una vez, ya al final de su vida. Dirigió El pájaro de fuego. Yo tenía dieciocho años entonces, casi diecinueve —Theo sonrió y miró las manos de Stravinski—. Lo subieron al escenario como si fuera un fardo... luego empezó a dirigir. Entonces parecía... cualquier cosa menos un fardo —dijo con una risita—. Fue increíble, dejó a todo el mundo pasmado. Aquel concierto fue el motivo, en fin, no el único motivo, pero sí fue un punto de inflexión en el que decidí hacerme director —sacudió la cabeza como intentando borrar aquel recuerdo y miró a Michael. Éste le expuso entonces un breve resumen de los hechos, tomando la precaución de no revelar la postura en que habían asesinado a Gabriel y de no mencionar la palabra «cuerda». Coló entre otras preguntas una relativa al chelo de Nita.

–Tengo entendido que es un instrumento muy valioso –dijo, y miró de reojo a Theo.

–Desde luego, hay pocos iguales en el mundo.

–No lo he visto en la sala –dijo Michael–. ¿Dónde lo ha dejado?

–Está aquí, en el armario de detrás de la puerta –repuso Theo con lánguida indiferencia–. Lo guardó después del ensayo, antes de...

Y Michael, temeroso de que la menor alusión a las cuerdas pusiera al descubierto lo que pretendía ocultar, apagó la colilla en una tapa oxidada que había en el alféizar y se dirigió al armario. Abrió la puerta corredera marrón y observó los rimeros de partituras que amenazaban con derrumbarse. En el suelo del armario, tan ancho como la pared, bajo los faldones de un gran abrigo, reconoció la funda del instrumento. La sacó del armario y extrajo de ella el chelo, sin prestar atención a la mirada fija con la que Theo seguía atenta y silenciosamente sus movimientos. Michael se arrodilló junto a la funda después de dejar ésta sobre la mullida alfombra, al lado de la silla en la que Theo estaba sentado, revolvió el interior, tocó el taco de resina, acarició el forro de fieltro verde y cogió el sobre semitransparente. Contenía un par de cuerdas enroscadas. Empezó a desenroscarlas y a jugar con ellas mecánicamente a la vez que ponía todo su empeño en recordar cuántas cuerdas de repuesto tenía Nita en casa, pero sólo conseguía rememorar la imagen de sus manos diestras, diligentes, y la expresión de concentración de su rostro. Nita era la única que podría aclararle cuántas cuerdas tenía en un principio. En tono neutro y seco, se interesó por el instrumento.

–No, no es un Stradivarius –confirmó Theo, y se inclinó sobre la funda, colocada entre ambos–. Pero un Amati de Cremona de 1737 tampoco es moco de pavo. Amati estaba especializado en chelos –se volvió para mirar a Nita, que seguía inmóvil, y suspiró–. Se lo regaló un millonario judío a quien le conmovió mucho el concierto que dio Nita con la Sinfónica de Chicago. Lo recuerdo como si fuera ayer –una sonrisa espasmódica apareció brevemente en su rostro, y, una vez más, Theo acometió un monólogo compulsivo–: Lo interpretó de maravilla... el Concierto para chelo de Elgar. ¿Lo conoce? –sin esperar a que le respondiera, continuó–: La pieza que hizo famosa a Jacqueline du Pré. Puede que la viera usted en la televisión, una interpretación brillante, sin lugar a dudas. En mi opinión –dijo rascándose la cabeza–, el concierto es un obra irritante sin especial relevancia, pero Jackie lo consagró. Cuando lo interpretó Nita, Jackie ya se había retirado. Y lo cierto es que siempre he creído que mi padre debería haberle regalado un chelo como ése a Nita mucho antes del concierto de Chicago, y así se lo dije, pero... en fin, ahora ya da igual. Usted ha oído tocar a Nita, sabe de lo que es capaz, cuando se pone a tocar, claro, porque este último año no ha tocado nada, canceló sus compromisos... qué más da, sí, se merece este chelo.

–Es precioso –dijo Michael a la vez que acariciaba la tapa rojiza–. Creo que es de

una madera especial.

—Y tanto —murmuró Theo—. Años de secado, sometida a procesos especiales. Es magnífica.

—¿Y las cuerdas? ¿También son especiales? —preguntó Michael, y las fue tañendo una a una, deteniéndose a pulsar dos veces la más fina.

Theo entrecerró los ojos y le dirigió una mirada penetrante.

—En los viejos tiempos solían ser de tripa, y las más finas a veces eran de seda. Se sabía de qué instrumento era cada cuerda. Cada chelo, cada violín tenía sus propias cuerdas. Incluso se podía saber quién las había confeccionado. Pero en este siglo comenzaron a fabricarlas de metal y plástico. Desde hace muchos años hay dos tipos estandarizados de cuerdas, las normales y las de concierto, y sólo un puñado de fábricas las producen —se levantó de la silla, sacudió las piernas, se metió las manos en los bolsillos y reanudó su agotadora marcha de un extremo a otro de la habitación.

—Las cuerdas de Nita, ¿son normales o de concierto?

—De concierto, por supuesto —repuso Theo.

—Aquí sólo hay dos cuerdas de repuesto —dijo Michael.

Theo no se detuvo. Con la cabeza inclinada, como si estuviera midiendo sus pasos, masculló algo ininteligible.

—¿Cuántas cuerdas de repuesto suele tener? —preguntó Michael en el tono de voz más natural que supo poner.

Theo se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —dijo distraídamente—. Hace años que no estoy al tanto de las costumbres de Nita. Supongo que tendrá algunas más en casa.

Un suspiro profundo y un sollozo aislado se alzaron del sofá, dejándolos petrificados. Pero Nita no abrió los ojos después de sollozar, aunque sí estiró las piernas bajo la manta para luego volver a doblarlas contra el cuerpo. Durante unos segundos se produjo un silencio cargado de suspense, luego vieron que Nita había vuelto a dormirse y Michael formuló en voz baja la pregunta que siempre le ponía nervioso:

—¿Tenía enemigos su hermano? ¿Alguno en concreto del que usted tenga noticia?

—Llevo una hora pensándolo... quién puede haber... quién puede haber querido... no tengo ni idea —dijo Theo, y tomó asiento en la silla tapizada de detrás de la mesa. Extendió las manos y se las miró alternativamente, palpándose los nudillos, protuberantes y anchos como los de Nita. Michael les echó un vistazo, verificando mecánicamente si tenía arañazos. Pero las manos de Theo van Gelden, al igual que las de Nita, el concertino y las otras dos instrumentistas de cuerda, estaban tersas y sin señal alguna.

—Usted mismo lo ha visto —dijo Theo con un encogimiento de hombros—. No se podría decir que tuviera verdaderos enemigos. Sin ir más lejos, yo tengo muchos

más –prosiguió soltando una risita–. Lo extraño es que no me hayan agredido a mí, que no sea yo el que haya aparecido ahí tirado –dijo a la vez que señalaba hacia la puerta con un gesto. Luego su expresión se tornó grave de nuevo. Se frotó la cara con ambas manos y luego volvió a extenderlas y a contemplarlas–. Los cambios que Gabi quería introducir en su grupo han dado lugar a tensiones de todo tipo en los últimos tiempos. Ya sabe que había formado un grupo de música barroca con instrumentos de época. Era un perfeccionista acérrimo, y había gran competencia por incorporarse a su grupo. Ya se imagina el alboroto y los líos. Estaba lleno de planes para el grupo, sobre a quién iba a contratar y a quién no. Sobre la manera de pagarles y cuánto. Estudió y ponderó toda clase de métodos de remuneración, incluido el de un grupo londinense que paga a sus integrantes al revés que los demás: cuantos menos ensayos sean necesarios, más cobran. Es un incentivo para que practiquen en casa, algo que nunca hacen aquí. Nadie practica en casa, porque a mayor número de ensayos, más horas extras. Se han levantado ampollas, sin duda, había resentimientos, pero de ahí a tener verdaderos enemigos... ¿Hasta el extremo de llegar a esto? –se llevó las manos a la garganta.

–El Doble concierto en el que estaban trabajando... ¿no es Avigdor, el concertino, a quien correspondería interpretar los solos de violín?

–No es necesariamente el concertino quien interpreta los solos de violín. De hecho, apenas suele tocar solo, sobre todo en la música romántica, incluso cuando hay dos solistas y él es uno de ellos. Sea como fuere, los solos de este concierto de Brahms me parecen tan individuales, tan dotados de una calidad solista, que nunca los pondría en manos del concertino y del primer chelista, por muy buenos que fueran.

–Pero en su concierto anterior, el de la obertura de Guillermo Tell, Gabriel hizo las veces de concertino.

–¿Y qué? –replicó Theo molesto.

–¿No cree que eso puede generar celos en el concertino habitual? Que es Avigdor, ¿no es así?

–Sí, sí –dijo Theo impaciente–, pero hay ocasiones en que desempeña ese papel algún otro de los mejores violinistas de la orquesta, y, por otro lado, Avigdor siempre cobra lo mismo. De hecho, estaba encantado de que Gabi fuera el concertino. Consideraba un honor cederle el puesto.

–A veces me pregunto cómo se sienten los músicos cuando las notas que tocan son absorbidas constantemente por el sonido general de la orquesta o cuando tienen que tocar una y otra vez las mismas notas. Debe de ser muy frustrante estar esperando a que te llegue el turno de tocar, o tocar siempre lo que tocan todos los demás.

Theo lo interrumpió:

–Tiene usted una visión muy romántica de las cosas. No voy a negar que la gente

se queme al cabo de veinte o treinta años, pero, en conjunto, todo marcha bien. En un ambiente de emoción y entusiasmo, ese tipo de cosas se olvidan. Un ejemplo es la Sinfónica de Chicago, allí nadie se siente de más. Es lo que debe ocurrir en una orquesta realmente buena. En Berlín los músicos cobran por concierto y participan en los beneficios de la orquesta. Y ellos mismos escogen a sus directores. No es lo común. Pero a veces, sobre todo en este país, las orquestas funcionan como organismos oficiales, y, como es natural, la rutina pesa mucho, se trata de un trabajo como cualquier otro. Hay descontentos, quejas, exigencias de cambio, y también murmuraciones y rencores. Pero en esta orquesta no sucede eso; en general, el director es la clave. Un buen director es capaz de poner en pie una orquesta y sacarla adelante. Y, además, ¿no ha visto usted a Avigdor? ¿Sería capaz de matar a alguien? No de esta manera, eso por descontado.

—No sé nada de la vida íntima de Gabriel —dijo Michael—. Nita apenas me ha hablado de él. Ni siquiera sé si debemos notificarle su muerte a alguien. Sólo recuerdo que estuvo casado, hace mucho, y que no tiene hijos. Pero tal vez vive con alguien, o tiene una relación especial con alguna mujer. En todo caso, hay que avisar a la familia.

—¿Qué familia? —dijo Theo desdeñoso—. Nosotros somos su única familia.

—Entonces ¿quizá a su ex mujer?

—Lleva siete años viviendo en Alemania —dijo Theo—, y no mantenían ningún contacto. Y con nosotros aún menos. Es una mujer espantosa. Vulgar, codiciosa, sólo le trajo problemas. Ninguna de mis mujeres ha sido así, gracias a Dios. Y debe usted saber —dijo alzando la voz y agitando un dedo— que he tenido muchas mujeres. Soy un experto en matrimonios —declaró sin sonreír—. Gabriel no tiene hijos, y tampoco tenemos parientes dignos de mención —luego dejó caer la voz hasta un susurro titubeante y bajó la mirada—. Pero hay alguien... quizá deberíamos decírselo a Izzy.

—Izzy —repitió Michael—. ¿Quién es Izzy?

—Pues... vive con Gabi, en su casa —dijo Theo a la vez que se ponía en pie y embutía las manos en los bolsillos.

En ese momento, no había lugar para la delicadeza.

—¿Su hermano vive con un hombre? ¿En el sentido de convivir, de tener una relación homosexual?

—Eso creo —dijo Theo, y echó a andar de nuevo. Pero esta vez, en lugar de mantener la vista fija en el suelo, la clavó en la ventana; carraspeó antes de decir—: Nunca se lo he preguntado directamente, pero eran algo más que compañeros de piso. A mí no me importa. No me importa en absoluto. Vive y deja vivir, no me molesta, y hay muchos artistas... músicos... no se imagina cuántos... Cuando fui a Nueva York por primera vez no daba crédito a lo que veía. Copland, Mitropoulos

y, cómo no... –y miró la fotografía de Bernstein–. En resumen, es muy normal en nuestra profesión, puede que incluso esté relacionado con su esencia.

Tan normal y evidente que nadie lo había mencionado, ni siquiera Nita, pensó Michael mientras preguntaba:

–¿Es el hombre al que vi después de que su padre... cuando estábamos...? ¿El que acompañó a Gabriel a casa de Nita? ¿Ese hombre bajito de pelo rubio?

–El mismo –dijo Theo, e hizo un gesto de asentimiento con aire de alivio–. Así que ya lo conoce. Llevan viviendo juntos un par de años –explicó–, pero nunca hemos hablado de eso, nunca le hemos dado importancia, aunque estoy convencido de que no fue fácil para mi padre –suspiró–. Ahora parece una tontería –susurró, y soltó una risa ronca–. La muerte pone las cosas en su sitio.

–Su padre lo sabía.

–Estoy convencido de ello –dijo Theo–. Pero nunca lo comentó.

–Nita no me había dicho nada.

Theo se encogió de hombros.

–Quizá porque no ha estado por aquí últimamente. Y, además, ¿es que hablan de todo?

–¿Quién? ¿Quién no ha estado por aquí últimamente?

–Izzy. Puede que a Nita no se le haya ocurrido comentárselo –se veía que no lo creía ni él mismo–. Izzy asistió a un congreso, de matemáticas o electrónica. No entiendo nada de eso. Luego se marchó de viaje, y regresó... regresó el día que nuestro padre... o el día antes. Estuvo en Holanda, por cierto. Por otro lado, Nita es tan tímida, no es una gran conversadora ni en sus mejores momentos.

–Si vivían juntos hay que notificárselo –dijo Michael–. Y tendré que hablar con él, claro.

–Se lo diré enseguida, ¿o prefiere decírselo usted? Podemos llamarle desde aquí, ahora mismo –dijo Theo cobrando ánimo, y señaló el teléfono.

Michael levantó una mano.

–Después, y no por teléfono. ¿Tenía usted mucha confianza con Gabriel?

Theo carraspeó, bajó la vista, se frotó las manos y levantó la cabeza.

–Depende de lo que se entienda por confianza. De pequeños siempre estábamos juntos, estudiamos con la misma profesora de violín, Dora Zackheim. ¿Ha oído hablar de ella?

Michael asintió vagamente.

–Los dos estudiamos con ella, pero somos muy distintos, siempre hemos sido muy distintos en todo, y en los últimos años no hemos hablado mucho, y teníamos montones de desavenencias.

–Competían el uno con el otro –aventuró Michael–. Rivalidad entre hermanos.

–Hablar de rivalidad entre hermanos es una exageración –dijo Theo haciendo una mueca–. Suena demasiado dramático. Ni siquiera sé si se podría hablar de

competitividad. Sería más correcto hablar de diferencias, diferencias de temperamento, alejamiento. Gabi era introvertido, cerrado, y yo, bueno, yo... –sonrió–. Usted ya me conoce un poco.

–¿Entonces nunca le habló de la relación con su compañero, con Izzy? ¿Ni siquiera sabe si se encontraban en buenos términos? ¿Si se habían peleado hace poco?

–Que yo sepa, no –dijo Theo avergonzado–. Nunca he sabido que tuvieran problemas. Me resulta un tanto embarazoso darme cuenta de lo poco que sé de la vida íntima de mi hermano –reconoció–. Toda la gente de mi familia, salvo yo, es tan reservada, yo soy el único del que se sabe todo –añadió en un tono quejumbroso, con cierta coquetería; aquel tono delataba afectación y llevó a Michael a preguntarse si sería su manera de conquistar a los demás, sobre todo a las mujeres–. Por lo que se refiere a Izzy, apenas lo conozco... no los he visto juntos muchas veces, ni siquiera a Gabriel lo veía con frecuencia, a decir verdad. Sobre todo en los últimos tiempos. He estado en el extranjero, he viajado mucho. Las últimas ocasiones en que coincidimos, antes de la muerte de mi padre, creo que fueron el cumpleaños de mi padre y el aniversario de mi madre –quedó de pronto en silencio y miró a Michael con gesto sobresaltado–. ¡No estará pensando en Izzy! –exclamó, manifiestamente escandalizado–. Que haya venido aquí y... –soltó una risita–. Absurdo. ¡Qué absurdo! ¡Como una película mala!

–¿No lo ha visto por aquí hoy?

–No.

–¿Qué ha sucedido exactamente entre bastidores? ¿Dónde se encontraba usted mientras Gabriel estaba allí? –preguntó Michael despreocupadamente mientras devolvía el chelo a su funda.

–¿Yo? ¿Que dónde me encontraba yo? –repitió Theo aturdido, y frunció el ceño en aparente esfuerzo por recordar–. Yo... creo que estaba con la timbalista. Durante el ensayo no había conseguido sacarle lo que quería y continué trabajando con ella... El ensayo terminó sobre la una y media. Parte de la gente empezó a dispersarse, otros se quedaron. Gabi tenía programada una reunión con montones de posibles candidatos extras para su grupo, y salió del escenario. No me fijé en qué momento se fue, y luego, según creo, comenzaron a buscarlo porque había desaparecido, y después Nita fue ahí atrás y... lo demás ya lo sabe.

–Pero ¿no había nadie más por ahí? ¿Nadie vio nada?

–No sabría decírselo –se disculpó Theo–. Estaba ocupado... se suponía que íbamos a tener ensayo general mañana por la mañana, y los timbales... No estaba prestando atención.

–Al menos podrá decirme si usted abandonó el escenario en algún momento.

–¿Cuándo? ¿Una vez terminado el ensayo?

Michael asintió con la cabeza.

–Que yo recuerde, no. Creo que no –Theo titubeó–. Puede que... pero no recuerdo si fue después del ensayo o en el descanso. Más bien creo que fue en el descanso. Tenía que hacer una llamada telefónica, pero tengo una memoria horrible, no me puedo fiar de ella. Claro, ahora caigo en la cuenta de que había gente rondando por ahí, debió de ser muy arriesgado para... quienquiera que haya sido. En cualquier momento podría haber aparecido alguien... pero al final fue la pobre Nita quien lo encontró –su cara asumió de pronto una expresión de sobresalto–. Pero ¿quien le interesa soy yo? ¿Quiere saber lo que estaba haciendo yo? ¿Pretende sugerir...? –el sobresalto había dado paso a la indignación en su rostro. Sus hermosos labios se torcieron–. ¿Yo? –preguntó acalorado.

Michael guardaba silencio.

–¿Es eso que llaman una coartada lo que pretende extraerme con estas preguntas? ¿Quiere que le diga cuál es mi coartada?

–¿Estuvo en el escenario todo el rato?

Theo asintió con un gesto, sin que la indignación se borrara de su rostro.

–Y, ahora, dígame, ¿qué amigos de confianza tenía Gabi, aparte de Izzy? –preguntó Michael mientras observaba por la ventana los coches que aparcaban junto al edificio. Vio llegar a músicos de la orquesta que ya le sonaban conocidos, todos con expresión de perplejidad, y también a periodistas de la prensa y de las dos cadenas de televisión, con fotógrafos y cámaras a su zaga. Aun cuando saliera por la entrada de artistas, pensó espantado, le deslumbrarían los focos de las cámaras. Era algo que detestaba en cualquier circunstancia, y esta vez había que evitarlo a toda costa, decidió, a toda costa. «Que hablen con Balilty», pensó para sí. Sólo alcanzaba a ver la entrada principal, y estaba seguro de que Balilty llegaría por la entrada lateral.

–¿Personas de confianza? Nita, quizá –repuso Theo vacilante; tragó saliva y durante un momento se le marcó la nuez en la garganta–. Con ella tenía más confianza que conmigo, eso desde luego –echó la cabeza atrás y se masajeó el cuello–. Mire –dijo–, yo... no vaya a pensar... yo quería mucho a Gabi, pero es una cuestión compleja. Éramos muy... muy distintos, dos personas diferentes. Yo me sentía más cercano a mi madre, Gabi era el niño de papá –torció las comisuras de los labios–. Somos totalmente distintos. Nita también. Y, aunque los dos tocábamos el violín, nuestra manera de abordar la música también era muy distinta. Otras familias musicales –continuó con amargura– se preocupan de que cada uno de sus hijos toque un instrumento distinto, pero Gabi escogió el violín, como yo, y nadie puso objeciones. Le dejaban hacer lo que quería. Y Dora Zackheim, lo mismo.

–Ella lo prefería a él –aventuró Michael.

Theo se encogió de hombros. Hizo un puchero. Era fácil imaginarlo de niño. Enfurruñado pero fingiendo indiferencia, con el encanto de quien es consciente de

su buena apariencia pero, a la vez, está cargado de resentimiento disimulado. Theo bajó la cabeza y quedó en silencio.

—¿Le hablaba alguna vez de cuestiones íntimas? ¿De sus cosas personales?

Theo parpadeó y se miró la punta de los zapatos.

—No —reconoció con esfuerzo—. No sabía mucho de su vida, y desde que comprendí cuál era su relación con Izzy... me dejó muy desorientado, nunca se me había ocurrido esa posibilidad, y mi padre, el pobre —soltó una carcajada—. Yo y mis múltiples divorcios, Gabi y su novio, Nita y su hijo ilegítimo, ninguno salimos como es debido.

—¿Le preocupaba? ¿A su padre?

—No lo sé —reconoció Theo—. ¿Cómo saber lo que siente tu padre si él decide no hablar? Nunca se inmutaba cuando oía algo sobre nosotros. Cuando Nita se quedó embarazada y la dejó en la estacada ese elemento que se había buscado, y no es que yo lo conociera personalmente, pero hice mis averiguaciones, pues bien, Nita estaba destrozada y mi padre nunca se interesó por saber cómo se encontraba. Yo traté de hablar con él, tanto de Nita como de Gabriel, con mucho tacto, claro, del asunto de Gabriel, pero él nunca soltaba prenda. Además hay que recordar que yo no pasaba mucho tiempo en Israel, pero en nuestras conversaciones serias, mi padre se sentaba en su butaca, donde... donde estaba... donde lo encontraron, y no despegaba los labios. Ni una palabra. Nita llegó a hablar con él de Gabi, después de mi intento fallido. Creo que con ella fue más comunicativo. Pero a mí, en todo caso, nunca me dijo nada.

—¿Cómo es el amigo de su hermano?

—Apenas lo conozco. Sólo lo he visto unas cuantas veces, y Gabi nunca nos dijo: «Éste es mi amante»; dijo sencillamente: «Éste es Izzy». Lo único que sé de él es que es matemático. Es educado, de modales corteses. Y también entiende de música, la ha estudiado, e incluso toca el clavecín. Le gusta perorar sobre los instrumentos originales, las interpretaciones históricas, la música auténtica —añadió ondulando el labio superior—. Gabi me dijo una vez que Izzy le había enseñado muchas cosas, y hablaba de él como si fuera un auténtico músico, pero yo nunca lo he oído tocar. Conmigo hablaba muy poco... y sé que nunca le ha gustado... —se interrumpió porque llamaron a la puerta.

—Me habían dicho que estabas aquí —dijo Yaffa, del laboratorio, a la vez que echaba una ojeada al despacho—. Supuse que querrías saber... —prosiguió, pero se detuvo y clavó la mirada en Theo; éste dejó de pasearse, se puso muy tieso y la examinó con mirada de experto, entreteniéndose en la zona de las ingles, resaltada por los vaqueros ceñidos; luego la miró directamente a los ojos con aire irónico.

Michael señaló a Nita para silenciar a Yaffa y se dirigió a la puerta.

—¿Qué es lo que nunca le ha gustado? —preguntó a Theo ya con la mano en el picaporte.

–¿Cómo? –dijo Theo confuso.

–A Izzy –insistió Michael–. Me estaba diciendo que había algo que no le gustaba. ¿Qué es?

–Ah –dijo Theo recordándolo, y esbozó un ademán desdeñoso–. No tiene importancia. No le gustaba mi forma de interpretar la música, mi manera de dirigir, en especial las obras clásicas, Mozart y Haydn, pero también criticaba mi Brahms. En una ocasión me dijo que no concebía como yo el uso de las trompetas y la percusión. Según él, debería emplearlas igual que en tiempos de Brahms. Lo dijo al respecto del Réquiem alemán... pero eso no tiene nada que ver...

Michael miró a Nita, que seguía inmóvil; salió y cerró la puerta tras de sí.

–Pensé que te gustaría saber que ya hemos terminado el registro de la escena del crimen –susurró Yaffa–. No hemos encontrado nada, y hemos empezado con la sala. Quizá también deberíamos registrar las oficinas. Ahora estamos peinando el escenario y la sala centímetro a centímetro, pero es una zona amplia, nos llevará su tiempo. Y Balilty te está esperando en el patio de butacas.

–Dile que enseguida estoy con él –dijo Michael, y sintió que se le aceleraba el pulso, como si estuviera a punto de ocurrir algo decisivo. Regresó al despacho y le pidió a Theo que lo esperase allí–. La llevaremos a casa pronto –prometió, y se encaminó a la sala a través del escenario.

El equipo del laboratorio gateaba por el escenario, recogiendo migajas con pinzas y guardándolas en bolsitas de plástico. Bajo los potentes focos que iluminaban la escena, la sala se veía oscura pese a que también en ella se habían encendido todas las luces; un par de hombres recorrían a gatas la alfombra en busca de pistas. Michael oteó el patio de butacas desde el borde del escenario, con una mano sobre los ojos, y así pudo distinguir a Balilty, que ocupaba una butaca de la última fila, casi junto al pasillo, y, con las piernas reposando en el respaldo de la butaca de delante, jugueteaba con un papelito. Al llegar a su lado, Michael vio que era el envoltorio de un chicle. El estallido de una pompa se había oído de lejos. Balilty dejó el papel en la butaca de su izquierda, se enderezó y dio unas palmaditas en la butaca de su derecha.

–Según me han dicho, ha sido una auténtica película de terror –dijo a la vez que posaba las manos sobre su barriga–. Con garganta cortada y charco de sangre incluidos, no ha faltado detalle.

Michael asintió.

–Ahí fuera espera la prensa en pleno. A fin de cuentas, se trata de la familia Van Gelden. Los periódicos de la tarde no hablarán de otra cosa. Eli ha colocado gente en las puertas, no se permite la entrada a nadie. La escena del crimen es todo el edificio, ¿no es así?

Michael suspiró.

–Su Majestad me ha hecho llamar –le recordó Balilty volviéndose hacia él. La

satisfacción, casi regocijo, que aleteaba en los ojos de Balilty, no llegó a despertar la indignación de Michael—. Van Gelden, Gabriel, degollado —dijo Balilty para sí—. Seguramente me vas a decir que los dos crímenes están relacionados. ¿Quieres apropiarte también del caso del cuadro robado? ¿El primer caso Van Gelden? ¿Por eso me has hecho venir? ¿Has visto a la inútil que te han encajado en el equipo? Le tengo echado el ojo desde hace un mes. ¡Menudo cuerpo!

Michael hizo un gesto de asentimiento. Encendió un cigarrillo y se quedó con la cerilla en la mano. Balilty se puso en pie, se encaminó a un rincón y regresó con una tapa oxidada, que colocó sobre el respaldo de la butaca de delante. Se sentó con mucho estrépito y cruzó las manos ceremoniosamente.

—¿Es eso todo lo que quieres de mí? —preguntó provocador—. Para eso no hacía falta que me arrastraras hasta aquí. Podrías haber solicitado el expediente. No ibas a sacar mucho en claro, créeme. No tenemos ni una pista.

—Tal vez Gabriel van Gelden era el heredero legal del cuadro —señaló Michael.

—En ese caso, te lo habría comunicado. El hecho es que el testamento de Van Gelden divide la propiedad entre los tres con mucha ecuanimidad. Lo he verificado. La tienda para los tres a partes iguales, y el dinero también, mientras que la casa y el cuadro se los ha legado a tu amiga. En eso habéis salido bien parados —comentó con un atrevido guiño—. Y hasta le da permiso para venderlos.

—¿Para vender el cuadro? —preguntó Michael atónito.

—Eso es lo que dice: «Y puede disponer de ellos según su voluntad». De lo que deduzco que le da permiso para vender el cuadro.

—¿Y por qué no lo ha vendido él?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Preferiría esperar. Tal vez el mercado estaba a la baja, yo qué sé. Dinero no le faltaba. Y era una herencia familiar, no lo olvides, y está el Holocausto por medio. Ya sabes cómo se toman estas cosas.

—Habrá que hacer pesquisas más adelante —dijo Michael, suspirando.

—¿Qué te has creído, que no he estudiado el testamento? ¿Que no he verificado con Zurich y París si alguien ordenó el allanamiento? ¿Por eso querías verme? —repitió Balilty.

—No, no sólo por eso —reconoció Michael.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Balilty con brusquedad, y giró el cuerpo repentinamente, como un tigre adormilado que se hubiese despabilado—. No te hacen falta más hombres. Dentro de poco tendrás aquí a todo el cuerpo. Hasta han retirado a Tzilla de un caso por ti. Si Shorer no estuviera preocupado por otros asuntos, si el comisario jefe no estuviera ocupado con la inspección estatal, ellos mismos se habrían presentado hace horas. Las personas implicadas son importantes, muy, muy importantes. Bueno, ¿para qué me necesitabas? —aquella pregunta provocativa dejaba traslucir una honda humillación y también el ánimo triunfante de quien sabe que le van a dar acceso a regiones previamente vedadas—.

¿Y tú? –añadió con mayor delicadeza–. Tú no deberías estar aquí, eres parte de... en fin, da igual. ¿En qué te puedo ayudar?

–Quiero... –Michael se refrenó. Tenía que andar de puntillas, elegir bien las palabras para ganarse la confianza de Balilty y evitar que recelara y pusiera obstáculos en su camino–. Quiero que te integres en el Equipo Especial de Investigación. Quiero pedirte que te hagas cargo del caso oficialmente, o al menos que trabajes en él conmigo.

Balilty hizo un gesto con el que no se comprometía a nada, se reclinó en su asiento, volvió a estirar las piernas sobre la butaca de delante y se quedó en silencio.

–En primer lugar, es lógico debido a la conexión con el caso del viejo Van Gelden –adujo Michael esperanzado, pero Balilty no reaccionó–. Ya sabes –prosiguió Michael–, que esto me plantea un problema. Conozco a los implicados, a la hermana, sobre todo, pero quiero ocuparme del caso. Por casualidad, por un golpe de suerte, estaba libre, pendiente de que me asignaran un caso, y han podido encargarme éste, y lo quiero. Eli y Tzilla ya me han dado su opinión –se apresuró a añadir–. No necesito que me repitan otra vez que es insano y que es imposible ser objetivo cuando eres una parte interesada. Y no soy una parte interesada, pero sí estoy implicado, es cierto, por eso te estoy pidiendo esto, porque confío en que me des un toque de atención si a mí se me pasa algo por alto. Tú verás lo que yo sea incapaz de ver o prefiera no ver. Y, como es natural, no podré interrogar a Nita. Por otro lado –agregó con energía–, no hay más remedio que investigar ambos casos al unísono.

Balilty respiró hondo, hinchó los carrillos y expulsó el aire sonoramente.

–Tengo que pensármelo –dijo tras una larga pausa–. Tengo que pensármelo mucho. No es asunto sencillo. Corro el riesgo de meterme en camisa de once varas, y, además, el caso no será fácil. Según me han contado Eli y Tzilla, por lo visto, cualquiera de estos kleizmer podría... Son casi cien personas, date cuenta de la situación... ¡y tú estás viviendo con esa mujer!

–No vivo con ella. Hemos hecho un pacto... para cuidar a los niños.

–¿Recuerdas lo que te dije hace unos días? Cuando viniste a mi despacho te dije que hacer las cosas con normalidad, como todo el mundo, tiene su lógica. Y, por cierto, ¿qué tal va la búsqueda de la madre? No la encontrarán, créeme. Pero la encuentren o no, ¿no te parece que has sufrido un pequeño arrebató de locura? Una niña es lo último que necesitas. ¿Desde cuándo te gustan tanto los niños?

Michael suspiró.

–¿Cuánto tiempo necesitas?

–¿Para pensármelo? Una o dos horas, digamos –replicó Balilty. Hizo un guiño y sonrió–. ¿Acaso crees que no sé que soy imbécil perdido? Los dos sabemos lo que va a pasar al final. Pero tengo mis principios. Tengo que pensármelo y estoy

pensándomelo. Puede que sea imbécil, pero no he nacido ayer. Sé cuándo me porto como un imbécil. Por lo menos no soy como todas esas mujeres que te persiguen con la lengua fuera. Yo pienso, ellas no –Michael hizo un ademán desdeñoso y estaba a punto de decir algo como: «¿Qué mujeres?». Pero Balilty lo detuvo poniéndole una mano en el brazo–. Siento debilidad por ti, como todos los demás, señor Ohayon. Soy como arcilla en tus manos. Pero hasta ahí podíamos llegar. ¿Me silbas y voy corriendo? ¿Sin pararme a pensar? También tengo que preocuparme de mí mismo, ¿no crees?

–¿A qué te arriesgas? ¿Qué tiene de terrible lo que te he pedido?

–¿Estás de guasa? –dijo Balilty, y volvió a estirar las piernas, cruzó las manos sobre la panza y se quedó mirando el escenario y a las personas que gateaban por él–. ¿Me designarán jefe del EEI y mi papel será cubrirte las espaldas? Tú harás lo que te venga en gana y yo seré tu mascota, lo sabemos muy bien. Y, aun así, no te he dicho que «no» de entrada, tenlo en cuenta –dijo, e hizo una pausa para agitar un dedo admonitorio. Luego su cuerpo se relajó y añadió con resignación–: Lo que pasa es que estás acostumbrado a salirte con la tuya. Te crees que nadie puede resistirse a tus encantos. Pues bien, hace falta algo más que un par de ojos castaños para derretirme –añadió, la vista fija en el escenario–. Aunque sean los tuyos. Y no pongas esa cara –le advirtió volviéndose hacia él–. No vas a conseguir nada.

–¿Cómo puedes decir que estoy acostumbrado a salirme con la mía? –protestó Michael.

–Bueno, quizá no siempre –dijo Balilty, ablandándose después de dirigirle una mirada escrutadora–. Quizá no te hayan servido en bandeja algo que querías, pero que me zurzan si sé qué puede ser –gruñó, y volvió a ablandarse–. No quiero decir que te salgas con la tuya en todo, pero en algunos campos sí. Esta vez puede resultar más difícil porque, por ejemplo, tal vez yo no pueda acudir corriendo cuando me llames, porque a lo mejor estoy trabajando en otro caso. Dicho de otra forma, puede que esté ocupado. ¿Se te había ocurrido pensarlo?

–¿En qué estás trabajando? –preguntó Michael con desconfianza.

–Dime una cosa: ¿ya no trabajas con nosotros? ¿No lees los periódicos? ¿Es que el asunto de la niña, a la que, por cierto, todavía no conozco, te ha fundido por completo el cerebro? ¿Ni siquiera has oído hablar de nuestro último golpe? –Balilty miró a Michael con curiosidad–. Ya no eres el mismo, yo qué sé... Me desorientas, estás en las nubes.

–Últimamente no he seguido la actualidad de cerca –reconoció Michael avergonzado–. He tenido tantos jaleos...

–¿Entonces no sabes que hemos descubierto cuadros valorados en millones? ¿Picassos? ¿Van Gogh?

–No lo sabía –confesó Michael.

–¿Cómo lo ibas a saber? Estás demasiado ocupado calentando biberones día y

noche, cambiando pañales, corriendo a casa como si... Tienes la mente en otro sitio –Balilty meneó la cabeza y contempló pensativo la butaca de delante.

–¿Cuántas veces piensas repetírmelo?

–Te quejas como un mujer –le reprochó Balilty, y Michael hizo una mueca–. ¿Por qué estás tan susceptible? A mí también me gustan los niños –dijo Balilty tranquilamente, y mascó el chicle con energía–. La historia es la siguiente –prosiguió a la vez que retiraba los pies del respaldo de delante–. ¿Me escuchas? Hace unos días pescamos a una mujer, Clara Amojal, la dueña de una galería de arte de Tel Aviv, y a un turista francés, Claude Raphaël. Personas muy respetables; ella debe de rondar los cuarenta y cinco, pero es un monumento, un auténtico monumento –hizo una pausa como para evocar su imagen–. Los pescamos con seis cuadros, incluidos un Picasso y un Van Gogh.

–¿Cómo los descubristeis?

–Nos dieron el chivatazo –reconoció Balilty–. Si no, habría sido imposible. Recibimos una llamada anónima, hace tres días, telefonearon a la policía para facilitar la matrícula de un coche y la división antifraude se puso en marcha, y a mí me llamaron porque yo los había metido en el caso del cuadro de Van Gelden. Los detuvimos en la autopista Tel Aviv-Jerusalén. Gracias a la llamada anónima. El que llamó dijo: «Registren el coche, no se arrepentirán». Motti, ¿lo conoces?, el de la cara de niño y las mejillas rosadas, Motti se tomó el chivatazo en serio y decidió lanzarse. Detuvieron el coche, lo registraron y encontraron los seis cuadros. ¡Ni te lo imaginas! –dijo riéndose–. Es todo un museo. Como te lo digo, te sientas en ese piso de Yefe-Nof, un piso de lo más elegante, cerca de donde vivía Begin, y entre los seis cuadros del coche y otros ocho descubiertos allí, te sientes como en París. En comparación, el cuadro de Van Gelden se queda en nada.

–¿Crees que tiene relación con el caso Van Gelden?

–No lo sé, aún no sé gran cosa –dijo Balilty–. Arrestamos a la pareja: la marchante de arte y el francés, pero ellos no tienen ni idea de quién es Van Gelden. Llevan poco tiempo en el negocio. Por lo visto, está implicado un tipo de Jerusalén, pero aún no han dado con él. Yo mismo los interrogué hace un par de días, con detector de mentiras y toda la pesca. Su abogado –refunfuñó– consiguió que los soltara al ver que la prueba salía bien.

–¿Los soltaste? ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Ya los tenías entre rejas y los soltaste? Pero si...

–Pensé que merecía la pena intentarlo –lo interrumpió Balilty impaciente–. Los tengo vigilados. No pueden ni mear sin que nos enteremos. Está todo bajo control. El piso, el coche, la galería de Tel Aviv. Estando en la calle, pueden darnos más pistas. Y, en todo caso, de Van Gelden no sabían nada. No tienen ni idea de eso. La Interpol está muy interesada en el caso.

–Habrá que ver si no son falsificaciones –dijo Michael.

–Aunque lo fueran, son de muchísima calidad. Los expertos llevan un par de días examinando los cuadros y aún no han descubierto ninguna prueba de que sean falsos. Nuestro laboratorio es un camelo comparado con ellos, a pesar de todos sus microscopios y escáners. ¿Sabes cómo se determina si un cuadro antiguo o importante es falso?

Michael negó con la cabeza.

–¿No lo estudiaste en la universidad?

Michael volvió a hacer un gesto negativo.

–No tengo ni idea –le aseguró.

–Muy bien –dijo Balilty emitiendo un suspiro de satisfacción–, yo te puedo dar una conferencia sobre el tema. ¡Te va a sorprender todo lo que sé de los colores!

Michael murmuró unas palabras admirativas.

–No, no vale decir «qué interesante». ¡Es todo un mundo, como te lo digo, todo un mundo! Por ejemplo, si un pintor del siglo XVII quería un azul determinado, digamos el azul de ultramar, ¿conoces ese tono?

Michael observó a los peritos del laboratorio, que ya habían bajado del escenario y se desperdigaban por la sala; dos de ellos se dirigieron a la fila de butacas donde habían tomado asiento Balilty y él.

–Pues bien, es un azul muy oscuro –prosiguió Balilty didáctico–. En el siglo XVII lo obtenían de una piedra semipreciosa, la conozco porque da la casualidad de que le gusta a Matty, y porque una novia que tuve una vez decía ser joyera... en fin, que la piedra en cuestión es el lapislázuli... les gustaba mucho a los antiguos egipcios. ¿Lo conoces?

–Creo que sí –dijo Michael–. No estoy seguro.

Balilty quedó muy satisfecho.

–Bueno, pues en el siglo XVII molían lapislázuli para obtener el color azul de ultramar. Tú eres historiador, ¿o no?

Michael sonrió.

–Esto es información histórica –aseguró Balilty–. Hasta el siglo XIX no se empezó a obtener este color artificialmente. Así se puede determinar la antigüedad de un cuadro. Y si ese sistema no funciona, ¿sabes cuál es el no va más de los métodos?

–No, ¿cuál?

–El no va más de los métodos –explicó Balilty paladeando las palabras– es bombardear el cuadro con radiaciones, y luego poner una película fotográfica en el cuadro para medir la radiación emitida por las sustancias químicas que contiene. ¿Lo sabías?

–En absoluto. Parece increíble –dijo Michael, auténticamente perplejo–. ¿Estás seguro? ¿Es una información fiable?

–¿Qué insinúas? –replicó Balilty ofendido–. ¡Te lo digo yo! –se llevó la mano al

corazón—. ¡Me lo han dicho los mejores expertos! Me he pasado los dos últimos días con una francesa de la Interpol. Es su especialidad. Aparte de un par de especialidades más –añadió con un guiño—. Luego se comparan los resultados de la prueba con los análisis químicos. Además hay otro dato: si el cuadro está pintado sobre madera, como los pintaban en Italia hasta mediados del siglo XVI, y en Holanda hasta principios del XVII, ¿sabías que se pueden contar los anillos de crecimiento en el borde de la tabla?

Michael hizo un gesto negativo. Ya tenían muy cerca a los peritos del laboratorio.

–¡He aprendido un montón de cosas sobre la edad de la madera!

–El cuadro de Van Gelden está pintado sobre lienzo –le recordó Michael.

–Ya lo sé –replicó Balilty–. Sencillamente, te estaba informando.

–¿Tenemos que movernos? –preguntó Michael a Shimshon, que se había detenido al final de la hilera de butacas junto a un compañero.

–Pueden seguir ahí sentados un rato –dijo Shimshon, y continuó hablando con su compañero.

–¿Quieres que te lo explique todo ahora? –preguntó Michael a Balilty.

El agente de Inteligencia ladeó la cabeza, sonrió y dijo:

–¿Por qué no? Lo mejor será que me entere ya de los hechos. Aquí hace un calor del demonio. ¿Qué están buscando ahora?

Michael se lo explicó.

Balilty frunció los labios con un gesto escéptico:

–¿Crees que el arma habrá ido a parar al patio de butacas? Si ha sido alguno de ellos, sería más lógico que la cuerda o lo que sea estuviera cerca del cadáver. Yo me concentraría en la parte de atrás del escenario. Y también en lugares imprevistos, la cocina, los archivadores. Puede que ya no esté aquí. Sólo estará aquí si el asesino no se ha ido.

–Me gustaría que hablasen con Nita cuando se despierte –dijo Michael titubeante a la vez que se levantaban para salir de la sala–. Que seas tú quien la inte... quien le haga las preguntas necesarias. Sin olvidarte de aludir a las cuerdas de repuesto.

Balilty se paró en seco a mitad de camino de la puerta.

–Por favor –dijo Michael–. Ya sabes que no me puedo encargar yo.

Balilty estiró el cuello y sonrió.

–¿Qué vas a contarle a Shorer? –preguntó.

–Ese puente lo cruzaremos cuando lleguemos a él –masculló Michael.

–No se le habría ocurrido ponerte al frente de esto si supiera...

–¡Shimshon! –gritaron desde detrás del escenario–. ¡Shimshon!

Shimshon salió de la penúltima fila del patio de butacas y se precipitó hacia el escenario. Michael miró a Balilty y ambos giraron en redondo para subir al escenario. Entre bastidores aguardaba un perito, el rostro reluciente de sudor.

—Aquí mismo, estaba aquí —se maravilló, y señaló un pequeño piano de cola antiguo situado en el recodo del pasillo que conducía a las escaleras de la entrada de artistas. Sobre el piano había un montón de partituras, periódicos viejos y un gran rollo de cinta adhesiva amarilla, la que habían utilizado para sellar puertas y ventanas durante la Guerra del Golfo. Una espesa capa de polvo lo cubría todo y al pie del instrumento se amontonaban más periódicos.

—Levanté la tapa por casualidad —le dijo el perito a Shimshon—, sin esperanza de encontrar nada. Hay tantas cosas encima, parece como si nadie lo hubiera tocado desde hace años —dijo, y una sonrisa de orgullo se pintó en su cara a la vez que le tendía algo a Shimshon, quien cogió cuidadosamente el fino alambre, uno de cuyos extremos estaba enrollado en torno a una clavija de madera; lo sostuvo sobre las palmas extendidas como un sacerdote sujeta la sagrada forma. Sopló encima suavemente. Michael se acercó a ellos y Balilty se recostó contra la pared del pasillo, a unos pasos de distancia.

—¿Qué le parece? —preguntó Michael a Shimshon.

—Podría ser. Desde luego que sí, pero habrá que examinarlo. Lo han limpiado, como es lógico —gruñó mientras lo examinaba a través de la lupa que Yaffa había colocado sobre el alambre, estirado entre las manos de Shimshon—. Es de un instrumento musical, sin duda —dijo con satisfacción.

—¡Y pensar que estaba aquí dentro, en una bolsa de plástico! —exclamó alguien triunfalmente.

—Ahora también encontraremos los guantes —comentó Shimshon—. Si hay una cuerda, tiene que haber unos guantes, porque es imposible hacer lo que han hecho sin guantes y no cortarse los dedos. ¿Han examinado las manos de los músicos?

—Estamos en ello —dijo Michael—, sin olvidar a ninguno. Aún no hemos descubierto un solo corte.

—Supongo que los músicos se tienen que cuidar mucho las manos —dijo Shimshon distraídamente mientras guardaba la cuerda en una bolsa transparente—. Debe de estar usted en buenas relaciones con Dios —le dijo a Michael—. Tengo que reconocerlo, tenía usted razón, yo estaba equivocado. Touché —declaró, hizo una profunda reverencia y se quitó un sombrero imaginario.

—Antes de celebrarlo, tenemos que enviárselo a Solomon —dijo Michael—. Para ver si es el arma del crimen.

—Hemos intercambiado los papeles —dijo Shimshon sonriente—. Ahora usted habla de verificaciones, se pone escéptico... En fin, lo principal es que hemos encontrado algo.

—¿Guantes? ¿Alguien quería unos guantes? —la exclamación procedía de al lado del piano. Yaffa, con una amplia sonrisa en la boca y los brazos estirados, agitaba un par de gruesos guantes de delicado cuero color castaño. Shimshon corrió hacia ella y le quitó los guantes de las manos.

–¿Dónde estaban? –inquirió.

–Aquí, tirados inocentemente –dijo Yaffa, señalando el piano–, bajo los pedales.

–No son unos guantes comunes y corrientes –señaló Balilty–. Es un cuero especial, muy suave. No se los puede permitir cualquiera.

–Tendremos que interrogar a los músicos al respecto –dijo Michael mientras examinaba el mullido forro de los guantes.

–Podrían ser de un hombre o de una mujer –dijo Shimshon–. De alguien que tenga las manos grandes.

–Muchos músicos las tienen –dijo Yaffa–. Me he dado cuenta hoy. Y también tienen los brazos largos.

–¿Como si el cuerpo se adaptara a sus necesidades? –se burló Shimshon. Guardó cuidadosamente los guantes en una bolsita–. Lo ideal sería –reflexionó en voz alta– que pudiéramos llevar a todos los músicos al laboratorio para buscar restos del forro en sus manos.

–Demasiado tarde –intervino Balilty–. Todos se han lavado las manos después de que les tomáramos las huellas, y el que andan buscando se las habrá lavado mejor que nadie.

–Eso da igual –replicó Shimshon acaloradamente–. Podríamos encontrar algo bajo las uñas. Deben pasar varios días para que desaparezcan todos los rastros.

–¿No quedan huellas dentro? ¿No es posible encontrar huellas dentro del guante?

–Lo verificaremos, ya se verá –masculló Shimshon–. Pero tenemos que examinarles las manos.

–Lo haremos –prometió Michael–. Pero debe recordar que justamente la persona a quien buscamos puede que ya se haya empleado.

Shimshon le tendió la bolsa sellada a Yaffa. Seguían de pie en el pasillo, junto al piano. Un empleado del laboratorio vaciaba el contenido de una papelería en una gran bolsa de plástico, y Michael contempló distraídamente las manos enfundadas en finos guantes de plástico que revolvían corazones podridos de manzana y envoltorios de caramelos. De pronto, quedó paralizado al oír algo que los demás parecían no haber percibido, puesto que seguían hablando como si nada. El corazón se le desbocó. A lo lejos, en dirección al despacho de Theo, se oían las cálidas notas de un chelo; mientras se precipitaba hacia esa zona del edificio, Michael se dio cuenta de que conocía bien aquellas notas, y al llegar a la puerta del despacho ya no le quedó duda de que alguien estaba tocando con gran maestría una pieza muy familiar, de Bach, tal vez. Luego oyó un chirrido sordo y supo que no era Nita quien tocaba, no era más que un disco, y antiguo, según parecía.

Theo estaba en pie junto a la radio, manipulando los botones. Acababa de bajar el volumen, que hasta ese momento estaba a tope. Tenía el semblante demudado y un gesto de espanto.

–No pretendía poner música, sólo quería oír las noticias, saber si ya estaban... –dijo con voz trémula–. He encendido el aparato sin mirar y ha salido La voz de la música.

Desde el umbral, Michael observó a Nita, que estaba tumbada boca arriba. Tenía los ojos abiertos, con las pupilas dilatadas, la vista clavada en el techo. El sonido ronco de la vieja grabación inundaba la habitación. Al entrar, Michael percibió la melodía de acompañamiento del órgano.

–No he podido apagarlo porque era Thelma Yellin –explicó Theo en defensa propia mientras la música cesaba. Dirigió la vista hacia Nita, que continuaba con los ojos fijos en el techo.

–Acabamos de escuchar el adagio de Toccata, adagio y fuga en do mayor para piano de Bach, en un arreglo para chelo y órgano de Arnold Holdheim –dijo con mucha solemnidad el locutor, y añadió que la grabación, de comienzos de los años cincuenta, pertenecía a los archivos de La voz de Israel. Con ella homenajeaban a Thelma Yellin en el centenario de su nacimiento. Antes de que empezara el informativo, el locutor pudo añadir que Yellin, que había sido discípula de Casals y había contribuido mucho a impulsar la música en Israel, falleció en 1959 a los sesenta y cuatro años.

A Theo le temblaron las manos cuando apagó la radio. Michael se recostó en la pared. Nita no volvió la cabeza. Sus ojos, muy oscuros debido a la dilatación de las pupilas, miraban fijamente al frente y su voz sonó hueca y ronca cuando dijo:

–Quizá me ha llegado el turno... eso es.

Michael se sentó a su lado en el sofá.

–¿Qué estás diciendo? –le preguntó asustado a la vez que le ponía una mano en el brazo.

–Thelma Yellin. No es una coincidencia –murmuró Nita, y cerró los ojos–. Es una señal de...

–¿Una señal de qué?

–Una señal de que me ha llegado el turno. Primero papá, luego Gabi y ahora yo.

Michael le asió la mano, fría y seca. Quería sacudirla o darle un abrazo, pero reprimió ambos impulsos.

–Y luego Theo. Después de mí, o antes –prosiguió Nita, como vomitando las palabras. Palideció de pronto e, incorporándose, exclamó–: ¿Qué va a ser de Ido? ¿Dónde está Ido? –temblando violentamente, bajó los pies al suelo.

–Está muy bien, te lo prometo. Acabo de hablar con la niñera, ahora mismo, está muy bien.

–Pero cuando yo me vaya, ¿qué pasará cuando me vaya? ¿Quién va a cuidar de él?

–¡No te vas a ir! –gritó Michael–. Vas a seguir viva.

–Para siempre –dijo Nita–, como todo el mundo.

–De momento, para siempre –dijo Michael, y, sin poder resistirse más, la estrechó entre los brazos.

Theo se desplomó en una silla y sepultó el rostro en las manos. Michael volvió la cabeza al sentir que no estaban solos. Desde el umbral, Balilty contemplaba silencioso la escena. Michael lo miró interrogante y Balilty se encogió de hombros y dio un paso atrás. Michael se levantó y se reunió con él fuera.

–Está despierta –le dijo a Balilty–. Debe marcharse a casa ya. Es necesario que alguien hable con ella lo antes posible, y ese alguien no debo ser yo. ¿Los acompañas? ¿Y les tomas declaración? ¿En casa?

–¿Me queda otra posibilidad? –preguntó Balilty, revolviéndose los bolsillos. Sacó un papelito y se lo colocó ante los ojos con el brazo estirado–. ¿Qué pone aquí? –preguntó al cabo–. ¿Qué hora pone? Mis gafas...

–Las cinco y media.

–¿Pone Museo de Israel? –preguntó alzando la voz y manteniendo una expresión cuidadosamente despreocupada.

–Sí, y también está anotado un teléfono.

–Muy bien, puedo acompañarlos ahora mismo, pero luego tengo una reunión en el museo, con un gran especialista, en relación con los cuadros. Bueno, quizá pueda pedir a alguien que vaya en mi lugar. Veremos. Necesito que venga con nosotros una mujer – continuó–. Me llevaré a como se llame, la jovencita esa, la maciza. ¿Cómo se llama? ¿Dalia?

–Dalit.

–Me la llevo. ¿Y tú?

–Yo también os acompaño, pero sólo un rato. Todavía tengo pendiente hablar con el representante de la orquesta, y luego iré a ver al tipo que vivía con la víctima. Tzilla me concertará una cita –pensó Michael en voz alta.

–¿Qué tipo es ése?

–Ya te lo explicaré –dijo Michael distraído.

–¿Quién va a espantar a los periodistas que están ahí fuera? –se quejó Balilty–. ¿Y qué me dices de los que están apostados junto a la casa de Nita? ¿Hasta cuándo podremos mantener en secreto que estamos ahí?

–No le dejes ver las noticias –le advirtió Michael–. Ni escuchar la radio. Que no se entere de nada.

–Vaya, ya me tienes donde querías, metido en el ajo hasta el cuello –le dijo Balilty a Michael ya en el piso de Nita, después de que Balilty se abriera paso sin ningún miramiento entre el enjambre de gente de los medios y repeliera a una periodista que aguardaba junto a la puerta («Hoy no vas a conseguir nada aquí, amiga», le oyó decir Michael, «te lo aseguro»); después metió a Nita en casa de un empujón, tapándole bien la cara, y ella se desplomó temblorosa en el sofá.

Michael cogió en brazos a la nena y reposó la mejilla contra la suya. Ella echó la cabeza atrás como si quisiera examinarlo desde lejos. El color de sus ojos, que había virado del azul al castaño, tenía ahora un tono cobrizo. Michael estiró los brazos para que la nena lo viera bien y frunció la nariz. Ella lo miró muy seria y luego esbozó una sonrisa feliz, confiada.

–Es preciosa –comentó Balilty por encima del hombro de Michael–. Y parece contenta –añadió sorprendido.

–Claro que está contenta –replicó Michael indignado, y volvió a apoyar la mejilla contra la de la nena.

–¿Cómo la llamas? –preguntó Balilty.

–Se llama Noa –respondió Michael, con una punzada de vergüenza al verse reflejado en la expresión de perplejidad de Balilty–. ¿Piensas que estoy chocho?

–Claro que no –aseguró Balilty–. Es un poco raro, nada más... ¿Qué vamos a hacer con ella ahora? Tienes que ir a casa de la víctima. Los del laboratorio ya han salido hacia allí.

–Se quedará conmigo –dijo Nita con voz normal, desde el sofá–. Ido y la nena se quedarán con Theo y conmigo. Y con usted –añadió dirigiendo una mirada vacilante a Dalit, que había tomado asiento en la zona del comedor.

Michael no se inmutó, ni tampoco preguntó: «¿Estás segura?». La experiencia le había enseñado que cada persona reacciona a su manera ante la tragedia, de manera sorprendente, muchas veces. Nada impedía que Nita se quedara a cargo de los niños, más aún considerando que no estaría sola. Como si le hubiera leído el pensamiento, Nita lo miró y dijo:

–La vida sigue. No puedo permitirme morir, al menos por ahora. Las madres solteras no pueden morir.

En el regazo de Nita, Ido hacía gorgoritos y le tiraba del pelo. Los dos niños parecían muy tranquilos, en su mundo no había sucedido nada. Sonó el teléfono. Nita no se movió y fue Michael quien contestó. Hubo un prolongado silencio en la línea hasta que una voz masculina grave preguntó cómo estaba Nita. Michael le ofreció el teléfono. «¿Quién es?», preguntó ella, y Michael se encogió de hombros. Nita continuó inmóvil.

–¿Me puede decir quién llama? –dijo.

La voz masculina masculló algo ininteligible, luego hubo un silencio seguido de la señal de llamada.

–Ha colgado –dijo Michael.

El teléfono volvió a sonar. Era Tzilla:

–Lo he encontrado. No le he dicho nada. Aún no sabe lo que ha pasado. Será mejor que vayas inmediatamente, porque va a salir en las noticias de las siete – Michael anotó una dirección en el envés de un sobre–. Está cerca de la calle Palmach –dijo Tzilla–. ¿Sabes dónde está? Puedes entrar por...

–Ya la encontraré –la interrumpió Michael, y miró a Balilty, que colocaba una grabadora sobre la mesa del comedor.

Desde la puerta, Michael vio que Theo se levantaba de la butaca de mimbre, se metía las manos en los bolsillos y echaba a andar hacia los ventanales.

Las tres caras del mal

La expresión desabrida de los dos hombres del laboratorio móvil de la policía, aparcado a una manzana del edificio donde vivía Gabriel, revelaba inequívocamente que llevaban mucho tiempo esperando. Michael aparcó a su lado y se apeó del coche.

–¿Es usted el superintendente Ohayon? –preguntó el mayor de los dos, que ocupaba el asiento del copiloto. Michael asintió con la cabeza.

–Estábamos esperándolo –dijo el conductor, un joven de espesas cejas y tez picada que se rascaba la oreja–. ¿Subimos con usted?

–No. Tendrán que esperar un poco más –replicó Michael.

–Avísenos cuando nos necesite –dijo el joven.

El mayor se enjugó su congestionado rostro con el dorso de la mano.

–¿Va a tardar mucho? –le dijo a Michael cuando ya se alejaba.

Michael volvió la cabeza y se encogió de hombros.

–Espero que no, pero nunca se sabe –se preguntó si no se habría precipitado al llamarlos. Pero era mejor que fueran ellos quienes lo esperasen y no al revés, concluyó.

–Podría habernos llamado más tarde –se quejó el hombre sudoroso de semblante enrojecido.

Sin responder, Michael siguió avanzando hacia el edificio de tres plantas y fachada redondeada. Se detuvo a la entrada y alzó la vista. En una ventana de la tercera planta brillaba una luz amarilla. Hacía unas semanas que habían cambiado el horario y él seguía sin acostumbrarse. A las seis y media ya era de noche.

Siempre que lo embargaba la emoción al ver a alguien llorando desconsoladamente la pérdida de un ser querido, siempre que se enfrentaba a las expresiones de conmoción, perplejidad e incredulidad que precedían a la asimilación de los hechos, Michael se extrañaba de su incapacidad para acorazarse, algo que debería haberle enseñado la costumbre. No sólo no se había inmunizado, comprendió una vez más, sino que cada vez parecía más vulnerable, más expuesto al dolor ajeno. «Dicho de otro modo, cada vez más débil», se acusó mientras se sentaba, tenso, frente al hombre que sollozaba en silencio. Una mesa de cristal con una sola pata metálica los separaba. Izzy Mashiah reposaba en medio de un sofá de cuero negro; Michael, en una butaca amplia y mullida, también tapizada de suave cuero. Se afianzó sobre los anchos brazos para no hundirse más en las

profundidades de la butaca, y escudriñó las reacciones de Izzy, a la vez que reprimía sus emociones y se apresuraba a clasificar al hombre que tenía delante en la categoría de los emocionalmente contenidos: aquellos que no abruman a quienes los rodean con chillidos ni alaridos, aquellos que lloran con pudor, civilizadamente. Pero lloran en lugar de quedarse petrificados, no se cubren como otros con una máscara impenetrable, esa que revela que han abandonado nuestra compañía, que sus espíritus han huido porque no pueden soportar el peso de la realidad. Este tipo de personas entran en el estado que el psicólogo de la policía, Elroi, denominó una vez «ausencia absoluta como protección contra los excesos de la emoción». Michael se advirtió que debía anular o rechazar el impacto del dolor en su propia persona, la punzada de lástima que sentía, y se inclinó lentamente para poner en marcha la grabadora y colocarla sobre la mesa de cristal mientras Izzy salía de la habitación.

De la otra parte del piso llegó claramente el sonido de agua corriendo, sollozos roncós, lloros, de nuevo el agua, y luego un silencio largo e inquietante. Izzy reapareció al fin, encorvado, y se sentó en medio del sofá negro, sin comentar nada sobre el zumbido de la grabadora, que rompía el silencio compartido.

Aunque lloraba como quien está acostumbrado a las lágrimas, no había nada de afeminado en aquel hombre cuyo trabajo Michael había interrumpido al llamar al timbre. Cuando Izzy abrió la puerta, aún sin saber la noticia, se veía a las claras que se había levantado apresuradamente de una mesa ocupada por un rimero de papeles impresos y un ordenador con la pantalla llena de tablas y columnas de números. Izzy Mashiah abrió la puerta como si hubiera estado esperando ansiosamente que el timbre sonara. Despegó los labios para decir algo, pero quedó paralizado contemplando a Michael, con un gesto de sorpresa que no tardó en convertirse en manifiesto desengaño. Resultó que estaba esperando al fontanero, que debía arreglar un escape del sistema central de calefacción. Bajo la blanca tubería, un cuenco de plástico recibía el grueso chorro de agua turbia y herrumbrosa. Llevaba esperando al fontanero desde la hora de comer, le explicó a Michael antes de preguntarle qué deseaba. Luego sonrió al reconocerlo, lo recordaba de la visita de pésame que había hecho a Nita tras la muerte de su padre. Invitó a entrar a Michael con amplio ademán y comentó con un suspiro que ya se sabía que los fontaneros no eran de fiar. Consultó el reloj y dijo que Gabi llegaría en cualquier momento. No tenía ni idea de dónde se había metido, añadió con gesto perplejo, y, señalando la butaca de cuero negro, le sugirió a Michael que se sentara a esperarlo.

Michael comprendió desde el primer momento que a Izzy Mashiah no le sorprendía en absoluto su visita, ya que daba por hecho que había venido a ver a Gabi para hablar o bien de la muerte de Felix van Gelden, o bien de Nita. Teniendo en cuenta tal suposición, Michael temía que interrogar a Izzy sobre lo que había hecho durante el día resultara absurdo. A pesar de todo, le preguntó un par de

veces si había visto a Gabi por la mañana, si había estado en el ensayo y si Gabi y él habían hablado a lo largo del día. Izzy le contó sin el menor reparo que había hablado por teléfono con Gabriel sobre la una de la tarde, durante un descanso del ensayo. Gabi le había contado que Teddy Kollek los había interrumpido y que, por ello, el ensayo se prolongaría más de lo previsto. Gabi estaba muy nervioso, comentó Izzy con preocupación, como si disfrutara exhibiendo un conocimiento íntimo del estado de ánimo de su compañero.

–Tenía por delante un día muy duro –explicó a la vez que torcía los finos labios y chasqueaba la lengua, lo que no sirvió para disimular su orgullo.

En tono de indignada queja contra las cargas que el mundo le imponía a su amigo, aclaró, sin que se lo preguntaran, que Gabi estaba nervioso a causa de las reuniones que iba a mantener tras el ensayo con los candidatos a incorporarse al grupo que estaba formando, y muy en especial por la prevista confrontación con una violinista, segundo violín de la gran orquesta. Con esto se refería a la orquesta que dirigía Theo. La violinista estaba empeñada en que Gabi la contratase, y se amparaba en su antigüedad y en que necesitaba dinero extra («Los derechos que se arrogan algunas personas son increíbles», masculló Izzy).

–Supongo que Gabi aún no ha llegado por culpa de esa mujer –comentó Izzy riéndose–. Esa furia lo habrá retenido.

Se estremeció. A Theo también le daba problemas; ella pretendía que la transfiriese a la sección de primeros violines. Izzy la había oído una vez perorando en el vestíbulo, ante un nutrido grupo de músicos, sobre la frustración y la angustia de los instrumentistas que ocupan las últimas filas y quedan fuera del alcance de la vista del público. La mujer exigía rotación, cuando menos en la disposición de los puestos.

–De hecho, Theo tiene la costumbre de rotar los puestos. Cada pocos meses, según me dijo, los cambia de sitio, sobre todo a la sección de cuerda. Traslada hacia delante a los violinistas más antiguos para favorecer la motivación. Le estoy contando todo esto porque Nita dice que usted es casi como de la familia –explicó–. Por eso he entrado en tanto detalle... –dijo azarado, y su voz se apagó–. Gabi no tardará en llegar –volvió a decir, y le ofreció a Michael una bebida, fría o caliente.

Michael miró incómodo a su alrededor y, penosamente consciente de su paradójica y poco envidiable situación, examinó la sala, donde reinaban un orden y una limpieza exquisitos, y un cálido ambiente familiar, gracias entre otros detalles al gran ramo de florecillas rojas que adornaba la ventana.

Desde el rellano de la escalera había oído una música coral. Aunque le sonaba familiar, no fue capaz de identificarla. Los cantos cesaron cuando entró en la sala, que también hacía las veces de estudio. Vio por el rabillo del ojo el equipo de música. Izzy sopló cuidadosamente sobre el disco de vinilo, lo guardó en su funda

y bajó la tapa transparente del tocadiscos mientras Michael contemplaba admirado el clavecín que ocupaba el rincón próximo a la mesa de trabajo. Era un instrumento de madera de nogal que parecía de la misma familia que el mueble del cuarto de estar de Nita, aunque no estaba decorado con querubines voladores sino con una fila de leones dorados. Tenía la tapa abierta y había una partitura en el atril, sobre el teclado.

—¿Qué estaba cantando el coro? —aventuró Michael. Siempre le daba miedo revelar su ignorancia en aquel campo.

Izzy sonrió.

—Son sólo cuatro voces —dijo agitando la funda del disco—. El Stabat Mater de Pergolesi. ¿Lo conoce? —preguntó sorprendido.

Michael meneó la cabeza y, para ganar tiempo, dirigió una mirada a la funda.

—¿Sólo cuatro voces? —se maravilló—. Sonaba como si...

Izzy le dirigió una mirada condescendiente.

—Es una interpretación maravillosa —comentó secamente, con su voz baja y agradable, y una marcada pronunciación eslava de las erres.

Izzy Mashiah era más bien bajo, ancho de hombros y robusto. Tenía ese bronceado rojizo de las personas de tez clara que pasan mucho tiempo al sol. Llevaba el cabello, ondulado y gris, peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente alta y suave. Su barbilla, redondeada y escurrida, le daba una expresión de melindrosa debilidad y, a la vez, de ansias de agradar.

Su primera reacción al enterarse de la muerte de Gabi fue hacer una mueca convulsiva, semejante a una sonrisa; luego su estrecha boca se frunció y emitió un sonido extraño, casi una risa, que se tornó gruñido al oír la palabra «asesinado». Se quitó las gafas de montura de asta mientras escuchaba la sucinta explicación que Michael le dio tras haberle planteado una serie de preguntas. Ya antes, Izzy le había explicado que no había salido de casa porque al día siguiente debía presentar un proyecto de investigación, en el que tendría que trabajar toda la noche, y añadió que, por otra parte, estaba esperando al fontanero. Una vez que le hubo facilitado toda la información, Izzy osó expresar su sorpresa ante aquella pregunta.

Michael no percibió intranquilidad alguna oculta tras la sorpresa. Se diría que ignoraba por completo los hechos. La alta frente de Izzy se arqueó en un interrogante que no formuló por cortesía, y explicó sin protestar que no había nadie que pudiera testificar que no había salido de casa, salvo, quizá, la secretaria de departamento del Instituto, con quien había hablado un par de veces durante el día. «La primera vez me llamó ella, y la segunda, la llamé yo», dijo, y miró a Michael con creciente perplejidad por su proceder inquisitorial. Cuando Michael le pidió que dijera a qué hora exacta lo había llamado la secretaria, la inquietud comenzó a aflorar a su voz y empezó a jugar con su anillo de oro, que le daba tres vueltas al dedo y estaba rematado por una cabeza de serpiente con una

pequeña gema verde a modo de ojo; Michael recordó que un anillo similar adornaba el anular de la mano izquierda de Gabriel van Gelden.

Izzy se quitó el anillo y lo dejó sobre la mesa de cristal, volvió a arquear la frente y preguntó sorprendido:

—¿Es necesario que lo sepa con exactitud? —miró a Michael, que asintió; Izzy reconoció que no lo recordaba—. Aunque podría deducirlo —añadió de pronto— gracias a la radio —se puso el anillo—. Me llamó cuando en la voz de la música ponían el Quinteto para piano e instrumentos de viento de Mozart —dijo con alegría, y se apresuró a coger el periódico, cuidadosamente doblado junto al sofá, y lo hojeó—. Aquí lo tenemos —anunció aliviado, como si hubiera recuperado el control sobre el caos—. Como primero pusieron una sinfonía de Bruckner, que dura unos cuarenta y cinco minutos, y la composición de Mozart terminó al mediodía, porque fue la última pieza del concierto matinal, y la secretaria me llamó durante el segundo movimiento, un momento en el que a mí no se me ocurriría llamar a nadie, por cierto; pues bien, podemos decir que debió de llamarme sobre las doce y veinte, más o menos. Pero ¿por qué le interesa saberlo? —se atrevió al fin a preguntar, y ya había un leve temblor de inquietud en su voz y una arruga entre sus cejas, sobre la montura marrón de las gruesas lentes, que se había vuelto a poner. No, casi nunca asistía a los ensayos generales, sobre todo si los dirigía Theo. Con sonrisa congraciadora, señaló: No lo paso bien con Theo, sobre todo cuando está dirigiendo. A Gabi tampoco le gusta que asista; y, en todo caso, un día como hoy no habría podido ir, con todo lo que tenía que hacer.

—¿Es usted matemático? —quiso saber Michael.

—Qué va —respondió Izzy sorprendido—. Soy epidemiólogo. ¿Qué le ha llevado a pensar que soy matemático? —luego se apresuró a añadir que trabajaba para el Instituto Weizmann y también para el Hospital Universitario.

—Theo comentó algo en ese sentido —explicó Michael.

—Ah, Theo —dijo Izzy—. Apenas me conoce. El prójimo no le interesa en absoluto. Aunque alguien le hubiera contado a qué me dedico, no se acordaría. Gabi prefiere que no nos veamos, Theo y yo, porque, cuando estoy delante, Theo sufre lo que Gabi llama «ataques de afabilidad». Gabi no soporta esos intentos forzados de Theo por mostrarse amigable conmigo. Ya lo conoce. No sé si Theo le tratará a usted afablemente. Sí sé que Gabi aprecia mucho lo que está usted haciendo por Nita. Pero no sé qué opinión tiene Theo —quedó a la espera de una respuesta.

Michael señaló que había pasado muy poco tiempo en compañía de Theo y que no tenía elementos de juicio.

—Pues conmigo hacía esfuerzos especiales, según decía Gabi, porque quería aparentar que no tenía prejuicios, con respecto a Gabi y a mí, me refiero. Las personas con prejuicios suelen hacer lo imposible por demostrar que no los tienen

–añadió con una sonrisa–, ya me entiende. Pero ante todo trataba de ser amistoso conmigo porque yo le atacué, y en ese sentido también consideraba importante no aparentar prejuicios, mostrarse abierto a la crítica. Le expresé algunas opiniones sobre su manera de interpretar la música... ¿Le interesa a usted la música?

Michael cabeceó.

–Me interesa –dijo incómodo–, pero soy un ignorante.

–En fin, no sé por qué dije aquellas cosas. No era mi intención, pero surgió así durante una conversación sobre Wagner –dijo Izzy con una sonrisa que revelaba unos dientes blancos muy grandes y un hueco en la parte izquierda que mermaba su resplandor. Dijo todo esto con su voz profunda y agradable, y, a medida que hablaba, se iba pronunciando más y más el frunce vertical entre sus pobladas cejas; mientras Izzy se acariciaba delicadamente la oreja, Michael se fijó en una gran cicatriz que la flanqueaba. Tenía el rostro bien rasurado y sus ojillos claros relucían y parpadeaban, lo que a Michael le recordó el parpadeo de Gabi; y la visión del semblante de Gabi, con los ojos abiertos fijos en el techo, y de su cuerpo tendido al pie del pilar, arrastró a un primer plano la imagen de su cuello prácticamente hendido de lado a lado. Sintió una repentina debilidad en las rodillas, y precisamente por eso, se obligó a insistir en la pregunta de si Izzy no había salido de casa en todo el día.

–Ni siquiera para ir al ultramarinos –le aseguró Izzy Mashiah, y extendió la fina mano sobre el pecho. Sus dedos morenos, largos y delicados resaltaban sobre la sudadera negra que vestía, y su anillo despidió un centelleo verde. Fue entonces cuando, como si despertase de un sueño, se quitó las gafas, se frotó los ojos, que adquirieron un tinte rosado, y preguntó cauta y cortésmente por qué quería saberlo y qué había ocurrido. Sus hombros se tensaron y se enderezó, separándose del respaldo del mullido sofá.

Michael le informó de los hechos. Tuvo buen cuidado de no mencionar la cuerda, los guantes, la postura del cuerpo de Gabi. «Un corte en la garganta» fueron las palabras que empleó para describir el motivo de la muerte. Procuró hacer acopio de desapego para escudriñar a Izzy, para identificar posibles rastros de falsedad en su estallido emocional, en el hundimiento que estaba presenciando. Algún día tendría que recopilar sus impresiones sobre la primera reacción ante la noticia de la muerte de un ser querido.

Se podía clasificar a las personas en categorías. En primer lugar, distinguir a quienes se refrenaban de quienes daban rienda suelta a sus sentimientos. Esta clasificación no era ajena, tal vez, a los orígenes del doliente; así, por ejemplo, el dolor de las gentes de extracción polaca es contenido y silencioso, aunque también solapado, nada más opuesto a la vocinglería de los marroquíes, para quienes se diría que el momento exacto en que lanzan los alaridos está marcado por la etiqueta ritual. Habría que hacer un subgrupo con los llorones contenidos, y otro con los

imperturbables, quienes no derraman ni una lágrima y además, en cuanto oyen la noticia, parecen desprenderse de su espíritu, que sale volando hacia remotas regiones mientras su rostro se convierte en una máscara. Si se les pregunta qué sienten, no saben responder. Era a éstos a los que se refería Elroi, el psicólogo, al hablar del estado de ausencia. También existía una diferencia entre quienes lloran en seco y quienes derraman lágrimas. Hay quienes hablan –incesante, compulsivamente, como Theo– y quienes quedan en absoluto silencio. Y luego están los que lloran en silencio y cuyas lágrimas te calan hondo a pesar de la fuerza de la costumbre y de los esfuerzos por mantenerte al margen. Te pulsan las fibras sensibles, como Izzy Mashiah en esos momentos.

Izzy tenía el rostro sepultado en las manos y sus hombros temblaban. Preguntó un par de veces si era verdad y cómo y cuándo había sucedido, y si Gabi había sufrido.

Michael omitió los detalles. Dio una respuesta concisa y vaga. Volvió a recordarse, a la luz de la determinación de Izzy por conocer los detalles, que toda coartada puede refutarse, que cualquiera es un sospechoso en potencia. No te podías permitir que las preferencias y manías determinasen a quién considerabas un asesino y a quién no. La compasión que le inspiraba el dolor de Izzy era una debilidad. Hubo de advertírselo como se lo habría advertido a cualquiera, y como Tzilla o Eli, y sin lugar a dudas Balilty, también lo habrían señalado.

–¡Teníamos tantos planes! –sollozó Izzy, y volvió a cubrirse el rostro con las manos. Continuó con voz amortiguada–: Estaba convencido de que yo sería el primero en morir, y ahora tengo que enterrarlo a él, y seguir viviendo –de pronto, se retiró las manos de la cara y dijo con voz seca–: No sé quién ni qué ha podido provocar esto, pero le juro por mi vida que Gabi no se ha suicidado. ¡Eso téngalo por seguro! –sacudió la cabeza y trató de cobrar aliento.

–Supongamos que no ha sido un suicidio –dijo Michael lentamente–, y no hay motivos para deducir que lo haya sido. ¿Se le ocurre quién ha podido asesinarlo?

Izzy soltó una risotada desabrida y negó con la cabeza.

–Nadie, nadie podía querer matar a Gabi –dijo en un tono de profunda convicción, y quedó en silencio.

–No ha sido un accidente –replicó Michael–. Ha sido un asesinato premeditado, deliberado, y la persona que lo ha cometido se ha arriesgado mucho. No queda más remedio que suponer que alguien tenía enormes deseos de matarlo.

Izzy se cubrió de nuevo el rostro durante unos segundos, luego resolló, se enjugó la cara, se pasó los dedos por el pelo y asintió.

–No hay más remedio –repitió–. ¡Pero no tengo ni idea! –exclamó con súbita vehemencia–. ¡No puedo ni imaginarlo! ¿Tendrá algo que ver con su padre? –se estremeció.

–¿En qué sentido? –preguntó Michael, y se inclinó hacia delante con interés.

–¡Ni idea! Parece algo lógico, pero no sé cómo.

–Voy a formular la pregunta de otra manera, se lo diré sin rodeos: ¿quién puede haber salido beneficiado del asesinato de Gabi?

–No lo sé, de verdad. No puedo creerlo.

–¿Podría usted haber salido beneficiado?

–¿Yo? ¿Beneficiado? –Izzy volvió a soltar una carcajada desabrida–. Usted no entiende nada –susurró con voz ronca a la vez que inclinaba la cabeza.

–¿A quién pertenece este piso?

–¿A qué se refiere? ¿Legalmente?

Michael asintió con un gesto.

–A Gabi, pero teníamos intención de... –dirigió una mirada sobresaltada a Michael y luego esbozó una sonrisa amarga. Su voz se transformó al decir quedamente, con incredulidad–: ¿Me está interrogando?

Michael no respondió.

–¡Está de servicio! –exclamó Izzy atónito–. ¿Cómo es posible si está viviendo con Nita? ¿Está permitido? Disculpe que se lo pregunte, ¿es un interrogatorio oficial?

–Es un interrogatorio, pero extraoficial.

–¿Qué quiere decir eso?

–Los interrogatorios oficiales tienen lugar previa citación, en mi despacho. Esto es más bien una conversación, pero, francamente, no puedo decirle que no esté relacionada con la investigación.

–En tal caso –dijo Izzy incorporándose– tengo que contarle unas cuantas cosas. Aunque el piso está registrado a nombre de Gabi, él lo trataba como si fuera de los dos. Y en lo relativo a los seguros, Gabi había suscrito un seguro de vida, por una cantidad muy importante, hace un año, más o menos. Y yo soy el beneficiario. Yo también tengo un seguro, por deseo suyo, pero él no es el beneficiario, también por expreso deseo suyo. Fue él quien rellenó los formularios, yo me limité a firmarlos. Aprovechó una buena oferta que le hizo un agente de seguros... En fin, yo le dije que no tenía más que cuarenta y tres años, pero él se empeñó. E insistió en que mi hija fuera la beneficiaria en lugar de él...

–¿Tiene usted una hija?

–Sí. Estuve casa... Estuve casado diez años antes de... antes de saber, antes de comprender que...

–¿Y ha tenido relaciones con otros hombres aparte de Gabi?

Izzy meneó lentamente la cabeza, como si acabara de comprender algo.

–Creo entender lo que está insinuando, pero nuestra historia no era corriente.

–Ninguna lo es –dijo Michael, odiándose por el tono de superioridad que le había salido–. Todas las historias íntimas resultan especiales cuando se conocen a fondo –prosiguió en un intento de suavizar sus palabras.

–No –dijo Izzy–, no me está comprendiendo. Probablemente usted... no sé qué preferencias tendrá. Imagino que prefiere a las mujeres. Dado lo de Nita... –Michael refrenó el impulso espontáneo de aclarar su situación con Nita–. En fin, supongo que albergará usted los estereotipos habituales sobre el amor homosexual, y probablemente pensará que me dedicaba a rondar por los parques y tenía todo tipo de... Pero no fue así. Primero conocí a Gabi, y después caí en la cuenta...

–¿En serio? –dijo Michael sorprendido–. ¿Hasta entonces creía que le gustaban las mujeres?

Izzy se revolvió en su asiento.

–No es tan fácil de explicar. Ni siquiera sé si me gustan los hombres. A veces pienso que sólo me gusta Gabi, pero por lo visto hay algo más, porque siempre tuve dificultades con las mujeres, siempre fui un hombre problemático... pero no a la manera estereotipada. Nunca tuve relaciones antes de Gabi. Aunque me parece que sus prejuicios sobre los gays le impedirán creerme –concluyó con un deje de indignación.

–Estamos hablando con franqueza –dijo Michael–, y puedo decirle con toda seriedad que ni siquiera sé cuáles son mis prejuicios. Apenas he tenido contacto con la homosexualidad, fuera del trabajo, me refiero.

–Dado el tipo de trabajo que hace, imagino que habrá topado con su cara más sórdida.

–En mi trabajo todo se vuelve sórdido –dijo Michael–. Los asesinatos no dejan mucho espacio para la belleza o la elegancia. Pero debo decirle que hasta ahora nunca había conocido a una pareja de hombres que vivieran juntos. Es algo que nunca se había cruzado en mi camino. En mi vida personal, quiero decir. Y, si he de ser sincero, le diré que en principio su reacción no me parece muy distinta de la de una mujer... –avergonzado, se apresuró a corregirse–, o de un hombre. Es decir, de un cónyuge –concluyó con desasosiego. A él mismo le sorprendía la franqueza y la claridad con que había hablado.

–Ya ve, su manera de rebuscar las palabras delata sus prejuicios.

–También es cuestión de costumbre –replicó Michael–. Es que no estoy acostumbrado a hablar con sinceridad a... sobre este tema con alguien que está implicado... No estoy acostumbrado a hablar con un hombre que ama a otro sobre su relación.

–Lo que me gustaría que entendiese –dijo Izzy con la misma pasión que lo había inflamado antes– es que vivíamos como una pareja en todos los aspectos, una relación plena, de amor, de amistad, de cuidados y... –se le escapó un sollozo; se enjugó los ojos metiendo un dedo tras las gruesas lentes de sus gafas y respiró hondo antes de continuar–. Y tengo una buena relación, buena, no simplemente correcta, con mi ex mujer, y con mi hija, que tiene dieciséis años, y viene a vernos, lo llevamos todo abiertamente, sin tapujos. Tal como lo decidimos. Y el piso está

registrado a nombre de Gabi porque lo compró antes de que yo apareciera, antes de que nos conociéramos y viniera a vivir con él. Ni siquiera sé si ha hecho testamento; yo lo quería, nunca habría... nunca... ¿Qué pretende decir con eso de salir ganando? –se acaloró–. ¡No tengo nada que ganar con la muerte de Gabi! Sólo puedo perder. Es... es mi ruina. Para mí, la muerte de Gabi es...

Miró a Michael y los ojos volvieron a anegársele en lágrimas a la vez que se le suavizaba la expresión.

–Ya sé que no lo puede evitar, es su trabajo. Lo comprendo. Estoy tratando de comprenderlo. Pero no debe... me gustaría que se liberase de sus estereotipos y prejuicios y no pensara que todo homosexual es un... –miró a Michael expectante–. En fin, no he salido de casa en todo el día... ¿A qué hora...? ¿A qué hora lo encontró? –preguntó con voz cascada.

–Por la tarde –dijo Michael, eludiendo una respuesta exacta–. Tendremos que revisar el piso... sus papeles, todas esas cosas, y pedirle a usted más información; y me gustaría someterle a una prueba poligráfica, con su permiso, claro está.

Izzy se encogió de hombros.

–¿Es ahora el momento en que debo solicitar un abogado? –masculló–. Pero si no me hace falta un abogado –dijo, e irguió la cabeza–. Se lo repito: lo quería. Él me quería. Estábamos muy unidos. Unidísimos. Usted no lo comprenderá. Haré la prueba poligráfica y todo lo que usted quiera. Eso me da exactamente igual –dijo–, es el hecho de que Gabi... No sé cómo voy a... –volvió a quitarse las gafas y se cubrió el rostro con las manos.

–¿No ha habido ninguna crisis en su relación recientemente? ¿Diferencias de opinión?

–No –repuso Izzy después de retirarse las manos de la cara y de enderezarse–. Querría... querría que me dejara solo –dijo quedamente–. No puedo...

–Me temo que eso es imposible.

–¿No puede esperar un día? ¿Unas horas? Concederme... ya le he contado todo lo que sé.

–Estamos investigando un asesinato. El asesinato del hombre con el que vivía. Al que quería. Lo han asesinado.

–Lo quería... lo quiero. Es todo lo que sé.

–¿Y no sabe quién no lo quería?

–¿Hasta ese extremo? –Izzy negó con la cabeza. Luego respiró profunda y sonoramente. Al fin, miró de frente a Michael con gesto de resignación y dijo–: No había muchas personas que quisieran a Gabi, pero tampoco muchas que lo odiaran. Gabi vivía de una manera que no despertaba emociones extremas ni poderosas. Salvo en mi caso. Para mí conocerlo fue... Theo no... es decir... es complicado, pero no era algo tan exagerado, porque Theo también lo quería, supongo. El concertino, Avigdor, le tenía manía a Gabi, y algunos músicos también le tenían esa manía que

suelen inspirar los perfeccionistas. Y luego estaba la cuestión de los contratos personales que Gabi tenía en proyecto, en lugar de suscribir un acuerdo colectivo. Algunos músicos estaban molestos por ese motivo, y Theo tampoco estaba de acuerdo. Había quien decía que Gabi era un hombre duro, exigente, intolerante. Gabi era un músico muy serio. Y muchas personas tomaban por arrogancia su timidez, porque no era un exhibicionista, como Theo. Lo llamaban esnob. Y luego está el tipo ese, Even-Tov, el director del coro, que también quería formar un conjunto barroco, pero la gente prefería a Gabi. Puede que él haya llegado a odiarlo, pero si lo conoce verá que el asesinato queda descartado, es lo último que se puede imaginar en relación con alguien como Even-Tov, es... qué más da.

—¿Y aparte de la orquesta y la música?

Izzy lo miró sorprendido.

—Aparte de la música, no había nada en su vida —explicó—. La música era todo su mundo, fue gracias a la música... gracias a que soy clavecinista... en fin, no exactamente. No es que toque muy bien el clavecín, pero Gabi me oyó una vez tocarlo en la YMCA y fue así como nos conocimos. Gabi no hablaba con quien no estuviera interesado en la música, y eso es aplicable incluso a su ex mujer, que, por lo visto, es una persona horrible; yo no la he conocido, sólo he hablado una vez con ella por teléfono, sobre cuestiones monetarias. Hasta ella se dedica a la música, es una arpista excelente. La música era todo su mundo. Y teníamos muy pocos amigos, algunos compañeros de trabajo míos; Gabi viajaba mucho, y así no resulta fácil mantener las amistades. Acababa de regresar de un viaje largo hace pocas semanas, de una gira.

—¿Por qué era tan complicada su relación con Theo?

Izzy esbozó una sonrisa casi de desdén.

—¿Qué le puedo explicar? Es el típico caso de rivalidad entre hermanos. Pero eso no tiene nada que ver... Theo sentía celos de Gabi, porque Felix quería más a Gabi. Siempre estuvieron más unidos. Theo era el favorito de su madre, pero no se contentaba con eso. Siempre lo quiere todo, Theo, y quería ser el favorito de su padre. Pero es imposible explicarlo en pocas palabras, o describir a Theo con unas cuantas frases. Es una persona compleja. Y también un músico de peso. No se le puede desdeñar en absoluto, sobre todo sus interpretaciones de Bruckner, Mahler o Wagner, para quien le guste esa música. A veces posee una fuerza demoníaca. El carisma de Theo es innegable. Y no es un asesino. Ya puede olvidarse de eso. Pero la relación entre los hermanos era complicada.

—Y Gabi, ¿quería a Theo?

—¿Lo quería? —Izzy parecía desconcertado—. La palabra querer me sugiere cosas agradables, y en su relación no había nada agradable, pero... Sí, tal vez pueda hablarse de amor. Quizá lo quería. Eran muy distintos, pero también estaban muy unidos. Su infancia, en esa casa... Sí, podría decirse que Gabi lo quería. Y también

lo repudiaba. Al menos, habría que decir que le inspiraba sentimientos contradictorios. Y Theo, en el fondo Theo también quería a Gabi, a su compleja manera. Cargado de ira. Y también de celos, de miedo, de admiración. Theo trataba de congraciarse con Gabi, y también... habría mucho que decir, pero es evidente que él no lo ha matado.

—¿Por qué no?

Izzy lo miró atónito.

—¿Por qué iba a matarlo? —argumentó—. La pregunta es por qué, no por qué no. No se me ocurre el menor motivo, económico o de otro tipo, que hubiera podido llevarlo a matarlo. Su relación no ha cambiado en los últimos tiempos. No ha sucedido nada para modificarla, así que ¿por qué ahora? ¡Theo ha tenido problemas con Gabi desde hace mil años! —se detuvo y jadeó—. Desde los tiempos en que los dos estudiaban con Dora Zackheim. Desde antes, tal vez. Si quiere comprenderlos, debería hablar con ella. Tengo asma —le advirtió—. Espero no sufrir un ataque ahora.

Michael abrió la ventana. La grabadora seguía en marcha.

—¡No tengo la menor idea! —gritó Izzy desesperado—. Ni idea. Puede haber sido alguien que no conozco. Aparte de Even-Tov, que envidiaba su posición, no le conozco ningún enemigo. Ni siquiera esa violinista a quien mencioné antes. No me haga mucho caso, pero ¿no podría haber sido un psicópata? ¿Una agresión fortuita? ¿Algo casual? —preguntó ingenuamente, la redonda barbilla temblando—. Supongo que no —concluyó con un suspiro.

—¿Y la ex mujer de Gabi?

—¿Ella? ¡Ni pensarlo! ¿Qué iba a conseguir? ¿Quién le va a mandar ahora la pensión? Y, además, está en Munich.

—¿Y su mujer?

—¿Mi mujer? —dijo Izzy perplejo—. ¿Qué tiene ella que ver en esto?

—Pues bien —dijo Michael, manoseando un cigarrillo apagado—, usted la dejó por Gabi.

—¡Hace cinco años! —exclamó Izzy, levantando los dedos de una mano—. ¿Así de pronto? ¿Después de que lleváramos cinco años viviendo juntos?

—¿Cinco? ¿No eran dos?

—Dos años en sentido estricto, aquí en su casa. Pero ya llevábamos juntos tres años... ¿Quién le ha dicho que eran dos años?

Michael no respondió.

—Usted no la conoce —dijo Izzy con mayor suavidad—. Cuando la conozca comprenderá que es impensable. Mi mujer es maravillosa. Una persona fuera de lo común. Las cosas sucedieron así. No tenía elección... No fue por su culpa... yo quería... —una vez más, sepultó el rostro en las manos. Sus hombros temblaban.

Izzy accedió a la petición de Michael de que le enseñara el piso. En el estudio de

Gabi había montones de partituras, un violín sobre un piano, una gran mesa de trabajo, geranios rojos y rosas en el alféizar y una gigantesca litografía a tres tintas, negra, marrón y roja, de tres mujeres vestidas a la manera del siglo XVII. Una de ellas, sentada en primer plano, tocaba la flauta; a su espalda, otra pulsaba las cuerdas de un laúd, y la tercera cantaba con un libro de tapas de cuero en las manos. Sobre una cama estrecha, cubierta con una tela negra, había más partituras. Algunas estaban abiertas y en ellas se veían anotaciones. Michael cogió una de cubiertas amarillas donde se leía «Vivaldi».

—¿Le gustaba Vivaldi a Gabi? —preguntó.

Izzy, sentado en el banco del piano, asintió con la cabeza.

—Vivaldi, Corelli, la música barroca en general. Bach, desde luego. De haber podido elegir, él habría preferido vivir a finales del XVII o comienzos del XVIII. A veces yo le comentaba que para él la música terminaba antes de que diera comienzo el periodo clásico. Aunque quizá estuviera dispuesto a incluir los inicios del clasicismo, Haydn y Mozart, sobre todo. Solíamos bromear diciendo que Beethoven y Brahms eran demasiado modernos para él. Pero eran bobadas. Le gustaba escuchar a Brahms en una buena interpretación, y también a Verdi, o incluso a Mahler.

Los dos hombres del laboratorio entraron en la sala y echaron un vistazo en derredor.

—Aquí no hay gran cosa —dijo el de la cara picada y el gesto ceñudo.

—Será mejor que empecemos por allí —dijo el gordo de cara congestionada.

Y se dirigieron al estudio, una de cuyas paredes estaba cubierta por una estantería atestada de libros y partituras.

—Todo lo que hay en esta habitación es suyo —confirmó Izzy—. Era su estudio. Mi espacio de trabajo está en la sala.

El hombre ceñudo recogió libros y partituras y volcó el contenido de los cajones del escritorio en cajas marrones de cartón. El gordo sudoroso cubrió los objetos de polvo para revelar las huellas dactilares y, sin mayores ceremonias, le tomó las huellas a Izzy tras explicarle concisamente que era necesario para distinguirlas de las otras, ya que él tenía acceso legítimo al piso. Michael se interesó por las cuerdas de repuesto e Izzy sacó una caja rectangular del escritorio y se la tendió.

—Es una caja nueva —le explicó a Michael, que pugnaba por levantar la tapa—. En cada sobre tiene que haber cuatro cuerdas.

Michael se detuvo en el umbral del dormitorio y, con cierta incomodidad, contempló la cama. Era una habitación como la de cualquier pareja. A ambos lados de la cama, sendas mesillas de noche; sobre la más próxima a la ventana, en el extremo opuesto de la habitación, unos cuantos libros junto a una lamparilla, entre ellos una voluminosa biografía de Mozart en inglés. A su lado, abierto y boca

abajo, reposaba un grueso tomo de tapas negras. Michael lo cogió. Era una historia ilustrada de la fabricación de instrumentos musicales.

–¿Era éste el lado de Gabi? –le preguntó a Izzy mientras hojeaba el libro.

–No –respondió Izzy. Señaló el otro lado de la cama–. Su lado era ése –dijo con voz ahogada.

Sobre la mesilla de noche de Gabriel van Gelden había un rimero de novelas policiacas, todas en inglés, entre ellas una edición en cartoné de Una guerra diferente, de Anthony Price. En el suelo había un libro de bolsillo. Izzy se aproximó a la cama y lo recogió.

–Esto es lo que estaba leyendo anoche –dijo a la vez que acariciaba la tapa–. Le encantaban las novelas de detectives. Sobre todo las de Robert Hans van Gulik, ese escritor holandés que sitúa la acción en la China del siglo VII.

Michael se reprimió para no prohibir a Izzy que tocara el libro o la mesilla de noche, de donde ahora retiraba un vaso de agua medio vacío. De todas formas, habría huellas de Izzy por todas partes. Los hombres del laboratorio ya habían llegado al dormitorio; Izzy señaló la mesilla de noche de Gabriel y ellos vaciaron los cajones en bolsas negras de plástico y las guardaron con cuidado en una caja.

Michael siguió a Izzy al cuarto de estar. Izzy apagó el ordenador y se sentó a su mesa, se acodó en el estrecho espacio que dejaba libre la pantalla y sepultó el rostro en las manos. Michael carraspeó y dijo:

–Ahora tendrá que acompañarme al barrio ruso para prestar declaración.

–¿Declaración sobre qué? ¿Sobre qué tengo que declarar?

–Es el siguiente paso –explicó Michael–. El procedimiento habitual. Tendremos que preguntarle muchas cosas.

Izzy se encogió de hombros.

–Todo parece tan absurdo –dijo–, ya todo da igual. Haré lo que me diga. Declarar, el detector de mentiras, lo que usted quiera.

Hubieron de esperar a que los del laboratorio sacaran las cajas del piso, y cuando el hombre ceñudo le indicó por gestos a Michael que habían concluido, éste le hizo una seña a Izzy. Izzy cerró la puerta con llave y, con paso plomizo, siguió a Michael escaleras abajo y en dirección al coche. Recorrieron las calles en silencio. Izzy miraba al frente con expresión ausente. De tanto en tanto, meneaba la cabeza y lanzaba un quejido, un suspiro, respiraba hondo. Cuando Michael aparcó a la entrada del barrio ruso, Izzy dijo:

–Quiero verlo.

–¿A quién? –preguntó Michael para ganar tiempo.

–A Gabi. Quiero verlo.

–Ahora mismo no es posible –dijo Michael–. Está... su cuerpo está en el Instituto de Medicina Forense. Le están practicando la autopsia –un escalofrío le estremeció la espalda al pensar en que Izzy, con su barbilla infantil y trémula, contemplara el

tajo en la garganta, la cabeza casi decapitada. Con objeto de distraer su atención, se apresuró a decir: ¿Está convencido de que quiere someterse a la prueba poligráfica? Si no está dispuesto de verdad, la prueba no vale de nada.

—¿A mí qué más me da? —murmuró Izzy—. ¿Es necesaria una buena disposición activa o basta con que me preste a hacerlo?

—Basta con que se preste, si es una actitud sincera.

Izzy abrió los brazos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Qué me importa todo eso ahora? —dijo apagadamente—. Me da todo igual.

—En cualquier caso, no sirve de evidencia ante un tribunal —explicó Michael—. Se lo digo por si está considerando consultarlo con un abogado o algo así.

—Entonces ¿para qué lo hacen? —preguntó Izzy mientras se encaminaban al despacho de Michael.

—Le estoy pidiendo que se someta a la prueba para verificar su credibilidad —reconoció Michael con franqueza—. El mero hecho de que se preste a hacerla demuestra su credibilidad, ya que imagino que sabe que, aunque los resultados no puedan presentarse en un juicio, es muy difícil engañar al detector.

—¿En serio? ¿Por qué es tan difícil?

—Hay numerosos indicadores. Ya se lo explicaré cuando nos pongamos con ello.

—Lo que quiero, lo único que de verdad quiero, es verlo una vez más —dijo Izzy con voz desgarrada, y estaba a punto de repetir la súplica cuando el sonido de voces procedentes del despacho de Michael le hicieron enmudecer.

—¡La llamábamos Cuatro-en-Uno! —era Zippo hablando a voces al otro lado de la puerta—. Tú no te acordarás de la loca mística, eres demasiado joven, pero la mujer de este caso me recuerda a ella. Aunque aquélla era un palillo y ésta no es tan flaca, y además los vestidos de Cuatro-en-Uno eran como sacos, y ésta lleva pantalones... —Michael abrió la puerta y la voz de Zippo se extinguió. Sentado a la mesa de Michael, Eli Bahar ordenaba un montón de papeles.

—Tenemos una tonelada de cosas de la orquesta... —dijo—, y los guantes... —quedó en silencio al ver a Izzy parado detrás de Michael.

Mientras se encaminaban hacia allí, Michael había estado cavilando sobre cómo presentar a Izzy. Llegado el momento, dijo sin más:

—Izzy Mashiah, el compañero de Gabriel van Gelden.

A Zippo se le abrió la boca; luego la cerró y se atusó el mostacho de corte militar.

—Empieza a tomarle declaración —le ordenó Michael a Zippo. Y, volviéndose hacia Eli—: Acompáñame ahí fuera un momento — luego, desde la puerta, en espera de que Eli saliera por el estrecho espacio que quedaba entre la mesa y las sillas, en una de las cuales Izzy, empalidecido, ya había tomado asiento, Michael le preguntó a Zippo—: ¿Tienes formularios? —Zippo asintió con un gesto.

—¿Es gay? —preguntó Eli fríamente, ya fuera del despacho.

–Sí, pero no es de los que... Llevaban juntos cinco años, los dos últimos viviendo como una pareja casada. Debes tratarlo como si fuera el cónyuge.

–Sí, pero ¿como al marido o a la mujer? Nunca he comprendido cómo lo ven ellos. Por cierto, he oído comentar que le has cedido a Balilty... que está al frente del equipo o algo así.

–Es por lo del robo.

–Han traído el expediente de Felix van Gelden. Lo solicitaste tú, ¿recuerdas? –dijo Eli Bahar.

–¿Dónde está Tzilla?

–En el lugar de los hechos, con Raffy y Abraham. No nos sobra el tiempo, y yo no he parado de revolver papeles. Me he convertido en el coordinador del equipo –dijo descontento–. Soy el secretario. Y la Dalit esa está con Balilty. Bueno, eso ya lo sabes, pediste que enviaran a una mujer. Tendrías que verla trabajar. ¡Cómo trabaja! Es ambiciosa como ella sola, te lo aseguro. Ya ha telefoneado tres veces. Aún no te he dicho que los guantes son de la mujer que toca el contrabajo.

–¿Cómo dices? ¿Son unos guantes de mujer?

–De una mujer de manos grandes. Tzilla ha llamado para decírmelo. Los músicos lo comentaron. La contrabajista usa guantes porque tiene la tensión baja y se le quedan frías las manos. En fin, que tiene un par de guantes como esos.

–¡Pero si estamos en septiembre!

–Por lo visto, tiene varios pares iguales. Éste lo guardaba en el auditorio. Hay aire acondicionado y tiene que usarlos. En fin, que un percusionista y un oboísta los han identificado, y otros también los reconocieron, por el color, color mostaza lo llama Tzilla, y porque siempre los lleva puestos. Le toman el pelo por eso. Todo el mundo los conoce.

–¿Y dónde está la contrabajista? ¿Por qué no está aquí?

–Ahí tenemos un problema. No damos con ella. Salió hacia el aeropuerto justo después del ensayo, a recoger algo o a alguien, no está claro. Vive con su madre, que es muy mayor y no se entera de nada, no hay manera de aclarar las cosas. Abraham se ha hecho cargo de buscarla. La traerá en cuanto la encuentre.

–¿Dónde guarda los guantes?

–Tienen taquillas, pero al parecer ella los guarda en otro sitio. No lo sabremos hasta que no hablemos con ella. Aún no han terminado de examinar los guantes. Todavía no han pasado por el laboratorio.

–Vamos a echar un vistazo al expediente –dijo Michael.

–No vas a renunciar al caso, ¿verdad?

–¿Qué caso?

–El de Gabriel van Gelden. ¿No has meditado lo que te dije? ¿No vas a renunciar a él?

–De momento, no.

–De momento –repitió Eli enfurruñado–. ¿Y qué hay de Balilty? –añadió de pronto.

–Conseguiréis arregláros las –trató de calmarlo Michael.

–Claro que nos las arreglaremos –dijo Eli Bahar–, pero me pregunto si tú lo conseguirás.

–Vamos a dejarlo –dijo Michael con creciente irritación–. Ahora no quiero preocuparme de eso. Mientras Zippo rellena los formularios con Mashiah, quiero revisar el expediente de Felix van Gelden.

–Está en el despacho de Balilty.

–Aquí lo tienes –dijo Eli, señalando un sobre grande. Habían tomado asiento a ambos lados de la mesa del despacho de Balilty–. Ahí está todo, todo lo que se ha descubierto sobre el caso.

–¿Se sabe algo más sobre la cuerda?

–No –respondió Eli–. Me he puesto al habla con un experto, y él me ha explicado que hay una serie de talleres que las fabrican. Es imposible deducir de qué instrumento concreto procede. Ninguno de los músicos ha dicho que echara de menos alguna cuerda. Sólo nos queda hablar con Nita van Gelden. Balilty se ocupará de eso.

–¿A ella todavía no la han interrogado sobre eso? –preguntó Michael asombrado–. ¿Precisamente a ella?

–Puede que sí –replicó Eli, desviando la cara con vergüenza–. Supongo que sí. Pero Balilty no me lo cuenta todo. ¿Quieres que me informe?

–Ahora no –masculló Michael, y vació el sobre en la mesa. Lo que tenía que hacer era dejar en manos de Balilty la cuestión de las cuerdas de Nita y no inmiscuirse más, pensó a la vez que repasaba despacio el contenido del sobre. Echó una ojeada a las bolsitas de plástico, leyó los informes, manoseó las cuerdas con las que habían atado al viejo Van Gelden–. ¿Qué es esto? –quiso saber, y colocó a contraluz una bolsita transparente.

–Parece... –Eli Bahar recogió la etiqueta que se había desprendido de la bolsa–. Es el esparadrapo que usaron para amordazarlo. Eso dice aquí.

–¿Qué más dice?

–Nada.

–¿Cómo que nada? ¿No han descubierto nada en el laboratorio?

Eli ojeó los papeles y ratificó:

–No.

–¿No lo han examinado en el laboratorio?

–¿Qué quieres que te diga? Pregúntaselo a Balilty –replicó Eli molesto.

–Eso es exactamente lo que voy a hacer –dijo Michael. Repiqueteó impaciente con el bolígrafo hasta que Theo respondió a la llamada. Pidió que se pusiera Balilty

sin preguntar por Nita ni por los niños. Oía ruidos y voces de fondo, y transcurrieron unos segundos antes de que Balilty dijera:

–¡Señor!

–El esparadrapo con el que amordazaron a Felix van Gelden...

–¿Qué pasa con él? –la respiración acelerada y superficial de Balilty resonaba con fuerza, como si tuviera la boca pegada al auricular.

–¿No lo has enviado al laboratorio?

–¿Para qué? No hacía falta.

–Así que no lo has enviado.

–No, no lo he enviado –replicó Balilty desafiante–. ¿Por qué opinas que debería haberlo hecho? ¿Plantea alguna incógnita?

–No lo sabremos hasta que no lo hayamos verificado.

–Pues envíalo tú.

–Eso mismo voy a hacer ahora mismo. ¿Alguna novedad?

–Nada especial –dijo Balilty sombrío–. Estoy tomando nota de todo. ¿Lo hablamos en la reunión de equipo de mañana? ¿O quieres enterarte antes?

–Cuando haya terminado con lo que estoy haciendo, veremos.

–¿Piensas esperar ahí toda la noche la respuesta del laboratorio? ¿Con respecto al esparadrapo?

–Aparte de eso, he traído a Izzy Mashiah –dijo Michael.

–¿Quién es Izzy Mashiah? Ah sí, el novio... ¿Quieres que llevemos a los otros dos esta tarde? ¿Para interrogarlos? ¿Quieres que los interroguemos en la comisaría esta noche? –preguntó Balilty.

–Decídelo tú –dijo Michael. Y añadió nervioso–: ¿Has verificado lo de las cuerdas de Nita?

–Pues sí –dijo Balilty en un tono precavido, neutro–. Se podría decir que existe la posibilidad de que el objeto fuera suyo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Michael, y se enjugó el sudor que le había empapado súbitamente la frente–. ¿Es suya la cuerda?

–Podría serlo –masculló Balilty–, pero no es seguro. Aún estamos indagando. Hay problemas de memoria.

–¿No recuerda cuántas cuerdas tenía? –inquirió Michael.

–Más o menos –repuso Balilty con hostilidad–. ¿Podríamos hablar de esto en otro momento? Aún no he terminado.

–¿Te has puesto ya al habla con tu hermana? –preguntó Eli una vez que Michael terminó de hablar con el policía de servicio en el laboratorio de Criminalística.

–Aún no, es tarde y...

–¿Cómo que es tarde? ¡Si sólo son las diez! ¿Es que Yvette se va a la cama a la vez que las gallinas?

Michael lo miró atónito. En todos los años que llevaban trabajando juntos, Eli nunca le había hablado con tanta rudeza y agresividad.

–Lo siento –dijo Eli–, todo este asunto me está destrozando los nervios. ¿Quién está interrogando a Nita? No has comentado nada de ella. ¿La está interrogando Balilty? Este asunto me está volviendo loco.

–¿Te refieres al asunto de la niña?

–A todo. La niña, tu amiga... todo el barullo. No sé si tú... si yo... si es posible... y Shorer, ¡es el colmo! –parpadeó. Las largas y oscuras pestañas taparon el brillo verde de sus ojos. Manchas plateadas salpicaban su barba incipiente.

Michael no dijo nada. Al escudriñarse por dentro, al enfrentarse a sus verdaderos pensamientos y sentimientos, el corazón se le caía a los pies. Temía perder a la nena. Quién sabe si volvería a gozar del placer de ver la boquita expectante ante el biberón, de las sonrisas inesperadas, del dulce aroma de la nena. A la hora de comer, ya en casa, de vuelta del auditorio, la nena se había quedado dormida mientras succionaba rítmicamente el biberón. Michael pasó largo tiempo contemplándola dormida. Observó la espesa pelusa de su cabeza, oscurecida en los últimos días, y le rozó la arrebolada mejilla con el dedo. La nena se despertó antes de que saliera a trabajar, cuando la niñera llamó al timbre. Tumbada boca abajo, levantó la cabeza y echó una mirada desenfocada a su alrededor, hasta que sus ojos toparon con la cara de Michael y él se quedó prendido de su luz azulada. Una vez que Michael la hubo sentado en la sillita, y después de que colgara a su lado el conejillo que creía su juguete favorito, la niña volvió la cabeza y sonrió con evidente orgullo, según le pareció a Michael, despertando exclamaciones de admiración de la niñera.

Ahora, Michael miró a Eli Bahar implorante.

–Apóyame en esto. Dame un poco de... ¿De acuerdo?

Eli Bahar bajó los ojos avergonzado, frunció los labios y se quedó en silencio.

–Es difícil. Complicado. No digo que no lo sea –Michael oía su voz como en un eco. Y percibía una leve nota falsa, pero no sabía de dónde procedía la presunta falsedad ni qué era, aunque estaba dispuesto a revelársela a Eli Bahar. Pero ni él mismo era capaz de explicárselo en aquel momento. En su interior bullía un torbellino de sentimientos–. Es como una lavadora –dijo al fin.

–¿Qué es como una lavadora? –preguntó Eli asustado–. ¿De qué lavadora hablas?

–Mi cabeza, mis pensamientos, están dando vueltas como en una lavadora, sin parar... Todo está revuelto y no sé...

–Dejémoslo estar por el momento –sugirió Eli Bahar–. Pero ¿hablarás pronto con Shorer?

Michael asintió.

–¿Y Balilty? Si Balilty está al mando –prosiguió Eli–, no puedo contar con Rafi,

aunque nos haga falta. Y tampoco es que yo me lleve muy bien con él. No sé qué va a pasar. No es fácil tratar con él, ya lo sabes.

–Ya veremos –dijo Michael–. Mañana lo veremos. Ahora vamos a liberar a Izzy Mashiah de Zippo. Por cierto, ¿podrías decirme qué demonios pinta Zippo en todo esto?

–No soportaba verlo así, descolgado, dando vueltas sin nada que hacer, buscando público para sus historias mientras espera la jubilación. Ahora me está contando cómo eran los viejos tiempos en Jerusalén. Antes de mi época. Me habla de todos los tipos extraños que pululaban por aquí. Cuando llegaste estaba hablándome de la tía del rabino Levinger, la loca a la que todo el mundo llamaba Cuatro-en-Uno, que por lo visto se paseaba por el centro de Jerusalén pegándoles etiquetas a los transeúntes. Creía que Buda, Jesucristo, Moisés y Mahoma eran una sola persona. Recuerdo las historias de mi tío, y ahora me las está repitiendo Zippo. Dice que va a escribir un libro sobre todos esos locos. ¿Por qué no le dices a él que lleve el esparadrapo?

Y así, Zippo, a quien nadie llamaba por su verdadero nombre, Isaac Halevi, sino simplemente Zippo, debido a una anécdota sobre su mechero, anécdota que él mismo relataba de muy buena gana a cualquiera, demostrase o no interés, pues bien, Zippo se marchó a llevar la prueba al laboratorio de Criminalística del cuartel de la policía nacional y Michael regresó a su despacho y se sentó frente a Izzy Mashiah. Eli Bahar tomó asiento en la silla que estaba junto a la puerta.

–¿Está seguro de que quiere hacerlo? –preguntó Michael.

–Ya se lo he dicho –replicó, impaciente, Izzy.

–Entonces sólo resta explicarle de qué se trata. ¿Se ha sometido alguna vez a una prueba poligráfica?

–¿Yo? –exclamó Izzy horrorizado–. Si nunca había pisado una comisaría.

–Hay dos métodos –explicó Michael–. Nosotros no empleamos uno de ellos.

Por el rabillito del ojo vio que Eli Bahar abría la boca y la cerraba y que un gesto de protesta se asentaba en su cara mientras Michael proseguía:

–Ese método ha demostrado ser un fracaso absoluto. Se basa en preguntas con truco, preguntas que... –titubeó, percibiendo las ondas de oposición que emanaban de Eli, quien nunca había visto con buenos ojos la sinceridad que empleaba Michael con los sospechosos y, en más de una ocasión, había expresado sus objeciones y el miedo a que, algún día, su jefe se pasara de la raya.

Izzy aguardaba en silencio.

–Pues bien, digamos que se formulan una serie de preguntas cuyas respuestas se conocen de antemano. Por ejemplo, si se llama Izzy Mashiah, si ha nacido en Jerusalén, si su padre se llama, pongamos por caso, Moisés, si su mujer se llama Shula, si es cierto que ayer lo sorprendieron en la cama con el vecino de arriba.

Izzy se enderezó y cruzó las manos.

—De pronto, se hace una pregunta chocante. Y luego se extraen conclusiones de la reacción que ha tenido el interrogado ante ese cambio abrupto. Estamos en contra de este método porque consideramos que no indica nada. El mínimo cambio, como una luz que se enciende o un lagarto que corretea por el suelo, influye en las reacciones de la persona que está sometiéndose a la prueba. Estamos a favor del segundo método.

Eli Bahar apoyó el codo en la mesa y reposó la barbilla en la mano.

—Explícaselo tú —le pidió Michael—, yo voy a hablar con la técnica en poligrafía.

—Estoy al lado de la puerta —replicó Eli a la vez que se levantaba de un salto—. Iré yo a hablar con ella.

—El segundo método, el que preferimos —continuó Michael—, se basa en el supuesto de que muy pocas personas son capaces de engañar al detector. Así pues, es mejor informar de antemano al sujeto de cuáles van a ser las preguntas, antes de conectarlo al polígrafo. Yo le diré qué le vamos a preguntar y luego lo conectarán. Las diversas variables, la tensión, el sudor, la adrenalina, nos revelarán lo demás.

—¿Cuánto durará?

—Diez minutos, a lo sumo un cuarto de hora.

—¿Hace daño? ¿Pincha?

Michael reprimió una sonrisa. A punto estuvo de murmurar: «¡Ay, las tiernas inquietudes de los supervivientes! Nuestro mundo ha quedado destruido, nuestro amado está tendido en una mesa del Instituto de Medicina Forense con el cuerpo abierto en canal, y seguimos preocupándonos por un pinchazo».

—No hace daño —tranquilizó a Izzy—. Es como cuando te conectan a un aparato para hacerte un electro. Estamos dispuestos a que se lo hagan en otro lugar, y aceptaremos las conclusiones. Muchos sospechosos se prestan a hacer la prueba si les dejamos acudir a una institución privada.

—No es necesario —dijo Izzy.

Respirando rápida y superficialmente, pidió que le dijera las preguntas. Michael las enumeró. No le pasó desapercibido el aceleramiento del parpadeo de Izzy ante la pregunta de si en los últimos tiempos se había producido alguna crisis o algún cambio en su relación.

—¿Quién me va a interrogar? ¿Usted? ¿El otro policía? ¿El técnico?

—Yo. El técnico nunca hace las preguntas. Ni siquiera tiene que estar presente. Hoy es una mujer, y su única función será comprobar que el aparato funciona bien, que va registrando adecuadamente los movimientos de la aguja y que ningún cable se suelta. Yo haré las preguntas y, como ya le he dicho, comenzaré por las que no plantean problemas y cuyas respuestas ya conocemos. Luego, gradualmente, pasaré a las complicadas.

—No es más que un proceso mecánico —dijo Izzy con franco alivio—. Una especie

de test psicológico. No tiene ningún misterio. Cualquier imbécil puede hacer las preguntas.

–Exactamente –dijo Michael sin pestañear. No le habló a Izzy del extremado cuidado que ponía en el ritmo y la formulación de las preguntas. No le explicó que el problema era que la prueba poligráfica no se parecía en absoluto a un test psicológico puesto que en ella era imposible abordar un tema desde distintos ángulos. Y tampoco le dijo que la brevedad del tiempo disponible exigía virtuosismo en la redacción de las preguntas y el control en el ritmo. Los temas se tocaban una sola vez y luego era imposible retomarlos.

–Ya está, sin problemas –dijo Eli desde la puerta–. Está preparada, nos espera.

Michael se levantó, pero Izzy Mashiah no se movió.

–Entonces, ¿por qué no sirve como evidencia en un juicio, si es un proceso tan mecánico e inequívoco?

–Ah, eso –dijo Michael, y volvió a sentarse. Cruzó una rápida mirada con Eli, quien se acercó una silla y se sentó con resignación–. ¿Quiere que se lo explique?

Izzy Mashiah se encogió de hombros, pero no se levantó.

–La prueba poligráfica no vale como evidencia porque hay situaciones en que las personas se sienten con licencia para mentir. Si la persona examinada no es consciente de que está mintiendo, sus reacciones carecen de significado.

–¿A qué se refiere con eso de licencia para mentir?

Michael miró a Eli Bahar.

–Explícale lo de la conferencia –dijo.

–¿Ahora mismo? –se quejó Eli.

Michael no respondió.

–Si insistes –dijo Eli de mala gana–. Una vez asistí a una conferencia en la que el conferenciante le pidió a una policía que subiera al estrado, le enseñó una serie de tarjetas, las pinchó en un corcho y luego le dijo que leyera los números impresos en las tarjetas. En voz alta, del uno al siete. Pero le indicó que al llegar al cinco dijera «siete». Y eso es lo que hizo la policía. La conectaron a un detector de mentiras y, al llegar al número cinco, dijo siete. Y la aguja no se movió porque ella no tenía la sensación de estar mintiendo. Simplemente estaba siguiendo las instrucciones del conferenciante. Es lo que se llama licencia para mentir.

–La cuestión es qué autoridad ha concedido ese permiso para mentir –añadió Michael–. Es algo que no se ha investigado, pero estoy convencido de que si se estudiaran las reacciones de los judíos ortodoxos sometidos a pruebas poligráficas, se descubriría que no tienen el menor reparo en mentir si el rabino les ha dicho que lo hagan o si creen que están cumpliendo la voluntad divina.

–No le has explicado sus derechos –siseó Eli, manoseando la cinta de la conversación de Michael con Izzy Mashiah mientras la técnica lo conectaba a la máquina.

–No lo he estimado necesario –reconoció Michael–. Creo que no hay motivos y, además, mientras no se demuestre lo contrario, parece que no ha salido de casa en todo el día. Ni siquiera ha solicitado un abogado.

–Pero no hay testigos que corroboren que no ha salido –dijo Eli.

–Habrá que preguntárselo.

–¡Dos veces! –exclamó excitado Eli Bahar, ya en el pasillo–. ¡Ha mentido dos veces!

–No sé yo –dijo Michael, que examinaba de nuevo el gráfico–. La primera vez está claro, cuando le pregunté sobre crisis o cambios recientes en su relación. Pero la segunda vez, cuando le pregunté si había salido de casa, no es inequívoco.

–¡Dos veces! –insistió Eli–. ¿Quieres que lo retengamos?

–De momento, sí –dijo Michael pensativo. Trató de reprimir el sorprendente desengaño que le inspiraban los resultados de Izzy–. Puedes ponerte con él ya mismo, yo me voy a hablar con Balilty y luego vuelvo. Empieza tú, los demás no tardarán en volver del lugar de los hechos, enseguida llegarán refuerzos.

Pasada la una de la mañana, Michael llegó a casa de Nita. Todas las luces estaban encendidas. Se inclinó sobre la niña, dormida en el cochecito y se dio cuenta de que no tardaría en quedársele pequeño. Había crecido tanto durante el último mes que pronto sería necesario trasladarla a una cuna, incluso cuando estuviera en casa de Nita. Recordó de pronto que no había llamado a su hermana Yvette. Tal vez había sido mejor así, pues resultó que Dalit, la policía, había localizado y hecho venir a una chica etíope de resplandeciente sonrisa que estaba dispuesta a quedarse de interna para cuidar a los niños. En los ojos de Dalit relucía el orgullo, la conciencia de saberse indispensable, cuando se apresuró a explicar cómo había dado con la chica. Supo de la existencia de la etíope, que se llamaba Sara, por casualidad, y se enteró de que estaba libre hasta el comienzo del curso universitario. También por casualidad, Dalit estaba al tanto de las virtudes de Sara, que había trabajado de ayudante en la guardería Wizo, donde los niños la adoraban. Y sabía asimismo que Sara estaba buscando casa y que no tenía dinero.

En pie junto a la cuna de Ido, Balilty cabeceaba.

–Es imposible hablar con ella, con tu amiga. Dice que no está segura, que no recuerda. Puede que siga bajo los efectos del sedante que le dio el médico. Si continúa así, tendremos que llamar a otro médico. Me da la impresión de que está a punto de perder la cabeza. He pensado en pedir ayuda a Elroi.

–¿Qué hay de las cuerdas? –preguntó Michael–. Lo demás no es tan urgente.

–Ahí está el problema –Balilty escudriñaba las baldosas del suelo–. No lo recuerda, y su hermano dice no saber nada. Ella no se comunica. Theo justo al revés. Si le das cuerda luego no hay manera de que se calle. Pero inténtalo tú con ella, sólo para ponerla en situación, lo básico. Luego hablamos.

–¿Estás partiendo de la base de que ha sido la misma persona en los dos casos? –preguntó Michael.

–¿Con qué me vienes ahora? ¿Crees que, así, por casualidad, dos personas distintas iban a matar a dos miembros de la misma familia en un periodo de tiempo tan corto? ¡No me hagas reír! –dijo Balilty, y luego preguntó qué había resultado del interrogatorio de Izzy.

En ese momento se abrió la puerta del dormitorio y apareció Dalit, una figura delgada en vaqueros. Cruzó los brazos bajo los pequeños senos y se reclinó, posando, contra el marco de la puerta.

–¿Sí? –dijo Michael.

–Pensaba que querrían... ponerme al día –dijo con una mezcla de vehemencia y vulnerabilidad, y se pasó una titubeante mano por el rubio cabello corto.

–Enseguida –dijo Balilty–. De momento, puedes preparar otra ronda de cafés.

–Su niña se ha despertado –anunció ella con una sonrisa forzada.

–Tengo que prepararle el biberón –dijo Michael. Y a Balilty–: Acompáñame a la cocina. Podemos seguir hablando allí.

–Ya los he preparado yo –dijo Dalit–. Dos biberones.

Michael le preguntó cómo, siendo tan joven, sabía preparar biberones.

–Nita me ha explicado cómo se hace –respondió Dalit con desenvoltura.

–No sé qué habríamos hecho sin ella –comentó Balilty admirativamente–. Esta chica es un tesoro.

–Tenemos cuidadora para los niños –dijo Michael en tono animoso a la vez que se sentaba en la cama de matrimonio donde reposaba Nita y le acariciaba la mano.

Estaban solos por primera vez desde el descubrimiento del cadáver. Cuando al fin Nita despegó los labios, su voz sonó ronca, como si hubiera pasado horas desgañitándose. Con los ojos fijos en la alfombra azul de pie de cama, musitó:

–Es como despertarse sobresaltado una y otra vez de una pesadilla. Como si estuviera haciéndose realidad.

Michael no comprendió de qué le hablaba y no dijo nada. Nita frotó el borde del edredón con la mano libre, sin retirar la vista de la alfombra.

–¿Quieres saber qué me resultó más difícil en el primer momento? –preguntó.

Michael asintió con un gesto. Ella alzó la cabeza y estudió la expresión de Michael, como para asegurarse de que realmente quería saberlo. Antes de volver a posar la vista en la alfombra, le advirtió:

–Lo que te voy a contar es espantoso –él redobló la presión sobre su mano–. No te lo había contado. No podía contártelo. No sabía cómo expresarlo. Ahora ya lo sé. Es algo que me ha atormentado durante mucho tiempo, durante meses, todos los días, casi a todas horas, minuto a minuto a veces, sobre todo hasta que nació Ido, pero después también. Una imagen recurrente, una pesadilla recurrente, una

especie de visión que nunca me abandonaba, ni dormida ni despierta. Era como ver una película. La tenía ante los ojos todo el rato.

Se quedó callada. Su mano, en la de Michael, estaba fría, pegajosa. Michael no se movió. Tras unos segundos de silencio, Nita dijo:

–Era la imagen de mi cabeza cortada. Me veía sujetando los extremos de una cuerda con las manos. Me la llevaba a la parte de arriba del cuello y tiraba con todas mis fuerzas. Luego veía cómo me cortaba el cuello. Era como si me desdoblara. Era la persona decapitada y, a la vez, la que decapitaba. La sangre comenzaba a manar, regueros de sangre, ríos de sangre, y mi cabeza se desprendía – se tragó un sollozo y quedó en silencio.

Michael inclinó la cabeza y cerró los ojos. Se estremeció. Abrió los ojos y la miró. Nita estaba inmóvil. Sus ojos seguían fijos en la alfombra azul, como si a ella hubieran afluido los regueros y ríos de sangre.

–Probablemente tiene algo que ver con la sensación de haber sido una imbécil, de merecer un castigo. Como si la estúpida cabeza mereciera que la cortaran por ser tan crédula a pesar de todo lo que sabía.

–Por eso dejaste de tocar durante tanto tiempo –Michael expresó en un susurro lo que acababa de comprender. Le dio la impresión de que lo decía a gritos.

–Por eso no tocaba –corroboró Nita–. Todos creían que estaba deprimida por el desengaño amoroso. Pero no era eso, sino que tenía miedo. ¡Me moría por tocar! No sabes cómo... Pero en cuanto veía el chelo, veía las cuerdas, y al verlas pensaba en la cabeza cortada, y eso acababa con el placer de la música. Ese miedo me ha echado a perder la música.

Conmovido, horrorizado, Michael se oyó decir:

–¿Por qué no me lo has contado antes?

–No podía. Aun antes de conocerte empecé a... pensé que me estaba librando de esa imagen. Luego, al aparecer tú, las cosas mejoraron. Cuando mi padre... cuando mi padre murió, comenzó a acosarme de nuevo. Pero me dije que desaparecería por sí sola. No podía, no podía expresarlo con palabras –alegó–. Era algo tan nítido y real que...

Michael soltó la mano de Nita y la miró: el tinte amarillento de su piel, los ojos hundidos en las cuencas, las oscuras medias lunas bajo los iris gris azulados perfilados en negro, la suave luz que la envolvía. Tenía los labios trémulos, profundas arrugas marcaban las comisuras de su boca. Una sombra retinta anegaba sus mejillas chupadas. Sólo le temblaba la barbilla. El resto de su rostro parecía tan apretado como un puño.

–Y hoy –susurró Nita–, al ver a Gabi, no ha sido sólo que Gabi... que Gabi... que ya no iba a tenerlo a mi lado, eso todavía no he empezado a asimilarlo; ni tampoco que la imagen que he visto no es como para olvidarla; además de todo eso, me dio la impresión de que estaba viéndome a mí misma en el suelo. De que

me habían plagiado la imagen, esa visión de la que nunca había hablado a nadie. Pero, de alguna manera, alguien estaba enterado de la imagen y la hizo realidad en Gabi en lugar de en mí. Por error. Lo de Gabi ha sido un error –Nita levantó la cabeza, se inclinó hacia Michael y lo miró a los ojos–: ¡Yo debería haber estado ahí tirada, con la garganta abierta! ¡Yo y no Gabi! –Michael volvió a tomarle la mano y sintió que las suyas se enfriaban. El terror crecía en él minuto a minuto–. Así, de pronto, vi cómo era en realidad. Qué habría ocurrido si lo hubiera hecho en realidad. Creo... me siento como si le hubiera enseñado a alguien a hacerlo. O... o como si lo hubiera hecho yo.

En ese preciso momento, el espanto de Michael comenzó a desvanecerse. La lucidez, una frialdad sobria, empezó a sustituirlo.

–¿A qué te refieres con que lo has hecho tú? –preguntó en un tono firme, distante–. ¿Lo has hecho tú?

–Creo que no –musitó Nita a la vez que levantaba la vista hacia él–. No podría haberlo hecho, digo yo. Es imposible, ¿no crees? No es posible que lo haya hecho sin darme cuenta, ¿verdad? ¿Verdad? –preguntó espantada mientras apretaba el brazo de Michael con todas sus fuerzas. Michael se había dividido en dos: uno de sus seres desbordaba de pánico, de terror, era presa de un torbellino de emociones contradictorias que apenas podía controlar, pero su otro ser preguntó con una voz fría, severa, comedida:

–¿De verdad crees que has sido tú?

–Ya te he dicho que no. Es imposible. Ya sabes cuánto quería a Gabi. Pero ¿cómo es posible que otra persona haya reconstruido con tanta precisión algo que estaba en mi cabeza y sólo ahí? No lo comprendo. Quizá la única respuesta posible es que lo hice yo inconscientemente.

–Inconscientemente –repitió Michael–. Inconscientemente –dijo de nuevo, y se quedó en silencio.

–Una vez oí una entrevista a un hipnotizador profesional –susurró Nita–, y decía que no se puede obligar a nadie a hacer algo de lo que está totalmente en contra, ni siquiera bajo hipnosis profunda.

–Es cierto –dijo Michael–. De eso no hay duda. Es un asunto que siempre se aborda al hablar de la hipnosis y sus posibles riesgos. Un hombre que no tenga tendencias homicidas no cometerá un asesinato si lo hipnotizan. Pero ahora tú no estás hablando de hipnosis sino de algo diferente. De lo que tú hablas sí hay precedentes. Se puede cometer un asesinato en un arrebato de locura y después olvidarse.

El rostro de Nita se demudó, sus manos temblaban.

–¿Es posible entonces? –susurró con voz ahogada–. ¿Que ocurra algo así? En ese caso, soy un peligro para todos y deberían... no me puedo quedar a solas con Ido, con los niños... –se puso en pie, asiéndose la garganta con ambas manos, y se

tambaleó. Michael se levantó a su vez y la sujetó con firmeza—. Tienes que detenerme, alejarme de aquí, porque puedo haber sido yo... debo de haber sido yo... —se le pusieron los ojos en blanco y empezó a convulsionarse.

Michael le pegó una bofetada y empezó a hablar a toda velocidad. Le parecía que todo dependía de lo que pudiera recordar sobre las pérdidas de memoria en circunstancias similares.

—¡Escúchame! —dijo secamente—. ¡Escúchame bien! ¿Me estás escuchando? —Nita no se movió—. Escúchame. Las cosas no son como tú crees. Conozco a un chico que mató a sus padres y a sus hermanos en un arrebató de locura. No recuerda nada. Nada de nada. Ni el momento en que empuñó el Uzi ni el instante en que los tiroteó. Se le han borrado veinticuatro horas de la memoria. No sólo el momento preciso, sino todo lo que lo precedió y lo siguió. Tu caso es distinto. Tú recuerdas todo lo que has hecho a lo largo del día. Vamos, cuéntame qué has hecho, verás cómo lo recuerdas. Todo lo que rodea al momento en que encontraste a Gabi. Habla despacio. Con respecto a los niños no tienes por qué preocuparte. No te voy a dejar sola, ni con ellos ni sin ellos —le posó la mano en el brazo—. Hasta que no hayamos llegado al fondo de este asunto, no te quedarás nunca sola —le prometió—. Pero ahora cuéntame todo lo que recuerdas hasta el momento en que viste a Gabi, y lo que ocurrió después. Todo, con detalle.

—¿Estás convencido de que no he sido yo? —musitó Nita con cierto alivio.

Su respiración se aquietó. Había superado la crisis de ansiedad. Ni el propio Michael sabía de dónde emanaba su certidumbre. Si Balilty lo hubiera oído, sin duda habría arqueado las cejas y habría soltado algún comentario sarcástico, y Shorer le habría dicho que quizá fuera una técnica muy ingeniosa, pero que él nunca había oído hablar de ese método. «¿Hasta qué punto la conoces?», le habría preguntado Shorer burlón. ¿Era acaso posible conocer a cualquiera hasta el punto de predecir todos sus actos? «Una vez más, te estás basando en la intuición», se decía Michael. «Y en cuanto se abra la menor grieta, todo se desmoronará como un castillo de naipes.» En *El sueño eterno*, Humphrey Bogart, en el papel de Philip Marlowe, se enamora de una asesina. Pero él no estaba enamorado, y Nita no era una asesina. Tampoco se encontraban en una sórdida oficina de detectives neoyorquina, y él no estaba hundido hasta los codos en botellas de whisky. Estaban en una casa normal y corriente. La lógica fría y penetrante de Balilty dominaba en la habitación contigua... y el llanto de un bebé. Philip Marlowe no tenía un bebé. Ni tampoco la mujer de la que se enamoraba. Y, además, él no estaba enamorado de Nita.

Nita empezó a hablar lentamente, concentrándose con todas sus fuerzas. Llamaron a la puerta.

—Ahora no —dijo Michael.

Nita se estremeció. Revivió paso a paso el ensayo. Después de describir la

interpretación del último movimiento del Doble concierto, dijo con esfuerzo:

–Y, a partir de entonces, no recuerdo nada.

Michael quiso que le hablara de cómo habían recogido los instrumentos, de quiénes se habían quedado en el escenario. Le preguntó si había reparado en que Gabi se retiraba detrás del escenario. Ella alzó las cejas en un gesto de concentración. Con una voz hueca, inanimada casi, dijo que no lograba recordarlo, y siguió hablando en un tartamudeo entrecortado, como en sueños. Juntó las cejas sobre su menuda nariz.

–¿Recuerdas haber visto en el escenario a Avigdor, el concertino, en esos momentos? –Nita lo negó con un desmayado gesto de la cabeza–. ¿O a la señora Agmon, la violinista que estaba buscando a Gabi?

–Nada –barbotó Nita, cubriéndose el rostro con las manos–. Nada. Se me ha borrado por completo.

–La señora Agmon quería hablar con Gabi de su marido –dijo Michael, tratando de refrescarle la memoria.

Pero Nita hizo un vehemente gesto negativo y dijo que tenía un agujero negro en la memoria. No tenía la sensación de haber andado por el escenario, no estaba segura de si era allí donde estaba en aquellos momentos, pero tampoco recordaba haber estado en ningún otro lado.

–Es como si fuera algo sucedido en la infancia –dijo lentamente–, algo de lo que en realidad no te acuerdas salvo por lo que te han contado, por lo que has visto en un álbum de fotos. No tiene nada que ver con haberlo experimentado de verdad. Es la impresión que me ha quedado hasta el momento en que... vi a Gabi –en ese instante, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas demacradas–. Hay toda una parte –dijo sollozando– que no recuerdo. Como si en medio se hubiera abierto un abismo –se puso rígida de pronto. Se enderezó.

–¿Qué te pasa? –preguntó Michael en tensión.

–Una vez... recuerdo... en un hotel de Columbus, Ohio, donde me alojé tras un concierto de música de cámara, vi en la televisión una película titulada Las tres caras de Eva. ¿Has oído hablar de ella?

–¿Las tres caras de Eva? –preguntó Michael atónito–. La conozco. Joanne Woodward, una interpretación maravillosa.

–Tiene dos personalidades, y una de ellas no es consciente de la otra. Me aterrorizó incluso entonces. No logré pegar ojo en toda la noche.

–Tenía un final feliz: una tercera personalidad terminaba por hacerse con la situación –dijo Michael como en un sueño, recordando que en el cine, su tío Jacques, el hermano menor de su madre, lo sentó en una butaca de madera en el centro de una fila, echó un vistazo a su reloj, le comunicó que tenía que hacer una llamada telefónica, prometió volver pronto y no regresó hasta las últimas escenas. Michael pasó un miedo espantoso.

—La Eva negra, la que sale de la Eva blanca, le pasa una cuerda por el cuello a su hija pequeña y trata de estrangularla —dijo Nita con aire ausente, y se rodeó el cuerpo con los brazos—. Por fortuna, cuando la pequeña chilla, aparece el marido, y entonces la mujer se desmaya y al volver en sí es la Eva blanca, el ama de casa que padece dolores de cabeza y no recuerda nada. Yo también he sufrido fuertes dolores de cabeza en este último año.

Michael le acarició el brazo sin decir nada.

—Eva le dice al médico que no ha hecho nada. No se acuerda de nada. Está convencida de su inocencia —dijo Nita agitada.

Michael recordaba el rostro de buena esposa de Joanne Woodward contorsionado de dolor, las manos aferradas al cuello de encaje. También se acordaba de cierto sombrero de pésimo gusto.

—Es una suerte que hayas visto la película —masculló Nita—. Al menos no piensas que estoy loca. El médico le explica que no está aquejada de una enfermedad mental, sino que tiene doble personalidad.

Michael callaba. Se recordaba viendo la película; la preocupación de que el tío Jacques no volviera y de que la butaca de al lado estuviera vacía; su primera experiencia de una gran interpretación.

—Estaba maravillosa —se oyó decir—. Totalmente convincente.

En un susurro ronco, Nita dijo:

—Lo importante es que se puede pasar de una personalidad a otra sin ser consciente de ello. Rodeó el cuello de su hija con una cuerda y tiró con todas sus fuerzas, así —Nita levantó los puños y separó los brazos.

—Nita —dijo Michael a la vez que fruncía la colcha con los dedos—. ¿Te acuerdas de que hace unos días se te rompió una cuerda y la cambiaste?

Nita asintió con un gesto.

—¿Recuerdas cuántas cuerdas de repuesto tenías?

—Ya me lo han preguntado —dijo con desesperación—. No recuerdo si tenía dos o tres. Una no, de eso estoy segura, ni tampoco cuatro.

Michael la condujo al cuarto de los niños y la hizo tomar asiento en la cama plegable, junto a la cuna de Ido. Sara, arrodillada en un rincón, desplegó su sonrisa sosegada, radiantemente blanca. No aparentaba más de trece años.

El dormitorio se convirtió en sala de reuniones.

—¿Cómo está? —preguntó Balilty, sentado junto a Michael en la cama de matrimonio. Luego comentó que la actuación de Dalit había sido excelente, pese a su falta de experiencia. Suspiró—. Theo van Gelden no recuerda cuándo se fue del escenario a telefonear, ni cuánto tardó —se quejó—. Da la sensación de que nadie tiene ningún móvil. Y tampoco hemos descubierto nada nuevo sobre Gabriel. ¿Has hablado con el tipo ese?

—Sí. Y ya tenemos su prueba poligráfica. Y también la respuesta del laboratorio

con respecto al esparadrapo.

—¿Y bien? ¿Me has pillado en un descuido? —dijo Balilty sarcástico.

—Y tanto que sí —respondió Michael, y observó, no sin regocijo, cómo el gordinflón rostro de Balilty quedaba petrificado.

—¿Lo dices en serio? —dijo al cabo Balilty. En sus ojillos relucía la desconfianza.

—¡Totalmente! —dijo Michael—. El esparadrapo tenía pegados restos de plumón.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Balilty, pero se notaba que los engranajes de su cerebro estaban girando a toda velocidad—. ¿Plumón?

—¡Plumón!

—¿Como el relleno de una almohada? ¿De un edredón? ¿Ese tipo de plumón?

—Sí.

—¿En el esparadrapo?

—En el trozo de esparadrapo con el que amordazaron a Van Gelden.

—¿De una almohada?

—Eso parece. Están comparándolo con el plumón de la almohada del viejo. Por la mañana tendremos más información.

—¿Estás tratando de decirme que primero lo asfixiaron con una almohada?

—No estoy tratando de decirte nada. Los hechos hablan por sí solos.

Balilty le dirigió una mirada rápida y luego miró hacia la puerta.

—¿Todavía no se lo has dicho?

—No, además es mejor que no se enteren todavía —le advirtió Michael.

—¡No, claro que no! —dijo Balilty. Parecía horrorizado—. ¿Qué puedo decirte? Menuda metedura de pata.

—Tú lo has dicho.

—Sí, sí, lo reconozco. ¿A ti no te habría pasado?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Michael—. Quiero pensar que no. Pero, con franqueza, no lo sé.

—Parecía un robo normal —arguyó Balilty—. ¿Cómo iba yo a suponer que primero lo asfixiaron y luego lo amordazaron?

—Las apariencias no valen de nada en nuestra profesión —exclamó Michael, y, al ver la expresión abatida de Balilty, se arrepintió de su tono autoritario y condescendiente—. Disculpame —dijo.

—Bueno, ya he reconocido que he tenido un descuido. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Replantéatelo todo desde el principio.

—Está bien, ya me lo estoy replanteando. Y mi conclusión es que debemos hablar de ello en la reunión de mañana. ¿Te das cuenta de que así quedan libres de sospecha? —preguntó señalando con la cabeza en dirección al cuarto de estar.

—¿Por qué?

—Tenían el concierto. Y antes todos estaban ocupados. No les faltan coartadas.

–Eso es lo que parece.

–Tú mismo llevaste a Nita a la peluquería antes del concierto. Eso es lo que me dijiste.

–Sí, pero no a sus hermanos.

–Uno de ellos ya no está en este mundo.

–Pero entonces sí estaba en este mundo. Y el otro está totalmente en este mundo. De momento, al menos.

–¿Crees que...? –Balilty parecía preocupado–. Tendremos que asignarles protección. Varios turnos. Veinticuatro horas al día.

–Eres tú el que dirige el equipo, ¿no es así?

Balilty asintió distraídamente.

–Pues dirígelo.

Balilty lo miró sin comprender.

–¿Por qué le das tanta importancia a eso?

–Porque si doy yo la orden de que se les ponga bajo vigilancia continua, podría comentarse que Nita y la nena son las únicas que me preocupan y cosas por el estilo.

–Ya ves –dijo Balilty–. Ya se te empieza a ver el plumero. Y esto es sólo el principio.

Quienes desean vivir al margen de la vida

El recuerdo del rostro de Joanne Woodward en *Las tres caras de Eva* volvió a asaltar a Michael en plena reunión, mientras Tzilla repartía entre los presentes, por orden –primero Balilty y luego Michael, y después Dalit, antes de Eli y Abraham–, los cafés y los bocadillos de tortilla que Zippo había traído del puesto yemení de la esquina de la calle Jaffa. Zippo había regresado de la misión sin aliento, resollante, y había depositado las bolsas en medio de la mesa. Sacó de una de ellas un pequeño recipiente, retiró la tapa de cartón con gesto ceremonioso y se empeñó en que todos aspirasen el aroma del auténtico hilibé yemení. Tzilla desvió la cabeza con repugnancia y él le recordó las virtudes medicinales de aquella olorosa especia, muy valiosa para potenciar la virilidad. Con la atención dividida, Michael observó el bocadillo envuelto en papel blanco y grasiento que Tzilla le ponía delante. Mientras contemplaba las manchas de grasa, vio la cara de Joanne Woodward ocupando toda la pantalla, imagen que no sabía a ciencia cierta si aparecía en la película.

La cara se crispó, se contorsionó, transformándose por completo. La protagonista de la película no tenía conciencia de lo que hacía, pensó Michael con pánico mientras la cara se difuminaba y él volvía a ver la mancha de grasa. Las personalidades de la mujer eran independientes. Convivían en un cuerpo, en un alma incluso, sin que la «buena» supiera nada de la «mala». Aunque había vuelto a ver la película hacía pocos años en la televisión, Michael apenas guardaba de ella un recuerdo vago. Pero la manera de hablar de la protagonista cuando interpretaba a su ser maligno le había calado hondo, y el eco de su risa de contralto, ronca y burlona, resonó ahora en sus oídos. Creía recordarla diciendo: «Ella no sabe nada de mí, pero yo lo sé todo sobre ella». En ese momento reparó en que estaba revolviendo y revolviendo el azúcar de su taza y derramando negras gotas sobre la documentación que había preparado Eli. Zippo zampaba ruidosamente y alababa la picante salsa verde a la vez que se la ofrecía a los demás con gesto generoso. Chascó los labios, mascó estruendosamente y se enjugó las puntas del bigote. Dalit estaba sentada entre Michael y Balilty, y este último, a la cabecera de la mesa, dirigía la reunión. Michael tuvo por un momento la impresión de tener a Dalit demasiado cerca, de que la distancia entre ellos se iba acortando, y le pareció que ella avanzaba el codo en su dirección y le rozaba con la rodilla como por casualidad. Quizá era por casualidad, se regañó a la vez que echaba un vistazo disimulado al perfil de la chica, que parecía totalmente ajena a sus contactos. Había

sido una buena idea hacer una pausa para tomar un café, pensó Michael mientras masticaba sin entusiasmo el bocadillo empapado en aceite de freír. El descanso había contribuido a disipar el ambiente de tensión que se creó tras el estallido de Bahar contra Balilty.

La infatigable jocosidad de Balilty era en verdad irritante. Incluso tras una noche en vela, no cesaba de soltar chistes ni de interrumpir a todo el mundo con comentarios irónicos sobre las almohadas de pluma.

Entre los papeles repartidos por Tzilla había un resumen del informe del laboratorio, y todos habían estudiado en silencio las fotografías ampliadas de las partículas de plumón. Esas partículas, adheridas al esparadrapo que sirvió para amordazar a Felix van Gelden, eran idénticas a las plumas de su almohada. Los comentarios de Balilty resultaban crispantes, entre otras cosas, porque delataban la vergüenza que le causaba su despiste.

Michael parpadeó para disipar el recuerdo opresivo de Las tres caras de Eva y trató de concentrarse en lo que se comentaba sobre la presunta muerte por asfixia de Felix van Gelden.

–No se requiere mucho tiempo ni mucha fuerza, un minuto basta –dijo Eli Bahar–. Con su enfisema, un minuto de presión con la almohada habrá sido suficiente. Podría haberlo hecho un niño, o una mujer, sin ningún problema.

–Lo que no entiendo es por qué tuvieron que matarlo si sólo pretendían robar el cuadro. Habría sido mucho más sencillo llevárselo cuando él no estaba en casa –dijo Michael.

Balilty asintió con la cabeza, masculló algo, se revolvió en la silla, y después señaló que el propio Van Gelden había encargado a expertos que examinaran el cuadro y que su autenticidad estaba fuera de toda duda, pigmentos incluidos. Luego preguntó con gesto preocupado si podían «concluir que los dos asesinatos eran obra de la misma persona». Sus ojillos se entrecerraron como si le molestara la luz.

–A la vista de la situación, la conexión entre ambos casos no está clara. Puede que Mashiah tenga algo que ver con el cuadro, quizá esté implicado –dijo Dalit con optimismo, y extrajo delicadamente una rodaja de tomate y una tira de pepino de su bocadillo. Señaló con la cabeza el pasillo de fuera, donde Izzy Mashiah aguardaba a que su ex mujer le trajera el pasaporte.

–Tantas complicaciones nos han hecho olvidar las preguntas más simples –dijo Balilty–. Como por ejemplo: ¿quién puede salir ganando? Me refiero al dinero, a las cosas más sórdidas. ¿Quién sale ganando? Aún no hemos visto el testamento de Gabriel, si es que existe. Enseguida lo sabremos. Pero algo es seguro: al quitar de en medio a Gabriel, lo que antes tenía que dividirse entre tres, la casa del viejo en Rehavia, la tienda, todo, se dividirá ahora entre dos. No sé de qué vive la hija. ¿De qué vive?

–De sus ahorros y de una asignación que le pasaba su padre. Pero tiene la intención de retomar la enseñanza, los conciertos y las grabaciones –respondió Michael fríamente, como quien facilita un dato histórico.

–Y su padre le dejó a ella el cuadro. Eso no hay que olvidarlo –dijo Balilty–. ¿Y él?

–¿Quién?

–El maestro.

–Yo en tu lugar no me preocuparía de él. Gana dinero a espuestas, no le falta nada.

–Y también tiene ex mujeres y gastos, igual que Izzy Mashiah, quien quizá será el beneficiario del testamento de Gabriel, si ha dejado testamento.

–Medio millón de dólares no son moco de pavo –reflexionó Zippo en voz alta–. Tienen su importancia.

–La prueba poligráfica demuestra a las claras que Izzy Mashiah no sabe nada del cuadro. Nada que no sepamos nosotros, al menos –señaló Eli secamente.

–Pero también demuestra a las claras, como tú has dicho, que su relación se había torcido, que habían tenido una crisis –les recordó Tzilla. La arruga de su labio superior se veía más pronunciada que otras veces, como si hubiera decidido hacerse indeleble, y confería a la boca una expresión adusta, severa.

–De eso tendremos que ocuparnos, esta misma mañana, tal vez –barbotó Eli, y dirigió la vista hacia Balilty, como en espera de una explosión. Esa cuestión había sido la causante del arrebató de ira de antes del descanso.

–¿Qué crisis? –había argumentado Balilty–. No es más que un pequeño desacuerdo que estás tratando de exagerar para crear una pista.

Eli había inflado los carrillos y expelido el aire ruidosamente. Lo que bastó para que Balilty perdiera el dominio y dijera:

–Ve acostumbrándote a la idea de que ahora soy yo quien está a cargo de la investigación, y yo no hago las cosas como su Majestad –y señaló con un movimiento de cabeza a Michael, quien no dijo nada.

–La dificultad la plantea –reflexionó ahora Michael, tras apartar los restos del bocadillo y encender otro cigarrillo, pese a su resolución de moderar el consumo de tabaco– el dinero que está en juego. Resulta difícil aceptar la idea de que el robo del cuadro no haya sido más que una maniobra de despiste. Que el asesinato de Felix van Gelden haya sido premeditado y motivado por otras causas.

Balilty lo miró largamente.

–¿Así lo ves tú? –preguntó con expresión seria y concentrada.

–Es una posibilidad que debemos tener en cuenta, incluso si ha sido alguien cercano a él, o precisamente por eso.

–¡No lo creo! –exclamó Dalit.

–Nadie te ha preguntado tu opinión –barboteó Tzilla con la vista fija en la mesa.

–No se me ocurre otra explicación si pensamos que el robo, que fue un trabajo bien planeado, profesional, basado en mucha información, se produjo justo cuando estaba en casa. Eso sin mencionar el hecho de que primero lo asfixiaron.

–¡Pero podría haber otra explicación! –protestó Zippo–. Tal vez el viejo los sorprendió con las manos en la masa.

–Tal vez –dijo Michael, haciendo una mueca.

–En todo caso, tú te empeñas en ver una relación entre los dos casos, lo que significa que la muerte del viejo también ha sido un asesinato premeditado –dijo Balilty.

–¿Y tú? –replicó Michael–. ¿De verdad desdeñas la relación entre ambos casos? ¿Se te ocurre una explicación mejor?

Michael vio que Balilty entornaba aún más los ojos, como si fuera muy consciente de las implicaciones del énfasis que Michael había dado a aquel «de verdad», como si estuviera leyéndole el pensamiento: «Tú también te empeñarías en ver una relación entre los dos casos si no hubieras cometido ese estúpido error».

–Si es así, hay que tachar a los dos hijos de la lista –meditó Balilty en voz alta–. Tienen coartadas para la hora en que fue asesinado el viejo –dirigió a Michael una mirada penetrante–. Y en cuanto a la hija –continuó, dirigiendo la vista hacia la ventana que tenía enfrente–, ella estaba en la peluquería. Relájate.

–No estoy tan seguro de que podamos tacharlos. En todo caso, ése no es el motivo de que considere que ambos casos están relacionados –replicó Michael enfadado; plantó el codo sobre la mesa y apoyó la mejilla en la mano, como si quisiera ocultar la tensión de su boca, la dolorosa compresión de las mandíbulas–. Y vuelvo a preguntar: ¿qué hay de las cuerdas?

Balilty suspiró.

–La hija no recuerda si tenía dos o tres cuerdas, ya lo sabes, y lo que yo opino, y ya lo opinaba ayer, es que debemos poner en el punto de mira a todos los que no tienen una cuerda de repuesto fina... No recuerdo cuál es, ¿cómo la llaman?

–La cuerda la. Pero antes hay que esperar a que llegue la respuesta del laboratorio –dijo Michael, y súbitamente sintió que la sangre se le congelaba en las venas y el corazón se le desbocaba. La había dejado sola con la nena. Pero no estaba sola, recordó. Y, además, se reconvino, no había sido ella.

–Ya tenemos la respuesta del laboratorio. La recibí a las cinco de la mañana. Era la cuerda más fina de un chelo –anunció Balilty abruptamente–. Ahora mismo la están comparando con las otras cuerdas de la hija. Usa unas cuerdas especiales.

Sólo el mascar de Zippo rompió el silencio que se hizo en torno a la mesa.

–Bien –dijo Michael pensativo. Sentía un gran vacío en su interior. ¿Y si hubiera sido ella? Si había sido ella, ya todo daba igual.

–La cuerda la de un chelo –repitió Balilty con la vista fija en Michael– es la

cuerda que estaba en el piano y la del asesinato. Ayer había allí otros ocho chelistas además de Nita. Y, gracias a que tuvimos el buen sentido de verificar el asunto de las cuerdas al interrogarlos, sabemos que sólo dos de ellos tenían cuerdas de repuesto de ese estilo –consultó rápidamente el papel que tenía en la mano–. Cuerdas la. Lo he comprobado en las notas de Tzilla esta madrugada. Buen trabajo, Tzilla. Pero todos declararon que seguían teniendo el mismo número de cuerdas que cuando salieron de casa. Así que ¿quién sabe?

–¿Qué tal una poligrafía? ¿Y si les hacemos a todos una prueba poligráfica?

Balilty suspiró.

–Sí, sí, ya lo haremos. Antes de nada el laboratorio tenía que confirmarnos si era el arma asesina, porque, gracias a Dios, como dice tu amigo Kestenbaum –lanzó una mirada a Michael–: «Todo contacto deja huella». Células, fragmentos de piel, yo qué sé. Lo importante es que lo han confirmado.

–¿Y Nita van Gelden? ¿Qué cuerdas de repuesto tiene en la funda de su instrumento? –preguntó Eli Bahar expectante.

–Ésa es la cuestión, no tiene las cuerdas re ni la. Sólo tiene... –Balilty volvió a consultar las notas–, la sol y la do, pero, según dice, le parece recordar que utilizó la cuerda la de repuesto hace unos días, y que tú... –señaló a Michael– estabas allí cuando se le rompió.

–Pero yo no sé –dijo Michael, cambiando de postura– si fue una cuerda la, re, sol o do la que se rompió. Estoy tratando de recordar si ella comentó algo, pero sólo recuerdo que me preguntó: «¿Es una quinta?». No dijo más que eso –declaró, y se preguntó si sería su imaginación o realmente veía desconfianza en los rostros de los demás–. Ni siquiera sé leer una partitura –dijo con voz ahogada–. Todos esos términos no significan nada para mí. Ni siquiera «quinta»... en realidad no sé qué significa.

Fue Balilty quien al fin rompió el opresivo silencio.

–No hay por qué apresurarse a sacar conclusiones –dijo en tono paternal–. Aun suponiendo, y no es más que un suponer, que la cuerda fuera suya, de su chelo, y eso no sé cómo puede demostrarse –tragó saliva–, aun suponiéndolo, cualquiera podría haber... –hizo una pausa–. Sobre todo cualquiera que estuviera en su casa, digamos...

–Si estás pensando en Theo –lo interrumpió Michael–, por regla general él nunca ha estado a solas con ella en la casa. Yo he pasado allí mucho tiempo últimamente y más o menos sé quién ha ido de visita. Podrían haberle sustraído la cuerda en el auditorio. Lo que no significa que Theo esté por encima de toda sospecha...

–Debemos verificar de nuevo la historia del maestro –desde que comentaran a primera hora de la mañana que Theo se había resistido a entregarles el pasaporte, Balilty se refería a él llamándolo el maestro («¿Cree que soñaría siquiera con salir del país en un momento como éste?», se había quejado Theo en casa de Nita. «Ni

siquiera iría a Japón», añadió sombrío, y volvió a mencionar sus compromisos en Extremo Oriente)–. Por lo que se refiere a Gabriel van Gelden, nunca lo sabremos.

–¿Qué es lo que nunca sabremos? –preguntó Zippo.

–Nunca sabremos dónde estaba cuando asesinaron a su padre –explicó Dalit, y su mirada rebotaba alerta entre Balilty y Michael.

–Claro que lo sabremos –aseguró Michael con firmeza–. Lo sabremos hoy.

–¿Cómo? ¿Cómo nos vamos a enterar? –inquirió Zippo, atusándose el bigote.

–Nos lo dirá su hermano. Theo lo debe de saber.

–¿Cómo lo sabes tú? –preguntó Balilty asombrado.

Michael no respondió. Intentaba reconstruir la situación y los sonidos que había oído mientras estaba en la cocina. Recordaba claramente que Theo imploró: «Puedes explicármelo a mí, por lo menos».

Una vez más, se hizo un silencio opresivo. Balilty tamborileaba con la pluma sobre la mesa, siguiendo un compás de tres por tres. Luego miró a Michael con suspicacia y dijo:

–Prosigamos.

Balilty dirigía las reuniones como si fueran rituales de la Pascua judía. Delegaba tareas, cedía el turno de palabra, se atenía a todas las normas prescritas, y de tanto en tanto le hacía una seña a Dalit y decía: «¿Has tomado nota de eso? ¡Toma nota!». Y Dalit asentía con vehemencia, mordisqueaba su bolígrafo con gesto de concentración y luego se inclinaba hacia Balilty y le susurraba unas palabras al oído. Sus asiduos esfuerzos por hacerse indispensable parecían ir rindiendo fruto. Michael se dio cuenta ya al principio de la reunión de que Balilty comenzaba a depender de ella. Había reparado en cómo Balilty deslizaba la mirada por sus nalgas y sus piernas mientras ella se ponía de puntillas para cerrar la ventana cuando estalló un alboroto entre las mujeres árabes reunidas afuera que reclamaban a unos arrestados desaparecidos, justo en el momento en que empezaban a repicar las campanas de la iglesia ortodoxa. Dalit lo tenía todo en la memoria. Ahora que Abraham les informaba sobre los guantes, el delgado semblante de la chica se volvió inescrutable mientras, con los ojos bajos, anotaba diligentemente todos los datos. Sus mejillas se veían hundidas bajo los prominentes pómulos, lo que le confería un aire austero, casi ascético. Imagen que se desvanecía, o al menos quedaba en entredicho, cuando uno se fijaba en su boca, cuando se contemplaban aquellos hermosos labios llenos que otorgaban una sensualidad sorprendente a su rostro. La barbilla puntiaguda casi desmentía aquella sensualidad, o al menos la teñía de cierta frialdad, de crueldad incluso. Michael se dio un toque de atención para prestar oídos a Abraham. Dalit abrió mucho los ojos y se retiró la mano de la barbilla.

–Cuéntales cómo era el sitio –le indicó a Abraham, como una esposa atenta le recuerda a su marido un detalle importante de un chiste que está contando–.

Háblales de la taquilla –le recordó luego, cuando Abraham apenas si había comenzado su relato.

–Ahora iba a llegar a ese detalle –dijo Abraham, y se sonrojó. Como siempre que se ruborizaba, las venillas azules de su cara se pusieron incandescentes y una de ellas empezó a palparle en la sien, y, como siempre que le embargaba la timidez, empezó a tartamudear.

Tzilla dirigió una mirada rápida, penetrante y hostil a Dalit, como si estuviera tomando nota mentalmente de que debía incluir aquella imagen en el expediente que estaba compilando en su contra.

–Pero no hay motivos para pensar que Margot Fischer esté implicada en el asunto –dijo Abraham, ya menos ruborizado–. Como he dicho antes, como os he contado, y como se demuestra en las pruebas poligráficas, todo el mundo estaba al tanto de la existencia de los guantes. Alguien debió de quitárselos.

Al principio de la reunión habían hablado mucho sobre aquella contrabajista, Margot Fischer, que llegó sin aliento, confirmó que los guantes eran suyos, quiso saber por qué estaban en manos de la policía y se refirió brevemente a una enfermedad crónica que padecía.

–La enfermedad de Raynaud, se llama –dijo Abraham–. Siempre tiene las manos frías.

La contrabajista había hecho alusión a las bromas de que eran objeto sus guantes de gamuza, que formaban parte del folclore de la orquesta. Se los había regalado una colega de la orquesta de la radio alemana, otra contrabajista que padecía problemas circulatorios. Margot Fischer era de corta estatura, con los brazos excepcionalmente largos, y Michael recordaba que prácticamente desaparecía tras su instrumento.

Abraham habló de sus manos, muy grandes y desproporcionadas con respecto al cuerpo.

–Pero no tan grandes como las de un hombre –observó Abraham, y añadió que los guantes debían de quedarle grandes–. Guardaba los guantes en su taquilla –dijo–, y todo el mundo lo sabía –luego explicó que las taquillas estaban junto a las oficinas–. No –dijo en respuesta a una pregunta de Eli–, cada cual tiene la llave de su propia taquilla, pero además hay una llave maestra. Ella no tiene ni idea de cómo pudieron salir los guantes de la taquilla, pero cuando la presionamos reconoció que puede que ayer se olvidara de cerrarla con llave, porque tenía otras preocupaciones.

Por la manera en que Abraham se inclinaba sobre sus anotaciones, se diría que le había cobrado cierto afecto a Margot Fischer y le daba credibilidad. El día del asesinato, explicó en nombre de la contrabajista, ella no había usado los guantes. Llegó tarde al ensayo y no le dio tiempo a detenerse en las taquillas. Theo van Gelden no soportaba los retrasos y siempre tenía listas unas palabras duras e

hirientes para quienes incurrían en ellos. Así pues, Margot Fischer se precipitó al escenario con las manos desnudas y forzó los rígidos dedos hasta que se calentaron y ya no echó en falta los guantes.

–Los días malos –dijo Abraham compasivo– tiene que dejárselos puestos hasta que le llega el turno de tocar.

–Dentro de los guantes no había sangre ni huellas dactilares – se lamentó Balilty–. En el laboratorio opinan que debieron de usar otros guantes de plástico debajo, o quizá una bolsa de plástico. Encontraron un pedacito de plástico dentro, demasiado pequeño para revelar huellas, pero quizá estaba ahí por casualidad. Era muy pequeño –concluyó mirando por la ventana.

–Pero no has comentado nada de las relaciones de Fischer con la víctima –señaló Zippo dramáticamente. Se mordisqueó el labio inferior con sus dentarrones amarillentos a la vez que consultaba las notas que tenía delante.

–No tiene mucho contacto con los demás músicos –explicó Abraham–. Les saca unos cuantos años a la mayoría de ellos. Si la vierais os daríais cuenta de que no puede interesarle relacionarse con ellos. No es... como los demás. Es un poquito rara. Eso que antes se llamaba una solterona chiflada. Tiene un no sé qué de infantil. Parece una solitaria. Theo van Gelden la llama Glenngoulda –dijo tímidamente, como si estuviera traicionando una confidencia a su pesar–. Ella me explicó que la llama así por un famoso pianista que se cuidaba mucho las manos y siempre llevaba guantes. Negros. Ya ha muerto. Me dijo que el pianista se volvió loco, pero tenía las manos aseguradas en millones de dólares.

–No sabemos mucho de ella –indicó Tzilla–. Los guantes son suyos. En este mundo ocurren cosas muy raras, puede que haya actuado como cómplice de otra persona.

–No hay ni que pensar en eso, te lo aseguro –dijo Abraham.

–No han encontrado huellas en el interior, pero la cuerda rasgó el cuero –les recordó Balilty–. Y tenemos como pista ese trocito de plástico.

–Yo he hablado con ella –intervino Eli Bahar–. La interrogué sobre sus relaciones con los hermanos Van Gelden. Me dio la impresión de que no da el tipo. Se ve enseguida que no se complica la vida. Es sencilla, como una kibbutznik. Esa especie de mujer que vive sola con su madre enferma. Por eso fue al aeropuerto, para recoger al hermano de su madre, que viene de América un par de veces al año para visitarla.

–Sí –se apresuró a ratificar Abraham–, eso también lo hemos verificado. Se marchó en cuanto terminó el ensayo, porque llegaba tarde al aeropuerto. Es decir, creía que llegaba tarde. Pero el avión se retrasó hasta altas horas de la madrugada. Una avería en un motor. Hemos verificado la hora de llegada y la lista de pasajeros.

–Quería pasar a ver a su madre después del ensayo, pero renunció a la idea

porque llegaba tarde –añadió Eli Bahar–. Se ve que no es el tipo de persona que pueda involucrarse en nada extraño. Es una mujer responsable –explicó.

La mirada de Balilty oscilaba entre Eli y Abraham.

–¿Os habéis quedado colgados de ella o qué? –dijo bruscamente–. Estáis hablando como quinceañeros, los dos. Pero ¿qué pasa aquí? Todo el mundo se enamora de la persona a quien tiene que investigar –echó una rápida ojeada a Michael y se volvió hacia otro lado–. Llegó a casa tardísimo y dejó en la estacada a su madre, y a nosotros también.

–¡Pero si fue a ella a la que dejaron en la estacada! –protestó Eli Bahar–. Lo que le pasó –explicó en tono ofendido– fue que tuvo que quedarse en el aeropuerto hasta que llegó el vuelo de su tío. Estuvo allí horas y horas, sin saber cuándo podría regresar. Cuando por fin llegó a casa, estábamos esperándola a la puerta, en un coche patrulla, y se asustó creyendo que le había pasado algo a su madre, que llevaba sola muchas horas. Se le veía a la legua, no sabe nada de nada –aseguró.

–Y luego, cuando se lo contamos –prosiguió Abraham–, se vio que para ella era un golpe, estaba claro que hasta entonces no se había enterado del asesinato de Gabriel van Gelden.

–Le tenía afecto y lo admiraba mucho, y dio el visto bueno a la prueba poligráfica sobre la marcha –lo interrumpió Eli–. Estamos perdiendo el tiempo con ella, creedme. Era evidente que no sabía nada de nada y que estaba disgustada. No tiene ningún móvil. Si hasta había aceptado participar en su grupo, en el nuevo, ese grupo barroco del que nos has hablado –le explicó a Michael–. Aquí está su declaración, mirad lo que dice –se inclinó sobre los papeles que tenía delante y los hojeó–. ¿Dónde estará? La tenía aquí mismo.

–«Su concepción de la música antigua me parece muy interesante y atractiva» –leyó Tzilla de su copia–. «Y consideraba un honor trabajar a las órdenes de Gabriel van Gelden» –Tzilla alzó la vista y miró a su alrededor–. ¿A qué se refiere exactamente con eso de «concepción de la música antigua»? –preguntó con la vista puesta en Michael.

–Ya nos lo explicará en otro momento –intervino Balilty con frialdad–. Es algo de la música, una especie de teoría. Lo que nos interesa es que le confiscaste el pasaporte.

–Tenemos que averiguar si los guantes le quedan bien a alguien –reflexionó Tzilla en voz alta.

–No se trata de un par de zapatos. Son unos guantes grandes, pueden quedarle bien a cualquiera –dijo Abraham.

–No tenemos el menor motivo para sospechar de ella –insistió Eli Bahar.

–Pero no hay que olvidar que, a veces, las personas que parecen haber renunciado a la vida y a todo, también hacen cosas inesperadas –opinó Dalit, y estiró los brazos. Sus pequeños senos se alzaron bajo la ceñida camiseta.

–¿Qué cosas? –preguntó Tzilla, y su expresión hostil reveló algo muy próximo a la curiosidad.

–Las personas sepultan sus deseos durante años y años, se tragan los insultos, y de pronto estallan –explicó Dalit con gesto lánguido–. Una vez tuvimos una vecina... De pronto, un día, sin previo aviso, cuando ya todo el mundo había dejado de pensar en ella como en un ser humano, cuando sólo se dedicaba a cocinar, a limpiar y a sentarse a remendar ropa delante de la tele por la noche, un día se puso en marcha y...

–¿Cuándo vas a ver a Shorer? –le preguntó Balilty a Michael.

–Hoy mismo, si su hija no se pone de parto –dijo Michael, cabeceando, a la vez que emitía un suspiro inaudible–. O si da a luz y todo sale bien. Tengo que llamarlo por teléfono.

–Tenemos que encontrar al socio de la tienda de música, ése del que nos hablaste –dijo Tzilla.

Michael asintió con la cabeza.

–No era un socio, sino un empleado –explicó, y dirigió una mirada interrogante a Balilty.

–¿Qué hizo esa vecina tuya? –le preguntó Tzilla a Dalit.

–Se escapó de casa –repuso Dalit a la vez que engullía el último trozo de su bocadillo–, con todos los ahorros de la familia. Su marido la estuvo buscando durante muchos años.

–Estamos buscándolo –dijo Balilty, y se encogió de hombros–. No es fácil dar con alguien que vive solo y no habla con los vecinos. Todas las personas implicadas en este caso son especiales, diferentes. ¡Artistas! –infló los carrillos–. Pero este viejo ni siquiera es artista. Su piso está cerrado a cal y canto, como si llevara años deshabitado.

–Desapareció hace bastante tiempo –dijo Michael, y oyó en un eco la voz de Nita exigiendo que le comunicaran la noticia a Herzl–. Hace meses que nadie sabe nada de él.

–Tampoco asistió al entierro del padre –dijo Balilty–. Estuvimos muy atentos.

–Y tenía la llave de casa de Van Gelden –interpuso Eli–, del padre, quiero decir.

–Es fundamental encontrarlo –concluyó Balilty.

–¿Quién se va a encargar de eso? –preguntó Zippo.

–Tú –repuso Balilty–. A partir de ahora, es tarea tuya. Dalit te dará todos los datos.

–Localizar el cuadro va a ser imposible –en la voz de Tzilla sonó una nota desesperada–. Puede que ni siquiera lo hayan sacado del país. Podría estar en cualquier sitio, incluso en el armario del empleado ese, Herzl.

–No sabemos nada con seguridad –masculló Eli–. Apenas tenemos datos. Podría

ser al contrario. No hemos hablado con suficientes personas. Aún no hemos recibido el informe oficial del laboratorio.

–¿Qué significa que puede ser al contrario? –preguntó Dalit a la vez que se enderezaba.

Eli Bahar bajó sus largas pestañas.

–Nada especial –repuso, enjugándose la cara–. Se me ha ocurrido otra posibilidad; que alguien supiera que Gabriel estaba al tanto de lo del cuadro, del robo y el asesinato, y que el culpable se haya puesto nervioso y haya querido eliminarlo... Pero aún no tenemos datos de los que se pueda deducir eso.

–¿Y llegó a encontrarla el marido? –le preguntó Tzilla a Dalit de un lado a otro de la mesa.

–En Bogotá, ni más ni menos –repuso Dalit a la vez que recogía las miguitas en el envoltorio del bocadillo–. Había montado un taller de costura, con empleadas a su cargo. Se había convertido en una señora.

Por el aire distraído con que Balilty asignó y explicó las tareas; por la pregunta: «¿Y yo qué, qué quieres que haga?», planteada por Dalit, y por su gesto de desencanto al recibir la respuesta de Balilty: «Tienes que volver ahí, ahora mismo, no podemos dejar solos a los Van Gelden tanto tiempo»; por la flagrante candidez de los esfuerzos de Balilty por aplacar a Dalit elogiando su capacidad para escuchar, con la que lograría que «el maestro y su hermana hablasen»... por todo esto, Michael tuvo la impresión de que la reunión se desintegraba, se agotaba sin que se hubiera llegado a ninguna conclusión. Al oír que llamaban a la puerta, supo que había llegado el final.

–Ahí fuera está una tal Ruth Mashiah que pregunta por usted –le dijo a Michael desde la puerta un policía uniformado–. Dice que han requerido su presencia y la de su marido.

Michael echó una ojeada a Balilty.

–¿Nos encargamos los dos del asunto? –preguntó Balilty.

–¿Por qué no?

–Cuatro ojos ven más que dos –dijo Balilty mientras se levantaba despacio de la cabecera de la mesa–. ¿Ha traído el pasaporte del marido? –preguntó al policía, quien indicó con una mueca que no tenía ni idea.

–Está lleno de periodistas –dijo el policía de uniforme–, cámaras de televisión, reporteros, de todo. Uno ha pasado aquí toda la noche.

–Esto de que la inspección tenga tan ocupado al comisario nos está dando muchos quebraderos de cabeza. Si él estuviera aquí ya habría concedido una rueda de prensa. ¿Te encargas tú de hablar con ellos? –le preguntó Balilty a Michael.

–Ni lo sueñes –repuso Michael con gesto horrorizado.

–¿Entonces me toca a mí? –preguntó Balilty sin el menor entusiasmo–. Hablar con la prensa no se me da bien, y, además, no quiero ver mi cara en todos los

periódicos –barbotó. Su mirada vagó por la mesa y fue a posarse en Dalit. Se detuvo y tensó los labios con aire pensativo.

–Tiene que ser alguien con mucha experiencia –se apresuró a señalar Michael.

–Bahar, ¿te haces tú cargo de la prensa? –preguntó Balilty.

–No es el procedimiento regular –se quejó Eli Bahar–. Por lo general es responsabilidad del jefe del equipo.

–¿Quién lo ha dicho? –le espetó Balilty–. Podemos tomar nuestras propias decisiones sobre los procedimientos. ¿Te haces cargo o no?

Eli se levantó sin despegar los labios.

–Díales que esperen fuera, a la entrada –le ordenó al policía uniformado.

Pero no esperaron fuera. Las cámaras se dispararon en cuanto se abrió la puerta, un fogonazo cegó por un instante a Michael, quien desvió la cara mientras se abría paso a codazos entre la muchedumbre, sintiendo una quemazón en el pecho y la certidumbre cada vez más clara de que todo iba a salir a la luz, incluida la cuestión de la niña. Balilty lo siguió con expresión severa, ambos sordos a las preguntas con las que los bombardeaban, y, sin prestar atención a los gritos de «¡El público tiene derecho a informarse» y «¡Es un director de fama mundial!», llegaron al despacho del fondo del pasillo donde Izzy Mashiah esperaba a que su ex mujer llegase con su pasaporte.

Durante su interrogatorio, que concluyó a las cuatro de la mañana, Izzy había dicho que su ex mujer tenía una llave de su casa. Su manera de hablar con ella por teléfono, murmurando por el auricular, la cabeza inclinada y de espaldas a Michael, aparentando estar solo, indicó a éste que se apreciaban y compartían una responsabilidad mutua. «Somos muy amigos», había explicado Izzy Mashiah cuando se empeñó en llamarla y despertarla una hora después de que terminara el interrogatorio, para que no se enterase de la muerte de Gabriel van Gelden por los periódicos o las noticias de las seis de la mañana, que siempre escuchaba compulsivamente. Michael le hizo una seña a mitad de la conversación, Izzy levantó la cabeza, dijo: «Perdóname un momento», escuchó a Michael y repitió por el teléfono la petición de que le trajera el pasaporte.

–No sé para qué –le oyó decir Michael en voz muy alta, indignada, para que él lo oyera bien–. Si lo quieren, por algo será. Eso lo sabes tú –dijo con énfasis–, pero ellos no. ¿Por qué iban a saberlo?

Izzy habló de otros temas con su ex mujer, mencionó a una tal Irit, a quien debían comunicarle con delicadeza la muerte de Gabi.

–¿Quién es Irit? –preguntó Michael cuando Izzy colgó, la mano oscilando sobre el aparato como si estuviera a punto de marcar de nuevo.

–Mi hija –dijo Izzy, y se cruzó de brazos como para demostrar su resignación

ante la perspectiva de pasarse las horas en espera de la llegada de su ex mujer y de su pasaporte.

Ahora Michael escudriñaba a la mujer menuda que los miró a los ojos, primero a él y luego a Balilty. Tenía unos ojos castaños pequeños y rasgados, enmarcados por arrugados párpados que pugnaban por mantenerse abiertos, y rodeados de un entramado de finas arrugas. Éstas cubrían también sus mejillas, moteadas de pecas, que salpicaban profusamente su naricilla. Todo en ella era pequeño y arrugado, salvo una zona lisa en torno a su boca. Tenía el pelo castaño claro, corto y rizado, entreverado de gris. Sus apergaminadas manos, punteadas por manchitas de un marrón dorado, descansaban sobre la mesa metálica del despacho, y sus dedos, finos y cortos, de uñas pálidas y aplastadas, tamborileaban sobre ella como sobre un teclado.

Al entrar en el despacho con Balilty, Michael había advertido que la mujer retiraba una mano de las de Izzy y la dejaba sobre la mesa. Sus dedos, incluido un pulgar con la uña amoratada, comenzaron a moverse en cuanto Michael tomó asiento frente a ella. La mujer señaló un sobre que tenía delante.

–El pasaporte de Izzy, tal como me lo ha solicitado –dijo, y dirigió a ambos hombres una mirada de declarada curiosidad. Un fogonazo de rabia alumbró fugazmente sus ojos rasgados y se frotó la frente como si quisiera borrar una mancha invisible.

–Señora Mashiah –dijo Balilty, y ella dejó de frotarse la frente–. También tenemos que hablar con usted.

–Sí, cómo no –dijo ella con voz clara y juvenil–. Ya me lo imaginaba –agregó enfadada, y apretó los labios. Luego los despegó para decir–: Pero tendrán que disculparme si no me concentro mucho –y miró a Michael a los ojos–. Porque me he resbalado en la bañera y me he hecho daño y, además, desde anoche tengo un dolor de cabeza horrible –se señaló el centro de la frente–. Y después, al saber lo de Gabi... –enmudeció, extendió las manos sobre la mesa, miró a Balilty y se quedó a la espera.

Izzy emitió un largo suspiro. Fue el único sonido que se oyó en el despacho durante unos segundos. La señora Mashiah miró en derredor, expectante.

–Entonces, ¿querían hablar conmigo? –dijo con voz autoritaria e impaciente.

Aquella voz le sonó familiar a Michael, creía haberla oído recientemente en un contexto muy distinto. Y esa sensación se hizo más intensa cuando ella añadió un apremiante: «¿Y bien?». Balilty se lanzó primero. Sacó unos formularios de un cajón del archivador. Michael conocía esa técnica, él mismo la había utilizado en más de una ocasión. Balilty se sentó despaciosamente, extrajo un rotulador del bolsillo de su camisa y comenzó a preguntarle los datos personales. Ella comunicó pacientemente su nombre, dirección y ocupación. Oírla decir «asistente social» refrescó la memoria a Michael. De pronto tuvo la clara sospecha de que ya sabía

dónde había oído su voz. Con excepcional alarde de formalidad, tal como solía conducirse cuando no pisaba terreno firme, Balilty le preguntó dónde trabajaba. Ella respondió con una sonrisa amable:

–Soy la directora de la Agencia de Bienestar Infantil del Departamento de Asuntos Sociales.

La mano de Balilty, gruesa y sólida, se detuvo sobre el formulario. La habitación comenzó a girar sobre sí misma. Balilty ni siquiera miró a Michael de reojo. Y esa falta de contacto visual delató sus pensamientos. A Michael le costaba concentrarse para recordar lo que sabía de la directora de Bienestar Infantil. Sólo podía basarse en los informes de la sargento Malka, transmitidos por Tzilla, y en una conversación telefónica muy breve. Había tenido lugar antes de la primera visita de la enfermera Nehama, y Michael recordaba la voz clara y juvenil y el tono autoritario a la par que tranquilizador con que le había hablado. Según Tzilla, Malka sentía un respeto rayano en el temor por la directora, y no cesaba de hablar de lo inteligente que era. Michael le había descrito a Balilty la Agencia de Bienestar Infantil como un organismo amenazador, siniestro casi. De la enfermera Nehama no le había contado nada.

Justo antes de la reunión matinal, Tzilla había respondido a la mirada de ansiedad de Michael diciendo:

–Sin novedad. Aún no han descubierto nada –le dijo de mala gana y con amargura, para expresar una vez más los reparos que le inspiraba el asunto.

–De todas formas, ahora no servirá de nada. Me quitarán a la niña aunque no encuentren a la madre.

Y Tzilla se encogió de hombros como quien dice: «La culpa es tuya».

–Aun cuando no estuviera trabajando en el caso. Por mi mera relación con Nita. Ahora no puedo alegar que estoy criando a la niña. Pase lo que pase, estoy perdido.

La expresión de Tzilla se dulcificó.

–Malka me ha dicho que aún no ha recibido noticias de la Agencia de Bienestar Infantil –dijo en tono alentador, queriendo suavizar las críticas previas.

–No lo ha anotado –le advirtió Ruth Mashiah a Balilty, y volvió a frotarse la frente.

Balilty se inclinó precipitadamente sobre el formulario y garrapateó unas notas. Luego alzó la cabeza, miró a Michael y dijo:

–Me voy a llevar a este caballero a otro despacho para poder charlar a solas, ustedes quédense aquí –habló en un tono conspiratorio, como si estuviera despejando el campo para un encuentro íntimo, incluso romántico. Michael estaba a punto de protestar, pero Balilty le dirigió una mirada admonitoria y señaló la puerta con un gesto.

–Tendrán que disculparnos un momento –se apresuró a decir Michael.

Se levantó de un salto y salió seguido de Balilty. En el pasillo, conferenciaron en susurros, y luego Balilty, después de girar la cabeza en todas direcciones como una veleta y de echar un vistazo al rellano superior de la escalera, alerta ante posibles peligros, dijo sin mirar a Michael:

—No estoy dispuesto a meterme en esto. Primero pon los asuntos en orden con ella, o manda a alguien en tu lugar, a Tzilla, por ejemplo. Si no lo haces, me interrogará sobre tu relación con Nita y al final me la cargaré yo. Sabe cómo te llamas, no se le escapa nada. Tú mismo la has visto... no hay quien la engañe. ¿Cuándo vas a ver a Shorer?

—Shorer no va a resolverlo. Es demasiado tarde para que Shorer haga nada —dijo Michael con amargura—. Ya no hay quien lo arregle. Pero quiero que me digas si lo sabías.

—¿El qué? —preguntó Balilty confuso—. ¿Si sabía qué? ¿Que te iban a quitar a la niña?

—No, que era la directora de la Agencia de Bienestar Infantil.

—¿Te has vuelto loco? —replicó Balilty ofendido—. ¿Cómo quieres que lo supiera? ¿No has visto el susto que me he llevado? Tú mencionaste un apellido distinto, nada que ver con Mashiah. ¿Quieres que le pida a Tzilla que la interroge?

—No —dijo Michael, y una serenidad extraña, onírica casi, descendió sobre él. Un sentimiento fatalista—. Haremos lo que tú has dicho. Tú comentas con él los resultados de la prueba poligráfica y yo hablo con ella. No veo la dificultad por ningún lado. Me considero perfectamente apto para interrogarla.

Y así lo hicieron. Izzy Mashiah siguió a Balilty cabizbajo y, al llegar a la puerta, dirigió una mirada de desesperación a su ex mujer, que lo tranquilizó con un gesto como quien da ánimos a un niño al que se deja en el colegio por primera vez. Luego se frotó la frente y se volvió para mirar a Michael. Durante unos minutos guardaron silencio, luego ella lo rompió al decir con mucha calma:

—Izzy me ha hablado de usted. Yo conozco su caso desde otro punto de vista. ¿Es usted la persona que vive con Nita van Gelden y su hijo y la niña que encontró? —planteó la pregunta con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo—. En vista de su interés en el caso, me sorprende verlo implicado en la investigación. En nuestra profesión somos muy estrictos a la hora de separar la vida privada del trabajo. ¿No lo consideran también importante en la policía?

Michael no dijo nada.

—Ya que sabe a qué me dedico, sería de esperar que respetase mis horarios y no me tuviera aquí durante horas y horas. Es evidente que Izzy no tiene nada que ver con este asunto, y yo tampoco, desde luego.

—Yo la conozco como Ruth Zellnicker, no como Ruth Mashiah —dijo Michael a la defensiva.

—Es mi apellido de soltera. Entré en la agencia antes de casarme y me siguen

conociendo por ese nombre –explicó a la vez que se enderezaba.

–¿Estuvo en algún momento en las inmediaciones del auditorio ayer, día del asesinato? –preguntó Michael como si ella no hubiera dicho nada–. ¿Vio ayer a Gabriel van Gelden?

Ruth Mashiah lo miró con gravedad y ladeó la cabeza. Tenía un cuello largo, fino y muy arrugado. Luego respiró hondo, se recostó en el respaldo y empezó a hablar. Sí, había estado cerca del auditorio la víspera, por la mañana. Por lo visto, a la hora del ensayo.

–Pero no entré –dijo con énfasis–. Y la última vez que vi a Gabriel fue... hace unos días, una semana quizá, acerqué a mi hija a su casa. Y le llevé unos libros.

Como tenía el coche en el taller y necesitaba salir de la ciudad, explicó, fue a recoger el coche de Izzy al auditorio, porque ese día lo estaba utilizando Gabi. Para facilitar las visitas de su hija, ella tenía un juego de llaves del coche de Izzy y también la llave de la casa de la pareja. Sus relaciones con Gabi eran muy correctas, añadió, e incluso le tenía afecto. Irit, su hija, estaba muy unida a él. Ella no había hablado mucho con él. A Theo apenas lo conocía. Sólo lo había visto una vez, en la celebración de la circuncisión del hijo de Nita. Gabi solía consultarle su opinión con respecto a Nita, y lo había hecho sobre todo durante el embarazo, cuando Nita parecía a punto de venirse abajo. «Me contó que había abandonado completamente la música, y eso nunca había sucedido antes.» Ella se había mostrado en contra de un aborto, sobre todo debido a la edad de Nita. «No es conveniente abortar la primera vez que te quedas embarazada si ya tienes treinta y siete años. Además, Nita deseaba tener el niño.» Había hablado con ella y le había sugerido que solicitase ayuda profesional, psicológica, ese tipo de cosas.

A Felix van Gelden no lo había conocido. Lo había visto alguna vez pero sin llegar a hablar con él. «Excepto en la tienda», añadió con un leve y sarcástico encogimiento de hombros. Como era una buena chica, que escuchaba música y tocaba el piano, iba a comprarle la música a él. Además recordaba a la madre, la había impresionado mucho por su altura y su pelo rubio recogido hacia atrás en un moño. «Tenía planta de aristócrata», reflexionó en voz alta. «¿No conocía usted a la madre?»

Michael negó con la cabeza. Decidido a que la conversación no se saliera de los límites marcados por el caso, mantenía a raya todo indicio de familiaridad, pero, mientras la escuchaba con esfuerzo, mucho se iba temiendo que no tardarían en saltarse esos límites.

Estaba conmovida, cómo no, dijo Ruth Mashiah con su gutural acento sabra³ y la franqueza que había caracterizado su manera de hablar desde el principio. Pero no se podía permitir dar rienda suelta a sus sentimientos en un momento así, estando Izzy al borde del colapso. Miedo le daba pensar cómo iba a asimilar la muerte de Gabi, sobre todo una muerte así, considerando lo unido que estaba a él.

Por su parte, prosiguió, ella había presenciado tantos horrores, en el trabajo y fuera de él, que para ella era una segunda piel mantener las distancias y ser reservada en la expresión de sus sentimientos. «Y a veces incluso en el propio sentimiento», añadió con una sonrisa que rejuveneció su rostro al apretar el entramado de arruguitas de sus mejillas y poner un centelleo en sus ojos, revelando de pronto el encanto juvenil que antaño debió de poseer. «Puedes llegar a trastornarte si no tienes cuidado», dijo, y la sonrisa se desvaneció. A pesar de que Izzy era relativamente joven –ella le sacaba unos cuantos años–, continuó con voz preocupada, padecía graves problemas de salud.

–Se derivan en parte del asma y las alergias que sufre. La gente no sabe hasta qué punto puede ser grave el asma. Mortal, a veces.

–Cuénteme, por favor –dijo Michael–, cómo han logrado mantener una relación tan amistosa. ¿No le molestó que la abandonara por un hombre?

Ella adoptó un aire pensativo.

–¿En contraposición a que me abandonara por una mujer, quiere decir? –preguntó.

Michael la miró y vio que sus ojos lo observaban con gran seriedad.

–No lo sé –reconoció, consciente del interés que le había suscitado la pregunta de Ruth Mashiah–. En parte, quizá. Pero, en general, me refería al hecho de ser abandonada. Por cualquiera.

–No sé si tiene importancia que el agente externo sea un hombre o una mujer. Supongo que sí. Aunque, a decir verdad, en nuestro caso al menos, la dificultad principal fue dismantelar una estructura de vida, deshacer la familia.

–Continúe –dijo Michael.

–Por lo que se refiere a la relación de hombre y mujer, o, dicho de otro modo, al aspecto romántico, nuestro matrimonio se había agotado mucho antes de que Izzy conociera a Gabi. Éramos buenos amigos, nada más. En cuanto se conocieron supe lo que iba a pasar, desde el principio. Pero eso está relacionado con cuestiones íntimas en las que no quiero entrar ahora. Sólo estoy dispuesta a decir que la separación me permitió, o me obligó, más bien, a realizarme como persona y a enfrentarme a mi propia realidad. Izzy nunca me engañó. No tengo motivos para guardarle rencor –volvió a frotarse la frente, se estiró la comisura de los ojos, como si pretendiera enderezarlos, posó las manos en el regazo, ladeó la cabeza y dijo–: Usted está divorciado.

Michael asintió con un gesto. Muchos años atrás había comprendido que, con objeto de crear un ambiente de franqueza en un interrogatorio, y en especial en uno de aquellas características, era necesario que él también se abriera.

–¿Tiene hijos?

–Un hijo. Ya es mayor.

–¿Cuántos años tenía cuando se divorciaron?

–Seis.

–¿Y lo ha criado usted?

Michael se encogió de hombros.

–En parte. Todo lo posible.

–Un divorcio hostil –dijo ella comprensiva–. No fue una separación amistosa.

–No particularmente –reconoció Michael–. Pero en estos últimos años... la situación ha mejorado.

–Pues bien, a usted le resultará difícil comprenderlo. El caso es que nuestra hija ha sido un factor decisivo. Había que hacer un esfuerzo por ella. Y, además, básicamente nos tenemos afecto –tomó aliento y agregó–: Y todos estos años, hasta que conoció a Nita, ¿ha vivido solo?

–Más o menos. Ha habido unos cuantos experimentos fallidos –respondió Michael sin pensarlo. Por un momento, el rostro de Avigail revoloteó tristemente ante sus ojos. Luego se desvaneció.

Ruth Mashiah lo miraba con los ojos muy abiertos.

–Quiere quedarse con la niña –dijo al fin.

Michael intentó tragar saliva. Tenía la boca como la lija. Asintió con un gesto.

–¿Y usted no es el padre del hijo de Nita?

–No, no lo soy –reconoció.

–De hecho, lleva muy poco tiempo con Nita. Nita se lo contó a Gabi y él se lo contó a Izzy. No sabía que Izzy me lo contaría a mí.

–¿Por qué no lo sabía? –Michael se enderezó.

–¿Quién? ¿Gabi? –sonrió–. ¿Es que no sabe nada de las parejas? ¿No se da cuenta de que mi relación con Izzy inspiraba sus reservas a Gabi? A veces sentía celos. No le gustaba que Izzy me lo contara todo, o casi todo.

–Pensaba que entre hombres habría más... yo qué sé.

–Las parejas son parejas. En este sentido, no hay diferencias entre las parejas heterosexuales y las otras. A decir verdad, me da la impresión de que en su caso los celos a veces son más agudos. Entre ellos hay más dependencia mutua, tal vez debido al aislamiento al que se creen condenados. La relación de Izzy y Gabi era así. En fin, a lo que iba, sé que lleva usted muy poco tiempo con Nita.

–Eso no tiene importancia –arguyó Michael.

–Así, de pronto, ¿quiere tener una familia instantánea? ¿Con una niña hecha a medida?

–¿Qué hay de malo en ello? –objetó Michael, tragando saliva a duras penas.

–No hay nada malo en ello. En principio. Salvo que tenemos una larga lista de espera y no soporto que nadie se cuele. Además, usted es padre soltero, y si contaba con Nita como compañera, ahora mismo no está a la altura de las circunstancias. Y, lo que es más importante, y a esto no me referiré más que aquí entre nosotros, para que no me tomen por loca, lo que es más importante, como

decía, es que usted es policía, detective, y, según tengo entendido, es muy bueno en su trabajo.

–¿Qué tiene que ver eso? –estaba pasmado. Se había preparado para que le hablaran del estado mental alterado de Nita, de la relación de Nita con dos asesinatos, e incluso de que era una presunta sospechosa, y sobre todo esperaba un veredicto, formulado en términos profesionales, sobre la falta de estabilidad emocional dadas las circunstancias.

–Tiene mucho que ver. Siempre tenemos en cuenta la situación laboral de las familias adoptivas. Comprenderá que lo importante no es que alguien quiera un niño, sino el bienestar del niño.

–Pero si hasta la enfermera Nehama dijo que...

–No estoy diciendo que no hayan cuidado bien a la niña. Hasta ahora, por lo menos –dijo Ruth Mashiah. Su expresión se tornó dura, concentrada, agresiva. Adoptó un tono crítico para decir–: La información que nos facilitó no era precisa.

Michael no dijo nada.

–Pero lo importante, como he dicho, y sin que salga de aquí, es que usted es detective.

–¿Por qué? –su voz se alzó con indignación–. Cuento con ingresos fijos, pagas extras...

–Si Nita hubiera podido proporcionar un equilibrio... Pero ella tampoco goza de estabilidad. Cuando esto termine, reanudará sus giras por el extranjero... Y es imposible predecir cuánto va a durar su relación. Es dudoso que logre sacarla adelante.

–¿Qué es lo que tengo que sacar adelante? –Michael percibió el tono agresivo de su voz y se llamó al orden.

–¿Considera una coincidencia que haya vivido solo todos estos años? Me he enterado de unas cuantas cosas sobre usted, ¿sabe?

–¿Se refiere a los horarios de trabajo cambiantes y...?

–También a los horarios –lo interrumpió Ruth Mashiah–. Pero eso queda en segundo plano comparado con todo lo que he averiguado sobre usted en estos últimos días. He leído su historial de cabo a rabo. Los padres solteros lo tienen muy difícil, y oficialmente usted es padre soltero. ¿Me va a decir que su plan es vivir con Nita?

–En un principio no era mi intención –reconoció Michael, tras decidir que ser honrado y sincero era lo mejor en aquellas circunstancias–. Pero las cosas cambian.

–No es un fundamento suficientemente sólido –afirmó ella–. Estamos hablando de una niña que tiene toda la vida por delante, y usted no puede proporcionarle estabilidad.

–Eso no hay manera de que lo sepa –protestó enfadado.

–¿Por qué no? ¿No se puede saber nada de los demás? ¿No se pueden sacar

conclusiones a partir de lo que se sabe de ellos y de su personalidad? Le estoy diciendo que he leído toda la documentación de los archivos policiales relativa a usted.

–¡Es información confidencial, para uso interno exclusivamente!

–Desde el momento en que nos presentó su solicitud, renunció usted a la confidencialidad –le recordó ella serenamente–. Incluida la confidencialidad médica. Convendrá usted conmigo en que hay que verificar estos extremos antes de abandonar a su suerte a una niña de ocho semanas.

–¡Abandonar a su suerte!

–Si la adecuación de la familia adoptiva no es óptima, podría considerarse abandono. Le repito que, por lo que he averiguado de usted, sé que comprende muy bien lo que estoy diciendo. Es más que capaz de ver las cosas desde mi punto de vista. Su personalidad, y disculpe que sea tan directa, su personalidad no es adecuada para formar una familia adoptiva uniparental.

–No entiendo qué le confiere el derecho a sacar conclusiones tan precipitadas, sin siquiera haber hablado conmigo –alegó Michael mientras trataba de contener el pánico, el dolor y la ira que lo inundaban.

–Su dedicación al trabajo es obsesiva, hasta el extremo del agotamiento. Pasa días enteros sin pisar su casa. Además, nos hemos informado sobre su personalidad, su gusto por la soledad, su reserva, su perfeccionismo; he leído los informes que redacta; todo ello es inherente al carácter de un detective auténtico.

–¡No lo puedo creer! –barbotó Michael–. No tengo ni idea de qué me está hablando. La tenía por una mujer racional. No comprendo qué insinúa.

–Conque no, ¿eh? ¿No le gustan las novelas de detectives?

Michael la miró para asegurarse de que hablaba en serio, de que esperaba una respuesta a su pregunta.

–No me gustan las novelas de detectives –dijo al fin–. No veo qué relación tiene eso...

–¿No le gustan? ¿Cómo es posible? Qué lástima. Yo soy adicta a ellas –confesó–. Y Gabi también. Era una de las cosas que teníamos en común. Intercambiábamos libros y... –suspiró–. Hace pocos días le dejé uno de un escritor holandés que le gustaba mucho. Sitúa la acción en la China del siglo VII. No se imagina cuánto se aprende de China en sus libros. Se puede aprender mucho de las historias detectivescas en general.

–Oiga –dijo cansinamente Michael–, Dostoievski no estimaba necesario recurrir a esos métodos de enseñanza.

–Pues sí –prosiguió, testaruda, Ruth Mashiah–, el holandés del que le hablo fue diplomático en Extremo Oriente, y aunque puede que no sea un escritor excelente, su protagonista es fascinante, un fiscal llamado Dee, que también vive solo. ¿Por qué no le gustan las novelas de detectives?

Michael se encogió de hombros. Aquella conversación le parecía surrealista, pero, aun así, sentía la necesidad de responder con franqueza, como si el mero esfuerzo de responder a todas las preguntas con sinceridad fuera a impresionarla favorablemente y a transformar la situación.

–Me resultan de lo más irreal. No tengo paciencia para leerlas. Se adivina el final desde el principio. Queda todo muy forzado. Salvo en el caso de Crimen y castigo y en La nieve estaba sucia de Simenon. Ésas sí podría releerlas.

–¡Pero si Crimen y castigo no es una historia de detectives! –argumentó ella.

–Mi profesor de literatura del colegio decía que era un clásico de la ficción policiaca –dijo Michael con una media sonrisa, avergonzado por sus patentes esfuerzos, casi infantiles, para cautivarla.

–No es una historia policiaca porque se centra en los problemas de conciencia del asesino. Lo que interesa al lector de Crimen y castigo no es quién ha matado a la anciana, ni tampoco si van a atrapar al asesino, aunque esto proporcione la clave del suspense. Lo interesante es cómo vivirá Raskolnikov el resto de su vida tras el asesinato. Cómo llegará a asimilar lo que ha hecho.

–Con eso me demuestra que conoce los puntos débiles de las novelas de detectives. La nieve estaba sucia está en la misma línea de Dostoievski. Las novelas detectivescas normales nunca hablan de lo que sucede en la mente del asesino –Michael titubeó, sin saber hasta qué punto podría ser beneficioso enfrascarse en una charla de ese tipo. ¿Lograría deslumbrarla si hablaba con seriedad? La necesidad de deslumbrarla lo llenó de rabia una vez más. Además, ¿cómo saber lo que podía impresionarla? Ruth Mashiah no era una mujer simple, nada que ver con la enfermera Nehama, por ejemplo. Y precisamente por eso, se sentía impulsado a hablar de una manera superficial, provocadora casi–. Los sospechosos de la ficción policial no son muchas veces más que un recurso para urdir la trama. No son personajes reales. Y siempre se produce un asesinato. Y al final siempre se da una solución. Pero nunca se sabe qué les sucede después a los personajes. Salvo cuando el asesino muere al final, lo que resulta muy cómodo. Y en este tipo de literatura apenas se toca la cuestión de las dificultades que presenta probar un caso en los tribunales, y cuando se toca, como en las novelas de Perry Mason, todo resulta muy ficticio. Las cosas se resuelven siempre muy deprisa. Y, por lo general, se consigue aclarar todo.

–¿Qué problema ve en eso? –preguntó Ruth Mashiah sorprendida–. ¿No le gustan las reglas del juego? Gabi solía decir que veía muchos puntos en común entre las novelas de detectives y la ópera, una lógica compartida.

–Todo está al servicio de la trama, del misterio –perseveró Michael–. No queda espacio para respirar, ni para la belleza. Ni para las digresiones del tema central. Todo es funcional. Una conversación como la que estamos manteniendo no podría aparecer en una historia de detectives, porque no es funcional. No tengo paciencia

para leerlas. Mi trabajo ya me proporciona suficientes misterios. Y, pase lo que pase, el desenlace siempre es decepcionante. O bien sabes con excesiva antelación quién es el asesino, o bien tienes la impresión de que te han timado, de que el escritor se ha sacado un as de la manga.

—¡A nadie le gustan las novelas de detectives sólo por el componente de misterio!

—¿No? ¿Entonces por qué gustan?

—Por muchas cosas. El suspense, el misterio, no es más que una parte del pacto, del acuerdo entre el escritor y sus lectores, y lo cierto es... —Ruth Mashiah enmudeció a la vez que Michael despegaba los labios para hacer un comentario sobre los pactos secretos; comentario que al final se tragó.

Durante los segundos de silencio que siguieron, Michael cavilaba si realmente ella sería capaz de arrebatarse a la nena. ¿Cómo es posible que no comprenda que yo, y solamente yo, puedo darle muchísimas cosas? Una idea opuesta se mofaba de aquella queja. «Buscan a alguien convencional», se recordó, «una familia cariñosa y normal». ¿Qué iba a hacer si le quitaban a la niña?, se preguntaba aterrorizado mientras observaba a Ruth Mashiah, que lo escudriñaba con la cabeza ladeada. ¿Qué haría con todo lo que había comprado, con la cuna que había encargado, el armario de la nena, los juguetes? Esa preocupación mezquina lo sorprendió y avergonzó. No iban a quitársela, se tranquilizó, no se la iban a quitar tan deprisa. Lucharía hasta el final.

—Por encima de todo, es el sentimiento de inocencia el que lleva a la gente a leer historias de detectives.

—¿El sentimiento de inocencia? Ah, claro, ¡el sentimiento de inocencia!

—Sí, eso creo yo. Todos cargamos con un sentimiento de culpa —dijo ella sin tomar en cuenta las burlas de Michael.

—¿Y a qué se debe ese sentimiento?

—No sé si aceptará lo que voy a decirle —dijo ella con un suspiro—. Pero, dicho en pocas palabras, el sentimiento de culpa emana del deseo de matar al padre. Al menos en el caso de los hombres.

—¡Edipo, ay, Edipo! —exclamó Michael, y se quedó en silencio un largo rato—. Pues bien, no es de extrañar que a mí no me haga falta ese sentimiento de inocencia. Mi padre murió cuando yo era pequeño —luego, al ver desencanto en los ojos de ella, y cómo tensaba el cuerpo aprestándose a explicarle lo que él ya sabía, es decir, que no había relación alguna entre el hecho real de la muerte del padre y el sentimiento de culpa, y también a causa del exceso de simplificación en que había incurrido, exceso del que de pronto se avergonzaba, y movido asimismo por la rabia que le inspiraban aquellas explicaciones psicológicas de tres al cuarto, añadió—: ¿Está diciendo que el lector de novelas de detectives se siente aliviado de sus sentimientos de culpa porque no es el asesino?

—Se identifica por completo con el detective y su sentido de la justicia. Mientras

está embebido en la novela, se cree uno de los buenos. Además, está tan solo y tan condenado a la eterna soledad como el detective. Al menos, hasta que se desvela la verdad.

—¡No sé de qué me habla! —le espetó Michael de pronto. Para su sorpresa, las palabras de Ruth Mashiah despertaban en él mayor inquietud que si le hubiera planteado las previsibles cuestiones relativas al tiempo que podría dedicarle a la nena, a su capacidad para superar las crisis familiares, a Nita.

—Le estoy hablando de que le he analizado y tiene usted la típica mentalidad de detective. Un detective no se puede permitir casarse, y si se casa, se mete en problemas. Y, en todo caso, es incapaz de crear una familia. Así han sido las cosas desde Sherlock Holmes, tal vez incluso desde Edgar Allan Poe.

—De joven leía novelas de detectives —dijo Michael enfadado—, y no recuerdo que plantearan nada de eso.

—Pero tal vez sí recuerde la soledad del detective de las novelas —comentó ella con un deje de burla—. En la ficción se exagera más, sin duda, pero ahí está la idea, siempre presente. Incluso en el inspector Maigret. Estoy segura de que ese personaje de Simenon le gusta.

Michael asintió con un gesto.

—Y hay una señora Maigret —recordó de pronto.

—Sí —ratificó ella—, está ahí para traerle las zapatillas por la noche y servirle la sopa. ¿Recuerda que Maigret hable en serio con ella una sola vez? Viven como dos desconocidos.

—¿Porque él es detective? ¿Qué tiene que ver con que sea detective? La señora Maigret es una mujer simple, mientras que el inspector...

—No puede saber si es simple o no. No la conoce en absoluto. Sólo sabe que cumple con sus funciones de ama de casa y que Maigret ni siquiera se ha enamorado en los últimos años. Sentirse atraído por alguien es lo máximo a lo que ha llegado, y fundamentalmente por curiosidad y por el deseo de descubrir la verdad. Los detectives no se enamoran de verdad. Sienten una atracción pasajera y nada más. En la mayoría de los casos, al menos.

—Suponiendo que tenga razón —se rindió Michael al fin—, ¿qué tiene eso que ver con mi niña?

—No diga «mi niña». ¡No es suya! —dijo ella abruptamente—. Usted es una solución temporal. La policía está buscando a la madre. Debe estar preparado para despedirse de ella.

—No puedo ni pensarlo —dijo él con la cabeza gacha.

—Tiene que pensar en lo que es mejor para ella. Tal vez no está usted hecho para ser padre de familia —le explicó. Al verle despegar los labios, añadió—: Discúlpeme. Quizá ya está preparado para serlo, pero es demasiado pronto para saberlo. Los

detectives casi nunca tienen relaciones íntimas. Les falta la confianza de base. La manera en que usted trabaja también indica que no confía en los demás.

Michael se sintió palidecer de ira.

–Estamos en la vida real –dijo con voz estrangulada–. ¡Debería aplicar unos criterios serios! ¡Aunque esto sea una conversación entre usted y yo! Cómo es posible que, basándose en noveluchas de detectives... una persona de su categoría profesional... hable con tanta irresponsabilidad...

–¿Noveluchas por qué? –protestó ella–. ¿Son noveluchas las obras de Simenon? ¿O las de Chandler? En ellas se muestra la tragedia esencial de la figura del detective. El precio que ha de pagar por conocer la verdad.

–Estoy harto de hablar de novelas de detectives –dijo Michael, nervioso pero tajante–. Me ha dejado pasmado al afirmar que no valgo para padre de familia. Es una irresponsabilidad, por no decir una impertinencia –dijo alzando la voz.

–Está enfadado porque sabe que quizá tenga razón –replicó ella serena.

Michael sintió un hondo temor al darse cuenta de que se encontraba en una de esas raras ocasiones en que un interrogatorio se le escapaba de las manos. Al mirar a aquella mujer menuda, los ojos rasgados que lo observaban con fijeza, los pequeños y hábiles dedos, el pulgar amoratado, sentía que ella no pretendía tenderle una trampa, que hasta cierto punto merecía su confianza, mas no por ello dejaban de hacerle daño sus palabras. Se reafirmó en su impresión de que las rotundas aseveraciones lanzadas por su interlocutora no reflejaban en absoluto sus más vivos deseos. Quería hablarle de lo que pretendía decir al acusarla de «impertinente» e «irresponsable», quería hablarle de Avigail, de aquella relación predestinada al fracaso. Quería contarle que no había sido culpa suya, que él no había tomado la decisión de romper. Pero esos deseos quedaban en un segundo plano en comparación con el de protegerse de ella y reencauzar el interrogatorio por la vía normal. Al propio tiempo, sabía que la vía normal no existía. Sintió súbitamente que aquella conversación irrelevante, tan amenazadora para él, podría llevarlo a lugares que desconocía por completo.

–Explíqueme qué pretende decir y luego dejaremos el tema. Dígame por qué no soy...

–Pretendo decir que los detectives de verdad se caracterizan por un peligroso idealismo. Su trabajo se basa en la premisa de que existe un mundo que se rige por unas leyes determinadas, un mundo casi utópico. Están imbuidos de la firme creencia de que su misión en el mundo es descubrir a toda costa la verdad. Se creen capaces de devolver el orden al mundo. Y, a la vez, están expuestos en todo momento al contacto con las motivaciones más crueles y oscuras del ser humano, y, con objeto de protegerse, de no contaminarse, se ven obligados en cierto modo a vivir al margen de la vida. No hay nada más raro que un detective felizmente casado, con dos o tres hijos, que vuelve a casa por la...

–Eso es lo que pasa en los libros –la interrumpió Michael airadamente–. ¡No sabe de lo que habla! Pero si en esta misma investigación, en este caso, participa una pareja casada, muy buenos amigos míos, y...

–Yo me refería más bien a la mentalidad de detective clásica. Por lo visto, sus amigos no están cortados por el mismo patrón que usted. Sabe muy bien a qué me refiero. Le delatan sus ojos. Incluso Gabi, una persona bastante fría, le dijo a Izzy, que a su vez me lo contó a mí, que le daba la impresión de que era usted un hombre triste, si no trágico, y bastante solitario. Me impresionó mucho esa opinión, viniendo de Gabi. Tal vez estaba repitiendo palabras de Nita. Gabi no se fijaba mucho en los demás, y, ciertamente, no los analizaba en profundidad. Su comentario me impresionó tanto que me impulsó a revisar su pasado inmediatamente. Un bebé necesita una familia adoptiva que esté bien presente y viva, que se vuelque.

–¿Cómo se atreve a presuponer tantas cosas sobre mí sin... sin...?

–Tengo mucha experiencia. ¿Sabe cuántas personas han pasado por mi despacho? –y, una vez más, pese a la crueldad de sus palabras, pese a la sensación, o más bien certidumbre, molesta como un dolor de muelas, de que estaba embebida en un ejercicio puramente narcisista, como si hubiera estado esperando la oportunidad de decir aquellas cosas sólo porque se le habían ocurrido, a pesar de todo, el tono con que hablaba era amable, incluso dulce y compasivo–. Parto del supuesto de que es usted inteligente y sincero consigo mismo. En cierto modo, debía de saber que la cosa no iba a salir bien incluso antes de que asesinaran a Gabriel van Gelden.

–No es cierto –replicó Michael con firmeza–. No veía ningún motivo que pudiera impedir que saliera bien. Y sigo sin verlo. Sé que puedo darle a la niña cosas que... Y me siento más que capaz de vivir... de vivir con Nita. Puede ser una relación duradera, para toda la vida.

–Para toda la vida –repitió Ruth Mashiah desdeñosa–. No es propio de usted recurrir a esos tópicos. ¿Qué podemos saber del rumbo que tomarán nuestras vidas?

Michael desvió la vista sin decir nada.

–Gabi le dijo a Izzy que su unión no era del tipo romántico –señaló ella con delicadeza–. Esto queda entre nosotros. No he utilizado esta información reservada. Gabi se lo contó a Izzy sin saber que Izzy me lo contaría a mí. Por lo visto, Izzy se olvidó de cuál es mi trabajo. Si es que a eso se le puede llamar olvido –Michael la miraba en silencio–. Tenía la intención de llamarlo a mi despacho para hablar con usted, pero luego ha sucedido esto –se estremeció.

–Gabi no sabía nada de su hermana. Y, además, las cosas cambian –se defendió como un niño.

–No tiene tanta importancia –dijo ella con suavidad–. Usted no me parece la persona adecuada, pero quizá encontremos a la madre... El simple deseo no lo

capacita para ser padre. La niña sólo tiene dos meses –luego le reprochó–: Todavía puede tener un hijo si quiere. ¿Sabe cuántos años llevan esperando montones de parejas que no pueden tener hijos? ¡Diez años! ¡Y he aquí una niña saludable de dos meses! ¡Cómo quiere que se la entregue a un hombre que vive solo y, para colmo, es detective!

Había llegado el momento de atacar, se dijo Michael.

–Ha dicho que Izzy se lo cuenta todo.

–Muchas cosas –lo corrigió ella–. Como sin duda sabe, nunca se cuenta todo a nadie.

–Está bien, muchas cosas. Por ejemplo, ¿sabe usted dónde estaba Gabriel cuando fue asesinado su padre?

Ruth Mashiah frunció el ceño y se apretó un punto en el centro de la frente.

–Fue el día del concierto que inauguraba la temporada, ¿verdad? Izzy estaba en un congreso en Europa. No. No sé nada de eso.

–¿Y sobre la crisis por la que había pasado su relación últimamente?

–¿Crisis? –parecía sinceramente sorprendida–. ¿Qué crisis?

–De los resultados del interrogatorio, de la prueba poligráfica, se desprende que habían sufrido una crisis.

Las delicadas cejas se unieron de nuevo sobre los rasgados ojos castaños, que parecieron volverse hacia dentro en un esfuerzo de concentración. A Michael le recordaron los ojos de su ex marido.

–No sé nada de eso. Yo diría que, dadas las circunstancias, la situación de su padre y todo lo demás, Gabi estaba de un humor casi maniaco antes de que muriera su padre. Y luego, como es natural, después de la muerte de su padre...

–Está bien, llámelo humor si quiere. Pero ¿sabe usted qué problemas le pusieron de ese humor?

–Asuntos de familia, relacionados con el padre de Gabi –parecía esforzarse en recordar–. Tiene que comprender –dijo inclinándose hacia delante, las manos sobre la mesa y los menudos dedos entrelazados– que en algunos aspectos Izzy es como un niño. A veces Gabi le daba miedo. Sobre todo cuando Gabi se ensimismaba, entonces Izzy pensaba que ya no lo quería, que estaban al borde de la ruptura. Según lo ve Izzy, el amor puede desaparecer de un día para otro. Es como un niño. Algunas veces me sacaba de quicio ver cómo se desvivía por agradar a Gabi.

–Así que no hay diferencias entre las parejas homosexuales y... –reflexionó Michael en voz alta.

–¿Qué se creía? –dijo Ruth Mashiah sorprendida–. Ya le he dicho antes que la dinámica es la misma que la de cualquier pareja. A veces Izzy me pedía que no le contara a Gabi que nos habíamos visto. Sobre todo cuando lo habíamos pasado bien. Pongamos por caso, si habíamos disfrutado de una buena comida en un restaurante. En cierta ocasión, después de que se me ocurriera comentarle a Gabi

que había estado con Izzy en un restaurante italiano de Tel Aviv, Izzy se puso furioso conmigo porque Gabi lo había acusado de que, al no contárselo él, le hacía sentirse como un monstruo celoso.

–Pero si me había dicho que tenían una relación idílica –le reprochó Michael.

–¡Porque era idílica! –exclamó ella con sorpresa–. ¿Cómo piensa que son los idilios en el mundo real? En el mundo real, en las relaciones íntimas de a dos, casi siempre hay un componente de engaño. El miedo lo provoca, sí, sobre todo el miedo. Miedo a los celos, miedo a herir al otro, y, por encima de todo, miedo a perder al ser amado. Usted lo sabe muy bien. Por eso vive solo –dijo bajando la voz–. Y yo también –añadió en un susurro–. Es duro aceptar este tipo de cosas. Pero entre ellos había amor.

–Y dependencia. Y miedo. Y secretos –añadió Michael.

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué ha ocurrido recientemente entre ellos?

–El primer cambio fue el nuevo grupo. La labor de formarlo tenía absorbido a Gabi. No le quedaba tiempo para nada. Y luego la truculenta muerte de Felix van Gelden. Gabi estaba muy, muy unido a su padre, y el hecho de que muriera, y de esa forma... creo que estaba deprimido. Muy dolido, con toda seguridad. Y, aparte de eso, y sumándolo a todo lo demás, Izzy se sentía culpable por no haber estado aquí cuando ocurrió. A pesar de que adelantó su vuelta, dejó el congreso a medias para regresar. Aparte de eso... Hace unos días Izzy me dijo que Gabi estaba preocupado por algo y no quería contarle el motivo. Que un abogado o alguien por el estilo lo había llamado desde Amsterdam –volvió a frotarse la frente–. Me duele la cabeza –se excusó.

–¿Desde Amsterdam? –Michael echó una ojeada a la grabadora y se preguntó cómo iba a ponerles la cinta a sus compañeros de equipo. Decidió que borraría la primera parte de la conversación.

–Es lo que me dijo Izzy hace unos días. Pero no lo recuerdo bien, porque no siempre tengo la paciencia necesaria para escuchar todos los detalles de lo que le preocupa. A veces parece una chismosa –sonrió–. Es imposible no caer en los estereotipos –dijo, disculpándose.

–¿Qué efecto tendrá en su vida la muerte de Gabriel? –preguntó Michael sin rodeos.

Ruth Mashiah cabeceó y suspiró, como si hubiera estado esperando aquella pregunta.

–Desde el punto de vista económico no supondrá ningún cambio –reflexionó en voz alta–. Desde el punto de vista emocional, me pondrá las cosas más difíciles. Izzy se volverá más dependiente que nunca, y puede que incluso... que incluso quiera volver a vivir conmigo, y yo... –sus ojos vagaron ausentes por la habitación y, por primera vez, pareció perder la confianza, la omnisciente certidumbre.

Alentado por la debilidad que delataba aquella mirada, oscilante entre él y la puerta, Michael aventuró:

–¿Le gustaría que volviera?

–En realidad, no –repuso ella tras un largo silencio–. Ya me he acostumbrado a la libertad de vivir sola. Y también he tenido relaciones con otros hombres... Nada serio –reconoció–. Pero al menos tenían un aire de normalidad, ya me entiende. A veces se me pasa por la cabeza la idea de recuperar lo perdido, de restablecer la estructura que se destruyó, ese tipo de cosas. Pero no, en realidad no –afirmó tajante–. La muerte de Gabi es un desastre para mí, y para Irit.

Michael la observó en silencio.

–Hasta ahora no me había dado cuenta de eso. No era consciente, tengo que pensármelo –explicó Ruth Mashiah sorprendida–. Pero le aseguro que no lo maté yo –dijo de pronto–. No sé hasta qué punto puede usted creerme en este momento, pero me siento en la necesidad de decírselo. No lo maté y no tengo ni idea de quién lo hizo ni por qué –apretó los labios un instante. Su dedo oprimió el centro de la frente–. Y tampoco ha sido Izzy –añadió.

Una vez dicho esto, Ruth Mashiah dio de inmediato su consentimiento a la prueba poligráfica, convino en que examinaran sus cuentas bancarias, estampó su firma en una serie de papeles, declinó el derecho a solicitar un abogado y prometió firmar la declaración que Michael redactaría.

–Haré todo lo que pueda para ayudar –dijo a la vez que se levantaba, y se apresuró a agregar–: en lo relativo al asesinato de Gabi –al llegar a la puerta, se detuvo y, dándose la vuelta, añadió–: Pero si necesita ayuda para Nita, dado su estado emocional, haré lo que esté en mi mano con mucho gusto. ¿Cómo se encuentra realmente? –preguntó preocupada, y se acercó a la mesa.

Michael apagó la grabadora y, llevado por la desesperación, queriendo satisfacer un peligroso anhelo, hizo oídos sordos a la escandalizada voz que en su fuero interno le prevenía contra esa temeridad y se lo contó.

9

Mejor, diría yo

La visión del centelleante medallón de oro que se balanceaba rítmicamente ante los ojos de Nita le hacía sentirse como si estuviera participando en un rito ancestral. No tendría esa sensación, se dijo en son de burla, si aquello fuera una prueba poligráfica y él mismo estuviera a cargo de hacer las preguntas. Se encontraba en un rincón de la amplia sala, lejos del medallón. El psiquiatra, de espaldas a él, le impedía ver el rostro de Nita. Siguiendo con sus reflexiones, Michael pensó que el propio instrumental, el rasgueo de la aguja del detector de mentiras y los gráficos que trazaba, la objetividad de las mediciones, todo ello neutralizaba el ambiente ritual evocado por el reluciente medallón, que, pendiendo de una mano firme, oscilaba ante la mujer anhelante de redención. La voz, serena y monótona, tan autoritaria como sugerente, declaró: «Está usted cansada... Le pesan los párpados... Quiere dormir... Se le cierran los ojos». Estas palabras abolían el tiempo y dibujaban imágenes de cuevas insalubres, selvas, brujería tribal. Al propio tiempo, Michael sabía que la hipnosis era una simple técnica. Elroi le había explicado tiempo atrás cómo funcionaba. Y hacía pocos minutos, Ruth Mashiah le había dado una conferencia al respecto. La ancha espalda del psiquiatra ocultaba el rostro de Nita, pero no sus pies enfundados en estrechos zapatos pálidos, que se levantaron por la punta cuando ella estiró las piernas, al parecer totalmente relajada.

—No lo estimo posible —les dijo Elroi esa misma mañana a Ruth Mashiah y a Michael, que habían ido a verlo a su despacho. La habitual expresión de reserva y serenidad del psiquiatra ocultaba su agitación. Sólo su manera de sacudir la cazoleta de la pipa sobre la papelería, desparramando distraídamente por el suelo los restos de tabaco ennegrecido, delataba su desasosiego—. Ya sabéis que, aparte de ser inaceptable como evidencia, es ilegal. Olvidadlo —dijo casi con repugnancia a la vez que se ponía en pie.

Ruth Mashiah, que se había empeñado en acompañar a Michael a ver a Elroi, apoyó la barbilla en las palmas de las manos.

—Se trata de una mujer que está sufriendo mucho —dijo—, y dado que contamos con su voluntad absoluta de cooperar, no estimo que pueda considerarse ilegal.

—Mira Ruth —dijo Elroi en el tono de voz que le había creado fama de condescendiente—, nos conocemos desde hace mucho y sé que eres una persona para quien la ética, la ética profesional, posee una importancia capital —le reprochó.

Ruth Mashiah no le comentó a Michael que Elroi y ella eran antiguos compañeros de universidad hasta que llegaron a la puerta del despacho. «Salimos juntos de jóvenes», explicó con una sonrisa antes de llamar a la puerta, «y ahora él es psicólogo de la policía».

–Voy a decirte unas cuantas cosas. Ante todo, y esto también lo sabes tú –dijo haciéndole una seña a Michael–, el uso de pentotal, o de cualquier otra sustancia de las que se denominan suero de la verdad, está prohibido, no se permite siquiera para identificar a un violador. Y la hipnosis también lo está en la mayoría de los casos. Por lo que me habéis contado, es evidente que la señora en cuestión es una de las sospechosas. Al menos de momento –se apresuró a añadir al ver que Michael se disponía a rebatirle–. De momento está entre los sospechosos –dijo–. No se trata de una simple testigo de la que se pretenda obtener una identificación. Ninguna persona de este departamento se prestaría a hacerlo. Nadie recurriría a la hipnosis en este caso –golpeó la pipa contra el borde de un cenicero redondo de cristal y miró a Michael–. Pareces muy implicado en el caso –dijo con tacto–. ¿Tienes algún interés especial en esta mujer? Me refiero a un interés personal.

Hubo un momento de silencio. Ruth Mashiah rescató a Michael de la labor de responder al afirmar rotundamente:

–Lo importante es que lo está pasando muy mal. Está muy angustiada y hemos creído que podríamos matar dos pájaros de un tiro...

–¡Ni pensarlo! –exclamó Elroi, y volvió a tomar asiento–. Si está angustiada, enviadla a un especialista, y, después, si él decide que le conviene la hipnosis como parte del tratamiento –extendió los brazos–, adelante. Yo sería el último en oponerme. No te costará encontrar a la persona adecuada, Ruth. Conoces a mucha gente de la profesión y sería mejor que fuera un psiquiatra quien recomendase la hipnosis. Pero ¿qué opina la señorita Van Gelden?

–Ella no... –tartamudeó Michael.

–Se encuentra en un estado deplorable –intervino rápidamente Ruth Mashiah–. Se prestará a cualquier cosa que pueda reportarle algún alivio.

Elroi hizo un gesto escéptico. Cuadró los hombros, ya de por sí muy cuadrados.

–¿Y quieres emplear los resultados de la hipnosis en la investigación? –Michael se encogió de hombros y Elroi pegó una chupada a la pipa apagada–. Ya sé que recurres a todo tipo de tretas con tus sospechosos –dijo, y desvió la vista.

–Aún no es una sospechosa –protestó Michael.

–Tú no estás dispuesto a considerarla sospechosa –le corrigió Elroi con frialdad–, pero tú mismo, por lo que me has contado, me has llevado a pensar que sí lo es. Sin darte cuenta. Pretendiendo lo contrario –y en un tono fatigado, como si supiera que su esfuerzo era vano, repitió–: Ya sabes que sólo usamos la hipnosis con los testigos, e incluso en ese caso no se admite como prueba puesto que no se pueden distinguir con seguridad los recuerdos auténticos de lo que ha quedado registrado

en la memoria reprimida. Cuestión aún más espinosa cuando se trata de un sospechoso. No es admisible ni siquiera cuando se pretende recuperar el recuerdo de un rostro –reflexionó en voz alta–, por ejemplo, el de un violador –le explicó a Ruth Mashiah–. La víctima de una violación es capaz de reprimir el recuerdo de la cara de su agresor. Tampoco se emplea el suero de la verdad. Aunque, según la leyenda, los Servicios de Inteligencia lo utilicen. Eso ni merece la pena comentarlo.

–El problema es –alegó Michael– que no disponemos de tiempo. Tengo que enterarme hoy mismo de si estamos tratando con una testigo o con una sospechosa, y es la única forma de averiguarlo.

–¿Por qué hoy? ¿Por qué con tanta urgencia? –inquirió Elroi.

Michael no sabía cómo salir del atolladero. Cómo explicar la importancia de la cita que tenía con Shorer aquella tarde. Se limitó a decir:

–Le he prometido a Emanuel Shorer que hoy mismo lo aclararía.

–¿Sabe Shorer que estamos hablando de hipnosis? –preguntó Elroi atónito–. ¿Ha dado su visto bueno?

–No lo sabe –lo tranquilizó Michael–. No hemos comentado los métodos, pero las conclusiones deben...

–¿Y su hija? ¿Ha dado ya a luz? Ya debe de haber tenido el niño –recordó Elroi, pero no esperó a que le respondieran–. Prefiero que no entres en detalles –se apresuró a decir–. Tengo la clara sensación de no querer saber más de lo que sé. Este asunto me da muy mala espina –continuó, volviéndose hacia Ruth Mashiah–. Pero si quieres remitirla a alguien para que la ayude, asumiendo tú la responsabilidad, no tengo inconveniente en facilitarte algún nombre. Hay varias posibilidades. Simplemente recuerda que yo no sé nada de esto.

Ruth Mashiah hizo un gesto negativo. Encontrar a la persona adecuada no era mayor problema, ella también sabía quiénes trabajaban con seriedad, dijo, y por primera vez mencionó el nombre del doctor Schumer.

–Yo también había pensado en él –reconoció Elroi de mala gana–. Para la cuestión de la hipnosis. Pero estoy convencido de que él...

–Él podrá asesorarnos bien, podemos confiar en su ética y en su responsabilidad, y tiene mucha experiencia –dijo Ruth Mashiah, alzando su menuda cabeza de pelo encrespado–. Recurrieron a él para despertar a aquella chica que llevaba una semana sumida en un trance hipnótico del que no conseguían sacarla. ¿Lo recuerdas?

Elroi hizo un rápido gesto de asentimiento, como si pretendiera que ella no dijera nada más. Pero Ruth Mashiah prosiguió, decidida a exponer su opinión:

–También es uno de los responsables de la formulación de la ley de la hipnosis. Y a él le debemos que se prohibiera su uso como espectáculo.

–Sí, sí –dijo Elroi, y posó la vista en Michael–. Pero si pretendes emplear esos datos como evidencia...

–Todavía no sé lo que pretendo. Depende de cuáles sean los resultados –dijo Michael.

–Sólo es posible hacerlo si se renuncia a la confidencialidad médica –le advirtió Elroi–. Sólo cuando el tribunal obliga al terapeuta, al hipnotizador, a prestar declaración.

–Bueno, bueno, ya veremos –dijo Michael impaciente–. Primero tenemos que hablar con el tal doctor Schumer.

–Y también con la señorita Van Gelden –le recordó Elroi.

–Desde luego –intervino Ruth Mashiah–. Sin su consentimiento, sería imposible.

Poco después, ante la visión de la puerta del dormitorio de Nita cerrándose tras Ruth Mashiah, Michael sintió un vago horror. Le daba miedo que Nita se viniera abajo. Le daba miedo lo que Ruth Mashiah pudiera descubrir, hasta el punto de que temía que le quitaran el niño a Nita. Se tranquilizó un poco al ver salir a Ruth Mashiah, quien, tras cerrar la puerta con ademán seguro, le hizo un gesto de ánimo. Luego, mientras ella se ocupaba de hablar con el psiquiatra, Michael imaginó a Shorer diciéndole, sereno pero muy disgustado: «¿Cómo has sido capaz? ¡Te has saltado todas las normas sin siquiera mencionarlo en la reunión! Tienes relaciones con Nita y, para colmo, no sabes nada de Ruth Mashiah. ¡Pero si ella también está entre los sospechosos!». Una hora después, Michael recordó estas palabras nunca pronunciadas mientras observaba a Nita, quien, en pie junto a los ventanales, miraba de hito en hito a su hijo, que gorjeaba a la vez que hacía arduos esfuerzos por mantenerse firme sobre rodillas y manos en la alfombra.

–¡Nita! –exclamó Michael–. ¿Lo has visto? ¡Ha gateado!

Ella se volvió hacia la ventana y asintió con un gesto.

–Sí, lo he visto, qué maravilla –dijo con indiferencia; se estremeció y volvió a posar la vista en Ido. Luego masculló lo que venía repitiendo desde hacía una hora–: ¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar?

Se oyó el sonido de un chorro de agua procedente de la cocina. Al asomarse por la puerta, Michael vio los delgados y morenos brazos de Sara ajetreándose sobre la pila. Él llevaba en brazos a la nena, que se retorció molesta por el dolor de estómago que le había diagnosticado el médico. Michael la sujetaba con la tripita apoyada en su hombro y notaba los espasmos a la vez que le palmeaba el trasero y aspiraba la fragancia de su cuello. Pero su atención se dirigía a otros asuntos.

–La recibirá a la una y cuarto –dijo Ruth Mashiah con alivio, saliendo del dormitorio–. Comprende la urgencia de la situación. ¿La lleva usted? –sin esperar la respuesta continuó–: Nos veremos allí. Le he anotado la dirección –luego desapareció.

–¿Dónde está Dalit? –preguntó Michael a Sara, quien exhibió la blanca sonrisa forzada con la que siempre le respondía cuando se dirigía a ella.

–Se ha ido con el señor –dijo.

–¿Dónde está tu hermano? –preguntó Michael a Nita.

Nita se volvió lentamente hacia él, hizo una mueca y, con dificultad, como si hubiera perdido la voz, dijo:

–Supongo que no debería decir: «No soy la guardiana de mi hermano». ¿O quizá sí?

–¿Con qué señor se ha ido Dalit? ¿Con Theo? –le preguntó Michael a Sara, y ella asintió con vehemencia–. ¿Adónde han ido? –preguntó entonces a Nita, quien alzó lánguida los brazos y los dejó caer pesadamente contra los costados.

–No he oído nada. No sé nada –barbotó.

Michael apretó a la nena contra su hombro. Por un instante, fue vivamente consciente del absurdo de aquella entrañable escena doméstica, de la que cabría deducir que el mundo estaba en orden. En sus oídos resonó al advertencia de Ruth Mashiah: «No diga “mi niña”. ¡No es suya!». Se acercó a Nita, se inclinó sobre ella y le tocó el hombro:

–Estoy seguro de que algo habrás oído. ¿Adónde han ido?

–A buscar a Herzl –respondió Nita somnolienta–. Me han dejado con Sara.

–¿Sabe Balilty que están buscando a Herzl?

Nita no respondió.

Como aún quedaba tiempo hasta la cita con el psiquiatra, Michael lo aprovechó para tratar de localizar a Shorer en el hospital.

–¿Quién es usted? –preguntó la enfermera de la sección de Maternidad–. ¿Qué relación tiene con la paciente? –Michael renunció al intento y colgó.

–No sé nada –dijo la secretaria de Shorer, que respondió a la primera llamada, como si tuviera la mano sobre el teléfono, expectante–. No he recibido noticias desde primera hora de la mañana. Llevo todo el día pegada al teléfono. Ahora haga el favor de dejar libre la línea, después de darme su teléfono.

Michael observó la mancha de humedad que su mano había dejado en el aparato. Lo asaltó una aprensión, rayana en la ansiedad, en relación a Dalit y a su manera de actuar por su cuenta. Volvió a marcar para hablar con Balilty. Pensaba exponerle sus quejas por la desaparición de Dalit, pero nadie sabía dónde estaba Balilty. Eli Bahar le dio respuestas imprecisas a sus preguntas, hablando con frialdad, con hostilidad casi. Sólo cambió de tono para preguntarle a su vez: «¿Te has puesto en contacto con Shorer?». Entonces le tocó a Michael ser impreciso.

–Nada más que asuntos rutinarios –dijo Eli Bahar–. Los músicos de la orquesta han ido desfilando por aquí uno a uno. Balilty se ha marchado a ver al forense. Después tenía que ocuparse de algo relativo al cuadro. Hasta mañana no sabremos de qué se trata –y cuando Michael le preguntó quién estaba interrogando a los miembros de la orquesta, dijo–: Sólo Tzilla y yo.

Nita levantaba y bajaba los párpados, sentada en la mullida butaca frente al

medallón oscilante. Estaba muy quieta, relajada. Las arrugas que contorneaban su boca se habían difuminado y la expresión agónica de su rostro, suavizado. El psiquiatra le advirtió varias veces que no se moviera ni dijera nada. Llevaban varias horas en la consulta. Al llegar, el psiquiatra los recibió a los tres, luego se llevó a Nita aparte. Desde la sala de espera, donde Michael fumaba pitillos en cadena, sentado junto a Ruth Mashiah, no se oía nada. Con la cabeza gacha, Michael escuchaba atentamente las explicaciones de su acompañante.

—La hipnosis se basa en el principio —dijo ella con voz seca y cortante— de que nadie está dispuesto a revelar la maravillosa experiencia cósmica vivida por la mente en el útero materno.

—No sabía que el feto tuviera mente —masculló Michael a la vez que alzaba la vista.

—Cómo no la va a tener, está demostrado —replicó Ruth Mashiah—. Los ultrasonidos permiten demostrarlo sin problemas. Sabemos con seguridad que, a partir de los tres meses, la mente del feto ya se ha formado.

—Pero el término mente induce a confusión. No está claro qué significa —dijo Michael a la vez que aplastaba la colilla, que dejó un agujero chamuscado en el vaso de plástico.

—A los tres meses —sentenció Ruth Mashiah—. Los propios sabios talmúdicos lo sabían. Por eso establecieron la norma de que se diera sepultura a los nonatos de tres o más meses. Otro ejemplo es que cuando se pone música a una embarazada de seis meses, se ve bailar al feto.

—¿Se le ve? —preguntó Michael atónito. Ruth Mashiah asintió con un gesto y le pidió un cigarrillo—. ¿A qué experiencia cósmica se refería? —preguntó mientras se inclinaba para encenderle el cigarrillo.

—¿Qué? —preguntó ella distraída; inhaló, tosió y lo miró con sorpresa.

—Ha dicho que la hipnosis se basa en...

—Ah sí, o sea que quiere una explicación detallada. Creía que era evidente.

—Pues no lo es —replicó él con cierta irritación mientras aprestaba el oído tratando de enterarse de lo que sucedía en la habitación contigua. Pero no había nada que oír.

Ruth Mashiah cruzó las piernas y se recostó en el respaldo de la silla de plástico. Se frotó la frente.

—No se me quita el dolor de cabeza —murmuró—. Me ha estado fastidiando todo el día. Y no he llamado para ver cómo está Izzy. ¿Sigue en la comisaría del barrio ruso? Además, tenemos que preocuparnos de los preparativos del entierro. Si se piensa, es espantoso. Ir a morir así. Sin motivo. ¿Se ocupan ustedes de los preparativos? —Michael consultó su reloj y ella prosiguió sin esperar la respuesta—: Pues bien, la experiencia cósmica es aquella en la que se siente con total certidumbre la existencia de una protección absoluta. Lo único que tiene que hacer

el feto es adaptar sus reacciones reflejas a las presiones del medio. Por su parte, el individuo que se somete a hipnosis recibe un beneficio enorme a cambio de abandonar su voluntad a los dictados ajenos. Obtiene por adelantado el perdón para todo lo relacionado con la conciencia o la moralidad; él hace lo que se le dice, no es responsable ni culpable de nada.

Michael asintió.

–El trance hipnótico es un estado de conciencia en el que el sujeto no es responsable de sus actos. Todas las conexiones nerviosas sensoriales que llevan al sistema nervioso central, incluidas las de la sensibilidad al dolor, se desconectan durante la hipnosis.

–¿Entonces no es psicológica la conexión entre los sentidos y el cerebro? –preguntó Michael, interrumpiendo el didáctico flujo de palabras. Ruth Mashiahladeó la cabeza, se llevó la menuda mano a la cara y volvió a oprimirse la frente.

–¿No es usted consciente de la unidad entre cuerpo y mente? –preguntó sin asomo de burla–. ¿No sabe que el inconsciente controla lo biológico? La mente rige las funciones biológicas. ¿Cómo se explica que los faquires indios se tumben sobre lechos de clavos? ¿Por qué no sienten dolor? El principio es idéntico al de la hipnosis. El centro receptor del cerebro se cierra. Los nervios reaccionan, pero la información no llega al cerebro. ¿De verdad no está al tanto de estas cosas? –preguntó sorprendida–. Pensaba que cualquier persona bien informada estaba al cabo de la calle, sobre todo quienes se dedican a un trabajo como el suyo.

–Sé algo al respecto, pero no lo tengo tan claro como usted –dijo Michael desconcertado–. No se me habría ocurrido relacionar a los faquires de la India con la hipnosis.

–Por eso es tan poderosa –dijo Ruth Mashiah–. Y ése es también el motivo de que sea imposible hipnotizar a alguien que no da su consentimiento expreso, lo habrá visto en las películas. Sin ese requisito, como mucho se logra dormir a la persona. ¿No ha probado nunca la hipnosis?

–No podría –reflexionó Michael–. Tal grado de abandono... la pérdida de control. Por lo visto, carezco de ese deseo de experiencias cósmicas del que me ha hablado –dijo con sonrisa conciliadora–. No estoy dispuesto a renunciar al dominio sobre mí mismo, ni siquiera por lograr la experiencia fetal. Prefiero la responsabilidad –dijo casi disculpándose.

–No sólo se trata de renunciar al control de la situación –dijo Ruth Mashiah, mirándolo con atención. Sus ojos rasgados se convirtieron en ranuras–. Porque no basta con el mero consentimiento. El sujeto debe estar de acuerdo, pero también debe confiar en el hipnotizador para que éste pueda actuar.

Michael fue presa de un ataque de pánico.

–Ella no va a confiar en él –dijo mirando la puerta de la consulta–. Ya no es capaz de confiar en nadie –concluyó desesperado.

–Yo no estaría tan segura. Es más fuerte de lo que cree. No debería usted pensar en términos absolutos, románticos –lo tranquilizó Ruth Mashiah–. Y no olvide que ella también desea descubrir la verdad. Es un deseo verdadero, una necesidad. Un adulto no pierde la fe en la humanidad por lo que le pasa con una sola persona. Aun cuando desee no volver a confiar nunca en nadie, atenerse a esa decisión no es fácil –dio una calada y expelió una voluta de humo blanco; luego masculló mirando el cigarrillo–: ¿Por qué estoy fumando? –lo tiró en el vaso de plástico vacío que sujetaba Michael. Se lo quitó de las manos, se levantó con presteza y se dirigió a la jarra de agua fría del rincón de la sala de espera para llenar el vaso. Tenía un aire juvenil y andrógino con su holgado conjunto de pantalón y chaqueta, se movía con agilidad. De pronto, Michael se vio abrazando aquel cuerpo y sepultando el rostro en los encrespados rizos. Ella tomó asiento frente a él.

–Al hipnotizador no se le debe escapar el momento en que el sujeto comienza a rendirse. Es entonces cuando tiene que abalanzarse sobre él.

–Abalanzarse –repitió Michael. Imaginó a una serpiente tragándose un conejo.

–Aprovechar el momento, decir en el instante preciso: «Se le cierran los ojos, quiere dormir». ¡Así empieza la hipnosis! ¿Nunca lo ha visto?

–Lo he visto –respondió Michael–. En las películas, y una vez en la comisaría. Pero nunca he llegado a comprenderlo bien.

En ese momento se abrió la puerta y el doctor Schumer le indicó por señas a Michael que pasara. Ruth Mashiah se apresuró a levantarse.

–Sólo él –dijo el psiquiatra.

Durante un rato que se le hizo eterno, Michael permaneció sentado frente a la mesa del psiquiatra junto a Nita, quien parecía menos tensa, tranquilizada tal vez por la perspectiva de abandonarse a unas manos de fiar que la protegerían contra sí misma. El doctor Schumer le resumió el meollo de la conversación que habían mantenido. Repitió en tono reservado los datos facilitados por Nita y su deseo expreso de descubrir la verdad. A Michael le dio la impresión de que esto último lo decía de mala gana. Pero en el rostro inexpresivo del psiquiatra, nada delataba sus sentimientos. Luego aludió a que Nita había solicitado que Michael estuviera presente durante el proceso. Explicó lo que era habitual y lo que no lo era, mencionó la confidencialidad médica e hizo un comentario sobre el hecho de que se hubieran borrado los límites entre las responsabilidades profesionales de Michael y su relación con Nita.

–Esto se sale por completo de lo prescrito –declaró, y comprimió los labios. Miró a Nita, que pareció encogerse–. ¿Por qué no se va con Ruth un momento, señorita Van Gelden?

Michael siguió con la mirada los movimientos espasmódicos con que Nita se ponía en pie y caminaba hacia la puerta a la vez que retorció con los dedos la tela floreada de su holgada falda. Dio un portazo al salir, como si no fuera totalmente

dueña de sus movimientos. Una vez a solas con el médico, Michael tensó el cuerpo, aprestándose para rechazar cualquier intento de volver a abordar las cuestiones éticas, pero el doctor Schumer no insistió en ellas. En una ocasión dijo: «Tengo entendido que, además, están ustedes muy unidos». Michael reprimió el impulso de preguntarle a qué se refería con ese «además». El psiquiatra habló fundamentalmente de que Nita tenía la fijación de que la hipnosis sería una especie de redención.

—Pero no es una solución para los problemas reales —advirtió—. Así se lo he dicho, y le he explicado algo que usted también debe saber: la represión es un mecanismo de defensa, deseable y necesario en algunas ocasiones. A veces afloran problemas muy espinosos. Debo decirle asimismo —prosiguió carraspeando— que no me da la impresión de que tenga un problema de desdoblamiento de la personalidad. Aunque me ha contado no sé qué cosas de una película americana que ahora no recuerdo bien. No obstante, comprendo muy bien sus miedos, dadas las circunstancias, tan especiales y terribles. Sea como fuere, es importante que tenga usted en cuenta... —la voz del psiquiatra se tornó severa y autoritaria, la expresión de su fino y extraño rostro, dura y decidida. El doctor Schumer tenía los ojos muy próximos y una frente estrechísima, de la que parecía brotar directamente su espeso cabello—. Si por un solo instante, el bienestar emocional de la paciente entra en contradicción con el deseo de usted de descubrir los hechos, su bienestar emocional primará. El aspecto policial del asunto no me interesa en absoluto y me niego a cooperar con esa finalidad. Deseo que quede bien sentado. ¿De acuerdo?

Michael asintió con un gesto.

—Cuando surja algún asunto conflictivo, usted mismo se dará cuenta. Si en un principio la conciencia de Nita registró ese material en la categoría de lo que está prohibido recordar, tal vez reaccionará con señales de angustia, porque la hipnosis puede provocar un conflicto interno muy poderoso. Puede desencadenar ataques histéricos e incluso psicóticos. Se lo advierto de antemano: si ocurre algo así, interrumpiré la sesión de inmediato. No estoy dispuesto a someterla a ningún riesgo. Ni a mí mismo. Sacar a la luz material reprimido es algo muy peligroso. ¿Lo comprende?

Michael asintió con la cabeza.

—Ella ha solicitado que esté usted presente mientras la hipnotizo. Puede que no sea mala idea, así me podrá echar una mano con las preguntas. A fin de cuentas, yo apenas sé nada sobre ella ni sobre las circunstancias.

Michael asintió de nuevo.

—Lo más importante, al menos hasta que se suma en un trance profundo, es que guarde usted un silencio absoluto —dijo el psiquiatra ya de pie, con la mano en el picaporte—. Su presencia no debe dar lugar al menor estímulo. Estoy seguro de que

lo comprende –sin aguardar a que le respondiera, abrió la puerta y le pidió a Nita que entrara.

Ahora Nita reposaba en la butaca con los ojos cerrados. En la habitación reinaba un silencio absoluto. Michael observó el brazo enfundado en blanco que depositaba el medallón en una esquina del gran escritorio. Vio la expresión relajada que se extendía por el semblante de Nita. Tenía los labios entreabiertos y las señales de angustia se difuminaban poco a poco de sus facciones. Michael estaba tenso como un arco y había evitado deliberadamente seguir el movimiento del reluciente medallón, pero, aun así, por su mente cruzó la idea, y luego el deseo, de que las instrucciones del doctor también hubieran tenido efecto sobre él. Quizá estuviera hipnotizado, bajo la acción de un hechizo del que no era consciente. El doctor Schumer tomó asiento frente a Nita y le dijo que abriera los ojos. Michael permaneció en pie, recostado en la pared, observando los ojos de Nita. Habían adquirido un tono gris oscuro. Parecían profundas lagunas. Tenía un aspecto tan despierto que resultaba difícil creer que estuviera dormida. El médico repitió unas cuantas veces: «Se siente cómoda, segura». Los brazos de Nita reposaban flácidos en los de la butaca.

–Está usted en el ensayo del concierto –dijo el hipnotizador–. El Doble concierto de Brahms. Va a comenzar a tocar.

Nita sonrió. Una sonrisa ancha, radiante, que borró sus ojeras. Sus ojos centellearon. Separó las piernas, y Michael tardó un instante en darse cuenta de que Nita sujetaba entre ellas un chelo imaginario.

–Theo la interrumpe por primera vez –dijo el psiquiatra después de echar un vistazo al papel donde había anotado el curso de los acontecimientos según la reconstrucción hecha por Michael.

Nita retiró la mano del chelo imaginario y la dejó en el aire, como si sujetara el arco.

–¿Cuántas veces la interrumpe? –preguntó el doctor Schumer.

–Muchas –Nita soltó una risita–. Está discutiendo con todo el mundo. Con Gabi también. Por el tempo. Como siempre –sonrió.

–¿Le agrada que discutan? –preguntó el psiquiatra.

–No –se estremeció–. ¡Lo detesto!

–Pero también es una situación agradable.

–Estamos trabajando juntos. Los tres. Como en los viejos tiempos. Estamos haciendo música –dijo Nita, y su rostro resplandeció de nuevo–. Tocando. Como antes. Las discusiones son lo de menos. Forman parte de nuestro trabajo –de pronto, se le torció la boca y empezaron a manar lágrimas de sus ojos–. Papá ha muerto –dijo, y emitió un sollozo ahogado. Se enjugó los ojos con los puños y sorbió por la nariz.

–¿Le agrada que Theo la interrumpa?

–A veces aprendo de sus interrupciones. Theo sabe mucho –dijo con voz infantil. A Michael le resultaba familiar aquella forma de expresarse pero, al mismo tiempo, la encontraba exagerada hasta lo grotesco.

El psiquiatra dirigió una mirada rápida a Michael.

–¿Quiere preguntarle algo? –dijo con voz normal, y Michael se preguntó por qué no habría susurrado. Hizo un gesto de asentimiento y se acercó.

–Ahora se toma un descanso –dijo el doctor Schumer.

Nita dejó el inexistente chelo a sus pies y miró en derredor.

–¿Estará la funda entre bastidores? –se preguntó, y se levantó de la butaca ágilmente–. Ha venido Ido –dijo feliz–. Lo ha traído Michael. Y a Noa también. Lleva un peto naranja. Antes era de Ido. Y en el cochecito hay una caja de música; Ido está mordisqueando a Matilda, su conejita.

–Ya ha terminado la interrupción provocada por Teddy Kollek. ¿Qué pasa después? –preguntó Michael.

–Ido se ha marchado –dijo Nita sorprendida–. Estaba aquí, pero ya no está. Michael se ha llevado a los niños.

–Y todo el mundo regresa al escenario –le recordó Michael.

–Todos vuelven –convino Nita, y se inclinó como para recoger el chelo.

–¿Ensayáis todo el concierto?

–El segundo movimiento –repuso ella como en un sueño–. Sólo queda tiempo para el segundo movimiento. Theo ya no pega tantos gritos –volvió a sonreír, con dulzura–. Está contento, pero no lo dice. Él es así. Le gusta cómo tocamos. Dice: «Todo bien, de momento». No mira a Gabi. ¡Gabi está tocando espléndidamente! ¡Es una auténtica maravilla! –bajó la vista y, al levantarla, miró a Michael a los ojos. Pero él tuvo la sensación de que no lo veía en absoluto–. Yo también toco bien. Sí, muy bien –dijo con claridad y sin afectación, como quien reconoce un hecho evidente, y sus mejillas se arrebolaron.

–Theo dice que ha terminado el ensayo. Y ahora ¿qué? ¿Guardas tu instrumento?

–Sí, como todo el mundo. Hay mucho alboroto. La señora Agmon está en el pasillo. Cerca del escenario.

–¿Y quién hay en el escenario? ¿Ves cómo se van yendo?

Michael la observó cabecear, como si estuviera haciendo un esfuerzo.

–¿Está Gabi en el escenario?

–Gabi se va. Tiene algo que hacer –sus ojos se achicaron. Una sombra oscura invadió las lagunas–. Sale del escenario.

–¿Quién más se marcha? –preguntó Michael, y oyó la respiración profunda del psiquiatra, que no retiraba la vista de Nita.

–No lo recuerdo... –su cara se crispó, cerró los ojos, abrió la boca, se retorció las

manos, sus piernas se convulsionaron, palideció—. Gabriel se va —dijo jadeante—. Tiene que... —se le desplomó la cabeza hacia atrás.

—Está perdiendo la conciencia —dijo el psiquiatra—, tenemos que dejarlo. Está dando claras muestras de angustia.

—Una pregunta más —suplicó Michael—. Sólo una.

El psiquiatra alzó la mano con gesto decidido.

—¡No responda a eso! —ordenó—. Olvide la pregunta. Vuelve a estar al final del ensayo —continuó con dulzura, y el cuerpo de Nita se relajó—. Abra los ojos y olvide la pregunta —Nita alzó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Está despierta o dormida? —preguntó Michael.

—Ha vuelto al estado de hipnosis profunda —repuso el psiquiatra tras unos segundos de silencio—. No estoy dispuesto a hacerla pasar por la misma situación.

—Pero si no sabemos nada que no supiéramos —dijo Michael desesperado—. ¡Nada! Tengo que intentar...

El psiquiatra lo miró escéptico.

—Por su bien. Debemos darle una respuesta a la pregunta de si fue ella quien lo hizo.

—Estoy dispuesto a darle otra oportunidad. Pero no de la misma manera. Formularemos la pregunta de otra forma —dijo el psiquiatra mientras echaba otro vistazo a sus notas—. Quizá sea mejor que ahora se lo pregunte yo.

—Pero antes pregúntele cuántas cuerdas de repuesto tenía en casa antes del ensayo —dijo Michael, con la respiración acelerada.

—¿Cuántas cuerdas de repuesto tenía en casa antes del ensayo? —preguntó mecánicamente el doctor Schumer.

Nita frunció el entrecejo.

—Tres —dijo—. La cuerda la se rompió y la cambié.

—¿Tres antes de cambiarla o después? —susurró Michael.

Schumer repitió la pregunta.

—Antes —dijo ella titubeando—. Tres antes de cambiarla.

—Una vez más, ¿qué cuerda cambió? —preguntó Michael, el corazón desbocado, y oyó a Schumer repitiendo sus palabras.

—La cuerda la —dijo ella con seguridad.

—¿Tiene otra cuerda la en casa? —siseó Michael, y Schumer repitió la pregunta.

—Puede que sí —respondió pensativa—. En el armario, en el maletero, donde guardo mi antiguo chelo. Hace años que no lo toco. Allí hay cuatro cuerdas en un sobre cerrado.

Michael tragó saliva con esfuerzo y reprimió el impulso de salir corriendo hacia casa de Nita para verificar de inmediato la existencia de las cuerdas.

—Ahora pregúntele qué pasó después del ensayo —insistió inflexible.

Tras un instante de vacilación, el psiquiatra dijo sosegadamente:

–El ensayo ha terminado.
 Nita asintió con la cabeza.
 –¿Qué hace ahora?
 Nita abrió mucho los ojos.
 –Dejo el chelo en el suelo. Quiero guardarlo. Pero la funda no está aquí. Tengo que buscarla. Se lo pregunto a Avigdor. La funda... la han guardado ahí detrás.
 –¿Se retira detrás del escenario?
 Nita hizo un gesto de asentimiento.
 –¿Con el chelo en la mano?
 Nuevo gesto de asentimiento.
 –¿Encuentra la funda?
 –Está al otro lado de la pared. Tengo que guardar el chelo en el despacho de Theo. No puedo dejarlo por ahí tirado. Es mi chelo. Mi Amati.
 –¿Entra en el despacho de Theo?
 –Entro en el despacho de Theo –afirmó Nita con seguridad–. La puerta está abierta. No han echado la llave.
 –¿Está allí Theo?
 –Está al teléfono. Sí, hablando por teléfono. Dice: «Eso ni pensarlo». Al verme, se calla. Espera a que salga. Guardo el chelo en el armario grande. Como antes. Como siempre –la perplejidad y el esfuerzo la llevaron a juntar las oscuras cejas.
 –Y luego, ¿sale usted del despacho?
 –Theo dice: «Volveré a llamar», y cuelga.
 –¿Salen juntos entonces?
 –Tengo que hacer pis –dijo ella de pronto.
 –¿Justo en ese momento?
 –Justo en ese momento. Al llegar a la puerta, me doy cuenta de que necesito hacer pis. Quiero usar el lavabo de Theo.
 –¿Hay un lavabo en el despacho de Theo?
 –No, al lado. Está limpio.
 –¿Y Theo?
 –Cierra el despacho con llave. Le digo que me espere. Pero, cuando salgo, se ha ido –dijo sorprendida–. Lo llamo: «¡Theo! ¡Theo!», pero no me oye. No me responde. Voy hasta el fondo del pasillo.
 –¿Camino del escenario?
 Nita sacudió la cabeza vigorosamente.
 –No. Hacia el otro extremo.
 –¿Qué otro extremo? –preguntó Michael atónito, sin prestar atención a la mirada admonitoria del psiquiatra.
 –A la puerta del fondo. Porque quizá Theo se ha ido en esa dirección –de pronto, la recorre un estremecimiento.

El psiquiatra volvió a tomar las riendas del interrogatorio.

–¿Está allí?

–No. No hay nadie –dijo como una niña defraudada.

–¿Y ve a Gabi?

–No. Gabi tampoco está allí. Y la luz no funciona.

–¿Qué quiere decir? ¿Cómo que no funciona? ¿Está a oscuras?

–Está todo oscuro. No se ve nada. Las cortinas están echadas. Así que regreso.

–¿Al despacho de Theo?

–No. Theo lo ha cerrado con llave –dijo Nita como una niña que explica algo obvio–. Caminé hacia la luz.

–¿Le da miedo la oscuridad? –preguntó el psiquiatra con dulzura.

–Es todo tan raro –dijo, y comenzó a revolverse.

–Regresa al escenario por el camino habitual –dijo el psiquiatra. Ella se relajó.

–Regreso.

–¿Ves a Gabi? –preguntó Michael.

–Gabi está recostado en el pilar, como siempre –dijo ella sonriente–. Está hablando con alguien. Oigo la voz de Gabi.

–¿Qué dice? –preguntó Michael; sintió que su cuerpo se tensaba y se ponía rígido, la sangre le palpitaba en las sienes.

–Dice: «Vivaldi es mi campo. Vivaldi es mi campo». Está enfadado.

–¿Con quién está hablando? –preguntó el psiquiatra.

El semblante de Nita volvió a crisparse y a palidecer. Sus cejas se anudaron.

–No lo veo –dijo en un susurro–. No alcanzo a distinguirlo. Están detrás del pilar –repentinamente, lanzó un alarido espeluznante.

–¡No conteste! ¡No debe contestar! –dijo el psiquiatra muy deprisa. Un fuerte temblor había acometido a Nita–. No recuerda lo que vio. Da igual quién estuviera allí –dijo el doctor Schumer con voz firme y serena. Michael vio que las piernas de Nita se relajaban y que el color le volvía a la cara. A él lo abrumaba una honda frustración. Y un violento deseo de sacudirla, que le hacía sentirse culpable.

–Está usted en el pasillo –dijo el psiquiatra una vez que ella tuvo los ojos bien abiertos y la respiración acompasada–. ¿Tiene una cuerda en la mano?

Nita negó con la cabeza.

–No, no tengo ninguna cuerda –dijo con apatía–. Las he dejado en la funda del chelo.

–Cuando oye hablar a Gabi, recostado contra el pilar, ¿se queda usted allí?

–No tengo que escuchar eso –dijo–. No tengo que escucharlo.

–¿No se queda allí?

–Me alejo muy deprisa. De puntillas, para que no se percaten de que los he oído... –Nita se contorsionó en la butaca. Empezó a sacudir la cabeza de lado a lado.

–Se aleja deprisa. ¿Hacia dónde?

–Hacia el escenario. Todo el mundo sigue en el escenario –dijo sorprendida. Aún tenía el ceño fruncido, pero su cuerpo había cesado de convulsionarse–. Están recogiendo y charlando, y la señora Agmon, la violinista, no para de dar gritos.

–¿Qué grita?

Nita sonrió. Una sonrisita tristona. Sin hoyuelos.

–Grita: «¡No hay derecho! ¡No se puede uno portar así! ¡Hoy no se me va a escapar!».

–¿Quiénes siguen en el escenario? –preguntó Michael, y observó los esfuerzos de Nita por reavivar su memoria.

La escuchó enumerar al concertino, la oboísta, los clarinetistas, los bajistas y los violistas.

–Mucha gente –concluyó fatigada.

–¿Dónde está Gabi? –intervino el psiquiatra.

–Allí no, no está allí –dijo ella con amargura, y apretó los puños.

–¿Y Theo?

–Él tampoco está –dijo con la misma inflexión de voz, y relajó las manos.

–¿Pero usted sí está allí? –se apresuró a preguntar el psiquiatra.

–Yo estoy allí. En un rincón.

–¿Y ve a Gabi con vida?

–Recostado en el pilar –le recordó ella en tono de reproche.

–Hablando. Gabi está hablando –dijo el psiquiatra.

Nita empezó a pestañear a toda velocidad.

–¿Está usted detrás de él con una cuerda en las manos?

–No, qué va –dijo Nita sorprendida–. Él está allí y yo estoy aquí.

¡Ya lo ve!, pareció decir el psiquiatra con un ademán.

–Hemos acabado de momento –dijo en voz alta–. Voy a despertarla.

–Pero... Pregúntele una vez más con quién está hablando Gabi... ¡Al menos si es un hombre o una mujer! –suplicó Michael.

–Creía haber acordado con usted que su bienestar estaba por encima de todo. ¿No ve hasta qué punto le resulta cruel esa pregunta? Ya hemos llegado demasiado lejos. Lo que pretendía usted saber, ya lo sabe. Y también sabemos lo que ella quería saber. Esto no es un caso de desdoblamiento de la personalidad. No ha matado a nadie. De momento, nos basta con eso –sentenció, y se volvió hacia Nita.

Michael escuchó sin prestar mucha atención las instrucciones que el doctor Schumer iba dando con voz tranquilizadora a la par que autoritaria.

–Se acordará de todo, salvo de la pregunta sobre con quién estaba hablando Gabi –dijo un par de veces–. Ahora la voy a despertar. Estará más relajada. Se sentirá bien. Descansada. Ahora sabe que no ha hecho nada malo. No ha matado a nadie. No se ha valido de una cuerda para nada. No eran más que fantasías suyas.

Michael escuchó la cuenta atrás y se puso en tensión al oír el sonido de una palmada. Lentamente, a regañadientes, Nita regresó al mundo. Cerró y abrió los ojos, palpó los brazos de la butaca.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó el médico, y ella lo miró con ojos tristes, serenos.

–Bien –dijo sorprendida–. Mejor, diría yo –hablaba con su voz habitual.

–¿Qué recuerda? –preguntó el psiquiatra.

Nita miró a Michael y su boca se relajó.

–No lo hice yo –dijo, y se frotó la frente con un gesto similar al de Ruth Mashiah–. Yo me limité a guardar el chelo en el despacho de Theo, fui al baño, busqué a Theo al fondo del pasillo y, como la luz no funcionaba, volví al escenario.

Uno no se va encontrando niños por la calle

—No comprendo la pregunta —arguyó Theo a la vez que embutía las manos en los bolsillos de sus pálidos pantalones—. ¿Lo que quiere saber es si hablé con él después del ensayo?

—A mí me parece que la pregunta está muy clara: después del ensayo, cuando salió con Nita de su despacho y lo cerró con llave, al dirigirse al escenario, ¿habló con Gabi?

—¿Cree que si hubiera sucedido algo así no se lo habría contado? ¿Ni a usted ni a él? —añadió Theo, y señaló con la cabeza a Balilty, quien, sentado junto a Michael, se examinaba atentamente las uñas—. ¿O al menos a la joven? Se lo habría dicho a ella. ¡He pasado mucho tiempo con ella!

—Lo que yo crea da igual —replicó Michael en el tono frío y casi indiferente que había usado desde el principio del interrogatorio—. Mi trabajo es formular estas preguntas y me limito a cumplir con él.

—Y yo le estoy respondiendo —Theo se sacó las manos de los bolsillos y se desplomó en una silla—. Después del ensayo no crucé ni una sola palabra con Gabi. No lo vi hasta... hasta que me lo encontré allí en el suelo.

—¿Cómo se explica que Nita lo viera y usted no?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —exclamó Theo enfadado—. ¿Le parece posible que responda a una pregunta así? Ella lo vio y yo no —se frotó las mejillas con las palmas de las manos. Tenía ojeras, como su hermana. Y una mirada atormentada y cargada de ansiedad.

—Ella lo vio recostado contra el pilar, hablando con usted.

—Es imposible que me viera a mí —dijo Theo irritado—. ¡Puede que haya dicho que me vio! Hay una diferencia entre ver y decir que se ha visto. No creo que mi hermana haya dicho nada semejante. ¡Es mi hermana! Y, como muy bien sabe, se encuentra en un estado espantoso. Además, ¿para qué iba a decir una mentira sin sentido como ésa?

—¿Sin sentido? Yo no diría que no lo tiene.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene sentido? ¿Qué insinúa, que yo... fui el último que lo vio? ¿Que lo maté yo? Pero ¿dónde está Nita? —preguntó Theo como si se hubiera cansado de perder el tiempo—. Si mi hermana ha dicho eso, quiero verla. ¡Que me

lo diga ella misma! ¿Por qué no la han traído? ¿De qué se trata esto? ¿Divide y vencerás?

—Cada cosa a su tiempo —dijo Michael con sosiego a la vez que se tapaba la vena que le palpitaba en el cuello. Tenía la sensación de que todo el mundo la veía palpar a través de la piel. No lograba expulsar de su mente las palabras del hipnotizador: «No está mintiendo, no es una actuación», había dicho tras la sesión de hipnotismo. «En lo que vio, hay algo que la asusta. La asusta hasta el punto de que el mero hecho de recordarlo constituye un peligro. No está dispuesta a recordar con exactitud qué vio. No se imagina qué cantidad de cosas logramos reprimir para protegernos. A veces parece increíble, y no hay diferencias entre unas personas y otras, por muy cultas o inteligentes que sean. La señorita Van Gelden debió de ver a alguien o algo que, por el mero hecho de estar allí, representaba una amenaza para ella. Una amenaza en el plano psicológico.»

—En realidad, no comprendo en absoluto qué está pasando —se quejó Theo—. ¿Por qué estamos hablando de esto aquí? Se diría que sospechan de mí. ¿Por qué me están interrogando?

—Aún no se le ha citado oficialmente —intervino Balilty por primera vez, y se cruzó de brazos—. Digamos que es una simple charla. ¿Tiene algún inconveniente en colaborar con nosotros para encontrar a quien ha asesinado a su padre y a su hermano?

—¿Creen que es la misma persona? —preguntó Theo con una voz cargada de perplejidad—. ¿Creen que los dos asesinatos están relacionados?

—Y usted ¿qué piensa? —replicó Balilty—. ¿Cuál es su opinión?

Theo se quedó en silencio y bajó la mirada a sus manos. Se examinó los dedos, largos como los de Nita, y se pasó la mano por la cara. Cuando se la retiró de los ojos, Michael se sorprendió una vez más del gran parecido entre Nita y Theo. Parecido especialmente manifiesto en los ojos, muy hundidos en las cuencas. A Michael le dio un vuelco el corazón cuando Theo hundió los dedos en su cabellera plateada y se la retiró de la frente con el mismo ademán con que Nita se peinaba a veces los rizos.

—¿Por eso hay un policía a la puerta de la casa de Nita? ¿Tienen en mente algo que no nos hayan dicho? ¿Quizá que, como suele decirse, nuestras vidas corren peligro?

—Estaban discutiendo sobre Vivaldi —dijo Michael mientras daba vueltas entre los dedos a un cigarrillo que procuraba no encender. No pensaba hablarle a Theo, y mucho menos a Nita, del miedo que le había acometido a raíz de la sesión de hipnotismo. Si Nita había visto algo, y si alguien sabía que lo había visto, y al pensar en esto miró a Theo, Michael debía redoblar los cuidados para impedir que se quedara sola ni un instante.

—¿Quién estaba discutiendo sobre Vivaldi? —la mirada de Theo oscilaba nerviosa

entre la ventana y la puerta.

–Gabi y usted. Sobre Vivaldi. Él dijo... –Michael consultó las notas que tenía delante para dar la impresión de que la única frase que Nita había alcanzado a oír formaba parte de una conversación más larga– «Vivaldi es mi campo».

En la garganta de Theo se vio subir y bajar la nuez. Dijo muy rígido:

–No entiendo de qué me habla. Es totalmente falso que me hablara de Vivaldi. Ese día, al menos. Aunque es cierto que nos hemos pasado la vida discutiendo sobre Vivaldi. Y sobre Corelli, Bach y Mozart, y también sobre Mendelssohn. Vivaldi era su campo, sin duda. Si lo que pretende es descubrir una frase significativa pronunciada por Gabi antes de morir, en primer lugar debe saber que no me dijo nada porque no hablamos y, por otro lado, la gente no suele hacer declaraciones importantes antes de morir. Sobre todo cuando no sabe que va a morir.

–¿Por qué no volvemos al inicio de esta conversación? –sugirió Balilty a la vez que dirigía a Michael una mirada interrogante por encima de la taza de café que se había llevado a la boca.

Theo, que también sorbía sonoramente el café que Michael le había puesto delante, asintió con un gesto vehemente.

–¿A Herzl, quiere decir?

–Nos ha dicho que no es la primera vez. ¿Cuántas veces había ocurrido antes?

Theo miró reflexivamente por la ventana.

–Cuatro veces, quizá, o cinco. No lo recuerdo con exactitud.

–¿Y siempre se internó él mismo? –preguntó Michael mientras golpeaba rítmicamente la mesa con la punta de un lápiz.

–Creo que la primera vez lo internó mi padre –repuso Theo lentamente, haciendo un esfuerzo por recordar–. A nosotros no nos lo dijeron, pero yo me enteré. Fue hace unos veinte años, o tal vez un poco menos. No se presentó a trabajar. No lográbamos hablar con él por teléfono. Mi padre fue a su casa. Nunca lo íbamos a ver a casa. Él no quería. Yo creo que sólo he estado allí una vez. Estaba muy oscura, alumbrada por una sola bombilla. Y toda llena de trastos que iba acumulando. Se veía que vivía solo, una vida de perros –al comprender lo que había dicho, añadió–: Yo también vivo solo. Pero las cosas no tienen por qué ser así. Siempre tengo la casa limpia.

–¿No había ninguna mujer en su vida? –preguntó Michael a la vez que dejaba el lápiz sobre la mesa.

–En su vida no había nadie. Nadie en absoluto. De sus padres u otros parientes no tengo noticia. Sé que vino solo a Israel, después de la guerra. De joven, o más bien de niño. Creo que tenía quince o dieciséis años cuando llegó. Venía de Bélgica. Había conocido a mis padres durante la guerra y, al llegar, los buscó. Nunca le hablábamos del pasado. Es todo lo que sé. Éramos la única familia que tenía en el

mundo, pero nunca hablábamos de eso. Prácticamente vivía en la tienda, y también vivía para ella. Era él quien buscaba partituras extrañas y grabaciones curiosas. Todo tipo de música que nadie conocía. Recuerdo... –quedó en silencio.

–Y la locura, la enfermedad, ¿se manifestó hace veinte años? –dijo Balilty para reencauzar la conversación.

–Mi padre lo llevó al médico. Recuerdo que se lo explicó a mi madre. Les oí hablando de eso una noche. Creían que no estaba en casa. Yo ya era mayor, estaba de vacaciones en Israel con mi primera mujer. Estaban hablando de la depresión de Herzl. Ése era el diagnóstico. Después mi padre lo llevó al hospital psiquiátrico de Talbiyé, a urgencias, porque Herzl no se levantaba de la cama, ni comía, ni hablaba, ni reaccionaba ante nada. Mi madre me lo contó más adelante. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Mi madre habló en términos generales, sin entrar en detalles. No sabía si contárselo a Nita ni cómo decírselo. Nita siempre ha sido hipersensible y mi madre no quería disgustarla. Creo que al final se limitó a decirle a Nita, que todavía era una quinceañera, que no tenía que sentir miedo de Herzl, que no era peligroso para nadie, o en todo caso, sólo para sí mismo. A mí, mi madre me dijo que Herzl quería morir.

–¿Y después? –preguntó Michael–. ¿Qué pasó después del primer ataque?

–Cada cierto número de años, lo perdíamos de vista. Durante un mes como mínimo. Y es que estaba en tratamiento, aunque no sé si le valía de algo. Mi padre me dijo el año pasado que se encontraba en fase de remisión. Que sus ataques eran más leves. Después de la primera vez, él mismo se iba a urgencias. Le daba miedo la posibilidad de autolesionarse. Creo que lo sometieron a electroshocks un par de veces. Decía que le habían venido bien.

–Es decir, que habló usted del asunto con él –dijo Michael–. Había dicho...

Theo parecía confuso.

–Hace dos o tres años, una sola vez –reconoció.

–El médico me contó –intervino Balilty– que fue desde el Hospital Hadassah de Ein Kerem hasta el centro de Jerusalén empujando un carrito de supermercado vacío. Andando por en medio de la calle vestido con el pijama blanco del hospital. Arriesgándose a ser atropellado. Y terminó en el psiquiátrico de Talbiyé –Balilty se inclinó hacia delante–. El médico de Talbiyé ha dicho que Herzl oía voces. No entiendo mucho de esto, pero ¿no parece algo más que una depresión?

Theo se encogió de hombros.

–Quizá –farfulló–. No soy psiquiatra. Por el aspecto de su casa se veía que no estaba bien de la cabeza. La tenía hecha un desastre. Todo revuelto, una mezcla de papeles, partituras, instrumentos antiguos y botellas vacías, y basura de todo tipo. ¡No digamos nada de la suciedad! Pasaba días enteros sin probar bocado. Es un hombre enfermo, pero no lo considero peligroso. No haría daño a nadie.

–No le informaron de la muerte de su padre –dijo Michael.

–¿Cómo íbamos a informarle? –preguntó Theo malhumorado–. Si resultó que estaba ingresado en el psiquiátrico. Como usted ya sabe.

–Pero no es motivo para que no hablaran con él.

–No sabía que estaba allí, eso para empezar –protestó Theo–. Era responsabilidad suya encontrarlo.

–Y no nos prestaron una gran ayuda. Ninguno de ustedes, incluido su hermano, nos facilitó la información necesaria –señaló Balilty con malicia–. Podría usted haber hablado con él después de la muerte de su padre. ¿No lo intentó?

–No lo busqué. Tenía otras cosas en que pensar. Mis propios problemas. Que hubiera muerto mi padre. De esa manera. Y mi trabajo con la orquesta. Tengo que trabajar, ¿sabe? –dijo Theo con amargura–. Además, no siempre se conseguía hablar con él –reconoció–. Tenía mayor confianza conmigo que con Gabi, y, desde luego, más que con Nita. Pero, por encima de todo, estaba muy unido a mi padre. Habría muerto por mi padre. Literalmente.

–En ese caso, ¿por qué discutieron? –preguntó Balilty a la vez que sacaba una cerilla quemada de la caja que había en la mesa y comenzaba a garrapatear con ella sobre un papel. La grabadora vibraba–. ¿Y por qué cerraron la tienda?

–No tengo ni idea –dijo Theo–. Mi padre se negaba a hablar del asunto. Si yo sacaba el tema, siempre me decía: «Déjalo estar». Y con Herzl no llegué a hablar porque he estado siempre fuera. En los últimos meses he tenido varios conciertos en el extranjero. Participé en un festival y no he tenido la oportunidad... –su voz se apagó. Paseó la mirada por la habitación con aire culpable–. No me he portado bien con Herzl. Tendría que haber demostrado mayor interés por él. Tendría que haberle insistido. Está totalmente solo en el mundo. No tiene a nadie.

–En estos momentos, estamos registrando su casa –dijo Michael.

Balilty se quedó mirándolo de hito en hito, y su sorpresa dio paso a la perplejidad y luego a la ira manifiesta ante aquella revelación de información confidencial sin previa consulta. Pero antes de que desviara la vista, la complicidad asomó a sus ojos y, en el gesto que hizo con la cabeza, a la vez que emitía una risita inaudible, había un reconocimiento y una admiración que hacía tiempo que no le demostraba a Michael. Balilty bajó la cabeza y Theo quedó paralizado.

El brazo de Theo permaneció suspendido en el aire, su boca se abría y se cerraba.

–Pero ¿por qué? –exigió saber con una mezcla de incomprensión y rabia–. ¿Para qué registrarla? Si es un cuartucho lleno de trastos. ¿Qué demonios andan buscando allí? En el registro de mi casa no encontraron nada de nada. En aquel momento todavía estaba demasiado afectado para preguntarles qué buscaban. Les di permiso a ciegas para que registraran mi despacho, y las taquillas de los músicos, pero ahora quiero enterarme. ¿Qué es lo que buscan?

–Buscamos un cuadro holandés –dijo Michael–. Y tal vez algo más que sirva para explicar las cosas.

–Ahí no lograrán encontrar nada –objetó Theo débilmente–. Están perdiendo el tiempo. Y, además, Herzl estaba en el psiquiátrico el día en cuestión.

–Eso no lo sabemos con seguridad –dijo Michael.

–¿Cómo que no? El médico lo aseguró. Está claro.

–Sí, estaba ingresado –convino Michael–. Pero desapareció precisamente la misma tarde del asesinato de su padre. No es un pabellón cerrado. Puede entrar y salir. Y volvió a última hora.

–¿Cómo puede saberlo? –preguntó Theo, y golpeó la mesa con el puño–. ¿Cómo lo sabe? ¿Está seguro?

–Segurísimo. Sin la menor duda.

–¿Dónde estaba, entonces?

–Eso es lo que pretendemos descubrir. Pero él no nos está ayudando mucho –explicó Balilty–. Se nos había ocurrido que quizá usted conseguiría sonsacarle algo.

–¿Yo? –exclamó Theo alarmado–. ¿Por qué yo?

–Bueno –dijo Balilty–, no podemos recurrir a nadie más. Y usted mismo ha dicho que con usted tiene mayor confianza. Su padre ya no está con nosotros. Y no queremos asustar a Herzl. Aún no le hemos contado lo de su hermano. No lee el periódico. El psiquiatra le contó lo de su padre. Nos dijo que recurrió a esa estrategia para hacerlo volver a la realidad. Pero Herzl no reaccionó. Fue como si ya lo supiera de antemano.

Theo se echó atrás como si Balilty lo hubiera abofeteado.

–Están perdiendo el tiempo –dijo al fin–. Tardarán años en registrar esa leonera. Y no encontrarán nada.

–No nos queda otra alternativa –dijo Michael–. Y usted debe ayudarnos a comunicarnos con él.

–Nunca ha hecho nada malo –afirmó Theo con vehemencia, como si pretendiera convencerlos.

–Pero tal vez sepa algo que nosotros no sabemos –dijo Balilty fríamente–. Como, por ejemplo, quién ha hecho algo malo.

–¿Es una indirecta? –preguntó Theo con hostilidad. Volvió a pasarse la mano por el plateado cabello y lo levantó como si quisiera liberar su cabeza de un gran peso.

–¿Una indirecta de qué? –preguntó Balilty ingenuamente–. ¿Qué cree que estoy insinuando?

Theo quedó en silencio.

–No está dispuesto a realizar una prueba poligráfica –le recordó Balilty–. ¿Tampoco quiere hablar con Herzl?

–¡Nunca he dicho que no estuviera dispuesto a hacer una prueba poligráfica! –le

contradijo Theo—. Sólo dije que no podría hacerla en estos días. Lo he pasado muy mal, ¿saben? Y mañana tengo que estar en buena forma.

—¿Qué pasa mañana? —inquirió Michael.

—Tengo que participar en un taller de música en el Beit-Daniel. Me comprometí hace más de seis meses y no puedo echarme atrás ahora. Johann Schenk ha prometido asistir un día, y sólo puede venir...

—¡Pero si no han pasado ni cuarenta y ocho horas desde que asesinaron a su hermano! —exclamó Balilty.

—¿Cree que me he olvidado? —Theo apretó las comisuras de los labios igual que lo hacía Nita. Pero sus mejillas, que no estaban hundidas como las de Nita, le conferían una expresión malhumorada, cruel, en lugar del aire infantil y doliente de su hermana—. Este tipo de eventos son fundamentales en mi trabajo. Puede que usted no lo sepa, pero no soy un cualquiera en mi profesión. Aunque para usted eso será irrelevante, quizá —un inconfundible deje de vanidad acompañó a sus palabras desdeñosas.

Balilty las oyó como quien oye llover. Adoptó un gesto que era casi de lástima. Sus ojillos se hundieron en las profundidades de los pliegues de su ancho semblante, reluciente de sudor. Dirigió su atención a una mancha minúscula de la parte baja de su camisa y la examinó meticulosamente.

Después de darle a Balilty tiempo para reaccionar, y de comprender que no iba a reaccionar, Theo prosiguió:

—No vaya a pensar que Gabi habría actuado de otra forma. No somos libres para cancelar nuestros compromisos o posponerlos. No hay motivo que lo justifique —dijo desdeñosamente a la vez que se pasaba la mano por el pelo—. El duelo público y todos esos ritos son narcisistas... no son serios. Que haya muerto alguien, aunque sea alguien próximo a mí, incluso mi hermano, no significa que esté obligado a prescindir de todas mis obligaciones. ¿Es que tengo que tomarme unas vacaciones porque ha muerto Gabi?

Balilty suspiró y se recostó en la silla.

—Sería una locura cancelar una jornada con Johann Schenk —dijo Theo van Gelden con voz queda—. Es un acontecimiento internacional, la televisión francesa va a mandar un equipo, y yo daré una importante conferencia sobre el clasicismo a los jóvenes músicos de talento, la retransmitirá la televisión educativa. Y Johann Schenk, que tiene la agenda totalmente saturada, ¿saben quién es? —se volvió expresivamente hacia Michael, que mantuvo un gesto inescrutable—. ¿Por qué iban a haber oído hablar de él? —masculló Theo con aspereza—. No es un deportista ni una estrella del pop.

—Por lo visto, lo admira usted mucho —dijo Balilty.

—¡No soy el único! —exclamó Theo indignado—. Hay jóvenes que llevan esperando esta ocasión un año, sino más. Van a venir los mejores músicos del

mundo entero. Aquí contamos con algunos jóvenes muy dotados. Johann Schenk es uno de los más eminentes barítonos del mundo. Quizá el mejor. Se supone que Nita también tiene que impartir una clase magistral. Y dedicaremos parte del día al acompañamiento musical.

Balilty parpadeó varias veces.

–El acompañamiento de los lieder es un arte en sí mismo. Trabajaremos sobre Winterreise, un ciclo de canciones de Schubert con acompañamiento de piano – echó una ojeada a Michael, como si esperase de él un gesto de asentimiento de entendido musical, pero Michael siguió sin mover un músculo. Exhibir sus conocimientos de la obra de Schubert en aquel momento sería cerrar filas con Theo en contra de Balilty–. Consagraremos a eso la mitad del día. Después está en el programa mi conferencia, proyectada hace meses. Y además debo asistir para seleccionar cantantes nuevos para un montaje operístico. ¡Voy a hacer mi trabajo a mi medida!

–¿Y el tal Schenk, no es un ser humano? –preguntó Balilty–. ¿No es capaz de comprender que una persona esté destrozada porque han degollado a su hermano anteayer?

–¿Y qué haría yo si no asistiera? ¿Permitirles que husmeasen y metieran las narices en mi vida? ¿Pasar las horas hablando con ustedes? ¿Matar el tiempo mirando el techo? ¿Cuidar a mi hermana? No puedo ayudarla. El trabajo por lo menos me distrae de estos hechos espantosos. Todavía no se ha celebrado el entierro. No pienso pudrirme aquí, escondiéndome de los reporteros que acechan en todas las entradas de mi casa y de la casa de Nita, e incluso aquí. ¿Saben que están ahí fuera? Los vi al entrar. Y en casa de Nita el teléfono no para de sonar, pero cuando lo coges, la mitad de las veces nadie contesta. ¡No pueden impedirme que haga mi trabajo! ¿Soy acaso su prisionero? ¿Quiénes se han creído que son para acosar así a la gente? –en este ataque resonó una nota de auténtica indignación, por lo visto se iba acalorando–. Me ha llamado Dora Zackheim, nuestra antigua profesora de violín. ¿Cómo es posible que acosen así a una anciana? ¿Green que van a sacar algo en claro hablando con ella? Me ha dicho que se han citado –dijo acusadoramente a Michael–. ¿Qué quiere de ella? ¿Sabe cuántos años han pasado desde la última vez que habló conmigo o con Gabi? Si apenas puede andar...

–Su hermano habló con ella hace pocas semanas –dijo Michael–. No podemos ser selectivos ni hacer excepciones con nadie. Son dos asesinatos los que están en juego. Estoy hablando con todas las personas con las que Gabriel mantuvo contactos.

–¿Qué es el Beit-Daniel, por cierto? Está en Zichron Yaakov, ¿verdad? –preguntó Balilty sombrío.

–Es un centro musical –repuso Theo a regañadientes–. Se dedican mucho a la

música de cámara. Festivales y conciertos, y clases magistrales para artistas jóvenes... ¿Cómo ha podido enterarse de que Gabi fue a ver a Dora Zackheim?

—¿Quién ha dicho que la fue a ver? No he especificado quién fue a ver a quién. Sólo he dicho que habló con ella —señaló Michael apaciblemente—. ¿Sabe usted si fue a su casa?

Theo se ruborizó.

—Es que ella apenas sale —farfulló—. Pensé que...

—¿Le habló Gabi de su conversación con ella?

Theo negó con la cabeza.

—¿Así que está en Zichron Yaakov? —insistió Balilty.

Theo hizo un gesto afirmativo.

—Si Van Gelden va a ir al Beit-Daniel —le dijo Balilty a Michael como si estuvieran solos («¿Sí? ¿Es así? ¿Y su hermana también?»), le preguntó a Theo, que lo confirmó con un gesto—, tendrás que acompañarlos.

Michael no dijo nada. No era el menoscabo de su imagen ante Theo debido a la orden de Balilty, y a su brusquedad, lo que le preocupaba. Más bien era la extrañeza que le causaba la historia del empleado demente de la tienda de música, personaje sobre el que Nita nunca le había hecho el menor comentario. Trató de recordar cómo había reaccionado Nita cuando él trató de informarse sobre la pelea entre Herzl y su padre, pero ahora le daba la impresión de que, aquellos últimos días, las preocupaciones le habían impedido prestar la debida atención a las evasivas, ambigüedades, reticencias y ansiedades que suscitaba en Nita el asunto en cuestión. Tan ocupado había estado intentando preservar el frágil equilibrio de su amiga, se reprochaba ahora, y tan atento a no agravar la crisis en que ella se había sumido tras la muerte de su padre, que ni siquiera le había preguntado al hablar con ella tras la sesión de hipnotismo qué le había sucedido exactamente a Herzl ni quién era en realidad.

—Así que no va a realizar la prueba poligráfica —dijo Balilty con énfasis.

—Ahora no —lo corrigió Theo—. Ni hoy ni mañana.

—Pero ¿hablará con Herzl si se lo pedimos?

—¿Para descubrir dónde estaba la tarde de la muerte de mi padre? Puedo considerarlo —replicó Theo dubitativo—. Pero a solas. Nosotros dos solos. Luego les repetiré lo que me diga.

—¿Por qué? —quiso saber Michael—. ¿Por qué considera tan importante estar a solas con él?

—No hablaría igual en presencia de otra persona. Sobre todo de un desconocido. ¡No digamos ya de un policía! —repuso Theo, y dirigió a Michael una mirada con la que parecía decirle que al fin lo había pillado en un desliz.

—Ah —dijo Michael—, le preocupa el éxito de nuestra investigación. Estupendo.

Sólo quería comprenderlo –dijo con exagerada seriedad, como si no viera el gesto de confusión de Theo.

–Pues bien –se dispuso a resumir Balilty–, hablará con él a solas y luego nos informará a nosotros –eludió mirar a Michael–. ¿Dónde quiere que tenga lugar la entrevista?

–No lo he pensado todavía. Aquí no, en todo caso –dijo Theo, estremeciéndose–. Herzl sufriría un ataque de pánico.

–¿Cómo lo sabe?

–Lo conozco.

–En el psiquiátrico, entonces –concluyó Michael–. Le facilitaremos un lugar en el psiquiátrico.

Theo miró con desconfianza a Michael y luego a Balilty.

–¿A qué se refiere con eso de facilitarme un lugar?

–Me refiero a que les pediremos que pongan a su disposición un espacio privado, un despacho cerrado –dijo Michael–, para que puedan hablar con comodidad. ¿No le parece lógico? –preguntó inocentemente.

–Y ustedes estarán a la escucha al otro lado de la pared –dijo Theo en una repentina iluminación–. ¿Por quién me han tomado? ¿Por un imbécil absoluto?

–Tal vez sí o tal vez no –dijo Balilty–. Sólo me gustaría comprender por qué le preocupa nuestra propuesta.

–No estoy dispuesto a hablar con él en su presencia –replicó Theo enfurecido.

Michael se inclinó hacia delante.

–¿Está pensando en él o en usted?

–¿Qué más da? –refunfuñó Theo–. ¿Quiere añadirlo a mi lista de fallos? Adelante, añádalo. Hablaré con él a solas y de ninguna otra manera.

–De acuerdo –dijo Balilty con indiferencia, y echó un vistazo a su reloj–. Veo que le da miedo que Herzl Cohen pueda decir algo de lo que no debemos enterarnos. Dículpenme un momento –añadió, y salió del despacho.

Theo lo siguió con una mirada suspicaz. Ahora estaban solos, pareció decirse a sí mismo al darse cuenta de que Michael seguía con él, y su cuerpo se relajó.

–¿Se encuentra Nita un poco mejor? –preguntó serenamente.

Michael asintió con un gesto.

–¿No es un poco raro que esté usted tan implicado en este asunto? Por ejemplo, que cenara conmigo anteayer. ¿No le preocupa? –preguntó Theo, no sin malicia–. ¿O es usted de los que nunca tienen preocupaciones?

Michael fumaba en silencio.

–Ni siquiera se digna contestarme –dijo Theo con amargura–. Está viviendo con mi hermana y no se digna contestarme.

Michael continuó callado.

–¿Y a qué venía todo eso de mi discusión con Gabi entre bastidores?

Michael se encogió de hombros.

Theo meneó la cabeza.

–Nita no ha podido decirle nada por el estilo –dijo con aplomo.

Michael ni pestañeó. No retiraba la vista de los ojos verdes y hundidos que tenía ante él. Para distraerse de aquel esfuerzo consciente, comparó los ojos de Theo con los de Nita. Llegó a la conclusión de que sólo se parecían en la forma, pero no en el color, y aún menos en las proporciones. La expresión radicaba en las proporciones, se consoló.

–¿Por qué iba a mentir? –preguntó, y temió haber ido demasiado lejos.

Entonces fue Theo quien se encogió de hombros.

–Quería preguntarle –dijo Michael con naturalidad– si sabe algo de un sobre de cuerdas de repuesto que Nita tenía en casa.

–Ya me lo había preguntado –repuso Theo impaciente–, y le respondí en su momento.

–No –lo corrigió Michael–. Le pregunté por las cuerdas que Nita guardaba en la funda del chelo. Ahora le estoy preguntando por otro sobre, que estaba sin abrir.

–¿Cómo voy a saberlo? –se quejó Theo–. No soy chelista. No tengo nada que ver con eso.

Michael se hundió en su silla con desaliento. La búsqueda en el armario del piso de Nita no había rendido ningún fruto. Estaban caminando en círculos.

–¿Dónde está su amigo, el señor Balilty? –quiso saber Theo tras unos segundos de silencio.

–Tenía que ver a una persona en relación con otro caso –mintió Michael.

–¿Qué es todo este asunto de Dora Zackheim? ¿Por qué tiene que hablar con ella?

–Ya se lo he explicado. Su hermano habló con ella hace unas semanas. Estamos tratando de conocerlo.

–¿Quieren conocerlo? ¿A Gabi? ¿Por qué tienen que conocerlo?

–Es lo que hacemos siempre que asesinan a alguien. Averiguamos todo lo posible sobre él y su entorno.

–¿De verdad cree que es posible llegar a conocer a alguien en tan poco tiempo?

–Ésa es la cuestión. ¿Quién sabe si es posible conocer en absoluto a nadie? –dijo Michael en tono filosófico, aparentemente ajeno a lo trillado de aquella pregunta retórica–. Pero hay que intentarlo.

–¡Mira que extender las redes hasta Dora Zackheim! –farfulló Theo–. Después de tantos años. En fin, se lo voy a decir para que lo sepa ya, Dora no me soporta –le advirtió.

–Eso le preocupa –dijo Michael, haciendo un esfuerzo por mostrar simpatía.

–Sí –reconoció Theo con franqueza–, pero siempre ha querido mucho a Gabi. Ya se lo contará ella.

–¿Por qué motivo?

–Pensaba que Gabi era más... más serio, creo yo, que tenía más talento.

–¿Y realmente lo tenía? –preguntó Michael–. ¿Qué opina usted?

Theo pareció dolido por la pregunta. Respiró hondo.

–¿De verdad quiere saberlo? –susurró, y Michael asintió.

–¿Y me creará si le respondo con sinceridad?

Michael repitió el gesto de asentimiento.

–Creo que no –declaró Theo–. Y no sólo no lo creo porque yo soy, digamos, más famoso, perdón que lo diga así, pero es la realidad, y eso no significa nada, sólo que tengo más éxito, pero la cuestión es que, por lo visto, también soy más ambicioso.

–¿Más ambicioso que quién?

–Más ambicioso que todos los demás. Que Nita, que Gabi –dijo Theo como quien se limita a informar de un hecho–. Gabi era un violinista fantástico. Lo cierto es, y Gabi habría estado de acuerdo, que el comportamiento personal no puede considerarse relevante en este tipo de cuestiones, sería absurdo, y, además, no soy tan poco serio como piensa Dora Zackheim. Ni siquiera ella lo cree. Gabi tiene... tenía... un gran talento. Era un gran artista, pero en su propio campo. Nunca habría podido interpretar a Wagner. Ni aspiraba a ello. No soportaba escuchar ni la obertura de Tannhäuser. Los primeros compases le hacían subir por las paredes. Y no es que no comprendiera la grandeza de Wagner, sus innovaciones y contribuciones a la historia de la música. ¿Sabía usted que fue un gran revolucionario? ¿Comprende las implicaciones de lo que hizo? –preguntó despectivo–. Gabi detestaba a Wagner. Y también a Mahler, aunque a él sí podía dirigirlo. A Bartók lo aceptaba, sí, lo interpretaba brillantemente. No lo dirigía, pero sí lo interpretaba. A mi entender, su obsesión con los instrumentos de época y las interpretaciones históricas le paralizaban la libido.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Michael.

–Quiero decir que tanta meticulosidad, tanta insistencia fanática en la autenticidad, le privaban de la vitalidad y la pasión de las que hasta la música barroca está dotada. Y si quiere saber mi opinión sobre el Bach de Gabi, sus cantatas y su Misa en si menor, ¡le diré que sencillamente las destrozaba! Como director, me refiero. ¡Un coro de seis cantantes y una articulación tan insípida de una música concebida para poner la sala en erupción!

–Tendrá que explicarme mejor la cuestión de la autenticidad –dijo Michael.

–Ya se lo explicará Dora Zackheim. ¡Que se lo cuente ella, ya que va a ir a verla! –replicó Theo resentido.

–Si de verdad cree que no era mejor músico que usted, ¿por qué le molesta la actitud de Dora Zackheim? –Michael oyó con satisfacción el tono dulce y paternal

de su voz. Theo adelantó el labio inferior y en su rostro apareció de pronto una expresión infantil.

Theo se encogió de hombros.

–Asignaturas pendientes –dijo desdeñoso–. ¿Está jugando a ser psicólogo?

Michael sonrió. Theo consultó su reloj.

–¿Cuánto paga mensualmente en concepto de pensiones? –preguntó Michael.

Theo pareció sorprendido; meditó un instante y dijo:

–No lo sé exactamente. Lo tengo apuntado en alguna parte. ¿Por qué me lo pregunta? Una fortuna. Casi la mitad de mis ingresos, y gano mucho dinero. Ya sabe cómo son estas cosas. Nita me ha contado que está divorciado. Es un pozo sin fondo. ¿Qué tal se las arregla usted?

–Mi situación es diferente. Mi hijo ya es mayor y mi mujer es de familia adinerada. Su padre la dejó bien situada para el resto de sus días. Era comerciante de diamantes y ella es hija única. En ese sentido, las dificultades sólo me duraron unos cuantos años.

–A veces eso es lo de menos. Puede ocurrir lo contrario. La mujer que me da más quebraderos de cabeza por estos motivos es la que procede de familia rica. Es una especie de venganza –dijo Theo en tono confidencial, como si ambos estuvieran en el mismo barco.

–Yo no he pasado por eso –dijo Michael con un suspiro–, al menos por esa clase de problemas. Al menos, no como usted. Dígame una cosa –prosiguió como si acabara de ocurrírsele–, esa mujer con la que nos dijo que estuvo el día de la muerte de su padre, la canadiense, ¿viene con frecuencia a Israel?

–Dos o tres veces al año. A veces nos vemos en Europa, otras en Nueva York. No queda muy lejos de Toronto. No sé cómo librarme de ella.

–Y nosotros no sabemos cómo dar con ella.

–No debería ser un problema –dijo Theo sarcástico–. Es una mujer casada, con hijos y con una dirección permanente. Un pilar de la comunidad judía de Toronto. Es fácil de encontrar.

–Nadie responde en el teléfono que nos facilitó, salta siempre un contestador. ¿No tiene otra manera de ponerse en contacto con ella?

–Nunca soy yo quien se pone en contacto con ella –dijo Theo–. Es ella la que me llama.

–Esta vez debería hacer un esfuerzo. Ella le proporciona su coartada para el día del asesinato de su padre –dijo Michael secamente.

–¿Por qué tendré la sensación de que... me están tendiendo una trampa? –se quejó Theo.

–Suponiendo que alguien esté tendiendo una trampa –dijo Michael al tiempo que aplastaba su cigarrillo en el cenicero de latón–, no somos nosotros los que estamos tendiéndosela a usted.

–¿Cómo dice? ¿Soy yo el que les está tendiendo una trampa a ustedes? –Theo lanzó una risotada desabrida.

–O a sí mismo –replicó Michael con serenidad.

–¿Yo? ¿A mí mismo? ¿Qué es lo que pretende...?

En ese momento sonó el teléfono, un estridor largo y continuo que les hizo pegar un brinco. Michael contestó.

–¡Enhorabuena! Ya ha dado a luz –dijo Tzilla–. Hará cosa de una hora larga, con cesárea, todo ha salido bien –Michael tardó unos segundos en comprender de qué le hablaba.

–¿Qué ha sido? –preguntó.

–Niña. Se sabía de antemano. Pesa muy poco, dos kilos trescientos gramos. Y no es que esté en muy buena forma.

–¿Quién?

–Las dos, en realidad. La niña tuvo problemas respiratorios hacia el final, y Dafna también sufrió complicaciones.

–¿Y Shorer?

–No he hablado con él –dijo Tzilla–. No estás solo, ¿verdad?

–Más bien no –dijo Michael, desviando la vista de Theo–. ¿Hay algo nuevo sobre el otro asunto?

–No he tenido tiempo de informarme. ¿De dónde se supone que puedo sacar un momento para hablar con Malka de los niños? –en su voz se coló una nota de malhumor y enfado–. Estoy aquí atrapada, con todos los músicos de la orquesta. Van pasando uno tras otro, ya llevo dos días así. Nadie vio a Herzl el día que asesinaron a Felix van Gelden. Hemos hablado con todos los vecinos. Y nadie lo vio en las proximidades del auditorio ni durante el ensayo en el que asesinaron a Gabi. Tampoco hay nadie que haya visto a Izzy o a Ruth Mashiah aquel día. Y hemos tenido un buen numerito, lo ha montado la señora Agmon, una violinista...

–La conozco –la interrumpió Michael–. ¿Qué ha hecho?

–Nada de importancia. Desmayos, histeria, llantos. Y Avigdor, el concertino, también es un tipo de cuidado. Serán artistas, pero parecen una panda de dirigentes sindicales. Sólo saben hablar de pensiones y normativas laborales. El único que parece diferente es un chico joven. Su gran sueño era pertenecer a la orquesta, y luego ha descubierto que es un trabajo como cualquier otro. Y ahora quieren que yo participe en el registro de la casa de Herzl Cohen. Balilty acaba de ordenarme que me reúna allí con él. También va a llevar a los del laboratorio, para que levanten las huellas... Por cierto, ¿qué te parece que Dalit haya encontrado a Herzl?

–Me parece que dejó pasar unas horas... ya me entiendes.

–¿Quieres decir que se guardó la información durante unas horas?

–Sí.

–Estoy segura de que tendrá una explicación –dijo Tzilla.

–Me gustaría mucho oírla –dijo Michael, y miró a Theo, que paseaba la mirada por las paredes del pequeño despacho–. En fin, gracias por transmitirme las últimas noticias.

–Quiere hablar contigo –le advirtió Tzilla.

–¿Quién? –preguntó Michael, poniéndose tenso.

–Shorer. Su secretaria ha dicho que quiere que lo llames al hospital a última hora de la tarde. Es decir, pronto. No puedes seguir esquivándolo –dijo con dulzura–. Tienes que hablar con él.

–Hablaré con él.

–Otra cosa. ¿Te han dado permiso Theo van Gelden y Nita para que examinemos sus cuentas bancarias? También tenemos que solicitárselo a Izzy Mashiah. Eli hablará con él. Es necesario revisar sus cuentas.

–Lo haremos –dijo Michael en tono neutro, artificial–. Pero no nos van a dar una imagen real.

–¿Por qué no?

–Porque podemos dar por descontado que la mayor parte estará fuera del país, sobre todo en este caso.

–¿Qué caso? ¿La familia Van Gelden?

–Alguno de sus miembros.

–No comprendo adónde quieres ir a parar –dijo Tzilla lentamente–. ¿Con quién estás? ¿Alguien de...? ¿Con Theo?

–Exacto.

–Ah –dijo Tzilla en tono culpable, como si hubiera estado particularmente obtusa–. ¿Por qué no me lo habías dicho? Bueno, no me lo podías decir, claro... Al ver a Balilty supuse que habíais terminado con Theo. Bueno, hablaremos más tarde –y colgó.

Michael y Balilty llevaron a Theo al psiquiátrico de Talbiyé en el Peugeot de Balilty y lo dejaron a la puerta. Luego rodearon el gran edificio de escasa altura y aparcaron cerca de una furgoneta que tenía estampado el logotipo de la Compañía Eléctrica. Mientras se dirigían hacia ella, Michael se sintió agobiado por el cielo plomizo y el aire opresivo; daba la impresión de que estaba a punto de caer el primer chaparrón de la temporada.

–Hace un tiempo apocalíptico –comentó Balilty.

–¿Necesitan que me quede? –preguntó el técnico del laboratorio que había instalado el equipo de escucha.

–Será mejor que se quede, por si surge algún problema –masculló Balilty, y se sentó tras el volante. El técnico se trasladó obedientemente al asiento trasero y Michael ocupó el de al lado de Balilty. Una ráfaga de viento estrelló contra el

parabrisas una bolsa de plástico. En la cabeza de Michael reverberaba aún la breve discusión que habían mantenido mientras rodeaban el hospital.

—¿Para qué tenemos que quedarnos los dos? —había preguntado Michael mientras observaban a Theo, quien, cargado de hombros, franqueaba la verja y cruzaba la plazoleta de hormigón que había ante el hospital—. Últimamente me siento como si fuéramos niños jugando a algo. ¿Qué me va a impedir escuchar la grabación más tarde?

—¡Pero si fuiste tú quien me enseñó a estar preparado para toda eventualidad, porque siempre puede suceder algo imprevisto! —se quejó Balilty indignado—. Nunca te cansabas de repetir que hay que estar en el lugar preciso en el momento adecuado. Y ahora, de repente, ¿ya no lo comprendes? ¿Es que te reclama algo más urgente? ¿Ir a cambiar unos pañales, quizá?

Michael se quedó callado.

—Me pediste que dirigiera el equipo. Y te dije que no iba a ser tu títere. ¿Qué quieres? ¿Manejarme? Vete si lo prefieres, no te lo voy a impedir. Pero de ahí a decirme que es una pérdida de tiempo...

—Está bien, está bien —dijo Michael amargamente a la vez que alzaba las manos en señal de capitulación—. Es que... —dejó la frase a medias. Lo cierto era que Balilty tenía razón. Michael estaba sobre ascuas por la nena, aun sabiendo que no se había quedado a solas con Nita. De pronto se sintió envuelto en una vaharada del delicioso aroma de la nena mientras le daba vueltas a la inminente reunión con Shorer. Era como si pretendiera que la niña le diera fuerzas para hacer frente a Shorer. Ni siquiera iba a tener tiempo de darle un baño. Y también tenía que pensar en Nita, que ignoraba saber algo que sabía y por lo que podían agredirla en cualquier momento.

Se puso en tensión cuando una serie de sonidos inundaron la furgoneta: el chasquido de un picaporte, una puerta cerrándose, unos pasos plomizos, el murmullo amortiguado de una voz desconocida. A sus espaldas rechinó el asiento trasero cuando el técnico cambió de postura.

—¿Lo has visto alguna vez? —susurró Balilty, como si aquellos a quienes estaban escuchando también pudieran oírlos a ellos.

Michael hizo un gesto negativo. Sólo había visto a Herzl en una fotografía de la boda de Theo. Nita se lo había señalado: estaba a un lado del grupo, el viejo Van Gelden lo había instado a unirse a ellos porque era «uno más de la familia». Nita lo dijo imitando un acento extranjero, presumiblemente el de su padre, sin asomo de burla. «¡Menuda familia!», había dicho Nita el día en que murió su padre. «Si ni siquiera sabemos dónde está Herzl.»

—Sólo en una vieja fotografía —respondió Michael en un susurro que silenció por un instante el crujir de las sillas de una habitación que no podía imaginar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Balilty le informó:

–Es el despacho del director del psiquiátrico. Hablé con él, porque los demás, todos los médicos, están demasiado ocupados con la psique y no les deja tiempo para la vida real. El director estaba en deuda conmigo desde hacía tiempo.

Michael se llevó un dedo a los labios, pero Balilty ya había dejado de hablar, porque también él había oído la voz de Theo, después de una tosecilla típica suya:

–Te he traído uvas. Y un trozo de la tarta de queso que tanto te gusta, Herzl.

Michael reparó de inmediato en que Theo hablaba obsequiosamente. Además, había en su voz una emoción que no le había oído expresar hasta entonces, y que no lograba identificar. Theo hablaba en un tono más elevado de lo normal, como si estuviera forzando las cuerdas vocales.

–Ya ves lo importante que resulta oír las cosas en tiempo real. Eso lo aprendí de ti hace mucho tiempo –siseó Balilty.

–No pretendo discutir más –dijo Michael sosegadamente–. Lo único que decía es que en los últimos tiempos este tipo de cosas me resultan extrañas. Tal vez se deba a que he pasado dos años apartado del trabajo. A veces digo lo primero que se me ocurre, no hay que darle tantas vueltas. En todo caso, es evidente que lo nuestro es estar aquí –le extrañó haber usado la palabra «evidente», porque en aquel momento nada se lo parecía. Lo que sí estaba claro era que en el aire flotaba una sensación de peligro y premura, que quizá sólo se debiera a que Herzl era un enfermo mental. La imagen del rostro suave y rosado de la nena se transformó de pronto en la cara de Yuval. Tenía un gesto de desconcierto y desesperación. Luego Michael vio las mejillas hundidas de Nita, sus ojos aterrados. Oyó los acordes de la Suite para chelo de Bach que Nita tocaba una y otra vez por las tardes, buscando en ella algún solaz, mientras Ido reposaba chupándose el puñito y aparentemente atento a la música.

–¿Por qué no te comes las uvas? –la voz implorante de Theo resonó potente en la furgoneta.

Entonces Michael logró identificar la emoción que palpitaba en ella. Miedo. Miedo y un deseo vehemente de agradar. Se oyó un crujido de plásticos y de nuevo el rechinar de una silla.

–Bueno, guárdalas para luego –dijo Theo con voz congradadora–. ¿Qué tal estás, Herzl? ¿Te encuentras mejor?

Silencio. Una alarma de coche ululaba a los lejos y se oía el amortiguado rugido del tráfico.

–Tengo que contarte una cosa –prosiguió Theo en otro tono de voz, más comedido, tras un largo silencio–. He venido a hablarte de Gabi. Gabi ha muerto.

Ni un sonido.

–¿Me has oído, Herzl? –la voz volvía a sonar casi en falsete–. Lo han asesinado. Anteayer. Después de un ensayo.

–¿En su casa? –dijo de pronto otra voz, pastosa y amortiguada, ronca; las

palabras parecían emerger con esfuerzo de entre las brumas de la sedación.

–No, en el auditorio.

–¿Le pegaron un tiro? –preguntó la otra voz.

–No –dijo Theo; hizo una pausa–. Fue... con un cuchillo, quizá.

–Una puñalada en el corazón –dijo la voz, con aparente alivio.

–Le cortaron el cuello –especificó Theo.

–Mucha sangre –dijo reflexivamente la voz pastosa. De repente, preguntó sin rodeos, con toda claridad–: ¿Quién ha sido?

–No se sabe –repuso Theo–. Están investigándolo.

–Ah. Investigándolo –la voz de Herzl sonó de nuevo ahogada–. No lo encontrarán –concluyó quedamente.

–Tal vez sí –dijo Theo–. Están tomándose mucho interés.

–No encontrarán nada –vaticinó Herzl–. Lo de tu padre no lo descubrieron. Me lo contó Gabi. A él también lo asesinaron.

–¿Gabi te contó lo de mi padre? –Theo estaba pasmado–. ¿Cuándo te lo contó?

–Cuando vino a verme.

–¿Cuándo?

–Si no lo han encontrado todavía, nunca encontrarán al asesino de tu padre. Y al de Gabi tampoco.

–Lo de mi padre es distinto. Fue por culpa del cuadro...

–No fue por el cuadro, por el cuadro no.

–Le robaron el cuadro –dijo Theo, alzando la voz.

–No es por eso. No. Hay mucha maldad. En todas partes. Mucha –la voz se apagó poco a poco.

–¿Cuándo vino Gabi a verte? ¿Por qué no me lo contó?

Silencio.

–No cierres los ojos. No te duermas ahora, Herzl –le apremió Theo–. Ayúdame. Somos los únicos que quedamos. Nita y nosotros.

En la furgoneta resonó el eco de un bufido desdeñoso. Michael se estremeció.

–Herzl –imploró Theo–. Te estoy hablando.

–No me contasteis lo de vuestro padre. No vinisteis a comunicármelo –le acusó Herzl.

–¿Cómo quieres que viniéramos? –la voz de Theo dejaba traslucir culpabilidad y desesperación–. ¡Si no sabíamos dónde estabas!

–Gabi lo sabía. Él me encontró.

–Pero no me lo dijo –se defendió Theo–. Si lo hubiera sabido, habría...

–A él también lo asfixiaron –dijo Herzl.

–Es un caso muy distinto –refutó Theo–. Hasta después de la muerte de Gabi no descubrieron que... ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que lo asfixiaron, que no fue un accidente? –preguntó alarmado–. Herzl, si estás al tanto de esa clase de cosas,

tenemos que... La policía sabe que no estuviste en el hospital el día que asesinaron a nuestro padre. ¿Adónde fuiste al salir del hospital ese día, Herzl?

–¿Encontraste la música? –preguntó Herzl con súbita animación.

–¿Qué música?

Silencio.

–¿De qué música hablas? –la voz de Theo sonó fría y tensa–. ¿Sabes algo que yo no sepa?

–Tú lo sabes, lo sabes –replicó Herzl–. Ahora todo, todo está... –las patas de una silla rechinaron contra el suelo e impidieron oír el resto de la frase–. ¡No me toques! –gritó Herzl–. No soporto que me toques.

Se oyó otro chirrido.

–Mira, ya me he apartado –dijo Theo nervioso–. ¿Por qué estás enfadado conmigo, Herzl? No sabía dónde estabas, créeme.

–Quiero volver a mi habitación –dijo Herzl, la voz opaca y fatigada de nuevo–. Llévame a mi habitación.

–Están buscando el cuadro –dijo Theo sin prestar atención a la petición de Herzl–. La policía anda tras él.

–Llévame a mi habitación –repitió la voz ahogada.

–Enseguida. Pero antes dime qué pasó con el abogado, con Meyuhas.

En el breve silencio subsiguiente, Michael notó que se le tensaban las mandíbulas. Balilty se disponía a decir algo, pero Michael le indicó con un gesto que permaneciera en silencio.

–Tu padre quería mucho a Gabi –dijo Herzl–. Lo quería más que a nadie. Menos mal que murió antes que él.

–Ha dejado testamento. Te ha dejado...

–No quiero nada de nadie. No necesito nada. Sólo la música – lo interrumpió Herzl con repentina animación–. Todo te pertenece a ti.

–Y a Nita –dijo Theo.

–Y a Nita –convino Herzl–. Tiene un niño.

–Y a ti también te ha dejado algo –lo aplacó Theo.

–No quiero nada. ¿Está cerrada la tienda?

Michael imaginó el gesto de asentimiento de Theo.

–La venderán –dijo Herzl con voz desgarrada–. Llévame a mi habitación y luego tráeme la música.

–Enseguida te llevo –a Theo le temblaba la voz–. ¿Qué música?

Silencio.

–¿Por qué me miras así? –preguntó Theo suplicante–. Ya sabes que te quiero.

De pronto se oyó la voz de Herzl. Ronca, sorprendentemente profunda, tarareaba una dulce melodía. Se interrumpió con brusquedad.

–Tráeme la música –dijo amenazador, decidido–. Era de tu padre y le pertenece a

Gabriel. Él me lo dijo. Y ahora la quiero yo. Gabriel ha muerto.

Sentado tras el volante, con la mano en la palanca de cambios, Balilty giró el torso hacia Michael e hizo un gesto inquisitivo. Michael cabeceó para indicar su desconcierto y se encogió de hombros.

–Quieren saber si viste a padre el día que murió –dijo Theo.

Silencio.

–¿Me has oído? ¿Herzl? Dicen que ese día saliste del hospital. Quieren saber si...

–Llévame a mi habitación –la voz de Herzl sonó amenazadora. El chirriar de una silla volvió a silenciar sus palabras ahogadas.

–¿No te llevas las uvas? –preguntó Theo.

Se oyó el sonido de unas pisadas cansinas, pesadas.

–La policía está registrando tu casa –anunció desafiante la voz de Theo. Balilty se quedó paralizado y dirigió a Michael una mirada acusadora, con la que le decía: «Ya ves lo que has conseguido, te lo dije».

El sonido de las pisadas cesó de pronto.

–¡Es mi casa! –dijo Herzl en un grito desesperado.

–Ya se lo he dicho yo, y también les he dicho...

–¡No tienen derecho a tocar mis cosas! –Herzl alzó mucho la voz, que ahora sonaba despejada, llena de vida-. ¡Mis colecciones, y las partituras, los instrumentos, los discos! ¡Van a destrozar la espineta que he restaurado! ¡Todas esas cosas son mías! ¡No le he quitado nada a nadie! –rompió en llanto, y la voz aplacadora de Theo no alcanzó a tapar los sollozos-. Yo sólo le dije a tu padre que no debía... que debía... –se le estranguló la voz-. Le dije que no hablara con el abogado, pero él... Y después... ¡No quiero que toquen mis cosas! –se oyó el sonido de un cuerpo chocando contra el suelo.

–¡Herzl! ¡Herzl! –exclamó Theo lleno de pánico.

Luego se oyó una puerta que se abría.

–Entremos –ordenó Balilty.

Encontraron a Theo a la puerta del despacho del director del hospital, el rostro rígido y demudado, la boca abierta como la de una máscara. El despacho estaba vacío. Con el brazo apoyado en el marco de la puerta, Theo los miró.

–No sé si ha muerto –dijo con voz ronca-. Ustedes... yo... yo no le he hecho nada –el pánico dio paso a una mirada acusatoria-. Sabía que me estaban mintiendo –dijo por encima de los hombros de Balilty, que se había arrodillado junto a Herzl.

–Tiene pulso, débil –le dijo Balilty a Michael-. No es necesario reanimarlo –

zarandeó delicadamente a Herzl por los hombros y le dio palmadas en las mejillas—. Llama a un médico –ordenó, pero él mismo se levantó y salió a la carrera.

Theo se desplomó en una butaca de cuero y se quedó mirando el vacío. Michael observó a Theo y luego el largo cuerpo de espantapájaros tirado en el suelo, junto al que se arrodilló. Posó los dedos en la muñeca de Herzl. Sintió el débil pulso y luego aproximó la cara a la boca torcida del hombre, con espumarajos en las comisuras, y escuchó la respiración superficial. A continuación se levantó y, contemplando los blancos tufos erizados como los de una peluca de payaso, se preguntó qué edad tendría Herzl. Parecía viejo, pero en su rostro no había arrugas. Su boca abierta mostraba la falta de algunos dientes y olía a tabaco y a acetona.

–Le ha contado que estamos registrando su casa –dijo Michael al cabo.

–Para que reaccionara –explicó Theo en un gruñido—. Estaba totalmente indiferente, apático.

–Pero no le preguntó a qué música se refería.

–Está enfermo, está loco, alucina –farfulló Theo—. Lo confunde todo... la música, el abogado, todo.

–Pero usted sabe a qué se refiere –aventuró Michael.

–¿Yo? –dijo Theo con perplejidad—. No tengo ni idea...

–Herzl ha hablado como si los dos estuvieran al cabo de la calle. Dijo: «Tráeme la música». Y tarareó un pasaje. Usted es músico. Lo habrá reconocido –insistió Michael.

–¿No ve que no está en sus cabales? ¿No ve que no sabe lo que dice? ¡No tengo ni idea de qué ha tarareado!

Theo desvió la vista hacia el cuerpo exánime y Michael, mirándolo a los ojos, dijo con firmeza:

–A mí me ha parecido que hablaba con mucha cordura. Aunque esté enfermo. Habló como si los dos supieran muy bien a qué se refería. Como si fuera una vieja historia de familia.

–Sabía que me estaban mintiendo –dijo Theo con resentimiento—. He tenido todo el rato la sensación de que estaban al pie de la ventana o escuchando con micrófonos ocultos como en una novela de detectives.

–Y por eso ha tratado de distraerle. Le hacía cambiar de tema cada vez que mencionaba la música –dijo Michael. Se disponía a seguir hablando cuando regresó Balilty acompañado de una médica y de dos hombres de mediana edad.

–Llévenlo ahora mismo a Urgencias –ordenó la médica a sus acompañantes, y se subió las gafas a la frente a la vez que se arrodillaba junto a Herzl, lo llamaba por su nombre, le pegaba cachetes y luego escuchaba a través del estetoscopio, con expresión grave—. Está inconsciente –le dijo a Balilty—. Tenemos que descubrir qué ha pasado. Puede que haya ingerido algo. No lo sabremos hasta que lo hayamos examinado. No es epiléptico ni diabético –continuó al tiempo que volvía a llevar

los dedos a la garganta de Herzl, cabeceaba, y luego se levantaba y doblaba el estetoscopio—. Si no vuelve en sí en pocos minutos, lo trasladaremos a un hospital normal. Podría ser grave. ¿Es usted pariente suyo? —le preguntó a Balilty, quien negó con la cabeza. Entonces ella se volvió hacia Theo.

—Yo soy su pariente —dijo Theo.

—Haga el favor de quedarse —le dijo— hasta que sepamos si hay que trasladarlo. Tiene el pulso casi imperceptible y la tensión muy baja. Con los maníacos depresivos nunca se sabe lo que pueden haber tomado.

Dejaron apostado un coche patrulla a la entrada del psiquiátrico. Balilty le repitió tres veces a Zippo:

—Y no os mováis de aquí. Si lo trasladan, notificádnoslo. Y no permitáis que Theo van Gelden haga el menor movimiento por su cuenta, pegaos a él como una sombra —y así tres veces, hasta convencerse de que Zippo lo había comprendido.

Theo se quedó a la puerta de Urgencias quejándose de cosas diversas y observando su reloj y el cielo, todavía gris plomizo. Los siguió con la mirada mientras se alejaban del psiquiátrico. La radio emitió un par de pitidos cuando Michael abrió la puerta de la furgoneta, a la que había regresado para recoger su tabaco. El técnico le tendió el aparato y la secretaria de Emanuel Shorer resolló, estornudó y se excusó antes de decir:

—Está al teléfono y quiere saber si puedes ir a verlo al hospital inmediatamente. Ya le han hecho un resumen de la situación. Está nervioso porque esta mañana ha visto por fin la televisión y la prensa. Y el comisario jefe y el ministro se han puesto en contacto con él —explicó la secretaria.

Muchos años de trato y el afecto maternal que sentía por Michael la hacían hablar como si fueran viejos aliados. Quizá se había encariñado con él gracias a las flores que Michael le llevaba de tanto en tanto y a la atención que le prestaba cuando le hablaba de los conflictos con su hijo adolescente. La secretaria tenía por costumbre coquetear con él y Michael reaccionaba espontáneamente acariciándole la mano. Y nunca le faltaba una alabanza para el mínimo cambio de imagen ni un cumplido sobre un vestido o un peinado nuevo. «Qué poco hace falta para contentar a una mujer», pensaba a veces Michael con una punzada de remordimiento que le hacía sentirse un granuja.

Michael se frotó la mejilla y miró a Balilty, quien arrancó el coche y cambió de marcha como si no hubiera oído nada.

—Te acerco sin problemas —le dijo a Michael cuando llegaron al fondo de la calle—. Tú mismo me dijiste una vez que dejarse intimidar por el miedo es peor que el miedo en sí mismo. ¿Tú crees que las cosas pueden empeorar? Habla con él y zanja el asunto de una vez.

Michael permaneció callado. Deseaba decir algo así: «No permitas que me retire

del caso». Algo que en circunstancias normales él mismo le habría dicho a Shorer sin rodeos. Y ahora, de pronto, necesitaba que lo defendieran y amparasen de Shorer. Por un instante consideró la posibilidad de pedirle a Balilty que lo acompañase al hospital y asistiera a su reunión con Shorer. ¡Si fuera capaz de expresarle a Shorer cómo se sentía con respecto a la niña! Nada se lo habría impedido de no ser por la investigación y su implicación en el caso.

—Tienes la gran suerte —dijo Balilty— de que esté en apuros. Está agobiadísimo por su hija —reparó enseguida en el mal gusto de sus palabras y, por ello, se lanzó a charlar por los codos como siempre que pretendía borrar la impresión creada por un error desafortunado o un desliz verbal; habló de la noche en que nació su hija, de la inquietud que produce convertirse en abuelo, de lo impotente que se siente uno esperando en los pasillos de un hospital mientras suceden cosas trascendentes—. Voy a colaborar en el registro de la casa de Herzl. Puede que encontremos alguna partitura o algo por el estilo —dijo haciendo una mueca al tiempo que aparcaba el coche frente al hospital donde Shorer aguardaba a Michael—. Pero ¿cómo sabremos qué música andamos buscando? —se quejó—. Tendremos que llevárnoslo todo y enseñárselo a un especialista. Le dejaré un recado a Tzilla —prometió—. Cuando hayas terminado con esto, ponte en contacto con ella. ¡Vaya tipazo! —comentó señalando con la cabeza a un mujer que pasaba frente a ellos vestida de bata blanca—. Si parece una estrella de cine. ¡Mira, mira! Se le ve todo, hasta dónde terminan las bragas. ¡Y qué andares! ¡Vaya par de faros lleva! ¡Estas enfermeras cómo están! No me importaría pegarle un buen bocado —dijo suspirando. Luego le hizo un gesto de despedida a Michael y éste se apeó del coche, que se alejó.

Una incandescencia roja y dorada prendió en la ventana junto a la que conversaban. No llovía. A Michael le pasó inadvertido el instante en que el gris plomizo del cielo se transformó en los colores de un crepúsculo calinoso. A lo lejos, veía a dos conductores de sendas máquinas niveladoras que aprovechaban la última luz del día para continuar aplanando la colina de enfrente. Las banderas colocadas junto a los enormes carteles anunciadores de los pisos de lujo en construcción pendían inmóviles en el aire estancado. Llevaban una hora sentados en el pasillo y Shorer le había contado con todo detalle lo sucedido durante las últimas veinticuatro horas. En un par de ocasiones se había enjugado los ojos, y Michael esperaba aprensivo a que, en cualquier momento, rompiera a llorar. Shorer tenía la mandíbula cubierta de una incipiente barba blanquecina. El espacio entre su labio superior y su gran nariz ganchuda, que exhibía desde hacía años un espeso bigote, se había cubierto por completo de gris. Tenía los ojos enrojecidos y la tez, habitualmente oscura, presentaba un color amarillento. Las manchas marrones de sus mejillas resaltaban y daban mayor relieve a las cicatrices de acné que salpicaban su cara. Hablaba compulsivamente, sin pausa, y no era fácil prever cuándo se le

presentaría a Michael la oportunidad de plantear sus propios asuntos. Por un instante, Michael creyó oportuno eludir el tema sin más. A fin de cuentas, se decía mientras se dirigía a buscar un par de cafés al puesto de enfermeras, ¿por qué cargar a Shorer con sus preocupaciones?

Esa idea se desarrolló hasta convertirse en un discurso completo y convincente mientras Michael vertía agua hirviendo sobre los cafés instantáneos. Pero la ancha espalda vuelta hacia el pasillo, la frente reclinada en el cristal de la ventana, los ojos que observaban el poblado árabe al pie de la colina y la voz ronca que dijo: «Henos aquí en el Monte Scopus, como dice la canción», todo esto, unido al ademán con que Shorer señaló las grises colinas y las luces que parpadeaban en la lejanía, demostraba que la esperanza de dejar a su jefe al margen era ilusoria y desmentía la posibilidad de posponer la confrontación. Así pues, Michael se encontró esperando con ansiedad el momento adecuado para lanzarse al fin a dar a Shorer el informe de situación, como él lo llamaba.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó de pronto Shorer al tiempo que daba la espalda a las vistas—. Cuéntamelo resumido. El comisario ha llamado tres veces. El alto mando del distrito está empantanado en sus propios escándalos, y eso nos da un respiro. Pero para telefonar sí tienen tiempo. ¿Quién ha decidido que te sustituyera Balilty? ¿Tú?

Michael asintió con un gesto.

Pasaron unos instantes antes de que Michael comenzara a exponer, con calma y concisión, el encadenamiento de hechos ocurridos en la escena del crimen desde el momento en que él vio el cadáver de Gabriel van Gelden. Shorer lo escuchaba sin mirarlo.

—Está bien. Comprendido. No me hacen falta más detalles —dijo Shorer—. Pero ¿por qué está dirigiendo Balilty el equipo? ¿Desde cuándo te dedicas a cederle casos así? ¿Te agobian los estudios? ¿Es un problema familiar? ¿Está bien Yuval?

A veces un gesto ambiguo, una pequeña mentira, una evasiva, una divagación cualquiera, ofrecen la posibilidad de salir airoso, pensó Michael a la vez que decía que Yuval estaba muy bien.

—Debes de echarlo de menos —reflexionó Shorer—. Por eso hace falta tener muchos hijos, uno no basta —luego hizo un comentario sobre lo difícil que es ser padre, dificultad que aumenta a medida que los hijos se hacen mayores—. ¿Qué se puede hacer salvo rezar por ellos? —dijo no por primera vez aquel día.

Esperanzado y temeroso, Michael volvió a pensar que podría eludir el asunto. Le pareció ver a la mujer de Shorer saliendo por una puerta y quiso creer que llamaría a Shorer, que lo distraería. Pero al mirar de nuevo a su interlocutor, vio que tenía la vista clavada en él. Así pues, como quien se ve obligado a saltar a un pozo profundo con la esperanza de que al fondo haya una buena capa de serrín, expuso en tres o cuatro fases lo que denominó, con vergüenza y consciente de lo forzado

del intento de sonar objetivo y comedido, «las circunstancias especiales en el ámbito personal».

En primer lugar habló de la niña y de cómo la había encontrado, de su deseo de quedarse con ella, y luego de Nita, y a continuación de la primera llamada de radio que recibió informándole del caso. Se refirió a las objeciones que los compañeros habían puesto a su presencia en el EEI y a su incapacidad para renunciar al caso o a la niña. Repitió su conclusión con cierta perplejidad: «No puedo renunciar a ninguno de los dos. Los necesito», dijo, sorprendiéndose a sí mismo, como si acabara de descubrir una gran verdad. «Los necesito.»

Shorer guardó silencio durante largo rato.

—Vamos a sentarnos allí —dijo al fin con fría reserva, señalando un par de silloncitos vacíos—. Sentémonos a charlar un rato —añadió, y cogió a Michael del brazo, como quien ofrece apoyo a un enfermo. Se sentó en el silloncito tapizado de naranja y dio una palmada sobre el otro sillón. Dejó el café en el suelo de linóleo y se volvió hacia Michael, quien aún tenía en las manos la taza, de la que no había tomado ni un sorbo.

Con el corazón en vilo y la boca seca, Michael esperó, con fingida indiferencia absoluta, a que se dictara sentencia.

—La quieres y por eso no puedes distanciarte del caso —dijo Shorer—. Es así de sencillo.

—Es tan chiquitita, tan dulce, y me necesita tanto —trató de explicar Michael—. Si la vieras...

—Me refería a la mujer, no a la niña —dijo Shorer a la vez que posaba una mano en el brazo de Michael—. A Nita van Gelden.

Michael se quedó en silencio. No logró emitir siquiera un sonido inarticulado. El mundo comenzó a dar vueltas sobre sí mismo. Lo que había dicho Shorer le parecía confuso, inesperado, distorsionado. ¿Cómo saber si tenía razón?

—No pretendo lanzar cohetes por nada de lo ocurrido —declaró Shorer—, pero sí hay algo que me llena de contento, y es que la quieres de verdad. Y me da la impresión de que te habías hecho ilusiones con respecto a ella, a la posibilidad de formar una familia feliz. Te conozco.

—Estoy interesado en ella —admitió Michael—. Me preocupa lo que le pasa. Pero mi principal preocupación es la niña.

—A la niña tendrás que renunciar —dijo Shorer severamente—. Eso cae por su propio peso.

—Pero ¿por qué? —Michael depositó la taza llena de café al pie de su silla y se quedó mirando a Shorer. En su garganta comenzaba a formarse un gran nudo, y él temía que pudiera abrirse camino hasta sus ojos.

—Porque no es tuya —contestó Shorer llanamente—. Uno no se va encontrando

niños por la calle. Las cosas no funcionan así. Entre vosotros dos no queda espacio para la niña.

–¡Pero si no hay nada entre nosotros! Todavía no ha pasado nada entre nosotros... Tienes que creerme. ¡Te he dicho toda la verdad!

–Sólo creo en los hechos. Tranquilízate. Ni siquiera tú –dijo Shorer con calma– estás al tanto de todo lo que te concierne.

Michael no replicó.

–¿Desde cuándo nos conocemos? Hace casi veinte años. Sabes que te conozco. Nunca he hecho comentarios sobre tus relaciones. Pero siempre he sabido cuándo estabas con alguien. Con cualquiera de tus mujeres, incluida la casada... ¿Cuánto duró aquello? ¿Siete años?... Avigail era la que más me gustaba. No le faltaba valor, a Avigail. Ni delicadeza o encanto. Y no era tonta. Nunca has llegado a contarme qué pasó con ella, pero estoy seguro de que no la querías de verdad, porque entonces no habrías dejado que se fuera. Tal vez deseabas quererla, yo qué sé, eres un romántico perdido, ¡Dios nos asista! La cosa no funcionó. ¿Por qué?

–Avigail no quería tener hijos. Por encima de todo, se negaba a tener hijos –dijo Michael–. Puede que ése fuera el motivo. Creo que lo es. Y padecía una enfermedad de la piel que no lograba superar, lo que le causaba montones de problemas psicológicos. Con ella, todo eran complicaciones. No lograba confiar en mí. Este tipo de cosas no se pueden explicar. Es una suma de muchos factores. Desengaños constantes. Con ella era imposible alcanzar la tranquilidad o la intimidad. La paz de espíritu. Si hubiera esperado algunos años más, tal vez...

–No la querías bastante –sentenció Shorer–. A veces es tan sencillo como eso. Ahora te he oído hablar de esta mujer, de Nita. Y sé que se te ha metido en el bolsillo. Así están las cosas.

–Yo no lo siento así –dijo Michael con timidez–. Sólo sé que estoy preocupado por ella. Que quiero que vuelva a la vida. Que comience a tocar el chelo de nuevo. No sabes qué talento tiene. Quiero que vuelva a ser feliz. No quiero que nadie la trate mal nunca más. Antes de que sucediera todo esto, creía que podría hacerla feliz. A nuestra manera cautelosa, las cosas nos iban bien.

–Lo siento, pero no puedes seguir así –dijo Shorer con un suspiro–. Tienes que renunciar a la niña y abandonar el caso. Con hipnosis o sin ella, y hasta que se demuestre lo contrario, Nita sigue siendo una sospechosa. ¿La está interrogando Balilty?

–¿Por qué tengo que renunciar a la niña? –susurró Michael. El embotamiento que sentía empezaba a desvanecerse, dando paso a la ira.

–Te lo diré una vez más: uno no se va encontrando niños por la calle. No, no se encuentran en la calle. Por no hablar ya de que no tienes tiempo para cuidarla como es debido. ¿Quieres un hijo? Estupendo. Enamórate de una mujer y tenlo. Ya te lo dije hace mucho: si el mundo funciona así, por algo será. Niégalo si

quieres, pero el orden natural de las cosas encierra una lógica. Un niño necesita una madre y un padre.

–¿Es sólo porque soy un hombre? –protestó Michael.

–Sí. Esto no es California, ni Hollywood. Es la vida real –respondió Shorer sin sonreír–. Yo creo que, para criar a un niño, hacen falta una madre y un padre. No estoy diciendo –su voz perdió de pronto cierta certidumbre y autoridad– que no haya circunstancias especiales, divorcios, muertes, cosas así, pero ¿encontrar a una niña en la calle? ¡Qué va!

–Estás siendo de lo más ilógico –dijo Michael abruptamente–. Pero si pareces mi abuela. ¿Cómo puedes someter una cosa así a ese tipo de razonamientos?

–Qué le voy a hacer –dijo Shorer con un suspiro–. Cuando pasas dos días y dos noches metido aquí, y ves tantos problemas, y te quedas hecho un trapo, sintiendo que en cuestión de minutos puedes perderlo todo... a tu hija, a tu nieta... empiezas a encajar las cosas en sus verdaderas dimensiones. ¡Así que soy ilógico! Más bien será que no comprendes mi lógica. Aunque a veces esa lógica sea la tuya y yo haya sido incapaz de comprenderla muchas veces. ¿Qué quieres que te diga? ¡Hemos intercambiado los papeles!

–Supongamos, y sólo es un suponer, porque no pienso hacerlo, supongamos que renuncio a la niña, y entonces, ¿qué?

–¿Cómo que «supongamos»? ¡Aquí no hay nada que suponer! ¡Tendrás que renunciar a ella porque la señora Mashiah te obligará! Así que, partiendo de que no hay nada que suponer, ¿cuál es tu pregunta?

–¿Conoces a Ruth Mashiah?

–No te preocupes de eso ahora. ¿Cuál es tu pregunta?

–El caso. Este caso.

–¿Si puedes seguir trabajando en él?

Michael asintió con un gesto.

–Nunca se nos había presentado una situación semejante. Y tú, ¿cómo lo ves? Te acuestas con ella y luego...

–¡Nunca me he acostado con ella! –exclamó Michael desesperado–. Ya te lo he dicho, nunca la he tocado.

–Está bien, está bien –lo aplacó Shorer–. Digamos entonces que pasas la tarde con ella en plan de amigos. Le coges la mano, juegas con su hijo o lo que sea, quieres que vuelva a la vida, que sea feliz y todo lo demás, ¿y luego la interrogas en tu despacho? ¿Con Balilty? ¿Qué te parece a ti? ¿Cómo lo imaginabas? Explícamelo. Lo pasado, pasado está. Pero quiero que me expliques cómo ves el futuro. Una investigación de estas características puede prolongarse durante semanas o meses, ¿quién sabe?

–Encontraremos una solución. Puedo concentrarme en otros aspectos del caso –

farfulló Michael—. Tengo que descubrirlo —se oyó decir roncamente—. Tengo que descubrir qué ha pasado exactamente.

—Sí. Tienes que descubrirlo —dijo Shorer con un suspiro—. Y créeme que lo siento. Para una vez que te oigo hablar de una mujer como nunca te había oído hablar de ninguna otra. Dime cómo crees que podría funcionar.

—No tendré el menor contacto con ella hasta que hayamos resuelto el caso —anunció Michael. Él mismo percibió en su voz el tono fanfarrón del niño desobediente que promete portarse mejor. «Ni el menor contacto personal.» Lo asaltaron pensamientos escépticos: «¿Estás seguro? Un poco de seriedad. ¿Cómo vas a soportar que se sienta abandonada? Tendrás que acostumbrarte a que te odie. Ni siquiera serás capaz de explicárselo».

Shorer le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Cómo piensas conseguirlo? Vives justo debajo de ella. Supongamos, sólo por suponer, para seguir hablando, que eso resolviera el problema. ¿Cómo lo llevarías a la práctica?

Michael inclinó la cabeza. Tampoco él lo sabía muy bien, ni si sería capaz de conseguirlo. Ni tenía claro qué lo impulsaba a continuar trabajando en la investigación. Miró a Shorer queriendo decir que no lo sabía y que lo ayudase. Pero por encima de ese deseo estaba el de mantener el autodomínio, no delatar su incertidumbre ni la confusión que lo abrumaba. Si Shorer le hubiera preguntado por qué estaba dispuesto a renunciar a Nita —puesto que renunciar a ella temporalmente significaba, bien lo sabía, renunciar a ella para siempre—, sólo por trabajar en el caso, Michael no habría sabido qué responder. Y aun cuando encontrara la manera de expresarlo, Shorer no lo comprendería.

—Ponme bajo vigilancia. Pídeme lo que quieras. Puedo mudarme de casa —dijo al fin—, pero no me retires del caso. Por favor. Y también necesito estar seguro de que van a tener vigilada a Nita. Puede que esté en peligro. No sé si te he dicho que estoy muy preocupado por ella.

—¿No crees que ahora te necesita más como amigo? —preguntó Shorer—. Olvídate por un momento de los procedimientos. Ahora estamos hablando en plan personal.

—¡Ahora mismo no puedo ser su amigo! —se lamentó Michael—. No podré hasta que esté seguro, hasta que haya encontrado una prueba —tenía la garganta reseca, le dolía. Apuró los restos del café.

—¿Tengo que poner en peligro un caso de asesinato por el que el comisario jefe y el ministro se me han echado encima, y la prensa y el mundo entero me acosan...? ¿Tengo que mandarlo a la mierda por tus problemas personales? —dijo Shorer enfadado—. Dejemos de hablar en plan personal. Hablemos del trabajo, de lo que es conveniente en ese sentido. Siempre te he dicho que para trabajar es necesario distanciarse.

Michael meditó durante un rato largo.

–Hay cosas que sólo yo sé preguntar –dijo al cabo–. O comprender –añadió enseguida. Y al ver la expresión de Shorer, se apresuró a decir–: Soy el único que tiene algún conocimiento sobre la música clásica. Poca cosa, pero algo es algo. Y éste, créeme, es un caso musical.

Shorer lanzó un bufido.

–Así que al fin llegamos a tu famoso «espíritu de las cosas» –dijo con mordacidad–. Ya me extrañaba a mí que todavía no lo hubieras mencionado. Pero esta vez no es tan sencillo. ¿Recuerdas el lío en que te metiste con Ariyeh Klein? Y no eras más que ex alumno suyo. No podías evitar creerle ni siquiera cuando descubriste que mentía. Le tenías afecto y lo admirabas, lo conocías. ¿Qué me dices de este caso? ¿De verdad podrás ser objetivo?

–Así lo creo, con toda sinceridad, al noventa y nueve por ciento. Para ser estrictamente racionales, dejemos un margen de duda de un uno por ciento.

Shorer lo interrumpió furioso:

–Conoces nuestras normas. Tienen su razón de ser. Como tú mismo dirías en mi lugar: la implicación emocional te descalifica automáticamente.

–Pero yo no siento que tenga ese problema, esta vez no. Es distinto de lo de Ariyeh Klein –protestó Michael, a sabiendas de que sus protestas caían en saco roto. Ni siquiera a él lo convencían. Se había adentrado en terreno muy peligroso, como un jugador que apuesta todo a una carta–. Además, en definitiva, no me equivoqué con él. Mintió, pero fue una mentira sin importancia.

–¿Todavía no habéis arrestado a nadie? –preguntó Shorer en un tono por completo distinto, como si estuviera viendo ante él al comisario jefe o al ministro–. ¿O tengo que recurrir a Balilty para enterarme de lo que está pasando realmente?

–No hemos arrestado a nadie. De momento, nos hemos limitado a confiscar pasaportes. Pero no es que Balilty hubiese querido arrestar a alguien y yo me haya negado.

–A los hermanos, y tal vez también al enfermo psiquiátrico –reflexionó Shorer en voz alta–, a ellos al menos habría que interrogarlos en serio. ¿Y qué hay de Izzy Mashiah? No has profundizado suficientemente en ese sentido.

–¿A Nita también?

–De momento no hay nada en su contra –reconoció Shorer–. Ni contra nadie. En eso tienes razón.

–Entonces, tal vez –dijo Michael con una súbita iluminación que le reportó un cierto alivio– podríamos esperar un par de días. Mañana, cuando haya hablado con Dora Zackheim, y después de pasar el día con los hermanos en Zichron Yaakov, entonces quizá podamos reevaluar la situación.

–¿Piensas que en un día o dos va a suceder algo que resolverá el caso? Estás esperando un milagro, ¿es eso?

Michael cabeceó y se hundió en su asiento. Bajó la cabeza y asió los brazos del

sillón con las manos.

–Todo tiene su precio, hasta perder dos días –dijo Shorer.

–¿A qué te refieres?

–No puedes estar a solas con ella.

–¿Con Nita? No se la puede dejar sola en ningún caso. Siempre está acompañada... ya te lo he dicho.

–No, amigo mío –dijo Shorer con severidad–. Me refiero a que tienes que cortar con ella, apartarte por completo.

–Creía que te alegrabas de que yo... la quisiera. Eso es lo que has dicho –se quejó Michael. Ese hecho, que Shorer inopinadamente había alcanzado a percibir, lo llenaba de pánico más que de alegría. Alteraba el curso de sus pensamientos.

–Te vas a retirar del caso –dijo Shorer rápida y firmemente– y vas a poner punto final al asunto de la niña. Hay que acabar con esa locura –continuó, mirando al frente–. Pero eso, debo decirte –añadió carraspeando–, ya lo han resuelto.

–¿Cómo que ya lo han resuelto? –Michael sintió que la sangre se retiraba de su cara y sus brazos, como si se la estuvieran drenando. Lo invadió una tremenda debilidad. Las yemas de los dedos le hormigueaban, recorridas por una especie de corriente eléctrica.

–Debo decirte –respondió Shorer, mirándolo a los ojos con una expresión más dulce de lo habitual, francamente paternal, incluso– que la niña ya no está contigo.

–¿Dónde está? –se oyó preguntar Michael con una voz extraña, que parecía venir de lejos, sin conexión alguna con su cuerpo o sus cuerdas vocales.

–Ruth Mashiah se la ha entregado en adopción a una familia. Le ha encontrado una buena casa –aseguró Shorer a la vez que le asía el brazo a Michael–. Ha dicho que puedes ir a verla cuando quieras.

–¿Cómo han sido capaces? –dijo Michael. El nudo de su garganta amenazaba con disolverse en lágrimas–. ¿Cómo se han atrevido a hacerme algo así sin... sin...? –durante largo rato quedó abrumado por sentimientos inexpresables. Ante sus ojos, un torbellino de imágenes. «Ha sucedido lo peor que podía suceder», trató de decirse con objeto de atajar la sensación mareante, el remolino de emociones. «Quizá no sea lo peor», pensó, «tal vez es mejor así». A fin de cuentas, debía entregarla. Pensar que lograría conservarla era un capricho, un despropósito. ¿Cómo podía habersele ocurrido? Shorer estaba en lo cierto. Qué tristeza sentiría ahora al ver la cuna vacía. Al enfrentarse a la nada. Al enfrentarse a su nada interior, se corrigió, exigiéndose una franqueza insobornable para consigo mismo. Vio la imagen de un minúsculo trajecito, huérfano. Ya no correría a casa para abrazar a la niña. Tenía que renunciar a ella. Era lo correcto. Regresar a la soledad de siempre, renovada, conocida pero diferente. El mundo nunca ofrecía una salvación repentina y milagrosa. Era imposible. Era imposible que la nena se la proporcionase. No estaba justificado centrarse en un bebé. La repentina estocada

de un terrible miedo paralizador lo llevó a preguntarse cómo iba a vivir a partir de entonces, si la salvación no era posible. Mas otro pensamiento surgió enseguida acompañado de una sosegada confianza: lo superaría, si lo que había llegado a comprender en aquel momento era verdad, lo superaría inexorablemente. Shorer tenía razón: uno no se va encontrando niños por la calle. Esa frase encerraba una gran verdad. Además, tenía a Nita. Puede que con ella lograra construir algo. Ella podría ser... Cuando la alegría le iluminaba de pronto el rostro... Pero ¿por qué? Un nuevo remolino comenzó a agitarse en su interior. ¿Por qué pensar que era imposible? ¿Por qué pensar que no podría conseguirlo? ¿Qué derecho tenían los demás a decidir lo que era mejor para la nena? ¿Qué sabían ellos? No permitiría que se salieran con la suya. Iba a plantarles cara. Quizá sí existía la salvación repentina y milagrosa. A fin de cuentas, no había sido una casualidad que hubiera sido él quien oyera el llanto procedente de la caja de cartón. En definitiva, no había sido una casualidad que él estuviera receptivo a ese llanto. No, no cedería. No permitiría que se salieran con la suya.

Pasaron algunos minutos en silencio. Shorer no retiró en ningún momento la mano del brazo de su amigo. De repente, a Michael lo traspasó una duda, afilada como un cuchillo:

–¿Cómo lo sabes?

–¿Cómo sé qué? –preguntó Shorer con calma. Retiró la mano del brazo tembloroso y Michael lo cruzó con el otro.

–¿Cómo sabes que se la han llevado? Tú... lo sabías desde el principio.

Shorer asintió con la cabeza.

–Y no me lo has dicho... Me has dejado... ¿Desde cuándo lo sabías?

–Desde esta mañana –dijo Shorer con calma–. Han venido a decírmelo esta mañana. No te lo había comentado antes porque quería ver qué me contabas.

–Porque querías ver si te lo contaba –masculló Michael, la voz ahogada por la ira–. Porque pensabas que te iba a engañar. Me has puesto a prueba. ¿Quién vino a decírtelo?

–¿Qué más da? Tenía que...

–¿Qué más da? ¿Qué más da? –repitió Michael a grito pelado. Shorer volvió a asirle el brazo con ademán tranquilizador y Michael bajó la voz–. Sabes muy bien que no da igual. Tengo que trabajar con esas personas. Si Eli o Tzilla han venido a contártelo a mis espaldas...

–No han sido Eli ni Tzilla.

–¿Quién, entonces? ¿Ha sido Ruth Mashiah la que ha venido a decírtelo?

–He prometido guardar el secreto, he dado mi palabra –repuso Shorer, y una nota titubeante se coló por primera vez en su voz.

–Tus promesas no me interesan –le reprendió Michael–. ¿Quieres que me vaya? ¿Que dimita del cuerpo? No puedo trabajar con personas que me dan puñaladas

por la espalda. Y doy por supuesto que, si te niegas a decirme quién ha sido, se trata de uno de nosotros. Puede que se me hayan fundido los plomos, como tú dices, pero todavía soy capaz de pensar.

–Esta mañana, después de vuestra reunión, se presentó aquí esa chica, ¿cómo se llama? –Shorer se removió incómodo–. ¿Dalit?

–La serpiente –se oyó decir Michael.

–Una chica ambiciosa –convino Shorer–. No tiene nada de tonta. Estaba preocupada.

Michael no dijo nada.

–Es un asunto delicado esto de las lealtades –masculló Shorer–. Lo importante es que ni Eli ni Tzilla ni Balilty han soltado prenda. Ninguno de ellos me ha dicho nada –prosiguió, sintiéndose cada vez más incómodo, como si lo hubiera sorprendido en una traición.

–¡Vas a retirarla del caso! –declaró Michael.

Shorer quedó en silencio.

–¿Sí o no? –insistió Michael.

–Ya veremos –Shorer se rascó la cabeza.

–Y por su culpa, por lo que haya podido decir, se han llevado a...

–Es por el bien de la niña –dijo Shorer con énfasis–. Ruth Mashiah me llamó por teléfono. Le habían dicho que éramos muy amigos, eso me explicó, y me pidió que te lo contara, que te preparase. En cuanto me llamó, supe lo que me iba a decir.

–¿Y Dalit? ¿También ha hablado con Ruth Mashiah? –preguntó Michael con sombría perplejidad.

–Según dice, le preocupaba el bienestar de la niña, y tú pasabas horas y horas fuera de casa –Shorer, avergonzado, se quedó en silencio.

–Ah, qué gran poder el de la bondad bien intencionada. Y más si se trata del bienestar de una niña, de mejorar su situación.

–En fin –dijo Shorer con cautela–, dejando de lado los sentimientos personales, no resulta tan absurdo. Dalit no ha mentado –añadió a la vez que desviaba la mirada–. Es cierto que no paras de correr de aquí para allá como siempre... como siempre que estás trabajando en un caso y que suceden muchas cosas a la vez. Pero quiero hacerte una sugerencia.

Michael se quedó a la espera.

–Lo que te sugiero –dijo Shorer, hablando despacio y con deliberación, escogiendo las palabras con mucho cuidado– es que vengas a pasar una temporada en mi casa. Mi mujer se quedará con nuestra hija y con la nieta –echó una ojeada en dirección a la sala de Maternidad–. Voy a estar solo en casa. Vente conmigo unos días. Hasta que se aclare la situación.

–No pienso renunciar al caso –le advirtió Michael.

–Ya veremos –dijo Shorer–. Ya veremos qué sucede. Depende.

Michael fijó la vista en la pared de enfrente. En las manchas de color de un dibujo a pastel de una vista de Jerusalén. «Ni pienso renunciar a la niña», se dijo a sí mismo. «No me la van a quitar así como así.» Miró a Shorer.

–Ruth Mashiah me ha dicho que te lo había advertido. Te dijo que la niña no era tuya, y, además, ni siquiera se la han llevado de tu casa. Estaba en casa de Nita. Es lo mejor para la pequeña. No te olvides de eso. Amar a alguien significa desearle todo lo mejor. Tú mismo me lo has explicado muchas veces –dijo Shorer–. Y se la han llevado por su propio bien. Ya lo superarás, y renunciarás a ella porque sabes muy bien que es lo mejor que puedes hacer.

Nunca nos había sucedido nada semejante

Shorer acababa de echar el cerrojo de la puerta de su casa cuando sonó el teléfono. Como quien se teme lo peor, palideció y levantó el auricular a toda prisa. Sus facciones se relajaron al cabo de un instante.

–Está aquí –le oyó decir Michael con un suspiro–. Acabamos de llegar. Creía que llamaban del hospital –explicó, y le hizo una seña a Michael para que cogiera el teléfono.

Convocaron la reunión para las siete de la mañana, de manera que Michael tuviera tiempo de ir luego a Jolón a ver a Dora Zackheim y de asistir al seminario musical del centro Beit-Daniel, en Zichron Yaakov. Después de darse un buen afeitado por primera vez en varios días, Shorer subió al coche diciendo:

–Nos tomaremos el segundo café en la reunión –y, en efecto, lo primero que hizo al llegar fue inclinarse para examinar los dos termos de plástico colocados en el centro de la mesa.

–Antes era un finyán –gruñó Shorer, forcejeando para abrir la sofisticada tapa de uno de los termos–. Nos traían un gran finyán con café turco y sólo con oler el cardamomo ya te despertabas. Pero eso queda en la prehistoria, antes de vuestros tiempos –logró por fin retirar la tapa y aspiró el aroma del café–. Instantáneo –dijo con asco–. Como en el hospital. ¿Quién bebe café instantáneo? –se quejó sin dirigirse a nadie en particular mientras abría el otro termo.

–Yo –replicó Tzilla desde la puerta, con voz somnolienta y frotándose los ojos nublados. Meneó la cabeza y sus largos pendientes de plata se balancearon–. Balilty llegará enseguida. Viene del laboratorio de Criminalística. Ha ido allí por lo del cuadro. Quería llevarlo personalmente. Ni siquiera a los técnicos se lo podía confiar –Tzilla lo dijo haciendo un alarde de objetividad, como si hubiera decidido reservarse su opinión, no delatar sus verdaderos sentimientos. Encajó la mano en el cinturón de sus pantalones–. He preparado dos tipos de café porque no he dormido más que hora y media, aquí, en la oficina –luego, con repentina premura, le preguntó a Michael–: ¿Sabes que hemos encontrado el cuadro? Balilty dijo que te iba a llamar. Le expliqué dónde estabas.

–Llamó anoche, en cuanto llegamos a casa –la tranquilizó Shorer.

Michael se preguntaba cómo Shorer habría logrado convencerlo, la noche

anterior, de que ni siquiera se bajara del coche una vez que hubo depositado dócilmente las llaves de su piso en la mano que le tendía. Su jefe se limitó a decir:

–Será mejor que no entres, así evitaremos conflictos y arrepentimientos. Te sugiero que de aquí vayamos directamente a mi casa –pero no lo dijo con la voz con que se sugiere algo, sino con la que se dan órdenes–. Entro yo, recojo lo que te va a hacer falta para hoy y mañana y más adelante preparas una lista y yo me ocupo de que te lo lleven todo.

Michael se había quedado solo unos minutos en el polvoriento Ford Fiesta, peleándose con las imágenes del rostro desconcertado de Nita y de la cuna vacía. Se lamentaba de la pérdida de la niña, acongojado por una intensa tristeza.

–Aquí tienes –le dijo de pronto Shorer, y borró la imagen de la nena al abrir la puerta del coche y ponerle en el regazo un par de camisas azules y una bolsa de ropa interior–. En casa te daré un cepillo de dientes y demás. No podemos perder tiempo con los detalles –dijo, y tomó asiento al volante.

Michael contempló la habitación blanca y rosa donde iba a dormir. Shorer retiró de la estrecha cama infantil de su hija mayor una fila de koalas de peluche y los colocó cuidadosamente junto a la colección de frasquitos de perfume que reposaba en un estante. Luego exhaló un suspiro, abrió la ventana y la movió adelante y atrás para ventilar el ambiente cargado y perfumado.

–Ésta es ahora la habitación de invitados, y no es que recibamos muchas visitas. ¡Los hijos! –exclamó al tiempo que corría de un tirón las floreadas cortinas–. Un día los tienes aquí, correteando por toda la casa, y antes de que te des cuenta, la casa se queda vacía y tus hijos empiezan a tener hijos propios.

Michael estaba convencido de que no iba a pegar ojo aquella noche, pero se quedó dormido tan pronto como se cubrió la cabeza con la fina manta. Despertó sobresaltado, los flecos de una pesadilla aleteando en su cabeza. Había soñado con un casón destripado y abierto a los cuatro vientos. Caminó sobre las puertas caídas que le obstaculizaban el paso hasta llegar a una habitación interior, enorme y vacía, una especie de salón en cuyo extremo había una cuna. Se acercó a ella, y a sus pies, en un rincón, vio un cuerpo enroscado y reseco, la minúscula momia de un bebé. Sólo recordaba eso. Encendió la lámpara de la mesilla de noche, que tenía la forma de un gnomo de gorro rojo.

Encendió un cigarrillo con dedos trémulos y se dirigió a la ventana. Farolas recién instaladas iluminaban los restos de los huertos al pie del barrio de Bayit VeGan. Cuando Yuval era pequeño, solían salir de paseo por los huertos abandonados y trepaban por la colina hasta el hotel Tierra Santa. Los árboles habían sido talados y los bulldozers habían aplanado la cima de las colinas, privándolas de sus suaves curvas. Las luces instaladas sobre postes plateados alumbraban el esqueleto de las casas que habían comenzado a levantar en aquellos terrenos, sobre los que se habían abalanzado las constructoras tan pronto como

salieron al mercado. A lo lejos, en medio de lo que en su día fuera un huerto de manzanos, se alzaba ya un pseudo castillo español de cuatro plantas, con balcones redondeados y columnas de piedra. No había esperanza, se dijo Michael. Cerró la ventana y volvió a la cama. Tendría que acostumbrarse a la idea de que la niña no era suya. No sería él quien modelaría su vida. Se encargarían otros. Una familia adoptiva. E, inmediatamente, se formó una imagen mental de dicha familia: vivía en una casa con una habitación muy parecida al dormitorio que él ocupaba en esos momentos, una casa con tejado de tejas rojas y vistas a un jardín. La expresión «familia adoptiva» le sonaba dura, cruel. Sin embargo, quizá, quién sabe..., pensó testarudo; aplastó el cigarrillo en un platito y apagó la luz. «No, no hay sin embargos ni quizás que valgan», pensó mientras daba vueltas en la cama. Lo cierto es que uno no se va encontrando niños por la calle. El rostro de Nita, relumbrante, desdichado, perdido, lo estuvo llamando hasta que volvió a conciliar el sueño.

La puerta de la sala de reuniones se abrió de golpe.

–Bueno, ¿qué me decís ahora? –tronó la voz de Balilty, reventando de orgullo. Repitió lo que ya le había dicho a Michael por teléfono–: ¡No entiendo cómo han podido dejarlo así! ¡Si vale medio millón de dólares! Estaba enroscado en el armario de la cocina. Envuelto en un papel. Ese tipo de papel blanco satinado que se usaba antes para forrar los estantes de la cocina. Si no hubiera buscado bien, detrás de las botellas y del cacao, habría pensado que no era más que un rollo de papel. Imaginaba que tardaríamos meses en encontrarlo, si es que lo encontrábamos, y mira tú por dónde, así de pronto –tenía los ojos enrojecidos y parpadeaba continuamente, como si le dolieran. Una barba de uno o dos días le daba un aire de descuido. Los faldones de su camisa de rayas colgaban en parte por encima del cinturón, sobre su protuberante barriga, y tras sus anchas espaldas apareció Dalit.

Michael se sintió rebosar de ira al ver a la chica. Apretó las mandíbulas y fijó la mirada en Shorer, que estaba sentado a su lado, examinando la taza de café con gran concentración, como si no hubiera reparado en Dalit ni en la mirada de Michael. Por un instante, Michael pensó en levantarse. Incluso se le ocurrió tirar la silla y salir de la sala pegando un portazo, para no volver hasta que aquella cara pálida y radiante se hubiera esfumado. Renunció a esa posibilidad y a otras que le vinieron a la cabeza por estimarlas melodramáticas y absurdas, y optó por arrellanarse en el almohadillado asiento, estirar las piernas, cruzar los tobillos y abandonarse a un sentimiento de desesperación mientras contemplaba las manecillas del reloj de pared que tenía enfrente y se ponía a frotar tenazmente una mancha de grasa del contrachapado de formica de la mesa de reuniones.

Balilty tomó asiento a la cabecera y prodigó elogios, a sí mismo, a Dalit y también a Tzilla; luego hizo a regañadientes un comentario sobre el buen trabajo

realizado por Eli. Zippo lo observaba con humilde expectación, hasta que bajó los ojos cuando quedó claro que Balilty no iba a mencionar su nombre. A Michael le pareció percibir una expresión de alivio en los rostros de Eli y Tzilla, motivada por la presencia de Shorer y por la supuesta resolución de los problemas de Michael. Tzilla se sentó frente a él y evitó mirarlo a los ojos. Balilty dirigía sus palabras hacia la esquina de la mesa ocupada por Michael y Shorer. Consagró algunos minutos a recapitular el curso de los acontecimientos, «para poner en situación al jefe de Investigaciones Criminales», dijo mirando a Shorer, «pese a que ya sé que Ohayon le informó anoche». Luego Balilty pasó a describir en detalle el estado en que se encontraba el piso de Herzl. («Un sótano apestoso de Beth HaKerem, con dos palmos de mierda en el suelo; se te quedan pegadas las suelas al andar, si es que encuentras algún sitio donde poner el pie; haría falta una excavadora para limpiarlo. Es increíble lo que se puede acumular. El tipo no tiene ni sesenta años y hay que ver todo lo que ha amontonado ahí. Instrumentos musicales incluidos. No sé nada de estas cosas, pero me da la impresión de que algunos son valiosos. Aquello parece una chatarrería.») Pese al escepticismo de los peritos, Balilty se había tomado la molestia de registrar a fondo el armario de la cocina. Y allí estaba el cuadro, bien escondido. («Detrás de un montón de botellas baratas de vino tinto y de coñac medicinal. ¿Quién bebe esas cosas hoy día? Y de un bote prehistórico de cacao holandés. Parecía que no habían abierto el armario desde hacía años y, sin embargo, las puertas no tenían ni una mota de polvo. El que escondió el cuadro las limpió a fondo. ¡Y yo que no he parado de hablar a la Interpol de los dos gabachos a los que les echamos el guante!») A continuación, Balilty explicó que en ninguno de los picaportes de aquel piso asqueroso había una sola huella digital, muy en especial en la cocina.

—Un buen contraste con el revoltijo y la suciedad que había por todos lados, y eso nos indica que no fue Herzl quien escondió el cuadro. ¿Para qué iba a borrar sus huellas? Es su casa, es lógico que sus huellas estén por todas partes —concluyó pensativo.

—¿Cómo lo sabes? —le rebatió Eli Bahar—. Puede que alguien escondiera otra cosa allí. Tal vez él escondió el cuadro y luego llegó otra persona buscando algo y fue ella la que borró las huellas.

—Podría ser —dijo Balilty, torciendo la boca en un gesto desdeñoso—. Pero te garantizo que las cosas sucedieron como yo he dicho.

—¿Qué garantiza el que lo digas tú? —se quejó Eli. Miró a Michael, y éste apoyó la barbilla en la mano sin decir nada.

—Os lo repito —insistió Balilty enfático—, creedme —levantó un brazo y abrió la mano—. Los armarios de la cocina estaban muy limpios. ¿Para que perder el tiempo hablando de eso? —hizo notar que no se veían indicios de que hubieran allanado el piso y que en el picaporte de la puerta principal, como en todos las demás, no

había ni una huella—. A fin de cuentas, Herzl vive ahí y no se pasea por su casa con los guantes puestos –resumió con satisfacción—. No le hace falta borrar sus propias huellas, ¿no es así? –se volvió expectante hacia Shorer.

Shorer carraspeó, desmenuzó sobre su taza vacía de café la cabeza de una cerilla quemada que había sacado del cenicero y la tiró.

–Eso parece –reconoció a regañadientes, y escuchó con atención la gráfica descripción de Balilty sobre cómo había despertado a media noche a un especialista en pintura para que confirmase la autenticidad del cuadro.

–Porque según he podido saber –dijo Balilty dándose importancia–, gracias a mis conversaciones con la Interpol y con toda clase de expertos, en el mercado circulan muchas falsificaciones. Debíamos asegurarnos de que era el cuadro auténtico. Tendríais que haberlo visto. Alucinó.

–¿Quién? –preguntó Zippo, que hablaba por primera vez.

–El especialista, el profesor Livnat. Al coger el cuadro, le temblaban las manos. En confianza os digo que a mí no me pareció nada del otro jueves. Si no me hubieran contado que era tan importante, del siglo XVII y todo eso, ni me habría parado a mirarlo.

–En la fotografía se ve muy bonito –dijo Tzilla titubeante–, sobre todo la cara de la mujer.

–¿Y qué ha opinado al respecto el señorito Van Gelden? –preguntó Shorer.

–Pues sí, lo primero que hicimos fue ir a buscarlo. Zippo lo fue a buscar al psiquiátrico y lo trajo a casa de Herzl. Y, por cierto, antes de que se me olvide: él y su hermana irán a Zichron Yaakov en un coche de la policía. No vamos a correr ningún riesgo. Les haremos creer que es por su propia seguridad –dijo Balilty, y miró a Michael–. No puedo arrestarlos, ni retenerlos a la fuerza. Yo no les digo lo que pienso y ellos no me lo preguntan –añadió pensativo.

–Así que Zippo llevó a Theo a casa de Herzl –dijo Michael sombrío–, y le enseñaste el cuadro. ¿Qué dijo?

–Casi se desmaya –repuso Balilty riéndose–. Zippo no lo preparó de antemano, le pedí que no le dijera nada.

–¿Qué le iba a decir? –masculló Zippo al tiempo que se aplicaba a sacar brillo a su mechero–. Si yo no sabía nada.

Por un instante, Balilty pareció confuso. Pero se recuperó de inmediato, sin darse por enterado de la interrupción.

–Lo llevé a la cocina y le enseñé el cuadro. Se quedó mudo. Extendí el cuadro sobre una toalla. Está todo tan asqueroso... A fin de cuentas, ¡son medio millón de dólares! Le pedí que lo identificara. Lo identificó. Eso fue antes de que llegara el especialista en pintura y después del examen pericial. No había huellas dactilares en el cuadro. Usaron guantes. Hasta entonces no se descubrió que Van Gelden tenía una llave del piso de Herzl –dijo Balilty en tono teatral–. Y su padre tenía otra. Le

pregunté por qué no nos lo había dicho antes, y me saltó con: «No me lo habían preguntado» –Balilty hizo una pausa para crear un efecto dramático; luego dijo–: Y no son los únicos que tienen esa llave.

–¿Quién más la tiene? –preguntó Shorer al ver que Balilty esperaba que se lo preguntasen.

–Gabriel van Gelden también tenía una –repuso Balilty–. Eso tampoco lo sabíamos. Tú mismo oíste –dijo volviéndose hacia Michael– que a Herzl le obsesionaba proteger su intimidad. A mí no se me había ocurrido, pero Dalit lo descubrió anoche. Fue el padre quien les dio las llaves a los hermanos. Por lo visto, Herzl confiaba en el viejo. Y supongo que él sacó copias de su llave y se las dio a sus hijos. Puede que Gabriel hiciera a su vez una copia. Theo van Gelden dice que no recuerda quién le entregó la llave. Fue hace mucho tiempo.

–Yo no me tomaría muy en serio nada de lo que dice Theo van Gelden –refunfuñó Eli Bahar–. No daría crédito ni a una de sus palabras. Ni a una sola.

–Lo verifiqué con la hermana –dijo Balilty–. Y Dalit descubrió que en casa de Gabriel había una llave del piso de Herzl... es decir, en casa de Izzy Mashiah. Dalit se enteró anoche. ¡Lo descubrió todo en una sola noche! ¿Qué te parece? –le preguntó triunfante a Michael–. Está bien, ¿eh?

–Muy bien –convino Michael mirando la pared que tenía enfrente–. Todo está muy bien.

–Y Nita dice que su padre tenía colgada una llave del piso de Herzl junto a la nevera, en un llavero donde también estaban las llaves del piso de Nita y del de Gabi –Balilty se pasó la punta de la rosada lengua por los labios hasta que relucieron de humedad, luego los chasqueó un par de veces.

–Muy bien, Danny –dijo Shorer–. ¡Enhorabuena!

–Y eso no es todo. Aún queda otro bombazo.

–¿Sí? –dijo Shorer.

–Aunque no sé cómo interpretarlo. ¿Dónde está la carpeta de las fotos? –le preguntó a Dalit.

–En tu despacho. ¿Voy a buscarla? –Dalit se apresuró a ponerse en pie.

–Es igual, no tenemos tiempo. Me creerán. Hemos encontrado el pasaporte de Herzl. Y está sellado en Amsterdam, hace seis meses.

–¿El pasaporte de Herzl Cohen? –preguntó Michael–. ¿En Amsterdam? ¿Qué iría a hacer en Amsterdam?

–Todos los demás también fueron, así que ¿por qué no puede haber ido él? ¿Os habéis fijado? El padre estuvo en Holanda, Gabriel estuvo en Holanda, Izzy Mashiah estuvo en Holanda. Los dos únicos que no han estado allí son Theo van Gelden y Nita. ¿Os habéis preguntado a qué viene tanto interés por Holanda?

–Estamos esperando a que nos lo expliques –replicó fríamente Eli Bahar–. Seguro que tú lo sabes.

–Pues no –reconoció Balilty–, pero puede ser una pista. El cuadro también es holandés, no lo olvides.

–¿En qué situación está Herzl en estos momentos? –preguntó Michael.

–Lo han ingresado en un hospital normal –dijo Balilty–. Abraham está con él. Herzl ha recobrado el conocimiento.

–¿Y? –le apremió Tzilla.

Balilty suspiró.

–A todos los implicados en este caso hay que tratarlos con mucho tiento. Herzl está consciente, pero de momento –echó una ojeada al reloj–, no ha querido hablar. Y como es un paciente psiquiátrico, no podemos arrestarlo. Si Herzl cambia de opinión, Abraham aprovechará el momento. Nos llamará si sucede cualquier cosa. Terminará por hablar –concluyó Balilty esperanzado.

–Puede que sí y puede que no –remachó Eli Bahar mirando a su alrededor con desaliento.

–Veamos cómo están las cosas –empezó a resumir Balilty–. Tenemos un cuadro robado que vale medio millón de dólares. Un cuadro que quizá nadie pretendía vender. Tenemos un trozo de esparadrapo y una cuerda de chelo, pero no sabemos de dónde ha salido la cuerda. Tenemos un par de guantes y sabemos a quién pertenecen, aunque eso no nos indique gran cosa. Tenemos un par de cadáveres y muchos viajes a Amsterdam. Y una casa en Rehavia que vale millones, y una tienda que también vale mucho, puede que más que la casa. Dinero, posesiones y dos herederos. Y también nietos y un maricón que va a heredar de su... ¿Sabéis que Gabi van Gelden aumentó la póliza de su seguro de vida hace un par de meses y que el beneficiario es Izzy Mashiah?

–No hables así –le reprendió Tzilla.

–¿Cómo?

–Lo que has dicho de Izzy Mashiah.

–¿Qué he dicho? Le he llamado maricón. Te pido disculpas, perdóname –Balilty unió las manos como si fuera a rezar–. Pido que me perdonen todos los liberales y progresistas, pero no me gustan los maricones. Ésa es la verdad. ¿Qué le voy a hacer?

–¡No deberías hablar así! –le espetó Tzilla–. Es mejor que esas opiniones te las guardes.

–A los que no soporto es a los que juegan a ser mujercitas –los ojos de Balilty recorrieron la sala y se detuvieron en la cara de Tzilla–. Los que, ya sabes... –dijo esbozando un guiño.

Tzilla tironeó de un mechón de pelo entrecano de su sien e hizo ademán de replicar, pero se quedó en silencio.

–Lo que pretendes decir –intervino Shorer, rompiendo el opresivo silencio–, y no nos queda mucho tiempo –añadió a la vez que echaba una ostentosa ojeada a su

reloj-, ¿es que vas a exonerar a Herzl? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Te vas a concentrar en Izzy Mashiah y en Theo y Nita van Gelden?

–Más o menos –asintió Balilty–. Con ella hablé ayer por la tarde. Durante varias horas. Dos, por lo menos. Mientras registraban su casa –añadió pensativo.

–¿Hablaste con Nita? –preguntó Michael.

–Pues sí –dijo Balilty, que de pronto parecía avergonzado–. Fue antes de que Ruth Mashiah... llegara con su equipo para... –le dijo delicadamente a Michael–. Me fui antes de que... créeme, no sabía nada de eso...

–Olvídate de eso ahora –lo interrumpió Michael impaciente–. ¿Qué averiguaste hablando con Nita?

–Le volví a explicar que sabe algo más de lo que cree saber, y que si hablara con nosotros, puede que ese algo, sea lo que sea, saliera a la luz. Pero lo cierto es que no lo sabe, por decirlo suavemente. Es como si estuviera en otra parte. No sabe nada de nada. Le hemos hecho una prueba poligráfica –se apresuró a añadir.

–¿Cuándo? –preguntó Michael, tratando de dominar su voz–. ¿Anoche?

–Sí. No descubrí ninguna incongruencia. Ni siquiera cuando le pregunté quién estaba con Gabriel detrás del pilar. Probé con varios nombres, y la aguja no se movió. Ni cuando dije: «Theo estaba con Gabriel», ni cuando dije: «Era Herzl el que estaba allí». Nada. Lo único que le saqué que no supiéramos es que Herzl la ha asustado siempre, desde que era pequeña. Es por el aspecto que tiene –continuó Balilty–. Antes de la prueba, Nita me contó algo que sucedió cuando tenía unos tres años, es uno de los primeros recuerdos de su infancia. Salió de debajo de una gran mesa que utilizaban para hacer las cuentas en la tienda de música; estaba jugando allí debajo y su padre la llamó para que fuera a saludar al tío Herzl. Salió de debajo de la mesa y recuerda, lo podéis oír en la cinta, que lo miró y la simple visión de sus zapatos la asustó, a pesar de que al verle la cara se diera cuenta de que en realidad no era como para sentir miedo. Su pelo revuelto la asustaba, y ahora sabe que también Herzl tenía miedo. No de ella, miedo porque acababa de llegar a Israel y todo le intimidaba.

–Eso es incongruente –dijo Michael–. Nita sólo tiene treinta y ocho años. Herzl llegó a Israel en el cincuenta y uno. Nita ni siquiera había nacido, y lo conoce desde que nació. Cuando conoces a alguien desde siempre, no te asustas de él repentinamente a los tres años, a menos que haya hecho algo.

Balilty estaba desconcertado. Hizo el cálculo y dijo:

–Pues sí, yo qué sé. No tiene importancia. Es lo que ha dicho y ya está.

–Sí que tiene importancia –intervino Shorer–. Estamos hablando de Herzl Cohen, el empleado de su padre, en cuya cocina has encontrado el cuadro robado. Según tengo entendido –prosiguió señalando con un gesto a Michael–, hay muchos misterios relacionados con él, y el hecho de que inspirase miedo a Nita es uno de ellos.

—Quién sabe, puede que no hubiera reparado en él antes. Tal vez fue la primera vez que lo vio de verdad. Podéis escuchar la cinta vosotros mismos —dijo Balilty con desaliento—. En todo caso, lo importante es que la asustó. Pero ella dice que sabía muy bien que era inofensivo. Que es una buena persona. Pero le daba miedo. Está convencida de que no ha hecho daño a nadie, y menos que a nadie a su padre.

—¿Y qué me dices de la persona que sí hizo daño a su padre? ¿La persona que lo asfixió? ¿Cabe la posibilidad, en opinión de Nita, de que a esa persona sí le hiciera daño Herzl? Dicho de otra forma, ¿que haya castigado al asesino del viejo Van Gelden? —preguntó Eli Bahar—. ¿Se lo preguntaste?

—Aunque te sorprenda, sí —repuso Balilty—, se lo pregunté. Y me dijo que no se atrevía a opinar, pero que le resultaba difícil imaginar a Herzl cometiendo un acto violento. Aunque sabemos, y ella también lo mencionó, que ha sufrido varias crisis.

Dalit le tocó el brazo a Balilty y él se inclinó hacia ella. Mientras Dalit le susurraba algo al oído al jefe del equipo, Michael se enfureció por las familiaridades que se le permitían a aquella chica y por la dependencia de Balilty hacia ella.

—Sí, Dalit ha tenido el acierto de recordarme a Meyuhas, el abogado —dijo Balilty con una solemnidad rayana en lo cursi—. Aún no hemos logrado ponernos en contacto con él. Está de vacaciones. Es el único que puede saber algo. Estamos tratando de averiguar el motivo de la pelea del viejo Van Gelden y Herzl —le explicó a Shorer—. Meyuhas vuelve mañana. Él nos aclarará las cosas. Entretanto, sí hemos dado con la canadiense. Nuestro representante en Nueva York la ha interrogado. Dalit ha hablado con él.

—¿Qué canadiense? —preguntó Shorer.

—La que estuvo con Theo van Gelden el día en que robaron el cuadro y asesinaron a su padre. Theo estuvo con dos mujeres —prosiguió Balilty, suspirando— en una sola tarde, antes de dar un concierto por la noche. Hay gente que está hecha de acero. ¡Qué os parece, todo en un solo día! Y ahora tiene una coartada sólida.

—Tenemos que mantener bien vigilada a la señorita Van Gelden —dijo Shorer—. ¿Hay alguien con ella en estos momentos?

—Solamente la canguro, el policía de guardia a la puerta del edificio y su hermano —repuso Tzila.

—Están preparándose para ir a Zichron Yaakov —le recordó Eli Bahar.

—Está bien, hay que ponerlos bajo vigilancia desde que salgan, si no antes. No me gusta nada este asunto de que no sepa lo que sabe. Es peligroso. No queremos encontrarnos con otro cadáver hoy —dijo Shorer.

—Lo haremos —dijo Balilty frunciendo la boca—. Enseguida.

—¿Qué se sabe de la partitura de la que habló Herzl? ¿Alguna novedad? Es necesario que un experto escuche la melodía —soltó Michael de pronto.

—¿Qué melodía? —preguntó Balilty sorprendido.

—La que Herzl le tarareó a Theo en el psiquiátrico —dijo Michael—. Tenemos que

ponerle la cinta a un músico.

–Entendido –dijo Balilty–. Dalit, toma nota de eso. ¿Has pensado en alguien?

–El meollo de la conversación fue la referencia a esa partitura, y no sabemos cuál es. Hay que recurrir a un musicólogo. Consulta a Nita o a Theo, sin decirles de qué se trata.

–¿Por quién me tomas? –preguntó Balilty enfadado. Echó un rápido vistazo a Zippo, que en ese momento se cubría el rostro con las manos–. Ya se lo he consultado, indirectamente. Tanto a Nita como a Theo. Y ahora que estamos en ello –añadió de pronto–, tú vas a ir a un sitio que estará lleno de músicos. ¿Por qué no te llevas una cinta? Dalit te hará una copia.

–Ya la he hecho –intervino Dalit.

–Excelente –dijo Balilty–. Dásela para que se la ponga a los genios, que la identificarán después de oír un par de notas. Quizá éste sea otro de esos casos donde todo se deduce a partir de una frase.

–Tengo que irme –dijo Michael, y, evitando mirar a Dalit, recogió la cinta que le puso delante–. No se puede hacer esperar a una señora de ochenta y seis años.

–Un caballero siempre es un caballero –señaló Zippo.

–Y necesitaré un casete –dijo Michael–, con pilas nuevas.

–Zippo va a llevar a Theo y a Nita a Zichron Yaakov –dijo Balilty–. Pensé enviar a Tzilla, pero está demasiado cansada después de la noche que ha pasado.

–Zippo también ha pasado en pie toda la noche. Manda a Eli –dijo Michael autoritariamente, antes de caer en la cuenta de que no era él quien estaba al frente del equipo–. Lo único que necesitamos es un chófer –se disculpó. Y vio que la expresión de Eli se ensombrecía de nuevo tras haberse animado fugazmente.

–Los puedo llevar yo –afirmó Zippo ofendido.

–Aquí hay un millón de cosas pendientes –comentó Michael en un intento de calmar los ánimos–. ¿Por qué obligarte a ir hasta Zichron Yaakov?

–No me causa ningún problema conducir hasta Zichron Yaakov. Cuando mi abuela aún vivía, hacía ese trayecto en un par de horas. Bueno, no iba hasta Zichron Yaakov, me quedaba un poco antes, justo pasado Hadera. Iba cada dos días. En unas condiciones mucho peores.

–Como quieras –dijo Michael, y vio que Eli bajaba la cabeza–. Había pensado que, a la vuelta, Eli podría pasarse por el laboratorio a recoger los documentos –explicó–. Piénsatelo –le dijo a Balilty–. Me marchó.

En ese momento apareció en la puerta la secretaria de Shorer.

–Izzy Mashiah quiere hablar con el superintendente jefe Ohayon –le dijo a Balilty–. Ha tratado de llamarte directamente –le explicó a Michael–, pero no respondías. Tiene que decirte algo urgente.

–Deberías tener el móvil encendido –le reprochó Balilty a Michael–. ¿Cómo quieres que me ponga en contacto contigo cuando me hace falta? Y no me vengas

con que les tienes alergia. Uno no se puede permitir tener alergias que interfieren en el trabajo.

Michael salió de la sala de reuniones y siguió a la secretaria de Shorer. Iba mirando los minúsculos pasitos que daba. Como una mujer china de pies vendados, se bamboleaba enfundada en su falda de tubo, sobre los finos tacones.

La secretaria se detuvo a la puerta del despacho y miró a Michael con afecto maternal.

–No tienes muy buen aspecto –dijo–. ¿Te encuentras bien?

–Eso creo –sonrió con esfuerzo–. Ya se me pasará –aseguró. Al comprender que ella esperaba una explicación más concreta y que su silencio la heriría, añadió–: No lo he tenido fácil últimamente –y levantó el auricular del teléfono.

–¿Puedo hacer algo por ti? –le preguntó la secretaria antes de retirarse con aparatosa discreción.

Sin soltar el auricular, Michael trató de poner cara de agradecimiento mientras decía:

–Ahora mismo no se me ocurre nada, gracias –ella asintió gravemente, ajena por completo a la ironía de las palabras de Michael. Él se sentía como si estuvieran recitando un diálogo de una novela rosa.

–Si se te ocurre algo, lo que sea, no dejes de decírmelo. Te ayudaré con mucho gusto –concluyó ella, y salió.

–Tengo que comentar un par de cosas con usted –dijo Izzy Mashiah, la respiración rasposa y silbante, como si le faltara el aire–. Tengo varios motivos de preocupación. Me dijo que me pusiera en contacto con usted en caso de necesidad.

–Claro, cómo no –repuso Michael. Se preguntó si Izzy habría reparado en la vigilancia a que lo tenían sometido, en el coche de la policía aparcado frente a su casa, o en que tenía intervenido el teléfono–. ¿Ahora? ¿Por teléfono?

–¡No, no! –exclamó Izzy Mashiah horrorizado–. Es un asunto delicado.

–¿Es urgente? –preguntó Michael al tiempo que echaba una ojeada al reloj.

–No sé qué importancia le atribuirá usted –dijo Izzy con desconsuelo–. A mí me parece bastante urgente.

–¿Se trata de la llave? –aventuró Michael.

–¿Qué llave?

–La llave de casa de Herzl Cohen, la que tenía Felix van Gelden.

–No sé de qué me está hablando –Izzy se quedó en silencio y su respiración se volvió más jadeante, el silbido más estridente.

–La llave que la sargento Dalit encontró en su casa –explicó Michael.

–¿Quién es la sargento Dalit? –dijo Izzy alarmado–. No conozco a ninguna sargento Dalit.

–La policía con quien habló usted anoche –repuso Michael impaciente–. ¿No ha hablado con una mujer llamada Dalit sobre la llave del piso de Herzl?

–No conozco a ninguna Dalit –aseguró Izzy Mashiah en tono quejumbroso–. No comprendo qué me quiere decir.

–Está bien, quizá no fuera Dalit. Pero ¿qué hay de la llave?

–¿Qué llave? No sé nada de llaves –Izzy expectoró y resolló.

–Tranquilícese –dijo Michael, aparentando calma–. ¿No recibió una visita de la policía ayer noche?

–Ayer no recibí ninguna visita –replicó Izzy Mashiah.

–¿Está seguro?

–¡Cómo no voy a estarlo! –dijo Izzy a voz en grito–. Puede que me esté volviendo loco, pero no tanto –añadió con amargura.

–Está bien. Entonces, ¿de qué quería hablar conmigo?

El resuello asmático de Izzy remitió un poco cuando dijo:

–De muchas cosas, pero no por teléfono.

–¿Podemos dejarlo para esta noche?

–Supongo que sí –suspiró Izzy Mashiah–. Aunque sería mejor ahora mismo.

–Ahora no puedo, es imposible –explicó Michael como si hablara con un niño–. ¿No podría contárselo a otra persona?

–Preferiría hablar con usted, si no le importa. Gabi lo admiraba, me sentiría más cómodo con usted. Si tengo que esperar hasta la noche, esperaré.

–Será tarde –le advirtió Michael.

–No pienso ir a ningún lado –repuso Izzy con tristeza–. Lo estaré esperando.

–Hay algo que no comprendo –dijo Michael desde la puerta de la sala de reuniones–. Concededme un minuto, por favor.

–¿Todavía no te has ido? –preguntó Tzilla sorprendida.

–Concededme un minuto –repitió Michael–. ¡Un momento de atención, por favor! –todos quedaron en silencio y lo miraron expectantes.

Michael se esforzó en mirar a Balilty y sólo a Balilty. Vio por el rabillo del ojo el movimiento de la mano de Shorer, que garrapeaba con una cerilla quemada sobre un papel en blanco sujeto cuidadosamente con la otra mano, como si sus pensamientos vagaran muy lejos de allí. Pero Michael sabía que estaba muy atento.

–Acabo de hablar con Izzy Mashiah –dijo quedamente, sin retirar la vista de Balilty.

–¿Y? –replicó Balilty impaciente–. ¿Qué pasa?

–Lo que pasa –dijo Michael despacio– es que nadie ha hablado con él sobre la llave de casa de Herzl. No conoce a ninguna policía llamada Dalit.

A Balilty se le abrió la boca y se le achicaron los ojos.

–¿Es eso lo que ha dicho? –preguntó asombrado. Se volvió vivamente hacia Dalit, quien, con expresión de desconcierto, se encogió de hombros, abrió los brazos en un ademán de impotencia y no dijo nada.

–¿Qué historia es ésta? –le preguntó Balilty severo-. ¿Estuviste ayer con él o no?

–Claro que sí –repuso Dalit, y abrió de par en par sus ojos azul claro. El aleteo de sus pestañas pareció arrojar sombras sobre la pálida tez de la chica.

–¿Y hablasteis de la llave?

–Pues claro –contestó Dalit con deliberada serenidad. Se atusó una fina ceja con el dedo y entrelazó las manos.

–¿Y la llave?

–La llave... –por un instante fue como si se abriera una brecha en su seguridad-. La entregué con el informe al laboratorio de Criminalística, junto con el resto de las pruebas. Anoche lo guardé todo y lo he llevado allí personalmente.

–¿Fuiste al laboratorio anoche?

–He ido esta mañana, antes de venir aquí –replicó Dalit a la defensiva, mirando a Balilty con gesto dolido-. La he dejado allí, en un sobre –añadió.

Balilty entornó los ojos. Miró a Michael.

–Alguien no está diciendo la verdad –dijo al fin. Sus palabras resonaron en el silencio de la sala-. Es decir que alguien está mintiendo a lo grande. ¿Qué dicen los vigilantes en el informe de ayer? Deben de mencionar la visita de Dalit. ¿Qué pretende al decir que no conoce a ninguna sargento Dalit?

–Aún no hemos recibido el informe de ayer –explicó Tzilla con inquietud-. Llegará al mediodía.

–Quizá no me vieron –intervino Dalit vacilante.

–¿Por qué no iban a verte? ¿Es que fuiste a escondidas o qué? –inquirió Balilty, y sin esperar a que le respondiera, volvió a decirle a Michael-: ¿Qué pretende diciendo que no conoce a ninguna sargento Dalit?

–Yo me he limitado a repetir lo que he oído –dijo Michael a la vez que se reclinaba contra la puerta, que había cerrado hacía rato-. Si quieres, puedes escuchar la grabación de la conversación en el despacho de Shorer. ¿Por qué se iba a inventar Mashiah una cosa así? ¿Qué podría sacar de ello?

–Habrà que volver a hablar con él –dijo Balilty nervioso-. Nunca nos había sucedido nada semejante. Es una verdadera locura. ¿Por qué iba a negarlo si ya ha entregado la llave?

–Eso digo yo –comentó Michael-. Eso mismo me pregunto yo.

–No tengo ni idea –insistió Dalit cuando Balilty volvió a mirarla.

Dalit se había ruborizado. Michael estaba perplejo. No sabía qué pensar. Se arrepentía de haber hablado en público. No porque pusiera en duda la palabra de Izzy Mashiah, en quien por algún motivo confiaba, sino porque estaba convencido de que iba a aflorar algo desagradable y sórdido, algo turbio, y era él quien lo había

rescatado de las profundidades. Sin reflexionar, sin pensar en las consecuencias. Había transgredido sus propias normas. Porque iba a llegar tarde a la cita con Dora Zackheim. Y también por haber querido saldar las cuentas con Dalit. Pero ya no sentía la menor ansia de venganza, ni ninguna satisfacción. ¿Adónde había ido a parar la ira que lo inflamaba hacía un instante? ¿Cómo no se habría parado a pensar en sus resquemores y en el deseo de devolverle la jugada a Dalit? ¿Cómo no había reconocido que ésa había sido su motivación? Quizá albergara sentimientos de los que no era consciente.

–Ponme al habla con el laboratorio –le dijo Balilty a Zippo, impaciente.

Eli Bahar salió de la sala detrás de Michael con el encargo de ir a buscar a Izzy Mashiah. Dalit se encogió de hombros y recogió sus papeles con movimientos nerviosos, espasmódicos.

–¿Qué está pasando? –le dijo Michael a Eli una vez que hubieron salido del edificio–. ¿Qué te parece a ti?

–Esa chica me ha dado mala espina desde el principio –reconoció Eli–. Pero pensaba que serían imaginaciones mías, por eso de que Balilty me había relegado a un segundo plano, dejándome de chico de los recados. Ahora ya no sé si sería por eso. Creo – prosiguió, mordiéndose el labio inferior– que también habrá que verificar lo de nuestro hombre en Nueva York. ¿Cómo podemos saber si ha hablado realmente con él sólo porque lo diga?

–Dicho de otro modo, ¿crees que está mintiendo? –preguntó Michael, y le sorprendió sentir que la ansiedad le trepaba a la boca del estómago.

–Tengo presente que pasó mucho tiempo desde que encontró a Herzl hasta que informó de ello. Por más vueltas que le doy, no encuentro una explicación –dijo Eli Bahar.

–Pero ¿qué motivos podría tener? –reflexionó Michael. Ya estaban junto a la puerta del coche. Contempló las cúpulas de la iglesia rusa, y, una vez más, lo conmovió su belleza ingenua, inalterada. Parecía una ilustración de un viejo libro colocada entre los aparcamientos, la valla de las dependencias policiales, los remolinos de gente, el quiosco que había junto a la iglesia. De pronto, le llamó la atención su color marrón oscuro–. ¿No eran verdes? –preguntó perplejo.

–¿El qué? ¿Qué era verde?

–Las cúpulas de la iglesia. Antes de que me fuera de permiso eran verdes. Estoy seguro.

–Sí –dijo Eli con una repentina sonrisa en los labios–. Eran verdes. Pero son marrones desde hace mucho. No sé por qué, tal vez las han pintado.

–Dalit debía de saber que al final lo descubriríamos. ¿Qué sentido tiene? ¿Qué puede mover a cualquiera a hacer algo así, sobre todo si sabes que te van a descubrir? –perseveró Michael.

–En otros tiempos habrías dicho: «La realidad nunca dejará de sorprendernos» –

replicó Eli, la vista fija en las puntas de sus negras zapatillas de deporte-. Hace mucho que no lo dices. Si es verdad, sencillamente es que está loca.

-Aquí no hay nada sencillo -dijo Michael, el oído atento al runrún del motor del coche-. Y además eso no es una explicación sino una descripción. Es obvio que aquí hay un elemento de locura. Pero ¿cuál? Hazme un favor -recordó de pronto-. Ve a Zichron Yaakov con los Van Gelden, que no vaya Zippo. ¡Es importante!

-¿Cómo? -dijo Eli sombrío-. ¿Quieres que se lo pida a Balilty? ¿Por qué iba a hacerlo? No pienso pedirle nada. Que me mande él si quiere -su rostro moreno, de ojos verde oliva, adquirió una expresión taciturna. Se mordió el labio inferior.

-Hazme ese favor -rogó Michael-. No lo hagas por ti, sino como un gesto de amistad hacia mí. ¿De qué nos valdría que fuera Zippo? En primer lugar, es necesario que alguien se entere de lo que hablen en el viaje. Y, en segundo lugar, es realmente peligroso.

-Se grabará todo. Van a ir en la furgoneta del laboratorio. Hay micrófonos, lo sé muy bien porque me he encargado de la instalación. Ya ves el tipo de encargos que me hacen ahora. Balilty no me considera apto para otra cosa.

-Necesito que vaya alguien en quien pueda... alguien que comprenda... alguien que... Ya me entiendes. Necesito que vaya alguien que no le quite la vista de encima a Nita. Nunca se sabe...

Eli agachó la cabeza, examinó de nuevo la punta de sus zapatillas y trazó un pequeño círculo con el pie derecho.

-Está bien, lo intentaré -dijo a regañadientes-, haré lo que pueda.

La distancia correcta

Michael llegó a Jolón mucho después de lo previsto. Un aspersor danzaba tras el seto en una estrecha franja de césped. Tiestos de arcilla roja rebosantes de petunias salpicaban el verde de rosa brillante, púrpura y blanco delante de una fila de modestos edificios de apartamentos estucados en blanco. Un camino pavimentado, corto y recto como una regla, conducía a la entrada. Mientras zigzagueaba por las callejuelas de detrás de la calle mayor, Michael había hecho caso omiso un par de veces de las señales que indicaban CALLEJÓN SIN SALIDA. Se había guiado por el mapa trazado por Theo. «Sigue viviendo en el apartamento de tres palmos que le dieron cuando llegó a este país después de la guerra. En uno de esos vecindarios de los años cincuenta, donde los edificios parecen trenes. ¡Y, para colmo, en Jolón! Es muy indicativo de la clase de persona que es», había dicho Theo, alzando la vista del papel sobre el que estaba dibujando. «En cualquier otro lugar del mundo se habría hecho rica. ¡Una profesional de su calibre! Montones de primeros violines de todo el mundo le deben su carrera. Sigue en Jolón por voluntad propia. No es que no le hayan hecho otras propuestas, no se vaya a creer», dijo Theo a la vez que meneaba el índice, «pero ella siempre decía que lo importante no eran ese tipo de cosas. No tenía fuerzas para mudarse. El piso le parecía adecuado, el que tenía en Budapest no era mejor. Aunque antes de la guerra ya era una violinista de mucho renombre, a punto de iniciar su trayectoria internacional. Luego estalló la guerra, y cuando terminó, no volvió a tocar. Estuvo internada. No sé muy bien dónde, creo que en Auschwitz. Cuando nos daba clase, a veces hacía alguna demostración, y recuerdo que tocaba de maravilla. A los veinte años, tuvo una hija de su primer marido. La hija vive en Cleveland. También se dedica a la música, es cantante. Dora Zackheim ha tenido tres maridos. Los ha sobrevivido a todos», dijo Theo riendo. Luego se puso serio de nuevo y señaló, entre paréntesis, que, según creía, el primer marido, el padre de la niña, había muerto en el Holocausto; retomó la sonrisa para hablar del tercero: «Arrastró a Israel al último de sus maridos. Me acuerdo de él. Tenía bigote y usaba sombrero, siempre con un pie en la calle. Se libró de él enseguida. Y nunca quiso mudarse. Durante la guerra apenas se permitía soñar con tener un metro cuadrado propio donde vivir. Por eso se conformaba con lo que tenía, o, como ella dice, las cosas son un milagro tal como están. Es imposible tacharla de esnobismo cuando se ve cómo vive. Como si en el mundo no existiera

nada aparte de la música, sus alumnos, y tal vez un puñado de libros. Gabi también trató de convencerla de que se mudara, pero como si nada».

Michael se tomó un descanso al llegar a la puerta del piso, tras haber subido sesenta y cuatro peldaños estrechos y empinados, hasta la cuarta planta. Se maravilló de que una mujer tan mayor realizara aquella ascensión todos los días. Del otro lado de la puerta llegaba el sonido de un violín. Era la zarabanda de la Partita n.º 2 de Bach, la primera obra musical que había aprendido a amar por sí mismo, sin que nadie se la enseñara, un descubrimiento propio. Lo que hacía que le gustara aún más. La música se oía nítida, en toda su exquisita belleza. Michael esperó a que el intérprete hiciera un alto para llamar a la puerta. Un par de veces, al creer que la música había cesado, levantó el dedo en dirección al timbre, pero ambas veces lo dejó suspendido en el aire porque la música se reanudó de inmediato.

Al fin se atrevió a pulsar el timbre. La música no se interrumpió, pero unas pisadas rápidas se aproximaron a la puerta y ésta se abrió. Vio ante él a una mujer menuda. Tenía el cabello de un castaño deslustrado, como si se hubiera volcado encima un frasco de tinte. Sus ojos, claros y azules en un rostro casi sin arrugas, relucían de expectación y vitalidad, como si cualquier puerta abierta pudiera dar paso a una gran aventura. La primera reacción de Michael ante el inesperado aspecto juvenil de aquella mujer, a la que de no haber sabido su edad no habría echado más de sesenta años, fue de perplejidad. Se presentó en un susurro, mientras el violín continuaba sonando, y ella movió vigorosamente la cabeza arriba y abajo y le tendió una mano nudosa. Michael comprendió que el temor que Dora Zackheim inspiraba a Theo lo había llevado a imaginarla como una mujer muy alta, de semblante arrugado y labios fruncidos. Nunca habría pensado que fuera tan menuda, tan llena de gracia y vitalidad, y que incluso irradiara alegría. Hasta ese momento no reparó en el fino puro que sujetaba entre los dedos de la mano izquierda, y a punto estuvo de sonreír al recordar que el viejo profesor Hildesheimer insistía muy serio en llamar cigarrillos a esos puritos. Dora Zackheim señaló que llegaba muy tarde, y que era mejor así, añadió con marcado acento húngaro, porque aún no había terminado la clase. Exhaló una nube de humo blanco azulada y dio media vuelta para conducirlo al interior de la casa. Al ver una pequeña protuberancia entre sus omóplatos y las flacas piernas enfundadas en medias ortopédicas asomando bajo la falda del vestido marrón de rayas, Michael se convenció de que Dora Zackheim tenía ochenta y seis años.

Una mampara metálica de color negro separaba el pequeño vestíbulo de la sala donde un adolescente espigado estaba en pie ante un atril, de espaldas a ellos. El chico no dejó de tocar. Dora Zackheim no dijo nada, se limitó a menear la cabeza y a chasquear la lengua con disgusto mientras se aproximaba al violinista y le señalaba a Michael una silla situada junto a la mesa del vestíbulo. Podría hacer las

veces de mesa de comedor, pero en aquel momento estaba cubierta con un tapete amarillo bordado con flores azules. Encima había una máquina de escribir muy vieja y un florero de cristal veneciano con tres gladiolos rojos. De pronto aquel lugar le recordó a Michael una casa de su pequeña ciudad natal donde vivía una familia de inmigrantes polacos recién llegados, cuyo único hijo, un chaval de su edad llamado Adán, le había sido encomendado en «adopción», lo que quería decir que debía ayudarle a hacer los deberes hasta que se familiarizara con la nueva lengua. El padre era bajo y delgado, de mirada movediza y melindrosa, y la madre, alta y aristocrática. Adán no tardó en ponerse al nivel de sus compañeros y, ya sin requerir la ayuda de Michael, se convirtió en el primero de la clase. En casa de aquella familia también había una mesa cubierta con un tapete bordado y un jarrón con flores rojas encima.

—La mano izquierda no está suficientemente suelta, ni tiene bastante fuerza. Está rígida —oyó decir a Dora Zackheim con una voz rebotante de severa censura. Y luego, casi en un grito—: ¡Ya basta! ¡Ya basta! ¡Para! —el chico se retiró el violín del hombro y se volvió hacia su profesora—. ¡Es una zarabanda! —exclamó ella con disgusto—. ¿Qué hay del tempo? ¡Andante y vivo a la vez! ¡Desde el principio!

El chaval comenzó a tocar de nuevo y ella lo interrumpió con unas palmadas.

—A la mano izquierda le sigue faltando flexibilidad —le regañó—. Los dedos no tienen suficiente fuerza —agarró el brazo del chico y lo sacudió hasta que la mano se balanceó libremente—. ¡Ni siquiera así! —se quejó—. Esta mano está envarada. Y no has trabajado suficiente con el índice. Probablemente, hoy no has practicado bastantes escalas —el chico musitó algo—. No somos esclavos del reloj —dijo mirándolo enfadada—. Una hora no significa nada. La mano está rígida y a los dedos les falta fuerza. ¡No dominas el instrumento! ¡Ni que fuera un trozo de madera! ¡Y menudo tono! —aplastó la colilla de su puro en un gran cenicero de cristal y pegó una palmada—. ¿Qué tono es ése? ¡Terrible! Nada que ver con como debería ser —dijo disgustada. Miró al chico, quien aguantaba el chaparrón como si estuviera acostumbrado, y luego miró a Michael, que se apresuró a desviar la mirada; luego dijo en un susurro dramático—: La semana pasada, en un acto de homenaje al compositor Paul Ben Haim, mi alumno Shmulik interpretó esta zarabanda muchísimo mejor —el muchacho la miró sin despegar los labios—. Sí, ya lo sé —prosiguió ablandándose—, tampoco es que él sea Jascha Heifetz, pero lo hizo mucho mejor de lo que lo estás haciendo tú hoy —el chico bajó la cabeza como para esquivar un golpe. Al fin, la profesora se quedó en silencio, volvió a refunfuñar para sí, y luego posó la mano en el brazo de su alumno y dijo quedamente—: No me gusta verte así. Estás triste. ¿Tienes problemas en el colegio? ¿Tomas bastante el aire? Ya llevas así algún tiempo —el chico permaneció en silencio y se encogió de hombros. Dora se acercó una cajita metálica amarilla, extrajo de ella un purito, lo encendió con un gran mechero de plata, ladeó la cabeza y miró al chico. Él seguía

sin decir nada. Dora le retiró delicadamente el violín de las manos. Y el chico se volvió a mirar a Michael. En sus ojos azules, casi transparentes, ardía una franca curiosidad; sus cejas, espesas y oscuras, se enlazaban sobre la nariz y hacían resaltar la palidez de su rostro, con pelusa en las mejillas—. Basta por hoy. Te espera un largo viaje. Muy largo —dijo la profesora preocupada. El chico guardó el violín en el estuche—. Zichron Yaakov, ¿queda a una hora o a dos? —le preguntó ella a Michael mientras el chico se encaminaba a la puerta.

Por un instante, Michael meditó si estaba dispuesto a prescindir de la hora de soledad que tanto le apetecía, pero al ver la sonrisa amistosa del chico no pudo menos de anunciar que él iría después al Beit-Daniel, y que si el muchacho podía esperar hasta que terminase de hablar con la señora Zackheim, lo llevaría en coche.

—¡Qué buena suerte, Yuval! —exclamó Dora Zackheim encantada, acentuando erróneamente la primera sílaba del nombre—. Se lo agradecemos mucho. Trabaja demasiado, sin descanso —le dijo a Michael como si Yuval no estuviera presente—. Y en estos tiempos los autobuses son peligrosos —reflexionó en voz alta—. Nunca se sabe lo que puede pasar. Corren tiempos muy difíciles —continuó, meneando la cabeza—. Y hemos empezado a las siete de la mañana —dio una larga calada al puro, tosió y añadió en tono confidencial—: Por lo general me veo obligada a decir que no se esfuerzan demasiado. ¿Pero él? ¡Demasiado! —cabeceó de nuevo—. Demasiado trabajo y demasiada poca vida. Los chicos de su edad tienen que disfrutar de la vida. ¿Cuándo volverán a tener dieciséis años?

Como si no hubiera oído nada, Yuval echó un vistazo al anaquel inferior de una gran estantería de madera que cubría la pared y sacó una revista.

—¡Es el Musical America donde viene un artículo sobre usted! —dijo emocionado a la vez que buscaba la página donde aparecían fotografías de Dora—. Shmulik me lo había dicho. ¿Lo puedo leer ahora, Dora?

Ella hizo un ademán desdeñoso.

—Paparruchas, un montón de paparruchas —masculló—. Se han caído algunos libros —añadió, y Yuval se agachó a recoger tres libros de bolsillo.

—Es muy amable de su parte que se ofrezca a llevarlo, viene desde Haifa —explicó Dora Zackheim—. Y ya es la tercera vez que viene esta semana. Cada clase nos ocupa mucho tiempo. Salió de casa a las cinco de la mañana —Yuval se ruborizó.

—Pero tengo que hablar con usted en privado —dijo Michael, y miró la gran puerta corredera que dividía en dos la sala. Estaba entreabierta y dejaba ver una cama que ocupaba casi todo el espacio de la otra mitad.

—Podemos cerrar la puerta —repuso ella jovialmente—. No hay ningún problema. No se oirá nada —añadió, y luego declaró muy animada—: Pero antes vamos a tomar un zumo o un café.

Yuval se sentó junto a Michael y empezó a leer la revista mientras jugueteaba con el borde del tapete que cubría la mesa. Dora Zackheim entró en la cocina y Michael

la vio maniobrar con gran decisión en el pequeño espacio rectangular, verter líquidos y removerlos con estrépito. Yuval levantó la cabeza y a Michael le pareció que hacía grandes esfuerzos para reprimir una carcajada. Sus ojos titilaban.

—No sabía si hoy me había merecido el chocolate —comentó jocosamente cuando la profesora apareció cargada con una bandeja de madera sobre la que reposaban unos vasos encajados en soportes de plata—, como he tocado tan mal; y resulta que hasta voy a tomar galletas.

Ellaladeó la cabeza y le dirigió una mirada crítica, aunque también afectuosa.

—Me alegro de verte contento al fin —dijo—, porque ayer y hoy me has tenido preocupada con ese humor tan mustio.

Una vez acabado el tentempié, Dora Zackheim le hizo un gesto a Michael, quien la siguió a la otra mitad de la habitación. Ella forcejeó en vano con la puerta corredera, que por lo visto no solía cerrar.

—Permítame —dijo Michael.

Dora Zackheim se apartó y le dio las gracias con un gesto. Luego abrió una ventanita que daba a una calle estrecha e indicó a Michael que se sentara en la única silla de la habitación. Ella tomó asiento en la cama y puso las piernas vendadas sobre un taburete. Su expresión se había tornado seria. En sus ojos azules había una mirada intensa.

—Estoy muy apenada por lo de Gabi —dijo sin ningún preámbulo—. Qué tragedia tan horrible, horrible.

Michael pretendía dejarla explayarse, pero ella no dijo nada más y se quedó mirándolo expectante, esforzándose en levantar los arrugados párpados de cortas pestañas. Michael había dado por hecho que le inspiraría desconfianza, miedo tal vez, y le sorprendió que no hiciera los habituales comentarios sobre la policía. Pensó satisfecho que su ofrecimiento de llevar a Yuval a Beit-Daniel le había valido para ganarse la estima de la anciana profesora de violín.

—He venido para que hablemos de él —dijo Michael titubeante—. Me gustaría que me hablara de él, y también de Theo.

—¿Theo? —exclamó ella sorprendida—. Vaya, vaya, Theo. Theo es totalmente diferente. Totalmente —le aseguró—. Un gran talento —añadió.

—¿Quién? —preguntó Michael.

Por un instante se la vio confusa.

—Gabi —repuso, y añadió de inmediato—: Y Theo también. Pero Theo es diferente.

—¿En qué sentido?

—Gabi estudió conmigo de los siete a los dieciocho años. Luego fue a Juilliard, en Nueva York. Theo dejó de estudiar conmigo a los catorce o quince años y, ¡presto!, se fue directamente a Nueva York.

—¿Y se ha mantenido en contacto con él todos estos años?

—¿Con Gabi? Claro, en todo momento. Una relación muy estrecha. Siempre me escribía, me llamaba, venía a verme cuando estaba en Israel. Sigo en contacto con muchos de mis alumnos, pero Gabi se tomaba un interés especial.

—¿Y Theo?

—Theo es completamente diferente —insistió Dora Zackheim—. Un gran talento, pero no para el violín. No tenía suficiente paciencia. Había que obligarlo a trabajar. A diferencia de Gabi, que trabajaba demasiado. Usted conoce a Theo, ¿verdad?

Michael asintió con un gesto.

—¿Es imposible ser a la vez un gran violinista y director de orquesta? —preguntó.

—Es muy posible —repuso ella, sorprendida por la pregunta—. O pianista. Barenboim, por ejemplo, ha alcanzado un gran virtuosismo al piano y también es un magnífico director. Es posible, desde luego —dijo de mala gana—. A veces. Hay otros ejemplos.

—Pero el caso de Theo ¿es distinto?

—¿Y usted? Es usted policía, ¿no? —de pronto sus ojos y su frente se nublaron—. ¡Terrible! ¡Terrible! Tanto trabajo y tanto talento. Y de pronto... ¡adiós!

—¿Le gustaba mucho Gabi?

—¡Gustar! —exclamó con desdén—. ¿Gustar? Lo quería mucho. Para mí —dijo mirando por la ventana—, mis alumnos son como hijos. Tantas horas juntos, durante años y años. ¡Ay! —exclamó desgarradamente—. ¿Qué puedo decir?

Michael le pidió que le hablara de la personalidad de Gabriel.

Ella hizo un par de intentos de arrancar y al fin dijo:

—Es imposible describir a un ser humano. Y aún más imposible cuando se le conoce. Gabi empezó a estudiar conmigo a los siete años. Ya era muy meticuloso, un perfeccionista, pero tenía muchísimo talento. Y era tan serio. E ingenuo. Lleno de ideales. Era muy especial. Discreto pero especial.

—¿Ya le interesaba la música antigua de joven?

—¿A Gabi?

Michael asintió con la cabeza.

—Sí —repuso Dora Zackheim vacilante—. No tanto como en estos últimos años, pero sí, se podría decir que sí. La música barroca era su preferida incluso de niño.

—¿Y Theo? —por un momento, Michael pensó que volvería a repetir que Theo era totalmente diferente. Pero ella se quedó callada y frunció los labios; de pronto en su barbilla se marcaron unas arrugas en las que Michael no había reparado antes. Tras un instante de reflexión, dijo:

—Pensar en Theo y en Gabi me lleva a pensar en Thomas Mann, por lo distintos que son.

Michael callaba. Le daba la impresión de que Dora Zackheim alcanzaba a oír la grabadora, en marcha dentro de su bolsillo. Pero Dora estaba ensimismada.

—Gabriel estaba más interesado en el aspecto interno de las cosas. Él, y no Theo,

era una especie de Adrian Leverkühn.

–¿Quién? –susurró Michael.

–De la novela de Mann Doktor Faustus. ¿No la ha leído?

–Lo intenté, hace mucho tiempo –reconoció Michael.

–Es un libro difícil para quien no tiene grandes conocimientos musicales –le disculpó ella–. ¿Entiende usted de música?

–No entiendo nada –repuso Michael–. Pero me encanta.

–Eso es lo principal –le aseguró ella–. Pero no para un artista, para un músico –se apresuró a añadir–. A él no le basta con el sentimiento. A veces puede convertirse en un obstáculo. Un artista tiene que ser bastante frío. Casi tiene que ser un monstruo –dijo sonriente–. Cuando toca, debe mandarlo todo al infierno, incluso el amor. Debe tocar con sentimiento sin sentirlo. ¿Lo comprende? Necesita... ¿cómo podría expresarlo?... distancia, la distancia correcta –dijo al fin, y se relajó después de haber dado con la expresión correcta–. Pero para la vida necesita... –abrió los brazos, ladeó la cabeza y escudriñó a Michael–. ¿Ha estudiado en la universidad?

Michael asintió.

–Historia y derecho. Pero aún no me he licenciado.

–¿Qué tipo de historia? ¿Historia del arte?

–No, historia medieval fundamentalmente –repuso Michael nervioso, y su malestar se acrecentó al ver que ella subía y bajaba la cabeza cortésmente.

–¿Está relacionado eso con su trabajo en la policía? –era una pregunta cortés, pero también contenía un deje de sorpresa.

–Eso lo estudié antes... antes de saber que iba a ingresar en la policía –trató de explicar con pocas palabras. Le resultaba difícil calibrar hasta qué punto podría Dora Zackheim seguir interesada en él al saber que no era músico ni un entendido en música. Ojalá pudiera contarle la historia de su vida, hablarle de la combinación de circunstancias que lo abocaron a convertirse en policía en lugar de proseguir con sus investigaciones históricas, ojalá pudiera hacerla comprender que no era un policía cualquiera, que él también anhelaba las cosas del espíritu. El disgusto de no ser apreciado en su valía le hacía sentirse infantil. ¿Cómo vencer la barrera erigida por una persona incapaz de comprender el sentido de una vida ajena a la música, y que, por tanto, lo encontraría a él totalmente anodino? Si Dora Zackheim supiera de su relación con Nita, si supiera cómo lo conmovía escucharla cuando tocaba, tal vez lo valoraría más. Puede que incluso llegara a apreciarlo. Así sería capaz de llegar a ella. Aquella mujer le inspiraba un gran respeto y un hondo deseo de que también ella lo respetara un poco. Al mismo tiempo, ese deseo lo avergonzaba. Reprimió la necesidad de dar explicaciones y se quedó en silencio.

–¿De qué hablábamos? ¡Esta vieja cabeza mía! –dijo ella, dándose golpecitos en la frente–. Ah, sí, del doctor Fausto. En esa novela hay un compositor que se vende

al diablo. Gabriel no se vendió, pero se sentía como si hubiera vendido su alma. No componía, pero aspiraba a la pureza, sí, a la pureza... hubiera dado lo que fuera por ella. Siendo todavía un niño, le pregunté: «¿Qué tiene de impuro Mendelsshon?». Ni siquiera Mendelssohn le gustaba –sonrió con tristeza y se palmoteó los muslos.

Michael titubeó antes de hacerle la siguiente pregunta, pero al mirarla a los ojos supo que no había nada que temer.

–¿Sabía usted que era homosexual?

Dora Zackheim ni siquiera pestañeó.

–Eso me parecía. De los doce a los dieciocho años aún es demasiado pronto para saberlo con seguridad. Ni siquiera el propio interesado lo sabe a veces a esa edad. Pero siempre me pareció que podía serlo. Luego se casó y creí que me había equivocado. Pero a medida que pasaban los años, cuando venía a verme, me daba cuenta de que no me había equivocado. Y también me han llegado rumores.

–¿Pero nunca hablaron de eso?

–Nunca –replicó; meneó la cabeza y se mordió el labio como una jovencita.

–¿Siempre venía a verla solo?

–Siempre solo.

–¿Y vino a verla hace unas semanas?

–¿Ya han pasado varias semanas? –dijo sorprendida–. No lo recuerdo con exactitud. Hacía mucho calor. Creo que vino en agosto. A principios de agosto. Sí, ya ha pasado mes y medio desde que estuvo aquí.

–¿Tuvo algo de especial esa visita?

Dora Zackheim pareció esforzarse en recordar.

–No, su padre seguía vivo. Gabi estaba muy emocionado, muy contento. Iba a darme una sorpresa, según me dijo, pero de momento la quería guardar en secreto. Prometió contármelo pasados un par de meses.

–¿Y no insinuó nada? ¿No dijo nada fuera de lo común?

La profesora meditó un momento y luego murmuró:

–Estaba contento, pero además se le notaba, ¿cómo diría yo?, una gran tensión.

–¿Nada más?

–Bueno –parecía que se le iba agotando la paciencia–, sólo estuvo aquí una hora. Me trajo regalos de Europa. Siempre me traía algún detalle. Bombones, queso de Holanda, que era donde había estado, un bonito pañuelo. Yo todavía sigo poniendo los viejos vinilos –dijo con sonrisa infantil–. Aunque le había dicho que me despediría de este mundo sin modernizarme, me regaló un reproductor de compactos y algunos CD de Heifetz. No siempre le gustaban las interpretaciones de Heifetz, pero a mí sí me gustan. A veces me traía grabaciones suyas. La Misa en si menor de Bach, que dirigió hace tres o cuatro años en Jerusalén. No me gustó su manera de dirigirla, pero era interesante.

—¿Le dio la impresión de que había venido a pedirle consejo? ¿De que estaba pasando por una crisis?

Dora Zackheim titubeó.

—Siempre me pedía consejo. Antes de un concierto importante, cuando estaba trabajando en algo nuevo. Hablábamos durante horas y horas, hablábamos y reflexionábamos. Gabriel era muy inteligente, un auténtico músico. Hablaba mucho sobre la interpretación. Por ejemplo, sobre la manera de reconstruir la música barroca. Y no siempre estábamos de acuerdo.

—Usted lo ha conocido desde que era niño —la presionó Michael—. ¿No hubo nada especial, fuera de lo común, en su última visita?

—Bueno —repuso ella con manifiesta inquietud, y a sus ojos afloró una gran tristeza—. No sabíamos que era su última visita, es evidente. Ni tampoco sabíamos que él se iría antes que yo. Y de esa manera.

Michael guardó silencio.

Una vez más, se vio tensión en el rostro de la profesora.

—No estoy segura de si lo que voy a decir es así o ahora me lo parece por el deseo de colaborar —se disculpó—. Pero quizá... recuerdo que hablamos de Vivaldi. En estos últimos años, Gabi siempre hablaba de Vivaldi. Pero esta vez habló más de lo habitual. Y se le veía especialmente... sí, feliz.

—¿Qué comentaron sobre Vivaldi?

—Me preguntó —sonrió de nuevo— si creía que Vivaldi podía haber compuesto un réquiem —se echó a reír, fue una carcajada breve, contenida, sin alegría—. Tiene gracia.

—¿Qué es lo que tiene gracia? —preguntó Michael.

—¡Que pueda existir un réquiem de Vivaldi! ¡Es imposible! ¡Es absurdo! ¿Conoce la música de Vivaldi?

—Todo el mundo la conoce. Las cuatro estaciones, muchos conciertos suyos que se oyen a todas horas. Pero no sé...

—Vivaldi no compuso música fúnebre. Su música tal vez sea la más alegre del mundo, de toda la historia. Vivaldi no compuso ningún réquiem. Sería una paradoja que lo hubiera compuesto. ¿Comprende?

—Al preguntarle eso, ¿querría decir Gabi que Vivaldi había compuesto un réquiem que luego se perdió? ¿Como tantas tragedias griegas?

—Es del dominio público —repuso ella desdeñosa— que muchas de sus composiciones se han perdido.

—¿Y se han recuperado algunas? —preguntó Michael, poniéndose alerta.

—Se descubren cosas continuamente. Piezas de Vivaldi también. Unas cuantas, pero no se ha encontrado ninguna en los últimos tiempos.

—¿Así que le preguntó si usted creía que Vivaldi había compuesto un réquiem?

—Sí —dijo Dora Zackheim con un suspiro—. Y yo me eché a reír. Le dije: «Lo creo

tanto como creo que Brahms compuso una ópera». Hay las mismas probabilidades.

Michael supo que pidiendo una explicación de esa analogía se ganaría el absoluto desdén de la profesora de música. En lugar de pedírsela, le preguntó si estaba dispuesta a escuchar un pasaje de una composición musical para identificarla. Como precaución para que nadie oyera lo que no debía, en el coche había localizado el lugar exacto de la cinta donde Herzl tarareaba aquel retazo de música durante su conversación con Theo.

Dora Zackheim pidió que se lo pusiera una y otra vez. Frunció el ceño.

–Es difícil saber qué es –dijo al fin, y se quedó en silencio.

–¿Podría ser una pieza barroca?

Ella se encogió de hombros.

–¿Podría ser Vivaldi?

Dora Zackheim titubeó.

–No sabría decirlo. Nunca lo había oído. Y es muy breve.

–Pero ¿podría ser Vivaldi?

–Podría ser –reflexionó ella en voz alta–, pero ¿por qué le interesa tanto? Es un pasaje muy breve, y sin conocer los acordes, la armonía, es difícil identificarlo. También podría ser algo de Scarlatti o de Corelli. Podría pertenecer incluso a una obra clásica o romántica. Podría ser cualquier cosa, quizá no sea más que una cancioncilla.

–¿Cómo interpreta la pregunta de Gabi sobre Vivaldi?

La profesora frunció la boca, confusa.

–No la comprendo –confesó.

–¿Y no hay ningún réquiem de Vivaldi?

–Ninguno –aseguró.

–¿Y si se hubiera descubierto hace poco? –aventuró Michael.

–Lo sabríamos –repuso Dora Zackheim secamente–. Un descubrimiento de esa relevancia no pasa desapercibido.

Michael tenía la impresión de haber llegado a un punto muerto.

–Según tengo entendido, entre Theo y Gabriel hubo problemas de celos desde que eran pequeños.

–¡Y que lo diga!

–¿Estaba Theo celoso de Gabriel?

La profesora vaciló.

–Y viceversa –dijo al fin–. Cuando eran pequeños... dos hermanos, los dos violinistas. Mal asunto. Y también tienen una hermana. Se llama Nita, le pusieron ese nombre por una de las Bentwich, esa familia tan musical. ¿Está al tanto de estas cosas? –echó una ojeada a Michael y él asintió–. Beit-Daniel también era de la familia Bentwich –explicó con satisfacción–. La hermana es una buena chelista.

Estudió en Juilliard, como ellos. Los Van Gelden son otra familia musical –se quedó en silencio, replegada en sí misma.

–Pero, llegado a cierta edad, Theo dejó de estudiar con usted. Antes que Gabriel.

–Creía que yo no lo apreciaba como se merecía –sus ojos se entornaron reflexivamente–. Claro que... no soy una persona fácil –se disculpó.

–Él me ha dicho que fue usted quien sugirió que dieran por finalizadas las clases.

–Ya no lo recuerdo –se excusó de nuevo–. Han pasado más de treinta años. Puede que fuera así. ¿Para qué perder el tiempo en algo que no funciona?

–¿Trabajar con Theo era para usted una pérdida de tiempo?

Dora Zackheim titubeó una vez más.

–Es una manera muy dura de decirlo. Un elemento importante para ser un buen violinista, o cualquier otro instrumentista, pero quizá sea más importante para los violinistas, es la personalidad. Es una cuestión de fortaleza. Y de la manera en que se emplea esa fortaleza. No se trata sólo del talento. Puede que alguien tenga mucho talento y no le sirva de nada. O que lo use de una manera errónea. Conmigo, los alumnos no aprenden a tener éxitos internacionales. Sólo les enseño a trabajar. El éxito internacional carece de interés.

–Señora Zackheim –dijo Michael con delicadeza–, los mejores violinistas del mundo han estudiado con usted. Son figuras de fama mundial.

Ella lo miró enfadada.

–¿De fama mundial? –fue como si escupiera esas palabras; se le entrecortó la respiración–. ¿La fama? ¿El éxito? ¿Qué importancia tienen? –se quedó callada y lo miró iracunda–. ¡Estupideces! –exclamó de pronto; retiró los pies del taburete y agitó los brazos con furia–. ¡Es una mera casualidad! ¡Aprendieron a trabajar! ¡A trabajar! ¡A trabajar cada vez más! Día y noche, en verano y en invierno. Lo demás no tiene sentido. Y si alguien es famoso, ¿qué? ¡Eso no significa nada, nada de nada! –jadeante, recobró la compostura, sonrió y añadió con dulzura–: A decir verdad, el éxito no es malo si no corrompe. Se puede subir a la cabeza. ¿Cómo evitarlo? –la última frase la dijo en un susurro. Desvió la vista y se quedó mirando la pared con gesto melancólico y testarudo.

–¿Y Theo?

–Theo carecía de paciencia. Tenía talento. Mucho talento. Pero quería convertirse instantáneamente en director. Si no podía ser un violinista como Heifetz, sería un director de la talla de Bernstein. Así era Theo. Es un buen crítico musical, además, ¿sabe? Lo he visto en la televisión hablando de la música romántica. Un análisis de primera. Pero a pesar de todo su talento, le fallaba la paciencia, tenía demasiadas ansias de conseguirlo todo. Fama internacional, dinero. Y, según dicen, también mujeres –dijo sonriendo, y sus ojos chispearon traviosos–. Pero no la capacidad de trabajo y la paciencia para tocar el violín –meneó la cabeza y chasqueó la lengua, entrechocando los dientes–. ¿Ha visto a Yuval? –su respiración se aquietó poco a

poco, parecía que se estaba recordando a sí misma dónde estaba. Su pecho subió y bajó como si estuviera haciendo un esfuerzo—. Es disciplinado y paciente. Tiene el potencial para ser un gran artista. Hace falta un gran ego. Un ego gigantesco. Hay personas con apetitos insaciables. Siempre insatisfechas de lo que tienen. Los artistas –prosiguió inclinándose hacia delante– necesitan tener grandes apetitos, aspirar a la perfección y a la disciplina. Pero también es necesario que sean humildes.

–¿Era Gabriel humilde?

–Sí, era humilde –repuso Dora Zackheim–. Dos hijos de los mismos padres y tan diferentes... como la noche y el día. No se sabe si atribuirlo a la genética o a la psicología. Se nace teniendo una personalidad, antes de que actúen las influencias externas. Uno es así y el otro asá. Gabriel estaba muy unido a su padre. Theo era el favorito de su madre. Una buena pianista.

–¿Sabe si había alguien que odiara a Gabriel?

Ella hizo un vehemente gesto negativo.

–Claro que no –dijo con voz ahogada–. Usted no sabe cómo era. Era duro, pero duro consigo mismo. Y había llegado a un punto importante de su carrera con su replanteamiento de la música barroca. Iba a poner en marcha un conjunto israelí de tendencia histórica.

–¿Conocía usted a su compañero?

–No –dijo Dora Zackheim con tristeza–. Algunos alumnos me hablan de su vida, de su familia, de todo. Gabriel era discreto en lo referente a su vida personal. Había mucha confianza entre nosotros, pero nunca hablábamos de esas cosas. Ni siquiera conocí a su mujer. Theo, por su parte, era como un niño. Muy abierto. Theo le da mucha importancia a caer bien a la gente. Tiene una gran libido, como suele decirse.

–Wagner –reflexionó Michael en alta voz.

–Wagner –convino ella–. Creo que Theo tiene la intención de celebrar un festival Bayreuth aquí en Israel. En mi opinión, puede ser un acto de rebeldía contra su padre.

–Su padre ya no está entre nosotros –le recordó Michael.

La profesora de música suspiró y se estremeció.

–¡Qué brutalidad! –dijo–. Da miedo. ¿Todo por un cuadro? Es mejor no tener nada. Mire –extendió los brazos–, a mí no me falta de nada. Pero aquí no hay nada que merezca la pena robar.

–¿Diría usted que la relación de Theo con su padre era difícil?

–No –repuso Dora Zackheim con seguridad–. He conocido a Felix van Gelden durante muchos años. Era un buen padre. Y Theo lo quería, pero no era su favorito. Y, si comprendo bien a Theo –añadió un tanto titubeante–, no es de los que se rinden fácilmente. Había tensiones entre ellos.

–¿Podría haberlo matado?

–¿Quién? –preguntó atónita.

–Theo, a su padre.

–¡Ah! –dijo desdeñosamente–. ¡Claro que no! ¡Es imposible! –volvió a subir los pies al taburete y dirigió una mirada penetrante a Michael.

–Pero ese asunto de Wagner –insistió él.

–Es complicado. Felix van Gelden era partidario de boicotear a Wagner. Yo no estoy de acuerdo, pero mientras haya personas a quienes les molesta, en Israel no se podrá interpretar a Wagner en directo. Pero era un gran compositor –un brillo malicioso asomó a sus ojos mientras proseguía–: En la radio el boicot ya ha terminado. Últimamente ponen a Wagner a todas horas. Pero se hace con discreción. Theo comprende la erótica de la música wagneriana, y para él eso tiene gran importancia desde el punto de vista musical. Según Thomas Mann, el antisemitismo de Wagner es falso, y además su música no tiene nada que ver con eso. Y Theo también piensa así –le temblaron los labios–. La gente olvida al cabo de cincuenta años. Está bien y, a la vez, está mal.

–¿Qué opinaba Gabriel de Wagner?

–¡Ah! –agitó una mano y sonrió–. Gabriel no sentía el menor interés por Wagner. Conocía su música, claro está, pero no le decía nada. Y no sólo por su padre, sino porque él seguía un camino muy distinto, mucho más orientado hacia la música antigua.

–¿Podría explicarme la cuestión de las interpretaciones históricas? ¿Y por qué obsesionaban a Gabriel?

Ella asintió vigorosamente.

–Desde luego, ¿por qué no? –luego recordó algo–. Pero Yuval está esperando. ¿Tenemos tiempo?

–Un poco –repuso Michael, acallando la ansiedad que le venía corroyendo toda la mañana. Si al menos pudiera telefonar para asegurarse de que no le habían hecho nada a Nita. Pero telefonar supondría dejar que se le escapara aquel momento, y Dora Zackheim quizá ya no hablara más después.

La anciana profesora bajó los pies al suelo y recostó el peso de su delgado cuerpo en las manos.

–No es una cuestión sencilla. Le daré una explicación breve, ¿de acuerdo? –y, sin esperar a que le respondiera, se lanzó a hablar.

La fluida conversación de la profesora de música y la necesidad de concentrarse en sus palabras le distraían del gran vacío que lo abrumaba desde que Shorer le había explicado lo sucedido con la nena. Le permitían olvidarse de su preocupación por Nita, de la nostalgia de su voz, de sus movimientos, de su presencia; del deseo de tocar su piel, de abrazarla. Y en todo momento era consciente de que el tiempo de que disponía Dora Zackheim era escaso y valioso.

Su voz de anciana había perdido volumen, llegando casi a ahogarse, y ella continuaba fumando en cadena los puritos que guardaba en la cajita metálica amarilla decorada con el dibujo de una pantera.

—No debe olvidar —dijo la profesora a la vez que estiraba el borde del largo y estrecho vestido marrón sobre sus piernas vendadas— que las interpretaciones históricas son algo muy reciente. El redescubrimiento de la música renacentista y barroca lleva en marcha muchas generaciones. Pero cuando en el siglo pasado se comenzó a tocar de nuevo la música barroca, se interpretaba a la manera romántica de la época —a continuación, Dora Zackheim habló de la recuperación, a comienzos de este siglo, en diversos países, del clavecín, instrumento relegado hacía una centuria en favor del recién inventado piano. Algunos intérpretes, como Wanda Landowska y, más adelante, Ralph Kirkpatrick, habían comenzado a interpretar a Bach, Haendel y Scarlatti con el instrumento para el que habían compuesto sus obras originalmente, y a tocarlas con una fidelidad cada vez mayor a lo que revelaba la investigación no sólo sobre la construcción de los instrumentos, sino también sobre el tempo, la antigua notación musical y el estilo interpretativo de la época. La profesora apagó su purito y observó meditabunda sus piernas vendadas antes de proseguir—: Luego, después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo dejó de ser lo que era. Nada de lo de antes, de las cosas a las que estaba acostumbrada la gente, valía de nada —dijo sumergida en una gris nube de humo y emitiendo una tos profunda y seca—. Ya se sabe, cuando la situación está muy mal, la gente vuelve la vista hacia el pasado lejano. Y, por fin, en los últimos veinte años, se han creado orquestas con instrumentos de época; violines con cuerdas de tripa, trompetas y trompas sin válvulas ni pistones, instrumentos de viento que son réplicas exactas de los antiguos, timbales con la membrana de piel y no de plástico; orquestas que interpretan no sólo a Monteverdi y Rameau, Corelli y Vivaldi, Telemann, Bach y Haendel, sino también a Haydn y Mozart, Beethoven y Schubert. Siempre siguiendo el tempo correcto, con la dinámica auténtica, y con el número de músicos original. Y así en todo —concluyó.

—¿Diría usted que para interpretar la música barroca a la manera original hay que restringir las dimensiones? —preguntó Michael con cierta vergüenza.

—Eso es demasiado simple —repuso Dora Zackheim, didáctica—. Pero se diría que sí. Entonces todo era distinto. Los auditorios más pequeños, los instrumentos muy diferentes. Las trompetas no tuvieron válvulas hasta después de Beethoven.

Michael se palpó el bolsillo de la camisa, con súbito pánico ante la perspectiva de que la grabadora se parase. Sabía que habría de escuchar varias veces la cinta para comprender a fondo lo que le estaban explicando.

—Plasmar la música —continuó Dora Zackheim— presenta muchos problemas.

—¿En qué sentido? —preguntó Michael, todavía palpándose el bolsillo.

—¿Qué pretende indicar Bach, por ejemplo, al anotar un trino? —dijo la profesora

con satisfacción—. Es decir, el signo que representa un sonido determinado. ¿Quería indicar lo mismo que Schubert? ¿Sabe lo que es un trino? —preguntó de pronto.

Desalentado, Michael hizo un gesto negativo. La profesora se puso en pie con pasmosa agilidad, abrió la puerta trabajosamente y llamó a su alumno:

—Ven un momento, Yuval, y trae el violín.

Yuval se detuvo en el umbral, el estuche del violín en la mano, y miró a Dora con expectación y perplejidad.

—Toca unos cuantos compases donde haya un trino, ¿de acuerdo?

Michael no logró identificar lo que tocó Yuval. La profesora lo interrumpió en cuanto terminó de tocar dos notas que se alternaban velozmente.

—Eso es un trino —miró a Yuval como si acabara de recordar su existencia—. ¿Qué estás haciendo? Come algo, si quieres.

—Estoy leyendo, estoy bien —repuso Yuval mientras guardaba el violín—. ¿Van a...? —titubeó—. ¿Van a tardar mucho más? —tenía la vista baja.

—No, no mucho más —lo tranquilizó Michael—. Unos minutos más y nos vamos.

Dora Zackheim volvió a sentarse al borde de la cama.

—Eso era un trino, un adorno. Se puede tocar de muchas maneras; más deprisa o más despacio, empezando por una nota o por la otra, y todas las variaciones que se le ocurran. La notación no lo explica. Además, hay que decidir diversas cosas, por ejemplo, si añadir adornos o no, y, en caso de añadirlos, si a lo largo de toda la pieza o sólo en las repeticiones. La música barroca es un asunto muy delicado. Hay muchas opiniones sobre cómo interpretarla hoy día y sobre cómo sonaba realmente en el pasado. E incluso se debate si hay que tocarla como entonces.

—Gabriel pensaba que sí —concluyó Michael.

Ella asintió vigorosamente.

—Y no sólo la música barroca. El movimiento por la autenticidad musical está trabajando sobre Schumann y Berlioz y Brahms, por ejemplo.

—¿Gabriel también se dedicaba a eso?

—Sí, a veces —dijo Dora Zackheim en tono de censura—. Como todo en la vida, es una cuestión de grado. ¿Cuándo te conviertes en un fanático?

—¿Lo era Gabriel?

—A veces —reconoció la profesora de mala gana—. Y a veces hacía cosas que no me gustaban nada, como la Misa en si menor de Bach con un coro minúsculo. Por otra parte, la grabación de Gabi del concierto de Vivaldi, opus 8, es muy buena, se nota que es Vivaldi y no una especie de Elgar. Tiene el auténtico estilo barroco, y está llena de vida.

—¿Era Vivaldi su compositor preferido?

Dora Zackheim frunció el ceño.

—No se puede hablar así de estas cosas. ¿Le gustaba más Vivaldi que Bach? No. Pero esto es excelente —dijo a la vez que sacaba un disco compacto de un estante y

posaba el dedo sobre la foto de Gabriel van Gelden que lo decoraba-. Es el maravilloso concierto de Vivaldi *La tempesta di mare*, «Tempestad en el mar», y gracias a la interpretación de Gabi, como director y violinista, el lirismo de las melodías de Vivaldi se aprecia muy bien. Y qué inventiva ponía en su música, era un mago de la forma y de la creación de atmósferas –dejó el disco sobre la cama. Sus labios temblaron y se pasó un dedo bajo los ojos para enjugar una lágrima-. Creo –dijo tras unos segundos de silencio– que Gabriel estaba en el buen camino. Si no lo hubieran... si siguiera vivo, se habría convertido en un músico verdaderamente auténtico, sin fanatismo. A veces era, en el fondo de su ser, una maravillosa combinación del artista de finales de este siglo y del artista del XVIII. En él se daba un hermoso diálogo entre las distintas épocas históricas. Tiene que escuchar *La tempesta di mare* –dijo tocando la funda del CD–, porque el veneciano Antonio Vivaldi conoce el mar, y en la obra se refleja su intimidad con él, además de la grandiosidad barroca. Gabi habría impulsado un renacimiento musical en Israel. Gabi todavía tenía mucho que decir –dijo con voz seca, contenida a duras penas.

–¿A qué sorpresa se referiría? ¿De verdad cree que tenía algo que ver con Vivaldi?

–No lo sé. Podrían ser tantas cosas.

–¿Usted también le atribuye tanta importancia a Vivaldi?

–Pues claro –dijo Dora Zackheim, sorprendida-. Toda la música barroca es importante. Pero el clasicismo, Haydn, Mozart, Beethoven, también lo es. Y lo era para Gabi. Es muy difícil saber a qué se refería. Si he de ser sincera –prosiguió con aire conspiratorio–, yo me siento más próxima al periodo romántico. Al siglo XIX, los conciertos de Mendelssohn y Chaikovski, tal como los interpretan Heifetz o Erica Morini. ¿Me comprende?

–¿Nunca le había preparado otras sorpresas?

Dora Zackheim sonrió y bajó la cabeza. Cuando la levantó, tenía un gesto duro en la cara, y su voz sonó fría y queda al decir:

–He vivido tantos años, he visto tantas cosas, que para mí todo es una sorpresa. Cada visita de Gabi era una sorpresa. Todos y cada uno de los buenos conciertos o grabaciones de mis alumnos son una sorpresa. Despertarme por la mañana y respirar es una sorpresa –consultó su reloj, se levantó con esfuerzo y, prácticamente renqueando, se dirigió a la puerta corredera, que Michael se apresuró a abrir.

13

Et homo factus est

–Hace tres años –dijo Yuval cuando ya llegaban a Zichron Yaakov– gané el primer premio en un concurso de violín muy importante. Toqué el concierto de Mendelssohn. Y en la primera clase que tuvimos después del concurso, se lo toqué a Dora. Cuando terminé, me dijo: «Está bien, pero Shlomo Mintz lo ha interpretado mucho mejor que tú». Me eché a reír y ella dijo: «¿De qué te ríes? Tienes que tocarlo tan bien como él». No entendí por qué me tenía que decir que Mintz lo tocaba mejor que yo. Me pareció una bobada. Yo tenía trece años y Mintz llevaba siglos trabajando en el concierto de Mendelssohn.

Miró a Michael en espera de una reacción. Al ver que no reaccionaba, Yuval prosiguió:

–Muchas personas se sienten ofendidas por Dora. Yo nunca me he ofendido. A veces me enfada, pero no me siento insultado. Por ejemplo, una vez que estábamos escuchando a Bach, de pronto me preguntó que quién tocaba mejor, Milstein o yo. Bueno, pues si se me hubiera ocurrido criticar a Milstein, Dora se habría echado las manos a la cabeza y habría dicho: «¿Quién te has creído que eres para criticar a Milstein?». Pero si hubiera dicho que Milstein es maravilloso, me habría gritado: «¿Qué dices? ¡No deberías hablar así! Tienes que pensar que tú eres maravilloso, que eres mejor que Milstein». Cosas así –dijo Yuval a la vez que se volvía hacia Michael y sonreía con inocencia–. Es evidente que no soy capaz de tocar como Milstein y, por otro lado, tampoco me gusta todo lo que él hace. Tengo que darle mil vueltas a lo que voy a decir cuando escucho música con ella. Lo mejor es no preocuparme de lo que quiere que diga. A veces parece que está en la luna –dijo, e inmediatamente se asustó de sus palabras–. No porque sea mayor, no se vaya a creer. Tiene muy bien la cabeza –le aseguró a Michael–. Siempre ha sido así, hace veinte años era igual, me lo han contado los alumnos mayores. Un día te puede decir que has tocado mejor que otro día y al día siguiente te dice lo contrario. A veces da la sensación de que está poniendo a prueba tus nervios.

–A mí me ha dicho que para ser artista hay que tener un ego muy fuerte –murmuró Michael a la vez que introducía el coche en un espacio libre, entre un par de grandes olivos, y apagaba el motor.

–Pues yo debo de tenerlo –dijo Yuval tranquilamente, y sacó las piernas por la puerta–. Nunca ha conseguido que pierda los nervios, y eso que aún no he cumplido los diecisiete. Cuando se queja de mi manera de tocar, practico de la

mañana a la noche, y la siguiente vez siempre toco mejor. Además sé que esto –dijo en pie junto a la puerta abierta del coche– me prepara para enfrentarme a otras dificultades. En la vida de un músico hay muchas tensiones, mucha inseguridad. Me han contado muchas cosas, hasta violinistas muy buenos, y estar con Dora te prepara para eso.

–¿Crees que lo hace conscientemente, a propósito, para prepararte? –preguntó Michael a la vez que se inclinaba y volvía a abrir la puerta para cerciorarse de que había apagado el radiotransmisor.

–No sé si siempre se da cuenta de lo que hace, si forma parte de un plan. A veces puede resultar muy destructivo. Uno de sus alumnos, un violinista famoso, lo pasaba fatal cada vez que tenía que actuar porque al subir al escenario se acordaba de los sermones y los gritos de Dora y perdía la confianza.

–Así que lo pasas mal con ella –dijo Michael mientras caminaban hacia el edificio principal del Beit-Daniel; bajó la vista hacia las agujas de pino que alfombraban la tierra seca y compacta, la alzó hacia las copas de los cipreses. Sus ojos se detuvieron en la conocida furgoneta con el logotipo de la Compañía Eléctrica. Se sintió aliviado al saber que Theo y Nita ya habían llegado. Le parecía que en aquel lugar Nita estaba a salvo. Pero no podría relajarse hasta que la viera con sus propios ojos. Sintió además una punzada de dolor; porque precisamente allí, bajo aquel pino, se podría extender una manta y acostar encima a una nena, de espaldas, de manera que viera el cielo y el árbol; y uno se podría tumbar junto a ella y escuchar sus alegres gorgoritos. Se podría hacer eso, sí, se podría.

–No es para tanto –dijo Yuval–. Sin ella, lo tendría mucho más difícil. Ahora mismo es la persona más importante de mi vida. Si no la tuviera a mi lado... creo... me temo que no seré capaz de tomar ninguna decisión relacionada con la música sin su aprobación. Me sentiré totalmente perdido si muere.

–Dime, Yuval... –Michael disfrutaba pronunciando aquel nombre, el mismo que el de su hijo. Durante el trayecto a Zichron Yaakov, tal vez a causa de la vista del mar desde la cima de la colina que rebasaron camino del Beit-Daniel, había imaginado por un instante que era el otro Yuval a quien tenía a su lado. Ya había pasado una semana desde su última conversación telefónica, breve y frustrante, una sucesión de «¿Cómo estás?» y «¿Va todo bien?». Eran las únicas preguntas que conseguía hacerle, y las había repetido una y otra vez durante los meses que Yuval llevaba vagando por Latinoamérica. Las postales de su hijo eran concisas y prosaicas. Y él no había mencionado a la nena. No podía contarle algo así durante una conversación telefónica cuyo propósito básico era que el hijo informase al padre de que aún existía. («Hola papá, estoy vivo», le había anunciado Yuval en su última llamada. «¿Vivo y bien?», preguntó Michael. «Estupendamente», le aseguró Yuval sin entrar en detalles. Michael hablaba con la niña en brazos. Con la cabeza reclinada entre su cuello y su hombro, ella emitía leves ronquidos en la oreja libre

de Michael. Le habría gustado hablarle de ella a su hijo, pero ya no era necesario.) Yuval, calculó, estaría a punto de salir de México en dirección a Estados Unidos. Pero no tenía ni idea de cuál era su destino concreto—. Dime, Yuval, ¿no crees que ésa es una debilidad suya como profesora? ¿Puedes independizarte si te sientes tan dependiente de ella?

Quedamente, sin vacilar, Yuval dijo:

—Creo que todo irá bien. Sé que cuando la deje para ir a estudiar al extranjero, o cuando comience a dar conciertos por todo el mundo, seré independiente. Al principio me resultará duro. Es la idea que me he formado hablando con sus antiguos alumnos. Con el tiempo, se liberan de ella... No es fácil de explicar... Es como si no hubiera más remedio que aceptarla tal como es, con gritos incluidos.

—Por lo visto, la educación no funciona sin un componente de terror —dijo Michael, y sonrió a la vez que abría la puerta de madera de la angosta entrada y observaba a Yuval, que ascendía los anchos peldaños delante de él, balanceando el estuche del violín.

El vestíbulo estaba desierto. Un gran cuenco lleno de manzanas, platos de papel con corazones de manzana y vasos de plástico con restos de café descansaban sobre un larga mesa de formica.

—Ya ha terminado el descanso —dijo Yuval—. Me he perdido la primera conferencia, pero no importa. Tengo que irme corriendo al otro edificio —explicó, agradeció a Michael que lo hubiera llevado y salió a toda prisa.

Michael se quedó observando por un ventanal cómo Yuval se alejaba por un camino de tierra y desaparecía tras un recodo. Encontró una cabina telefónica junto a los lavabos, situados en un estrecho pasillo que salía del vestíbulo. Mientras revolvía sus bolsillos en busca de monedas, se asomó a una gran sala. Sólo alcanzaba a ver un tramo de pared y una ancha estantería con algunos libros y revistas. De pronto oyó las notas de un piano, a las que se sumaron una voz y luego un chelo.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó Balilty, iracundo, por el teléfono—. ¿Por qué no te has llevado el móvil? ¿Por qué has apagado la radio? ¡No había manera de dar contigo!

—Acabo de llegar al Beit-Daniel. Te estoy llamando desde una cabina —dijo Michael al tiempo que examinaba la fotografía colgada a su lado: dos hombres en pie ante una orquesta. El pie de foto decía que eran Arturo Toscanini y el violinista Bronislaw Hubermann, fundador, en 1936, de la Filarmónica Palestina, como antaño se llamara. Dio un paso atrás para mirarla mejor.

—¿Has hablado ya con Eli? ¡Habla con Eli! Y no les quites la vista de encima. Le he explicado a Eli todo lo que te tiene que decir. Los Van Gelden están con él, y en lugar de... —Balilty tragó saliva—, en lugar de a Dalit he mandado a un tipo nuevo, un jovencito. ¿Lo has visto?

–No, acabo de llegar.

–Te caerá bien –comentó Balilty, soltando una risita–. Tiene un aire parecido al que tenías tú hace unos veinte años. Alto y delgado, con esos ojos especiales, cejas espesas, el tipo de hombre que gusta a las chicas, pero no es... no tiene... es menos... es más normal –declaró al fin–. Es un novatillo directamente salido de su moshav, sin tonterías en la cabeza. Cuentas con gente suficiente para mantenerlos bajo vigilancia constante. No quiero que el maestro se quede solo ni un segundo. Ni que tenga ninguna conversación larga con su hermana.

–¿Hay alguna novedad? –preguntó Michael, y volvió la cabeza en ambas direcciones, creyendo haber oído pisadas. Pero no había nadie, y la música también había cesado. Oyó entonces una voz potente que hablaba en inglés, procedente de una sala cercana.

–Unas cuantas. Eli te pondrá al día. No quiero meterme en explicaciones ahora. Por teléfono no. Pero sí puedo decirte que hemos encontrado a la canadiense. Y niega haber estado con él ese día. Reconoce que estuvo en Israel, en el Hilton o como se llame ahora, pero no con él. Eli te lo explicará mejor.

–¿Así que también mintió sobre eso?

–¿Quién? ¿Dalit?

Michael no dijo nada.

–Sí –respondió Balilty fríamente.

–Tendremos que repasar con lupa todo lo que haya tocado –le advirtió Michael.

–Ya lo estamos haciendo –replicó Balilty sin rechistar–. Hemos verificado lo de la canadiense. Yo mismo hablé con nuestro hombre en Nueva York. Dalit no había cruzado ni una palabra con él. Se lo inventó todo. No quiero más comentarios sobre eso de momento. El tipo de Nueva York, Shatz, te conoce. Dice que os visteis hace unos años. Me va a mandar por fax la transcripción del interrogatorio de la canadiense, y la cinta por correo urgente. La tendremos aquí mañana.

–Es increíble que haya gente que... que pueda pasar algo así... –masculló Michael–. Por lo visto, las personas son una caja de sorpresas inagotable –como Balilty no decía nada, añadió–: Todos cometemos errores.

–Tú lo has dicho –confirmó Balilty indiferente–. Dejémoslo ya. ¿Quieres decirme algo más? ¿Qué tal tu cita en Jolón con la vieja dama?

–Muy interesante –dijo Michael–. Y a la luz de los hechos, de los tuyos y los míos, quiero una orden de registro para las oficinas del auditorio. Los despachos del director administrativo y del director artístico. Y también para el piso de Theo van Gelden. Y para revisar los documentos de la caja fuerte de Felix van Gelden... es decir, para todo. Los documentos de Gabriel también. Quiero examinarlo todo.

–¿También para el piso de Theo? Puede que nos dé permiso sin necesidad de una orden de registro, como la otra vez...

–No, ya no podemos dar nada por sentado –replicó Michael con severidad.

–¿Por lo de la canadiense?

–Y por otros motivos. ¿Qué hay de la otra mujer?

Balilty chasqueó los labios sonoramente.

–Hoy nos estamos andando con muchos misterios –bromeó.

–Es porque estamos hablando por teléfono –se excusó Michael–. Te explicaré todo en cuanto nos veamos. Pero ¿qué hay de la otra mujer? También tenemos que hablar con ella, después de...

–Ya está aquí, esperando fuera –lo interrumpió Balilty–. Puedo cometer algún que otro error, pero todavía me funciona el cerebro, ¿sabes? Que Eli te ponga al día de todo lo demás, porque por teléfono no...

Michael no alcanzó a oír las últimas palabras de Balilty porque reparó en que una joven vestida con chaqueta y pantalón negros lo observaba desde el vestíbulo.

–¿Es usted la persona a la que esperan los dos hombres que han venido con el señor Van Gelden? –le preguntó la joven–. Me han pedido que saliera a recibirlo.

–Volveré a llamarte –dijo Michael por el teléfono, y, sin prestar atención al torrente de instrucciones que Balilty comenzaba a darle, colgó y se volvió hacia la mujer. Le devolvió la sonrisa, rechazó el café que le ofrecía, aceptó un vaso de agua fría y la siguió a una gran sala. Pasó entre una serie de mesas rectangulares dispuestas para el almuerzo, y junto a un piano con la tapa levantada, una butaca floreada y un taburete; tropezó en el borde de una desgastada alfombra persa y echó una ojeada a un par de partituras encuadernadas en negro que reposaban sobre una bandeja de cobre, junto al piano–. Estoy buscando a la señorita Van Gelden –le dijo a la joven.

–Está en la conferencia del señor Van Gelden.

Michael hubo de contenerse para no preguntarle si estaba segura, e incluso se demoró junto a la estantería, manoseó los volúmenes añejos de una edición francesa de Voltarie y luego examinó un panfleto en hebreo sobre los asentamientos de los colonos en la Margen Occidental. Entonces se dio cuenta de que estaba haciendo esperar a la joven. Se disculpó y la siguió a través de una puerta lateral. Recorrieron varios despachos vacíos, en uno de los cuales un enjambre de moscas zumbaba en torno a un tarro abierto de mermelada. Salieron al exterior y echaron a andar por el camino por el que Yuval había desaparecido.

Junto al tronco retorcido y nudoso de un olivo grisáceo, sobre el césped descuidado y amarillento, Eli Bahar descansaba en una silla blanca de plástico, no muy lejos de un somier de hierro que alguien había abandonado en el jardín. A su espalda había un porchecito desde el que descendían unas escaleras, y de aquella dirección procedía la melodía de un piano acompañada por un coro bastante nutrido. La joven de negro sonrió cortésmente y les preguntó si podía dejarlos solos, y luego les comunicó que tenían sitios reservados para comer. Les aconsejó que entraran en la sala de uno en uno, para no molestar.

–Se ha cancelado la clase de canto con acompañamiento de chelo, y en su lugar, los cantantes y el señor Van Gelden trabajarán con acompañamiento de piano. Y, a petición del señor Van Gelden, también se ha suspendido la retransmisión para el canal educativo, simplemente se realizará una grabación sonora –explicó la joven, como si Eli y Michael fueran dos participantes más. No se había mencionado la palabra «policía». Michael se preguntó qué sabría la chica de ellos.

Eli Bahar aguardó a que se fuera y, con un movimiento perezoso, dio la vuelta a una silla que estaba patas arriba sobre el césped agostado y dio unas palmadas en el asiento.

–Me he quedado a esperarte aquí fuera para que pudiéramos hablar. Ahí dentro no se puede, y mientras Theo esté dando clase nadie puede hacerles nada –dijo Eli–. No hay necesidad de asistir a la clase.

Michael tomó asiento y encendió un cigarrillo.

–Es la primera vez que estoy aquí –musitó Eli–. Ni siquiera sabía que existía este lugar. Es precioso, pero mira qué abandonado está.

Michael trató de recordar lo que Nita le había contado de la familia Bentwich y asintió con un gesto.

–Hace unos meses trataron de restaurarlo –explicó Eli–, pero esa chica, la directora, me ha dicho que tuvieron que dejarlo a medias. Los obreros volvieron a poner las ventanas viejas en lugar de otras nuevas y ya ves en qué estado está la pintura y todo lo demás. Es una pena, ¿verdad?

Michael asintió con la cabeza.

Ante él, la luz del sol bañaba un retazo de césped. Una vez más, Michael extendió mentalmente una manta sobre la hierba y puso encima a la nena, boca abajo. ¿Quién la tendría en brazos en esos momentos? ¿Quién estaría aspirando la fragancia de sus mejillas?

–Aquí se organizan conciertos y otras actividades. ¿Habías venido alguna vez?

–Una vez, hace mucho –murmuró Michael, y volvió la cabeza hacia el edificio Beit-Lillian, no muy alejado de donde estaban, y adonde había acudido con Avigail hacía algo más de dos años, una tarde de otoño durante las fiestas de Sukot, pocos meses antes de su ruptura. Aquel día se interpretaba el quinteto La trucha de Schubert. Avigail había permanecido inmóvil, una expresión pétrea en el rostro medio oculto por unas grandes gafas de sol, sin sonreír ni reaccionar de ninguna otra forma ante la música que fluía del auditorio. Se había empeñado en que se quedaran fuera. No era cierto eso de que la tristeza no deja huellas. La alegre obra de Schubert había quedado ligada para siempre en el recuerdo de Michael al abatimiento y el dolor de Avigail, que se negó a quitarse las gafas de sol incluso después del crepúsculo. De su cara sólo se veía su bonita boca fruncida, con los labios secos. Tenía las largas mangas blancas bien abotonadas. De noche, en el

hotel, Avigail lloró. El amor que Michael sentía por ella no bastaba para rescatarla de la aflicción.

–¿Dónde está Nita? –preguntó Michael, saliendo de su ensueño, y Eli se encogió de hombros.

–Dentro, en la sala de conferencias. Al menos su cuerpo está ahí... su espíritu, sólo Dios lo sabe. Su hermano no ha parado de hablar desde Jerusalén hasta Zichron Yaakov y ella no ha dicho ni una palabra. Iba mirando por la ventanilla. Él no ha cerrado la boca. Hablaba y hablaba como si ella le escuchara. Pero a mí me daba la impresión de que Nita no oía nada. Se quedó dormida durante un rato. Yo creo que la tienen dopada. Y el niño... ¿no fue fácil convencerla de que se separase de él! No entiendo por qué... en fin, el hermano se empeñó en que viniera. Le lavó el cerebro con la idea de que ahora tienen que estar siempre juntos. Al menos, hasta que se celebre el entierro. Nita está ahí dentro. La directora me ha dicho que han suspendido su clase magistral. Y están esperando a una gran estrella, un cantante.

–Balilty me ha dicho que ha mandado a un tipo joven en lugar de a Dalit.

–Está dentro también. No lo conozco, pero tiene buena pinta. Es novato, pero al menos no es un psicópata. Se llama Ya'ir. Tzilla ha trabajado con él en el caso Arbeli. Como han reestructurado todo el equipo, nos lo han transferido por recomendación de Tzilla. No tiene mucha experiencia, pero al menos no es un embustero. Apenas habla.

–Por lo visto, el informe sobre la canadiense también era una invención –dijo Michael.

–¿No te parece increíble? –Eli se enderezó y giró la mitad superior del cuerpo hacia Michael–. Lo que te comenté esta mañana, lo dije por decir, no es que lo creyera. Pero cuando llegué a la oficina, Balilty ya estaba hablando con nuestro hombre en Nueva York. ¡Y no había hablado con ella!

–¿Con quién?

–Con Dalit, nuestro hombre en Nueva York. No era cierto que se hubiera puesto en contacto con él. ¿Tú lo comprendes?

–A decir verdad, no. No lo comprendo –dijo Michael pensativo. Escuchó distraídamente los cantos del coro. Otra parte de su ser estaba concentrada en las señales de desintegración de la pared desconchada que tenía enfrente. Sobre la alta hierba dorada se derramaban parches grises y amarillos de luz solar–. Se podría decir que está enferma, pero eso no explica nada. Tampoco es necesario comprender todo lo que ocurre en el mundo –se recordó a sí mismo–. Todo tiene un límite.

–Y luego está el asunto de la llave. Dalit tampoco ha hablado con Izzy Mashiah y la llave en cuestión no existe –prosiguió Eli–. Mashiah no sabe nada de ninguna

llave de la casa de Herzl. Me tiene pasmado, pero al menos esto ha valido para algo.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Balilty. Se le han bajado un poco los humos. Ya no está tan seguro de ser el rey del universo. Y ha sido Shorer, que se quedó cuando tú te fuiste, quien me ha enviado aquí. Cesó a Dalit fulminantemente. Y la espantó diciéndole no sé qué.

—¿Cómo? ¿Lo van a dejar correr como si nada? —se escandalizó Michael.

—No tengo ni idea de lo que piensan hacerle, pero ya no es asunto nuestro —dijo Eli Bahar, y entornó los ojos para protegerse del sol—. La han mandado a ver a Elroi. Lo primero que hacen siempre es mandarlos al psicólogo... Pero seguro que luego se emplean a fondo con ella. Habrá una investigación, un expediente disciplinario, y, en todo caso, Dalit se ha hundido con todo el equipo. Yo pensaba que quizá se había quedado colgada de Theo. Y que quizá por eso... Pero si ése fuera el motivo, no explicaría cómo encontró a Herzl ni todo lo demás. No sólo es que esté loca. En su locura no hay ningún método.

—Sí, sí lo hay. La loca ambición de tener éxito. Y de sabotear lo que se le ponga por delante. Para lograr poder y fama, por un lado, y para destruirse a sí misma y destruirlo todo, por otro. E incluso para sufrir un castigo por ello, ya ves que ni se molestó en borrar sus huellas. ¿Qué ha dicho Theo de la canadiense?

—No me ha dicho nada. Sigue pensando que le sirve de sólida coartada —dijo Eli con satisfacción—. Eso te lo dejo a ti. Pero no hay prisa, vamos a pasar aquí todo el día. No va a salir corriendo. Ya lo arrestaremos mañana.

—Su arresto no está justificado. Todavía no. En primer lugar, hay que ver qué pasa con la otra mujer. En segundo lugar, no tenemos un móvil. No está nada claro; incluso si pensáramos en la herencia, ¿por qué precisamente él y precisamente ahora? Me gusta dejar todos los cabos bien atados antes de practicar un arresto. Si es posible.

Eli Bahar hizo una mueca.

—En eso nunca he estado de acuerdo contigo. Terminas por prolongar demasiado las situaciones. Siempre te lo digo. ¿Qué hay de malo en que lo detengas y luego lo sueltes si nos hemos equivocado?

—Y yo siempre te explico que, llegados a un punto como éste, se puede ganar mucho no deteniendo a un sospechoso. Todavía confía en nosotros y aún no le hemos sonsacado todo lo que queremos —argumentó Michael—. Nos quedan muchos cabos sueltos. Ni siquiera sabemos de dónde procede la cuerda...

—Hay cabos que siempre se quedan sueltos —opinó Eli Bahar filosóficamente—. Y hay pistas que no llevan a ningún lado y sólo sirven para perder el tiempo. Como el cuadro ese detrás del que Balilty lanzó a un montón de expertos. Husmeó en todos los rincones del hampa sin llegar a nada. Y luego va y lo encuentra en un armario de cocina, detrás de un bote de cacao. Y puede que todo el asunto sea una

falsa alarma, ni siquiera eso lo sabemos con seguridad. Pero Balilty pasó no sé cuántas semanas con expertos sacados de aquí y de allá. ¿Has descubierto tú algo nuevo?

–Quizá –dijo Michael, y se detuvo titubeando–. Pero es algo tan etéreo, tan complicado y quizá tan absurdo, que de momento más vale no mencionarlo.

Eli Bahar guardó silencio, expectante. Su mirada siguió el movimiento de la mano de Michael, que apagó el cigarrillo al borde del césped, se levantó y se acercó a la papelería de la entrada del edificio.

–Como quieras –dijo Eli al fin, un tanto enfurruñado–. ¿Cuándo vas a plantarle cara con lo de la canadiense?

–Más tarde –dijo Michael–. Ahora está dando una conferencia, ¿no es así?

–Sí, todavía tiene para una hora, más o menos, y luego viene la comida. A lo mejor ése sería un buen momento... –apuntó esperanzado.

–A lo mejor –convino Michael–. Quiero entrar. ¿Te quedas tú aquí?

–No tengo nada que hacer ahí dentro –dijo Eli sombrío–. Esperaré aquí. He tenido una noche muy agitada –se caló unas gafas de sol–. Despiértame si me duermo.

–Pásame una cinta virgen. La que tengo en la grabadora está casi llena.

Michael abrió la puerta de una sala mucho menor de lo que había imaginado. Justo frente a él, ante unos ventanales que daban a un porche embaldosado, Nita reposaba en una desfondada butaca de raído brocado. Su cuerpo exánime estaba hundido en la butaca y daba la impresión de que sería una tarea ingente que recobrara el movimiento. Su mirada se cruzó con la de Michael. Él sintió un enorme alivio al verla viva. Lo dominó la emoción y un impulso irrefrenable de tocarla, de oír su voz, de estar a su lado. Ella lo miró un instante, con ojos opacos, inexpresivos. En sus profundidades verde azuladas se encendió una chispa de disgusto, luego los ojos se entornaron hasta quedar casi cerrados. Nita tenía la tez muy pálida. No se movió. No le sonrió, y además tensó los labios y giró la cabeza para mirar a su hermano. Unos quince músicos jóvenes, de ambos sexos, ocupaban la sala, todos los ojos atentos y fijos en Theo, quien les dirigía la palabra sentado frente a ellos, con las piernas cruzadas, en el banco de un pequeño piano de cola con la tapa levantada. Cuando Michael cerró la puerta tras de sí y tomó asiento en una silla al fondo de la sala, Theo lo miró, sorprendido, lo saludó con un gesto de la cabeza, y siguió hablando sin alterar el tono relajado de su voz. Un leve rubor pareció teñir sus mejillas. Sus ojos, de un verde oscuro acentuado por las ojeras, chispearon. Entrelazó las manos sin lograr disimular su temblor. Se recostó en el piano. A los pies de los jóvenes había fundas de instrumentos. Yuval estaba cerca de Nita, junto a un joven de tez aceitunada, sentado muy tieso con los brazos

cruzados, que, según dedujo Michael con plena seguridad, era el nuevo miembro del equipo.

–Es imposible definir con precisión todos los aspectos del estilo clásico –dijo Theo con una sonrisita forzada–, es decir, del estilo que maduró con Haydn y Mozart –los rostros jóvenes lo contemplaban con tensa expectación. Un chaval sentado junto al piano echó un vistazo a la gran grabadora que tenía a su lado, en el suelo.

Michael observó los listones de la persiana desvencijada que había junto a la cristalera y los restos de cinta adhesiva, vestigios de la Guerra del Golfo, aún pegados en el cristal.

–Porque, como todo en general –continuó Theo pensativo, mirando por la ventana–, esa definición no puede quedar restringida al campo de la música y, en definitiva, ha de dar cabida al medio social, a la manera en que la gente, rica y pobre, vivía día a día. Tal como es imposible comprender la música rock sin conocer el mundo en que vivimos, tampoco se puede comprender a fondo el estilo clásico sin saber cuál era su contexto.

Michael contempló la cara de Yuval. El chico escuchaba con toda su atención, inclinado hacia delante en la dura silla. Un rayo de sol aislado iluminó la pelusa de su mejilla y luego arrancó un destello a la flauta plateada de una chica que jugueteaba con un mechón de su lisa melena. Nita tenía los ojos cerrados. Michael comprendió que estaba resentida con él, que le estaba haciendo el vacío, que lo veía como a un enemigo.

–El periodo que nos ocupa, como sabéis, se centra aproximadamente en la segunda mitad del siglo XVIII –dijo Theo–, y el clasicismo parece ser el estilo musical más sistemático y contenido que nunca haya existido. A nosotros, desde la perspectiva de nuestro siglo, nos resulta encantador –dijo sardónicamente–. A veces demasiado encantador. Encantador hasta la idiotez –de pronto rompió a silbar el comienzo de *Eine kleine Nachtmusik*; se interrumpió y continuó: A veces nos preguntamos: ¿por qué están tan contentos? –volvió a silbar entonadamente–. En esta música hay una alegría incomprensible, y cuando no es alegre, posee una belleza que puede parecer exagerada, una belleza excesivamente bella. Conozco personas que aborrecen el clasicismo porque les resulta falso por esto que os comento, como un museo de cartón piedra de un mundo caduco.

Yuval sonrió al oír esa expresión y la chica de la flauta se echó a reír a carcajadas y se interrumpió de golpe. Michael había reparado en el tono inocente y un tanto teatral de Theo, que hacía prever que luego desmontaría la argumentación que estaba exponiendo.

–Se considera que el clasicismo surgió tras el periodo barroco, y en estrecha relación con él en tanto en cuanto viene a refutarlo, se desarrolla en oposición a él, realiza la transición de la polifonía y las complejidades del contrapunto al mundo

más sencillo de la homofonía. Y la forma musical básica –Theo hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo, al parecer haciendo un esfuerzo de concentración– que se perfecciona en el periodo clásico es la sonata. Pero todo esto ya lo sabéis, así que mi intención es hablar de un asunto más profundo, del estilo musical en sí mismo –dijo Theo; se quitó las gafas, las dejó sobre el piano y se frotó los ojos–. ¿Qué tipo de metáfora del ser humano, qué estado de ánimo, que sentimientos expresa la música clásica? Ésa es la pregunta fundamental. Los románticos consideraban que la música del periodo clásico era abstracta. Pero al escucharla hoy, lo primero que se nos ocurre, y así lo reconoceremos si somos sinceros, es preguntarnos: ¿es triste o alegre? Sabemos que, entonces igual que ahora, se estimaba que las tonalidades menores expresan tristeza, y eso ya no es una abstracción.

Theo hizo una pausa, como en espera de que sus oyentes ratificaran lo que había dicho. Los jóvenes mostraban expresiones meditabundas y algunos movieron la cabeza en señal de asentimiento. Theo se puso las gafas.

–Ahora bien, hay una manera de descubrir qué sentimientos pretendían expresar los compositores con su música, y esa manera es examinar la música que componían para acompañar un texto. O incluso una palabra aislada. Si revisamos las misas y las misas de réquiem compuestas desde finales de la Edad Media hasta nuestros tiempos, vemos que las mismas palabras latinas se acompañan con músicas muy distintas, y esto, naturalmente, refleja los distintos mundos en que vieron la luz las diversas obras musicales. Todas las misas arrancan con una plegaria, el Kyrie, luego viene el Gloria y a continuación la parte principal, el Credo.

Los jóvenes, inmóviles, guardaban un silencio respetuoso y cargado de suspense.

–El Credo es el núcleo de la confesión de fe de los católicos –explicó Theo–. Comienza con la declaración de que se cree en Dios y también, aunque esto os pueda sonar absurdo, en las otras dos personas de la Trinidad: Jesucristo, hijo de Dios, y el Espíritu Santo, que se encarnó en Jesús a través de la Virgen María. Jesús bajó de los cielos para salvarnos, y fue crucificado y resucitó de entre los muertos. Ascendió al cielo y está sentado a la derecha de Dios. Esto es lo que dice el Credo de las misas compuestas en cualquier siglo.

Un chico pecoso sonrió. Nita apretó las manos y miró fijamente un punto en la lejanía. A Michael le pareció que se esforzaba en eludir su mirada, y, por un instante, creyó que iba a levantarse y a irse. «¿Qué daño te he hecho yo?», le imploraba con los ojos, tratando de abrirse camino hacia ella, pero los ojos de Nita rehuían los suyos. Continuó mirándola. Era consciente de lo que le había hecho. Sabía muy bien que había desaparecido inopinadamente de su casa y que la niña también se había esfumado con la misma brusquedad. Y que no hablaba con ella desde la víspera. Pero sin saber por qué creía, con convencimiento incluso, o quizá quería creer, que ella tenía confianza en él. Suficiente confianza para comprender que a Michael no le había quedado otro remedio, que para seguir adelante con la

investigación se había visto obligado a apartarse de ella. Él había pensado que su separación sería temporal, que tan sólo duraría unos días. Pero después de verla, comprendió que no se había dado tiempo para pensar las cosas a fondo. No había analizado la situación ni las posibles reacciones de Nita. No había tenido en cuenta cómo se tomaría ella su ausencia, prefiriendo aferrarse a la vaga convicción de que comprendería lo que estaba en juego, como si pudiera leerle el pensamiento, como si pudiera comprender por sí sola todo lo que había que comprender.

Ella lo miró de pronto y un apagado rubor se extendió por sus lívidas mejillas. Algo semejante a una sonrisa se pintó en las comisuras de sus labios contra su voluntad. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero a Michael le pareció que a sus ojos asomaba una chispa de comprensión, e incluso tal vez de alivio por verlo allí.

Theo se dirigió al equipo de música, colocado en un estante ante una pared de ladrillos, junto a una chimenea y una pila de leña, sacó un disco compacto del reproductor y lo examinó atentamente.

–Lo que quiero que hagamos ahora –dijo distraído, volviendo a meter el disco en el equipo– es que comparemos la adaptación mozartiana de un pasaje que hemos oído hace unos minutos en el Credo de la Misa en si menor de Bach, las palabras *Et homo factus est*: «Y el hombre fue hecho». Y, en particular, que comparemos la música que cada compositor le pone a la palabra «hombre». Con esa música, cada compositor revela, queriéndolo o no, lo que significa para él ser hombre, y no sólo eso –Theo agitó un brazo con entusiasmo–, al poner música a esa palabra también expresan su concepción de lo que le sucedió a Dios al convertirse en hombre, si ese hecho fue bueno o malo.

Michael advirtió que Yuval tenía la boca entreabierta y la mirada fija en el rostro de Theo.

–La versión musical más interesante es, desde mi punto de vista, la de Mozart. Vamos a escuchar el *Et incarnatus est* de su Misa en do menor, K 427, compuesta a comienzos de la década de 1780, después de que Mozart se trasladara de Salzburgo a Viena y empezase a trabajar por su cuenta –oprimió el botón y la sala se inundó del sonido de flautas, oboes, fagots y de la voz de una soprano.

Michael tuvo la impresión de que todos contenían el aliento. Theo tomó asiento para dar ejemplo de la manera de escuchar, sin que el nuevo fichaje de la policía le quitara la vista de encima, como si le atrajera una fuerza magnética.

–¿Cómo describiríais el tono emocional de este pasaje? –preguntó Theo con curiosidad una vez que hubo detenido la música. Michael escuchó distraído las respuestas, que insistieron, entre otras cosas, en la belleza y el optimismo que transmitía la flauta. Luego se sorprendió escuchando orgulloso y atento cuando Yuval dijo que para él la soprano, sobre todo en esta interpretación, que oía por primera vez, era «la esencia de la pureza». Prosiguió diciendo que eso significaba

que «para Mozart, el hombre es un ser puro y hermoso, una fuente de esperanza, y eso se nota especialmente al comparar su versión musical con la de Bach».

Theo pareció sorprenderse, pero se apresuró a decir:

–No toda la Misa de Mozart es así –hizo un gesto admonitorio con el índice–. También es una obra dura y amarga. Fijaos, por ejemplo, en el inicio. En el *Et incarnatus est* el estilo varía por completo –su voz se alzó dramáticamente y luego descendió casi hasta el susurro cuando añadió–: En la Misa de Bach, ese pasaje y el *Crucifixus* son muy lentos –hizo una pausa, dándoles tiempo para recordar–. Así compuso Bach el pasaje donde Dios se hace hombre.

Michael desvió la mirada del retorcido y anciano olivo cuyas hojas grisáceas tocaban la ventana hacia el estuche azul de un violín que reposaba cerca de los pies de Nita, muy pegados el uno al otro.

–Para Bach, la encarnación es un motivo de tristeza –dijo Yuval en alta voz.

Theo sonrió. Alabó la observación de Yuval y luego comenzó a explicar, retomando el tono de narrador de cuentos:

–Lo que genera ese sentimiento doloroso, y a la vez confirma que ésa es la intención de Bach, es la presencia de un *basso ostinato* a la manera de un lamento. El lamento –continuó con entusiasmo un tanto forzado–, que se cultivó en Italia a lo largo de trescientos años, es una imitación del llanto. Es la manera en que mueren los protagonistas de las óperas, tanto hombres como mujeres, desde el Renacimiento hasta el periodo romántico. Para Bach, la idea de que Dios descienda a la tierra es a priori algo malo. Durante el descendimiento del Espíritu Santo, el lamento se va tornando más y más grave, creando una metáfora sonora de lo que le está acaeciendo a la divinidad, algo muy peligroso en opinión de Bach. Según él, la encarnación es el prelude inmediato de la Crucifixión. *Et homo factus* lleva directamente a la Crucifixión. En su opinión, el hecho de que Dios venga a la tierra es la causa misma de la Crucifixión. El momento en que Dios se convierte en hombre está conectado con la catástrofe, la lamentación, la tragedia. En la misa Nelson de Haydn, el *Et incarnatus*, como recordaréis, se pone en voz de un solista. Se oye la palabra «hombre» –su voz se alzó casi hasta el grito–, pero cada cual es libre de escoger su propia versión del hombre, y Mozart escoge a una soprano, a una mujer.

Theo volvió a hacer una pausa ante los ojos que lo contemplaban con manifiesta admiración; sonrió.

–Un romántico diría que el tipo de virtuosismo que Mozart le pide a su solista es de lo más inapropiado para el texto. Suena como una especie de concierto para varios instrumentos. Pero ved qué concierto florece al pronunciarse las palabras «y el hombre fue hecho» –Theo dijo entonces que iban a escuchar el pasaje de nuevo y, mientras preparaba el equipo, declamó la frase *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est*. Alzó la mano y exhortó a los jóvenes–: Y

ahora escuchad, comenzamos con el ho...mo, que se prolonga en una lenta coloratura, y termina con las palabras factus est. Luego se repiten las palabras del principio. ¿De acuerdo?

Sin esperar a que nadie respondiera, pulsó el botón; volvió a oírse el pasaje y Theo apagó el equipo antes de que concluyera.

—Y luego, después del acorde que acompaña al fa de factus, llega la sorprendente cadencia de la soprano, semejante en sí misma a un concierto, con acompañamiento de tres instrumentos de viento. ¿Comprendéis lo que significa esto?

En la sala se hizo el silencio. Un silencio abochornado porque era evidente que nadie sabía lo que aquello significaba. El joven detective relajó los brazos y los cruzó de nuevo sobre el pecho. Nita tenía los ojos cerrados, el rostro inmóvil. Parecía dormida.

—Desde el momento en que se pronuncia la palabra «hombre» —dijo Theo con manifiesta emoción—, la música adopta una forma ideal, se convierte en una concepción particular de la belleza. En este pasaje hay multitud de ecos, de simetrías; Mozart comprime en él todo lo que sabía. Este pasaje es uno de los ejemplos más depurados de la belleza del clasicismo. Mozart considera que el descendimiento del Espíritu Santo libera al mundo, a diferencia de Bach, para quien ese descendimiento pone en marcha otro proceso. En ambos casos, el hombre es la solución, podríamos decir, del misterio divino.

Nita abrió los ojos. Dirigió a Theo una mirada penetrante y reconcentrada, como si estuviera meditando sobre algo relacionado con él que acababa de recordar. Por lo visto, Theo sintió esa mirada y, queriendo desviar la atención de Nita, alzó la voz y dijo, haciendo hincapié en todas las palabras:

—La concepción de la música como belleza está en este caso contenida en la palabra «hombre», no es una belleza arquitectónica, sino ese tipo de belleza que actúa como símbolo de las actividades de la vida. La sílaba fa representa a la vez la clave en fa mayor del aria y el verbo italiano «hacer». ¿Recordáis en qué otro lugar utiliza Mozart este fa? —sin aguardar a que le respondieran, Theo se precipitó a decir—: Al final del aria del católogo de conquistas de Don Giovanni. ¿Os acordáis de lo que dice Leporello? «Voi sapete quel che fa», es decir: «Sabéis lo que ha hecho». Lo que quiere decir, y disculpad la expresión: «Ha follado». Con esto se completa el significado que Mozart atribuye a fa, significado que introduce en la Misa en do menor desde otra perspectiva: la concepción, el nacimiento, la encarnación. Para Mozart, la transformación de Dios en un ser humano es una incorporación a lo más hermoso que existe. Y para expresarlo así, crea con la voz humana y con los instrumentos una especie de burbuja de lo que él, y no sólo él, considera la concepción perfecta de la belleza. Eso es lo que ha hecho Mozart en Et incarnatus.

La punzada de dolor se reavivió, quizá a causa de las palabras «concepción» y

«nacimiento», pensó Michael mientras se llevaba la mano al pecho y trataba de imaginar dónde estaría la nena en esos momentos, quién le estaría dando el biberón. Una especie de suspiro colectivo, como si todos los presentes hubieran exhalado al unísono, interrumpió el curso de sus pensamientos. Nadie dijo nada, pero la tensión pareció relajarse. Theo había quedado a la espera, mirando en derredor. Su mirada centelleó al cruzarse con la de Michael. Luego volvió la cabeza hacia Nita, que parecía una figura de cera.

¿Cómo podía permanecer inmóvil tan largo tiempo?, se preguntaba Michael. Apenas le había quitado la vista de encima y, salvo por algún que otro parpadeo, podría haber pensado que estaba inconsciente. Nita abrió los ojos de par en par y, al ver lo dilatadas que tenía las pupilas, a Michael ya no le cupo la menor duda de que estaba fuertemente sedada.

«¿Qué daño te he hecho yo?», pensó amargamente. «¿Por qué no comprendes que las cosas tienen que estar así de momento?» Sabía que aquel día no tendría oportunidad de plantearle esas preguntas.

—Ahora quiero ocuparme de otro asunto que quizá os parezca extraño, pero al final veréis que es relevante. Se trata de los movimientos lentos de las composiciones del clasicismo. Hay quienes se sienten tentados de echar un sueñecito durante esos pasajes en que la música se vuelve lenta y pesada; y, por cierto, eso fue lo que le permitió a Haydn componer la sinfonía La sorpresa. En determinados momentos, hay quienes se quedan dormidos. Los compositores clásicos suelen iniciar los andantes y adagios con una melodía maravillosa, luego vienen el segundo y el tercer tema, y después empieza a imponerse una nota salida del fondo que se repite una y otra vez de manera literalmente monótona, una nota que acaba por cansar.

La chica de la flauta soltó una risita.

—Aquí tenemos la Sonata para piano en la menor de Mozart. Vamos a escucharla durante un rato —se volvió para coger un CD.

—¿Quién la interpreta? —preguntó la flautista.

—Murray Perahia —repuso Theo, y oprimió el botón—. El movimiento lento —tras unos minutos, interrumpió la música y dijo—: Detengámonos aquí, donde vuelven a comenzar las notas repetidas, con un adorno.

Guardó el CD en su caja y cogió otro.

—Ahora, el andante de la Sinfonía Haffner de Mozart —dijo, y al cabo de un rato—: Helas aquí, las notas repetidas obsesivamente —y apagó la música—. Hay muchísimos movimientos lentos cuyo episodio central se construye sobre el fondo de una sola nota repetida que actúa a modo de horizonte tonal. Durante mucho tiempo, he tratado en vano de encontrar —confesó Theo— otro estilo musical, de cualquier tradición del mundo, que utilice notas repetidas de esta manera. No he hallado ninguno. Es algo exclusivo del estilo clásico, y también se encuentra a

menudo en los movimientos rápidos –los jóvenes músicos parecían estar haciendo memoria. Alguien se revolvió en su asiento, la chica de la flauta frunció el ceño, Yuval se llevó un dedo a los labios. Todos se preguntaban si Theo tendría razón.

Tras una pausa, Theo prosiguió:

–Cualquiera que toque un instrumento, como es vuestro caso, sabe qué difícil es repetir una y otra vez la misma nota acertadamente. ¿Y qué es este monotonó? ¿Es una línea? ¿Es un horizonte? No está aislado, porque posee ritmo y tempo, pero no llega a ser una melodía, ya que la siguiente nota es siempre igual. Tampoco es una nota pedal, que sería su réplica mecánica. Es un lugar de quietud en el centro mismo de la obra. Si no reparamos en eso –continuó, alzando de nuevo la voz con dramatismo–, nos quedamos dormidos. Pero si lo percibimos, entonces nos encontramos en un punto de existencia mínima, enfrentados a ese monotonó que, en mi opinión... –hizo otra breve pausa– está íntimamente relacionado con el pulso del hombre.

Yuval abrió la boca.

–Sí, estoy convencido de que tiene una relación directa con los latidos del corazón –añadió Theo.

Yuval se enderezó, muy agitado.

–Desde finales del Renacimiento hasta los tiempos del padre de Mozart –explicó Theo–, muchos músicos adaptaban el tempo del andante al pulso humano: setenta y dos pulsaciones por minuto.

Michael tuvo una momentánea sensación de alivio al recordar a Dora Zackheim hablando del tempo barroco. Las frases de Theo le sonaban familiares, aunque le extrañaba oírlas en sus labios. Michael pensó que habría sido más lógico que la conferencia de Theo versara sobre Wagner. Era extraño oírle hablar con tanto respeto y pasión de la música barroca. Ciertamente era que Dora Zackheim había aludido a lo brillante que era Theo como teórico, pero Michael no se lo había tomado muy en serio.

–El pulso define el tempo de esta línea de notas, ¡de este hilo de la vida! Aquellos músicos se atrevieron a construir movimientos enteros con un acompañamiento basado en la repetición –exclamó Theo. Y volvió a tomar asiento en el banco del piano–. En el clasicismo, la música deja de ser abstracta por primera vez. ¡Se convierte en una actividad de la vida misma! Recordad cómo en Don Giovanni, Zerlina se lleva la mano de Masetto al pecho y, en esos momentos, el acompañamiento refleja precisamente el ritmo del corazón. ¡Pensadlo bien! ¿Sabéis que Mozart copió este recurso? Esto no es idea mía –dijo Theo con modestia–. H. C. Robbins Landon descubrió que Mozart lo copió de Haydn, quien, por cierto, compuso óperas maravillosas –de pronto carraspeó con fuerza, como si estuviera ahogándose–. Una de ellas... disculpad –dijo, y tosió durante un buen rato–, Il mondo della luna, contiene numerosos pasajes basados en el pulso, porque uno de

los personajes sufre un infarto al final, acompañado de una serie de escalas. Lo que se refleja no siempre es el corazón en su función literal de bombeo –dijo sonriente–, son latidos que podrían denominarse moléculas del espíritu.

Michael dudó si dar algún crédito a aquella afirmación sobre las moléculas del espíritu, extrañado en general de que Theo pudiera decir aquella clase de cosas si la idea que de él se había formado era correcta. En todo caso, se decía Michael mientras Theo pedía a sus oyentes que volvieran a escuchar la Sonata en la menor de Mozart, las ideas que había expuesto sobre el ser humano...

El curso de los pensamientos de Michael quedó interrumpido cuando Theo dijo, inclinándose sobre el reproductor de compactos:

–La música del clasicismo es la primera que se desarrolla por completo dentro del «espíritu». Y el corazón, el pulso, la actividad básica de la vida, es la voz oculta y constante de esta música, la música que dio a los latidos un papel tan importante como para convertirlos en una voz independiente. Esto sucede en el lugar «divino», y, por ello, algunos se quedan dormidos al escucharlo.

Dejó el disco compacto y se levantó.

–Hay oyentes que se marean porque ese lugar es en esencia místico, representa una suerte de retorno al seno materno, donde de pronto se oye el latido del corazón materno, y de él pende el mundo entero, toda la existencia sonora. Cuando Haydn y Mozart llegan a este ta-ta-ta-ta –Theo pronunció estas sílabas con voz deliberadamente pareja–, a esta aparente monotonía, se encuentran en el núcleo de su estilo, en el centro del mito de la música clásica. A partir de ese momento se hace evidente que la música ya no es una imagen del orden cósmico, como ocurre en Bach, sino un reflejo del espíritu, del ánimo.

Theo oprimió un botón y Nita cerró de nuevo los ojos. Una línea vertical se marcó entre sus cejas. ¿Habría concebido Theo toda aquella teoría o sería algo comúnmente aceptado? Qué suerte tenían aquellos jóvenes de talento, pensó Michael con una punzada de envidia, la gran suerte de que se les ofreciera la oportunidad de conocer a fondo su campo, de que se les sirviera todo en bandeja, mientras que él... Los jóvenes quedaron en silencio cuando la música cesó. Se fueron poniendo en pie con lentitud. Algunos aplaudieron, otros se acercaron a Theo. Michael aguzó el oído, pero sólo alcanzó a oír el nombre de Wagner y algunas palabras dichas por Theo: «Claro que en El holandés errante no...». Al ver que Michael lo miraba, Theo volvió la cabeza hacia otro lado y bajó la voz. El chico que estaba junto a la grabadora la apagó. El joven sentado entre Yuval y Nita permanecía inmóvil con los brazos cruzados. Nita también continuaba en su sitio. Michael se levantó, se acercó a ella, se inclinó y le puso la mano en el brazo. Nita alzó los párpados. Sus pupilas estaban enormemente dilatadas. Los ojos del joven destellaron.

–Se la llevaron ayer –dijo Nita con voz hueca y apagada, como si le costara

hablar—. Y tú también desapareciste.

El detective joven se puso en pie. Michael tuvo la súbita intuición de que al nuevo detective no le habían encargado que vigilara a Theo y a Nita, sino a él, para evitar que estuviera a solas con Nita. Sintió que lo inflamaba la cólera y, a la vez, un cierto bochorno. Rechinó los dientes, furioso contra el joven y contra los procedimientos que le causaban aquella humillación. A punto estaba de exigir que le dijera qué instrucciones había recibido, pero se paralizó al sentir que lo tenía demasiado cerca, escuchando todas sus palabras.

—Ha sido una conferencia asombrosa —le dijo a Nita por decir algo. Nita abrió y cerró la boca—. ¿No es así? ¿No ha sido asombrosa?

Nita se encogió de hombros.

—Para mí no. No ha sido nada nuevo —arrastraba las palabras con fatiga—. Ya lo había oído muchas veces.

—¿Se lo habías oído a Theo? —preguntó Michael, como si así se recordase a sí mismo que eran hermanos—. ¿En casa?

—No sólo a Theo. Son temas de sus discusiones con Gabi —dijo Nita entrecortadamente—. Theo ha pulido sus argumentos en esas discusiones. En algunas cosas estaban de acuerdo. A mí me encantaba escucharles —bisbiseó, y enseguida se llevó la mano a la boca a la vez que miraba al joven detective parado junto a ellos.

Michael la miró fijamente, queriendo transmitirle con los ojos lo que no podía expresar de palabra. Quería decirle que estaba cumpliendo órdenes, que la decisión no había sido suya. Quería pedirle que confiara en él. Quería recordarle los momentos que habían compartido. E incluso hablarle de la nena y de sus esfuerzos por renunciar a ella, ya que, por muy cruel que le resultara, era lo mejor para la nena. También quería hablarle de esos otros momentos en que lo dominaba el convencimiento de que iba a luchar por la niña. Pero el detective no se apartó y por eso Michael se limitó a decir con voz muy queda: «Nita», y le apretó el brazo y la miró a los ojos. Tuvo la impresión de que una tristeza enorme y gris alumbraba aquellos ojos por un instante y de que Nita sabía muy bien cómo se sentía él, compartía esos sentimientos y lo comprendía todo. Entonces se atrevió a dirigirle una mirada interrogante, pidiéndole con los ojos que confirmara sus impresiones. Y ella hizo un gesto de asentimiento. Muy despacio, bajó la cabeza, la levantó y volvió a bajarla.

Los tres policías ocuparon una mesa aparte durante la comida. Fue entonces cuando Eli presentó formalmente a Michael y al sargento Ya'ir. Hablaron poco. Michael estaba de espaldas a una buganvilla roja que trepaba alrededor de la ventana, junto a un retrato de Lillian Bentwich colgado de la pared. En una mesa vecina se habían instalado Theo, Nita y un hombre alto de mejillas arreboladas y

rubio cabello entrecano y ondulado, cuyas gafas de montura de asta destellaban ocultando sus ojos, pero cuyo inglés vacilante, voz profunda y risa estrepitosa se oían perfectamente. Tiempo atrás Michael había visto en la carátula de un viejo disco un retrato de aquel hombre, quien, al llegar al centro musical, había abrazado a Nita mientras le acariciaba el pelo, y había estrechado calurosamente la mano de Theo; Michael lo reconoció, era Johann Schenk.

Intimidados por la presencia de los jóvenes genios que los rodeaban, los policías apenas cruzaban una palabra. El sargento Ya'ir se aplicó a comer con entusiasmo, repitió del repollo hervido y aceptó de buena gana otra porción de pavo curado. Eli tenía aspecto cansado y parecía preocupado por los problemas de lo que él llamaba la división de autoridad en el equipo, sobre los que de tanto en tanto mascullaba algo para el cuello de su camisa; y así Michael quedó en libertad para tratar de escuchar la charla de Theo, Nita y el gran cantante Johann Schenk. La versión de Winterreise que Becky Pomeranz le había enviado veintitrés años atrás, con ocasión del nacimiento de Yuval, no estaba interpretada por Schenk. Pero años después, Michael se había comprado otra versión de esa obra en la que sí era Schenk el intérprete, y la voz cálida, conmovedora y en ocasiones pavorosa del cantante lo había cautivado, sobre todo en la última y desconsolada canción.

Transcurrieron algunos minutos antes de que Michael comprendiera que Johann Schenk hablaba del montaje de Don Giovanni en Salzburgo.

–¡Al commendatore le aplastan la cabeza! –exclamó a voz en grito, y soltó una risotada–. ¡Y doña Elvira! ¡Hay que ver lo que le hace a Elvira! –sus grandes brazos esbozaron una pirueta en el aire para indicar cómo la cantante flotaba sobre la escena atada a un trapezio. Luego Schenk se inclinó sobre su sopa, la apuró y siguió hablando. Michael le oyó mencionar la ciudad de Dresde y a la Stasi, la policía secreta de la República Democrática Alemana, y también algunos nombres. Luego le oyó decir a voz en grito que había exigido ver su ficha policial.

–¿Por qué? –preguntó Theo en voz también muy alta–. ¿Para qué querías verla? ¿No te daba miedo lo que pudiera poner?

Johann Schenk golpeó el borde de la mesa con el tenedor, y, con el rostro encendido, dio una respuesta que resonó claramente en toda la sala, ya que en las demás mesas se hablaba en susurros. No podía seguir viviendo, exclamó, sin saber qué amigos le habían traicionado. Quería enterarse bien de lo que ponía en su ficha de la Stasi, declaró con voz tonante, los ojos fijos en la bandeja del postre donde una gelatina roja relucía en platitos de cristal. Theo se inclinó para susurrarle algo. Johann Schenk miró alarmado hacia la mesa que ocupaban los policías. Nita apartó su plato de postre. Apenas había probado bocado, pensó Michael mientras la veía alargar una mano trémula hacia la jarra de agua, y se preguntó enfadado cómo le había permitido acudir allí en esas condiciones.

–Se lo has permitido porque no podías hacer nada. Ella quería venir y el entierro

no se celebrará hasta pasado mañana –dijo Eli. Entonces Michael comprendió que, sin darse cuenta, había hablado en voz alta. Miró a su alrededor con aprensión. Eli examinaba su rostro atentamente–. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? –preguntó.

–Necesito quedarme a solas con ellos cuando Theo y Nita estén trabajando con el cantante –dijo Michael en un susurro apremiante–. Y tengo que hablar con este Johann Schenk –miró de reojo a Ya’ir, que permanecía en silencio.

–Por mí no hay problema –masculló Eli incómodo–. Pero será mejor que antes se lo consultes a Balilty, porque Shorer nos ha dicho, y sobre todo a él –dijo señalando a Ya’ir con la cabeza–, que siempre estemos con ellos de dos en dos –explicó en tono de disculpa, con creciente incomodidad. Se levantó torpemente, se dirigió al mostrador y regresó a la mesa con una jarra de agua. Tan violento se le veía, el torso girado hacia el piano del rincón para no mirar a Michael, que éste sintió lástima de él y también se quedó en silencio, observando una puerta lateral y el retrato de Lillian Bentwich.

–No te preocupes, ahora mismo lo llamo –dijo al fin. Y se puso en pie–. Yo tampoco quiero que Nita se quede sola ni un segundo.

Michael advirtió la mirada de soslayo que le lanzó Johann Schenk mientras pasaba de largo junto a su mesa, y se preguntó qué le habría contado Theo sobre él. Luego se recordó que para un antiguo ciudadano de la República Democrática Alemana, la proximidad de un policía era suficiente motivo de alarma.

Y por lo visto, ese profundo miedo, del que Johann Schenk no lograba liberarse, fue la causa principal de que perdiera los nervios al comienzo de su clase magistral. Sólo un joven pianista, Theo y Nita se reunieron en un principio con Schenk en el gran salón de actos del Beit-Lillian. Mientras los demás se tomaban un descanso, el pianista iba a ensayar con el gran cantante. Nita tomó asiento al fondo del salón, en el rincón derecho. No habían encendido las luces, y el interior del salón contrastaba con la claridad que relumbraba sobre el césped, al otro lado de las puertas abiertas, donde se habían congregado Michael, Eli Bahar y el sargento Ya’ir. Theo se sentó al piano para pasar las páginas al pianista, un chico más o menos de la edad de Yuval, que comenzó a tocar Winterreise.

Estuvo repitiendo los acordes iniciales un buen rato, pues el gran barítono lo interrumpía continuamente para darle explicaciones. Theo también intervenía, pero desde fuera no se alcanzaban a oír los comentarios, tan sólo un eco de las voces y el sonido del piano; al fin, le dejaron interpretar los acordes sin interrupciones.

Johann Schenk empezó a cantar.

Michael se concentró en escucharle. «Llegué como un extraño,/ y como un extraño partiré», aquellas palabras reverberaron en su interior. «No me es dado planear mi viaje,/ ni el momento escoger,/ yo y sólo yo puedo mostrarme/ el camino en la oscuridad de la noche». Estaban a plena luz del día. El amarillo sol

abrasaba la hierba, pero el salón quedaba envuelto en una espesa penumbra. Theo pasó rápidamente una página.

«Franqueo la puerta.../ “Buenas noches”, escribo en una nota y la cuelgo de ella,/ para que sepas que he pensado en ti», cantó el gran barítono junto al piano, observando al joven pianista. Luego hizo una pausa.

Michael tuvo la sensación de que interpretaba aquella canción sólo para él. Sintió que una mano fría le asía y estrujaba el corazón. Entró en el salón atraído por la oscuridad. Johann Schenk estaba de espaldas y no reparó en su presencia mientras entonaba la estrofa sobre las gélidas lágrimas. Una vez que hubo concluido el lamento de las lágrimas que fluyen del corazón ardiente, y de cantar la frase «todo el hielo del invierno», hizo al fin una pausa, se sacó del bolsillo un pañuelo bien planchado, se enjugó el rostro y dio media vuelta.

Empezó entonces a dar voces y el muchacho, asustado, dejó de tocar. Theo extendió los brazos.

–¡Ni hablar! –gritaba el gran hombre en su inglés con acento alemán–. ¡Ni hablar! –le espetó a Theo. Luego se volvió hacia Nita–. A ellos no les he invitado y no cantaré si están aquí. ¡Es una sesión privada! –exclamó, y descargó un puñetazo en el costado del piano–. Esto no es un concierto, y es inadmisibile que gente de fuera, y encima polizei –aquel término alemán chirrió en medio del peculiar inglés–, estén presentes.

Sofocado, sumido en la consternación, Michael se retiró al rincón del césped donde seguían apostados Eli Bahar y el sargento Ya’ir. Relajó el gesto y serenó su ajetreada respiración. En aquel momento se sentía como si lo persiguiera una maldición. Como si su persona, por el mero hecho de estar allí en el césped, representara la fuerza bruta y la opresión y mancillara la música. Nadie, excepción hecha de Nita, sabía cuánto le gustaba Winterreise. Y para aquel consumado artista, la presencia de un policía a la puerta de la sala era una profanación.

Transcurrió un rato antes de que volviera a oírse la voz del barítono, y más de media hora hasta que Johann Schenk terminase la última canción del ciclo. Entonces se hizo el silencio.

Al aproximarse de nuevo a la puerta, Michael le oyó explicar a Nita, que seguía en el mismo sitio, que no iba a cantar la última canción, Der Leiermann, porque si la cantaba no podría repetirla en el concierto de la noche. Aquella canción, dijo Johann Schenk, dirigiéndose al pianista, jamás debía cantarse más de una vez por semana. Tras ella no podía haber sino silencio.

Y era precisamente esa canción, la más triste de todas, la canción del hombre muerto en vida, la que Michael anhelaba escuchar en aquel momento, en la oscuridad de la sala. Había algo en ella que sintonizaba a la perfección con el estado de ánimo en que se encontraba. Algo relacionado con la fría desesperación y la resignación de la voz triste, casi ahogada, con que el protagonista le pedía al

organillero que lo acompañara. Qué gran vacío sentía Michael en los brazos. Otra persona, pensaba, estaría acariciando la dulce piel de su nena. Pero luego, vencido, reflexionó: «¿Su nena? ¿Por qué suya? ¿Cómo que suya?».

Valerosamente, entró de nuevo en el salón. Vio con asombro que el cantante se apresuraba a descender de la tarima para acercarse a él y pedirle disculpas.

—Un ensayo es algo muy íntimo —explicó Johann Schenk con cierto bochorno—. Y para mí, esta lección al joven pianista es una especie de ensayo. Luego habrá una clase magistral, grabada para la televisión, eso no es problema. ¡Pero esto era distinto! —a continuación, comentó una vez más que nadie le había advertido que habría policías presentes mientras cantaba, aunque tendría que haberlo imaginado, añadió con un suspiro, dado lo que le había ocurrido a Gabriel van Gelden. Hasta esa misma mañana no se había enterado del asunto en detalle—. ¡Qué espantosa tragedia! —estaba más que dispuesto a dedicar unos minutos del descanso a la policía, si es que podía ayudarles en algo. El difunto señor Van Gelden era un hombre de gran talento; se habían visto hacía no mucho en Amsterdam.

Alejándose apenas del Beit-Lillian, en un rincón desde el que se divisaba el tejado de una casita, Michael le preguntó a Johann Schenk si Gabi le había pedido que participara en la interpretación de una obra barroca. El barítono lo miró pasmado, y también asustado, con ese característico miedo al contacto con las autoridades que sienten quienes se han criado en un régimen totalitario. Volvió a enjugarse el ancho rostro con su pañuelo, carraspeó y dijo que, en efecto, la última vez que se vieron, hacía algo más de un mes, Gabriel van Gelden le había enseñado dos páginas de la copia moderna de una partitura para él desconocida. Gabriel no había querido revelar qué era ni de quién, pero le aseguró que se trataba de una obra maestra barroca de inestimable valor. En realidad, se había compuesto para un bajo, pero como en la actualidad no había bajos de peso, se la había ofrecido a él, pese a que era barítono. Schenk quería saber cómo es que Michael estaba al tanto de la existencia de tal obra, un asunto tan confidencial que hasta le habían pedido que firmara un documento comprometiéndose a guardar el secreto.

En lugar de responderle, Michael le preguntó si conservaba aquellas dos páginas. Alarmado, el cantante repuso tajantemente que no. Gabriel van Gelden se había negado a dejárselas.

Michael preguntó entonces si alguien más sabía de aquella entrevista suya con Gabriel.

Schenk negó con la cabeza. Pero él confiaba en Gabriel. Todo el mundo sabía que era un músico muy serio. Y él había trabajado con Theo varias veces en obras de Wagner, y en óperas de Mozart. También a él le tenía un gran respeto. Y a Nita. Se lo tenía a toda la familia, una familia maravillosa. Los veía siempre que actuaban en Europa, incluso antes de que cayera el Muro de Berlín, porque, gracias a su reputación internacional, le concedían libertad de movimientos para asistir a

conciertos en el extranjero. Ellos le habían perdonado que fuera alemán, dijo con una media sonrisa, y él se había mostrado dispuesto a comprometerse con el proyecto de Gabriel sin necesidad de que le explicara de qué se trataba. Sólo sabía que se había hecho un descubrimiento que iba a causar un revuelo sin precedentes. Gabriel van Gelden así se lo había asegurado, y Gabriel no era el tipo de persona que hablaba a tontas y a locas. Era un hombre reservado, totalmente de fiar.

Michael regresó junto a Eli Bahar y el sargento Ya'ir, que continuaban paseándose por el césped.

—Un murciélago debió de escupir la semilla aquí —le decía el sargento Ya'ir a Eli, señalando un níspero cercano—. Se ve que no lo han plantado. En nuestro moshav también tenemos nísperos.

—¿Y cómo se llama ése de ahí, el que es como un árbol de Navidad? —preguntó Eli, que aún no había visto a Michael.

—Es un abeto —dijo el sargento Ya'ir.

Michael alzó la vista hacia la copa del árbol, vio las banderas que ondeaban sobre los cables de la electricidad, tosió. Ambos se volvieron a la vez hacia él.

—¿Vamos a tener que quedarnos mucho tiempo más? —preguntó Eli—. ¿Cuánto va a durar esto?

—Se supone que durará hasta las seis —repuso Michael calmoso—, pero yo no me voy a quedar con vosotros. Voy a volver ahora. Lo he acordado con Balilty. Tengo asuntos que resolver en la oficina, vosotros dos os encargaréis de volver con ellos.

Eli se quitó las gafas de sol, a punto de replicar. Pero se lo pensó mejor y volvió a ponerse las gafas sin haber dicho nada.

—Voy a dejarte anotadas unas cuantas preguntas para Nita —le dijo Michael a Eli—. Quiero que se las hagas luego, sin que las oiga su hermano.

—¿Por qué no se las preguntas tú ahora? —dijo Eli a la vez que esbozaba un ademán generoso.

—Porque... es complicado. Te las voy a dejar a ti y quiero que grabes las respuestas.

—Puedes preguntárselo tú —insistió Eli—, y grabar las respuestas ahora mismo —miró al sargento Ya'ir, que bajó la vista—. Dile que salga un momento —le dijo Eli al sargento.

Al salir del edificio, Nita entornó los ojos, heridos por el sol. Parada en el vano de la puerta, a Michael le pareció delgada y frágil. Se precipitó hacia ella. Oyó a sus espaldas los pasos de Ya'ir, pero el sargento no se atrevió a acercarse a ellos.

—No puedo hablar contigo ahora —dijo Michael con voz ahogada—, pero necesito preguntarte algo.

—¿Por qué no puedes hablar conmigo? —preguntó ella, inexpresiva, sombreándose los ojos con la gran mano. Sus facciones se endurecieron.

—Eso tampoco puedo decírtelo. Dime, por favor, si Gabi te habló alguna vez de

una misa de réquiem de Vivaldi.

Nita se retiró la mano de la frente y lo miró totalmente defraudada.

–¿Cómo dices? –preguntó anonadada.

–Gabi, un réquiem de Vivaldi. ¿Te habló alguna vez de eso? –insistió Michael, la voz estrangulada, mirando las pupilas muy dilatadas de Nita.

–Vivaldi no ha compuesto ningún réquiem –replicó Nita, y desvió la vista, al parecer demasiado avergonzada de él como para mirarlo a la cara–. ¿No sabes que no existe ningún réquiem de Vivaldi?

–Te lo preguntaré de otra forma, ¿Gabi nunca te comentó nada de esa obra?

–¿Cómo me iba a comentar algo de una obra que no existe? –dijo Nita con voz apagada. Volvió a levantar la mano para protegerse del sol–. ¿Es todo lo que querías?

Michael agachó la cabeza.

–Se han llevado a la niña, se la llevaron de casa.

Michael asintió con un gesto.

Nita lo miró a los ojos, a la busca de una señal.

–¿Eso es todo? –preguntó Nita, y se quedó observándolo mientras él callaba–. Así que no queda nada –masculló, y echó a andar lentamente hacia el edificio. Michael la siguió con la mirada. Unos pasos más atrás, el sargento Ya'ir y, no muy lejos de él, Eli Bahar también la contemplaron mientras se alejaba.

–Es una teoría estupenda. Claro que yo no le veo ni pies ni cabeza, pero aun así es estupenda. ¿Por qué iba a entenderla yo? Basta con que la entiendas tú, que eres el que sabe de estas cosas. A estas alturas, Aryeh Levy ya habría comentado algo sobre tu formación universitaria –dijo Balilty, refiriéndose al antiguo comandante del distrito, ya jubilado–, yo no, a mí no me preocupa tu gran educación. Es todo estupendo. Pero, con el debido respeto –prosiguió, y, con ademán efectista, trazó un floreó en el aire–, entretanto, todo sigue en el aire, es un espejismo.

–Por eso te he pedido que me consigas las órdenes de registro y que pongas a mi disposición todos los papeles. Y también por eso te estoy solicitando más hombres para realizar el registro.

–Y lo he hecho todo –replicó Balilty, sacando un montón de papeles del cajón de su escritorio–. Si no te hubieras pasado por tu casa, ni hubieras perdido media hora hablando con la sargento Malka, a estas horas ya habrías terminado de hablar con Izzy Mashiah.

–No he pasado por casa –protestó Michael–. No sé cuánto tiempo llevo sin pisarla...

–Creía que te habías cambiado de ropa –se disculpó Balilty–. Me pareció que esta mañana llevabas otra camisa.

–Ojalá –masculló Michael–. He venido directamente desde Zichron Yaakov, y a

la sargento Malka me la encontré esperándome en el pasillo. Tú mismo lo has visto –se quedó en silencio y miró por la ventana, luchando contra el repentino impulso de no satisfacer la curiosidad de Balilty–. La han encontrado –dijo al fin.

–¿A quién?

–A la madre. La han encontrado. Es decir, no necesitaron encontrarla. Una amiga la convenció de que hablara con una asistente social que trabaja con los inmigrantes recién llegados.

–¿Es una recién llegada?

–Una chica de diecinueve años. Rusa, sola en el mundo.

–¿Y van a devolverle a la niña? –exclamó Balilty, atónito, y añadió enseguida–: No, no se la devolverán. La someterán a juicio. Ha cometido un delito al abandonar a una niña de pecho en el sótano de unos desconocidos.

–No sé qué van a hacer –titubeó Michael–. Según parece, están dispuestos a tener en cuenta las circunstancias especiales. En fin, llegó sola a Israel y se aprovecharon de ella... No sé muy bien cómo. Entretanto, la nena está con una familia de acogida, según me dice Malka; aún no se ha tomado ninguna decisión definitiva.

–¿Quiere conservar a la niña? Si la entregara en adopción, considerando la demanda de bebés que hay aquí, puede que saliera bien librada. Pero si crea problemas... no sé. En cualquier caso, lo más seguro es que archiven el caso. Pero vamos a dejarlo por ahora, ¿de acuerdo?

Michael asintió con un gesto.

–Tendrás que testificar si el caso llega a los tribunales –le espetó Balilty–. Tampoco es que tú te hayas atenido a la ley al pie de la letra, ¿eh?

–Ya veremos –repuso Michael ambiguamente. De pronto, se había quedado sin nada por lo que luchar o contra lo que luchar. Lo cierto es que siempre había creído que no darían con la madre.

–No te preocupes –dijo Balilty–. No te vamos a dejar en la estacada, daremos testimonio de tus virtudes –añadió con una risita–. Y ahora, ¿quieres ir al auditorio o hablar antes con Izzy Mashiah? Lleva esperándote desde por la mañana.

–Lo primero, Izzy Mashiah, creo, pero podemos encargar a los nuestros que comiencen a revisar los papeles desde ahora mismo.

–Eso va a ser un poco difícil –dijo Balilty sardónico–, dado que sólo su Majestad sabe qué andamos buscando.

–Andamos buscando una partitura.

–¡Ah, ya! –exclamó Balilty, y se reclinó hacia atrás; sus ojillos inyectados en sangre le daban aspecto de viejo borrachín–. ¿Qué me dices? ¿Una partitura? ¿Sin más? ¿Has visto cuántas partituras hay? ¿Has perdido el poco juicio que te quedaba? –se inclinó hacia delante y dijo casi en un susurro–: Vas a tener que ser un poco más explícito, si no te importa.

–Una vez que haya hablado con Izzy Mashiah –dijo Michael–. De momento sólo

puedo decir que no sé qué aspecto tiene. Sólo que es un papel de más de trescientos años de antigüedad, con notas manuscritas.

–Nadie... –Balilty tragó saliva y tosió durante un buen rato—. A nadie se le ocurriría. Sólo tú eres capaz de pedirme que me ponga a buscar una aguja en un pajar. Podrías tener la amabilidad de... En fin, ¿qué más da?

–Certificados de autenticidad –reflexionó Michael en alta voz. Tal vez convenga que hagas venir a un experto en documentos del laboratorio para tenerlo a mano.

–¡No haré venir a nadie hasta que no hayamos encontrado algo! –gritó Balilty—. ¡No voy a tener a nadie esperando a lo tonto! ¡Podemos tardar toda la noche, o varios días! ¡Eso si llegamos a encontrar algo!

Balilty contempló su taza de café vacía, golpeó con ella la mesa y luego prosiguió más calmado:

–A mí me basta con lo que ha dicho esa chica. Cantó todo al cabo de diez minutos. Que se suponía que iban a estar juntos, ¿lo oyes? ¡Se suponía! Estuvo esperándolo una hora y luego se marchó. Habían quedado en un café, pero él no apareció. Más tarde se presentó en su casa. Un cuarto de hora antes de que ambos tuvieran que irse. Ella también toca en la orquesta, es violinista. Él le pidió que no le contara a nadie que había llegado tan tarde. Le prometió el oro y el moro a cambio de que mantuviera la boca cerrada. ¿Es idiota o qué? ¿Por qué iba a mentir por él? Dejó de presentar resistencia en cuanto le dije que la iba a arrestar por mentir. No entiendo qué pretendía citándose con una mujer antes de un concierto y presentándose con un cuarto de hora de tiempo. En fin, si quieres mi opinión, con esto tenemos bastante. Se ha quedado sin coartada, ¡podemos detenerlo ahora mismo!

A Michael le apetecía decir: «¡Pues deténlo y acabemos de una vez!». Pero, en cambio, dijo:

–Hazme un favor. Ya sé que eres el jefe del equipo, pero confía en mí, y si me equivoco nunca volveré a discutir lo que digas. Aunque te parezca que se me ha reblandecido la sesera, ya lo sé, no paras de decirlo, confía en mí en esto. Créeme, es mejor hablar con él antes de detenerlo. Todo es aún muy ambiguo, y con los abogados que le defenderán, nos conviene sacarle una confesión de antemano. Y luego...

–¿Vas a sacarle una confesión? –se mofó Balilty—. ¡Antes crecerán pelos aquí! –dijo a voz en grito, y se señaló la palma de la mano. Recobrando la calma, continuó con voz más normal–: Izzy Mashiah está esperando con Tzilla –se levantó torpemente y empujó la silla hacia atrás—. Yo me marchó al auditorio. Las partituras de su casa te las traerán aquí, a tu despacho. Las del auditorio no pienso trasladarlas. Ya he perdido toda la mañana con el otro asunto –dijo, y, volviendo la cara hacia la ventana, se frotó las mejillas.

–¿Qué asunto?

–Ya sabes, la chica esa que... Dalit –explicó con patente vergüenza–. Elroi se está ocupando de eso ahora. Ya ha hablado conmigo. Dalit... Es una enfermedad. ¿Lo sabías? Está enferma –dijo perplejo–. ¿Cómo íbamos a darnos cuenta? –prosiguió tras una pausa, y suspiró–. Parecía de lo más normal. Cualquiera sabe lo que le va a suceder ahora –concluyó mientras se encaminaba a la puerta con las manos hundidas en los bolsillos.

La conversación con Izzy Mashiah duró más de lo previsto, pero apenas proporcionó la información que Michael esperaba escuchar de un hombre a quien suponía deseoso de contar todo lo que sabía para tratar de ganarse simpatía y confianza.

Michael hizo caso omiso de la expresión afligida de Izzy, de la lasitud de sus miembros, del miedo que reflejaban sus ojos. Le preguntó impaciente:

–¿De qué quería hablar conmigo?

–Hay algo que no le he contado –confesó Izzy Mashiah.

–¿De qué se trata?

–Ya sabe que Gabi y yo, durante el último mes, habíamos tenido... dificultades... Ese hombre –señaló el pasillo con un movimiento de la cabeza– me ha dicho que mi poligrafía resultó anormal.

–Resultó de lo más normal –lo corrigió Michael–, pero ha planteado una serie de interrogantes, precisamente por ser tan normal. Ha demostrado que nos ha mentado.

Izzy Mashiah suspiró.

–Hace algún tiempo... hará unos dos meses, empecé a tener la sensación de que Gabi estaba metido en algo.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Michael, poniéndose en tensión.

–Quiero decir que me daba la impresión de que no estaba del todo conmigo. Su cabeza... su corazón... estaban preocupados por algo de lo que no me había dicho nada.

–¿Habló con él de eso?

–Él lo negó. Se justificó diciendo que la formación de su grupo lo tenía estresado. Pero yo sentí una corazonada. Y hace unos dos meses, se marchó a Europa sin mí. Me hacía muchísima ilusión ese viaje –se cubrió la cara con las manos.

Michael golpeteó la mesa con un lápiz, impaciente. Se hizo el silencio y él trató de dominar su impaciencia. Izzy Mashiah se descubrió el rostro. Michael se relajó al ver que no lo tenía húmedo.

–Llevábamos hablando de ir juntos a Europa desde la Pascua, y luego va y se marcha solo. ¡Dos veces! ¡Y ni siquiera se dignó decirme por qué!

Perdieron un buen rato con la descripción detallada de las agonías mentales de

Izzy Mashiah. («Además el trabajo me estaba dando muchos quebraderos de cabeza, y otros asuntos de mi vida, y para colmo todas las primaveras me deprimó.» Y: «Era el momento en que más lo necesitaba, pero si se lo decía, sólo servía para que se enfadara».) Todo concluyó con una simple declaración de celos:

–Pensé que estaba con otro.

Michael encendió un cigarrillo.

–¿Cómo se lo tomó?

–Empecé a revisar sus papeles, a seguirlo, a espiarlo –repuso Izzy Mashiah, ruborizándose–. Ya sé que suena fatal, pero es que estaba desesperado.

–¿Cómo lo espiaba? –preguntó Michael; contuvo el aliento y trató de poner aire indiferente–. ¿Qué descubrió?

–Miraba su agenda, le abría el correo –musitó Izzy Mashiah–. Y, al final, fui a Holanda para ver con quién estaba... pensaba que tenía una relación en Delft.

–¿Por qué en Delft?

–Llegaron un par de cartas de allí, y... –se quedó en silencio.

–¿Y tenía esa relación?

–No era nada de lo que me había imaginado –gimió Izzy Mashiah–. Estaba seguro, casi seguro, me daba muchísimo miedo. Lo llamaron por teléfono desde Delft. Un par de veces. Y le enviaron un fax. En su agenda descubrí un nombre con el número de teléfono correspondiente.

–¿Qué ha hecho con su agenda?

–Se la quité –reconoció Izzy Mashiah–. La escondí entre mis papeles, en el trabajo, y él pensó que la había perdido. No tenía otra manera de revisarla. Tuve que... en realidad la robé, y luego no se la pude devolver.

–¿Y después de que muriera? ¿Ha seguido guardándola allí?

Izzy Mashiah negó con la cabeza.

–La he quemado –dijo en tono culpable–. Me daba miedo que... después de la prueba poligráfica, y de ver cómo me miraba el otro policía, tuve un ataque de pánico.

–¿La ha quemado? ¿Cómo?

–¿Qué más da? La he quemado.

–¿Dónde? ¿Cuándo?

–Bueno, no es que la quemara exactamente –Izzy Mashiah parecía avergonzado, su mirada vagaba inquieta de aquí para allá–. Suena mejor decir que la quemé, pero ¿dónde la iba a quemar? La partí en pedazos.

–¿Cuándo?

–Después de mi primera visita a la comisaría. La partí en pedacitos y...

–¿Y...?

–Y la tiré por el retrete –reconoció. Tenía la cara arrebolada–. Ya sé que parece horrible –tartamudeó–. Ya sé que parece que no he cuidado el recuerdo de Gabi.

Que desprecio sus cosas. Pero no es verdad –miró a Michael a los ojos–. No es verdad en absoluto. Créame, no es lo que parece. El problema es que tenía mucho miedo, y vergüenza también. Va en contra de mis principios sobre el respeto a la intimidad. Era la primera vez que hacía algo así, créame.

–¿Y qué ponía en la agenda?

–Los nombres holandeses que he mencionado antes. Todos de hombres. Y sonaban tan... Hans, Johann, sonaban tan extranjeros, holandeses o alemanes... Pensé que se había cansado de mí. Que se había enamorado. Al final, fui a comprobarlo en persona –concluyó a la vez que se le escapaba un sollozo.

–Estuvo usted en Holanda. Eso lo sabemos. Ya nos lo había dicho. Estuvo allí justo antes de que asesinaran a Felix van Gelden.

–Y también estuve en Delft –reconoció Izzy Mashiah–, y me presenté en la dirección de Hans van Gulik.

–Van Gulik, ¿no se llama así el escritor de las novelas de detectives chinas que leía Gabriel? –preguntó Michael en un tono premeditadamente agradable.

–Eso es –dijo Izzy Mashiah sorprendido–. Pero no es el mismo Van Gulik.

–Así que fue a su casa –dijo Michael, retomando el hilo del interrogatorio.

–Era una tienda de antigüedades. Entré. Había un par de empleadas. Es una tienda bastante grande, mayor que la de Felix. Atiborrada de muebles viejos, y también había un viejo. Más o menos de la edad de Felix.

–¿Habló con él?

–Les dije a las mujeres que buscaba a Hans van Gulik –dijo Izzy con voz ronca–. Una de ellas señaló al viejo y dijo: «Ahí tiene al señor Van Gulik».

–¿Y entonces?

–Entonces comprendí que había metido la pata hasta el fondo, pero aun así me dirigí hacia él. Le pregunté... le dije que me enviaba Gabi. Se puso muy tieso y me miró como si hubiera incurrido en una terrible imprudencia. Como si... me apresuré a aclararle que Gabi me lo había recomendado como anticuario de confianza. Que andaba buscando un clavecín antiguo que pudiera restaurar. Hablé por los codos y vi que su actitud se iba transformando por completo. Al principio estaba muy tenso, pero en cuanto aludí al clavecín se volvió muy cortés, y yo comprendía que había gato encerrado. No es que no fuera amable. Me preguntó si conocía a Felix. Incluso preguntó por Herzl.

–¿Conocía a Felix y a Herzl?

–Me contó que era amigo de la infancia de Felix. Quise decirle que yo también formaba parte de la familia, que Gabi y yo... Pero no dije nada.

–¿Y el otro hombre?

–En la agenda sólo ponía «Johann – Amsterdam», y el nombre de un café que no recuerdo.

–¿Se lo contó a Gabi al volver?

—¿Cómo se lo iba a contar? —exclamó Izzy Mashiah—. Después de que su padre muriera así, ¿cómo iba a importunarle con mis miedos? Ni siquiera estaba con él cuando sucedió. Llegué unos días después.

—¿Así que en realidad no asistió a un congreso?

—Sí, claro que asistí. Ustedes mismos lo han verificado. Le traje toda la documentación a esa chica.

—¿Qué chica?

—La rubia de pelo corto. Le entregué toda la documentación el día después de entregarle a usted mi pasaporte. Estuve en el congreso en Francia y luego fui a Holanda sólo por el asunto de Gabi. Lo llamé desde París y le dije que me iba a tomar unos días de descanso. No entré en detalles. Me daba miedo decirle la verdad, y además quería que se reconcomiera un poco —confesó avergonzado—. No sabía que iban a asesinar a su padre en mi ausencia —volvió a sepultar el rostro en las manos.

—¿Y cómo reaccionó ante sus ambigüedades? ¿Él también se puso celoso?

—No —Izzy Mashiah suspiró—. Tratar de inspirarle celos era una pérdida de energía. Hace mucho tiempo le dije que no se permitía sentir celos, que era un mecanismo de defensa porque tenía miedo a que le hicieran daño. Pero él se echó a reír y me dijo: «Estoy convencido de que nadie puede significar para ti lo que yo significo. Y si llegaras a encontrar a alguien que te importara más, sería una señal de que las cosas tenían que ser así». Yo le envidiaba esa fortaleza. ¡A su lado me sentía débil y vulnerable! Soy absolutamente incapaz de sentirme tan seguro como él. Pero ahora me parece que era un mecanismo de defensa. No se permitía quererme tanto como yo lo quería. Eso me parece ahora.

—En su opinión, los celos son una muestra de amor —concluyó Michael—. ¿De verdad lo cree así?

Izzy Mashiah asintió no sin cierto titubeo, y dijo:

—Mire, no soy tan simplista. Sé que mis miedos no son necesariamente proporcionales a mi amor. Ser tan vulnerable es un problema. La actitud posesiva no tiene por qué estar relacionada con el amor. Pero, a fin de cuentas, son sentimientos humanos. Casi se podría decir que forman parte de la naturaleza humana, y que se manifiestan cuando tenemos encuentros profundos con otras personas. De no ser así, ¿por qué sentiríamos miedo?

Michael guardó silencio.

—El racionalismo de Gabi nunca me convenció. Tenía un gran poder sobre mí, era como si estuviera seguro de que para mí él era...

—¿Odiaba a Gabi cuando fue a Holanda?

Izzy Mashiah lo miró alarmado.

—¿Odiarlo? ¿Cómo iba a odiar a Gabi? Tenía miedo. Ya le he dicho que temía que quisiera dejarme. Que hubiera otra persona. Yo qué sé —continuó con aire

introspectivo—, tal vez también lo odiaba. Supongo que sí. En todo caso, lo pasé fatal.

—¿Y una vez que conoció a Hans van Gulik?

—En cierto sentido, eso me tranquilizó. Pero no del todo —reconoció Izzy Mashiah—, porque pensé que quizá el tal Hans le había puesto en contacto con otra persona. Con Johann, por ejemplo. Pero a altas horas de la noche, cuando me desvelaba, pensaba que tal vez fuera otro asunto el que se traía entre manos con él. Un asunto de gran importancia. Tan importante como para que hiciera dos viajes a Holanda sin explicarme nada de ellos. De pronto, me enfurecí con él porque me hubiera dejado al margen. Pero después mataron a su padre, y después de eso...

—¿No sabe qué le tenía tan preocupado?

—Ojalá lo hubiera sabido. Probablemente, me habría ahorrado muchos sufrimientos.

—Dígame una cosa —dijo Michael, pasándose el lápiz de una mano a la otra—, ¿cuánto puede valer un manuscrito antiguo de una obra musical?

—¿Una obra importante?

—Pongamos que sí.

—Depende de su antigüedad. ¿Realmente antiguo?

—Digamos que un manuscrito barroco.

—Podría valer millones. El valor disminuiría un tanto si en lugar de estar firmado por el compositor fuera una copia de la época. Como es natural, lo principal es quién es el autor.

—¿Sabe que el fontanero al que decía estar esperando sí que se presentó en realidad? —preguntó Michael sosegadamente—. Sobre el mediodía.

Izzy no dijo nada.

—Y usted no estaba en casa. El día que asesinaron a Gabriel. ¿Sabe que la poligrafía muestra algo muy poco claro en ese punto?

—Yo no maté a Gabi. Lo quería, créame —dijo Izzy Mashiah con voz sorda—. Pero sí, a pesar de todo, sospecha de mí, me da igual. Ya no me queda nada que perder. Por lo que a mí respecta, puede detenerme ahora mismo.

—Estoy hablando de que salió de casa —le recordó Michael—. Usted aseguró haber estado en casa todo el día. ¿Salió o no salió de casa?

—Estuve en las inmediaciones del edificio —respondió Izzy Mashiah en un susurro.

—¿De qué edificio? —preguntó Michael para que se grabara una respuesta más clara.

—Enfrente del auditorio.

Michael encendió un cigarrillo.

—No entré. Le juro que no puse el pie dentro.

—Pero estuvo fuera.

–Quería asegurarme de que realmente... yo... lo estaba siguiendo –Izzy Mashiah hablaba con los ojos bajos–. Quería comprobar si el coche estaba ahí.

–¿Y estaba?

–No –dijo Izzy Mashiah tristemente–. No estaba. Me había olvidado por completo de que se lo iba a llevar Ruth. Y pensé: «Me está mintiendo». Me dice que está en un sitio y está en otra parte. Mi imaginación empezó a funcionar a toda marcha, me fui montando toda una película hasta que... hasta que vino usted y me dijo que había muerto –dijo con voz destemplada.

–¿Por qué no nos ha contado antes todo esto? –preguntó Michael en un tono amable, paternal–. ¿Porque sentía miedo? ¿Le daba miedo que lo considerásemos sospechoso del asesinato? ¿Por eso no nos contó que estuvo a las puertas del lugar del crimen?

–No –musitó Izzy Mashiah–. No tiene nada que ver con eso. Me da igual que me consideren sospechoso. Me siento como si ya no tuviera nada que perder. No fue por miedo.

–¿Por qué entonces? –insistió Michael.

Con la voz ahogada, desde detrás de las manos que volvían a taparle el rostro, Izzy Mashiah le espetó:

–Fue por vergüenza –lloraba a moco tendido–. Por vergüenza y nada más. Estaba avergonzadísimo –dijo; sollozó y se descubrió la cara, bañada en lágrimas.

Michael aguardó largo rato hasta que se acallaron los sollozos. Le sobró tiempo para formular mentalmente la siguiente pregunta, y, llegado el momento, la planteó en tono autoritario:

–¿Podría identificar un antiguo manuscrito de una composición musical? ¿Del periodo barroco?

–¿Identificar? ¿A qué se refiere? ¿A que diga quién es el autor? –preguntó Izzy Mashiah, confuso.

–Imaginemos que le enseñe una partitura original de una obra de Vivaldi, ¿sabría identificarla como un manuscrito de aquel periodo?

–Claro que sí –repuso Izzy Mashiah con confianza–. Son cosas inconfundibles. En Salzburgo, por ejemplo, se exponen partituras originales de Mozart. He visto multitud de partituras de ese estilo en los museos, y también las he visto fotografiadas en los libros.

–¿Podría identificarla entonces? –lo interrumpió Michael–. Sin necesidad de garantizar quién fue el autor.

–Podría decir si tiene aspecto de ser un manuscrito antiguo –repuso Izzy con cautela–. Pero circulan muchas falsificaciones. En realidad, haría falta que lo viera un experto. Pero yo podría decir si parece antiguo. Y usted mismo también podría, en realidad. No es difícil. Porque el papel era muy distinto del que se utiliza ahora.

–¿Conoce la música de Vivaldi?

–Desde luego.

–¿Todo lo que compuso?

–¿Todo? –se echó a reír–. Decir «todo» es un poco exagerado. Compuso centenares de piezas. Pero conozco bien a Vivaldi. Como cualquier músico serio.

–En ese caso –dijo Michael–, acompáñeme.

Obedientemente, Izzy Mashiah se colgó la bolsa al hombro y recogió las llaves del coche y, sin preguntar cómo ni por qué, siguió a Michael.

Cuando llegaron al psiquiátrico, Michael le pidió que lo esperase en el coche. Tras una breve escaramuza con la enfermera («Ya tenemos aquí a un policía», argumentó la mujer. «Debemos pensar en el bienestar de los pacientes y no sólo en sus intereses»), y después de que Zippo saliera de la habitación y se apostara en el pasillo, a Michael le concedieron permiso para entrar a hablar con Herzl.

Una vez más se encontró junto a una persona fuertemente sedada, una persona que tenía los ojos cerrados y se negaba a colaborar. Tras varios intentos fallidos de hacerle reaccionar andándose por las ramas, Michael decidió cambiar de táctica e ir derecho al grano. Tocó el brazo flacucho de Herzl, que abrió los ojos. Antes de que le diera tiempo a retirar el brazo, Michael le preguntó:

–¿Quién trajo a Israel la partitura?

Herzl abrió la desdentada boca, se manoseó los cuatro pelos que le crecían en la cabeza y a sus ojos asomó un destello de gran lucidez, de lucidez y pánico. Miró en derredor, se convenció de que no había nadie más en la habitación, se incorporó en la cama y miró a Michael. De pronto, pidió un cigarrillo. Michael se apresuró a ofrecerle uno, se inclinó para encendérselo, luego encendió otro para él, dio una calada y volvió a preguntar:

–¿Quién trajo la partitura?

–Es usted policía, ¿verdad? –afirmó Herzl sin rodeos. Parecía en pleno dominio de sus facultades.

–Soy policía –ratificó Michael–. ¿Quién trajo la partitura?

–Usted ni siquiera reconocería esa música –masculló Herzl despectivo, con desconfianza.

–Explíqueme usted qué es –replicó Michael amablemente, y le ofreció un vaso de plástico para que echara la ceniza.

–Aquí no nos dejan fumar –se quejó Herzl y, sin la menor pausa, añadió–: Felix quería regalársela a Gabi. Decía que tenía que ser para él. Le serviría para alcanzar la reputación que se merecía.

–¿La trajo él de Holanda?

Herzl meneó la cabeza.

–Felix no, fui yo. La traje yo. Él no podía ir, por Nita. Estaba a punto de dar a luz. Felix fue más adelante. Para revisar los documentos de autenticidad. Pero, al

recibir la primera llamada, fui yo quien viajó allí. Me envió Felix. Siempre me enviaba a mí. Felix y yo –Herzl cruzó los dedos– éramos uña y carne. Yo lo comprendía. Pero luego cometió un error –cabeceó–. Un error muy grave.

Michael escuchó durante largo rato el tortuoso discurso, con sus digresiones, descripciones pormenorizadas, asociaciones y regresiones, hasta que al fin logró captar el meollo de la cuestión. («Le dije: “¿Por qué Gabi en vez de Theo? ¿Por qué no se lo cuentas a Theo? Él también tiene derecho”. Se puso furioso. Se enfadó muchísimo porque le dije que si él se lo contaba a Gabi, yo se lo contaría a Theo antes. Y yo también me enfadé. Al final le retiré la palabra. Por eso cerramos la tienda. Y después... después murió», dijo casi con sorpresa.) Con un torrente de palabras en el que incluyó una descripción detallada de la ciudad de Delft y de su enorme iglesia, y del anticuario amigo de la infancia de Felix, Herzl se refirió a un viejo órgano de iglesia que el anticuario en cuestión había comprado para Felix, quien pretendía restaurarlo. Habló a continuación de cómo habían desmontado el órgano, de que tenía dos tableros superpuestos y del manuscrito.

–¿Dentro del órgano? ¿La partitura estaba dentro del órgano? –preguntó Michael en tono neutro a la vez que aquietaba el temblor de su mano.

–El anticuario se dio cuenta rápidamente de que era asunto para un experto. Vio que los papeles, que estaban atados con una cuerda, eran antiguos. Pero no sabía qué eran. Sólo entendía de muebles –explicó Herzl–. Por eso llamó a Felix. Él no podía ir. Y no sabíamos que era algo tan, tan...

–¿Cómo se llama el holandés?

–No le facilitaré nombres –declaró Herzl–. No es usted de la familia –explicó en tono amistoso–. Nada de nombres.

–¿Estaba Nita al tanto de esto?

–A Nita no se lo contamos. ¿Para qué?

–Y usted mató a Gabi para que Theo pudiera quedarse con la partitura –con esa jugada, Michael aspiraba a sobresaltar a Herzl e impulsarlo a revelar más datos.

Herzl lo miró perplejo, como si Michael hubiera perdido la razón.

–¿Yo? –exclamó atónito, y miró a Michael casi con lástima–. ¿Por qué iba a hacer algo así? Estoy en contra del asesinato. Nunca mataría a nadie.

–Pero salió del hospital el día en que murió Felix.

–Claro que sí –replicó Herzl orgullosamente al tiempo que estiraba el descarnado cuello–. Era el día del concierto. ¿Cómo me iba a perder el primer concierto de la temporada, sabiendo que iban a tocar los tres?

–¿Estuvo en el concierto? –sobreponiéndose a la sorpresa, Michael preguntó–: ¿Cómo entró? ¿Había sacado una entrada?

Herzl hizo un ademán desdeñoso.

–No necesito ninguna entrada. Pasé por la puerta lateral, como siempre.

–¿Por la entrada de los músicos?

–Subí las escaleras que están al fondo del pasillo trasero –dijo como si fuera obvio.

–¿Lo vio alguien?

–¿Quién? –preguntó Herzl con indiferencia.

–¿Recuerda a la flautista?

–Interpretó a Vivaldi –rememoró Herzl–. El concierto La notte. Estuvo bien.

–¿Sólo bien?

–He oído esa pieza unas cuantas veces en mi vida. No fue nada especial –dijo Herzl impaciente.

–¿Recuerda cómo iba vestida?

Herzl le lanzó una mirada de incredulidad.

–Es usted una persona extraña –dijo fríamente–. ¿Qué le importa cómo fuera vestida? No era un concurso de belleza.

–Pero era una chica muy guapa –replicó Michael, e inmediatamente se arrepintió. «¿Por qué no dejas de tratarlo como a un niño?», se reconvino, «y le pides sin rodeos que te aporte una prueba, algún testigo».

–Llevaba un vestido azul, con brillos –murmuró Herzl–. Como la piel de un pez –y de pronto se estremeció.

–La televisión retransmitió el concierto –le recordó Michael.

–En el hospital no nos dejan verla hasta tan tarde. Y en casa no tengo televisión.

–¿Vio a Felix en la sala?

–No, no lo vi –repuso Herzl enfadado–. Y aunque lo hubiera visto, ¡que se molestara él en buscarme! ¿Por qué iba a ir yo a buscarlo? Felix estaba equivocado.

–Pero ¿estaba sentado en su localidad habitual?

–No. Estaban ocupadas por otras dos personas –contestó Herzl ofendido–. Les habían dado nuestras localidades a otras personas. Por eso me senté en la fila diecisiete. Pero allí también se estaba bien.

Michael le ofreció otro cigarrillo y Herzl lo agarró con avidez y se puso a darle chupadas como si fuera un pezón. Se recostó en la cama, agachó el largo y pálido semblante y se subió la manta.

–¿Cómo podía saber que iba a morir? –se lamentó–. Pasé seis meses sin hablar con él. Me decía a mí mismo, si quiere verme, que venga él. Después de la muerte de la madre, no quedó nadie que se preocupara de Theo. Sólo de Gabi. No es justo dárselo todo a un solo hijo. ¿No le parece? ¿Tengo razón o no? –alzó la cabeza.

–Hemos encontrado el cuadro en su casa –dijo Michael, haciendo un alarde de sangre fría.

–¿Qué cuadro? –preguntó Herzl inocentemente.

–La Vanitas que estaba en casa de Felix. El cuadro holandés.

–¿El de la calavera? ¿En mi casa? –preguntó Herzl sorprendido. Con manifiesta curiosidad, sin la menor traza de miedo, preguntó–: ¿Cómo llegó hasta allí?

–Lo encontramos en el armarito de la cocina, entre el cacao y el coñac.

–¿Quién lo puso allí? –insistió Herzl.

–Eso quizá lo sepa usted.

–No lo sé –dijo Herzl atónito–. No es un buen sitio para guardar un cuadro. A veces hay humedades en esos armarios. Nunca los abro.

–¿Quién tenía la llave de su casa?

–Felix y nadie más –dijo Herzl con resentimiento–. Después de que no me diera la razón en lo de Theo, quería quitársela, pero preferí no hablar con él. Habría pensado que era una excusa para retomar el contacto –explicó.

En cualquier momento podía producirse un estallido inesperado, Michael lo sabía. El flujo claro e indiferente de palabras podía quedar interrumpido. Como quien camina de puntillas por un campo minado, Michael se cuidaba mucho de no pronunciar las palabras «réquiem» ni «Vivaldi», y Herzl tampoco facilitaba nombres. Algo le decía que era mejor mantenerse en un terreno ambiguo hasta que llegara a comprender a fondo la cuestión.

–Gabi vino a verme –dijo de pronto Herzl con gran fatiga, y recostó la trémula cabeza en la almohada de rayas–. Vino a verme aquí. Por eso estaba yo tan enfadado con Theo. Él no se preocupó de buscarme para decirme que Felix había muerto. Sólo vino Gabi. Quería saber lo mismo que quiere saber usted. Felix le había hablado del manuscrito hacía algún tiempo. Fueron a ver a Meyuhas, que es un abogado especializado en derechos de autor. Yo ya sabía que Felix se lo había contado a Gabi. Felix me lo contaba todo. No mentía.

–¿Y Theo? ¿A Theo no se lo contó?

–Se lo conté yo –confesó Herzl, y dirigió una mirada medrosa a su alrededor.

–¿Cuándo? ¿Cuándo se lo contó a Theo?

–Antes... la última vez que vino a verme. Después de que cerráramos la tienda. Cuando Felix se negó a llegar a un acuerdo. Hace dos o tres o cuatro meses, creo.

–¿Y Gabi ya lo sabía?

–Se lo conté a Theo porque Felix llevó a Gabi a ver al abogado. Por eso se lo conté.

–Un manuscrito así valdrá millones, ¿verdad?

Herzl se encogió de hombros.

–Claro –dijo con indiferencia.

–¿Le dijo usted que era de Vivaldi? ¿Qué le dijo exactamente?

Herzl se incorporó de golpe y miró a Michael como si acabara de darse cuenta de que lo habían envenenado.

–No voy a hablar más con usted –anunció–. Usted no sabe nada ni comprende nada. No diré una palabra más. Ni una. Ni aunque me mate. ¿Qué podría hacerme? –dijo desafiante.

–¿Dónde está ahora el manuscrito? –preguntó Michael.

Herzl se tumbó con los ojos cerrados y apretó los labios.

Michael dejó el paquete de tabaco junto a la cama. Herzl abrió los ojos, echó una mirada de reojo, meneó la cabeza, hizo como si no hubiera visto el tabaco y volvió a cerrar los ojos.

–Ya sabe que han asesinado a Gabi –aventuró Michael. Pero Herzl no se movió–. ¿Quiere que asesinen también a Theo?

Herzl tensó los finos labios y empezó a respirar rítmicamente.

–¿Tienes una grabadora? –le preguntó Michael a Zippo, quien, junto al puesto de enfermeras, leía las notas clavadas en un tablón de anuncios.

Zippo se palpó el bolsillo.

–Pues claro. La traje esta mañana, no doy un paso sin ella.

–Pues ponla en marcha y ve a sentarte a su lado. ¿Habla contigo?

–Desde luego. Todo el rato.

–¿Cómo? –Michael estaba perplejo–. ¿De qué habláis?

–De muchas cosas –respondió Zippo–. De su infancia en Bulgaria. ¿Sabías que estuvo en un orfanato hasta los seis años? –Zippo chasqueó la lengua para demostrar su pena–. Pobre hombre. No tiene a nadie en el mundo. Hablamos de todo un poco. De mujeres, de por qué no le dejo fumar. En realidad, es un tipo muy agradable. Y no tiene un pelo de tonto. Entiende todo lo que le dices. Yo le hablo del Jerusalén de los viejos tiempos. Ya sabes, los tiempos en que...

–¿Y has grabado vuestras conversaciones? –lo interrumpió Michael.

–Pues no, no las he grabado –Zippo agachó la cabeza–. No sabía que tenían importancia...

–¡Todo tiene importancia! –masculló Michael con la voz ahogada–. ¿Me oyes? ¡Todo!

Zippo se atusó las guías del bigote con patente incomodidad y miró a Michael nervioso.

–Han sido charlas de lo más normal –alegó implorante–, créeme, de las que tienen dos personas comunes y corrientes.

–Ahora vas a volver ahí dentro –dijo Michael.

Zippo se apresuró a asentir.

–Y entablas conversación con él otra vez. Haz que te hable de la familia Van Gelden, de Felix van Gelden, y de Theo y de Gabi. Y de su viaje al extranjero. Que te cuente cosas de Holanda. ¿Conoces Holanda?

–Holanda no –reconoció Zippo–. Hace un año, mi mujer y yo fuimos en un viaje organizado a Londres y París. Fue muy bonito. Un par de semanas. Lo vimos todo. Pero no fuimos a Holanda. Lo dejamos para el año que viene, quizá...

Michael recobró la compostura y refrenó su impaciencia.

–Qué bien –dijo–. Pues pregúntale qué lugares de Holanda merece la pena que

visites cuando vayas. Cosas así. Y que te hable de la ciudad de Delft.

–Delft –repitió Zippo.

–Haz que te hable de su última visita a Delft. Tendrás que emplear la astucia –le advirtió Michael.

–No hay problema –dijo Zippo, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Y que te hable con detalle de la iglesia de Delft, y de los anticuarios de la ciudad a los que conoce. Grábalo todo, hasta la última palabra, ¿entendido?

–No hay problema –volvió a tranquilizarlo Zippo–. Delft –repitió para sí–. Qué nombres tan curiosos tienen por ahí. ¡Delft!

Un viejo manuscrito enmohecido

Izzy Mashiah siguió dócilmente a Michael hasta el área de administración del edificio del auditorio. Pero cuando pasaban ante la fila de taquillas de los músicos, apretó el paso para adelantar al detective y se detuvo junto a la taquilla donde aún se leía el nombre de Gabriel van Gelden. La tocó, tragó saliva y siguió andando hacia el despacho del representante de la orquesta. Al llegar a la puerta se retiró para dejar pasar a Michael. Dentro los esperaba Balilty. Sentado en una postura extrañamente rígida en él, frente al representante, que estaba hecho un manojo de nervios, Balilty estudiaba las tablas y columnas de números impresas en una larga tira de papel continuo, la cual se había escurrido hasta sus pies y había reptado por la verde alfombra hasta llegar a manos del sargento Ya'ir, quien alzó la vista para mirar a los recién llegados y les explicó con solemnidad:

–Es la hoja de balance de la última temporada. Ingresos, gastos, subvenciones, pérdidas.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Michael alarmado–. ¿Dónde están Nita y Theo?

–Ella no se encuentra bien –explicó Ya'ir con calma–. No ha podido quedarse en Zichron Yaakov. Tuvimos que llevarla a casa. Hasta pensamos en pedir una ambulancia, pero al final la traje yo en la furgoneta.

–¿Y Theo?

–Se quedó allí. Está con el cantante alemán. Eli los traerá más tarde. Necesitarán un medio de transporte, pero... –señaló a Balilty con un gesto– el jefe ya se ha ocupado de eso.

–¿Y dónde está ahora?

–¿La señorita Van Gelden? En casa. La dejé allí. Apenas podía caminar. Tzilla la esperaba. Y también está la canguro. No está sola –se precipitó a añadir al ver la mirada de Michael–. Desde el Beit-Lillian avisaron a un médico. Querían pedir una ambulancia para llevarla a urgencias, pero ella se negó en...

–¿Qué le pasa exactamente?

–El médico dice que es un virus –explicó Ya'ir–. Por lo visto hay una epidemia, hay mucha gente enferma, con náuseas y debilidad. De pronto le subió mucho la fiebre y vomitó. Trataron de que se tumbara allí mismo, pero no quiso. El médico...

Balilty levantó la vista del papel impreso, enarcó las cejas y se bajó las gafas hasta media altura de la nariz.

–¿Te parece si...? Bueno, no tiene importancia. Ahora mismo hay otro médico en su casa. Y Tzilla la está acompañando. Está en buenas manos. Ya'ir dice que Theo montó la bronca porque no quería que Nita se fuera. Sugiero que nos pongamos ahora con su despacho, antes de que vuelva.

–Disculpenme, querría ayudarles. ¿Qué es lo que buscan exactamente? No acabo de comprenderlo –intervino el representante de la orquesta muy nervioso. Se puso en pie detrás de su escritorio, encorvó los hombros, hundió entre ellos la afechinada cabeza y se frotó las manos–. Claro que no tienen por qué decírmelo. No me deben ninguna explicación, tal vez no tienen libertad para dármela, pero me gustaría ayudarles, de verdad. Si me dijeran sencillamente qué andan buscando, estoy convencido de que podría... –deslizó la mirada de un policía a otro. Nadie le respondió y él se quedó en silencio.

Balilty se levantó a la vez que emitía un sonoro suspiro, estiró los brazos con cautela y apoyó una mano en la cadera.

–En el sótano tenemos a otro par de hombres. Allí hay un almacén donde guardan las partituras –le dijo a Michael–. Pero tendrás que facilitarme una descripción más detallada para que pueda orientar mejor la búsqueda –añadió mientras salían del despacho uno detrás del otro.

Izzy Mashiah los siguió sin despegar los labios. Ya'ir cerró la puerta tras de sí. Pero el representante volvió a abrirla inmediatamente y apretó el paso para darles alcance.

–No quiero exigir nada –dijo. La mirada se le disparaba de aquí para allá, eludiendo deliberadamente la de los policías–. Comprendo su situación, pero la última vez que sus hombres hicieron un registro, lo dejaron todo tan revuelto que nos costó un par de días ponerlo en orden. Debo pedirles que, a ser posible...

–No se preocupe, haremos lo que podamos –le prometió Balilty. Y esperó a que el representante regresara a su despacho y cerrase la puerta.

–¿Qué aspecto tiene un manuscrito barroco original? –le preguntó Michael a Izzy, que estaba apoyado contra la pared. Un fluorescente le teñía la cara de amarillo. Izzy se puso a dar vueltas a su anillo. La piedra verde destelló.

–Suele consistir en una serie de pliegos, a veces cosidos y otras sueltos –repuso Izzy vacilante–. Grandes pliegos doblados en dos con notaciones musicales en ambas caras. El papel es por lo general grueso y fibroso, y muchas veces está enmohecido.

–¿Lo has oído? –le preguntó Michael a Balilty–. Diles que busquen algo así. Pero dudo mucho que esté en el almacén donde guardan las partituras impresas. Diles que lo metan todo en cajas –decidió tras un momento de vacilación–, y ahora vamos al despacho de Theo.

–¡Oiga! –le dijo Balilty a Izzy Mashiah–. ¡Espérenos fuera! Si no hay un banco a

la puerta, le traeremos una silla. Espere ahí y ya le llamaremos si encontramos algo –concluyó con patente escepticismo.

Michael iba a expresar su opinión, pero Balilty lo atajó:

–No discutas conmigo. No puedo trabajar con gente de fuera enredando por medio. Y además –añadió cuando ya estaban en el despacho–, tú mismo no paras de decirme que no le explique de quién se supone que es la partitura, para ver si consigue identificarla y es lo que creemos que es. Así que ¿para qué necesitas que esté aquí?

–Tienes razón –se disculpó Michael.

–Y no es que crea que vamos a encontrar algo –se quejó Balilty. Se metió los faldones de la camisa bajo el ancho cinturón y se llevó las manos a la espalda–. Este despacho ya lo hemos registrado. Le dedicamos un día entero.

–Pero entonces buscábamos una cuerda –le recordó Michael.

–Y no la encontramos aquí. Y también revisamos los papeles –masculló Balilty.

–Pero no buscábamos un manuscrito. Lo que no se busca no se puede encontrar. ¿Cómo vas a encontrar algo si ni siquiera sabes que existe?

–Tonterías –replicó Balilty–. Toda la vida me he ido encontrando cosas que no buscaba. Por lo general, las encuentro precisamente cuando no las busco. Y tú... ¿quién ha encontrado a una niña sin buscarla? –preguntó provocadoramente, pero enseguida se dio cuenta del patinazo y cambió de tema–. Me he destrozado la espalda –dijo haciendo una mueca–. Sólo espero que no sea como el año pasado cuando... ¿Por qué tienes que hacerlo todo personalmente? ¿Por qué debemos encargarnos nosotros de este registro? –protestó inesperadamente–. Podríamos encargar a unos cuantos hombres que le dieran una buena vuelta a todo. Basta con decirles lo que tienen que buscar.

–No estás obligado a quedarte. Podemos hacerlo entre Ya'ir y yo. Y tú...

–No lo verán tus ojos, amigo mío –lo interrumpió Balilty a la vez que se arrodillaba ante la estantería–. No pienso perdérmelo, por mucho que no crea que esto vaya a valer de algo. Pero estoy dispuesto a soportar hasta el dolor de espalda por ese dos por ciento de posibilidades de que lo encontremos.

–Va a llover –dijo Ya'ir mientras husmeaba el aire después de abrir la ventana–. Lo noto, esta tarde lloverá. Quizá por eso le duele la espalda. En días como éste, a mi padre le duelen las piernas.

Balilty le dirigió una mirada colérica.

–Nunca me equivoco en este tipo de cosas –insistió el sargento–. Mire esas nubes.

–Os voy a decir una cosa –dijo Balilty mientras sacaba un rimero de libros de la estantería y los depositaba en el suelo, examinaba el fondo de madera de la estantería y comenzaba a hojear los volúmenes–. He aprendido mucho de

falsificaciones con lo del asunto del cuadro. Aunque encontremos la partitura, y no lo creo, pasarán siglos hasta que consigamos que la autentiquen.

–Por lo que ha dicho Herzl Cohen, tengo la impresión de que esa cuestión ya está resuelta –replicó Michael–. Fue el motivo de que Felix van Gelden viajara un par de veces a Amsterdam después de que Herzl trajera la partitura. Y Gabriel van Gelden hizo otro viaje con el mismo propósito hace no mucho.

Pero Balilty, arrodillado y con una mano apretada contra la espalda, no estaba dispuesto a dejar que las cosas se quedaran así. Su gesto de exagerada concentración, una especie de mueca que le achicaba los ojos, fijos en un lugar invisible y lejano, indicaba que estaba a punto de lanzar un sermón.

–Aún no consigo creerme que Zippo le haya hecho hablar –dijo Balilty–. Para que veas. Como solía decir mi madre, al final Dios le saca su utilidad a cada cual. Nunca se sabe por dónde van a salir los tiros. Ni quién se apuntará un tanto. La espalda me está matando.

–Se le pasará cuando empiece a llover –prometió el sargento Ya'ir, que seguía en pie junto a la ventana abierta–. Ya no tardará en caer. ¿Quiere que empiece registrando esto? –preguntó, y se acuclilló junto al largo nicho que había bajo la ventana. Sin esperar a que le respondieran, abrió la fina y blanca puerta corredera de madera y comenzó a sacar partituras encuadradas en negro con rótulos rojos pegados al lomo.

–El caso Malskat, por ejemplo –dijo Balilty dándose aires de importancia–, resulta de lo más interesante. ¿Has oído hablar de ese caso?

–No –repuso Michael; volcó el cajón superior del escritorio sobre la alfombra y comenzó a revisar todos y cada uno de los papeles y a mirar las fotos. En una de ellas se veía a Theo junto a Leonard Bernstein entre un grupo de personas vestidas de etiqueta, y en otra, una vieja instantánea en blanco y negro, reconoció de inmediato a Nita de niña, en la cara una sonrisa que dejaba al descubierto los huecos entre sus dientes y le pintaba hoyitos en las mejillas. Sujetaba un chelo tan grande como ella. Qué encantadora, pensó con repentina tristeza al contemplar los rizos rubios y lustrosos, la mirada seria, inocente. Se guardó la foto en el bolsillo de la camisa. Entre llaveros, cajas de cerillas, un paquete de palillos, aspirinas, notas y recibos, encontró (y leyó) cartas de amor, cartas de queja, recortes de críticas de conciertos, tarjetas de felicitación y un documento que resultó ser una ajada copia de un acuerdo de divorcio.

–Ocurrió en Alemania. Estaban restaurando una vieja iglesia. Un restaurador de allí mismo, llamado Malskat, trabajó en ello durante un año. No permitía que nadie viera lo que estaba haciendo. Trabajaba solo, usando un andamio hecho según sus indicaciones. Cuando terminó, convocó a todo el mundo para que vieran lo que había encontrado, unos frescos en el techo, unas pinturas increíbles del siglo XIII. Es una época que te gusta, ¿verdad?

Michael emitió un gruñido desde las profundidades del segundo cajón.

–Pero, como siempre he dicho, el problema de estas personas, de los falsificadores, los timadores y también de los que asesinan a sangre fría, su problema es que no comprenden que una sola persona nunca puede pensar en todo. ¿Sabéis lo que pienso yo? –preguntó a la vez que hojeaba una enciclopedia de música–. Mira este retrato, échale un vistazo –dijo, y leyó con interés el pie de la ilustración–. Es Beethoven. Mira qué aspecto tenía –pasó a gran velocidad el resto de las páginas y luego dejó el libro en el montón de los que ya había revisado–. Yo pienso –prosiguió con énfasis– que los mayores imbéciles son quienes creen que el resto de los mortales son tan estúpidos que no se dan cuenta de nada. ¿Tengo razón o no?

Michael volvió a gruñir. Por el rabillo del ojo observó cómo el sargento Ya'ir cogía las partituras con gran cuidado y pasaba despacio sus páginas.

–Y eso fue precisamente lo que le pasó al tal Malskat. En su mural del techo de la iglesia había ocho pavos. Pero en el siglo XIII no había pavos en Alemania, porque fue Colón quien los trajo a Europa de América a finales del siglo XV, ¿entiendes?

Michael se contentó con emitir otro gruñido. En el tercer cajón sólo había cajas de puros y más programas de conciertos. Se dirigió al armario.

–¿Qué había pasado? Pues resultó que había sido Malskat quien había pintado el techo. Y a raíz de ese escándalo se descubrieron un montón de cosas más. Por ejemplo, lo de los santos de la catedral. ¿Sabes a qué me refiero?

–No.

–Durante la Segunda Guerra Mundial bombardearon Lübeck, y la catedral gótica fue alcanzada por los bombardeos y el enlucido se desprendió de las paredes. Contrataron a un restaurador, y él anunció que bajo el enlucido parecía haber frescos medievales. Y en 1951, después de tres años de trabajos de restauración, se organizó una gran recepción para enseñar aquel muro, donde había una fila de santos del Nuevo Testamento, figuras de tres metros de alto. En toda Alemania no se conocía nada igual. Causó sensación. Hasta se hicieron tiradas de sellos con esas imágenes. Hoy día deben de valer una fortuna, los sellos esos –reflexionó melancólico–. ¿Me estás escuchando?

Michael gruñó desde dentro del armario, de donde sacó algunas partituras impresas para luego revisar mecánica y desganadamente una serie de abrigos y esmóquines, llegando incluso a desdoblar un jersey de cachemir por si pudiera haber servido de escondite.

–Y todo el mundo alabó mucho al restaurador que había encontrado y limpiado las pinturas. Pero la historia no terminó ahí. Tiempo después, cuando pillaron a Malskat por el mural de los pavos, resultó que había trabajado de ayudante del restaurador en la catedral. Y confesó que él había pintado aquellos santos, y que además llevaba años falsificando cuadros de los impresionistas franceses. En todo el

mundo se encuentran montones de casos parecidos. El falsificador más famoso fue un holandés, Van Meegeren. Y hasta en el museo de arte más importante del mundo, los Uffizi, de Florencia... ¿has estado allí alguna vez?

Michael se limitó a gruñir de nuevo, ocupado en examinar cuidadosamente un juego de maletas guardado en el armario. El sargento Ya'ir sacó la cabeza del nicho y dijo:

–Yo no conozco Italia. Sólo he ido a Estados Unidos, en un viaje organizado por el instituto.

–Bueno, pues hasta a la galería de los Uffizi le pasó que compró un retrato pintado por Leonardo da Vinci y doscientos años después se descubrió que era imposible que lo hubiera pintado Da Vinci porque, al examinarlo con rayos láser, se vio que, en cada pincelada, los pelos del pincel se hundían más en la pintura por el lado derecho que por el izquierdo. ¿Lo pillas?

–No –dijo Michael; sacó la cabeza del armario y miró a Balilty sorprendido.

–¡Entonces te voy a dar una noticia! –exclamó Balilty triunfante–. ¡Leonardo era zurdo! ¡No pintaba con la mano derecha! No lo sabías, ¿a que no?

Michael negó humildemente con la cabeza y Balilty le dijo al sargento:

–Ven aquí, jovencito. Tú tienes bien la espalda. Quita de en medio esta pila de papeles, aquí no hay nada. Y baja lo que hay ahí arriba. Tendrás que subir a la mesa y abrir esas puertas de cristal. Y comprobar si están cerradas con llave, tampoco mis ojos son lo que eran –suspiró y observó al sargento mientras éste se subía con cuidado a la mesa y trataba de abrir las cristaleras.

–Están cerradas –dijo el sargento Ya'ir–. Pero eso no es problema –musitó–. ¿Las abro? –preguntó. Balilty le dijo que sí con un gesto y él se sacó del bolsillo un alfiler, se recostó contra las puertas y al cabo de unos segundos ya las había abierto–. Le iré pasando las cosas una a una. Pesan mucho –advirtió.

–¿Qué tenemos aquí? –bisbiseó Balilty, mirando un libro de gran tamaño.

–Déjame verlo –le pidió Michael. Le echó un vistazo y dijo–: No es más que otra partitura impresa.

–Mira que encuadernación tan lujosa. Terciopelo negro, ni más ni menos. ¿Qué pone aquí? No lo descifro.

–Der Freischütz –dijo Michael tras examinar los caracteres góticos–. Es una ópera de Weber. Significa: «El cazador furtivo» –pasó el dedo sobre las intrincadas letras.

–Weber, ¿y ése quién es? –Balilty palpó la encuadernación–. Éste no es un libro cualquiera, es algo especial. Míralo.

–Ya lo estoy mirando –repuso Michael, y pasó con cuidado las pesadas páginas–. Parece una pieza histórica, con ilustraciones de los decorados –dijo como para sí.

El sargento Ya'ir se bajó de la mesa y colocó sobre ella otro gran volumen encuadernado en terciopelo negro.

–Pesa muchísimo –dijo con un suspiro–, un auténtico tocho. Aquí pone que es una ópera.

Michael giró la cabeza para echar una ojeada al libro.

–Es Los troyanos, de Berlioz. He oído hablar de esta obra, pero no la he visto ni la he escuchado. No se suele representar, porque al principio hay que poner en escena a toda una armada.

El sargento Ya'ir abrió el libro y comenzó a hojearlo. Pasaba las páginas con mimo. También era una edición ilustrada.

–No estamos en una biblioteca pública –le regañó Balilty. Pero, acto seguido, se incorporó y se colocó junto al sargento; y estaba mirando por encima de su hombro en el preciso instante en que el joven pasó varias páginas de golpe y dejó al descubierto un rectángulo vertical horadado en el medio de la página que estaban mirando y en las de abajo.

Los tres hombres se quedaron en silencio durante unos segundos. Era la primera vez que, por mera casualidad, los tres se hallaban junto a la mesa, Michael y Balilty a ambos lados del sargento Ya'ir, mirando el mismo libro. Balilty emitió un sonoro suspiro y tomó asiento.

Con gran cuidado, Michael sacó un paquete envuelto en papel de seda del hueco practicado en el libro y lo depositó sobre la mesa. Al desenvolverlo, apareció un fajo de páginas gruesas y manchadas. A Michael le temblaban las manos.

–Millones –susurró Balilty–. Vale millones, ¿verdad?

El sargento Ya'ir carraspeó.

–Parece un cuento –se maravilló–. En el caso Arbeli lo único que encontramos fue un puñado de hilos en un coche, algunos pertenecientes a la víctima y otros a desconocidos. Y ahora... después de buscar y rebuscar, damos con esto.

–Bien hecho –dijo Balilty a voz en grito, y le pegó una palmada en la espalda al sargento–. Un buen trabajo.

El sargento se ruborizó, bajó la cabeza y permaneció así unos segundos; luego la levantó, husmeó el aire, miró por la ventana y exclamó:

–¡Le dije que iba a llover! Y hace sólo un par de días que hemos terminado la cosecha del algodón. ¡Qué suerte! Justo antes de las lluvias.

Llovía con verdaderas ganas, una lluvia pesada, estrepitosa.

–Un buen chaparrón, para ser el primero del año –comentó Michael a la vez que se precipitaba a cerrar la ventana–. Así de pronto, sin previo aviso.

–He oído por la radio –dijo Balilty, mirando de hito en hito el fajo de papeles– que la primera lluvia siempre es así. Estamos en Sukot, y en estas fechas siempre se producen inundaciones. La semana pasada ya cayeron algunas gotas. ¿Por qué no le avisas para que lo examine?

–Le avisaré dentro de un momento –repuso Michael, y se desplomó en una silla–. Acabo de caer en la cuenta de que puede ser lo que buscamos. No puedo

asimilarlo todo a la vez –farfulló mirando en la primera página del manuscrito una mancha de tinta sobre una palabra colocada entre unos pentagramas que no logró descifrar.

–¡Un momento! –gritó Balilty sobresaltado–. ¡Ponte esto! –sacó unos guantes finos del bolsillo de su pantalón y se los tendió a Michael; se quedó contemplando cómo se los calzaba–. Es justo como dijo que tenía que ser –se maravilló–. Papel grueso y fibroso. ¡Tócalo, toca la esquina! ¿A que sí? Tenemos que alertar al laboratorio. Qué increíble, la vida es... Estaba convencido de que no encontraríamos nada aquí. Vete a decirles que dejen de registrar el sótano –le ordenó al sargento Ya’ir.

Izzy Mashiah seguía sentado en la misma postura en que lo dejaron al cerrar la puerta: el cuerpo doblado hacia delante, el rostro sepultado en las manos, los dedos extendidos desde lo alto de las mejillas hasta el arranque de la frente. Retiró las manos despacio y miró a Michael con aire ausente.

–Queríamos que examinara algo que tenemos aquí –dijo Michael quitándole importancia a sus palabras, con ciertas reticencias, como si estuviera refiriéndose a un asunto tedioso del que se veía obligado a ocuparse.

Izzy Mashiah se levantó torpemente de la silla y le siguió al despacho.

–Siéntese –dijo Michael, y señaló un sillón negro–, y póngase esto –le tendió los guantes que él había usado antes.

Izzy Mashiah le dirigió una mirada sorprendida.

–Para que no se borren posibles huellas dactilares –explicó Michael.

Izzy asintió, se quitó el anillo de oro, lo dejó a su lado con mucha precaución y se calzó los guantes. Michael oyó a Balilty moviéndose pesadamente a sus espaldas y supo que estaría poniendo en marcha su pequeña grabadora.

El semblante de Izzy Mashiah permaneció impassible cuando Michael le colocó delante el fajo de papeles con reverente cuidado, sujetándolos con la punta de los dedos. Transcurrieron unos segundos antes de que Mashiah enarcara las cejas y dijera con asombro:

–Es... parece ser un manuscrito antiguo auténtico –y se inclinó sobre las páginas.

–¿Cómo lo sabe? –le preguntó Balilty desde atrás.

–Mire esto –Izzy Mashiah señaló los pentagramas, que no estaban impresos sino dibujados con tinta. Manoseó los bordes del papel–. Es, sin duda alguna, un papel antiguo, grueso y fibroso. Y el tipo de caligrafía también es de otros tiempos. Y mire esto –su dedo planeó sobre la página–, es el sello de una biblioteca. Necesitaremos un experto para que determine qué biblioteca es, pero a mí me parece que es italiana. Incluso veneciana, quizá. Necesito una lupa para... ¡Y miren estas manchas de moho! ¿Es una falsificación?

Como nadie respondía a su pregunta, Izzy Mashiah la repitió.

–Vamos a suponer que no lo es –dijo al fin Michael.

–¿Tienen una lupa?

–Ahora le traemos una –dijo Balilty, y salió a toda prisa del despacho. El retumbar de sus pisadas hizo temblar la puerta mientras se alejaba corriendo por el pasillo.

–Si es lo que creo –dijo Izzy Mashiah con voz trémula–, y si no es una falsificación, y si realmente procede de una biblioteca veneciana, podría ser... puede que incluso fuera... –contempló el manuscrito con ansiedad–. Y si es del siglo XVIII, como me parece, puede que incluso fuera... –repitió inquieto, y levantó la vista hacia Michael, quien mantuvo una expresión inescrutable. Izzy Mashiah empezó a pasar las páginas con extremo cuidado–. Si es auténtico –dijo sin dejar de hojearlo–, no está completo. Falta el principio, pero eso es típico en esta clase de manuscritos, que están compuestos de pliegos sueltos. ¿Lo ve? –levantó la esquina de una hoja, mostrando que estaba separada de la de abajo–. En fin, no soy experto en manuscritos, y todo lo que pueda decir tiene sus limitaciones.

–¿Nunca había visto esta obra?

Izzy Mashiah lo observó pasmado.

–¿Esta obra? ¿Yo? ¿Dónde podría haberla visto?

–¿Cómo quiere que yo lo sepa? ¿Tal vez en casa de Gabi?

–Nunca ha estado en nuestra casa –le aseguró Izzy Mashiah–. Créame, algo así no se me habría olvidado. Y no es que no tuviéramos manuscritos antiguos en casa. Felix llegó a traer uno barroco, pero era música didáctica, ejercicios. Pero nada como esto. Si es auténtico, valdrá muchísimo. No tiene precio. ¿De dónde lo ha sacado? –soltó de pronto.

Michael no respondió.

–¿Es de Theo? –persistió Izzy–. Quiero saber si es de Theo.

Balilty abrió la puerta de golpe, jadeante. Dejó delante de Izzy una lupa.

–Aquí tiene –dijo, y se desplomó en una silla.

El sargento Ya'ir entró en el despacho y se quedó en un rincón junto a la puerta, como si estuviera de guardia.

Izzy estudió el sello a través de la lupa.

–Sí –dijo con voz trémula–, es el sello de una biblioteca veneciana, y debajo de esta mancha de moho está escrita la fecha, 1725. Véalo usted mismo.

Le ofreció la lupa a Michael y éste la sujetó con buen pulso para mirar por ella. Izzy Mashiah hojeó reverentemente el segundo fajo de pliegos, y luego el tercero y el cuarto.

–Es un réquiem –dijo de pronto–. El cuerpo central de un réquiem, ya que falta el principio –continuó para sí–. Y también el final. Pero la parte central ¡cómo es! –se puso en pie y echó a caminar por el despacho–. ¡Ojalá Gabi pudiera verlo! –dijo con la voz ahogada–. Es el hombre que necesitarían. En justicia, tendría que haberlo visto y haberlo escuchado. ¡Le habría vuelto loco!

–Puede que lo viera –dijo Michael calmosamente.

Izzy se quedó mirándolo de hito en hito.

–¿Cree que de haber visto algo así no me lo habría dicho? –preguntó. Y prosiguió con furia: ¡No comprende nada! Es imposible que no me lo hubiera dicho. Me lo contaba todo, ¡sobre todo lo referente a la música! Aun cuando fuera falso, ¡qué calidad en la falsificación! ¡Una música como ésta! ¡No le habría dejado pegar ojo por la noche!

–¿Y dormía bien últimamente? –preguntó Balilty.

Izzy se encogió y quedó petrificado. Por su rostro pasaron la confusión, el terror, una súbita iluminación y de nuevo el terror.

–¿Es esto lo que estaba en Delft? –le preguntó a Michael en un susurro-. ¿Era esto? –exigió saber en tono amenazador, y agarró a Michael por la manga de la camisa-. ¿Es lo que se traía entre manos con el anticuario holandés?

–Eso creemos –repuso Michael.

Izzy Mashiah soltó el brazo de Michael, contempló el manuscrito, tomó asiento y se quedó mirando al frente con gesto ausente y el rostro demudado.

–No me contó nada de esto –musitó-. Nada, ni una alusión indirecta. ¿Cómo es posible?

–¿Cómo podemos saber quién es el compositor?

Izzy Mashiah apartó la partitura de Los troyanos, apoyó el brazo en la mesa y recostó sobre él la cabeza.

–Voy a desmayarme –les advirtió, y empezó a respirar aceleradamente, emitiendo pitidos.

Michael le hizo ponerse en pie y lo arrastró hasta la ventana. La abrió. La lluvia les mojó la cara.

–Necesito mi medicina –dijo Izzy Mashiah. La frente se le iba perlando de sudor.

–¿Qué medicina? –vociferó Balilty.

–Un inhalador. Tengo asma.

–¿No lo lleva encima? –preguntó Michael.

–En el bolsillo –repuso Izzy con un hilo de voz-. En el bolsillo de mi chaqueta.

–¿Dónde está su chaqueta? –quiso saber Balilty.

–Fuera, creo.

Balilty abrió la puerta.

–En la silla no hay ninguna chaqueta –anunció desde el pasillo-. ¿Dónde puede estar?

–Tal vez en el despacho –dijo Izzy, la barbilla temblona-. En el despacho de Zissowitz.

–¿Quién es Zissowitz? –preguntó Balilty.

–El representante de la orquesta –respondió Michael.

Y Balilty se precipitó pasillo adelante hacia el despacho del representante y

regresó con una chaqueta clara. Revolvió los bolsillos y extrajo una cajita.

—¿Es esto? —preguntó, y al ver el gesto de asentimiento de Izzy, sacó un pequeño inhalador.

Izzy aspiró el medicamento. Michael recordó entonces las advertencias de Ruth Mashiah sobre el asma de Izzy. El recuerdo de la directora de Bienestar Infantil trajo consigo la imagen de un rostro minúsculo y el sonido de unos pasos correteantes que quizá habría llegado a oír algún día. Y una punzada de dolor en el corazón. «Se ha ido», se dijo con firmeza. «Se fue. Se acabó. Punto final. Si hasta han encontrado a la madre. Ya no tiene sentido ni pensar en ello.» Y volvió a embeberse en el manuscrito.

Izzy Mashiah fue recobrando poco a poco el ritmo respiratorio normal. Guardó el inhalador en la caja sin mirar a los policías. Y continuó evitando mirarlos mientras volvía a ocupar su lugar en la mesa y se colocaba el manuscrito delante. Emitiendo un pitido con cada inspiración, continuó revisando meticulosamente el segundo conjunto de pliegos.

—Falta el Introito, esto es el Dies Irae —dijo lánguidamente—, y si es auténtico, es de Vivaldi. Parece obra suya, desde luego.

—¿Qué es lo que ha dicho? —le espetó Balilty, y Michael se quedó callado para no crear conflictos.

—Dies Irae... Significa día de ira, el día del Juicio Final. Es una de las partes establecidas de las misas de réquiem —explicó Izzy Mashiah, la voz trémula y remota—. Siempre es la sección más turbulenta. En los réquiems de Mozart y de Verdi se advierte muy bien. Pero es en el periodo barroco cuando el Dies Irae resulta más turbulento. Les gustaba resaltar el dramatismo. Y el mayor creador de tempestades musicales de esa época, de lo que los italianos denominaban *temporale*, fue Antonio Vivaldi. Cualquiera que haya escuchado el concierto *La tempesta di mare* reconocerá la mano de Vivaldi en este Dies Irae.

—¿Le basta ver las notas para saber cómo suena? ¿No necesita tocarlo? —preguntó Balilty con desconfianza.

Izzy Mashiah lo miró asombrado. Tardó un momento en comprender la pregunta.

—Sé leer la partitura —dijo asiéndose la barbilla blanda y temblona—. No comprendo por qué no me lo dijo —murmuró—. Nunca le perdonaré —juró, y rompió a llorar.

Balilty infló los carrillos y expulsó el aire sonoramente. Miró a Michael con gesto irritado y giró los ojos hacia el techo como diciendo: «¿Y ahora qué hacemos?».

—Si no se siente apto para la tarea —dijo Michael paternalmente—, podemos traer a un experto. Tenemos algunos entre nosotros, y tampoco sería problema recurrir a alguien de fuera...

–No es necesario –Izzy Mashiah se rehízo. Se sonó, se enjugó las lágrimas y dejó de llorar–. Puedo ocuparme yo. Puedo examinar el manuscrito ahora mismo y darles un dictamen definitivo.

–¿Está seguro? –preguntó Michael, sin prestar atención a la mirada admonitoria de Balilty–. No sería ninguna molestia que lo examinara alguien de la universidad o de nuestro laboratorio.

–En Israel no hay nadie que sepa más del Barroco que yo –repuso Izzy Mashiah, otra vez con la respiración silbante–. Ahora que Gabi se ha ido, ya no queda nadie. Y además, tengo derecho a verlo antes que cualquier desconocido... estoy convencido de que yo... ¡Cómo se les ha ocurrido la posibilidad de sacarlo de aquí! –exclamó horrorizado–. ¡Pero si está lloviendo!

Quedaron a la espera durante un rato mientras Izzy Mashiah se recostaba en la silla y usaba de nuevo el inhalador. Luego se puso a pasar páginas una vez más. De vez en cuando movía los labios como si rezara en silencio.

–Es un réquiem. Y falta todo el Kyrie, porque no tenemos las primeras páginas. Por lo visto, se ha perdido la primera parte entera. La segunda sección está aquí, y la tercera, y también la cuarta, aunque incompleta. La última no está. En total, contamos con tres secciones, la segunda, la tercera y parte de la cuarta, que comienza con el ofertorio y se interrumpe a medias. ¿Lo ven? –pasó las páginas con cuidado–. Cada fajo consta de ocho hojas escritas por ambas caras. Es decir, dieciséis páginas. Tenemos las treinta y dos páginas de las secciones segunda y tercera, y otras cuatro correspondientes al ofertorio. Falta la página del título y la firma del compositor. Algunos indicios señalan hacia Vivaldi. Se nota su sello estilístico, y también su ingenio.

Izzy volvió a sufrir un bajón.

–Es sencillamente inconcebible que no compartiera esto conmigo –masculló–. Tal vez tenía intención de contármelo a su regreso de Holanda –prosiguió, la vista fija en la partitura–. Si hubiera ido a recogerlo al aeropuerto, quizá me lo habría dicho. Pero no fui porque estaba muy dolido. Y así también le hice daño a él, y...

Empezó otra vez a pasar las páginas. Se enjugó el rostro y, sin quitarse las gafas, se frotó los ojos hasta que enrojecieron, y de pronto dijo:

–Veo que no lo completó todo, hay fragmentos en blanco –su dedo revoloteó sobre el manuscrito y fue a posarse en la mesa–. Eso tiene una explicación –continuó con evidente emoción–. Vivaldi tenía varios mecenas. Entre ellos, un cardenal cuyo nombre no recuerdo ahora. Hay referencias documentadas sobre una misa compuesta en 1722, posiblemente para Fernando de Médicis, el gran duque de Toscana. No sabemos qué clase de misa era, pero se supone que era de esas en las que se dejan secciones en blanco. Es decir, en las misas de réquiem, el compositor escribía una parte y dejaba que el sacerdote completara el resto con los

cantos tradicionales... Y aquí está el Sanctus, esto constituye una prueba – prosiguió.

–¿Una prueba de qué? –inquirió Balilty severamente, con voz seca.

–De que es realmente de Vivaldi. La música de este Sanctus es una réplica exacta de un pasaje de la Misa de Gloria de Vivaldi. Y es lógico que recurriera a él, porque ambos textos tienen el mismo número de sílabas y los pasajes están en la misma clave, pero tal vez... –se sumió en un silencio reflexivo.

–¿Tal vez qué? –lo apremió Balilty.

–Tal vez esto no sea más que una parte de la partitura original, que quizá también contenía secciones para las trompetas y la percusión.

–No veo que eso pueda considerarse una prueba de nada –comentó Balilty malhumorado–. El hecho de que proceda de otra parte. ¿No es eso lo que ha dicho?

Izzy Mashiah miró a Balilty distraídamente; de pronto pareció volver en sí.

–¿Qué es lo que no comprende?

–Lo que demuestra.

–En aquella época, los músicos siempre se imitaban unos a otros. Bach lo hacía, y también Haendel utilizaba ideas de otros compositores. Pero Vivaldi fue famoso en Europa entera a lo largo de toda su vida, y ninguno de sus contemporáneos se habría arriesgado a incorporar a una obra propia un pasaje de Vivaldi.

–¿Cómo habrá ido a parar a Holanda la partitura? –preguntó Balilty–. Ha dicho usted que Vivaldi vivía en Italia.

–Vivaldi viajaba mucho, tanto dentro de Italia como por el extranjero. Empezó largos viajes a lugares muy diversos. Sabemos que estuvo en Holanda en 1738. Era muy famoso, y el propio Bach y su hijo Carl Philipp Emanuel Bach arreglaron obras suyas. Estoy seguro de que este manuscrito estuvo en circulación. Tenemos constancia de que en 1722 o en 1728 se interpretó una pieza que luego se perdió. Nunca ha sido identificada como un réquiem, pero podría serlo.

–Sabe mucho de estas cosas –dijo Balilty desde detrás de Michael. Lo dijo con una renuencia teñida de respeto.

–¿De Vivaldi? Soy una autoridad en Vivaldi –dijo Izzy Mashiah amargamente–. Y por eso me resulta incomprensible que Gabi pudiera... Siempre comentaba conmigo todo lo relacionado con Vivaldi... Sé todo lo que se puede saber sobre él. Todas las fechas, cada una de sus peleas, hasta la última de las mujeres con las que se acostó, y... –el labio inferior le tembló y se retorció las manos–. No lo comprendo. Y yo pensando que había otra persona. Quizá era esto lo que le tenía ocupado cuando yo sospechaba de él –hizo una breve pausa y respiró hondo–. Bueno, supongo que se podría decir que era otra persona –quedó un momento en silencio–. Gabi me dijo que iba a casa de su padre. Llamé allí y no respondieron.

Pensé que me había mentido, y cuando llegó a casa le monté una escena. Puede que en realidad sí estuvieran allí, deliberando... ojalá... ¿Cómo ha podido ocultármelo?

—Quizá había jurado guardar el secreto —sugirió inesperadamente el sargento Ya'ir desde su puesto junto a la puerta.

Michael se volvió de prisa hacia él y le dirigió una mirada amenazadora. Le daba miedo que esa interrupción detuviera las divagaciones de Izzy.

—¿Quién? ¿Quién pudo...? —empezó a decir Izzy, y el resentimiento fue creciendo en su voz, que se acalló de pronto.

—¿Sí? —los ojillos de Balilty se entrecerraron mientras preguntaba—: ¿Sí? ¿Qué iba a decir?

—Sólo Felix pudo... —dijo Izzy Mashiah, cabizbajo—. Era el único que tenía el poder suficiente sobre Gabi como para hacerle jurar que no me lo iba a decir. Pero no comprendo por qué. Si precisamente soy la persona a la que deberían haber consultado. Es imposible que Gabi no lo supiera y Theo sí. Y si Theo lo sabía, ¿por qué no me lo dijeron también a mí? No lo comprendo.

—Así que es usted una autoridad en Vivaldi —dijo Balilty, reencauzando la conversación—. Qué suerte la nuestra —añadió sin el menor júbilo—. Nos ha dejado a medias con la explicación. Estaba diciendo —prosiguió, girando los ojos hacia el techo y mirando después a Izzy Mashiah desde atrás— no sé qué de la documentación. Que en ella no se menciona la palabra «réquiem».

Con una voz monótona, como si tuviera la mente en otro sitio, Izzy Mashiah dijo:

—Los holandeses tenían mejores impresores que los italianos. En el norte de Europa había una gran demanda de música italiana. En Alemania era donde Vivaldi gozaba de mayor popularidad. Ya en 1711, un editor holandés, Etienne Roger, sacó la publicación musical más importante de la primera mitad del siglo XVIII, L'estro armonico de Vivaldi, doce conciertos para violín solo, para dos violines y para cuatro violines.

—¿Está totalmente seguro de que es de Vivaldi? —preguntó Michael.

—Es más o menos seguro. Aun cuando no sea un manuscrito autógrafo, la obra es con plena certeza suya, sería una copia hecha del original. No puede ser de un imitador, porque en Venecia nadie se habría atrevido a interpretar una obra tan característica de Vivaldi. Una obra con el Sanctus sacado de su Misa de Gloria. Y ahí está el estilo. Ojalá no estuviera tan seguro. Ojalá no fuera de Vivaldi. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Ni una palabra. ¡Ni una palabra me dijo!

—¿Me haría el favor de explicarme qué rasgos específicos posee el estilo de Vivaldi? —dijo Michael—. En pocas palabras.

—¿Ahora?

Michael asintió. Izzy Mashiah se recostó hacia atrás en un alarde de cansancio.

—Vivaldi tenía debilidad por lo que, en el Barroco, se denominaba bizarrerie. Es

decir, lo extravagante, lo caprichoso, lo fantástico –dijo, y miró por la ventana como si sus ojos estuvieran absorbiendo la oscuridad–. Ese elemento se encuentra incluso en Las cuatro estaciones, que están llenas de efectos sorprendentes, novedosos. Vivaldi era extremadamente original, y aquí, en el Dies Irae –señaló con desgana el manuscrito–, eso se aprecia con toda claridad.

–¿Es todo? ¿Basta con eso?

–Hay algo más –prosiguió Izzy Mashiah tras una larga pausa que puede apreciarse en las partes corales de esta obra: su capacidad de abstracción. Si bien es cierto que al referirnos a las mejores melodías barrocas solemos pensar en Corelli, Vivaldi también poseía un gran talento lírico. Pero su especialidad era componer movimientos enteros sin ninguna melodía, a base de motivos recurrentes que se repetían en distintas tonalidades, tal como ocurre en el concierto La notte.

–¿Y es eso una prueba suficiente de su estilo? ¿Bastaría para que los musicólogos determinasen que Vivaldi es el compositor de esta obra?

Izzy Mashiah suspiró.

–Aunque no fuera una composición de Vivaldi, no por ello dejaría de ser muy valiosa –dijo con indiferencia–. Pero estoy convencido de que es de Vivaldi. Los musicólogos estarían de acuerdo conmigo.

–¿Y es realmente posible que algo como esto aparezca de pronto en un viejo órgano de Delft?

–La Misa de Berlioz se encontró en un estante del altillo del órgano de una iglesia belga. Un hato de papeles atados con una cuerda, cubiertos de polvo –dijo Izzy Mashiah–. A veces estos asuntos están relacionados con las herencias y otras complicaciones. Ya sabe que los músicos guardan sus obras en los lugares más insólitos. ¿Por qué no en un viejo órgano de Delft?

–No sé si ha caído en la cuenta –dijo Balilty lentamente– de que esto pertenecía a Gabriel van Gelden, y usted es su heredero. Le ha legado todo lo que tenía.

Izzy Mashiah palideció. Se quedó pasmado mirando el manuscrito y se apresuró a retirar las manos de la mesa.

–Gabi no me dijo nada de esto –se lamentó una vez más, cabeceando–. Nada de nada. No podía desear que pasara a mis manos. Si no hay nada registrado oficialmente a tal efecto, no puede ser mío. Y, en realidad, tal vez no merezca tenerlo, porque no confié en él y le acusé de... –su boca se frunció en un rictus de dolor–. Y si él no pretendía dármele, no lo quiero.

–¿Cómo iba a pretender dárselo? –dijo Balilty, casi con lástima–. Pensaba publicarlo, no sabía que lo iban a decapitar por culpa de este manuscrito.

–¿Por culpa del manuscrito? –Izzy Mashiah se encogió y miró a su alrededor–. ¿Por su culpa? ¿Quién?

–Teóricamente, podría haber sido usted –le recordó Balilty.

Izzy Mashiah lo miró desconcertado.

–¡Pero si ni sabía de su existencia! ¡Él no me lo había contado!

–No sería la primera vez que pasara algo así –sentenció Balilty–. Y otras veces ha pasado con menor motivo.

–¡Pero si no sabía nada de esto!

Nadie dijo nada.

–No quiero seguir mirándolo –susurró Izzy Mashiah–. No quiero ni tocarlo. Balilty ladeó la cabeza.

–Le aseguro que lo superará. A fin de cuentas, un millón es un millón. Y además –añadió secamente–: ¿está dispuesto a testificar por escrito todo lo que nos ha explicado?

Izzy Mashiah asintió con gesto desolado.

–Yo no he matado a Gabriel –dijo cuando ya estaban junto a la puerta–. No sabía nada del manuscrito. Y no he estado en el auditorio.

–En la poligrafía mintió –le recordó Balilty.

–Pero no he matado a Gabi –se defendió de nuevo.

–Si no lo ha matado –dijo Balilty a la vez que abría la puerta–, nuestro deber es no perderlo de vista. Sabiendo todo lo que sabe, su vida corre peligro.

–¿Y Nita? ¿Nita también está al tanto de esto? –le susurró Izzy Mashiah a Michael, espantado, cuando ya estaban en el pasillo.

–Y ahora quiero que venga un experto en documentos del laboratorio –le dijo Balilty a Michael en el coche–. Aunque aparezca el certificado de autenticidad holandés. ¿No encontrasteis algo de ese estilo en la caja fuerte?

–Puede estar en un banco extranjero –repuso Michael.

–Pero no ha salido del país después de que su padre... –Balilty se interrumpió cuando ya casi era demasiado tarde.

–Puede que dejasen la documentación en Holanda, y no ha habido tiempo para recuperarla. ¿Qué...? –Michael se volvió hacia atrás.

Izzy Mashiah los miraba como si acabara de comprender algo, y ese algo le hizo decir con voz trémula:

–¡Pare ahora mismo! –y se cubrió la boca con las manos.

El sargento Ya'ir se apresuró a abrir la puerta trasera y espantó con un ademán y un gesto a una mujer que se detuvo a observar a Izzy Mashiah vomitando sobre el bordillo.

–Ningún experto del laboratorio querrá tocarlo –dijo Balilty a la vez que tamborileaba con los dedos en la ventanilla del coche–. Tendrán miedo de estropearlo. Los conozco. Dirán que no hay que arriesgarse a destruirlo examinándolo. Será mejor tratar de sacarle a él los documentos de autenticidad.

–Vaya a lavarse la cara y a beber algo –le dijo Michael a Izzy Mashiah cuando

llegaron al aparcamiento del complejo del barrio ruso—. Nos espera una larga noche —le advirtió a Balilty mientras la operadora les comunicaba por radio que Eli Bahar los buscaba.

—¿Dónde está? —preguntó Balilty.

—En la autopista Tel Aviv-Jerusalén. En un atasco. Hay una manifestación y está tratando de salir al arcén. Quiere que lo llamen al móvil, que no usen la radio.

Izzy Mashiah se contempló en el espejo rajado del cuarto de baño del cuartel de la policía. Michael lo esperaba junto a la puerta, cruzado de brazos.

—Una vez que haya firmado su declaración —dijo—, le explicaré lo que queremos que haga en relación con Theo.

Izzy Mashiah abrió el grifo. Salió un estrepitoso chorretón de agua.

—¿Va a venir Theo? ¿Y voy a tener que verlo? —musitó Izzy con la cabeza metida bajo el grifo.

—Ahora mismo no. Lo traerán, pero aún tardarán un rato, y entretanto tendremos tiempo de...

El pelo y la cara de Izzy chorreaban. Se pasó las manos por la cabeza.

—Soy incapaz de ver a Theo ahora —dijo, y se sentó en el suelo. Dobló las piernas y recostó la cabeza en las rodillas. Le silbaba la respiración. El grifo goteaba—. Soy incapaz —repitió implorante.

—Usted quería a Gabriel —le recordó Michael, sintiéndose como si estuviera hablándole a un niño a punto de montar una rabieta.

—No me había contado nada —se lamentó Izzy Mashiah entre sus rodillas—. Ni una palabra, ni una alusión, nada.

—Vámonos —dijo Michael con dulzura, y lo ayudó a levantarse—. Vamos a prepararle un té con limón.

15

Cuestión de dinámica

Con extremo cuidado, y sin soltar su habitual frasecita condescendiente: «Muy bien, Zippo, bien hecho», Balilty sacó la cinta de la pequeña grabadora. La cinta de las conversaciones de Zippo con Herzl Cohen estaba rebobinada hasta el punto donde se mencionaba el nombre del experto belga con quien Felix se había citado en Amsterdam. Balilty tenía el rostro petrificado. En él se veía la expresión de desconcierto de quien es incapaz de aceptar que la realidad ha refutado sus prejuicios. Se le notaba en torno a la boca y en la flacidez de los labios, y también dominaba sus ojos, que seguían el movimiento del lápiz con el que Michael golpeteaba mecánicamente la mesa. Michael estaba al teléfono, sosteniendo una larga conversación con Jean Bonaventure, un distinguido estudioso de la música y los manuscritos de la época barroca; era él quien, en Bruselas y hacía más de seis meses, había preparado y firmado los documentos que venían a ratificar las deducciones de Izzy Mashiah. Las explicaciones musicales de Bonaventure, facilitadas en francés con acento belga, le sonaban conocidas a Michael. El belga adujo motivos casi idénticos a los expuestos por Mashiah para considerar que la obra era el cuerpo central de un réquiem de Antonio Vivaldi. El musicólogo añadió que, en su momento, le había prometido a Felix van Gelden mantener en secreto el hallazgo, e incluso había firmado un documento notarial a tal efecto, pero que ahora le pesaba ese retraso en dar a conocer la existencia del réquiem de Vivaldi, en interpretarlo y publicarlo.

Para convencer a Bonaventure de que hablase con la policía de Jerusalén y firmase una declaración fue necesaria la mediación del primer secretario de la embajada israelí en Bruselas («Un amigo mío del ejército», había explicado Balilty al tiempo que prometía «resolver el problema de inmediato»).

Aunque había desviado la vista de Balilty para concentrarse en la conversación, Michael advertía los esfuerzos del agente de Inteligencia por tomar nota de la apresurada traducción que él iba haciendo del torrente de francés vertido por el teléfono. Vio por el rabillo del ojo cómo Balilty apuntaba diligentemente, a la vez que se pasaba la lengua por los gruesos labios, expresiones como «datación del papel», «antigüedad de la tinta», «diferentes marcas de agua», «papel veneciano de gran calidad» y «técnicas de...»; llegado a ese punto, Balilty se detuvo y tocó a Michael en el hombro.

—¿Qué has dicho? ¿Técnicas de qué? —preguntó.

Michael se excusó ante el musicólogo, desconectó el altavoz y respondió a Balilty:

–Técnicas de impresión de los pentagramas.

Balilty asintió y Michael conectó el altavoz. En el despacho volvió a resonar la voz potente y ronca del anciano musicólogo, a quien habían despertado con su llamada; explicó que había comparado la letra del réquiem con la de otros manuscritos autógrafos de Vivaldi y que de ese examen se desprendía claramente que el manuscrito propiedad de Felix van Gelden era obra de un copista, salvo algunos compases añadidos más adelante por el propio Vivaldi.

–¡Sigo sin dar crédito a que Zippo le haya sonsacado tantas cosas a Herzl Cohen! –exclamó Balilty mientras escuchaba una vez más las grabaciones de las conversaciones con el musicólogo belga y con el abogado Meyuhas, especialista en derechos de autor–. Debería felicitarle o algo así, ¿no? –añadió en tono culpable.

–¿Estás listo para entrar? –preguntó Michael. Estaba nervioso, tenía un nudo en el estómago y la sensación de que el futuro le reservaba más acontecimientos fatídicos–. Llevan esperándonos más de dos horas.

–Y mientras tanto, ¿yo qué he estado haciendo? ¿Jugando al bridge? –dijo Balilty enfurruñado–. Es mejor dejar zanjado todo esto de antemano.

En la sala de reuniones, Eli Bahar estaba en pie a espaldas de Abraham, quien examinaba unos papeles sentado a la mesa. Tzilla, que había entrado después de Michael y Balilty, dijo jadeante:

–Ya he traído a Nita. La he dejado en tu despacho, porque tiene un sofá –le explicó a Shorer–. No sabe que Theo ya está aquí. Se ha acostado en el sofá. Está en muy baja forma. Y Theo –prosiguió, volviéndose hacia Michael– está a la espera en tu despacho. Hemos pensado que lo mejor para él era un sitio pequeño. Y, siguiendo tus instrucciones, no está solo. Lo hemos dejado a cargo del sargento de guardia. Theo tampoco sabe nada de momento, ni siquiera que Nita está aquí. Izzy Mashiah está hablando con la experta en documentos del laboratorio. ¿Cómo se llama?

–¿Sima? –dijo Balilty–. ¿La chica de pelo rizado y grandes gafas?

–Esa misma, Sima –confirmó Tzilla.

–Estupendo, Sima sabe lo que se hace –dijo Balilty, y tomó asiento a la derecha de Shorer, quien estaba embebido en el informe forense, cuyas páginas repasaba a gran velocidad. En el extremo opuesto de la mesa, el sargento Ya'ir también leía con atención el mismo informe. Iba pasando el dedo sobre las líneas, el ceño fruncido en un gesto de concentración, como si no quisiera perderse ni una palabra.

–«Gran fuerza» –murmuró Shorer–. ¿Lo oís? Aquí dice que quien lo haya hecho, hubo de ejercer una gran fuerza. Si fue una mujer, tendría que ser

gigantesca. Mirad –continuó sin dirigirse a nadie en particular–, dice: «Escasa probabilidad» –se quitó las gafas de leer.

–Con eso parece que queda excluida –señaló Balilty–. Siendo así... –continuó pensativo, y se quedó en silencio.

Michael lo escudriñó con inquietud, como si estuviera leyéndole el pensamiento, y se apresuró a decir:

–Olvidalo.

–¿Qué quieres que olvide? –replicó Balilty inocentemente.

–Olvida lo que estás pensando. Me puedo encargar yo. Quiero encargarme de eso personalmente.

–¿Entraste con ella sin llamar la atención de los periodistas? –le preguntó Eli a Tzilla.

–Ya sólo quedaba uno a la espera. Los demás han desistido. El que está ahí no para de darme la paliza con lo de la navaja japonesa.

–¿Qué navaja japonesa? –preguntó Eli sorprendido.

–Se le ha metido en el coco que a Gabriel van Gelden lo han degollado con una navaja japonesa. Ya sabes cómo son. Si no les cuentas nada, enseguida se inventan algún disparate y...

–No la puedes obligar a hacer eso –le advirtió Michael a Balilty.

Shorer los miró alternativamente y luego preguntó con impaciencia de qué estaban hablando.

–Éste cree saber lo que estoy pensando. Ahora ha aprendido a leer el pensamiento –Balilty alzó la vista al techo.

–No podemos perder el tiempo con jueguecitos –les espetó Shorer irritado–. Mañana tengo una reunión con el comisario jefe y el ministro. Ya es la una. Quieren quitarnos el caso. Vamos al grano, Balilty, por favor.

–Pues bien –dijo Balilty, haciendo alarde de paciencia–. Nos enfrentamos a un grave problema, que por otra parte no es ninguna novedad. No pretendo decir que nunca nos haya sucedido algo parecido, pero esta vez el problema es más grave. Usted mismo lo sabe, señor –le dijo a Shorer–. Lo hemos aprendido de usted, y también de él –añadió, señalando a Michael con un gesto–. Es una cuestión de la dinámica del interrogatorio que nos espera. Casi todos los datos de este caso son meros indicios. Me parece que no vamos a lograr que cante.

–¡Pero si no tiene coartada! –exclamó Eli Bahar–. ¿Qué dices de indicios? Su coartada era un embuste. Hemos hablado con la canadiense y con la violinista. Con la primera no estuvo, y con la otra estuvo a destiempo. Y ahora ya tenemos un móvil. Y la oportunidad de hacerlo. Lo tenemos todo. ¡Es un caso resuelto!

–Necesitamos una confesión y una reconstrucción del crimen –sentenció Balilty. Se inclinó hacia delante y extendió las manos sobre la mesa, como si fuera a apoyar en ellas todo su peso–. Hemos hecho un gran trabajo. Hasta tenemos el testimonio

del abogado sobre la reunión que debían haber celebrado y sobre la visita que le hizo Gabriel van Gelden. Por no mencionar al belga y las copias de los documentos de autenticidad que llegarán mañana por correo urgente. Hemos conseguido muchísimas cosas. Sería una pena tirar la toalla antes de arrancarle una confesión. Si no la conseguimos, el caso puede prolongarse durante meses y meses en los tribunales.

–¿Cuál es el problema? –preguntó Abraham.

–A nuestro estimado maestro –dijo Balilty lentamente– no le importamos un comino ninguno de nosotros. Ni nos respeta ni nos tiene miedo.

Zippo fue el único que replicó.

–¿Y por qué necesitamos importarle un comino? –preguntó, sin dejarse desalentar por la desabrida expresión de Balilty–. Quiero comprenderlo –perseveró–. ¿Cómo me voy a enterar si no pregunto?

Balilty echó una mirada en derredor con el gesto fatigado de quien se ve en la obligación de explicar lo que es obvio.

–Pues bien –dijo de mala gana–, es una cuestión de la dinámica de la investigación.

–Sigo sin entenderlo –dijo Zippo con una determinación inusual en él–. Explícamelo, por favor.

–Ya sabes cómo se desarrolla un interrogatorio de esta clase –dijo Balilty, y exhaló un suspiro–. Puede durar varios días, o, como poco, varias horas.

–¿Y?

–Y sabrás que tiene que establecerse una relación determinada entre el sujeto y quien lo interroga.

–¿Y qué?

–Yo no sé nada de este tipo de música –prosiguió Balilty, revolviéndose–, y ni siquiera nuestro amigo Ohayon, que sí conoce esta música, y quizá mucho, le merece el menor respeto al maestro de fama internacional.

–Ah, ¿no? –dijo Zippo sorprendido. Eli Bahar emitió un profundo suspiro.

–Lo que piensa el maestro –prosiguió Balilty, y miró a Michael–, perdonadme que os lo diga, es que somos una panda de imbéciles. Incluido tú. ¿No es así?

Michael encendió un cigarrillo. Le temblaba la mano.

–¿Qué más da? –dijo Zippo. Sacó brillo a su mechero plateado con el pulgar y se atusó el bigote–. Tú también me creías imbécil y eso no me ha impedido traerte la cinta de Herzl Cohen, ¿o no?

Balilty retiró las manos de la mesa, se enjugó la frente, miró a Michael y a Shorer con gesto de impotencia, y reconoció molesto:

–Has hecho un gran trabajo. Pero esto no es lo mismo.

–Si me lo hubieran explicado todo bien desde el principio –dijo Zippo con suavidad–, si él no se empeñara en trabajar siempre solo –continuó a la vez que

señalaba a Michael con una inclinación de cabeza—, mi trabajo podría haber sido aún más eficaz.

—Dejemos de perder el tiempo —intervino Shorer—. Explícanos lo que piensas y por qué Michael está en contra. Como verás, nosotros no sabemos leer el pensamiento.

—Quiere montar una confrontación con Nita —soltó Michael. Tenía el rostro flameante—. Quiere que Nita hable con Theo. Y que nosotros lo veamos a través del cristal. Nita no será capaz de soportarlo. Y, además, no se va a prestar.

Shorer dirigió una mirada interrogante a Balilty y éste asintió y parpadeó, al parecer decepcionado porque Michael hubiera acertado en su suposición, lo que le impedía exponer su plan como es debido.

Un silencio tenso se adueñó de la sala de reuniones. Por lo visto, nadie estaba dispuesto a tomar postura. El sargento Ya'ir se cruzó de brazos y escudriñó todos los rostros con una mirada seria, atenta.

—¿Qué dices tú? —preguntó al fin Shorer, mirando a Tzilla—. Tú has pasado con ella muchas horas. ¿Qué opinas? ¿Sería capaz de soportarlo?

—Está realmente enferma —repuso Tzilla titubeante—. La mitad del tiempo se lo pasa delirando. Pero no está excesivamente débil. Su cuerpo se ha debilitado mucho, pero Nita es... no sé cómo expresarlo, es como si tuviera una fuerza especial. No es una persona corriente.

—¿Qué perdemos por intentarlo? —preguntó Balilty—. Si todos se prestan, si lo montamos bien, podemos obtener en un momento una confesión grabada y luego hacer que la escuche. En caso contrario, si ella no se prestara a participar, o si él no le contara nada, ¿qué habríamos perdido? Éste no es momento para preocuparse de lo que puede sentar bien o mal a la hermana.

—Las confesiones grabadas no tienen fuerza legal. ¿Y si luego se retracta? —dijo Abraham.

—Nita no se prestará —dijo Michael, y notó que se le humedecían las axilas.

—No hace falta que se lo planteemos directamente —replicó Balilty con brusquedad—. Si no estuvieras... Si fuera una desconocida, no verías ningún problema en hacerlo. ¿Dónde crees que estamos? ¿Desde cuándo hemos prometido decir siempre la verdad en los interrogatorios? Sabes que es lo mejor para que funcione bien la dinámica.

—La dinámica, claro, claro —masculló Michael—. La sagrada dinámica.

Balilty le dirigió una mirada acusadora.

—Fuiste tú quien introdujo ese término, y no tenías nada en su contra cuando se trataba de interrogar a desconocidos —añadió con malicia—. Pero ¿ahora? Ahora es un asunto de familia.

Shorer tosió.

—Ya está bien, Danny, lo has dejado claro —dijo a la vez que desmenuzaba una

cerilla quemada que había sacado del cenicero colocado delante de Michael.

–Tal vez... –intervino, vacilante, el sargento Ya'ir. Todos se volvieron hacia él sorprendidos, como si se hubieran olvidado de su presencia–. Tal vez podríamos retomar el tema que ha planteado el jefe. Una vez asistí a una conferencia de Ohayon sobre la dinámica de los interrogatorios –continuó, señalando a Michael–, y no comprendo por qué no puede interrogar él mismo al sujeto. La mujer tiene fiebre, escalofríos y náuseas. Está en muy baja forma. Personalmente opino que está demasiado débil para someterse a algo así –sus ojos castaños cruzaron una mirada con Michael, quien lo miró como si lo viera por primera vez, recordando que Balilty había comentado burlonamente que Ya'ir le recordaba al Michael de hacía veinte años.

–Sabéis tan bien como yo –replicó Balilty impaciente– que interrogar a Theo van Gelden nos llevará horas y horas, y no habrá el dramatismo que se ve en las películas. No es ningún secreto que la inculpación tendrá que basarse en cuestiones técnicas. Es un asunto que requiere... una especie de química entre el interrogador y el sujeto. Y ninguno de nosotros va a conseguir esa química con el señor Theo van Gelden.

–No estoy de acuerdo –dijo el sargento Ya'ir mansamente–. Por el contrario, creo que sí puede darse esa química entre Theo van Gelden y el superintendente jefe Ohayon.

Shorer apartó el informe forense.

–¿Es absolutamente necesario que nos pongamos a debatir la psicología de los interrogatorios en este momento? –masculló.

–No sé si está en lo cierto o no –dijo Michael, la vista puesta en el sargento Ya'ir–. La verdad es que no sé si lograría conducir a Van Gelden hasta un estado en que sintiera la necesidad de justificarse ante mí. Ni siquiera sé si no me considera un imbécil. Me trata como si fuera un objeto. Cuando no necesita nada concreto de mí, dejo de existir para él. Claro que eso podría cambiar durante el interrogatorio.

–Nunca llegaríais a la situación adecuada. Este tipo es demasiado creído –objetó Balilty–. Con él nunca lograrías crear una relación como la que conseguiste con aquel oficial de las Fuerzas Aéreas, el coronel Beitan. Y aquello no era un asesinato, simple malversación de fondos, pero la verdad es que esa vez... –meneó la cabeza con remisa admiración–, hiciste un trabajo estupendo. Al escuchar las cintas del interrogatorio, uno se da cuenta perfectamente de adónde lo ibas llevando y de lo que sucedía entre vosotros. El factor clave fue la confianza que tenía en ti y la importancia que le daba a lo que pensases de él.

–Me gustaría oír esas cintas –dijo, intrépido, el sargento Ya'ir–. Me gustaría saber qué pasó exactamente. En las primeras fases de la investigación, yo también conocí al coronel Beitan, y, desde luego, como decía mi padre, era una de esas personas «nacidas para la discordia, como las chispas que saltan por el aire».

Balilty lo miró con una mezcla de perplejidad y desconcierto. Se recostó en su silla, abrió y cerró la boca, giró los ojos en las órbitas, se enderezó e inclinó la cabeza como siempre lo hacía cuando iba a lanzar un comentario particularmente cáustico.

—¿Qué tipo de chispas? —dijo con malevolencia. Lo que le molestaba no era la referencia bíblica, sino la extraña combinación de ingenuidad y aplomo, algo que también le llamó la atención a Michael, incluso en aquel momento de extrema tensión.

Antes de que Ya'ir pudiera decir algo más, Shorer intervino tajante:

—En aquel caso, ¿cómo podría decirlo?, el superintendente jefe Ohayon logró convertirse en una figura con autoridad moral a ojos del sujeto, al menos en aquel contexto determinado. Una figura con capacidad para otorgar la absolución. Después de dedicarle muchos años a esta profesión —explicó—, uno comprende que la gente tiene una gran necesidad de justificarse moralmente. Y a veces, si hay suerte, un interrogador consigue darle al sujeto la imagen de persona con poder para ofrecerle clemencia, el perdón o una legitimación moral. Se convierte en una figura con autoridad. No siempre se consigue, pero en aquel caso concreto salió de maravilla.

—A veces hay que hacer cosas horribles —comentó Balilty, sumido en sus reflexiones—. Yo mismo he hecho cosas que os parecerían increíbles. He llorado con los sospechosos. Por sus problemas y por los míos. Y por sus crímenes. Una vez llegué a decirle a alguien... —un destello aleteó en sus ojos mientras bajaba la vista y decía—: Pero no viene a cuento ahora.

—Y Michael —intervino de pronto Eli— pasó horas y horas hablando con el coronel Beitán de sus divorcios y de la relación que tenían con sus hijos. La cuarta parte del interrogatorio consistió en eso. ¿Os acordáis?

Michael bajó la cabeza. Todavía se sentía incómodo al recordar aquel interrogatorio y el regocijo con el que sus colegas escucharon las grabaciones. Guardaba un recuerdo muy vívido de los momentos en que no hubo fingimiento alguno en aquellos diálogos, y tenía la sensación de que todo el mundo había percibido el instante preciso en que se sintió tentado de abrirse de veras, sí, todos debían de saberlo tan bien como él. Como si le hubiera leído el pensamiento, Eli añadió:

—Y no es un simple truco, no es sólo cuestión de astucia, es una relación que se va creando entre dos personas.

Michael se revolvió en la silla. Había llegado el momento de decir algo, de sobreponerse a la vergüenza y la incomodidad que lo abrumaban. Sobre todo cuando recordaba que le contó al coronel una crisis en su relación con Yuval, su hijo. Así pues, se apresuró a devolver el debate al terreno teórico:

—Si los criminales no confiesan no es por miedo al encarcelamiento —se oyó

explicarle al sargento Ya'ir-. Su imaginación no siempre llega tan lejos. No suelen llegar a verse en la cárcel. Lo que les asusta, aunque parezca sorprendente, es el aspecto moral. La dificultad de vivir sintiéndose culpable es lo que nos permite comunicarnos con ellos. Los criminales, o la mayoría de ellos, aspiran a alcanzar un estado, un sentimiento, una confirmación de que han hecho lo correcto desde el punto de vista moral. En el caso que tenemos entre manos, sería el apoyo moral al derecho de lograr el amor del padre. Ése es el camino para llegar a Theo van Gelden. Si el interrogador está dispuesto a aceptar la postura del sujeto, irá bien encaminado para extraerle una confesión. Dicho de otro modo, si Theo van Gelden percibe que acepto sus motivos desde el punto de vista moral, que los acepto y tal vez incluso los justifico, habría una posibilidad de éxito. Lo que tiene preocupado a Danny es que duda de que Theo van Gelden pueda considerarme una figura con la importancia suficiente para legitimar su postura.

-No nos sobra el tiempo -advirtió de pronto Balilty-. No es el momento de ponernos a filosofar.

-En esta clase de interrogatorios -dijo Shorer-, siempre te preguntas a qué tipo de persona te estás enfrentando. De pronto, te pones a hablar de ti mismo. Buscas puntos de contacto. Igual que lo harías al tratar con cualquier persona. Uno de los motivos de los sorprendentes éxitos de Michael es que está dispuesto a abrirse y a comprender a la persona que tiene delante.

-No siempre -se oyó decir Michael-. No fue así con Tuvia Shai, por ejemplo, ni en otros casos, ahí sencillamente tuve que tender una trampa.

-Los asesinos necesitan comprensión -explicó Shorer-, como cualquier hijo de vecino. Que se comprendan sus motivos, lo que piensan, lo que sienten.

-What makes them tick -recitó Balilty.

-¿Por qué piensa que Ohayon no lo puede lograr en esta ocasión? -perseveró el sargento Ya'ir-. Si no lo he comprendido mal, hasta está relacionado con la familia. Eso puede darle una ventaja.

-El problema está ahí, precisamente -dijo Balilty, y descargó un puñetazo en la mesa-. Ohayon está mezclando en el asunto consideraciones personales irrelevantes. Debemos trabajar en dos etapas, la primera con la hermana.

-¿Qué hemos decidido? -preguntó Shorer impaciente-. ¿Puedes exponérselo a la hermana de tal manera que se preste a colaborar o no?

Michael asintió con un gesto y se puso en pie. Era incapaz de articular palabra.

-Lleva a Nita a la sala azul -oyó que le decía Balilty-. Primero trasladaremos al hermano.

La sala azul era tan gris como todas las demás. Se decía que el nombre le venía de una cortina azul que en su día tapaba el falso espejo tras el que se sentaban los testigos para identificar a los sospechosos.

En tres ocasiones Michael estuvo a punto de levantarse de un salto para irrumpir en la sala al rescate de Nita. Y en cada una de ellas permaneció sentado entre Balilty y Shorer, se aferró al armazón metálico de la silla y miró a su alrededor, sin mover un músculo. Desde el momento en que cogió a Nita del brazo y la condujo a la sala azul, se sentía como si la hubiera lanzado por un camino en el que no lograría sobrevivir. Por un instante tuvo la sensación de que el peligro que corría Nita era físico, de que no saldría con vida de allí. Antes, en el despacho de Shorer, Michael había aceptado dócilmente las acusaciones de crueldad que ella le lanzó con una voz fría, desconocida, declaradamente hostil. Y ahora, mirándola a través del falso espejo, volvió a llamarle la atención el arrebol que teñía su cara. Al dirigirse a toda prisa al despacho de Shorer desde la sala de reuniones, esperaba encontrarla en un estado de postración. Le sorprendió ver su rostro lustroso y con un color rosado que no le conocía, los grises ojos reluciendo de fiebre. Nita lo escuchó con gran atención mientras le hablaba del réquiem, de cómo lo habían encontrado, de la conversación con el experto belga, de la coartada falsa de Theo.

—No me creo ni una palabra —dijo Nita con firmeza—. Así de sencillo.

Michael suspiró. Cogió el teléfono y pidió que hicieran pasar a Izzy Mashiah y a la experta en documentos del laboratorio, y que le llevaran el manuscrito.

—¿Es verdad? —le preguntó Nita a Izzy Mashiah una vez que hubo dejado el manuscrito en el sofá—. Dice... —dijo con la voz ahogada; luego consiguió elevar el tono y concluyó—: Dice que lo han encontrado en el despacho de Theo.

Izzy agachó la cabeza.

—Dice que Theo... Gabi... padre... ¿es verdad? ¿Sabes algo de todo esto? ¿Lo crees? ¿Crees lo que dice, Izzy?

Izzy Mashiah dirigió la vista hacia el manuscrito y luego hacia Michael. Respiraba rápida y entrecortadamente.

—Gabi no me contó nada de esto. No quiso que lo supiera. Pero es de Vivaldi. Sin lugar a duda. Y estaba en el despacho de Theo, dentro de una partitura de Los troyanos.

—De lo que parece deducirse algo —insistió Nita— que él ha dado a entender sin decirlo explícitamente: que Theo asesinó a padre y a Gabi por esto —desvió la vista de Michael, a quien aludía fría y cáusticamente, como si fuera su peor enemigo.

Izzy Mashiah se puso pálido. De la frente le brotaron goterones de sudor. Su respiración silbaba débilmente.

—¿Qué opinas tú, Izzy? Tú que querías a Gabi, ¿qué opinas? —Nita habló con una voz fría y decidida.

—No pretendía causar problemas —dijo Izzy temeroso—. Me enseñaron el réquiem de Vivaldi y... ¿Quién podría haber imaginado adónde nos iba a llevar?

—Él dice que Theo no estuvo con esa mujer antes del concierto de aquel día. Dice

que Theo... la cuerda... dice que... –a Nita se le quebró la voz. Miró a Michael. En su mirada se confundían el dolor y el odio.

«No he sido yo», quiso decir Michael, «estoy metido en esto por casualidad». Pero mantuvo la expresión de reserva y no dijo nada.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Nita dijo:

–No es culpa tuya. Tú no has provocado nada de esto. Simplemente has actuado a mis espaldas y... No tiene importancia –añadió a la vez que hacía un ademán desdenoso–. Es tu trabajo y ya está.

Izzy Mashiah se dejó caer en una silla, junto a Michael, que estaba de pie.

–Yo qué sé –susurró–. Resulta muy difícil creérselo. No sé qué decir.

–¡Por esto! ¿Por esto? –Nita señaló el manuscrito–. ¿Por esto Theo degolló a Gabi con una cuerda del chelo? ¿A padre, por esto?

–Nita –musitó Izzy Mashiah jadeante–. ¡Es un réquiem de Vivaldi!

–En realidad, no ha sido por esto, no sólo por esto –intervino Michael.

–Él dice –dijo Nita, como si no hubiera oído a Michael– que Theo siempre tuvo unos celos espantosos de Gabi. Siempre. Y de mí. Y que no podía perdonarle a padre que quisiera más a Gabi. Y dice que padre también me quería a mí. Y no dice nada más. Deja que yo misma saque la conclusión de que Theo también podría matarme a mí. Como si fuera un loco peligroso o algo por el estilo. Una especie de Macbeth. ¿Tú qué crees, Izzy? ¿Es posible?

–Sólo una persona puede dar respuesta a esa pregunta. Y de todos nosotros, tú eres la única a la que le debe una respuesta. Te debe una respuesta –dijo Izzy con voz despejada–. Y desde el mismo instante en que se ha planteado la pregunta, no lograrás estar en paz, ni yo tampoco, ni nadie.

–Querría estar muerta. Ojalá me tragase la tierra –dijo Nita.

Izzy miró a Michael desvalidamente; Michael le indicó por señas que saliera de la sala.

–No me trates como si estuviera loca –le advirtió Nita a la vez que alzaba la cabeza mientras la puerta se cerraba tras de Izzy–. Hay familias sobre las que pesa una maldición. Es un hecho y no hay que estar loco para creerlo.

–Yo no creo en las familias malditas –dijo Michael Ohayon–. Siempre doy por sentado que cualquiera es capaz de cualquier cosa. Es una lección que me ha enseñado la vida. ¿No crees que hay odio dentro de las familias? Piensa en las crónicas de la peste negra que asoló la Europa medieval. En las madres que abandonaban a sus niños de pecho y huían en cuanto reconocían en ellos los síntomas. ¿Crees que no querían a sus hijos? Los maridos abandonaban a las esposas, las esposas a los maridos, los amantes a sus amadas, los niños a sus padres... todos escapaban para sobrevivir. El horror que los amenazaba demolía todo y rompía todos los lazos. Era más fuerte que el amor, que la devoción o la responsabilidad. En el mundo no se puede dar nada por seguro. Es imposible

pensar en nada que sea eterno. Siento mucho tener que ser yo quien te dé esta noticia. Pero créeme... no se puede vivir en este mundo sin conocer la verdad.

–Ojalá no te hubiera conocido –dijo de pronto Nita en un lamento–. Ojalá estuviera muerta.

Michael guardaba silencio.

–Lo único que quiero es... poner esto en orden. Obrar como es debido.

Michael seguía callado.

–No tengo elección –concluyó Nita, con menos odio–. Tengo que hablar con Theo, pero a solas. Y antes que tú. Antes de que hables tú con él. No quiero que estés presente mientras hablamos –le advirtió amenazadora.

Michael asintió.

–Quiero estar a solas con mi hermano. Aunque... incluso si... Sigue siendo mi hermano. No ha dejado de ser mi hermano. Y si tienes razón, si hay un mínimo de verdad en lo que has dicho, sigue siendo mi hermano. Y tú no puedes relacionarte con la hermana... de un asesino. Lo nuestro se acabó. Tanto si tienes razón como si no la tienes. Me has dejado sola, te has pasado al otro bando.

Michael advirtió que se había puesto muy pálido y que su respiración era acelerada y superficial. Cada una de las palabras pronunciadas por Nita era como una piedra lanzada contra su pecho, directamente al corazón.

–Una vez que haya hablado con él, aunque tú tengas razón, no volveré a verte nunca más. Aunque estés en lo cierto. Y ahora ni siquiera me atrevo a preguntarte si quieres que hable con él. Me siento incapaz de hablar con él. Eso es lo que has conseguido. O es como están las cosas, aunque no sea culpa tuya.

Michael quería preguntarle si las cosas habrían sido diferentes de no habérselo contado, si él se hubiese encargado de interrogar a Theo por su cuenta y más adelante le hubiera presentado los hechos a ella, si hubiera tenido mayor compasión. Quería acariciarla y decirle que, aunque los acontecimientos se hubieran desarrollado así, él siempre había estado a su lado. Quería explicarle que lo que importaba no eran las apariencias, sino los hechos. Pero cuando esos pensamientos empezaron a plasmarse en palabras en su mente, supo que no diría nada. En aquel momento no tenía derecho a exigir que Nita le prestara atención. Lo importante era ella, y el interrogatorio. No tenía sentido decirle nada puesto que los hechos no se podían modificar. Si Nita decidía verle a él como el principal responsable de la necesidad de enfrentarse a los hechos, nada podría impedirlo. «Y así es como lo ve ahora», comprendió de pronto.

–Podrías habernos ayudado –dijo de pronto Nita, con una voz desesperada e infantil.

Michael abrió los brazos en un gesto de impotencia que detestaba.

–Lo que ahora te importa es tu trabajo, tus éxitos –continuó ella con amargura–. Has optado por eso.

Michael quiso protestar, ansiaba decirle que no había otro camino, pero hablar no serviría de nada. Cabizbajo, comprendió que Nita eludía el quid de la cuestión, lo esquivaba, daba vueltas a su alrededor como si de un anillo de fuego se tratara. Nita, dominada por el deseo de hacerle daño, tenía la boca contraída, los dientes hincados en el labio inferior; al fin, los músculos de su cara y de su cuerpo se relajaron y se recostó con los ojos cerrados. Sus labios se movieron, repitiendo inaudiblemente una y otra vez, como si rezara: «Ojalá estuviera muerta». De pronto, inesperadamente, se irguió, estiró la espalda y dijo:

—No tengo más remedio. Necesito saberlo. No puedo vivir así. Cuando sepa la verdad de boca de Theo, y sólo de su boca, ya veremos si puedo seguir viviendo. Si queda algo en pie.

La primera vez que Michael sintió el impulso de precipitarse hacia la sala azul fue cuando Theo le puso las manos en los hombros a Nita. Tuvo entonces una visión espeluznante: aquellas manos rodeaban el cuello de Nita y apretaban con todas sus fuerzas. Pero Theo se limitó a mirar a Nita a los ojos, y a Michael le sorprendió una vez más la incongruencia de que los ojos de ambos fueran exactamente iguales y, sin embargo, reflejaran expresiones tan distintas. Las facciones de Theo transmitían una sensación de lejanía y frialdad, de arrojo, mientras que el rostro de Nita dejaba traslucir el horror de lo que sabía y un dolor difícil de contemplar incluso desde el otro lado de un cristal. Theo retiró las manos de los hombros de Nita. Michael cerró los ojos un instante. Al abrirlos, oyó que Nita decía:

—Han encontrado el réquiem.

Vio que Theo se echaba hacia atrás y miraba en derredor espantado.

—Estamos solos —dijo Nita—, no tienes nada que temer, Theo. Lo encontraron en tu despacho.

Theo se desplomó en una silla que tenía al lado.

—No me habías dicho nada del réquiem —lo acusó Nita gélidamente—. Ahora me lo tienes que contar todo.

Theo meneó la cabeza. Luego la irguió y se pasó la mano por la plateada cabellera. Con la voz ahogada, dijo:

—Están escuchando todo lo que decimos.

—Aquí no hay nadie —insistió Nita—. Me lo ha prometido.

—Miente. Todos mienten —replicó Theo—. Siempre has sido una ingenua.

Michael se puso en pie y se aproximó tanto a la pared de cristal que dejó sobre ella la marca de su aliento. Se vio entrecerrando los ojos y después abriéndolos de par en par.

—Tal vez lo era —la oyó decir con sencillez, y vio que las manchitas rosadas de sus mejillas se oscurecían—, pero lo he dejado de ser. Ya no me lo puedo permitir.

Theo masculló algo ininteligible y la miró en silencio.

–Puedes contarme lo que te dé la gana, Theo –dijo Nita, y se agarró un brazo. Estaban sentados uno frente a otro, muy juntos. En la sala azul tan sólo había un par de sillas y una mesa metálica verde–. Pero tienes que decirme la verdad. Toda la verdad.

Theo exploró los rincones con una mirada rápida. Alzó después la vista hacia el techo como a la búsqueda de micrófonos ocultos. Al fin, se levantó e inspeccionó la sala, parecía a punto de empezar a medirla con sus pasos. Pero al darse cuenta de lo pequeña que era, volvió a sentarse.

–Todo. Es tu deber. Lo de padre también.

–Nita –dijo Theo airadamente–. ¿Qué voy a contarte de padre? Ya has oído que estuve con... una mujer, con dos, aquel día. Me siento incómodo hablando contigo de estas cosas.

El semblante de Nita palideció, como si de él se hubiera retirado la sangre de golpe. Michael tuvo miedo de que se desmayara, de que se cayera de la silla y se golpeará la cabeza contra el polvoriento suelo de piedra. Pero Nita se enderezó y dijo con un hilo de voz:

–Escúchame, Theo, escúchame bien. En primer lugar, como sabes, no soy precisamente virgen. No es ningún secreto que eres un mujeriego. Y, además, ya no soy una niña. Puede que lo fuera hasta hace poco, pero ya no. He tenido que madurar a toda prisa. Y, por último, la canadiense con la que estuviste en el Hilton, o donde fuera, dice que no estuvo contigo.

Theo sonrió. Incluso pareció animarse un instante.

–Cómo no lo va a negar –dijo casi con alivio–. ¿Qué esperabas? Es una mujer casada y respetable, un pilar de su comunidad. Tiene cuatro hijos.

–No me hables así –le replicó Nita con vehemencia–. No soy de la policía, soy tu hermana. ¡Estoy hablando contigo porque soy tu hermana! ¿No lo quieres comprender? Eres todo lo que me queda. Aunque... aunque seas un asesino –añadió en un susurro–. Ya está, ya lo he dicho –farfulló extrañada–. Aun en ese caso, te quiero, incondicionalmente. Pero tienes que decirme la verdad. Deja ya de mentirme. La canadiense dijo que en esos momentos estaba con otro hombre. Facilitó su nombre, y él lo ha confirmado; han grabado su declaración y ella la ha firmado. Y Drora Yaffe, la violinista con la que se supone que estuviste después, también se vino abajo en el interrogatorio. Dijo que te estuvo esperando y no apareciste. Así que no me vengas con cuentos.

–¿Con otro hombre? –preguntó Theo, girando los ojos–. ¿Tenía otra relación? Pero si ni siquiera es guapa, la canadiense.

–¿Es eso lo que te preocupa ahora?

–Entonces ¿por qué no me han arrestado?

–No lo sé –reconoció Nita–. Tal vez ya estás bajo arresto. Pero he solicitado

hablar contigo, y me lo han permitido. Necesito enterarme de todo, por mi bien y por el tuyo. Y enterarme por ti, no por los interrogatorios y los juicios. Necesito que me lo cuentes tú.

—¿Has sido tú la que ha solicitado hablar conmigo? ¿No te lo han pedido ellos? —en la voz de Theo había sorpresa y alivio—. ¿Estás segura?

—Lo solicité yo. Nadie me lo ha pedido —repuso Nita con voz destemplada—. ¿No comprendes que me debes una explicación honesta? ¿No comprendes que tienes que contármelo?

Theo permaneció en silencio.

—Sólo seré capaz de apoyarte si me lo cuentas. A pesar de... aunque padre y Gabi... seré capaz de... no sé cómo, pero ya sabes que yo no digo mentiras. Sólo si quieres acercarte a mí ahora, si me lo cuentas, si confías en mí.

—¿Y qué más da? —masculló Theo—. Ya da todo igual. Créeme. Si han encontrado el réquiem. ¿Fue Herzl quien les habló del réquiem?

—No lo sé. Lo encontraron en tu despacho. Dentro de la partitura de Los troyanos. La que está encuadernada en terciopelo negro. La que te regaló mamá. Con esas ilustraciones que me enseñabas cuando era pequeña.

Theo guardó silencio.

—No te estoy preguntando por qué, Theo. Ahora mismo, no te pregunto por qué, sólo si lo hiciste o no. Eso es lo que te estoy preguntando. Los porqués los puedo comprender yo sola. Si es que son comprensibles. Los porqués podemos dejarlos para más adelante.

—¿Lo puedes comprender tú sola? ¿Cómo es posible? —gritó Theo, y se puso en pie. Aquella fue la tercera ocasión en que Michael tuvo miedo de que se lanzara sobre Nita y la matara a golpes. Theo se colocó junto a ella y empezó a pegar gritos sin el menor dominio de sí mismo. En su cuello, largo como el de Nita, resaltaban las venas—. Cómo vas a entenderlo si toda la vida has sido la niña bonita de todos. Te concedían todos tus caprichos. Padre te adoraba, y Gabi también. ¿Cómo puedes comprender cómo me sentí cuando Herzl y después padre me hablaron del réquiem, diciéndome que no se me iba a permitir ni tocarlo? Que sería el motor para impulsar a Gabi a una merecida fama. ¿Lo oyes? ¡La merecida fama de Gabi! Eso es lo que dijo padre. Nada de lo que he hecho en toda mi vida, ni mis esfuerzos, ni mi fama, ni mis innovaciones, ni las alabanzas a mi genio... nada logró alterar el desprecio que le inspiraba a mi padre. ¡Ni su preferencia por Gabi! Hiciera lo que hiciese, era una causa perdida. Y me viene hablando de fama merecida. ¡De lo que se merece Gabi! De que él es un músico realmente serio. ¡Y a mí nunca me decía nada! ¡Ni una palabra! La primera vez que dirigí la Filarmónica de Nueva York, ¿lo recuerdas?, madre vino sola a verme. ¡Él no podía dejar la tienda desatendida! Ni siquiera me llamó después del concierto. ¿Puedes

comprender eso? ¿Tú, con toda tu ingenuidad? ¿Tú, con ese mito sobre nuestra familia que te empeñas en cultivar? Tú... tú... con tu vida de cuento de hadas.

Nita estaba petrificada. Sus brazos descansaban rígidos, como los de Michael, en los de la silla, tan tensos que todo el peso de su cuerpo parecía concentrarse en las palmas de las manos.

—Jamás una palabra de alabanza. Ni un comentario sobre mi talento. Siempre Gabi, Gabi, Gabi —repentinamente, la voz de Theo bajó de volumen y adquirió un tono seco y apático—. Y yo deseaba tanto que también me apreciara un poquito a mí.

Nita no se movió.

—Después de la muerte de mamá, no quedó nadie en casa que tuviera una palabra amable para mí. Fue Herzl quien me habló del réquiem en lugar de nuestro padre.

Michael observó con perplejidad cómo aquel cincuentón, un afamado director de orquesta vestido de traje y corbata, se convertía en un niño de tres años. Hizo un mohín como si le hubieran ofendido en lo más hondo. Como si le hubiesen marginado y tratado con una injusticia ultrajante.

—¿Has pensado en eso alguna vez? —dijo Theo a voz en grito—. ¿Que el lastimoso ayudante de padre era el único que estaba de mi parte? ¿Qué tienes que decir sobre el hecho de que padre no pensara ni contármelo?

—Planeaste matar a nuestro padre —dijo Nita con voz hueca—. ¿De verdad lo odiabas tanto? ¿Tanto como para planear su muerte?

—¿Que si lo odiaba? ¿Cómo puedes decir que lo odiaba? Deseaba tanto... tanto... —se le quebró la voz. Al cabo de unos segundos se repuso—. No seas tan melodramática —la reprendió con severidad—. No planeé nada. Fui a su casa para hablar con él. Estuvo tan frío conmigo, y tan lleno de desdén. Le preocupaba que Herzl me hubiera hablado del réquiem y que yo fuera incapaz de guardar el secreto. Pensaba en Gabi en todo momento, en lo que Gabi se merecía. Estábamos en su dormitorio. Él tumbado en la cama. Vi que no comprendía en absoluto lo mal que lo estaba pasando, ni lo que significaba para mí. De pronto, se me subió la sangre a la cabeza. Cogí la almohada para tirarla contra la pared. No pretendía... lo hice sin pensar. De pronto me miró con una cara de monstruo, como... como dice Kafka que era su padre. Eso es lo que parecía. Con la dentadura postiza pegando chasquidos y esa seguridad suya en que yo era una nulidad. No lo planeé. ¿Cómo se podría planear algo así? Quería hacerlo, eso sí, muchas veces sentía ganas de matarlo, de zarandearlo con todas mis fuerzas, pero no lo planeé a sangre fría.

Nita tenía el rostro bañado en lágrimas. Michael oyó que Balilty se frotaba las manos y emitía un suspiro de alivio.

—No tenía intención de... —Theo se inclinó hacia Nita y le cogió las manos—. Ni siquiera sé cómo la almohada, en lugar de estrellarse contra la pared... No recuerdo cómo fue a parar a su cara. Lo único que pretendía era no verle esa cara cargada

de desprecio hacia mi persona, de severidad, de insensibilidad absoluta. No quería verle la cara. Le puse la almohada encima. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo. Y ni siquiera podría decirte cómo supe que estaba muerto. Debía de estar mucho más débil de lo que yo creía. Lo hice sin querer, Nita. Yo también lo quería. Mi intención era... no lograba comunicarme con él. Daba igual lo que hiciera. Compréndeme, por favor. Has dicho que querías comprenderlo.

—¿Y el cuadro? ¿Y Gabi?

—Después me entró el pánico. No sé de dónde salió la idea del cuadro. Eso tampoco lo había planeado. Créeme. Estaba totalmente aturdido. No tenía ni idea de lo que iba a pasar. Ni yo mismo sé explicarte cómo ni por qué lo trasladé al sillón y lo amordacé, ni cómo desmonté el cuadro. Le quité el marco. Llevé el lienzo a casa de Herzl. No pensé en las consecuencias. No pensé en nada. Todo era... como un sueño.

—Y después, en el concierto, se te veía como si no hubiera pasado nada. ¡Y todos esperando a papá!

—Es que... es como si lo hubiera hecho otra persona —dijo Theo con voz lánguida—. Es imposible de explicar, lo sé, no te pido que me perdones. Me he pasado toda la vida desesperado, obsesionado. Hasta ahora, nunca había hablado de esto con nadie. Del dolor incesante. De la desesperación que se siente al comprender que, hagas lo que hagas, todo será inútil.

—Y Gabi.

—Y Gabi —Theo bajó la cabeza.

—Eso sí fue premeditado.

—Tampoco hay por qué decirlo así —objetó Theo.

—Pero ¿qué dices, Theo? —Nita sepultó el rostro en las manos—. Cogiste las cuerdas de repuesto que tenía guardadas en el armario. Con antelación. Y los guantes también, según me han dicho, de una taquilla. Te llevaste un juego de cuerdas del que yo ni me acordaba. Y sabes que son cuerdas de concierto especiales. Que nadie más las usa. Como si quisieras que pensarán que... yo era tu cómplice. ¡Y permitiste que fuera yo quien lo encontrase! —sollozó—. Ni siquiera sé si tú lo viste después. ¡Cuánto odio debías de sentir para hacer lo que hiciste! ¡Sacaste fuerzas del odio!

—No me quedaba más remedio —alegó Theo—. Él habría descubierto que yo... Habría descubierto lo que hice... Se habría enterado de lo de padre. Y no habría cedido ni un centímetro de terreno. Se habría tomado como un deber sagrado cumplir los deseos de nuestro padre. Ya no podía echarme atrás. No podía.

Durante un rato, tan sólo se oyeron los sollozos de Nita al otro lado de la pared de cristal.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Theo con un hilo de voz.

Nita se enjugó las lágrimas y se sonó.

–Lo primero será buscarte un abogado –repuso con voz ronca.

–Ningún abogado me librará de lo que me espera –dijo Theo–. Pasaré el resto de mi vida, lo que me quede de vida, entre rejas. Supongo que comprenderás que eso no es para mí.

Nita lo miró en silencio.

–Dijiste que me apoyarías –le recordó Theo, como un niño que hablara a su madre–. Dijiste que me ayudarías –en su voz había picardía. Y, tal vez por eso, Nita se levantó, temblorosa, y apoyó la mano en el brazo de Theo, como si de verdad fuera un niño.

–Tengo que pensarlo –dijo Nita–. De momento no tengo ni idea de cómo actuar.

–Pregúntaselo a tu amigo –susurró Theo, y alzó los ojos al techo.

–Ahora –dijo Balilty, tirándole de la manga a Michael–. Entremos ahora.

Nita estaba en pie de cara a la puerta. Los brazos le colgaban flácidos a lo largo del cuerpo.

–Te dirá lo que quieras –dijo Nita, saliendo de la sala–. Consíguele un abogado, y todo lo que necesite –añadió, y se desmayó. Michael no habría sido capaz de soportar su peso si no se hubiera apoyado contra el marco de la puerta. Danny Balilty la llevó al despacho de Shorer y llamó a una ambulancia.

El interrogatorio de Theo van Gelden se prolongó durante cinco días. Michael no abandonó el edificio en todo ese tiempo. El mundo cesó de existir. De vez en cuando, Danny y Eli Bahar se sumaban al interrogatorio. «Para que aprenda a estimarte más a ti», le decía Balilty a Michael, bromeando. Durante aquellos días pasados en un cuartucho desnudo y sin ventanas de la cuarta planta, Michael llegó a sentir en ocasiones que los límites entre su piel y la del hombre que tenía enfrente se disolvían. Durante aquellos días, cuando se retiraba a descansar unas horas al despacho de Shorer, Michael pensaba que estaba viviendo como si su vida y él hubieran dejado de existir, como si lo hubiera absorbido la mente de Theo van Gelden, quien, a su vez, mostraba una dependencia de él cada vez mayor.

Aun cuando cerraba los ojos en el despacho en penumbra de Shorer, las voces continuaban reverberando en su cabeza. Todo era confusión. Día tras día, Balilty maldecía a la prensa y trataba de calcular con exactitud el momento adecuado para reconstruir los crímenes. Sin cesar de quejarse del apego que Michael había desarrollado hacia el sujeto, Balilty también le informaba brevemente de la salud de Nita y le aseguraba que nunca la dejaban sola. Izzy Mashiah velaba junto a su lecho, y además la acompañaban una enfermera y una niñera contratada por Ruth Mashiah. En una ocasión, Balilty también hizo un comentario sobre el hijo de

Nita: «Hoy Ido se ha puesto de pie, todavía no ha aprendido a volver a sentarse, y llora mucho».

A Theo tampoco lo dejaban solo en ningún momento. Michael siempre estaba alerta y Balilty se preocupaba de no salir de las dependencias policiales sin haberse cerciorado de que alguien montaba guardia junto a la puerta de la habitación donde Theo descabezaba un sueño, así como de que no tenía a mano objetos cortantes ni contundentes.

–Ni corbatas ni cordones de zapatos –le repetía Balilty al policía de turno–, ni cuchillos ni tenedores, sólo una cuchara.

El sargento Ya'ir precedía a Theo escaleras arriba, desde la improvisada sala de detención de la segunda planta hacia la sala de interrogatorios de la cuarta planta. Michael seguía a Theo a unos pasos de distancia, y el detenido avanzaba pasillo adelante cabizbajo, como un lastimoso caballo de tiro. Aquel caminar lento y sumiso por el estrecho pasillo fue el motivo de que Michael y el sargento Ya'ir se permitieran olvidar por un instante la posibilidad que se cernía sobre las dependencias policiales día y noche, y por eso les tomó por sorpresa que Theo pegara de pronto un salto con agilidad y ligereza sorprendentes y, por encima de la barandilla, se precipitara por el oscuro vacío del hueco de la escalera.

El alarido de Michael resonó en todo el edificio, y una multitud de policías se arremolinaba ya en el sótano cuando Michael llegó allí. Le abrieron paso para que pudiera ver el cuerpo destrozado, con el cuello roto.

Transcurrieron varias semanas antes de que se le permitiera ver a Nita. Entretanto, Ruth Mashiah llamaba todos los días a su puerta antes de salir del edificio. El rostro menudo y arrugado de Ruth se convirtió en la visión más preciosa para él. Cada día le contaba algo sobre Nita e Ido. Michael veía a veces al niño por la ventana de la cocina, cuando la niñera lo sacaba a dar una vuelta en la sillita. No osaba salir para verlo en persona. Y Ruth Mashiah le hizo comprender que no podría ver a Nita hasta que ella quisiera.

–De momento –le dijo con dulzura–, ni siquiera se puede mencionar su nombre en presencia de Nita. Pero creo –añadió compasivamente– que algún día, con mucha paciencia...

Dejó la frase a medias, pero, aun así, Michael se aferraba a ella, semana tras semana, día y noche.

¹ Cada uno de los preceptos jurídico-religiosos que establecen las normas de conducta de los judíos. (N. de la T.)

² Ceremonia en la que los muchachos judíos asumen responsabilidades religiosas. (N. de la T.)

3 Natural de Israel. (N. de la T.)

Título original: *Murder Duet. A Musical Case*

Edición en formato digital: julio de 2014

En cubierta: fotografía de © iStock.com/Tunart

© Batya Gur, 1999

© De la traducción, María Corniero, 2001

© Ediciones Siruela, S. A., 2001, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-24-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Un asesinato musical	4
1. La Primera de Brahms	9
2. Rossini, Vivaldi y la enfermera Nehama	51
3. Vanitas	73
4. La lógica con que funciona el mundo	89
5. Morendo cantabile/Morir cantando	112
6. Su Majestad me ha hecho llamar	137
7. Las tres caras del mal	160
8. Quienes desean vivir al margen de la vida	191
9. Mejor, diría yo	219
10. Uno no se va encontrando niños por la calle	235
11. Nunca nos había sucedido nada semejante	268
12. La distancia correcta	283
13. Et homo factus est	299
14. Un viejo manuscrito enmohecido	337
15. Cuestión de dinámica	354
Notas	372
Créditos	376